

Nelson DeMille

«Nelson DeMille es el maestro
del thriller inteligente»

Los Angeles Times

UNA NOVELA DE
JOHN COREY



El
Club Custer Hill

Lectulandia

Durante la guerra fría, el equilibrio del planeta estaba garantizado por una política de destrucción mutua. Ambas superpotencias sabían que, si una lanzaba un ataque nuclear, la otra respondería en el mismo instante y las dos dejarían de existir. Para evitar que el adversario contase con la indecisión del presidente fue creado un plan que aseguraba que el ataque se lanzaría sin su consentimiento. Ahora, en el Club Custer Hill, oficialmente un inocente refugio de montaña donde se reúnen los hombres más poderosos de América, se está elaborando una conspiración de alcance mundial que podría cambiar el curso de la historia: la Operación Wild Fire.

Lectulandia

Nelson DeMille

El club Custer Hill

John Corey - 4

ePub r1.0

Titivillus 01.04.16

Título original: *Wild Fire*
Nelson DeMille, 2007
Traducción: Alberto Coscarelli Guaschino
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Bob y Joan Dillingham,
que tienen unas hijas adorables

Nota del autor

Cuando en las novelas se combinan la realidad y la ficción, no siempre está claro para el lector cuál es cuál. Los primeros lectores del manuscrito de *El Club Custer Hill* me han preguntado qué es real y qué producto de mi imaginación, así que he pensado aclararlo aquí.

Primero, la Anti-Terrorist Task Force (ATTF) presentada en esta y otras novelas de John Corey está basada en gran parte en la verdadera Joint Terrorist Task Force (JTTF), con algunas licencias literarias.

En este libro en particular hay mucha información respecto al ELF, que es el acrónimo de algo que el lector descubrirá en el relato. Hasta donde yo sé, toda la información sobre el ELF es correcta.

En cuanto al plan secreto del gobierno llamado Wild Fire, está basado en algunos datos que encontré, sobre todo en Internet, y puede ser considerado como rumor, realidad, pura ficción o una mezcla de todo. Personalmente, creo que alguna variante de Wild Fire (con otro nombre en clave) existe realmente y, si no es así, tendría que existir.

Otras cosas del libro que la gente me ha preguntado, como NEST, Kneecap y otros acrónimos, son reales. Si lo que lee le parece real, probablemente lo sea. La verdad muchas veces supera a la ficción, y a menudo es más pavorosa.

La pregunta más frecuente que me han hecho hasta ahora es: «¿Los Bear Banger son reales?»

Sí, lo son.

Esta historia transcurre en octubre de 2002, un año y un mes después del 11-S, y los titulares y artículos del *New York Times* que utilicé son reales. De la misma manera, cualquier mención a los procedimientos de seguridad del gobierno, o la falta de la misma, eran verdad en el momento del relato.

Algunos de mis lectores que trabajan en las fuerzas del orden creen que el detective John Corey tiene algunos problemas en lo que respecta a los límites de su poder y su autoridad jurisdiccional. Admito que me he tomado algunas libertades muy amplias en favor del entretenimiento. Un John Corey que juegue limpio y se atenga a las reglas no es lo que ninguno de nosotros quiere de un héroe.

Los primeros lectores de este libro me han dicho que *El Club Custer Hill* los mantuvo despiertos mucho después de haber dejado el libro. No cabe duda de que se trata de un libro pavoroso para tiempos pavorosos; pero también es un relato de advertencia para el mundo de después del 11-S.

Primera parte

**Viernes
Nueva York**

El FBI investiga asuntos relacionados con el terrorismo sin distinción de razas, credos, sexo o país.

Terrorism in the United States
FBI Publications, 1997

Capítulo 1

Soy John Corey, antiguo detective de homicidios del Departamento de Policía de Nueva York (DPNY), herido en cumplimiento del deber, retirado por tres cuartos de minusvalía (que es sólo un número a fines de pago; alrededor de un 98 por ciento de mi cuerpo todavía funciona), y ahora trabajo como agente especial contratado por la Federal Anti-Terrorist Task Force.

El tipo que tengo delante de mí en el cubículo, Harry Muller, me preguntó:

—¿Alguna vez has oído hablar del Club Custer Hill?

—No. ¿Por qué?

—Voy a ir allí este fin de semana.

—Pues que lo pases bien.

—Son una panda de locos ricachones de extrema derecha que poseen un coto de caza en el norte del estado.

—No me traigas carne de venado, Harry. Ni tampoco pájaros muertos.

Me levanté de mi mesa y fui a la máquina de café. En la pared, encima de ésta, teníamos colgados los carteles del Departamento de Justicia de los más buscados, en los que se veía sobre todo a caballeros musulmanes, incluido la basura número uno, Osama bin Laden.

En las casi dos docenas de carteles había también un libio llamado Asad Jalil, alias *El León*. No necesitaba memorizar la foto de ese hombre. Conocía su cara tan bien como la mía, aunque nunca nos hubiesen presentado formalmente.

Mi breve relación con el señor Jalil tuvo lugar hace unos dos años, cuando yo lo estaba siguiendo, y resultó que él me seguía a mí. Jalil escapó, y yo acabé con una leve herida; y, como probablemente dirían los árabes: «Estamos destinados a encontrarnos de nuevo para decidir nuestros destinos». Es algo que espero con ansia.

Cogí mi café y eché una ojeada al *New York Times* que estaba en el mostrador. El titular de día, viernes, 11 de octubre de 2002, decía:

«El Congreso autoriza a Bush para que use la fuerza contra Irak y le otorga un amplio mandato».

El subtítulo añadía: Estados Unidos tiene un plan para ocupar Irak.

Al parecer, la guerra era cosa hecha, como también lo era la victoria, de manera que tener un plan de ocupación era una buena idea. Me pregunté si en Irak alguien lo sabría.

Me llevé el café a mi mesa, encendí el ordenador y leí algunas de las notas internas. Ahora somos una organización casi sin papel, y la verdad es que echo en

falta escribir mis memos a mano. Tuve la tentación de redactar sobre la pantalla del ordenador a lápiz, pero hube de conformarme con el equivalente electrónico. Si yo dirigiese esta organización, todos los memorandos e informes estarían en una Pantalla Mágica.

Consulté mi reloj. Eran las cuatro y media, y el número de mis colegas del piso 26 del 26 de la Federal Plaza disminuía rápidamente. Debo explicar que, como yo, ellos forman parte de la Anti-Terrorist Task Force, una agencia de cuatro letras (ATTF) en un mundo de agencias de tres letras.

Estamos en el mundo de después del 11-S, así que los fines de semana son, sencillamente, días de trabajo como otro cualquiera. Aunque, en realidad, la honorable tradición del viernes federal —que significa largarse temprano— no ha cambiado mucho, así que los miembros del DPNY, que están incluidos en la Task Force, y que, de todas formas, están acostumbrados a unos horarios de perros, vigilan el fuerte los fines de semana y los festivos.

—¿Qué haces este fin de semana? —me preguntó Harry Muller.

Era el comienzo del fin de semana largo del Columbus Day, pero como la suerte así lo había querido, me tocaba trabajar el lunes. Le respondí:

—Iba a participar en el desfile del Columbus Day, pero trabajo el lunes.

—¿Sí? ¿Ibas a desfilar?

—No, pero es lo que le dije al capitán Paresi —expliqué—. Le dije que mi madre era italiana, y que iba a ir a empujar su silla de ruedas en el desfile.

Harry se rió.

—¿Se lo creyó?

—No. Pero se ofreció a empujar él la silla de ruedas.

—Creía que tus padres estaban en Florida.

—Y lo están.

—Y que tu madre era irlandesa.

—Y lo es. Ahora sólo tengo que encontrar a una madre italiana para que Paresi la empuje por Columbus Avenue.

Harry se rió de nuevo y volvió a su ordenador.

Harry Muller, como la mayoría del DPNY en la sección de Oriente Medio de la Task Force, hace seguimientos y vigilancias de personas de interés, como en lenguaje políticamente correcto se llama a la comunidad musulmana, pero lo mío son sobre todo entrevistas y reclutamiento de informantes.

Un gran porcentaje de mis confidentes son unos completos mentirosos y artistas de la charlatanería que buscan dinero o la ciudadanía, o joder a alguien de sus cerradas comunidades. De vez en cuando, consigo alguno bueno, pero entonces tengo que compartirlo con el FBI.

La Task Force está compuesta principalmente por agentes del FBI y detectives del DPNY, más los detectives retirados del DPNY, como yo. Aparte de eso, tenemos a gente cedida por otras agencias federales como la Immigration and Customs

Enforcement (ICE), y también a la policía estatal y suburbana, la policía de la Autoridad Portuaria y muchas más; tantas que son imposibles de enumerar o de que las recuerde.

Asimismo, en nuestro grupo hay personas que, como los fantasmas, no existen, pero que si existiesen habría que llamarlos CIA.

Comprobé mi *e-mail*, y tenía tres mensajes. El primero, de mi jefe, Tom Walsh, agente especial al mando, que se había hecho cargo de la ATTF cuando mi anterior jefe, Jack Koenig, murió en el World Trade Center. El mensaje decía: «Confidencial —recordatorio— en relación con posibles hostilidades con Irak, debemos prestar una especial atención a los ciudadanos iraquíes que viven en CONUS».

«CONUS» significa «Continental United States» y «hostilidades», «guerra». El resto, «encuentren a un iraquí al que podamos relacionar con una amenaza terrorista contra Estados Unidos para así ponerles las cosas más fáciles a los tíos de Washington antes de que machaquen Bagdad».

El mensaje continuaba:

LA AMENAZA PRIMARIA Y EL ÉNFASIS SIGUE SIENDO UBL CON NUEVO ÉNFASIS EN EL VÍNCULO UBL/SADDAM. SESIÓN INFORMATIVA LA PRÓXIMA SEMANA. — TBA. WALSH, SAC.

Para los no iniciados, «UBL» es «Osama bin Laden», que debería ser «OBL», pero tiempo atrás alguien tradujo la escritura árabe a alfabeto latino como «Usama», que también es correcto. Los medios generalmente emplean «Osama» para escribir el nombre de esa basura, mientras que las agencias de inteligencia todavía se refieren a él como «UBL». La basura sigue siendo la misma.

El siguiente mensaje era de mi segundo jefe, el antes mencionado Vince Paresi, un capitán del DPNY destinado a la ATTF para mantener controlados a algunos polis díscolos que algunas veces no juegan limpio con sus amigos del FBI. Eso quizá me incluye a mí. El capitán Paresi reemplazó al capitán David Stein, quien, como Jack Koenig, murió —en realidad fueron asesinados— hoy hace un año y un mes en el World Trade Center.

David Stein era un gran tipo, y lo echo en falta todos los días. Jack Koenig, a pesar de todos sus defectos y los problemas que teníamos el uno con el otro, era un profesional, un jefe duro pero justo y un patriota. Su cuerpo nunca fue recuperado. Tampoco el de David Stein.

Otro cuerpo que tampoco encontraron, junto con otros dos mil, fue el de Ted Nash, un agente de la CIA, un cabrón monumental y archienemigo de un servidor.

Desearía poder decir algo bueno de ese imbécil, pero lo único que se me ocurre es: «¡Que te den!»

Por otra parte, este tipo tiene la mala costumbre de volver de entre los muertos —lo ha hecho por lo menos una vez—, y sin una identificación positiva del cadáver, no voy a abrir el champán.

Volviendo al *e-mail* del capitán Paresi a todo el personal del DPNY/ATTF, éste decía:

HAY QUE REDOBLAR LA VIGILANCIA DE LOS CIUDADANOS IRAQUÍES, BUSCAR A LOS IRAQUÍES FICHADOS EN EL PASADO E INTERROGAR A TODOS LOS IRAQUÍES INCLUIDOS EN LAS LISTAS DE VIGILANCIA. SE DEBE PRESTAR ESPECIAL ATENCIÓN A LOS IRAQUÍES VINCULADOS A OTROS ISLAMISTAS, COMO SAUDÍES, AFGANOS, LIBIOS, ETC. SE REFORZARÁ LA VIGILANCIA DE LAS MEZQUITAS. SESIÓN INFORMATIVA LA PRÓXIMA SEMANA. — TBA. PARESI, CAPITÁN. DPNY.

Creo que ahí veo un patrón.

Resulta difícil de creer, pero no hace mucho tiempo íbamos con más cautela, y los memorandos se redactaban con mucho más cuidado, para que no pareciese que criticábamos a los terroristas islámicos, o que los molestábamos en absoluto. Esto cambió en un santiamén.

El tercer mensaje era de mi esposa, Kate Mayfield, a la que veía en su mesa a través del tabique de cristal que separaba el DPNY del FBI, en el piso 26. Mi esposa es una mujer muy guapa, pero incluso si no lo fuese la amaría de todas maneras. Aunque la verdad es que, si no hubiese sido guapa, ni siquiera me habría fijado en ella, o sea que éste es un comentario inútil.

El mensaje decía:

LARGUÉMONOS TEMPRANO, VAMOS A CASA. FOLLAMOS. TE PREPARARÉ CHILI Y PERRITOS CALIENTES, Y SERVIRÉ COPAS MIENTRAS MIRAS LA TELE EN CALZONCILLOS.

En realidad, no decía eso. Decía:

VÁMONOS A PASAR UN ROMÁNTICO FIN DE SEMANA Y A CATAR VINOS EN NORTH FORK. RESERVARÉ UN HOSTAL. BESOS. KATE.

¿Por qué diablos tengo que catar vinos? Todos tienen el mismo gusto. Además, los hostales son un asco: encantadoras covachas con baños del siglo XIX y camas que chirrían. Encima, tienes que desayunar con los demás huéspedes, que suelen ser los típicos gilipollas *yuppies* del Upper West Side, a los que les apetece hablar de algo que han leído en la sección de Arte y Ocio del *Times*. Cuando escucho la palabra «arte», echo mano a mi pistola.

Escribí mi respuesta:

ME PARECE FANTÁSTICO. GRACIAS POR PENSARLO. TE QUIERO. JOHN.

Como la mayoría de los hombres, prefiero enfrentarme a un tío con un fusil de asalto que a una esposa cabreada.

Kate Mayfield es agente del FBI, abogada, y forma parte de mi equipo, que se completa con otro tipo del DPNY y otro agente del FBI. De vez en cuando, si es necesario, añadimos a una o dos personas de alguna otra agencia, como por ejemplo de la ICE o la CIA. Nuestro último compañero de la CIA fue el antes mencionado Ted Nash, de quien tengo fuertes sospechas de que una vez estuvo románticamente

vinculado con mi entonces futura esposa. Pero ése no es el motivo por el que lo detestaba: se trataba de razones profesionales; mientras que por lo de Kate lo odiaba.

Advertí que Harry Muller despejaba su mesa y guardaba el material confidencial para que el personal de limpieza, musulmanes y no musulmanes, no pudiesen fotocopiarlo o enviarlo por fax a Desiertolandia.

—Faltan veintiún minutos para que suene la campana —le avisé.

—Tengo que ir a recoger unos chismes electrónicos —replicó.

—¿Para qué?

—Ya te lo he dicho. Tengo un servicio de vigilancia. En el Club Custer Hill.

—Creía que eras un invitado.

—No, voy de intruso.

—¿Cómo es que te ha tocado?

—No lo sé. ¿Acaso pregunto? Tengo una caravana, un par de botas y una gorra con orejeras. Así, que estoy cualificado.

—Vale. —Harry Muller, como ya he dicho, es, como yo, un antiguo poli del DPNY, retirado tras veinte años de servicio, los últimos diez en el Servicio de Inteligencia, y ahora contratado por los federales para hacer trabajos de vigilancia y seguimiento para que los Trajeados, como llamamos a los del FBI, puedan hacer el trabajo cerebral.

—Oye, ¿de qué va todo eso de los fachas? ¿Creía que estabas con nosotros? —le pregunté. «Nosotros» significaba la sección de Oriente Medio, que, en estos días, constituye más o menos el 90 por ciento de la ATTF.

—No lo sé —respondió Harry—. ¿Acaso pregunto? Sólo tengo que hacerles fotos, no ir a la iglesia con ellos.

—¿Has leído los mensajes de Walsh y Paresi?

—Sí.

—¿Crees que iremos a la guerra?

—Déjame que lo piense.

—¿Ese grupo de extrema derecha tiene alguna vinculación con los iraquíes o con UBL?

—No lo sé. —Harry consultó su reloj—. Tengo que ir a la sección técnica antes de que cierren.

—Tienes tiempo. ¿Vas a ir a ese club solo? —le pregunté.

—Sí. Ningún problema. No es más que una vigilancia y seguimiento no invasivo. —Me miró—. Entre nosotros, Walsh dice que es pura fachada, hacer méritos. Ya sabes, ahora no estamos sólo pegados al culo de los árabes, también tenemos que ocuparnos de los grupos domésticos: los neonazis, la milicia, los anarcos y demás. Queda bien para los medios y el Congreso, por si acaso. Ya lo hacíamos antes del 11-S. ¿No lo recuerdas?

—Vale.

—Tengo que irme. Supongo que te veré el lunes. Walsh me ha citado a primera

hora.

—¿Trabaja el lunes?

—No me ha invitado a su casa a tomar una cerveza, así que supongo que estará aquí.

—Vale. Te veré el lunes.

Harry se marchó.

Lo que Harry había dicho de hacer méritos no tenía mucho sentido, y, además, ya teníamos una sección de Terroristas Domésticos que se ocupaba de esa clase de cosas. Por otra parte, espiar a los fachas ricos en un club del norte del estado resultaba un poco extraño, como también lo era que Tom Walsh acudiese al trabajo en un día festivo para escuchar el informe de una misión rutinaria.

Me gusta mucho meter las narices en todo, razón por la cual soy un gran detective, así que fui a un ordenador no vinculado a la Intranet y busqué «Club Custer Hill», en Google.

No obtuve ningún resultado, así que probé con «Custer Hill». Obtuve más de 400.000 sitios, y la muestra de la primera página —campos de golf, restaurantes y varias entradas históricas relacionadas con Dakota del Sur y el general George Armstrong Custer, en Little Bighorn— indicaba que ninguna de estas referencias sería relevante. Así y todo, dediqué diez minutos a mirar algunas de las páginas, pero no había ninguna mención al estado de Nueva York.

Volví a mi mesa e introduje mi contraseña de la ATTF para acceder a los archivos internos del ACS: el Automated Case System, más o menos la versión de Google del FBI.

Apareció el Club Custer Hill, pero por lo visto yo no tenía ninguna necesidad de saber de qué iba el archivo, pues debajo del encabezamiento había hilera tras hilera de X. Por lo general, incluso en los archivos restringidos, siempre encuentras algo, como puede ser la fecha en que se creó el archivo, quién intentó acceder al mismo o, como mínimo, el nivel de clasificación. Pero en éste sólo estaban las equis.

De modo que lo único que conseguí fue alertar a los gorilas de seguridad de que había estado metiendo las narices en un archivo restringido sin ninguna relación con el trabajo que tenía entre manos, que eran los iraquíes. Sólo para complicarles las cosas, escribí en el buscador: «Camel Club Iraquí de Armas de Destrucción Masiva».

Cero resultados.

Apagué el ordenador, guardé todo lo que tenía en la mesa, cogí el abrigo y me acerqué a la mesa de Kate.

Kate Mayfield y yo nos conocimos en el trabajo, cuando ambos nos ocupábamos del caso del antes mencionado Asad Jalil, un mierda que vino a Estados Unidos a matar a un montón de personas. Lo hizo, después intentó matarnos a los dos, y escapó. No fue uno de mis mejores casos, pero sirvió para unirnos a Kate y a mí, así que la próxima vez que nos encontremos le daré las gracias antes de dispararle en las tripas y ver cómo tarda horrores en morir.

—¿Puedo invitarte a una copa? —le pregunté.

Ella me miró con una sonrisa.

—No estaría mal —respondió, y volvió a su ordenador.

Mayfield es una chica del Medio Oeste, trasladada desde Washington a Nueva York, y en un primer momento desgraciada con el cambio de destino, pero ahora inmensamente feliz de vivir en la mejor ciudad del mundo con el tío más cojonudo del universo.

—¿Por qué nos vamos de fin de semana? —quise saber.

—Porque este lugar me vuelve loca.

Es lo que tienen las grandes ciudades.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Intento encontrar algún hostelillo en North Fork.

—Probablemente, el fin de semana estén todos llenos, y no olvides que el lunes trabajo.

—¿Cómo podría olvidarlo? No has dejado de quejarte en toda la semana.

—Nunca me he quejado.

Por alguna razón, eso le pareció divertido.

Contemplé el rostro de Kate iluminado por el resplandor de la pantalla. Seguía tan hermosa como el día en que nos conocimos, hacía casi tres años. Por lo general, las mujeres con las que estoy envejecen rápido. Mi primera esposa, Robin, dijo que nuestro matrimonio, que duró un año, le pareció que había sido de diez.

—Nos vemos en Ecco's —le dije.

—Que no se te ligen.

Caminé por el gallinero de cubículos, que ahora estaba casi vacío, y salí al vestíbulo de los ascensores, donde se amontonaban los colegas.

Charlé con algunos, vi a Harry y me acerqué a él. Iba cargado con una gran maleta metálica, donde seguramente estaban las cámaras y los objetivos.

—Te invito a una copa —le ofrecí.

—Lo siento, tengo que estar en carretera lo antes posible.

—¿Viajas esta misma noche?

—Sí. Tengo que estar allí a primera hora. Por lo visto, hay una reunión, y tengo que fotografiar las matrículas de los coches y a las personas cuando lleguen.

—Es lo que solíamos hacer en las bodas y los funerales cuando vigilábamos a los mafiosos.

—Sí. La misma mierda.

Nos apretujamos en el ascensor y bajamos al vestíbulo.

—¿Dónde está Kate? —preguntó Harry.

—Ahora bajará. —Harry estaba divorciado, pero salía con una mujer, así que le pregunté—: ¿Cómo está Lori?

—Muy bien.

—En la foto de *malch.com* parecía guapa.

Se echó a reír.

—Eres un gilipollas.

—¿A qué viene eso? Por cierto, ¿dónde está ese sitio?

—¿Qué sitio? Ah... está cerca de Saranac Lake.

Salimos a Broadway Era un fresco día de otoño, y en las calles y las aceras se respiraba ese aire de Gracias-a-Dios-que-es-viernes.

Harry y yo nos despedimos, y yo seguí por Broadway hacia el sur.

Lower Manhattan es un apretado racimo de rascacielos y calles estrechas, lo que garantiza un mínimo de luz y un máximo de estrés.

La zona incluye el Lower East Side, donde nací y me crié, además de Chinatown, Little Italy, Tribeca y el Soho. Aquí, las mayores industrias son diametralmente opuestas: negocios y finanzas, representadas por Wall Street, y el gobierno, representado por los juzgados federales, estatales y municipales; el ayuntamiento; prisiones; Federal Plaza; Police Plaza, y más. Un anexo necesario a todo lo antes mencionado son los bufetes de abogados, en uno de los cuales trabaja mi exesposa, una abogada defensora que sólo representa a la crema de la escoria criminal. Ésta es una de las razones por las que nos divorciamos. La otra era su convencimiento de que cocinar y follar eran cosas primitivas.

Delante quedaba el gran espacio de cielo vacío donde habían estado las Torres Gemelas. Para la mayoría de los norteamericanos, e incluso para la mayoría de los neoyorquinos, la ausencia de las torres sólo se percibe como una brecha en el perfil urbano, pero si vives o trabajas en el centro y estabas habituado a ver aquellas moles todos los días, entonces su ausencia todavía te pilla por sorpresa cuando vas por la calle y no están ahí.

Mientras caminaba, pensé en la conversación con Harry Muller.

Por un lado, no había absolutamente nada fuera de lo habitual o destacable en su misión de fin de semana. Por el otro, algo no cuadraba. Me refiero a que estábamos a punto de emprender una guerra contra Irak, metidos en otra guerra en Afganistán, paranoicos con la posibilidad de otro ataque del terrorismo islámico, y a Harry lo enviaban a espiar una reunión de ricachones de extrema derecha cuyo nivel de amenaza para la seguridad nacional era probablemente entre bajo e inexistente en aquel momento.

Después estaba esa tontería que le había dicho Tom Walsh a Harry sobre lo de hacer méritos por si acaso alguien en el Congreso o los medios quería saber si la ATTF estaba encima de los terroristas nativos. Eso podría haber tenido algún sentido unos pocos años atrás, pero desde el 11-S, los neonazis, las milicias y toda esa panda se habían quedado muy tranquilos y contentos al ver que, tras haber sido atacados, el país lo estaba haciendo ahora muy bien, matando a los malos, arrestando a gente y toda la pesca. Por último, había lo de la reunión informativa un lunes festivo.

En cualquier caso, no tenía que calentarme mucho los cascos con todo eso. A fin de cuentas no era asunto mío, y cada vez que hacía demasiadas preguntas respecto a

cosas que me parecían extrañas en el 26 Federal Plaza me metía en líos. Como solía decir mi madre: «John, tu segundo nombre es Problemas». Me lo creí hasta el día que vi mi partida de nacimiento, donde ponía Aloysius. Prefiero mil veces Problemas que Aloysius.

Capítulo 2

Llegué a Chambers Street y entré en Ecco's, un restaurante italiano con aire de taberna; lo mejor de dos mundos.

El bar estaba lleno de caballeros trajeados y damas vestidas preferentemente con trajes de chaqueta. Reconocí un montón de caras y dije unos cuantos holas.

Pero aunque no hubiese conocido a nadie, siendo como soy un buen detective y un observador de la vida neoyorquina, no me costaría nada identificar a los abogados de cuantiosas minutas, a los funcionarios públicos, a los representantes de la ley y a los tipos de las finanzas. Allí me topaba de vez en cuando con mi ex, así que uno de los dos había dejado de ir.

Pedí un Dewar's con soda y charlé con algunos de los que tenía a mi alrededor.

Llegó Kate, y pedí para ella un vino blanco, cosa que me recordó mi problema del fin de semana.

—¿Te has enterado de lo de la plaga de la uva?

—¿Qué plaga de la uva?

—La que se ha declarado en North Fork. Todas las cepas están infectadas con un extraño hongo que se puede transmitir a los humanos.

Aparentemente no me oyó, porque siguió con lo suyo.

—He encontrado un bonito hostel en Mattituck. —Describió el lugar según aparecía en una página web de turismo, y concluyó—: Promete ser un sitio encantador.

También lo es el castillo de Drácula en la página web de Transilvania.

—¿Alguna vez has oído hablar del Club Custer Hill?

—No... no lo he visto en la página de North Fork. ¿En qué ciudad está?

—Está en el norte del estado.

—Ah. ¿Es bonito?

—No lo sé.

—¿Quieres ir allí el próximo fin de semana?

—Primero averiguaré qué pinta tiene.

Al parecer, el nombre no le sonaba a la agente Mayfield, quien algunas veces sabe cosas que no comparte conmigo. Me refiero a que estamos casados, pero ella es del FBI, y yo tengo una autorización de seguridad limitada, lo que significa que sé menos cosas que ella. En la misma línea, me pregunté por qué la agente Mayfield creía que las palabras «Club Custer Hill» se referían a un lugar donde alojarse y no, pongamos, a una sociedad histórica, un club de campo o lo que fuese. Quizá fuera por el contexto, o quizá sabía exactamente de lo que le hablaba.

Cambié de tema y pasé a los memos sobre Irak, y discutimos un rato la situación

geopolítica. La opinión de la agente especial Mayfield era que la guerra contra Irak no sólo era inevitable, sino también necesaria.

El 26 Federal Plaza es un ministerio orwelliano, y las personas que trabajan allí están muy sensibilizadas con el más mínimo cambio en la línea del partido. Cuando la corrección política estaba a la orden del día, podrías haber pensado que la Anti-Terrorist Task Force era una agencia de servicios sociales para psicópatas con baja estima. Ahora, todos hablan de matar a los fundamentalistas islámicos y de ganar la guerra contra el terror; lo gramaticalmente correcto sería «la guerra contra el terrorismo», pero se trata únicamente de una mera formulación recién inventada por los medios de comunicación. La agente Mayfield, una buena empleada gubernamental, no tenía muchas ideas políticas propias, así que no tenía ningún problema en odiar a los talibanes, Al Qaeda y UBL un día y después odiar todavía más a Saddam Hussein si llegaba una directiva indicando que eso era lo que tocaba aquel día.

Pero quizá no estoy siendo justo. Tampoco soy del todo racional en el tema de Bin Laden y Al Qaeda. Perdí a un montón de amigos el 11-S, y de no haber sido por la gracia de Dios y el tráfico, Kate y yo hubiésemos estado en la Torre Norte cuando ésta se derrumbó.

Yo tenía un desayuno de trabajo en Windows on the World, en el piso 197. Llegaba tarde, y Kate me esperaba en el vestíbulo. David Stein, Jack Koenig y mi antiguo compañero y quizá mejor amigo en el mundo, Dom Fanelli, llegaron puntuales, como otro montón de buenas personas y algunas malas, como Ted Nash. No sobrevivió ninguno de los que estaban en el restaurante.

No soy de los que se conmueve fácilmente —ni siquiera que me disparasen tres veces y casi me desangrase hasta morir tumbado en una calle tuvo un efecto duradero en mi salud mental, la que tengo—, pero aquel día me impresionó mucho más de lo que me di cuenta en el momento. Me encontraba directamente debajo del avión cuando se estrelló, y ahora, cuando veo un avión que vuela bajo...

—¿John?

Me volví hacia Kate.

—¿Qué...?

—Te he preguntado si quieres otra copa.

Miré mi copa vacía.

Me pidió otra.

Apenas era consciente de que en el televisor que había al final del bar daban las noticias y de que un reportero comentaba la votación en el Congreso sobre la cuestión de Irak.

En mi cabeza volvía a ser de nuevo el 11-S. Intenté ser útil, y ayudé a los bomberos y a la policía a evacuar al público del vestíbulo, al mismo tiempo que buscaba a Kate.

Luego, una vez fuera del edificio, llevando una camilla, se me ocurrió mirar hacia

arriba y vi a todas aquellas personas que saltaban desde las ventanas, y creí que Kate estaba allá arriba y me pareció verla caer... La miré en el bar, de pie a mi lado; ella me devolvió la mirada y preguntó:

—¿En qué piensas?

—En nada.

Entonces se estrelló el segundo avión, y luego oí aquel extraño retumbar del cemento y el acero desplomándose, distinto a cualquier sonido conocido, y todavía siento cómo se estremecía el suelo debajo de mis pies cuando el edificio se vino abajo y los trozos de cristal llovieron desde el cielo. Como todos los demás, corrí como alma que lleva el diablo. Sigo sin recordar si dejé caer la camilla o si el otro tipo la dejó caer primero o si realmente estaba sujetando una camilla.

No creo que alguna vez lo recuerde.

En las semanas siguientes al 11-S, Kate se volvió retraída, no podía dormir, lloraba mucho, y casi nunca sonreía. Me recordaba a las víctimas de violación con las que había tratado, que no sólo habían perdido la inocencia sino también parte del alma.

Los sensibles burócratas de Washington urgieron a todos los que habían tenido algo que ver con la tragedia a que buscasen ayuda psicológica. No soy de los que hablan de sus problemas con extraños, sean o no profesionales, pero a instancias de Kate fui a ver a uno de los psicólogos contratados por los federales para atender a la demanda. El tío estaba un poco majara, así que en la primera sesión no progresamos mucho.

La segunda y las siguientes las pasé en un bar cercano a casa, Dresner's, donde Aidan, el encargado de la barra, me dio un muy sabio consejo. «La vida es una mierda —opinó Aidan—. Tómate otra copa».

Kate, por su parte, se mantuvo fiel a su psicólogo durante unos seis meses, y ahora está mucho mejor.

Pero algo le ha ocurrido, y nunca se curará del todo. Aunque, sea lo que sea, quizá haya sido para bien.

Desde que la conozco, siempre ha sido una buena servidora, fiel a las normas y rara vez crítica con el FBI o sus métodos. De hecho, solía criticarme a mí por criticar al FBI.

Exteriormente, sigue siendo leal, como digo, y sigue la línea del partido, pero interiormente se da cuenta de que ésta ha dado un giro de 180 grados, por lo que se ha vuelto más cínica, crítica y reflexiva. En mi opinión, este hecho resulta muy positivo, ya que ahora tenemos algo en común.

Algunas veces añoro a la animadora de ojos soñadores de la que me enamoré, pero también me gusta esta mujer más dura y experimentada que, como yo, ha visto la cara del diablo y está dispuesta a enfrentarse a ella cuantas veces sea necesario.

Ahora, un año y un mes más tarde, vivimos en un perpetuo estado de ansiedad que responde a un código de colores. Hoy es Nivel de Alerta Naranja. Mañana,

¿quién sabe? Pero lo que está muy claro es que no lo veré de nuevo Verde en lo que me queda de vida.

Segunda parte

Sábado

En el norte del estado de Nueva York

No es prudente no tener en cuenta al dragón si vives cerca de él.

J. R. R. Tolkien

Capítulo 3

El detective Harry Muller aparcó su caravana a un lado de un viejo camino de leñadores y recogió su equipo del asiento del acompañante, se bajó, consultó la brújula y se dirigió al noroeste a través del bosque, vestido con prendas de camuflaje y un gorro de lana negra.

El terreno no era escabroso, los pinos estaban separados y el suelo tapizado con musgo y helechos. Mientras caminaba, la luz del amanecer comenzó a filtrarse entre los árboles, y dejó a la vista un espeso manto de niebla a ras de suelo. Los pájaros cantaban y animales pequeños se escurrían entre la hojarasca.

Hacía frío, y Harry veía las nubecillas formadas por su aliento, pero el prístino bosque era espectacular, así que se sentía más bien contento que desgraciado.

Colgados del hombro, llevaba los prismáticos, una cámara de vídeo y una muy cara máquina de fotos Nikon de 12 megapíxeles y un teleobjetivo de 300 mm. También cargaba con una guía de pájaros por si acaso alguien le preguntaba qué hacía allí y con una Glock 9 mm por si acaso a alguien no le gustaba su respuesta.

Había sido informado sobre el lugar por un tipo conocido como Ed de Tech, que le había dicho que los terrenos del Club Custer Hill tenían unos siete kilómetros de lado, lo que hacía un total de cuarenta y nueve kilómetros cuadrados de terreno particular. Increíblemente, toda la propiedad estaba cercada con una alambrada, razón por la que Ed le había dado los alicates que Harry llevaba ahora en el bolsillo lateral.

Al cabo de diez minutos llegó a la cerca. Tenía unos cuatro metros de altura y en la parte de arriba había una doble hilera de alambre de espino. Unos carteles metálicos, colocados cada tres metros anunciaban:

PROPIEDAD PRIVADA
LOS INTRUSOS SERÁN DENUNCIADOS.

Otro cartel decía:

PELIGRO
NO ENTRAR
PROPIEDAD VIGILADA POR GUARDIAS ARMADOS Y PERROS.

Fruto de una larga experiencia, Harry sabía que los carteles de advertencia como éstos generalmente eran más paparruchas que realidad. En ese caso, sin embargo, se los tomó en serio. También le preocupó que Tom Walsh no estuviese enterado de lo de los perros y los guardias armados o, si lo sabía, no se lo hubiese dicho. En cualquier caso, tendría unas cuantas palabritas con él el lunes por la mañana.

Sacó el móvil y lo puso en modo vibración. Se fijó en que tenía buena cobertura,

cosa que era un tanto extraña en las montañas. Llevado por un impulso, marcó el número del móvil de Lori, su novia. Salió el buzón de voz.

—Hola, cariño —dijo Harry en voz baja—. Soy yo. Estoy en las montañas, así que quizá dentro de poco no tenga cobertura. Pero quería decirte hola. Llegué aquí anoche, a eso de las doce, he dormido en la caravana, y ahora estoy de servicio, cerca de la finca de unos chalados de ultraderecha. No me llames, ya te llamaré yo más tarde, desde un fijo si no tengo cobertura en el móvil, ¿vale? Todavía tendré que hacer algo más en el aeropuerto local hoy o quizá mañana por la mañana, así que tal vez tenga que quedarme a pasar la noche. Te lo diré cuando lo sepa. Hasta luego. Te quiero.

Colgó, sacó los alicates, cortó la tela metálica, y se coló en la propiedad. Permaneció inmóvil, miró en derredor, escuchó, y luego guardó los alicates en el bolsillo. Siguió adelante a través del bosque.

Al cabo de unos cinco minutos vio un poste de teléfono entre los pinos y se acercó. En lo alto del poste había una caja de teléfonos cerrada.

Miró hacia arriba y calculó que el poste tendría una altura de unos diez metros. Aproximadamente a unos seis metros había cuatro focos, y encima cinco cables sujetos a un travesaño. Un cable obviamente era para el teléfono y otro alimentaba a los focos. Los otros tres, a juzgar por el grosor, debían de ser de un voltaje muy alto.

Harry advirtió algo extraño y miró el extremo del poste con los prismáticos. Lo que había tomado por ramas de los árboles cercanos eran en realidad ramas de plástico, de esas que las compañías de teléfonos móviles utilizan para camuflar o embellecer las torres de telefonía móvil en las zonas pobladas. Se preguntó por qué estarían allí en mitad del bosque.

Bajó los prismáticos, cogió la Nikon y sacó varias fotos del poste al recordar lo que le había dicho Tom Walsh: «Además de los coches, los rostros y las matrículas, fotografía cualquier cosa que parezca interesante».

Harry consideró que parecía interesante y bueno para los archivos, así que cambió la Nikon por la cámara de vídeo y filmó diez segundos, luego siguió.

El terreno comenzaba a subir gradualmente, y los pinos cedieron paso a grandes robles, olmos y arces, de hojas de brillantes tonos rojo, naranja y amarillo. Una alfombra de hojas secas cubría el suelo y éstas crujieron y susurraron cuando Harry caminó sobre ellas.

Harry hizo una rápida consulta del mapa y la brújula y decidió que la casa se encontraba directamente delante, a poco menos de un kilómetro.

Quitó el envoltorio a una barrita energética y continuó caminando mientras comía. Disfrutaba del aire puro de las Adirondack pero siempre atento a cualquier indicio de problemas. Aunque era un agente federal, la intrusión era la intrusión, y sin una orden judicial, no tenía más derecho a estar en una propiedad privada y vallada que un cazador furtivo.

Sin embargo, cuando le había preguntado a Walsh si llevaría una orden judicial, él

le había contestado: «No tenemos ningún motivo demostrable para una vigilancia. ¿Para qué molestar a un juez si la respuesta es no?» O, como le gustaba decir al DPNY respecto a saltarse la ley: «Es mejor pedir perdón más tarde que pedir permiso ahora».

Harry, como todos los demás que trabajaban en antiterrorismo, sabía que las reglas habían cambiado unos dos minutos después de que el avión se estrellase contra la segunda torre, y que las que no habían cambiado se podían romper. Esto generalmente facilitaba un poco su trabajo, pero algunas veces, como ahora, también hacía que éste resultara un poco más arriesgado.

El bosque se volvió mucho menos denso, y Harry vio muchos tocones de árboles que habían sido talados, y quizá lo habían hecho para tener leña, o quizá por seguridad. Con independencia del motivo, Harry tenía ahora menos protección y menos lugares donde ocultarse que cien metros atrás.

Delante, vio un campo abierto y se acercó lentamente entre los árboles, cada vez más espaciados.

Se detuvo a la sombra del último arce en pie y observó el terreno con los prismáticos.

Una carretera pavimentada lo atravesaba y bajaba hasta la reja de la entrada, donde había una cabaña de troncos que constituía la garita. El camino estaba bordeado con luces de seguridad montadas sobre estacas metálicas, y también vio los postes de teléfono con los cinco cables que salían del bosque, cruzaban el campo y la carretera y desaparecían de nuevo en el bosque, por el lado más alejado del camino. Harry asumió que era la continuación de lo que había visto cerca de la alambrada, y, al parecer, tanto las luces como los postes y los cables rodeaban la propiedad, es decir, que todo el perímetro estaba iluminado. «Esto no es un coto de caza», se dijo a sí mismo.

Observó la carretera que discurría hasta arriba de la colina, donde a una distancia de unos doscientos metros se alzaba una gran casa de dos pisos construida al estilo típico de aquellas montañas. En la zona ajardinada de delante se veía un mástil donde ondeaba la bandera norteamericana y, debajo, un pendón amarillo. Más allá de la casa había unas cuantas construcciones auxiliares, y en la cumbre, lo que parecía ser una antena de radio o una torre de telefonía móvil. Harry tomó una foto con la Nikon.

La edificación estaba hecha de piedra, troncos y tablas de madera, con una gran galería porticada en el frente. Del techo, de tejas verdes, sobresalían seis chimeneas de piedra, y todas ellas expulsaban un humo gris. Muller vio luces en las ventanas de la fachada y un *jeep* negro en el gran aparcamiento de grava de delante del edificio. Obviamente, había alguien en la casa, y era de suponer que esperaban invitados. Por eso estaba él allí.

Utilizó la Nikon para sacar unas cuantas fotos del aparcamiento y la casa con el teleobjetivo, y luego empleó la cámara de vídeo para filmar el conjunto y el entorno.

Si debía fotografiar los coches que llegaban, las matrículas y a las personas, tenía

que acercarse mucho más. Ed de Tech le había mostrado una foto aérea de la casa y le había dicho que si bien el terreno era abierto, había muchos y grandes afloramientos de piedra donde ocultarse.

Harry miró éstos en la ladera y planeó su ruta para trasladarse de un escondite a otro hasta alcanzar una posición ventajosa, a unos treinta metros de la casa y el aparcamiento. Desde allí, no tendría problemas para fotografiar y filmar los coches aparcados y a las personas que llegasen. Según Walsh, tenía que quedarse allí hasta última hora de la tarde, y después ir al aeropuerto para comprobar los registros de los pasajeros que habían llegado y los del alquiler de coches.

Recordó una vez que había trabajado en el caso de unos tipos irlandeses del IRA que habían montado un campo de entrenamiento no lejos de allí. El parque forestal de las Adirondack era casi tan grande como el estado de New Hampshire, una mezcla de terrenos públicos y privados con muy poca población, lo que lo convertía en un buen lugar para cazar, acampar o probar armas ilegales.

La vigilancia que estaba llevando a cabo Harry se diferenciaba de la del IRA en que, aparentemente, allí no se había cometido ningún crimen y las personas que vivían en aquella gran casa seguramente tenían influencias en alguna parte.

Ya se disponía a emprender su primera carrera hasta un afloramiento rocoso cuando de pronto aparecieron tres *jeeps* negros de detrás de la casa y comenzaron a cruzar el campo a gran velocidad. La verdad es que iban directamente hacia él.

Retrocedió para meterse de nuevo entre los árboles, y entonces oyó los ladridos en el bosque.

—¡Putra mierda!

Los tres *jeeps* llegaron hasta los árboles, y dos hombres se apearon de cada vehículo. Llevaban fusiles de caza.

De entre los árboles de su alrededor salieron tres tipos más con pastores alemanes que tiraban de las correas y gruñían. Harry se fijó en que los hombres llevaban pistolas en fundas sujetas a las caderas. A continuación vio aparecer a un cuarto hombre que, por su actitud, parecía estar al mando.

Comprendió que la única manera de que pudiesen haber fijado su posición con tanta exactitud era que disponían de sensores de movimiento o sonido instalados en la zona. A aquellos tipos les gustaba mucho la intimidad.

Experimentó una poco habitual sensación de ansiedad, aunque no de miedo. Aquello iba a resultar bastante engorroso, pero no le pareció que entrañase ningún peligro.

Los guardias de seguridad habían formado un círculo a su alrededor pero se mantenían a una distancia de unos seis metros. Todos vestían trajes de camuflaje con la insignia de la bandera en el hombro derecho, llevaban un birrete con el águila norteamericana y, de la oreja izquierda, les brotaba un cable enrollado.

El hombre al mando —un tipo de mediana edad y pinta de duro— se acercó, y Harry vio que llevaba una placa de tipo militar que decía: «Carl».

—Señor, se encuentra usted en una propiedad privada —le notificó Carl.

Harry puso cara de tonto.

—¿Está usted seguro?

—Sí, señor.

—Oh, cielos. Bueno, si me quiere indicar el camino...

—¿Cómo pasó la valla, señor?

—¿Valla? ¿Qué valla?

—La que rodea la propiedad, señor, y que está señalada con carteles de «no pasar».

—No he visto ninguna... Oh, esa valla. Lo siento, Carl, seguía a un pájaro carpintero, y voló por encima, así que encontré un agujero y...

—¿Por qué está aquí?

Harry advirtió que el tono de Carl se había vuelto un poco menos cortés y que se había olvidado de la palabra «señor».

—Soy un observador de pájaros. —Le mostró la guía—. Observo pájaros. —Tocó los prismáticos.

—¿Por qué lleva esas cámaras?

—Hago fotos a los pájaros. —Idiota—. Así que, si usted me indica por dónde puedo salir de la propiedad o, mejor todavía, me lleva hasta allí, me marcharé.

Carl no respondió, y Harry se olió la primera señal de un posible problema.

Entonces Carl dijo:

—Por aquí hay miles de hectáreas de terreno público. ¿Por qué ha cortado la valla?

—Yo no he cortado ninguna puta valla, amigo. He encontrado un puto agujero en ella. Y, por cierto, Carl, que lo jodan.

Harry y todos los que estaban a su alrededor comprendieron que ya no hablaba como un observador de pájaros.

Se disponía a sacar sus credenciales federales, ordenar a todos aquellos cabrones que se pusieran en posición de firmes y decirles que lo llevaran hasta la caravana. Sin embargo, su segundo pensamiento fue no hacer de aquello un caso oficial. ¿Por qué dejarles saber que era un agente federal enviado allí para espiar? Walsh se subiría por las paredes.

—Me largo —dijo Harry, y dio un paso hacia el bosque.

De pronto, se levantaron todos los fusiles y las pistolas salieron de sus fundas. Los tres perros gruñeron y tiraron de las correas.

—Deténgase o soltaré a los perros.

Harry inspiró profundamente y se detuvo.

—Hay dos maneras de hacer esto —añadió Carl—. Por las buenas o las malas.

—Veamos las malas.

Carl miró a los otros nueve guardias de seguridad, luego a los perros y después a Harry. Le habló con un tono conciliador.

—Señor, tenemos órdenes estrictas de llevar a cualquier intruso a la casa, llamar al *sheriff* y hacer que el individuo sea llevado fuera de la propiedad por un representante de la ley. No presentaremos cargos, pero el *sheriff* le advertirá de que, si vuelve a entrar, se le podrá detener. No puede, de acuerdo con la ley o nuestra política de seguridad, salir de la propiedad por sus propios medios, y nosotros no lo llevaremos fuera. Sólo el *sheriff* puede hacerlo. Es por su propia seguridad.

Harry se lo pensó. Aunque la misión se había ido al traste, aún podía sacar alguna ventaja si veía el interior de la casa, y quizá obtener un poco de información, y un poco más del *sheriff* local.

—Vale, tío, vamos allá —respondió.

Carl le indicó que se volviera y caminase hacia los *jeeps*. Harry creyó que lo harían subir a uno de los vehículos, pero no lo hicieron, así que quizá su política de seguridad fuera realmente estricta.

Sin embargo, los *jeeps* se quedaron allí mientras a él lo hacían caminar hasta la carretera y subir la colina hacia la casa, acompañado por todo el contingente.

Mientras lo hacía, pensó en los guardias armados con los perros, la garita, la valla de tela metálica, el alambre de espino, los focos y las cajas de teléfono, y lo que probablemente eran sensores de movimiento y sonido. Aquél no era un club de caza y pesca como los demás. De pronto, se cabreó con Walsh, que apenas le había dado información, y aún más consigo mismo por no olerse la tostada.

Sabía que no tenía por qué estar asustado, pero algún instinto, afinado por veinte años de policía y cinco años de trabajo antiterrorista, le avisó de que allí había un elemento de peligro.

Para confirmarlo, le dijo a Carl, que caminaba detrás de él:

—¿Eh, por qué no llama al *sheriff* ahora con su móvil? Ahorraría tiempo.

Carl no respondió.

Harry metió la mano en el bolsillo.

—Puede usar mi móvil.

—Mantenga las manos donde yo pueda verlas —replicó Carl—, y cierre su puta boca.

Un súbito temblor helado recorrió la espalda de Harry Muller.

Capítulo 4

Harry Muller estaba sentado al otro lado de la mesa, delante de un hombre alto, delgado y de mediana edad que se había presentado a sí mismo como Bain Madox, presidente y propietario del Club Custer Hill. Aunque eso, explicó el señor Madox, no era su trabajo, sino un mero pasatiempo. Bain Madox era también el presidente y propietario de Global Oil Corporation (GOCO para resumir), empresa que Harry había oído mencionar, lo que explicaba dos de las fotografías colgadas en la pared: una de un buque cisterna y otra de un campo de extracción petrolera en algún desierto.

Madox advirtió el interés de Harry por las fotos.

—Kuwait. La guerra del Golfo —dijo—. Detesto ver cómo se quema el petróleo, sobre todo si nadie me lo paga.

Harry no respondió.

El señor Madox vestía una americana azul y una chillona camisa a cuadros. Harry Muller sólo los calzoncillos largos térmicos. Había sido sometido a un humillante registro por parte de Carl y otros dos guardias, que tenían porras eléctricas y le habían asegurado que las utilizarían si presentaba resistencia. Carl y uno de los dos tipos estaban ahora detrás de él, con las porras en las manos. Hasta el momento, no había rastro del *sheriff*, y Harry no creía que estuviese de camino.

Observó a Bain Madox sentado tranquilamente detrás de su gran mesa, en la amplia habitación con paneles de pino, en el primer piso de la casa. A través de la ventana de su derecha veía la ladera que quedaba detrás de la casa, y en lo alto de la colina, la antena que había vislumbrado antes desde el bosque.

—¿Le apetece un café? ¿Té?

—Que lo follen.

—¿Eso es un no?

—Que lo follen.

Bain Madox miró a Harry, y éste le sostuvo la mirada. Madox aparentaba unos sesenta, pensó Harry, en muy buena forma física, con un bronceado insólito para la estación, el pelo canoso peinado hacia atrás y una nariz larga, delgada y ganchuda como el pico de una águila, con unos ojos grises a juego. Harry pensó también que el tipo tenía pinta de rico, pero no de un rico estúpido. Había algo en él que denotaba fuerza, poder e inteligencia. Liderazgo y control. Tampoco parecía en absoluto nervioso por el hecho de haber secuestrado y retenido a un agente federal. Harry sabía que eso no era bueno.

Madox sacó un cigarrillo de una caja de madera.

—¿Le importa si fumo?

—Me importa una mierda. Llame al *sheriff*. Ahora.

Madox encendió el cigarrillo con un mechero de plata de sobremesa y dio un par de caladas antes de preguntar:

—¿Qué lo trae por aquí, detective Muller?

—La observación de pájaros.

—No pretendo ser descortés, pero me parece un pasatiempo un tanto amariconado para un hombre metido en el antiterrorismo.

—Le queda un minuto antes de que lo arreste.

—En ese caso, utilizaré ese minuto sabiamente. —Madox miró los objetos colocados encima de la mesa: el móvil y el *busca* de Harry, que estaban desconectados, el llavero, la cámara de vídeo y la Nikon digital, los prismáticos, la guía de pájaros, un mapa topográfico de la zona, la brújula, los alicates, las credenciales de Harry y la Glock 9 mm, la llamada Baby Glock porque era fácil de ocultar. Advirtió que Madox había quitado el cargador, lo cual era algo muy inteligente por su parte.

—¿Qué debo interpretar de todo esto? —le preguntó Madox.

—Lo que coño quiera, gilipollas. Devuélvame toda esta mierda y déjeme salir de aquí ahora mismo o se enfrentará a una condena de entre veinte años y la perpetua por secuestrar a un agente federal.

Madox hizo una mueca que sugería que estaba enfadado e impaciente.

—Vamos, señor Muller. Ya hemos dejado atrás esa parte. Tenemos que avanzar.

—Que lo follen.

—Permítame que juegue a detective —propuso Madox—. Veo aquí unos prismáticos, una pequeña cámara de vídeo, una máquina muy cara de fotos digital con teleobjetivo y una guía de pájaros. De todo esto, puedo deducir que es un entusiasta observador de aves. Tan entusiasta, que también lleva estos alicates ante la posibilidad de que una valla se interponga entre usted y el pájaro. Además, una pistola por si se da el caso de que el pájaro no se queda quieto el tiempo suficiente como para fotografiarlo. ¿Qué tal lo hago? —preguntó Madox.

—No muy bien.

—Permítame que siga intentándolo. También veo aquí un mapa topográfico del Servicio Geológico norteamericano con el perímetro de mi propiedad marcado en rojo, además de la garita de la entrada, esta casa y otras estructuras. Esto me sugiere que se tomó una fotografía aérea de mi terreno y que los detalles obtenidos fueron señalados en su mapa. ¿Correcto?

Harry no respondió.

—También veo aquí, en mi mesa, esta placa y tarjeta que lo identifican como detective de la policía de Nueva York retirado. Felicidades.

—Muérase.

—Pero lo que más me interesa de todo es esta otra placa y tarjeta de identidad en las que se dice que es usted un agente federal de la Anti-Terrorist Task Force. No

retirado. —Miró la foto de la tarjeta, luego a Harry Muller y preguntó—: ¿Hoy está de servicio?

Harry decidió insistir en su tapadera por si acaso el tipo quería una razón para soltarlo.

—Vale, permítame que le repita de nuevo lo que les he dicho a sus paranoicos soldaditos de plomo. He venido aquí a pasar el fin de semana. Miro y fotografío pájaros. También soy agente federal y, por ley, tengo que llevar las credenciales y el arma. No debería usted sumar dos y dos y decir que son cinco. ¿Está claro?

—Clarísimo. Pero póngase en mi lugar, y yo me pondré en el suyo. Soy el agente federal Harry Muller, y tengo delante a un hombre que me dice que todas las pruebas circunstanciales que veo, elementos de vigilancia, se pueden explicar por la observación de pájaros. Por lo tanto, ¿qué hago? ¿Lo dejo marchar o reclamo una explicación más lógica y verdadera? ¿Qué haría usted en mi lugar?

—Lo siento, no he prestado atención. Me distrae la camisa.

El señor Madox sonrió, luego abrió la guía de aves, se puso las gafas y seleccionó una página.

—¿Dónde es más probable que encuentre a un somormujo, señor Muller?

—Cerca de un lago.

—Demasiado fácil. —Madox pasó unas cuantas páginas—. ¿Cuál es el color de la curruca cerúlea?

—Pardo.

El señor Madox sacudió la cabeza.

—No, no, señor Muller. Cerúleo significa azul. El azul del cielo. Una más. Con dos de tres se aprueba. —Buscó otra página—. ¿De qué color es el macho de...?

—Oiga, coja el libro, úntelo bien con vaselina y métaselo en el culo.

El señor Madox cerró la guía y la dejó a un lado. Se volvió hacia la pantalla del ordenador.

—Aquí tenemos sus fotos digitales. No veo ningún pájaro en ellas. Veo, sin embargo, que al parecer le ha interesado uno de mis postes de teléfonos... Y veamos... aquí tenemos una de la torre de detrás de mi casa... primeros planos del edificio... Ah, aquí hay un pájaro posado en mi tejado. ¿Qué es?

—Un halcón comemierda.

Madox cogió la cámara de vídeo, pulsó un botón y miró la pantalla.

—Aquí está de nuevo el poste... primer plano de las ramas de plástico... Aquí tenemos otra vez la casa... bonitas vistas desde donde estaba... el mismo pájaro que se va. ¿Qué será? Parece una gran garza azul, pero ya tendría que haber emigrado al sur. Estamos teniendo un otoño demasiado caluroso. El calentamiento global, si cree en esas chorradas. —Dejó la cámara y preguntó—: ¿Sabe cuál es la solución para el calentamiento global? ¿No? Yo se lo diré: el invierno nuclear. —Se echó a reír—. Un chiste muy viejo.

Madox se acomodó en la silla y encendió otro cigarrillo. Soltó unos anillos de

humo perfectos y los miró mientras se elevaban y disolvían.

—Es un arte perdido.

Mientras Bain Madox practicaba su arte perdido, Harry Muller echó una ojeada a la habitación sin dejar de oír la respiración de los dos hombres que tenía detrás. Miró la pared que aparecía cubierta con unos diplomas enmarcados. Harry pensó que enterarse de algo más de ese tipo podría serle de utilidad.

Madox no pasó por alto la mirada de Harry.

—El primero arriba a la izquierda en la concesión de la Estrella de Plata. A su lado la de la Estrella de Bronce y a continuación el Corazón Púrpura. Luego tiene mi nombramiento como teniente del ejército de Estados Unidos. Los de la hilera siguiente son las habituales medallas de servicios, incluida la Vietnam Campaign Medal y la Presidential Unit Citation. Serví en el Séptimo Regimiento de Caballería de la Primera División de Caballería Aerotransportada. El Séptimo de Caballería era la unidad a la que perteneció el general Custer. Él es en parte la razón del nombre de este club. Quizá le cuente más tarde la otra parte, pero si lo hago tendría que matarlo. —Se echó a reír—. Es una broma. Eh, sonría. Es una broma.

Harry se obligó a sonreír. «Gilipollas».

—En la última hilera tenemos la insignia de la infantería de combate, la de fusilero, mi diploma de la Jungle Training School y, por último, mi baja del ejército. Abandoné el servicio después de ocho años con el rango de teniente coronel. En aquellos días se ascendía rápido. Con tantos oficiales muertos se abrieron las listas de ascensos. ¿Usted sirvió?

—No. —Harry decidió seguirle la corriente—. Era demasiado joven, y después quitaron el reclutamiento obligatorio.

—Así es. Tendrían que implantarlo de nuevo.

—Absolutamente de acuerdo —afirmó Harry—. Y también tendrían que reclutar a las mujeres. Quieren igualdad de derechos, de modo que también les toca igualdad de responsabilidades.

—Tiene toda la razón.

Harry estaba lanzado, así que continuó.

—Mi hijo quiere darse de alta en la oficina de reclutamiento por si alguna vez lo implantan de nuevo. Mi hija en cambio no quiere saber nada. Ya ve.

—¿Tiene un hijo y una hija?

—Sí.

—¿Casado?

—Divorciado —contestó Harry.

—Ah, yo también.

—Las mujeres te vuelven loco —señaló Harry.

—Sólo si las dejas.

—Es lo que hacemos.

Madox se rió.

—Así es. En cualquier caso, ha venido aquí en servicio de vigilancia para la Federal Anti-Terrorist Task Force. ¿Por qué?

—¿Cuánto tiempo estuvo en Vietnam?

Madox miró a Harry durante unos segundos antes de responder:

—Dos turnos de un año cada uno, y un tercero que interrumpió una bala de AK-47 que no me atravesó el corazón por dos centímetros; me perforó el pulmón derecho y me rompió una costilla en el camino de salida.

—Tiene suerte de estar vivo.

—Es lo que me digo todos los días. Cada uno es un regalo. ¿Alguna vez le han disparado?

—Cinco veces. Nunca me hirieron.

—Tiene suerte de estar vivo. —Madox miró a Harry—. Que te disparen es algo que te cambia. Nunca vuelves a ser el mismo. Pero no necesariamente para peor.

—Lo sé. Tengo amigos a los que les han dado. —Pensó en John Corey, aunque estaba bastante seguro de que Corey era el mismo tonto antes y después de resultar herido—. Algunas veces pienso que debería haberme presentado voluntario. Vietnam se había acabado, pero aún hubiese podido prestar servicio. Quizá hubiese pillado la invasión de Granada o algo así.

—Bueno, no sea demasiado duro consigo mismo. La mayoría de los norteamericanos nunca han servido. Si quiere saber la verdad, la guerra es algo condenadamente espantoso. Ahora estamos embarcados en esta guerra contra el terrorismo, y usted, señor Muller, al parecer está en primera línea. ¿Correcto?

—Eh... sí.

—Por terrorismo, nos referimos generalmente a terroristas islámicos. ¿Correcto?

—Sí... pero...

—¿Así que busca terroristas islámicos aquí? ¿Puedo ayudarlo?

A Harry se le empezaba a ocurrir una idea, pero el señor Madox continuó:

—Si hay algo que pueda hacer, señor Muller, no dude en decírmelo. No hay nadie que desee más ganar la guerra contra el terrorismo que yo. ¿En qué puedo servirle?

—Bueno..., verá..., la cosa es así. Hace unos cinco años intervine en un caso de terroristas del IRA. Tenían un campo de entrenamiento a sólo unos veinticinco kilómetros de aquí. —Harry le contó a Madox los detalles del caso y concluyó—: Enviamos a ocho tipos a una prisión federal a cumplir condenas de entre tres y veinte años.

—Ah, sí. Lo recuerdo porque en efecto fue muy cerca de aquí.

—Correcto. Y ahora es la misma cosa. Estamos comprobando un montón de fincas particulares para ver si hay alguna actividad sospechosa relacionada con el IRA. Recibimos informes de inteligencia que...

—Entonces, ¿esto no tiene nada que ver con los terroristas islámicos?

—No. Hoy no. Esta vez va del IRA.

—Pues parece un desperdicio de tiempo y recursos teniendo en cuenta lo del

11-S.

—Bueno, eso creo yo también. Pero necesitamos estar encima de todo y de todos.

—Supongo.

Madox pensó durante un momento, y luego preguntó:

—¿Así que usted cree que el Club Custer Hill es... qué? ¿Un campo de entrenamiento del Ejército Republicano Irlandés?

—Los jefes recibieron un soplo de actividad en esta zona, así que me mandaron a que echase una ojeada. Ya sabe, por si acaso había personas que utilizaban la propiedad sin su conocimiento.

—Nadie puede entrar en mi propiedad sin mi conocimiento, como usted mismo acaba de comprobar.

—Sí, ya lo veo. Informaré...

—Y, desde luego, aquí no hay personas que participen en entrenamientos paramilitares.

—Sí, yo...

—Eso no explica por qué tomaba usted fotos de mi casa. Tendría que haber estado en el bosque, buscando a esas personas del IRA.

—Sí. La verdad es que me despisté.

—Desde luego que sí. El caso es que está usted en una misión de vigilancia.

—Bueno, sí. Tengo que comprobar una docena de propiedades de esta zona.

—Comprendo. ¿Así que no debo sentirme honrado?

—¿Eh?

—Que no debo considerarme el único.

—No. Es pura rutina.

—Es una tranquilidad. Por cierto, ¿tiene usted alguna orden escrita del gobierno para llevar a cabo estas actividades?

—La tengo... pero no la llevo encima.

—¿No se supone que debe llevarla con usted? —Abarcó con un gesto todo lo que había sobre la mesa—. Sin embargo no encontramos nada, ni siquiera cuando miramos en su recto. —El señor Madox sonrió.

—¿Eh, que lo follen! ¡Que le den por el culo! —Harry se levantó—. ¡Maldito cabrón hijo de puta!

—¿Perdón?

—¡No me toque más los cojones! Me largo de aquí ahora mismo... —Pero cuando fue a coger sus cosas de la mesa de Madox, una explosión de dolor le sacudió el lado derecho del cuerpo. Oyó un estrépito y un golpe, y luego nada.

Se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo, empapado por completo en un sudor helado. Se notaba la visión borrosa, pero veía a Carl a su lado, golpeándose la palma de la mano con la porra eléctrica, como diciendo: «¿Quieres otra descarga?»

Harry intentó levantarse, pero se notaba las piernas de goma. El otro guardia se colocó detrás, lo levantó por las axilas y lo colocó de nuevo en la silla.

Él intentó controlar la respiración y el temblor de los músculos. Seguía teniendo la visión desenfocada, y todo a su alrededor sonaba muy agudo.

Uno de los guardias le dio una botella de agua, que él apenas pudo sujetar.

—Es sorprendente lo que la electricidad le puede hacer a una persona, y casi no deja ninguna huella visible. ¿Dónde estábamos?

Harry intentó decir «Vete a la mierda», pero no consiguió que las palabras salieran de su boca.

—Creo que estaba usted intentando convencerme de que se ocupaba de una misión de rutina en busca de campos de entrenamiento del IRA. No me convence —prosiguió Madox.

Harry respiró profundamente.

—Es la verdad —respondió.

—En ese caso, para su tranquilidad, permítame informarle de que no hay miembros del Ejército Republicano Irlandés en mi propiedad. Es más, señor Muller, mi familia ostenta la más pura ascendencia inglesa, y no le tengo ningún cariño al IRA.

Harry no contestó.

—Muy bien, dejemos este rollo del IRA y vayamos al núcleo del asunto. ¿Qué es, exactamente, lo que sus superiores creen que pasa aquí?

Harry tampoco respondió esta vez.

—¿Necesita un poco de estímulo eléctrico para contestar a mi pregunta?

—No... no lo sé. A mí no me dijeron nada.

—Pero tienen que haberle dicho algo así como: «Harry, sospechamos que el Club Custer Hill es...» ¿Qué? ¿Cómo califican a este lugar y a sus miembros? Eso es realmente importante para mí, y quiero que me lo diga. Me lo dirá ahora o más tarde. Ahora es más fácil.

Harry intentó despejar su cerebro obnubilado por la descarga eléctrica y pensar en su situación. Nunca se había encontrado en el lado opuesto de una mesa de interrogatorio, y nunca había tenido la experiencia ni la preparación como para reaccionar en una situación como ésa.

—¿Señor Muller?

No acababa de decidir si seguir con el rollo del IRA o, sencillamente, decirle a aquel cabrón lo poco que sabía. El objetivo era, obviamente, salir de allí vivo, aunque en realidad no creía que su vida corriese peligro.

—¿Señor Muller? Ya hemos hablado de observar pájaros, después del IRA. Esta última es una historia bastante buena, pero no es la verdadera. Me parece usted un poco confuso, así que permítame ayudarle. Le dijeron que el Club Custer Hill estaba compuesto por un grupo de ricos y viejos chalados de ultraderecha que están conspirando para algo que puede ser ilegal. ¿Correcto?

Harry asintió.

—¿Qué más le dijeron de nosotros?

—Nada. No necesitaba saberlo.

—Ah, sí. No necesitaba saberlo. ¿Le mencionaron que varios de nuestros miembros ocupan cargos muy elevados y que son personas con mucha influencia en la sociedad y el gobierno?

Harry negó con la cabeza.

—Tampoco tenía necesidad de saberlo.

—Pues yo creo que sí necesitaba saberlo, porque, lo sepa o no, por eso está aquí. La cuestión es que los miembros de este club tienen mucho poder. Poder político, poder financiero y poder militar. ¿Sabía usted que uno de nuestros miembros es secretario delegado de defensa? ¿Y que otro es consejero de seguridad nacional del presidente? ¿Lo sabía?

Harry volvió a negar con la cabeza.

—No nos gusta que ninguna agencia del gobierno vigile de manera ilegal nuestras actividades, que son del todo legales. Cazamos, pescamos, bebemos y discutimos la situación mundial. La Constitución protege nuestro derecho a reunimos, a la libertad de expresión y a la intimidad. ¿Correcto?

Harry asintió.

—Alguien en su agencia ha sobrepasado sus límites, y esa persona tendrá que responder de sus actos.

Harry asintió de nuevo. Creía a Madox. Ésa no sería la primera vez que uno de sus jefes metía la pata y ordenaba la vigilancia de un grupo o una persona que no era culpable de nada. Por otra parte, para eso servía la vigilancia: para saber si la sospecha de una actividad delictiva era cierta o no.

—Creo que la jodieron —dijo Harry.

—Así es, y a usted lo han pillado en medio.

—Sí.

—¿No es un agente del FBI?

—No.

—¿Agente de la CIA?

—Diablos, no.

—Pues ¿qué es? ¿Un agente contratado?

—Sí. Retirado del DPNY. Trabajo para el FBI.

—Nivel bajo —sugirió el señor Madox.

—Bueno... sí.

—Me aseguraré de que no lo castiguen.

—Sí, y gracias por la descarga.

—No sé de qué me habla. —El señor Madox consultó su reloj—. Espero compañía. —Miró a Harry—. ¿Sabía que esperaba visitas?

—No.

—¿Sólo estaba aquí por casualidad hoy en concreto?

Harry no respondió.

—Hable, señor Muller. Tengo una mañana ocupada.

—Eh... bueno, me dijeron que... si veía a alguien...

—Le dijeron que observase a los invitados que llegaban, los fotografiase, que tomase nota de los números de las matrículas, y cosas por el estilo.

—Sí.

—¿Cómo se enteraron esas personas para las que trabaja de que hoy aquí habría una reunión?

—No tengo ni idea.

—¿Por qué ha fotografiado mi poste de teléfono?

—Sencillamente... lo vi. Me lo encontré.

—¿Cuándo llegó aquí?

—Anoche.

—¿Hay alguien más con usted?

—No.

—¿Cómo llegó aquí?

—Vine en mi caravana —respondió Harry.

—¿Éstas son las llaves?

—Sí.

—¿Dónde está la caravana?

—En la carretera forestal, al sur de aquí.

—¿Cerca del lugar por donde entró?

—Sí.

—¿Se espera que haga un informe telefónico?

No, pero contestó:

—Sí.

—¿Cuándo?

—Al salir de la propiedad.

—Comprendo. —Madox cogió el móvil de Harry y lo conectó—. Veo que tiene un mensaje. Por si se ha preguntado cómo es que hay tan buena cobertura en mitad de la nada, es porque tengo mi propia torre de telefonía móvil. —Señaló hacia la ventana—. Ahora ya sabe qué es ese poste, podrá ponerle un nombre a la foto. También puede indicar que tiene un codificador para que nadie pueda escuchar mis llamadas. ¿No le parece agradable ser rico? —le preguntó a Harry.

—No puedo saberlo.

—¿Cuál es el código del buzón de voz?

Harry se lo dio y Madox lo tecleó; a continuación activó el altavoz.

«Hola, cariño —se oyó decir a Lori—. He recibido tu mensaje. Estaba durmiendo. Hoy iré de compras con tu hermana y Anne. Llámame más tarde. Llevaré el móvil. ¿Vale? Avísame si te quedas a pasar la noche. Te quiero, y te añoro». Una pausa, y añadió: «Ten cuidado con esos locos fachas. Les gustan las armas. Cuídate».

—Suen a persona agradable —comentó Madox—. Excepto por esa parte de los

locos fachas y las armas. Al parecer, cree que quizá pueda quedarse aquí esta noche, y es posible que tenga razón. —Apagó el móvil, y prosiguió—: Ya sabe que estos chismes transmiten una señal que se puede rastrear, ¿no?

—Sí, lo sé.

—Una tecnología sorprendente, ¿no? Puedo llamar a mis hijos en cualquier momento, a cualquier lugar. Por supuesto, nunca cogen el teléfono, pero después de cinco mensajes, o cuando necesitan algo, devuelven la llamada.

Harry se obligó a sonreír.

—Por lo visto, usted parece ser quien y lo que dice ser. Para serle sincero, señor Muller, creí que podía ser agente de algún país extranjero.

—¿Qué?

—No crea que soy un paranoico. Los miembros de este club tienen enemigos en multitud de países. Los enemigos correctos. Todos somos patriotas, señor Muller, y hemos causado algunos problemas a los enemigos de Estados Unidos por todo el mundo.

—Eso está bien.

—No dudaba de que estaría de acuerdo. Esas mismas personas son sus enemigos. Así que, para emplear una vieja expresión árabe, «el enemigo de mi enemigo es mi amigo».

—Correcto.

—Sin embargo, algunas veces, el enemigo de mi enemigo también es mi enemigo. No porque quiera serlo, sino porque tenemos diferentes opiniones en cuanto a la manera de tratar con nuestro enemigo común. Pero éste es un tema para discutirlo en otro momento.

—De acuerdo. Lo llamaré la semana que viene.

Bain Madox se levantó, consultó de nuevo su reloj y dijo:

—Le diré qué vamos a hacer. Dado que usted y su agencia parecen tan interesados en este club y sus miembros, haré algo que nunca he hecho antes. Permitiré que usted, un extraño, esté presente en la reunión de la junta ejecutiva que tendrá lugar esta tarde, después de una comida de bienvenida para los miembros que nos visitan. ¿Le gustaría acompañarnos?

—Yo... No, la verdad es que no. Creo que debería...

—Creía que estaba aquí para conseguir información. ¿A qué viene ahora la prisa?

—No es prisa, pero...

—Incluso le dejaré sacar fotos.

—Gracias, pero...

—Creo que su presencia en esta reunión nos beneficiará a ambos. Usted se enterará de algo y yo veré su reacción ante lo que discutiremos. Algunas veces es como si estuvieses metido en un búnker, de donde la realidad exterior queda excluida, y donde sólo escuchamos nuestra realidad. Eso no es sano.

Harry no replicó, y Bain Madox siguió, entusiasmado con su idea:

—Quiero que se sienta libre de comentar, que nos diga si parecemos un grupo de viejos tontos, de fachas chalados. —Sonrió—. Necesitamos su sincera opinión sobre nuestro próximo proyecto. El Proyecto Verde.

—¿Qué es el Proyecto Verde?

El señor Madox miró a los guardias de seguridad, luego se acercó a Harry y le susurró al oído:

—El Armagedón nuclear.

Capítulo 5

Con los ojos vendados y descalzo, Harry Muller bajó dos tramos de escalera hasta lo que debía de ser el sótano de la casa. El lugar era frío y húmedo, y se oía el sonido de motores mecánicos y eléctricos.

Notó que abrían una puerta, y los guardias que lo habían llevado hasta allí lo hicieron entrar de un empellón. Harry pudo oír cómo luego cerraban y echaban el cerrojo.

Se quedó allí inmóvil, y después dijo:

—Eh, vosotros, ¿estáis aquí?

Silencio.

Escuchó durante unos momentos, después se quitó la venda y miró en derredor. Estaba solo.

Harry vio que lo habían encerrado en una pequeña habitación de cemento, pintada toda de gris, del suelo al techo. Éste era bajo y estaba cubierto con planchas de metal ondulado.

Mientras sus ojos se adaptaban a la brillante luz del fluorescente, vio que en el cuarto sólo había un camastro de acero, atornillado al suelo. Sobre la colchoneta estaban la camisa y el pantalón de camuflaje, y se vistió. Metió las manos en los bolsillos, pero no le habían devuelto nada.

En un rincón había un inodoro y un lavabo. El inodoro no tenía asiento ni depósito de agua, como en una celda, y encima del lavabo no había espejo, ni siquiera uno de plástico o acero, como en las cárceles.

Se acercó a la puerta de acero, que no tenía ni picaporte ni mirilla, y la empujó; no se movió ni un ápice.

Caminó por la celda en busca de algo que pudiese utilizar como arma, pero estaba absolutamente vacía, excepto por el camastro y un radiador oxidado que no calentaba mucho.

Advirtió entonces una pequeña cámara giratoria montada en un rincón del techo, con un altavoz al costado. Levantó el dedo corazón hacia ella y gritó: «¡Que os den por el culo!»

Nadie respondió.

Miró alrededor para ver si había algo que le permitiese destrozar la cámara y el altavoz, pero en el cubículo no había nada suelto excepto él mismo. Tomó carrerilla, saltó y le dio un manotazo a la cámara, que prosiguió imperturbable con el barrido, y luego, un pitido cada vez más agudo sonó en la habitación. Harry se tapó las orejas y se apartó del altavoz. El doloroso sonido continuó hasta que Harry gritó:

—¡Vale! ¡Vale!

El sonido cesó y una voz le ordenó:

—Siéntese.

—Que te follen. —«Hijos de puta. Esperad a que salga de aquí».

Había perdido la noción del tiempo, pero calculó que serían las diez o las once de la mañana. Le gruñó el estómago, pero no tenía demasiada hambre. Sólo sed. Y ganas de orinar.

Caminó hasta la taza y la cámara lo siguió. Orinó, luego se acercó al lavabo y abrió el único grifo. Salió un chorrito de agua fría. Se lavó las manos, y después las utilizó a modo de cuenco para beber.

No había toalla, por lo que se secó en las perneras del pantalón. Volvió a la cama y se sentó. Pensó en la conversación con Bain Madox.

Se dijo a sí mismo: «¿De qué coño hablaba ese gilipollas?» ¿Qué era ese rollo de la reunión a la que lo había invitado? Nada de todo aquello tenía mucho sentido a menos... a menos que se tratase de un montaje.

Se levantó.

—¡Eso es! —«¡Éste es uno de sus estúpidos entrenamientos!»—. ¡Hostia puta!

Pensó en toda la misión, desde los diez minutos en el despacho de Tom Walsh hasta el tipo de Tech, cortar la tela metálica, los guardias, aquella celda en una casa particular... Todo el asunto era una prueba... Uno de aquellos cursos SERE: Sobrevivir, Evadirse, Resistir y Escapar.

Bueno, estaba muy claro que había fallado en la parte de la evasión, y ése era el motivo de que ahora estuviese en la celda. Repasó el interrogatorio del tipo llamado Madox —la parte correspondiente a Resistir—. «¡Mierda! ¿He metido la pata? ¿Qué demonios he dicho? Lo he mandado a tomar por el culo y me he mantenido firme con mi tapadera... Luego le he soltado el rollo del IRA, que no ha estado mal... ¿verdad?»

Pensó en la porra eléctrica. ¿Por qué habrían hecho eso? Sí... quizá.

Más tarde, vendría la parte de Escapar, luego de nuevo lo de la Evasión y la Supervivencia en el bosque... «¡Sí! Ahí es donde irá a parar todo esto».

Volvió a repasarlo todo desde el nuevo punto de vista de que se trataba de una de las locuras del FBI o la CIA. Tenía que serlo. De lo contrario era sencillamente demasiado fantástico.

Le habían echado el ojo para algo importante, y ésa era la gran prueba. «Hacen todo esto para ver hasta dónde aguantas». El Club Custer Hill era algo parecido a lo que tenía la CIA en Virginia, seguro.

Se dijo a sí mismo: «Vale, muy bien. He pasado la primera prueba. Ahora toca la reunión y ver de qué va. Tranqui, Harry. Sigue cabreado». Le gritó a la cámara:

—¡Mamones! ¡Os voy arrancar las putas cabezas y os las meteré por el culo!

Se tumbó en la colchoneta y sonrió para sus adentros. Bostezó y se sumió en un sueño intranquilo.

El resplandor de la lámpara en el techo y el frío le hicieron soñar que estaba otra

vez fuera. Caminaba por el bosque. Tomaba fotos de los pájaros, luego discutía con unos hombres, a continuación conversaba amablemente con el señor Madox, que le devolvía el arma y le decía: «Tenga, la necesitará». Los hombres levantaban súbitamente los fusiles, y los perros corrían hacia él. Apretó el gatillo de la Glock, pero no tenía balas.

Harry se sentó en la cama bruscamente y se enjugó el sudor frío del rostro. «Putamierda...»

Se tumbó de nuevo y miró el techo metálico. Algo le preocupaba. Era Madox. Había algo en aquel tipo que parecía demasiado... real. No. No podía ser real.

Porque si todo aquello era real, entonces su vida estaba en peligro.

Se abrió la puerta, y una voz dijo:

—Venga con nosotros.

Tercera parte

Sábado

North Fork, Long Island

Si el amor es la respuesta, ¿podría volver a plantear la pregunta?

LILY TOMLIN

Capítulo 6

Kate y yo llegamos al hostel del villorrio de Mattituck antes de la hora de cerrar la puerta, que eran las diez de la noche. Allí nos recibió la propietaria, una señora que me recordó a las amables matronas que trabajan en el Centro Correccional Metropolitano.

La pintoresca y vieja casa era todo lo que había esperado y más. En realidad, era un asco.

El sábado por la mañana dormimos hasta tarde, así que nos perdimos el desayuno casero, y también conocer a los otros huéspedes, a dos de los cuales había oído la noche anterior a través de la pared de papel de fumar. La mujer era de las que gritan, pero gracias a Dios no era multiorgásmica.

El caso es que dedicamos el sábado a recorrer los viñedos de North Fork, que han sustituido a las plantaciones de patatas que yo recordaba de cuando era un crío. Ahora los viñedos han madurado y producen unos excelente chardonnays, merlots y todo eso. Probamos una copa de vino gratis en cada una de las bodegas, y disfruté especialmente con el sauvignon blanco, que era seco y afrutado, con un toque de... bueno, de patata.

El sábado por la noche fuimos a un restaurante en una barcaza que ofrecía una fabulosa vista de Peconic Bay, y que según Kate era muy romántica.

Nos sentamos en el bar mientras esperábamos mesa, y el camarero nos recitó de corrido la docena de vinos locales que se servían por copas. Kate y el camarero —un chico al que parecía que le pudiesen sentar de perlas unas semanas de acampada con muchachotes— discutieron sobre los blancos, y se decidieron por uno que no era en exceso afrutado. Yo tenía entendido que las uvas eran precisamente una fruta.

—¿Alguno de estos vinos le parece bien a usted? —me preguntó el chico.

—Todos. Tomaré una cerveza.

Procesó eso, y después nos sirvió las bebidas.

Había una pila de periódicos en la barra, y leí el titular del *New York Times*: «EL PENTÁGONO TIENE PREVISTO QUE MÁS DE 500.000 SOLDADOS SE VACUNEN CONTRA LA VIRUELA».

La invasión parecía cosa hecha, a menos que Saddam se echase atrás. Consideré llamar a mi corredor de apuestas, para ver cómo estaban las relacionadas con la guerra. Tendría que haber apostado la semana anterior cuando seguramente pagaban más, pero disponía de información privilegiada, así que eso hubiese sido hacer trampas. Por otra parte, ganar dinero con la guerra no es ético, a menos que seas un contratista del gobierno.

Se lo pregunté a Kate, que es abogada.

—¿Yo soy un contratista del gobierno o un agente contratado por el gobierno?

—¿Por qué lo preguntas?

—Me enfrento a un problema ético.

—Eso no parece un gran dilema.

—Sé amable. Pensaba llamar a mi corredor de apuestas y apostar por la guerra de Irak.

—¿Tienes un corredor de apuestas?

—Sí. ¿Tú no?

—No. Es ilegal.

—¿Estoy arrestado? ¿Más tarde podemos hacer cosas con las esposas puestas?

Intentó no sonreír y miró alrededor.

—Baja la voz.

—Sólo intento ser romántico.

Apareció la jefa de comedor y nos escoltó a nuestra mesa.

Kate leyó el menú y me preguntó si me partiría una docena de ostras con ella.

—Son afrodisíacas —me recordó con una sonrisa.

—No lo creas —repliqué—. Comí una docena la semana pasada y sólo once funcionaron. —Añadí—: Un viejo chiste.

—Más te vale.

Los productos del mar era la especialidad de la casa, así que pedí pato de Long Island. También nadan, ¿no?

Me sentía relajado y feliz de estar lejos del estrés del trabajo y la ciudad.

—Esto ha sido una buena idea —le dije a Kate.

Por un segundo, pensé en Harry, en el norte del estado, y quise preguntarle de nuevo a Kate por el Club Clister Hill, pero el propósito de estar allí era precisamente olvidarnos del trabajo.

Kate se encargaba de elegir el vino, y, después de una fascinante discusión con el camarero, pidió una botella de algo rojo.

Lo trajeron, lo probó y afirmó que tenía mucho cuerpo con un toque de ciruela, que acompañaría muy bien a mi pato. No creo que a mi pato le importase. Fuera como fuese, ella levantó la copa y dijo:

—Por que los *buscas* no suenen en fin de semana.

—Amén. —Chocamos las copas y bebimos. Seguramente, la ciruela le había tocado a ella.

Sostuve la copa a la luz de la vela y comenté:

—Bonita manga.

—¡Bonita ¿qué?!

—¿Los puños?

Puso los ojos en blanco.

Disfrutamos de una buena cena en un entorno agradable, con los hermosos ojos azules de Kate resplandeciendo a la luz de las velas; el vino tinto me hacía sentir

relajado y contento.

Resultaba fácil fingir que en el mundo todo iba bien. Nunca es así, por supuesto, y nunca lo ha sido, pero hay que prescindir de eso de vez en cuando, e imaginar que no todo se va a ir al infierno.

A este respecto, todos los que conozco todavía hablan de cómo han cambiado sus vidas desde el 11-S, y no siempre ha sido para peor. Mucha gente, yo incluido, y también Kate, se despertó un buen día y dijo: «Ya está bien de miedos. Es hora de conectar de nuevo con las personas que te gustan y prescindir de las que no te gustan. No estamos muertos, así que tenemos que vivir».

Mi padre, que es un veterano de la segunda guerra mundial, una vez intentó describirme el ánimo del país después de Pearl Harbor. No es muy bueno con las palabras, y le costaba dar una imagen de Estados Unidos en aquella primera Navidad después del 7 de diciembre de 1941. Finalmente, lo consiguió y dijo: «Estábamos todos asustados, así que bebíamos y follábamos mucho, y llamábamos y visitábamos a personas a las que hacía tiempo que no veíamos, y todo el mundo se enviaba montones de tarjetas postales y cartas, y la gente se sentía más próxima, y se ayudaban los unos a los otros, así que no fue tan malo». Luego preguntó: «¿Por qué necesitamos una guerra para hacer eso?»

Porque, papá, así es como somos. El 11-S del año pasado mis padres se pasaron dos días intentando hablar conmigo desde Florida, y cuando finalmente lo consiguieron, dedicaron quince minutos a decirme lo mucho que me querían, cosa que me resultó un tanto chocante, pero estoy seguro de que lo decían de corazón.

Así es como somos ahora, pero dentro de uno o dos años, si no hay otro ataque contra el país, volveremos a ser los egocéntricos y egoístas de siempre. Pero eso también estará bien, porque, francamente, empiezo a estar un poco harto de los amigos que viven fuera de la ciudad y de la familia que no paran de preguntarme cómo estoy. Todos hemos tenido nuestro momento catártico, y una revisión de nuestras vidas, y ya es hora de que sigamos con lo que fuese que hacíamos y volvamos a ser como antes.

Sin embargo, sí me gustaba la parte esa de beber y follar mucho, y creo que deberíamos seguir en ello un poco más. Mis amigos solteros dicen... Bueno, quizá sea mejor dejar este asunto para otro momento. Pero yo, por mi parte, le digo a Kate:

—Te quiero.

Ella me aprieta la mano y me dice:

—Yo también te quiero, John.

Ésta es otra de las cosas buenas que dejó aquella catástrofe. Antes del 11-S, yo no era precisamente el más atento de los maridos, pero ese día, cuando creí que estaba muerta, mi mundo se desplomó con aquellas torres. Y cuando luego la vi aparecer viva, comprendí que necesitaba decir «te quiero» más a menudo, porque en este trabajo y en esta vida nunca sabes lo que puede pasar mañana.

Cuarta parte

Sábado

En el norte del estado de Nueva York

El poder siempre cree tener un gran espíritu y una amplia visión que no está al alcance de la comprensión de los débiles, y que sirve a Dios cuando viola Sus leyes.

JOHN ADAMS

Capítulo 7

Harry Muller estaba sentado, con una venda en los ojos y los tobillos esposados, en lo que parecía ser una cómoda butaca de cuero. Olió la madera que ardía y humo de cigarrillo.

Oía a unas personas hablar en voz baja, y le pareció que una de ellas era Bain Madox.

Alguien le bajó la venda, que le quedó alrededor del cuello, y, mientras sus ojos se adaptaban a la luz, vio que ocupaba un extremo de una larga mesa de pino. Asimismo sentados a la mesa, había otros cinco hombres: dos a cada lado y, en la cabecera, de cara a él, estaba Bain Madox. Todos hablaban entre sí como si él no estuviese allí.

Encima de la mesa había blocs, bolígrafos, botellas de agua y tazas de café, y un teclado delante de Madox.

Harry echó una ojeada a la habitación, que lo mismo podía ser una biblioteca que un despacho. La chimenea quedaba a su izquierda, flanqueada por dos ventanas con las cortinas corridas, así que no podía ver el exterior, pero por el trayecto a ciegas desde la celda sabía que se encontraba en la planta baja.

Cerca de la puerta estaban Carl y otro guardia de seguridad. Llevaban las pistolas en las fundas pero no tenían las porras eléctricas.

Advirtió entonces que había una maleta de cuero negro, muy grande, colocada de pie sobre el suelo. Era una maleta vieja, sujeta a un carrito.

Bain Madox pareció reparar en la presencia de Harry por primera vez, y dijo:

—Bienvenido, señor Muller. ¿Café? ¿Té?

Él negó con la cabeza.

Madox se dirigió a los otros cuatro hombres.

—Caballeros, éste es el hombre de quien les he hablado: el detective Harry Muller, del DPNY, retirado; actualmente trabaja para la Federal Anti-Terrorist Task Force. Por favor, hagan que se sienta cómodo.

Todos saludaron al invitado con un gesto.

Harry pensó que dos de los tipos le resultaban conocidos.

—Como ustedes saben, caballeros, tenemos unos cuantos amigos en la Task Force —prosiguió Madox—, pero, al parecer, ninguno de ellos tenían conocimiento de que el señor Muller aparecería hoy por aquí.

—Tendremos que averiguar cómo ha sido —dijo uno de los hombres.

Los demás asintieron al unísono.

Harry intentó ver a través de toda esa palabrería algo que reforzara su ilusión de que aquello no era más que una puesta en escena muy bien preparada. Pero en algún

lugar en el fondo de su mente, la ilusión comenzaba a esfumarse, aunque él se resistía a dejarla escapar.

Madox le hizo un gesto a los guardias, que salieron de la habitación.

Harry miró a los hombres sentados a la mesa. Dos tenían más o menos la edad de Madox, uno era mayor, y el que tenía a su derecha era más joven que los demás. Todos llevaban americanas azules y camisas a cuadros, igual que Madox, como si eso fuese una especie de uniforme.

Se concentró en los dos hombres que le resultaban conocidos; estaba seguro de que los había visto en la tele o en los periódicos.

Madox advirtió la mirada de Harry.

—Le pido perdón por no haberle presentado formalmente a mi junta ejecutiva...

—Bain, los nombres no son necesarios —lo interrumpió uno de los hombres.

—Creo que el señor Muller ya ha reconocido a alguno de vosotros.

Nadie respondió, excepto Harry.

—No necesito saber ningún nombre...

—Lo necesita para saber en qué augusta compañía se encuentra —afirmó Madox; y a continuación señaló al hombre que tenía sentado a su derecha; la persona de mayor edad de la habitación y el que había protestado—. Harry, éste es Paul Dunn, consejero del presidente en temas de seguridad nacional y miembro del Consejo de Seguridad Nacional, a quien probablemente reconoce.

Madox se volvió entonces hacia la persona sentada junto a Dunn, celta de Harry.

—Éste es el general James Hawkins, de la fuerza aérea de Estados Unidos y miembro de la Junta de Jefes de Estado Mayor, a quien probablemente también reconoce, aunque Jim es un tipo que prefiere la discreción.

Luego Madox señaló al hombre de su izquierda.

—Éste es Edward Wolffer, el secretario delegado de defensa, a quien le encantan las cámaras. Nunca se interponga entre Ed y una cámara porque acabará pisoteado. —Madox sonrió, pero nadie más lo hizo—. Ed y yo nos graduamos juntos en la Escuela de Oficiales de Infantería, en Fort Benning, Georgia, en abril de 1967. Servimos juntos en Vietnam. Desde entonces, él se ha hecho un nombre, mientras que yo he ganado un montón de dinero.

Wolffer no sonrió, y Harry pensó que debía de ser un chiste ya muy manido.

—A su derecha, Harry —prosiguió Madox—, está Scott Landsdale, de la Agencia Central de Inteligencia, que rehúye las cámaras absolutamente, y que también es el enlace de la CIA con la Casa Blanca.

Harry miró a Landsdale. Parecía un poco insolente y presuntuoso, como la mayoría de los tipos de la CIA con los que Harry había tenido la mala fortuna de trabajar.

—Ésta es la junta ejecutiva del Club Custer Hill. El resto de nuestros miembros, alrededor de una docena de hombres, este fin de semana están de excursión u observando pájaros, cosa que espero no le moleste. —Madox le explicó a los demás

—: El señor Muller es observador de pájaros.

A Harry casi se le escapó un «Váyase a la mierda», pero permaneció callado. Comprendía perfectamente que los tipos de aquella habitación no habían ido hasta allí desde Washington para debatir las aptitudes de Harry Muller para ocupar un puesto más importante y mejor remunerado.

—Este fin de semana teníamos previsto discutir de los asuntos mundiales, intercambiar información y disfrutar de un poco de sana camaradería —le explicó Madox a Harry—. Pero su presencia aquí ha hecho necesario convocar esta reunión de emergencia de la junta ejecutiva. Estoy seguro de que eso no significa nada para usted, pero lo significará más tarde.

—No quiero escuchar nada de todo esto —afirmó Harry.

—Creía que era un detective. —Madox lo miró—. He aprovechado este rato para hablar con nuestros amigos de la ATTF, y usted parece ser en efecto quien dice ser.

Harry no respondió, pero se preguntó quiénes serían los amigos de Madox en la ATTF.

—Si hubiese sido un agente del FBI, o la CIA, nos hubiésemos sentido muy preocupados.

—Bain, te aseguro que el señor Muller no es un agente de la CIA —manifestó Scott Landsdale.

—Supongo que hace falta uno para reconocer a otro. —Madox sonrió.

—También estoy casi seguro de que no es del FBI —añadió Landsdale—. Es lo que parece ser; un poli que trabaja para el FBI, en misión de vigilancia.

—Gracias por tu seguridad —dijo Madox.

—No se merecen. Ahora, yo también quiero algunas seguridades, Bain. No has dicho nada de cuándo el señor Muller será considerado como desaparecido en acción.

—Pregúntaselo al señor Muller —replicó Madox—. Lo tienes a tu lado.

Landsdale se volvió hacia Harry.

—¿Cuándo comenzarán a preguntarse dónde está? Nada de mentiras. Sé cómo trabajan en el 26 Fed, y lo que no sé lo puedo averiguar.

«El típico mamón de la CIA, siempre fingiendo que saben más de lo que saben en realidad», pensó Harry.

—Pues entonces averígüelo —contestó Harry.

Landsdale se mantuvo impassible, sin hacer ningún comentario, como un interrogador avezado.

—¿Alguien lo llamará?

—¿Cómo voy a saberlo? No soy adivino.

—He comprobado su móvil y el *busca* —intervino Madox—. El único mensaje era de Lori. Es su novia. Más tarde le enviaré un mensaje desde el móvil del señor Muller.

—Dios no quiera que alguien de la ATTF tuviese que interrumpir su fin de semana. —Y le preguntó a Harry—: ¿Cuándo se supone que debe volver al 26 Fed?

—Cuando llegue allí.

—¿Quién le encomendó la misión? ¿Walsh o Paresi?

Harry pensó que aquel tipo sabía mucho de la Task Force.

—Recibo las órdenes en una casete que se autodestruye.

—Yo, también. ¿Qué decía su casete, Harry?

—Ya he respondido a la pregunta. Vigilancia de presuntas actividades del IRA.

—Una excusa lamentable. —Landsdale se dirigió a los demás—. La misión del señor Muller probablemente llegó de Washington, y siguiendo la sagrada tradición de los servicios de inteligencia, nadie le dice a nadie más de lo que éste necesita saber. Así, desafortunadamente, fue como ocurrió el 11-S.

»Las cosas han cambiado, pero es difícil acabar con los viejos hábitos, y, además, algunas veces no son malos hábitos. El señor Muller, por poner un ejemplo, no puede decirnos lo que no sabe. Estoy seguro de que estamos a salvo por lo menos durante cuarenta y ocho horas. Su novia probablemente lo añorará mucho antes que su supervisor. —Le preguntó a Harry—: ¿Está vinculada de alguna manera con algún organismo de la ley o de inteligencia?

—Sí. Es agente de la CIA. Antes era prostituta.

Landsdale soltó una carcajada.

—Creo que la conozco.

—Gracias por tu ayuda, Scott —dijo Madox. Luego miró a Harry—. Su presencia aquí, aunque sea un agente de nivel bajo, nos ha causado una cierta preocupación.

Harry no contestó, pero miró a los otros hombres, que en efecto parecían preocupados.

—Sin embargo, algo bueno puede salir de esto —continuó Madox—. Hace mucho tiempo que venimos planeando el Proyecto Verde, y me temo que estamos en una fase de dilaciones. Esto es algo que ocurre a menudo cuando es necesario adoptar una decisión trascendental. —Miró a su junta ejecutiva, dos de los cuales asintieron y los otros dos parecieron enfadados.

»Harry, creo que su presencia en esta habitación es un buen recordatorio de que hay fuerzas en el gobierno con una gran curiosidad por saber quiénes somos y qué hacemos. Me parece que el tiempo se ha agotado. —Miró a los otros cuatro hombres, que asintieron casi a la fuerza.

»Por lo tanto, caballeros, si no tienen más objeciones, el señor Muller se quedará con nosotros para tenerlo vigilado. —Se dirigió a Harry—: Quiero dejarle absolutamente claro que, si bien ha sido retenido aquí contra su voluntad, no sufrirá ningún daño. Sólo necesitamos mantenerlo aquí hasta que se ponga en marcha el Proyecto Verde. Quizá dos o tres días. ¿Comprendido?

Harry Muller comprendió que en menos de dos o tres días probablemente estaría muerto. Pero, por otra parte, al mirar a aquellos hombres, que no encajaban con el modelo de asesino, pensó que quizá Madox decía la verdad. No podía creer —o convencerse— que tipos como aquéllos fuesen a matarlo. Miró a Landsdale, ése

podía ser el único peligroso entre los presentes.

—Señor Muller, ¿lo ha comprendido?

—Sí —asintió Harry.

—Bien. No deje que la imaginación lo domine. Lo que escuchará en la siguiente hora o poco más está tan lejos de lo que pueda llegar a imaginar que se olvidará de sí mismo.

Harry miró a Madox, que, aunque se mostraba calmado y locuaz, de algún modo parecía levemente hiperactivo y preocupado por algo.

Observó a los demás, y se dijo que nunca había visto a unos tipos con tanto poder que pareciesen tan preocupados. El viejo Dunn, el consejero del presidente, estaba pálido, y Harry advirtió que le temblaban las manos. Hawkins, el general, y Wolffer, el tipo de Defensa, tenían una expresión muy grave. Sólo Landsdale parecía relajado, pero Harry se dio cuenta de que era pura fachada.

«Lo que sea que está pasando aquí —pensó Harry— es real, y es algo que tiene a estos tipos muertos de miedo». Harry se consoló pensando que no era el único en la habitación que experimentaba ese sentimiento.

Capítulo 8

Bain Madox se levantó.

—Declaro abierta esta sesión de emergencia de la junta ejecutiva del Club Custer Hill —anunció, y sin sentarse continuó—: Caballeros, como todos saben, debido al primer aniversario del 11-S, la Oficina de Seguridad Interior ha puesto a la nación en Alerta Nivel Naranja. El propósito de esta reunión es decidir si debemos seguir adelante con el Proyecto Verde, que reducirá el nivel de alerta a este color. Permanentemente. —Madox miró a Harry—. A usted le gustaría que así fuese, ¿no?

—Claro.

—Entonces podría quedarse sin trabajo.

—No se preocupe.

—Bien. Ahora, si la junta tiene un poco de paciencia, pondré a Harry al corriente. Creo que todos podríamos beneficiarnos de una cierta perspectiva antes de tomar cualquier decisión. —Miró a Harry y le preguntó—: ¿Ha oído hablar de la Destrucción Mutuamente Asegurada?

—Yo... sí...

—Durante la Guerra Fría, si los soviéticos hubiesen lanzado sus misiles nucleares contra nosotros, nosotros, sin debate, hubiésemos descargado al instante todo nuestro arsenal de armas nucleares contra ellos. Miles de cabezas nucleares hubiesen llovido sobre ambos países asegurando así la mutua destrucción. ¿Lo recuerda?

Harry asintió.

—Paradójicamente —continuó Madox—, el mundo era entonces más seguro. Ninguna vacilación por nuestra parte, y ningún debate político. Esta estrategia tenía la belleza de la simplicidad. Las imágenes de radar de miles de misiles nucleares viniendo hacia nosotros significaba que estábamos muertos. La única pregunta moral, si la había, era: «¿Matamos a decenas de millones de ellos antes de morir nosotros?» Usted y yo sabemos la respuesta, pero había gente en Washington con la mente trastocada que creía que la venganza no era justificación suficiente como para que destruyésemos una gran parte del planeta; que no ganaríamos nada con la eliminación de hombres, mujeres y niños inocentes cuyo gobierno había decidido nuestra eliminación. Bien, la doctrina de la Destrucción Mutuamente Asegurada (MAD) acabó con todas esas preguntas al hacer que nuestra respuesta fuese automática. No se dependería de un presidente que se acobardase, tuviese una crisis moral, estuviese jugando al golf o follando en alguna parte.

Se oyeron unas cuantas risas corteses.

—La razón fundamental de que MAD fuese eficaz era que no tenía nada de ambiguo y era simétrico. Cada bando sabía que un primer ataque nuclear por una

parte provocaría una réplica igual o mayor que destruiría toda la civilización de ambas naciones. Eso hubiese permitido —añadió— que lugares como África, China y Sudamérica heredasen lo que quedara de la Tierra. Muy deprimente, ¿no les parece?

Harry recordó cómo era el mundo antes de la desaparición de la Unión Soviética. La guerra nuclear era algo que daba miedo, pero él nunca se había creído del todo que fuese a suceder.

Madox pareció leerle el pensamiento.

—Pero eso nunca ocurrió, y nunca podría haber sucedido. Ni siquiera el dictador soviético más desquiciado iba a querer algo así. A pesar de las protestas de los pacifistas de izquierdas y de los tontos de los intelectuales, la Destrucción Mutuamente Asegurada garantizó realmente que el mundo estuviese a salvo del Armagedón nuclear. ¿Correcto?

Harry pensó: «¿Adónde demonios quiere ir a parar este tipo?»

Bain Madox se sentó, encendió un cigarrillo y le preguntó a Harry:

—¿Alguna vez ha oído hablar de algo llamado Wild Fire?

—No.

Madox lo miró atentamente, y luego le explicó:

—Es un protocolo secreto del gobierno. ¿Alguna vez ha oído por azar estas palabras, sea en el contexto que sea?

—No.

—Lo suponía. Este protocolo sólo es conocido por los más altos niveles del gobierno, por nosotros, y ahora por usted, si presta atención.

—Bain, ¿necesitamos hablar de esto en presencia del señor Muller? objetó Paul Dunn, el asesor del presidente.

Bain Madox miró a Dunn y contestó:

—Como he dicho, éste es también un buen ejercicio para todos nosotros. Dentro de muy poco vamos a tomar una decisión que cambiará el mundo tal como lo conocemos y la historia del planeta durante los próximos mil años. Lo menos que podemos hacer es explicarnos ante el señor Muller, que representa a la nación que decimos que vamos a salvar. Para no hablar de explicarnos ante nosotros mismos en esta crítica coyuntura.

Landsdale, el hombre de la CIA, se dirigió a todos:

—Tenéis que dejar a Bain que lo haga a su manera. A estas alturas ya tendríais que saberlo.

—Mucho más que eso —intervino Edward Wolffer—. Éste es un momento de transformación de la historia del mundo, y no quiero que Bain, o cualquier otro, pueda pensar que no le hemos dedicado un tiempo acorde con su importancia.

Madox se volvió hacia su viejo amigo.

—Gracias, Ed. Quizá nadie sepa nunca lo que hoy pasará aquí, pero nosotros lo sabemos, y Dios lo sabe. Si algún día el mundo se entera, entonces necesitaremos justificarnos ante Dios y el hombre.

—No se lo digamos a Dios —comentó Landsdale con tono desabrido.

Madox no le hizo caso y le dio una calada al cigarrillo.

—Como usted recordará, el primer ataque terrorista islámico fue en los setenta.

Bain Madox comenzó con los asesinatos de las Olimpiadas de Munich, y luego recitó una lista de treinta años de secuestros aéreos, bombas, toma de rehenes, ejecuciones y asesinatos en masa cometidos por los miembros de la yihad islámica.

Los hombres de la habitación permanecieron en silencio, pero unos pocos asintieron al recordar este o aquel ataque terrorista.

También Harry Muller recordaba casi todos los ataques que mencionó Madox, y le asombró ver cuántos se habían cometido en treinta años. Se sorprendió también al comprobar que había olvidado muchos de ellos; incluso los grandes, como el ataque con un coche bomba a los cuarteles de la infantería de marina en el Líbano, donde habían muerto doscientos cuarenta y un norteamericanos, o la bomba a bordo del vuelo 103 de la PanAm sobre Lockerbie que había matado a centenares de personas.

Harry notó cómo él mismo se enfurecía con la mención de cada nuevo ataque y pensó que si llevaban a un terrorista —o simplemente a un musulmán— a la habitación, el tipo sería descuartizado por todos los presentes. Madox sabía cómo enardecer a la multitud.

Éste miró uno a uno a los sentados a la mesa.

—Todos los aquí presentes teníamos un amigo o conocíamos a alguien que murió en el World Trade Center o el Pentágono. —Se dirigió al general Hawkins—. Tu sobrino, el capitán Tim Hawkins, murió en el Pentágono. —Luego le habló a Scott Landsdale—. Dos colegas tuyos de la CIA murieron en el World Trade Center, ¿no es así?

Landsdale asintió.

Madox se volvió hacia Harry.

—¿Y usted? ¿Perdió a alguien aquel día?

—A mi jefe... el capitán Stein, y algunos otros tipos que conocía murieron en la Torre Norte —respondió Harry.

—Mis condolencias —dijo Madox, que luego concluyó su recitado de atrocidades, brutalidades y violencia contra Estados Unidos y Occidente—. Todo esto era algo nuevo bajo el sol, y ni el mundo ni Estados Unidos supieron cómo reaccionar. Mucha gente creyó que, sencillamente, pasaría. Está claro que eso no sucedió. Fue a peor. En realidad, el mundo occidental no estaba preparado para defenderse de esos ataques terroristas, y parecíamos carecer de la voluntad necesaria para dar una respuesta a las personas que nos estaban asesinando. Incluso cuando Estados Unidos fue atacado en su propio suelo (la bomba de 1993 en el World Trade Center) no hicimos nada. —Miró a Harry—. ¿Correcto?

—Sí... pero todo eso cambió las cosas...

—No me he dado cuenta.

—Bueno, el 11-S lo cambió todo —continuó Harry—. Ahora estamos más

encima de...

—¿Sabe, Harry? Usted y sus amigos de la ATTF, todo el FBI, la CIA, los servicios de inteligencia de defensa, el MI5 y MI6 británicos, la Interpol y todo el resto de los inútiles servicios de inteligencia europeos podrían pasarse el resto de sus puñeteras vidas persiguiendo a los terroristas islámicos y no conseguirían absolutamente nada.

—No sé...

—Yo sí lo sé. El año pasado fueron el World Trade Center y el Pentágono. El año que viene serán la Casa Blanca y el Capitolio. —Madox hizo una pausa, dejó escapar unos cuantos anillos de humo y añadió—: Habrá un año en que será toda una ciudad norteamericana. Una bomba nuclear. ¿Tiene alguna duda al respecto?

Harry no respondió.

—¿Harry?

—No, no tengo ninguna duda.

—Bien. Tampoco la tiene ninguno de los sentados a esta mesa. Por eso estamos aquí. ¿Qué haría usted para evitar que eso sucediese?

—Bueno, verá, algunas veces trabajo con el NEST, el Nuclear Emergency Support Team. ¿Sabe qué es?

Bain Madox sonrió.

—Harry, está sentado con un secretario delegado de defensa, un consejero del presidente en temas de seguridad nacional, un miembro de la junta de jefes de Estado Mayor y el enlace de la CIA con la Casa Blanca. Me sorprendería mucho si hubiese alguna cosa que no supiésemos.

—Entonces, ¿por qué continúa haciéndome preguntas?

A Madox pareció irritarle un poco el reproche de Harry.

—Permítame que le hable del NEST, conocido como el cuerpo de bomberos voluntarios de la era nuclear. Muy pintoresco, y casi completamente inútil. Un millar o poco más de voluntarios procedentes de las ciencias, el gobierno y las fuerzas del orden, que a veces se disfrazan de hombres de negocios o de turistas. Caminan o conducen por las ciudades norteamericanas y otros objetivos sensibles, como son los diques, las centrales nucleares y cosas por el estilo, con detectores de rayos gamma y neutrones ocultos en su maletines, bolsas de golf, neveras portátiles o lo que sea. ¿Correcto?

—Sí.

—¿Alguna vez encontró una bomba atómica?

—Todavía no.

—Ni la encontrará. Podría haber un artefacto nuclear o una bomba sucia en un apartamento de Park Avenue con el temporizador en marcha, y las probabilidades de que el NEST o Harry Muller descubran la bomba son de casi cero. ¿Correcto?

—No lo sé. Algunas veces tienes suerte.

—Eso no es un consuelo, Harry. La pregunta es: ¿cómo puede el gobierno

norteamericano evitar que un arma de destrucción masiva, específicamente un artefacto explosivo nuclear, colocado por los terroristas, destruya una ciudad norteamericana? —Madox miró a Harry—. Quiero que piense en la estrategia de la Destrucción Mutuamente Asegurada que se aplicó en la Guerra Fría y me diga cómo podemos evitar que los terroristas coloquen y hagan estallar una bomba atómica en una ciudad norteamericana. Esta pregunta no es un recurso retórico. Respóndame, por favor.

—Vale —contestó Harry—. Supongo que sería lo mismo que con los rusos. Si saben que los bombardearemos hasta arrasarlos, entonces ellos no nos bombardearán.

—Muy cierto, pero la naturaleza del enemigo ha cambiado —señaló Madox—. La red terrorista global no es como la vieja Unión Soviética. Aquello era un imperio con un gobierno, ciudades, objetivos duros y blandos. Todo incluido en un plan de ataque diseñado por el Pentágono y conocido por la Unión Soviética. El terrorismo islámico, en cambio, es absolutamente amorfo. Si una organización terrorista islámica detona un artefacto nuclear en Nueva York o Washington, ¿contra quién dirigimos la represalia? —Miró a Harry—. ¿Contra quién? —repitió.

Harry pensó un momento.

—Bagdad.

—¿Por qué Bagdad? ¿Cómo podríamos saber si Saddam Hussein tiene algo que ver con un ataque nuclear contra Estados Unidos?

—¿Qué más da? —protestó Harry—. Daría lo mismo cualquier ciudad árabe. Todos recibirían el mensaje.

—Por supuesto que sí. Pero hay un plan mejor. Durante la administración Reagan, el gobierno norteamericano diseñó y puso en marcha un protocolo secreto llamado Wild Fire. Éste dispone la destrucción de todo el mundo islámico con misiles nucleares norteamericanos, en respuesta a un ataque terrorista nuclear contra nuestro país. ¿Qué le parece?

Harry permaneció en silencio.

—Puede hablar libremente. Está entre amigos. ¿En el fondo de su corazón, no le gustaría ver Desiertolandia convertida en un mar de vidrio fundido?

Harry miró a los demás.

—Sí.

Bain Madox asintió.

—Ya lo veis. Harry Muller, que en casi todo responde al perfil del norteamericano medio, querría ver al mundo islámico erradicado mediante un holocausto nuclear.

Harry Muller no tenía ningún inconveniente en escuchar las tonterías de Madox, porque no eran más que eso, tonterías. Estúpidas fantasías ultraderechistas que seguramente ponían cachondos a todos aquellos tipos. No veía ninguna relación directa entre lo que Madox decía y lo que Madox podía hacer. Le recordaba sus días en la división de inteligencia del DPNY, cuando había interrogado a radicales de izquierda que hablaban de la revolución mundial y del levantamiento de las masas,

aunque no tenían ni puñetera idea de lo que podía ser eso. Su jefe solía decir que tenían calentura rojilla. Miró de nuevo a los presentes. Por el otro lado, aquellos tipos no parecían estar haciéndose una paja mental, ni cachondeándose de él. La verdad es que parecían ir en serio, y eran tipos importantes.

Madox interrumpió los pensamientos de Harry.

—¿Cómo conseguimos que el gobierno de Estados Unidos ponga un rápido fin al terrorismo y a esta clara e inminente amenaza nuclear contra el territorio norteamericano? Se lo diré. El gobierno tiene que aplicar el Wild Fire. ¿Correcto? — Harry no abrió la boca y Madox añadió—: Faltan unas setenta armas nucleares transportables del inventario de la antigua Unión Soviética. ¿Lo sabía?

—Sesenta y siete —le corrigió Harry.

—Gracias. ¿Alguna vez se han preguntado si alguna de esas armas nucleares estará en manos de los terroristas islámicos?

—Creemos que lo están.

—Pues no se equivocan. Las tienen. Y le diré una cosa que no sabe, algo que saben menos de veinte personas en todo el mundo: una de esas bombas transportables fue descubierta el año pasado en Washington. No por un equipo del NEST que tuvo su día de suerte, sino por un soplo que recibió el FBI.

Harry no contestó, pero saber eso hizo que un sudor frío le corriese por la espalda.

—Estoy seguro de que unas cuantas más de esas bombas han entrado en el país, probablemente a través de la inexistente frontera con México. —Madox le sonrió—. Es probable que haya una en un apartamento, al otro lado de la calle de su despacho.

—No lo creo. Hemos hecho un barrido de la zona.

—Sólo era un comentario. No lo interprete literalmente. La pregunta es: ¿cómo es que una de esas bombas nucleares soviéticas todavía no ha detonado en una ciudad norteamericana? ¿Cree que los terroristas islámicos tienen algún escrúpulo moral o ético que les impide borrar del mapa una de nuestras ciudades y matar a un millón de hombres, mujeres y niños inocentes?

—No.

—Yo tampoco. Ni nadie después del 11-S. Pero le diré por qué probablemente no ha ocurrido ni ocurrirá. Porque para que el Wild Fire sea un factor disuasorio, como lo fue la MAD, no se le puede mantener absolutamente en secreto. De hecho, desde que se implementó el plan Wild Fire, a todos los jefes de gobierno islámicos les ha sido notificado por las sucesivas administraciones de Washington que un ataque a una ciudad norteamericana con un arma de destrucción masiva garantizaría una represalia nuclear estadounidense contra entre cincuenta y cien ciudades y otros objetivos en el mundo islámico.

—Bien —aprobó Harry.

—Como los caballeros presentes pueden atestiguar, Harry —prosiguió Madox—, Wild Fire es considerado por el gobierno norteamericano como un muy fuerte incentivo para que dichos países controlen a sus terroristas, así como para inducirlos

a que compartan información con nuestros servicios de inteligencia y hagan todo lo necesario para evitar acabar ellos mismos volatizados. El soplo de la bomba nuclear en Washington lo dio el gobierno libio, así pues, parece que funciona.

—Fantástico.

—Algo como el NEST es una respuesta defensiva patética al terror nuclear. Wild Fire, en cambio, es una respuesta activa. Es un arma que apunta directamente a la cabeza de los países islámicos; un arma que se disparará si no evitan que sus amigos terroristas empleen armas nucleares. Sin duda la mayor parte, si no todas, de las organizaciones terroristas han sido avisadas por los gobiernos islámicos que cobijan, ayudan y tienen contacto con ellas. Si los terroristas se lo creen o no, es otra cuestión. Hasta ahora, parecen creérselo, y probablemente por eso no hemos sido atacados con armas de destrucción masiva. ¿Qué opina, Harry?

—A mí me parece que tiene mucho sentido.

—A mí también. Los gobiernos islámicos han sido informados asimismo de que Wild Fire es un sistema blindado, es decir, que ningún presidente norteamericano puede alterar o cancelar esta represalia contra el islam. Esto impide que nuestros enemigos intenten analizar a cada presidente para ver si él, o ella, va a atreverse o no. En el momento en que estalle una bomba atómica en suelo estadounidense, el presidente queda al margen de la ecuación. Exactamente como durante la Guerra Fría.

—Madox se volvió hacia Paul Dunn—. ¿Correcto? —preguntó.

—Correcto —respondió Dunn.

Madox se dirigió de nuevo a Harry.

—Parece muy abstraído. ¿En qué piensa?

—Bueno... estoy seguro de que alguien en el gobierno lo habrá tenido en cuenta, pero ¿cincuenta o cien bombas atómicas lanzadas contra Oriente Medio no mandarían al carajo todo el negocio del petróleo?

Algunos de los presentes sonrieron y lo mismo hizo Madox. Miró a Edward Wolffer.

—El secretario delegado de defensa me ha asegurado que no hay campos petrolíferos en la lista de objetivos. Ninguna refinería ni puertos de embarque. Permanecerán intactos, pero bajo una nueva administración. —Sonrió—. Tengo que ganarme la vida, Harry.

—Sí, vale. Pero ¿qué me dice del medio ambiente y todo eso? Ya sabe, la lluvia ácida, el invierno nuclear.

—Ya se lo he dicho antes, la respuesta al calentamiento global es el invierno nuclear. Es sólo un chiste. Mire, los efectos de cincuenta o incluso cien explosiones nucleares en Oriente Medio han sido estudiados a fondo por el gobierno. No será tan malo. Me refiero a que para ellos será el final, pero en el resto del planeta, según el modelo informático que escoja, la vida continuará.

—¿Sí...? —Había algo más que preocupaba a Harry Muller—. Bueno, de todas maneras esto no ocurrirá porque, como usted ha dicho, si los terroristas lo saben...

¿Usted cree, o tiene algún soplo, de que vayan a atacarnos con bombas nucleares?

—No sé nada al respecto. ¿Usted sí? A fuer de sincero, mis colegas aquí reunidos creen que Wild Fire es una disuasión tan eficaz que la probabilidad de que una ciudad norteamericana sea atacada por los terroristas con armas nucleares es muy pequeña. Por eso tenemos que hacerlo nosotros mismos.

—¿Hacer qué, quiénes?

—Nosotros, Harry, los hombres que estamos en esta habitación, hemos elaborado el Proyecto Verde, es decir, el plan para detonar un artefacto nuclear en una ciudad norteamericana, lo que a su vez pondrá en marcha la respuesta del Wild Fire, que es la eliminación nuclear del islam.

Harry no estaba muy seguro de haber entendido bien y se inclinó hacia Madox.

Éste lo miró directamente a los ojos.

—Lo mejor de todo esto es que el gobierno ni siquiera necesita saber a ciencia cierta si el ataque nuclear a Estados Unidos procede de los terroristas islámicos. Ya existe una muy fuerte presunción de culpabilidad hacia la yihad islámica, así que no se necesita una prueba concluyente para que el Wild Fire se ponga en marcha. Brillante, ¿verdad?

Harry respiró profundamente.

—¿Está loco?

—No. ¿Acaso le parecemos unos locos?

Harry no lo creía de los demás, pero Madox sí estaba un poco pirado. Volvió a respirar profundamente.

—¿Tiene un arma nuclear?

—Por supuesto. ¿Por qué cree que estamos aquí? Si quiere saber la verdad, tenemos cuatro. —Madox se levantó, fue hasta donde estaba la maleta de cuero negro y la palmeó—. Aquí está una de ellas.

Capítulo 9

Bain Madox propuso un descanso durante el cual todos, excepto Scott Landsdale y Harry Muller, salieron de la habitación.

Landsdale se quedó al otro extremo de la mesa, lejos de Harry, y ambos se midieron con la vista.

—Olvídese de esa idea, Muller —dijo Landsdale.

—No le entiendo bien. Acérquese más.

—Corte el rollo de macho, detective. La única manera que tiene de salir de aquí es si nosotros lo dejamos.

—En su lugar, yo no me apostaría sus braguitas de seda de la CIA.

—Si me responde a unas pocas preguntas, podríamos llegar a un acuerdo.

—Eso me suena a lo que yo les decía a los sospechosos. Yo también mentía.

Landsdale lo dejó correr y preguntó:

—Cuando Tom Walsh le encargó esta misión, ¿qué le dijo?

—Que me abrigase y no perdiese ninguna de las facturas.

—Sabio consejo. Gracias por confirmarme que fue Walsh. ¿Qué debía hacer con los cedés con la información?

—Buscar a un tipo de la CIA y metérselos en el culo.

—¿Debía ir al aeropuerto Adirondack como parte de esta misión?

Harry comprendió que Landsdale era bueno en su trabajo. Los de la CIA eran unos gilipollas, pero unos gilipollas muy profesionales.

—No, pero es muy buena idea. Estoy seguro de que hubiese encontrado su nombre en el registro de llegadas.

—Harry, tengo más identidades que usted calcetines limpios en la cómoda. ¿Quién más en el 26 Fed sabe de su misión?

—¿Cómo coño puedo saberlo?

—No lo he mencionado antes, pero uno de mis amigos en el 26 Fed me ha dicho que estuvo usted hablando con su compañero de cubículo, John Corey, en el vestíbulo de los ascensores, y que usted llevaba un maletín metálico de Tech. ¿Corey le preguntó qué hacía?

—¿Por qué no se va a tomar por el culo?

Landsdale no hizo caso de la sugerencia.

—Intento ayudarlo, Harry.

—Creía que era de la CIA.

—¿Quiere saber de qué va esto?

—Sí, claro. Estoy con usted.

—Quizá ahora no lo dice en serio, pero después de que acabe todo esto verá que

era el único camino.

—¿No tiene que ir a mear o algo así?

—No, pero le haré una pregunta para que la piense. ¿Cree que quizá lo han utilizado?

—¿A qué se refiere?

—Alguien, quizá en Washington, le dijo a Walsh que enviase a un tipo aquí, a alguien de vigilancia del DPNY, para que sacase fotos de las personas que llegaban al club. No parece gran cosa, ¿verdad? Pero quienes lo ordenaron, y quizá el propio Walsh, sabían que usted no conseguiría acercarse a un kilómetro de esta casa antes de que lo detuviesen.

—He llegado mucho más cerca.

—Felicidades. Lo que yo pienso, Harry, es que es usted el chivo expiatorio. ¿Me sigue?

—No.

—Me refiero a que todo esto es muy torpe, y la única razón para que lo envíen aquí parece haber sido asustarnos y hacer que detuviésemos el Proyecto Verde, o quizá acelerarlo. ¿Usted qué cree?

—He trabajado con la CIA, y creo que ustedes ven conspiraciones en todas partes, excepto las verdaderas conspiraciones. Por eso no dejan de pifiarla.

—Puede que tenga razón. Pero deje que comparta mi paranoia con usted. Los jefazos lo enviaron aquí, a través de Walsh, con el propósito de empujarnos a hacer algo, o con el fin de que el FBI pudiese conseguir una orden que les permitiese venir a buscarlo y, de paso, encontrar las cuatro cabezas nucleares que quizá creen que están aquí.

Harry no respondió, pero lo pensó.

—En primer lugar —continuó Landsdale—, supongamos que alguien quiera empujarnos a la acción. ¿Quién podría ser? Quizá mi gente, o quizá la Casa Blanca quiera una excusa para lanzar el Wild Fire.

Harry también pensó en eso, pero de nuevo evitó responder.

—Pero podría ser la otra cosa: que lo envíen aquí para que desapareciese y proporcionar así al FBI una causa probable y una orden de registro. De esa manera, podrían tomar este lugar al asalto. Ahora mismo, lo único incriminatorio que hay en el club son las cuatro bombas nucleares y usted, y ninguna se quedará aquí mucho más. El transmisor ELF no es ilegal, aunque costará justificar que lo tengamos.

Harry Muller tenía la sensación de haber entrado en uno de los hospitales psiquiátricos del norte del estado diez minutos después de que los pacientes se hubiesen hecho con el control. ¿Qué demonios era un transmisor elfo^[1]? ¿Cómo transmite un elfo? ¿Por qué alguien querría...?

—¿Conoce los ELF?

—Sí. Son los ayudantes de Santa Claus.

Landsdale sonrió mientras miraba atentamente a Harry.

—Quizá no los conozca. ELF significa frecuencia extra baja. ¿Le suena?

—No.

Landsdale fue a decir algo más, pero entonces se abrió la puerta. Madox y los otros tres hombres entraron en la habitación.

El hombre de la CIA intercambió una mirada con Madox y señaló la puerta con un gesto.

—Si nos perdonan un momento —les dijo Madox a los demás. Salieron de la habitación y Madox le ordenó a Carl, que se encontraba junto a la puerta, que vigilase al señor Muller.

Carl entró en la habitación y cerró tras él.

Landsdale caminó por el pasillo, y Madox lo siguió.

—He hablado con Muller y me parece que no sabe nada de nada, más allá de su misión —dijo Landsdale—. Muller no recibió información de Walsh ni de ningún otro, algo que es el procedimiento habitual cuando se envía a un servicio delicado a un tipo de bajo nivel.

—Eso ya lo sé —le señaló Madox—. ¿Adónde quieres ir a parar?

Landsdale se tomó unos segundos para responder.

—No tengo ninguna duda de que quien envió a Harry Muller aquí esperaba que lo detuviesen. ¿Estás de acuerdo?

Madox no contestó. Landsdale prosiguió:

—Estoy casi seguro de que la CIA sabe en qué estás metido, Bain, y también el Departamento de Justicia y el FBI.

—No lo creo.

—Yo sí, y, basándome en mi información, creo que Justicia y el FBI están a punto de pillarte. —Miró a Madox—. Pero tienes admiradores y amigos en el gobierno. Para ser más exactos, la CIA quiere que lleves esto adelante. ¿Me sigues?

—No creo que nadie en el gobierno, excepto las personas aquí presentes, sepan ni una palabra del Proyecto Verde, o...

—Bain, deshincha un poco tu maldito ego. Estás siendo manipulado y usado, y...

—Una mierda.

—Te equivocas. Escucha, tienes un gran plan, pero te has dormido. Los chicos buenos del Departamento de Justicia y el FBI se enteraron, quieren hacer lo correcto y acabar con esta conspiración. La CIA tiene otro punto de vista. Cree que tu plan es cojonudamente fantástico, absolutamente brillante, y que nunca acabas de ponerlo en marcha.

—¿Todo esto lo sabes a ciencia cierta o son elucubraciones tuyas? —preguntó Madox.

Landsdale pensó la respuesta.

—De todo un poco. Verás, como enlace de la CIA con la Casa Blanca, no estoy metido del todo en el rollo de Langley, pero trabajé durante un tiempo en una sección de Operaciones Encubiertas y oí hablar de ti mucho antes de que tú oyese hablar de

mí.

Madox tampoco respondió esta vez. Landsdale continuó:

—Todas las secciones de Operaciones Encubiertas de los servicios de inteligencia tienen a sus miembros legendarios, hombres y mujeres a los que ven como seres superiores, casi míticos. Trabajé con uno de esos tipos, y éste me explicó una vez todo lo de Wild Fire; entonces fue cuando salió tu nombre, Bain, y habló de ti como de un particular que tenía capacidad para poner en marcha el Wild Fire.

A Madox no pareció gustarle la información.

—¿Es ése el cómo y el porqué te conocí?

Landsdale evitó una respuesta directa.

—Es el cómo y el porqué acabé destinado a la Casa Blanca. La conspiración que has montado aquí ha dado lugar a una conspiración paralela entre ciertos individuos de la CIA y también en el Pentágono... y quizá incluso en la Casa Blanca. En otras palabras, aparte de tu junta ejecutiva, hay otros en Washington que están ayudando. Estoy seguro de que lo entiendes, y también entiendes que, si no existiesen, las personas del gobierno que quieren poner en marcha el Wild Fire necesitarían lanzar sus propias bombas atómicas a las ciudades norteamericanas. —Se obligó a sonreír—. Pero nos gusta estimular la iniciativa privada.

—¿Qué es lo que intentas decirme, Scott?

—El caso es, Bain, que quien mandó a Harry Muller aquí quiere que esto tenga una rápida conclusión. Si fue el FBI, entonces están a punto de detenerte. Si fue la CIA, te están diciendo que te muevas de una vez. No dudo de que ambas organizaciones saben lo que hace la otra, y esto se ha convertido en una carrera para ver cuál de las ideas para proteger la seguridad de Estados Unidos se llevará el premio.

Madox miró en silencio al hombre de la CIA durante unos momentos.

—Sólo necesito unas cuarenta y ocho horas.

—Espero que las consigas. Tengo un contacto en la Anti-Terrorist Task Force, donde trabaja Muller, que me ha dicho que Muller pertenece a la sección de Oriente Medio, y que no trabaja en la de Terroristas Domésticos; por lo tanto, es extraño que lo escogiesen para este trabajo. También me ha dicho que un tipo llamado John Corey, que era del DPNY, como Muller, y que también pertenece a la sección de Oriente Medio, fue el primero al que eligieron para esta vigilancia. Elegido específicamente. ¿Por qué? Ésa es la pregunta. ¿Qué más daba a quién enviaban aquí como chivo expiatorio? —Landsdale encendió un cigarrillo—. Entonces, recordé que el tipo de la CIA que me había hablado del Wild Fire había trabajado una vez en la ATTF, y que allí había tenido un pique tremendo con el tal Corey; la cosa llegó a tal punto que estaban dispuestos a matarse.

Madox consultó su reloj.

—Uno de los muchos problemas entre ellos fue, al parecer, la actual esposa de Corey, una agente del FBI asignada a la Task Force. —Landsdale sonrió—. Siempre

hay una mujer de por medio.

Madox también sonrió.

—Los celos son el comodín de la historia —opinó—. Se han destruido imperios porque Jack follaba con Jill, y Jill, a su vez, follaba con Jim. Pero ¿qué es lo que me estás diciendo?

—Sólo que aquí veo algo más que una mera coincidencia. Se suponía que Corey era quien debía estar donde está ahora sentado Muller, a la espera de que lo maten.

—Algunas veces, Scott —señaló Madox—, la coincidencia es sólo eso. Por otro lado, ¿qué más da?

Landsdale titubeó antes de responder.

—Pues que si no es una coincidencia, aquí ha intervenido la mano del maestro; el tipo que me habló del Wild Fire, que me consiguió el trabajo en la Casa Blanca, y que me metió en el Club Custer Hill... aunque eso no es posible, porque ese tipo está muerto, o supuestamente muerto. Estaba en el World Trade Center.

—Las personas están muertas o no lo están —afirmó Madox.

—Este tipo es como un fantasma. Está muerto cuando necesita estarlo y vivo cuando necesita reaparecer. La cuestión es que, si él es quien está detrás de Muller, entonces me siento mucho más tranquilo en cuanto a las probabilidades de poner en marcha el Proyecto Verde dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, y mucho más seguro de que el gobierno iniciará el Wild Fire como réplica.

Madox miró fijamente a su amigo.

—Si eso te hace sentir mejor, Scott, entonces me alegro por ti. Pero lo importante, señor Landsdale, no es lo que pasa en Washington, sino lo que pasa aquí. He trabajado en este plan durante casi una década, y lo llevaré a la práctica.

—No si te encierran mañana o pasado —respondió el otro—. Agradece tener amigos en Washington, y más todavía si mi antiguo mentor en Operaciones Encubiertas está vivo y cuida de ti.

—Bueno, si tú lo dices... Quizá, cuando esto acabe, pueda conocer a ese hombre, si es que está entre los vivos, y estrecharle la mano. ¿Cómo se llama?

—No podría decirte su nombre, incluso aunque estuviese muerto de verdad.

—En ese caso, si por una de éstas lo ves vivo, y si ha sido mi ángel de la guarda en este proyecto, dale las gracias de mi parte.

—Lo haré.

Madox señaló la puerta.

—Vamos a continuar con la reunión.

Mientras Landsdale caminaba hacia la puerta, Madox asintió, complacido al saber que se tenía en tanta estima al hombre misterioso. En realidad, el tipo en cuestión no sólo no había muerto el 11-S, como bien sabía Madox, sino que en esos mismos momentos iba de camino al Club Custer Hill. El señor Ted Nash, un viejo amigo de Bain Madox, había llamado inmediatamente antes de que comenzase la reunión de la junta ejecutiva para saber si ya tenían a John Corey. Cuando Madox le informó de

que a quien habían pescado había sido al señor Harry Muller, Nash pareció llevarse una desilusión, pero luego añadió en un tono optimista: «Veré qué puedo hacer para que Corey vaya al Club Custer Hill... Te gustará, Bain. Es un cabrón ególatra, y casi tan listo como nosotros».

Bain Madox siguió a Landsdale al interior de la sala, se acercó a la cabecera de la mesa y anunció:

—Se reanuda la sesión. —Señaló la maleta negra—. Esta cosa que ven por primera vez es una RA-155 de fabricación soviética, pesa unos treinta y tres kilos y contiene unos doce de plutonio además de un mecanismo detonador.

Harry miró la maleta. Cuando había trabajado con el NEST, nunca le habían dicho qué debía buscar; las bombas nucleares transportables venían en toda clase de formas y tamaños, y, como había dicho el instructor: «No llevan un símbolo atómico, una calavera con las tibias cruzadas, ni nada por el estilo. Así que confíen sólo en los detectores de rayos gamma y de neutrones».

—Esta cosa tan pequeña —continuó Madox— tiene una potencia de unos cinco kilotones, la mitad del poder explosivo de la bomba lanzada sobre Hiroshima. Debido a que estos artefactos son viejos y necesitan de un mantenimiento constante, la explosión podría ser menor. Claro que eso no resulta de mucho consuelo si estás sentado junto a una de ellas. —Se rió.

—A propósito, Bain, nosotros estamos sentados junto a una —bromeó Landsdale—. Quizá no deberías fumar.

Madox no le hizo caso.

—Para su información, caballeros, esta cosa podría arrasar todo el centro de Manhattan y causar la muerte instantánea de medio millón de personas, seguidas por casi otro medio millón por las secuelas.

Madox se acercó a la maleta y apoyó una mano en la tapa.

—Una tecnología increíble. Hace que te preguntes en qué estaría pensando Dios cuando creó los átomos, esos elementos que pueden ser partidos o fusionados por los simples mortales para liberar una energía sobrenatural.

Con un gran esfuerzo, Harry Muller consiguió apartar la mirada de la maleta. Pareció advertir por primera vez que tenía delante una botella de agua, y bebió de ella con mano temblorosa.

—No tiene buen aspecto —le dijo Madox.

—Tampoco ustedes lo tienen —replicó—. ¿Dónde demonios consiguió la bomba?

—Ésa fue la parte más sencilla. Sólo cuestión de dinero, como todo lo demás en la vida, y que mis aviones particulares las trajesen de una de las antiguas repúblicas soviéticas. Por si le interesa saberlo, pagué diez millones de dólares de mi propio bolsillo por las cuatro. Ya se puede imaginar cuántas maletas como ésta habrán comprado personas como Bin Laden.

Harry se acabó la botella de agua, y luego cogió la botella de Landsdale junto con

su bolígrafo, que se guardó en el bolsillo. Nadie lo advirtió; mientras, Madox continuaba hablando.

—No somos monstruos, señor Muller. Somos hombres honestos que vamos a salvar a la civilización occidental, a nuestras familias, a nuestra nación y a nuestro Dios.

Harry, aun a sabiendas de que más le valía permanecer callado, preguntó:

—¿A costa de matar a millones de norteamericanos?

—Los terroristas islámicos los matarán de todas maneras, Harry. Sólo es una cuestión de tiempo. Da igual que lo hagamos nosotros ahora. Además, de este modo, las ciudades las escogeremos nosotros, no ellos.

—¿Es que se han vuelto todos ustedes mochales?

—¡Un momento, Harry! —exclamó Madox—. Hace sólo unos instantes no tenía ningún problema en borrar del mapa al mundo islámico: hombres, mujeres y niños, además de turistas, empresarios y quién sabe quién más que esté en Oriente Medio la semana que viene...

—¿La semana que viene?

—Sí, y, como le he dicho, se hará gracias a usted y su organización. Hoy, sólo usted ha venido a fisgonear. Mañana o pasado serán los agentes federales, y quizá las tropas de Fort Drum, quienes asalten este lugar para rescatarlo... y encontrar esto.

Dio una palmada contra la maleta y Harry casi saltó de la silla.

—Así pues, a usted tendremos que ocultarlo y enviar las maletas a su destino final. —Se dirigió a la junta—. Mientras tanto, continuaremos con el orden del día. —Volvió a la mesa y apretó una tecla en su consola. Se amortiguaron las luces y se encendió una pantalla plana en la pared, donde aparecía un mapa en colores de Oriente Medio y el Sudeste asiático—. Echaremos una ojeada al mundo islámico que estamos a punto de destruir.

Capítulo 10

—Éste, caballeros, es el territorio del islam —comenzó Bain Madox—. Se extiende desde la costa atlántica del norte de África, a través de Oriente Medio, Asia central y todo el camino hasta el Sudeste asiático para acabar en el más poblado de los países musulmanes, Indonesia, que es el último frente de la guerra contra el terrorismo. —Hizo una pausa teatral—. En estos países viven más de mil millones de musulmanes. En algún momento de la semana que viene habrá muchos menos. —Madox dejó que sus palabras calasen, encendió una lámpara de lectura y prosiguió—: Ed nos ha dado una lista de las ciudades islámicas que son objetivos del Wild Fire... —Echó una ojeada a la hoja que tenía delante y comentó—: Ésta parece mi lista de deseos de Navidad. —Nadie se rió—. Ed nos explicará algunos detalles del Wild Fire.

—En realidad existen dos listas: la A y la B —explicó el secretario adjunto de Defensa—. La lista A incluye todo Oriente Medio y el corazón del islam árabe, además de algunos objetivos específicos en el norte de África, Somalia, Sudán, regiones musulmanas de Asia Central y un puñado de objetivos en el Sudeste asiático. La lista ha sido básicamente la misma durante los últimos veinte años, pero de vez en cuando hemos añadido un objetivo, como por ejemplo la parte norte de las Filipinas, que se ha convertido en un foco del fundamentalismo islámico. Observen también que, ocasionalmente, hemos borrado algunos. Por ejemplo, como resultado de nuestra ocupación de Afganistán, hemos quitado la mayor parte de ese país de la lista, junto con algunos lugares de la región del Golfo, Arabia Saudí y Asia Central, donde hay tropas norteamericanas.

Todos asintieron, y algunos tomaron notas.

—Asimismo, hemos incluido nuevos objetivos en el sur de Afganistán, específicamente la región de Tora Bora y las zonas adyacentes a la frontera con Pakistán, donde creemos que se oculta Bin Laden. Si ese hijo de puta sobrevive a esto, será el rey del desierto nuclear.

Unos pocos se rieron cortésmente.

—¿Por qué dos listas? —preguntó Scott Landsdale.

—Hay dos respuestas posibles dentro del plan Wild Fire. La lista A es permanente, y se añade la lista B según el nivel y la clase de ataque terrorista contra Estados Unidos. Por ejemplo, si el ataque es biológico o químico, entonces sólo se destruirán los objetivos de la lista A. Si el ataque es nuclear, y destruye una o más ciudades norteamericanas, automáticamente, la lista B se añade a la represalia.

—Sabemos que el ataque a Estados Unidos será nuclear —puntualizó Madox—, porque seremos nosotros quienes colocaremos las bombas.

Reinó el silencio en la habitación hasta que Dunn lo rompió.

—Bain, no es necesario que muestres tanto entusiasmo.

—Lo siento, Paul. Pero ésta no es una amable reunión del consejo de Seguridad Nacional. Aquí podemos decir sin tapujos lo que pensamos.

Paul Dunn optó por callarse, y Wolffer continuó con la explicación.

—Siempre nos han preocupado los niveles de precipitación radiactiva y los cambios climáticos, de ahí la existencia de una lista primaria y otra secundaria. Por otro lado, por supuesto, no todos los países islámicos acogen a terroristas o son enemigos de Estados Unidos. Pero el Wild Fire elimina gran parte de ese debate al priorizar la respuesta a la naturaleza del ataque. Así pues, si un arma química o biológica sólo mata a unas veinte mil personas en Nueva York o Washington, entonces nuestra represalia abarcaría sólo sesenta y dos objetivos de la lista A. No queremos dar la impresión de ser unos exagerados.

Landsdale se rió de lo absurdo de la afirmación, pero nadie más pareció verle la gracia.

—A día de hoy —continuó Wolffer—, sumando ambas listas tenemos un total de ciento veintidós objetivos. Podemos esperar unas bajas iniciales de unos doscientos millones de personas, y probablemente otros cien millones de muertos en un plazo de seis meses, a medida que la radiación vaya haciendo su efecto. —Con tono indiferente, añadió—: Aparte, habrá otras víctimas por el hambre, la intemperie, las enfermedades, el suicidio, las luchas civiles y otras causas, pero resulta difícil hacer un recuento de eso.

Nadie hizo ningún comentario.

—Las personas que idearon el Wild Fire comprendieron la necesidad de asegurar que cualquier futuro presidente y su administración, no tuviesen que tomar ninguna decisión moral o estratégica. Si ocurre X, respondemos con la lista A. Si ocurre Y, añadimos la lista B. Así de sencillo.

Harry Muller dejó de mirar la pantalla para mirar a los hombres que se hallaban sentados a cada lado de la mesa. A la luz del monitor, esos cuatro tipos que le habían parecido tan nerviosos media hora antes, ahora parecían muy tranquilos. Era como si dijese: «Vale, ya ha llegado. Prestemos atención y acabemos de una vez».

Miró a Madox, que contemplaba fijamente la pantalla, y le vio una sonrisa extraña en la cara, como si estuviese viendo una peli porno. Éste intercambió una mirada con Harry y le guiñó un ojo.

Harry se volvió en la silla para mirar de nuevo a la pantalla. «Jesús. Esto es real. Que Dios nos ayude».

—El Wild Fire es sencillamente otra versión del MAD. Es más, el Wild Fire fue propuesto, desarrollado e instalado por un grupo de viejos combatientes de la Guerra Fría durante la administración Reagan. —Hizo una pausa y después manifestó con un tono de profundo respeto—: Eran hombres con un par de cojones. Se midieron cara a cara con los soviéticos, y los otros parpadearon primero. Nos han transmitido una gran lección y un gran legado. Para ser dignos de esos hombres que nos entregaron

un mundo libre del terror soviético, debemos hacer con los terroristas islámicos lo que estos combatientes de la Guerra Fría estaban dispuestos a hacer con la Unión Soviética.

De nuevo se hizo el silencio en la sala; esa vez fue el general Hawkins quien lo rompió.

—Los rusos, al menos, tenían algo de honor, y un prudente temor a la muerte; hubiese sido una pena tener que destruir sus ciudades y a su gente. En cambio, estos cabrones islámicos se merecen todo lo que van a recibir.

—Dinos qué van a recibir —le pidió Madox a Wolffer.

Éste carraspeó primero.

—Lo que van a recibir son ciento veintidós cabezas nucleares de varios kilotones lanzadas sobre todo desde los submarinos nucleares clase Ohio estacionados en el océano Índico, además de unos cuantos misiles balísticos intercontinentales disparados desde nuestro territorio. A los rusos se les notificará, como cortesía y precaución, un minuto antes del lanzamiento.

—Estas cabezas sólo representan un muy pequeño porcentaje de nuestro arsenal —aclaró Hawkins—. Aún nos quedarán miles de cabezas nucleares, por si las necesitamos para un segundo ataque contra el islam o si a los rusos o los chinos se les ocurre alguna estupidez.

Wolffer confirmó las palabras del general antes de continuar con la explicación.

—Incluidas en la lista A están casi todas las capitales de Oriente Medio: El Cairo, Damasco, Ammán, Bagdad, Teherán, Islamabad, Riyadh, etcétera, junto con otras ciudades importantes, campamentos de entrenamiento conocidos y todas las instalaciones militares. —Echó un vistazo a sus notas—. Originalmente, Mogadiscio, en Somalia, estaba en la lista B, pero desde lo del derribo del Black Hawk pasó a la lista A para vengar aquella vergonzosa debacle. Lo mismo con la ciudad portuaria de Adén, en el Yemen; vengaremos el ataque al *USS Cole*.

—Me alegra comprobar que la lista se ha ido actualizando —comentó Madox—. Tenemos muchas cuentas pendientes que saldar.

—Efectivamente —dijo Wolffer—. Pero por mucho que queramos vengar el ataque al cuartel de los marines en Beirut, esta ciudad no figura en la lista. La mitad de la población es cristiana, y Beirut se convertirá en nuestra nueva cabeza de puente en el nuevo y mejorado Oriente Medio. Como veis, Israel ya no estará rodeado de enemigos, sino de tierra arrasada.

—¿Los israelíes están al corriente del Wild Fire? —preguntó Landsdale.

—Saben lo mismo que nuestros enemigos. Se les presentó como una posibilidad. No les entusiasma mucho la idea de verse cubiertos de polvo radiactivo, pero tienen un excelente programa de defensa civil, y se las apañarán hasta que el aire se limpie.

—Ed, ¿crees que debo reservar hotel para las vacaciones de Pascua en Tierra Santa? —le preguntó Landsdale con una sonrisa.

—Estamos hablando de un mundo absolutamente nuevo, Scott. Un mundo donde

la seguridad en los aeropuertos volverá al nivel de los sesenta. Donde tu familia y amigos podrán despedirte en la puerta de embarque y tú llevarás el equipaje que quieras. Un mundo donde los pasajeros de los aviones no serán tratados como presuntos terroristas, y donde la seguridad del aparato sólo tendrá relación con los temas mecánicos y no con terroristas a bordo o con zapatos bomba. Un mundo en el que cualquier turista o empresario norteamericano no sea un posible blanco terrorista. En este nuevo mundo, caballeros, todo norteamericano será tratado con cortesía, respeto y un cierto temor; lo mismo que nuestros padres y abuelos, que liberaron a Europa y Asia del mal. Por lo tanto, sí, Scott, puedes ir a Tierra Santa durante las vacaciones de Pascua. Te tratarán de maravilla, y no tendrás que preocuparte de terroristas suicidas en los cafés.

Todos permanecieron en silencio mientras Wolffer continuaba informándoles de los sitios escogidos.

—Los objetivos primarios incluyen también los lugares sagrados musulmanes, como Medina, Faluya, Qum y los demás. Esto sólo bastará para acabar con el corazón del islam. Su sitio más sagrado, La Meca, en cambio, no será destruido; no por respeto a su religión sino para tenerla como ciudad rehén, que será inmediatamente arrasada si sobrevive alguna amenaza terrorista o se produce una represalia. Los gobiernos de Oriente Medio que están enterados nos pidieron que, si ocurría lo peor, también exceptuásemos Medina, pero la respuesta fue no.

—Buena respuesta —afirmó Madox—. He tenido muchos tratos desagradables con la familia real saudí. La semana próxima serán historia, y la única cosa buena del lugar, el petróleo enterrado debajo de la arena, nos estará esperando.

Edward Wolffer no hizo caso del comentario.

—El otro sitio sagrado musulmán que no será destruido es, por supuesto, Jerusalén, que nosotros como cristianos, y también los judíos, tenemos como nuestro lugar más sagrado. Esperamos que, después del Wild Fire, los israelíes expulsen a los musulmanes de Jerusalén, Belén, Nazaret y de todos los demás lugares santos cristianos sometidos a su control. Si no lo hacen, lo haremos nosotros.

—Veo que hay un buen número de ciudades turcas en la lista, pero sin embargo no aparece Estambul.

—Estambul es un tesoro histórico, localizado geográficamente en Europa, y volverá a ser Constantinopla. Se expulsará de allí a los musulmanes. La verdad, caballeros, es que hay un plan geopolítico para el mundo después del Wild Fire que rediseña algunas líneas en el mapa y saca a las personas de los lugares donde no queremos que estén. Jerusalén, Beirut y Estambul me vienen a la mente, aunque no conozco del todo el plan.

—Sea el que sea, podemos dejar que el Departamento de Estado se encargue de eso —manifestó Madox.

—Amén —dijo el general Hawkins—. Desaparecida Bagdad y la mayor parte del territorio iraquí, no tendremos que ir a la guerra contra Saddam Hussein.

—Ni tampoco contra Siria, Irán o cualquier otro país hostil que ya habrá dejado de existir —señaló Wolffer.

—Me gusta cómo suena —afirmó Madox—. ¿A usted no, Harry?

—Sí, siempre que a uno le agraden los genocidios —respondió éste tras un leve titubeo.

—Tengo un hijo, Harry, Bain júnior, que es oficial reservista del ejército de Estados Unidos. Si vamos a la guerra contra Irak, lo llamarán al servicio activo, y quizá muera en ese país. La verdad es que prefiero ver muerta a toda la población de Bagdad antes que recibir la notificación de que mi hijo ha muerto en Irak. ¿Eso le parece egoísta?

Harry no respondió, pero pensó: «Sí, es egoísta». Además, cuando le convenía, Madox se olvidaba de los hijos e hijas norteamericanos que mataría en su propio país.

Bain Madox le dijo a Harry y a los demás:

—Algunas veces, un chiste menciona una verdad que la gente no quiere admitir. Así pues, deje que le cuente un chiste, señor Muller, que, por su trabajo, quizá ya conozca. —Madox sonrió como alguien que va a explicar una cosa muy graciosa—. El presidente, el jefe del señor Dunn, y el secretario de Defensa, el jefe del señor Wolffer —volvió a sonreír— tienen un desacuerdo por un tema político, así que llaman a un ayudante, y el secretario de Defensa le dice: «Hemos decidido lanzar bombas atómicas sobre mil millones de árabes y una hermosa rubia de ojos azules y unos pechos espectaculares. ¿Usted qué opina?» El joven ayudante pregunta: «Señor secretario, ¿por qué quiere bombardear a una hermosa rubia de ojos azules y unos pechos espectaculares?» Entonces el secretario de Defensa se vuelve hacia el presidente y le dice: «¿Lo ve? Ya le dije que a nadie le importan mil millones de árabes».

Se oyeron algunas risas contenidas alrededor de la mesa, y Harry también sonrió, aunque ya lo había escuchado unas cuantas veces.

—¿Está claro? —le preguntó Madox a Harry.

Edward Wolffer retomó el hilo de su tema.

—En lo que se refiere a Irak, las guerras terrestres son costosas en términos de hombres, material y dinero, y tienen siempre consecuencias inesperadas. Os puedo decir de primera mano, y Paul puede atestiguarlo, que esta administración está empeñada en provocar como sea una guerra con Irak, luego Siria y finalmente Irán. En principio, ninguno de nosotros, creo, se opone a esto. Pero aquellos de los aquí presentes que combatieron en Vietnam: Bain, Jim y yo, podemos decir con cierta autoridad que, cuando sueltas los perros de la guerra, los perros quedan fuera de tu control. Lo bueno de un ataque nuclear es que es rápido y barato. Ya hemos pagado y comprado un gigantesco arsenal atómico; en la actualidad, tenemos unas siete mil cabezas nucleares, que están ahí muertas de risa. Por una pequeña fracción del coste de esas cabezas podemos conseguir unos resultados monumentales. Por otra parte, esos resultados suelen ser inequívocos. —Sonrió—. El *New York Times* y el

Washington Post no tendrán que preocuparse por saber si estamos ganando o no la guerra contra el terrorismo.

Todos se rieron, y Bain Madox preguntó risueño:

—¿Quieres decir que no tendré que leer alguna conmovedora historia en el *Times* sobre una niña iraquí y su abuela heridas por fuego norteamericano?

De nuevo sonaron las carcajadas.

—No creo que el *Times* o el *Washington Post* vayan a enviar a ningún reportero a pasearse por las cenizas nucleares en busca de una historia de interés humano —manifestó Wolffer.

Madox soltó una risita mientras miraba de nuevo la pantalla.

—Veo que en la lista está la presa de Asuán. —Movié el cursor a Egipto y el tramo sur del Nilo—. Supongo que es la madre de todos los objetivos.

—Efectivamente —asintió Wolffer—. Un misil de cabeza múltiple destruirá el dique y enviará miles de millones de litros de agua Nilo abajo, con la consecuencia de que cubrirá todo Egipto y matará a entre cuarenta y sesenta millones de personas cuando inunde el valle en su camino hacia el Mediterráneo. Aquí es donde se producirá la mayor pérdida de vidas humanas y territorio, y donde no hay yacimientos de petróleo. Lamentablemente, tendremos que aceptar la muerte de miles de turistas, arqueólogos y empresarios occidentales, junto con la de lugares históricos. Las pirámides en cambio se salvarán.

—Ed —dijo Madox—, veo que hay varias ciudades en el valle del Nilo que aparecen en la lista de objetivos a atacar. A la vista de que el agua de la presa arrasará dichas ciudades, ¿los misiles no son allí algo innecesarios?

Wolffer miró a su amigo.

—No se me había ocurrido —admitió—. Supongo que la inundación apagará los incendios de las ciudades.

—Eso sería lamentable —señaló Madox.

—La mala noticia es, como he dicho antes —continuó Wolffer—, que un gran número de occidentales morirán en este ataque. Turistas, hombres de negocios, expatriados, diplomáticos y otros. El número podría llegar fácilmente a los cien mil, la mayoría norteamericanos.

Nadie hizo ningún comentario al respecto.

—Tampoco podemos prever cuándo estas regiones volverán a ser habitables o socialmente estables como para permitir el transporte de crudo. Sin embargo, un análisis del Departamento de Defensa sostiene que habrá una baja considerable en las necesidades globales o nacionales porque estos países productores de petróleo ya no lo utilizarán. Por lo tanto, con el crudo de otros lugares y las reservas bastará para atender la demanda a corto plazo en Estados Unidos y Europa. El crudo saudí será probablemente el primero que volvamos a recibir, en un plazo de dos años.

—Los del gobierno tendrían que hablar con nosotros, los del sector privado —señaló Madox—. Mi análisis es que el crudo saudí estará en los buques cisterna de

camino a este país en un año. Creo que podremos conseguir un precio de cien dólares por barril si exageramos los problemas en el bombeo y el embarque provocados por el ataque nuclear.

—Bain, el Departamento de Defensa piensa más bien en unos veinte dólares el barril, dado que controlaremos todo el bombeo y el embarque. La idea es que necesitaremos petróleo barato para ayudar a reflotar la economía norteamericana que, según nuestros cálculos, sufrirá un serio bajón después de que dos de nuestras ciudades sean arrasadas por las bombas atómicas.

—Yo creo que eso es otra exageración —replicó Madox con un gesto despectivo—. Verás cómo la baja en el mercado de valores no llegará a un año. Algunas ciudades experimentarán un descenso en el número de habitantes durante unos meses, como pasó en Nueva York después del 11-S. Pero en cuanto quede claro que el enemigo está muerto y enterrado, asistiremos a un renacimiento norteamericano que asombrará al mundo. No seas pesimista —le dijo a Wolffer—. Si el derrumbe de la Unión Soviética fue el amanecer del siglo norteamericano, la eliminación del islam dará paso al milenio de la paz, la prosperidad y la seguridad estadounidenses. Por no hablar del poder absoluto. El milenio norteamericano hará que el Imperio romano parezca cosa de niños.

Nadie hizo comentario alguno a estas afirmaciones, así que Madox continuó con la perorata.

—Las cosas cambiarán. Habrá desaparecido la última amenaza global a Estados Unidos, y toda la nación respaldará al gobierno, como hizo después del 11-S y Pearl Harbor. Solucionaremos el problema de los enemigos internos de Estados Unidos, incluida la creciente población musulmana, sin ninguna protesta. No veréis ni una sola manifestación contra la guerra en este país ni en ninguna parte del mundo. Todos esos mal nacidos de todo el mundo que bailaron en las calles después del 11-S estarán muertos o nos besarán los pies. —Hizo una breve pausa para tomar aliento y continuó hablando cada vez más rápido—. Para variar, los europeos se morderán la lengua, y luego será el turno de Cuba, y a continuación Corea del Norte, y los rusos mantendrán la boca cerrada. Porque después de que hayamos optado por la vía nuclear, todos comprenderán que lo haremos de nuevo. Cuando llegue el momento apropiado, acabaremos de raíz con el problema chino antes de que éstos puedan llegar a amenazarnos.

Harry Muller observó a los otros hombres mientras Madox continuaba su tirada. A Harry le pareció que se los veía un tanto inquietos ahora que Madox había pasado del problema del terrorismo islámico y buscaba nuevos enemigos a los que aniquilar. También estaba el tema del petróleo, que Harry veía que para Bain Madox y la Global Oil Corporation era tan importante como acabar con los terroristas. Harry ya sabía que el tipo estaba loco, pero ahora se daba cuenta de hasta qué punto, y también se daban cuenta sus amiguetes.

Madox se puso de pie y su voz se hizo estridente.

—Como veterano de Vietnam, les digo que, cuando las tropas norteamericanas entren en Saigón y Hanoi, también vengaremos el honor perdido sin que rechiste China ni ningún otro. —Miró a sus cuatro colegas y concluyó—: Si no nos decantamos por la opción nuclear, si continuamos con esta lucha contra nuestros enemigos con los medios convencionales y diplomáticos, desperdiciando vidas y dinero en esta batalla, si la prolongamos sin una clara victoria a la vista, estaremos haciendo algo moralmente erróneo. Tenemos los medios para acabar con esto de una manera rápida, decisiva y barata a través del uso de las armas nucleares que ya poseemos. No utilizarlas contra las personas que si pudiesen las utilizarían sería un suicidio nacional, un error estratégico, una afrenta al sentido común y un insulto a Dios.

Bain Madox se sentó.

Reinó el silencio.

Harry Muller observó los rostros en la penumbra y se dijo a sí mismo: «Sí, saben que está loco. Pero no les importa, porque dice lo que ellos mismos están pensando».

Bain Madox encendió un cigarrillo y dijo con la mayor tranquilidad:

—Muy bien, hablemos ahora de las ciudades norteamericanas que se han de sacrificar y cómo y cuándo lo haremos.

Quinta parte
Sábado
North Fork, Long Island

Nassau Point, Long Island, 2 de agosto de 1939 F. D. Roosevelt, presidente de
Estados Unidos, Casa Blanca, Washington, D.C.

Señor... se puede llegar a provocar una reacción nuclear en cadena en una gran masa de uranio, con lo cual se generaría un enorme poder y grandes cantidades de nuevos elementos radiactivos... y por este medio, mi querido señor presidente, sería posible desencadenar una inmensa fuerza destructiva.

ALBERT EINSTEIN

Capítulo 11

Después de cenar en el barco restaurante, Kate y yo nos fuimos a Orient Point, en el extremo oriental del North Fork de Long Island.

El cielo estaba parcialmente nublado, pero veía las estrellas, algo que raramente me sucede en Manhattan.

El North Fork es una lengua de tierra barrida por el viento, bastante bonita a su manera un tanto espartana, con Long Island Sound al norte, Gardiner's Bay al sur y el océano Atlántico al este.

Debido a que el agua que la rodea conserva el calor del verano, los otoños son muy cálidos para esta latitud. Este microclima, sumado quizá al calentamiento global en general, era la razón de que plantasen viñedos y la consiguiente avalancha turística que había cambiado el aspecto de esa tierra.

Durante mi infancia, veraneaba allí con mis padres, junto con otras atrevidas familias, menos pudientes que los que se podían permitir los Hampton o que específicamente querían evitar a la multitud de los Hampton.

Uno de esos atrevidos era Albert Einstein, que pasó el verano en un lugar llamado Nassau Point en 1939; y, dado que no había mucho que hacer, probablemente tenía mucho tiempo para pensar. Así que, un día, dada la insistencia de otros físicos, le escribió una carta a Franklin Roosevelt —la ahora llamada Carta de Nassau Point— en la que aconsejaba con gran énfasis al presidente que pusiese en marcha el proyecto de construir una bomba atómica antes de que los nazis construyesen la suya. El resto, como se suele decir, es historia.

A la vista del microclima y el calor reinante, le dije a Kate:

—Vamos a bañarnos desnudos.

Ella me miró.

—Es octubre, John —replicó.

—Tendríamos que aprovechar el calentamiento global antes que lo hagan todos los demás. Dentro de diez años, aquí habrá palmeras en lugar de viñedos, y miles de personas acudirán en octubre a broncearse al sol.

—Entonces volvamos dentro de diez años para darnos ese baño.

Continué en dirección este por la Carretera 25, una vieja vía de la época colonial, conocida antiguamente como Kings Highway cuando los británicos estaban al mando, antes de la revolución. A lo largo de la carretera se veían los acantilados al norte, con las antiguas casas blancas de madera y las casas nuevas de cedro y cristal. Realmente nunca he querido ser rico, pero de vez en cuando pienso en iniciar una nueva revolución para apropiarme de la casa de verano junto al mar de algún corredor de bolsa. Por supuesto, se la devolvería al cabo de unos pocos años, y todos nos

beneficiaríamos de la experiencia.

Ahora estábamos cerca de Orient Point, y delante teníamos la terminal del transbordador a New London, Connecticut, y, más allá, la zona restringida, donde un transbordador del gobierno atendía el servicio a Plum Island, donde se hallaba el ultrasecreto Centro de Enfermedades Animales.

Todo eso, lógicamente, me hizo pensar en el verano en que me recuperaba de las heridas de bala en ese lugar y me encontré metido en un curioso doble homicidio cuando en realidad se suponía que debía estar mirando cómo se cerraban mis agujeros de bala. También me involucré con una dama llamada Emma Whitestone, en la que todavía pienso muy a menudo.

Acabado el caso, también me involucré con una dama llamada Beth Penrose, que era la detective de homicidios de la policía del condado asignada a dicho caso —Beth precedió a Kate o quizá se solaparon un poco—, así que el caso de Plum Island y el nombre de Beth Penrose no se mencionan muy a menudo cuando Kate y yo hablamos de los antiguos casos.

Cuando trabajaba en esa investigación, también conocí al señor Ted Nash, de la Agencia Central de Inteligencia, encuentro que resultó tener una profunda influencia en mi vida, y se dio el caso de que también en la suya. Su vida acabó antes que la mía, así que él ya no piensa mucho en mí, aunque yo sí pienso en él de vez en cuando.

Por una de esas retorcidas vueltas del destino, Ted Nash conoció a Kate antes que yo, y creo que había algo entre los dos antes de que yo apareciese.

Por lo tanto, algunas veces tengo la fantasía de que Nash salió vivo del World Trade Center, y que él y yo nos encontraremos de nuevo. Luego, la fantasía continúa con una confrontación verbal que por supuesto yo gano, seguida de una confrontación física —nada de armas— en la que yo lo arrojo al vacío desde lo alto de un acantilado o un rascacielos; otras veces le parto el cuello y miro cómo agoniza.

—¿En qué piensas? —preguntó Kate.

Salí de mis felices ensoñaciones y respondí:

—En lo maravilloso y bello que es el mundo.

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Sé buena. Intento ponerme del humor adecuado para... lo que sea.

—Muy bien. Volvamos al hostel y hagamos el amor —sugirió ella.

De inmediato viré 180 grados sobre dos ruedas en la carretera desierta y apreté el acelerador a fondo.

—Aminora.

Levanté un poco el pie del pedal. Como dice el refrán: «Las mujeres necesitan una razón para el sexo; los hombres sólo necesitan un lugar». Así que, con ese espíritu, giré rápidamente hacia la izquierda en el cartel que decía: «Orient Beach State Park».

—¿Adónde vas?

—A un lugar romántico.

—John, volvamos al hostel...

—Esto queda más cerca.

—Venga, John. No me gusta hacerlo al aire libre.

A mí no me importaba dónde siempre que lo hiciese, y mi misil de bolsillo había apuntado claramente a esa carretera.

Continué por el oscuro y estrecho camino bordeado de juncos a lo largo de la alargada península. La senda se ensanchó, vi una abertura en la vegetación a la izquierda y tomé un sendero que llegaba hasta el agua. Puse tracción en las cuatro ruedas y continué por un terreno pantanoso hasta llegar a una pequeña playa de arena, en Gardiner's Bay.

Apagué el motor, salimos del *jeep*, nos quitamos los zapatos y los calcetines y caminamos hasta la orilla.

Al este, nos quedaba la misteriosa costa de Plum Island, y al sur, Gardiner's Island, que era propiedad de la familia Gardiner desde el siglo XVI, y donde, supuestamente, el capitán Kidd enterró su tesoro, cosa que puede ser cierta, aunque los Gardiner no sueltan prenda.

Más al sur, al otro lado de la bahía, se veían las luces de los Hampton, donde los residentes veraniegos poseen más riquezas de las que podría soñar conseguir cualquier pirata en toda una vida de pillajes y saqueos.

Pero me aparto del tema principal, que era mi extraordinaria calentura.

—Vamos a bañarnos desnudos. —Me quité la chaqueta y la arrojé en la arena.

Kate metió la punta del pie en el agua.

—Está fría.

—Está más caliente que el aire. —Me quité la camisa y los pantalones—. Venga. —Me quité los calzoncillos y entré en el agua. ¡Joder! Mi pene se convirtió en un fideo congelado.

Kate lo vio.

—Quizá sí necesitabas enfriarte. —Me empujó—. Adelante, Tarzán.

Bueno, había sido idea mía, así que, con el recuerdo del baño del Club del Oso Polar de todos los eneros en el océano Atlántico, en Coney Island, solté un alarido escalofriante, me lancé a la carga y me zambullí.

Creo que mi corazón se detuvo y, desde luego, mis testículos corrieron a esconderse en la entrepierna, mientras que mi antes erecto miembro se encogía hasta alcanzar el tamaño de una coma de una guía de teléfonos.

Permanecí sumergido tanto como pude, luego asomé la cabeza y pataleé en el agua para mantenerme a flote. Le grité a Kate:

—¡Está muy buena una vez que estás dentro!

—Vale, pues quédate ahí. Yo me voy al hostel. ¡Adiós!

—¡Creía que las tías del FBI eran duras! ¡Cobardica!

—Eres un idiota. Sal de una vez antes de que te mueras congelado.

—Vale... oh... Jesús... Un calambre... —Me hundí, asomé la cabeza, escupí agua y grité—: ¡Socorro!

—¿Es una broma?

—¡Socorro!

La oí decir: «Maldita sea». O quizá dijo: «Muérete». Se quitó la ropa, inspiró profundamente, entró en el agua hasta la cintura, luego se zambulló y comenzó a nadar hacia mí.

Me llené los pulmones a fondo y floté de espaldas, contemplando el magnífico cielo nocturno. Creo que vi la constelación de Pegaso entre las nubes pasajeras.

Kate llegó a mi lado y se quedó flotando a un par de pasos.

—¡Gilipollas!

—¿Perdona?

—Si no te estás ahogando ahora, lo estarás en un puñetero medio minuto a partir de ya.

—No he dicho que me estuviese ahogando —puntalicé—. Mola de espaldas. Te mostraré Pegaso.

—No me puedo creer que hayas sido capaz de hacerme esto. Me estoy helando.

—El agua está más caliente...

Apoyó una mano en mi rostro y me hundió la cabeza. Me mantuve ahí un buen rato.

Nadé por debajo del agua y me acerqué a Kate por detrás. Tenía su precioso culo desnudo directamente delante de mí; ¿cómo resistir darle un pequeño mordisco de amor en una nalga?

Salió disparada y, cuando asomé a la superficie, estaba nadando en círculos, con la mirada fija en el agua.

—Acabo de morderle el culo a un tiburón blanco —le dije.

Se volvió hacia mí y me soltó una sarta de palabras que no sonaban muy agradables. Así y todo, alcancé a oír: «Maldito imbécil».

Bueno, se habían acabado los preliminares.

—Voy a salir. ¿Te quedas?

No me respondió, pero se dirigió a la playa con un impecable estilo crol.

Era rápida, pero la alcancé, y disputamos una carrera hasta la playa. Creo que ambos somos muy competitivos, y eso es lo que hace que nuestra relación sea tan interesante. Además, uno de nosotros es un idiota inmaduro y el otro no, con lo que más o menos nos complementamos, como un babuino macho alfa y su entrenadora.

En cualquier caso, me pareció que Kate estaba un poco enfadada conmigo, así que le dejé ganar; cuando pisé la playa, ella se estaba secando con mi pantalón y la americana.

Fuera del agua hacía mucho frío debido a la brisa, y me castañeteaban los dientes.

—Ha sido estimulante —comenté.

Silencio absoluto.

Intenté otro camino.

—Chica, eres una nadadora de primera. ¿Quieres follar?

Recogía sus ropas de la arena y no pareció oírme.

—¿Kate? ¿Hola?

Se volvió hacia mí.

—En toda mi vida había estado con un hombre tan infantil, tan absolutamente estúpido, imbécil, tarado, insensato...

—Vaya, así que ni pensar en una mamada —la interrumpí.

—¿Una qué? ¿Estás de coña?

—Bueno... creía que había...

—No me hables.

—Vale.

Así que nos quedamos en la pequeña playa, desnudos, y la verdad es que se la veía estupenda, a pesar del pelo empapado y los labios azules. Kate tiene uno de esos cuerpos increíblemente atléticos y al mismo tiempo voluptuosos, con unos pechos que desafían las leyes de la gravedad y un vientre plano y firme como la barra de un bar, además de unas piernas largas que son las mejores que he visto, incluidas las mías, y un mechón de pelo púbico rubio que me enloquece. En cuanto a su culo, es tan firme que apenas puedo morderlo.

Ella también me miraba, y sabía que comenzaba a calentarse un poco a pesar de la temperatura del aire. Nos sentimos realmente atraídos físicamente, y funcionamos muy bien en lo sexual, así que, incluso cuando no me habla, que suele ser unas dos veces por semana, aún podemos hacer el amor. Para ser sincero, a veces lo prefiero de esa manera.

El caso es que yo hice el primer movimiento y ella titubeó; después dejó caer las prendas y dio un paso hacia mí.

Sentí que un poco de sangre caliente comenzaba a llegar a mi arrugada polla.

Nos detuvimos cara a cara y después tendimos las manos y comenzamos a acariciarnos el uno al otro. La cosa se animó un poco más, y entonces ella me la sujetó y dijo:

—Quema.

Yo metí los dedos entre sus piernas.

—Aquí también quema.

Ahora estábamos calientes como ascuas, una nueva demostración de que, cuando tienes un desacuerdo con tu pareja, lo mejor es olvidarse de la conversación y pasar al sexo.

Nos acercamos un poco más, y sentí sus tetas contra mi pecho, y sus muslos contra los míos, y sus manos en mi culo, para acercarme más.

Me dejé caer de rodillas y besé su mechón rubio, y ya me disponía a tumbarme de espaldas para que ella pudiese ponerse encima, cuando se volvió bruscamente y dijo:

—Bésame donde me has mordido.

Vale. No recordaba dónde la había mordido, así que abarqué todo el campo.

Luego se volvió de nuevo y exigió:

—Dime que lo sientes.

De modo que, todavía de rodillas, dije:

—Lo siento.

—Bésame los dedos de los pies.

Vale, de acuerdo. Le besé los dedos cubiertos de arena.

—Túmbate de espaldas.

Lo hice sobre la arena.

Kate se arrodilló entre mis piernas y me sujetó la polla.

—A este chiquitín le hace falta un masaje —comentó. Apoyó la otra mano en mi escroto—. ¿Adónde se ha ido?

—A algún lugar caliente.

Metió la cabeza en mi entrepierna y, en cuestión de minutos, los testículos A y B habían vuelto a la posición correcta, y mi rabo, bien erguido, señalaba hacia Pegaso.

Kate se colocó sobre mí, se acomodó y comenzó a mover las caderas a su propio ritmo, hasta que tuvo uno de sus muy intensos orgasmos.

Se levantó y comenzó a vestirse.

Me sentí un tanto utilizado.

—Creo que te olvidas de mí.

Ella sacudió el sujetador para quitarle la arena.

—Eres mucho más agradable conmigo cuando estás caliente.

—No, si quieres saber la verdad, soy muy malo cuando estoy caliente.

Kate sonrió.

—Al contrario, eres un cachorrillo.

—Estoy casi a punto. —Me senté—. Sólo necesito un minuto de tu tiempo.

Se puso la falda y el jersey.

—Si puedes esperar a que nos demos una buena ducha caliente, haré que haya valido la pena esperar.

—Hecho. —Me levanté de un salto y me vestí con las prendas húmedas.

Volvimos al *jeep*, y Kate puso la calefacción al máximo.

Salimos del parque estatal rumbo al oeste, de regreso al *hostal*.

—Si pillo una neumonía, tú tendrás la culpa.

—Lo sé. Lo siento.

—De verdad, creía que me había mordido un tiburón.

—Lo sé. Ha sido una estupidez. Lo siento.

—Tampoco debes fingir nunca, pero nunca, que te ahogas.

—Sé que es imperdonable. Lo siento.

—Eres un imbécil.

—Lo sé. ¿Quieres follar?

Se echó a reír.

Así que circulamos por la carretera solitaria cogidos de la mano y escuchando una emisora de Connecticut donde sonaban Johnny Mathis, Nat King Colé y Ella Fitzgerald.

Llegamos al hostel y la puñetera llave no quería girar. Cuando ya me disponía a derribar la puerta a puntapiés, Kate consiguió abrir y corrimos escaleras arriba, como dos adolescentes que acaban de descubrir el sexo una hora antes.

Nota final: la ducha caliente fue mucho más agradable que la fría bahía, y Kate, fiel a su palabra, hizo que hubiese valido la pena esperar.

Sexta parte

Sábado

En el norte del estado de Nueva York

Estados Unidos, con la colaboración de los judíos, es el líder de la corrupción y la pérdida de los valores, tanto morales como ideológicos, políticos o económicos. Propaga la abominación y el libertinaje entre la gente con la vulgaridad de sus medios de comunicación.

SULEIMAN ABU GHAITH
Portavoz de Osama bin Laden

Capítulo 12

Los miembros de la junta ejecutiva y Harry Muller permanecieron en silencio mientras Bain Madox ordenaba sus pensamientos.

—Primero, debemos establecer un marco horario —comenzó—. Las maletas bomba —señaló la que allí estaba— necesitan un mantenimiento periódico para asegurar la detonación y el máximo alcance. Es algo bastante complejo relacionado con el núcleo de plutonio, pero la buena noticia es que tengo a mi servicio un físico nuclear que se ha ocupado de realizar esta función. El nombre del caballero es Mijaíl, un ruso que trabaja en Estados Unidos. Lo he llamado, y llegará aquí mañana en algún momento. Por la noche, si no hay ningún problema, los artefactos estarán operativos.

—¿Mijaíl sabe algo del Proyecto Verde o del Wild Fire? —preguntó Scott Landsdale.

—Por supuesto que no —respondió Madox—. Cree que las bombas serán colocadas en ciudades de Oriente Medio, algo que para él tiene sentido, y eso es todo lo que necesita saber.

—¿Dónde está ahora?

—Vive en la Costa Este y trabaja para una universidad norteamericana. Eso es todo lo que tú necesitas saber de él. Él ya está enterado de que esto es urgente. —Madox sonrió—. A cincuenta mil dólares la visita, créanme, llegará lo antes posible.

—¿Tú confías en ese tipo? —preguntó Landsdale.

—En absoluto. Pero le ofrecí un millón de dólares siempre y cuando las bombas exploten. Prorratedos, por supuesto, dependiendo de cuántas estallen y del alcance que tengan. Mijaíl tiene un buen incentivo.

—¿Cómo crees que reaccionará cuando las bombas estallen en ciudades norteamericanas y no en Oriente Medio? —quiso saber Landsdale.

—No tengo idea. ¿Acaso importa?

—¿Qué pasará con él después de las explosiones?

—Haces muchas preguntas, Scott —opinó Madox.

—Me preocupa mucho la seguridad. Me inquieta pensar que Mijaíl se tome alguna copa de vodka de más y le cuente a alguien que, en sus ratos libres, se ocupa del mantenimiento de artefactos nucleares en el Club Custer Hill.

—No tengo la intención de permitir que eso ocurra.

—¿Eso significa que te ocuparás de Mijaíl?

Madox miró a los otros tres miembros de la junta y luego respondió:

—No te preocupes por eso.

Harry Muller escuchó cómo los caballeros comentaban el asesinato de un testigo.

Si pensaban cargarse a Mijaíl, que sólo conocía una pequeña parte de todo aquello, entonces él, Harry Muller, no tenía muchas probabilidades de salir vivo de allí; aunque sabía que esas probabilidades habían sido nulas desde el primer momento.

—Obviamente —prosiguió Madox—, todo esto se está acelerando a raíz de la inesperada visita del detective Muller, pero no veo ninguna razón para que no podamos tener el Proyecto Verde a punto dentro de los próximos días. —Miró a Landsdale—. De hecho, caballeros, nos han forzado a ello, y ahora no tenemos más remedio que seguir adelante.

—Bain, estoy pensando —dijo Paul Dunn, el consejero presidencial— que tal vez podríamos ocultar los artefactos nucleares hasta un momento más oportuno...

—El momento es ahora, Paul. Por informaciones recientes, tengo entendido que algunas personas del gobierno comienzan a sospechar algo, por lo que tenemos que seguir con lo nuestro antes de que se presenten aquí. Las bombas tienen que estar en su lugar de destino dentro de uno o dos días, y para entonces tú tienes que estar de regreso en Washington, cerca del presidente, de forma tal que, cuando nosotros pongamos en marcha el Proyecto Verde, él inicie el Wild Fire. ¿Cuál es la agenda del presidente para el lunes y martes?

Dunn consultó la hoja que tenía delante.

—El lunes estará en la Casa Blanca por la mañana, el Columbus Day, y luego vuela a Dearborn, en Michigan; llegará al aeropuerto internacional de Oakland County sobre las tres y media. Como ya sabes, faltan menos de tres semanas para las elecciones, así que el presidente pronunciará un discurso de apoyo Dick Posthumus para gobernador de Michigan. Luego se trasladará al Ritz-Carlton, en Dearborn, donde hablará en una cena de apoyo a Thaddeus McCotter, candidato al Congreso por aquel distrito. Acabado este acto, se subirá al Air Force One y llegará a la base aérea de Andrews alrededor de las diez. Desde allí, se trasladará en helicóptero a la Casa Blanca, y descenderá en el jardín sur alrededor de las diez y media.

Madox pensó durante unos momentos en esa información.

—El lunes, Columbus Day, podría ser el día en que los terroristas islámicos decidiesen detonar sus artefactos nucleares en las ciudades norteamericanas.

—Bain, por múltiples razones, un día de fiesta no es el mejor para hacerlo —objetó Dunn—. Y, por otra parte, ni Ed ni yo estaremos con el presidente mientras esté de gira, y Scott tampoco estará en la Casa Blanca. —Miró a Landsdale para que lo confirmase.

—El lunes tengo una salida campestre de la compañía y un partido de softbol.

Madox se echó a reír.

—Muy bien, entonces tendremos que posponer el ataque nuclear a Estados Unidos. —Se volvió hacia Edward Wolffer—. Quizá necesitemos alguna información del JEEP que nos ayude a tomar la decisión.

Wolffer aceptó el envite.

—Probablemente todos conocen algunos detalles del JEEP, el Joint Emergency

Evacuation Plan. Durante la Guerra Fría, ese plan de evacuación disponía que el presidente y un selecto grupo de líderes políticos y militares fuesen trasladados lo más rápido posible, por tierra o aire, a Andrews o al aeropuerto más cercano al lugar donde estuviese el presidente; ese procedimiento no ha cambiado. En el aeropuerto designado habrá un avión E-4B listo para el despegue inmediato. Este aparato recibe el nombre de National Emergency Airbone Command Post, NECAP, Kneecap es su nombre en clave, y a veces se lo denomina el Avión del Juicio Final.

Wolffer hizo una pausa para mirar a los demás.

—Por supuesto, el presidente llevará el maletín nuclear con él, y puede ordenar un ataque de represalia desde el puesto de mando en vuelo. Pero hay una variación en el JEEP y el Kneecap introducida después del 11-S, y que se activa cuando el ataque a Estados Unidos no es con misiles balísticos intercontinentales. Si se determina que el ataque es obra de los terroristas, entonces se asume que no disponemos de los diez o quince minutos de aviso que nos daría un misil y que un artefacto nuclear oculto podría detonar en Washington en cualquier momento. Por lo tanto, en ese caso, la respuesta es otra: el presidente debe subir cuanto antes al helicóptero de la infantería de marina que hay en el jardín de la Casa Blanca, que lo llevará a un lugar seguro, muy lejos de Washington, que, por supuesto, es un posible objetivo terrorista.

—Todos sabemos que, por razones obvias de supervivencia nacional, no es una de las ciudades de nuestra lista de objetivos —manifestó Madox, con una sonrisa—. Por no mencionar que ustedes, caballeros, estarán allí a la hora cero. Quedarán todos como unos héroes al permanecer en sus puestos durante el pánico y el caos que seguirá a las explosiones nucleares. A vosotros tres, Ed, Paul y Scott, os tocará influir en los acontecimientos.

—En realidad ya lo hemos hecho —declaró Wolffer— al insistir en este cambio en el JEEP. El helicóptero cuenta con un equipo del nivel del Air Force One o del E-4B para manejar grandes volúmenes de comunicación o ciertos tipos de mensajes cifrados, así que el tiempo entre el ataque y la respuesta será consumido en gran parte por los procedimientos de evacuación, y es menos probable que el presidente reciba algún mensaje o consejos adversos que pudiesen llevarle a reconsiderar el Wild Fire. El tiempo que el presidente pasa en el aire es siempre un período en el que el mando, el control y la comunicación distan de ser ideales.

—Para nosotros del todo ideales —señaló Madox. Le preguntó a Paul Dunn—: ¿Qué tal pinta la agenda del presidente para el martes?

—Estará en la Casa Blanca todo el día —contestó Dunn—. A las dos de la tarde inaugurará una conferencia sobre vivienda para minorías. El resto del día lo pasará en el Despacho Oval. Cenará con sus amigos, algunos invitados especiales y la primera dama. Scott tendrá que trabajar hasta tarde en su despacho del Ala Oeste y Ed deberá permanecer lo más cerca posible del secretario de Defensa durante toda la jornada. Jim deberá quedarse en el Pentágono, para seguir los movimientos de los jefes del Estado Mayor. Yo cenaré en la Casa Blanca.

Bain Madox, absorto en sus pensamientos, tardó unos segundos en reaccionar.

—Muy bien. El martes parece ser el mejor día para poner en marcha el Proyecto Verde. Eso nos da un amplio margen para ocuparnos de lo que queda pendiente. Primero, tiene que llegar Mijaíl, y quizá necesite algo de tiempo para poner a punto los artefactos. Segundo, necesito asegurarme de que mis aviones estén aquí y listos para volar. Tercero, debo tener revisados y en marcha los generadores diesel para el suministro eléctrico de la antena ELF. Luego tendré que ocuparme yo mismo de revisar el transmisor ELF, y después quedará la logística de los dos vuelos a las ciudades designadas.

Harry escuchaba a Madox, pero no tenía muy claro de qué estaba hablando, aunque todos los demás sí parecían saberlo.

—Así pues, digamos que el martes antes del anochecer. Sé que el presidente se retira temprano, y no quiero que lo saquen de la cama y lo hagan subir al helicóptero en pijama. —Sonrió—. Digamos algún momento durante la cena, cuando Paul y la primera dama estarán con él, cosa que hará la evacuación en helicóptero mucho más fácil para todos. Yo decidiré la hora exacta y se la transmitiré a Scott y Ed, que estarán trabajando hasta tarde en sus despachos. —Miró al general Hawkins—. Tú, Jim, también trabajarás hasta tarde en el Pentágono.

El militar asintió.

—Por lo tanto, caballeros, el Nuevo Mundo comienza el martes por la tarde: tres días y unas tres horas a partir de este momento —dijo Madox—. Os mantendréis en contacto. Tú, Scott, calmarás la situación con el anuncio de que dispones de una información confirmada de que no habrá más ataques fuera de los ya producidos en las dos ciudades.

—Haré todo lo posible —prometió Landsdale—, pero no son muchos los que creen a la CIA en estos tiempos.

—La Casa Blanca os ha creído en eso de las armas de destrucción masiva en Irak, cosa que, por cierto, yo no me creo.

Landsdale aceptó el comentario con una sonrisa.

—Puede que sí, puede que no. En cualquier caso, después del Wild Fire, será algo superfluo, lo cual estará muy bien para todos.

Madox asintió, y, una vez más, se volvió hacia Wolffer.

—¿Cuál es el proceso de puesta en marcha del Wild Fire? ¿Nos lo puedes explicar?

—Después de recibir el informe y la confirmación de que una o varias ciudades norteamericanas han sido atacadas con un arma de destrucción masiva, en este caso nuclear, el secretario de Defensa envía un mensaje cifrado a Colorado Springs que dice sencillamente «Wild Fire en marcha», seguido por el nivel de respuesta: la lista A, o las listas A y B. —Miró a los presentes—. Si la ciudad destruida es Washington, o no hay mensaje del secretario de Defensa o del presidente, entonces el Wild Fire se pone en marcha automáticamente.

Nadie hizo ningún comentario, así que Wolffer continuó con la explicación.

—Los protocolos y salvaguardias son similares a los aplicados en la MAD, y, aunque el Wild Fire no tiene el mismo nivel de respuesta instantánea que la MAD, éste es uno de esos casos excepcionales en los que prevalece el sentido común. En otras palabras, tan pronto como los que están en Colorado Springs sepan, por cualquier fuente fiable, que una ciudad norteamericana ha sido atacada con un artefacto nuclear, enviarán un mensaje cifrado a los silos de misiles designados como puntos de respuesta del Wild Fire y al comando de Operaciones Navales en Norfolk y Pearl Harbor, que se comunicarán con las flotas de submarinos. Los silos y los submarinos recibirán la orden de prelanzamiento. El Wild Fire tiene un intervalo de treinta minutos entre el prelanzamiento y el disparo. —Wolffer miró a cada uno de los hombres—. Durante ese tiempo, los de Colorado Springs esperarán cualquier mensaje cifrado del presidente que pueda modificar o cancelar el lanzamiento.

—Creía que el presidente no podía cancelar la respuesta del Wild Fire.

—Puede hacerlo, pero sólo si tiene pruebas abrumadoras de que el ataque nuclear no ha sido obra de los terroristas islámicos. Sólo dispone de treinta minutos para obtenerlas, y si está en un helicóptero que se dirige a un lugar seguro, es poco probable que reciba dicha información. Como hemos comentado antes, hay una fuerte presunción de culpabilidad contra los terroristas islámicos, sobre todo después del 11-S. Estos artefactos nucleares tienen las huellas dactilares de Al Qaeda. A falta de cualquier otra prueba, como podría ser un ataque iniciado por Corea del Norte, por ejemplo, o la muy increíble de que fuese obra de algún grupo doméstico enterado de la existencia del Wild Fire —sonrió—, la represalia apuntará a la tierra del islam. En efecto, disparamos primero y preguntamos después. Aun si estuviésemos equivocados en cuanto al origen del ataque, habríamos conseguido una meta digna.

—Por lo que me ha dicho Paul, tengo entendido que este presidente no intentará cancelar el Wild Fire —señaló Madox.

—El presidente fue nuevamente informado del Wild Fire inmediatamente después del 11-S —manifestó Paul Dunn—, y de nuevo hace muy poco, al cumplirse el primer aniversario. Parece satisfacerlo y comprende que no se le pide que haga nada en absoluto.

—Si Colorado Springs no tiene noticias del presidente al cabo de treinta minutos —dijo Wolffer—, el silencio equivale a una orden de lanzamiento. Por lo tanto, digamos que una hora después del ataque nuclear contra Estados Unidos habremos conseguido eliminar a los responsables con nuestro arsenal atómico.

—Espero que no —exclamó Landsdale—. *Nosotros* somos los responsables.

Madox no pareció verle la gracia.

—No, Scott, los extremistas islámicos son los únicos responsables de la destrucción de sus países. Han estado jugando con nosotros durante demasiado tiempo, y si juegas con fuego, acabas teniendo quemaduras producidas por la radiación.

—Por lo que a mí respecta, perfecto —dijo Landsdale—. ¿Cuál es la logística para llevar las bombas al lugar que les corresponde?

—Tengo dos aviones Citation, que, desafortunadamente, no están aquí todavía —respondió Madox—, pero he llamado a los pilotos, y los aparatos ya vuelan hacia el aeropuerto regional de Adirondack. En algún momento de mañana, o el lunes a más tardar, cuando Mijaíl me diga que las bombas están activas, las tripulaciones llevarán las maletas en dos *jeeps* al aeropuerto y las cargarán a bordo de mis dos aviones. —Madox miró la maleta negra—. Las llaman maletas bomba, pero, como ven, no se parecen en nada a los productos de American Tourister o Samsonite, así que, antes de salir a la calle, las colocaremos en baúles cerrados con candados de acero. Luego, las tripulaciones volarán a dos ciudades diferentes, donde tomarán un taxi que los llevará con los baúles a los hoteles designados, y allí esperarán instrucciones.

—¿Puedes confiar en esos tipos? —preguntó Landsdale.

—Llevan años trabajando para mí, y son todos antiguos militares. Obedecen las órdenes.

—¿Se les avisará de cuándo deben abandonar sus habitaciones?

—Lamentablemente —respondió Madox—, todavía estarán en sus habitaciones cuando estallen las maletas. Como es obvio, no saben qué hay en ellas, pero sí saben que el contenido es valioso y que deben vigilarlas.

Harry Muller escuchaba todo esto. Había perdido la cuenta de los cadáveres hacía rato, pero sabía que sus probabilidades de salir de allí con vida acababa de bajar varios puntos bajo cero.

Tensó los grilletes, y después pisó la cadena con un pie. Comprendió que no podría romperlos, pero tenía las manos libres, y si ninguno de aquellos hombres iba armado, quizá pudiese escapar. Harry miró disimuladamente hacia la puerta y luego las ventanas ocultas por las cortinas.

—¿Le aburrimos? —preguntó Madox, que se dio cuenta de sus miradas—. ¿Tiene que ir a alguna parte?

—Que lo follen —respondió Harry.

—Bain, ya no necesitamos que siga aquí, si es que lo necesitamos alguna vez —dijo Dunn.

—Creo que éste es el mejor lugar por ahora para el señor Muller —replicó Madox—. No queremos que hable con los guardias y los inquiete con tonterías sobre bombas atómicas. —Miró a Muller, y añadió—: He pedido que traigan un sedante. El señor Muller tiene que dormir hasta el martes.

Nadie respondió, excepto Harry, que les espetó a los otros cuatro:

—Este malnacido va a matarme. ¿Lo entienden o no?

Nadie abrió la boca ni miró a Harry, con excepción de Scott Landsdale, que le dio unas palmaditas en el hombro y dijo:

—Nadie le hará ningún daño.

Harry apartó el brazo de Landsdale.

—Son todos unos malditos asesinos.

—Harry, se está poniendo nervioso sin ningún motivo —señaló Madox—. Quizá necesite el sedante ahora mismo, o tal vez prefiera callarse y escuchar el resto. —Harry no contestó—. Como iba diciendo, los pilotos y copilotos permanecerán en sus puestos, y en algún momento del martes, cuando Paul me diga que el presidente y la primera dama están cenando en la Casa Blanca, activaré el transmisor ELF y enviaré la señal en código que detonará los cuatro artefactos nucleares. En el momento en que el presidente acabe la ensalada habrá recibido ya la terrible noticia y comenzará la cuenta atrás del Wild Fire mientras el presidente y la primera dama vuelan en helicóptero hacia un lugar seguro. ¿Alguno de vosotros ha sido elegido para ser evacuado con ellos?

—Yo, pero sólo si estoy cerca —le informó Dunn.

—Pues no me parece que se pueda estar más cerca que en la misma mesa —opinó Madox.

El general Hawkins carraspeó antes de participar en la conversación. Se dirigió a Madox.

—Sé que ya discutimos una vez la colocación de los artefactos nucleares, pero ahora que ha llegado el momento me gustaría saber con claridad qué tienes en mente. Has mencionado dos ciudades, sin embargo, tenemos cuatro bombas.

—Como ya he dicho, éstas son bombas de corto alcance, y quizá no tan fiables como quisiéramos. Así que, después de consultarlo con Mijaíl, el plan es colocar dos maletas en cada una de las ciudades. De esta manera, si una no detona, siempre nos quedará la otra. Si ambas detonan con el máximo de potencia, entonces tendremos una explosión mucho más espectacular. —Miro a los presentes—. Así pues, si elegimos por ejemplo San Francisco como una de las ciudades, el piloto se aloja en un hotel con una maleta y el copiloto en otro hotel cercano con la segunda maleta. De esta manera, tenemos dos zonas cero que estarán cada una dentro del radio de destrucción total de la otra, de forma tal que, si sólo estalla un artefacto, borrará el hotel de la otra. Esto es importante, porque de esa manera no encontrarán una maleta bomba y a un piloto aturdido en una habitación, cosa que les daría una pista que los conduciría hasta mí. En otras palabras, una sola explosión destruirá las pruebas de una posible bomba fallida. Si no estallase ninguno de los dos artefactos, entonces llamaría a mis pilotos con nuevas instrucciones.

—¿Exactamente hasta qué punto son fiables estos artefactos?

—Mijaíl me ha asegurado que cada uno es fiable en más de un noventa por ciento en cuanto a la detonación. Respecto a su máximo poder, no lo sabremos hasta que detonen. Como ya he dicho, son viejas, de la cosecha de 1997, y debido a que son bombas en miniatura son mucho más sofisticadas y complejas que, pongamos, una cabeza nuclear de un megatón. Pero Mijaíl se ha encargado del mantenimiento, y afirma que el diseño es bueno, y que el mecanismo detonador y el núcleo de plutonio están en excelentes condiciones.

—La fabricación de armas, especialmente las nucleares, es algo en lo que los soviéticos descollaron —comentó el general Hawkins. Sonrió—. Durante la Guerra Fría, solíamos decir que no debíamos preocuparnos por las maletas bomba soviéticas, porque los rusos no disponían de la tecnología necesaria como para fabricar maletas.

Los demás celebraron el comentario con unas risas corteses. Madox miró la maleta.

—Sí que parece más bien de baratillo. —Se rió, y de nuevo miró a cada uno de los presentes—. Ahora ha llegado el momento de tomar la decisión más difícil de todas, la que nunca hemos discutido realmente a fondo: ¿qué dos ciudades norteamericanas deben ser sacrificadas para que Estados Unidos y el mundo se vean libres del terror islámico? ¿Caballeros?

Capítulo 13

Bain Madox pulsó un botón en la consola y desapareció de la pantalla el mapa del mundo islámico. Fue reemplazado por el de Estados Unidos.

—Olvidaos de que sois norteamericanos —dijo—. Poneos en la mente de un terrorista islámico. Podéis destruir dos ciudades norteamericanas. ¿Cuáles son las dos que más complacerían a Alá?

Madox hizo una pausa para encender un cigarrillo y contempló cómo el humo pasaba por delante de la imagen del mapa de Estados Unidos.

—Muy bien, empezaré yo. Si fuese un terrorista islámico, mi primera y segunda elección serían de nuevo Nueva York y Washington. Pero como no soy realmente un terrorista islámico, Washington no está en nuestra lista. Tampoco Nueva York debido a la Bolsa y a su vital importancia para la economía mundial, además del hecho de que creo que todos, incluido el señor Muller, tenemos amigos y familiares ahí.

—No olvides tu apartamento en Park Avenue, Bain —señaló Landsdale.

—Scott, tengo bienes en muchas otras ciudades. Eso no entra en consideración. La única cosa a tener en cuenta son los seres queridos de las ciudades que escojamos. Si es necesario, quizá tengamos que sacar a algunas personas de la ciudad designada con algún pretexto. Pero ya cruzaremos ese puente si se plantea el caso.

—¿Dónde vive tu exesposa? —preguntó Landsdale.

—En Palm Beach —respondió Madox con tono de enfado—. No es precisamente un objetivo que pudiese escoger un terrorista islámico para destruirlo.

—Si yo tuviese que pagar la pensión que tú pagas —replicó Landsdale con una sonrisa—, puedes estar seguro de que lo pensaría con detenimiento.

—Creo que debemos eliminar de la posible lista de objetivos todas las ciudades de la Costa Este —señaló Madox—. Una detonación nuclear en cualquier lugar a lo largo del corredor Boston-Baltimore tendría serias consecuencias para la economía nacional, cosa que debemos evitar. Por el otro lado, como he dicho, tenemos que crear la ilusión de que se trata de un ataque islámico.

Harry Muller escuchó en silencio mientras los cinco hombres hablaban de las dos ciudades norteamericanas que serían víctimas de una explosión nuclear. A medida que analizaban los pros y los contras, comenzaron a sonar como unos empresarios que discuten qué fábrica cerrar. Todo parecía tan absolutamente irreal que el propio Harry comenzó a olvidar cuál era el tema.

—Opino que debemos considerar muy en serio Detroit —afirmó Bain Madox—. La ciudad ya está muerta, tiene una gran población musulmana y está pegada a Canadá, que se ha convertido en un molesto grano pacifista y socialista en nuestro culo. Ése podría ser un buen mensaje para nuestros aliados canadienses.

—Puede que Detroit ocupe un lugar destacado en nuestra lista —intervino Edward Wolffer—, pero por las mismas razones que acabas de señalar, Bain, no lo ocuparía en la lista de cualquier grupo terrorista islámico.

—Lo sé, pero es un objetivo tan tentador.

—Piensa como un terrorista musulmán —le aconsejó Landsdale—. Yo propongo Miami, que tiene una gran población judía. La ciudad tiene cierta importancia como puerto y destino turístico, pero nada del otro mundo. De paso, evitaríamos que volviera a repetirse todo aquel jaleo del recuento de votos en las próximas elecciones.

Paul Dunn esperó a que se apagasen las risas.

—Recordad que en Miami hay una gran población cubana que siempre ha dado su apoyo a... algunas de las políticas de esta administración. Nos será de gran ayuda cuando nos ocupemos del problema de Cuba.

Todos asintieron. El general Hawkins hizo su propuesta.

—Disney World. ¿No se han recibido amenazas islámicas contra Disney World? —Miró a los demás, que guardaban silencio—. Es un objetivo perfecto. Sin industria, carente de todo valor económico o militar. Lejos de los centros de población...

Bain Madox miró al general Hawkins casi con asombro.

—¿Estás sugiriendo que matemos al ratón Mickey?

Todos se rieron.

—¿Minnie, Goofy... quién más? Jim, eso es sencillamente muy cruel. Por no hablar de los niños. No somos monstruos.

Harry Muller no lo tenía tan claro. Sin embargo, aquellos tipos no encajaban con el perfil criminal de los psicópatas, sociópatas o, sencillamente, de los locos violentos. Eran tipos normales, educados y exitosos, con buenos trabajos, familias, amigos y personas que los miraban con respeto. Lo más cerca que podía llegar en su esfuerzo por entenderlos era compararlos con los hombres del IRA con los que había tratado. La mayoría normales, pero llenos de odio y fanáticos de su causa. Por eso no veían ningún mal en sus acciones; como aquel tipo al que había interrogado una vez, que pidió un bocadillo de atún porque era viernes de Cuaresma y en Belfast había matado a dos policías a sangre fría. Gente como ésa era mucho más temible que cualquier criminal de la calle. Bain Madox seguía hablando.

—Chicago también tiene una importancia vital para nuestra economía, y carece de un significado especial para un terrorista islámico. Dejemos de dar vueltas. Tengo tres excelentes candidatas: Los Ángeles, San Francisco y Las Vegas. Sodoma, Gomorra y... ¿qué?

—Babilonia —lo ayudó Landsdale.

—Gracias. Primera, San Francisco. Tiene una cierta importancia económica, pero lo contrarresta el hecho de que es una pústula infecta en el culo de Estados Unidos. Un semillero izquierdista lleno de desviaciones sexuales, de valores antinorteamericanos; contrarios a lo políticamente correcto, derrotistas y partidarios del apaciguamiento pacifista.

—¿Por qué no nos dices lo que de verdad crees de San Francisco? —se burló Landsdale.

Madox no hizo caso de la interrupción.

—¿Hay alguien aquí que pueda justificar no incluir San Francisco en la lista de objetivos?

—Yo —respondió Edward Wolffer—. Para empezar, mi hija vive allí, aunque puedo hacer que se vaya mañana mismo con la excusa de una enfermedad en la familia. Pero también, es... bueno, una ciudad arquitectónicamente muy bella. Creo que, en la nueva Norteamérica, San Francisco podría ser redimida o, si no, considerada como una curiosidad, algo así como un laboratorio social. Sería interesante ver cómo reaccionan allí ante la destrucción de dos ciudades norteamericanas, seguida por la desaparición de la mayor parte del mundo islámico.

Todos pensaron durante unos segundos en estas palabras. Madox les dio réplica:

—No me interesa su reacción o su redención. Me interesa mucho más su eliminación.

—Ésa es una actitud muy egoísta y retrógrada, Bain. Además, aquí no se trata de tu opinión personal sobre San Francisco, que nunca sería un objetivo prioritario para terroristas islámicos. Jamás ha habido amenazas específicas contra esa ciudad...

—¿Y por qué iba a haberlas? —lo interrumpió Madox—. Si yo fuese un terrorista islámico, un marxista o el mismísimo Osama bin Laden, el último lugar del mundo que se me ocurriría amenazar sería la amistosa ciudad de San Francisco.

—Mejor me lo pones —afirmó Wolffer—. Por eso mismo, esa ciudad no debe ser un objetivo.

Madox pareció recibir de mal grado que utilizarasen sus propios argumentos en su contra. Dio una palmada sobre la mesa.

—San Francisco entra en la lista —anunció.

—Bain, ¿presides la reunión o asumes el mando? —preguntó Landsdale.

—Me disculpo por mi actitud —dijo Madox—, pero no somos un comité gubernamental. Ésta es una reunión de una junta ejecutiva que debe adoptar unas decisiones rápidas, difíciles y definitivas. vuestras contribuciones son importantes, y vuestras acciones durante el martes serán fundamentales para el éxito del Wild Fire. Si bien es verdad que se necesita consenso, también necesitamos dirección y claridad. Como escribió Friedrich Nietzsche: «La forma más común de la estupidez humana es olvidar sus objetivos».

—Gracias —replicó Landsdale—, pero creo que sabemos cuál es nuestro objetivo: comenzar una guerra nuclear unilateral mediante la ficción de que hemos sido atacados. No es tan difícil. Si lo recordáis, fueron muchos en Desiertolandia los que nos acusaron de haber atacado nosotros el World Trade Center y el Pentágono para justificar una represalia contra ellos. Pillaron el concepto, aunque se equivocaron respecto al momento. Esta vez acertarán. Sin embargo, tenemos que escoger las ciudades correctas para que nadie, al menos durante unas pocas horas, crea que lo

hicimos nosotros para poder actuar contra ellos. Así que seamos racionales y astutos en cuanto a eso. —Sonrió—. Esto es lo que hubiese dicho Nietzsche.

Madox no le hizo el menor caso.

—Las otras dos ciudades a considerar son Los Ángeles y Las Vegas. Analicemos primero Los Ángeles. Es toda una potencia económica, pero la ciudad es tan enorme que no creo que dos artefactos nucleares de cinco kilotones puedan causar más daño o trastorno que cualquiera de sus habituales terremotos o disturbios raciales. Por lo tanto, preferiría centrarme en la zona de Hollywood y Beverly Hills. ¿Necesito exponer mis razones?

—Creo que ahí estamos todos de acuerdo —manifestó el general Hawkins.

—Tened presente —prosiguió Madox— que ya se han recibido amenazas muy específicas y hay declaraciones públicas hechas por yihadistas islámicos contra Hollywood. Parecen creer que ese lugar es una letrina de corrupción moral. No es una opinión muy liberal, y me da vergüenza admitir que estoy de acuerdo con ellos.

Algunos se rieron. Madox consultó unas notas.

—Un caballero llamado Suleiman Abu Ghaith, un portavoz oficial de Bin Laden, dijo: «Estados Unidos, con la colaboración de los judíos, es el líder de la corrupción y la pérdida de los valores, tanto morales como ideológicos, políticos o económicos. Propaga la abominación y el libertinaje entre la gente con la vulgaridad de sus medios de comunicación». Quizá se haya perdido algo en la traducción, pero creo que se refería a Hollywood.

De nuevo se oyeron algunas risas.

Madox apretó unas cuantas teclas, y el plano de Los Ángeles apareció en la pantalla.

—Se trata de una enorme zona urbana, y si nos centramos en Hollywood —amplió una sección del plano— y Beverly Hills, vemos que los radios de la explosión de nuestras dos bombas apenas se tocan. Eso conlleva el problema de que puedan descubrirnos si uno de los artefactos no detona. Pero me parece que en este caso debemos aceptar el riesgo, porque la recompensa es muy grande.

—Creo que, hagamos lo que hagamos, acabarán por pillarnos —manifestó Paul Dunn—. Bain, tendremos una o dos zonas cero que podrán ser identificadas como hoteles y, en algún momento, el FBI obtendrá una lista de todos los que estaban alojados en ellos. En su momento, las listas de huéspedes de los cuatro hoteles mostrarán los nombres de tus cuatro pilotos, y las investigaciones posteriores sacarán a la luz sus planes de vuelo y el aterrizaje en los aeropuertos de dichas ciudades. No creo que el FBI o la CIA vayan a creer que se trata de una coincidencia.

Madox lo pensó unos instantes, y después se dirigió a Harry Mullen.

—¿Harry, cuál es su opinión?

—Creo que están locos de remate.

—Ya lo sabemos. Lo que busco es la opinión de un profesional. Por favor.

Harry titubeó, pero al final decidió responder.

—Si yo tuviese que investigar el caso, tardaría menos de una semana en averiguar todo eso. Comienzas por la escena del crimen, los hoteles identificados como las zonas cero, luego vas a las listas de huéspedes que están archivadas en un ordenador instalado en alguna otra parte y comienzas a estudiar las listas veinticuatro horas al día, siete días a la semana, hasta que algo comienza a conectar.

—¿Serviría de algo si mis pilotos se registran en los hoteles con nombres supuestos y tarjetas de crédito falsas?

—Sí... pero...

—Bien, ése es el plan, Harry. Ése es el plan, Paul. No soy tan estúpido.

Harry, con la intención de introducir alguna duda, preguntó:

—¿Será una coincidencia que tenga dos aviones en las ciudades bombardeadas y que le falten cuatro pilotos después de los ataques?

—¿Sabe cuántas coincidencias hubo en las Torres Gemelas? —replicó Madox—. Si con un millón de muertos existe riesgo de que lleguen a nosotros, ese riesgo es insignificante y aceptable. ¿Sabe por qué? Porque si el FBI viene a llamar a mi puerta, probablemente lo haga para felicitarme.

—Todos ustedes acabarán en la cárcel —afirmó Harry.

Madox no le prestó atención.

—Si el FBI, o alguien del gobierno, llega a la conclusión de que el Club Custer Hill tuvo algo que ver con esos ataques contra Estados Unidos que pusieron en marcha el Wild Fire, ¿cree que van a decírselo al mundo? ¿Qué dirán? «Lo siento, nos equivocamos». Seguido, por supuesto, de una manifestación de condolencia por los doscientos millones de musulmanes muertos y una sincera disculpa a los supervivientes, junto con la promesa de que no volverá a suceder.

Eso pareció tener mucho sentido para todos.

—Continuemos. He estudiado Los Ángeles y he decidido que los mejores hoteles para el piloto y el copiloto son el Beverly Wilshire, en Beverly Hills, y el Hollywood Roosevelt Hotel. Reservaré para ellos en cada hotel con una tarjeta de crédito falsa, y pediré una habitación en el último piso, que ofrece la mejor vista y, no por casualidad, la mejor altitud para la detonación. Además, cuanto más alto estás, menos probable es que algún equipo NEST detecte la presencia de rayos gamma o neutrones ambientales. —Miró a Harry—. ¿Correcto?

—Sí, pero no se preocupe, Bain. Usted mismo lo ha dicho, los equipos NEST no sirven para nada.

Landsdale fue el único que se rió.

Madox pareció estar a punto de decirle algo desagradable a Harry, sin embargo, prefirió continuar.

—Si mis cálculos son correctos, y los artefactos estallan a su máxima potencia, los anillos de destrucción tendrían que solaparse. La destrucción, ya sea completa o parcial, de Beverly Hills nos libraría de una considerable cantidad de actores y actrices sin talento, ejecutivos que cobran más de lo que pesan y otra serie de pijos

liberales. ¿Qué os parece eso?

—Espero que Demi Moore no viva en la zona —manifestó Landsdale.

—Te conseguiré un plano de Hollywood con las casas de todas las estrellas, Scott. Muy bien, la segunda área de destrucción, Hollywood, abarca varios estudios, incluidos los de la Paramount, Warner y ABC-TV. Como gratificación, también arrasaremos el Screen Actors Guild. Creo que durante un tiempo no veremos más que viejos DVD y reposiciones.

Algunos sonrieron cortésmente.

—Los Ángeles es una de las ciudades más importantes del país —señaló Paul Dunn—, con una población metropolitana de más de quince millones de habitantes. Si detonas dos artefactos nucleares para destruir Hollywood y Beverly Hills, provocarás el caos y el pánico en toda la ciudad. Millones de personas intentarán escapar, y los resultados serán catastróficos.

—Paul, siempre ves las cosas desde el pesimismo. Sé positivo. Piensa en esto como la solución al problema de los extranjeros indocumentados. Todos saben en qué dirección está México.

—Ése es un comentario racista —afirmó Dunn.

Madox mostró una falsa expresión de arrepentimiento.

—Lo siento mucho, y comprendo lo que quieres decir. La verdad es que soy propietario de una refinería de petróleo y depósitos en Los Ángeles Sur. Pero soy optimista, y creo que, dentro de un año, las cosas volverán a ser lo que allí consideran normal. Lo importante de verdad es que los islamistas quieren destruir Hollywood. Así que este objetivo entra en la lista.

Todos asintieron.

—Pasemos a Las Vegas. —Escribió una orden y una imagen aérea de Las Vegas de noche apareció en la pantalla—. Para mí, éste es el objetivo perfecto. Un antro de drogadictos, un sumidero de iniquidad, poblado de estafadores, ateos, pelanduscas...

—Para el carro —lo interrumpió Landsdale—. A algunos de nosotros nos gustan las pelanduscas.

—Te estoy dando el punto de vista de los islamistas. —Volvió al tema—. Ésta es una ciudad de una sola industria, y si bien he jugado en sus casinos, puedo encontrar otro lugar donde perder mi dinero. En cualquier caso, no veo ninguna pega en arrasarla. Está lejos de cualquier otra población, y es el número uno de la lista de los terroristas, así que también debe serlo en la nuestra.

Los otros cuatro mostraron su conformidad. Madox señaló la vista de Las Vegas, un oasis de luces resplandecientes en medio del desierto y las colinas negras.

—Incluso hay una ventaja económica en la eliminación de esta ciudad. Crece demasiado rápido, consume demasiada electricidad y agota las reservas de agua.

Nadie respondió.

—Yo propongo colocar una bomba en alguno de los edificios más altos, quizá en el Caesars Palace, que está en el centro del Strip, y otra en la zona céntrica. Eso

destruiría los casinos, pero dejaría intactas las zonas residenciales. Da la casualidad de que allí es donde vive la mayoría de los republicanos. —Sonrió, pulsó una tecla y la pantalla quedó en blanco. Subió la intensidad de las luces—. Bueno, ya tenemos tres candidatas para dos puestos. ¿Votamos?

—Me parece que será difícil escoger las dos ciudades que deben ser devastadas por las bombas. Ya que tenemos tres, quizá sería más fácil hacerlo por sorteo.

Madox los miró alternativamente y todos asintieron. Cortó tres tiras de papel de una hoja que tenía delante y escribió el nombre de cada ciudad en las tiras; luego las mostró para que todos las viesan.

—No quiero que crean que he escrito dos veces San Francisco. —Sonrió al tiempo que plegaba las tiras en cuadrados y las metía en una taza de café vacía. Empujó la taza hasta el otro extremo de la mesa—. Harry, usted es Dios. Escoja a Sodoma y Gomorra.

—Váyase al infierno.

—Muy bien. Lo haremos de otra manera: escoja la ciudad que no será atacada. Dios guiará su mano.

—Váyase a la mierda.

Landsdale se impacientó. Cogió la taza, sacó dos de los votos, les prendió fuego con el mechero y los dejó que se quemasen en el cenicero. Todos miraron cómo se consumían.

—Estos dos son los perdedores en la lotería nuclear nacional —dijo. Sacó el último voto de la taza—. La ciudad que escapará de la destrucción nuclear es...

—No lo mires —le pidió Madox—. Guárdatelo en el bolsillo y ya nos lo dirás más tarde. No quiero que nadie se desilusione, desconcierte o se distraiga durante la reunión.

Landsdale se guardó el trozo de papel con el nombre de la ciudad indultada en el bolsillo y le dijo a Harry:

—Ahora no lo sabrá hasta que haya pasado.

Harry no creyó que llegara a saberlo.

Capítulo 14

Harry Muller escuchó mientras los cinco hombres discutían los detalles finales del Proyecto Verde y el Wild Fire.

En algún lugar, en lo más profundo de su corazón, Harry Muller aceptaba que la explosión de ciento veintidós artefactos nucleares a lo largo y ancho de Desiertolandia podía no estar mal. Eran los cuatro artefactos en Estados Unidos los que le preocupaban, y también parecían preocupar a Wolffer, Hawkins, Dunn y Landsdale. Pero se las apañaban. Oyó decir a Madox:

—De haber podido escoger el momento, me hubiese gustado arrasar Los Ángeles durante la entrega de los premios de la Academia.

«La verdad —pensó Harry— es que Madox lo está haciendo *demasiado* bien».

El general Hawkins volvió al tema más agradable del Wild Fire. Comentó con un tono casi nostálgico:

—Se da la coincidencia de que, más o menos a la hora de la fiesta de los Oscar, el enorme lago de la presa de Asuán estará a su nivel máximo.

—Gracias al señor Muller no podemos permitirnos elegir el momento —le recordó Madox, y miró a Harry—. Aunque las estrellas, la luna y los planetas no estén alineados el martes, creo que la llegada del señor Muller ha sido una señal de Dios para que nos decidamos. —Se animó—. Las cosas no necesitan ser perfectas para lanzar una centena de misiles atómicos. Ellos mismos crearán su propio mundo perfecto. Son trascendentales. Divinos.

—Bain, antes de que fueses rico y poderoso, ¿alguien utilizó alguna vez la palabra loco y tu nombre en una misma frase? —preguntó Landsdale.

Madox se sirvió un vaso de agua al tiempo que miraba al hombre de la CIA.

—Algunas veces me dejo llevar por el tema del Wild Fire. Quiero decir que, en la historia de la raza humana, no es frecuente que un problema abrumador tenga una solución sencilla. Es incluso más raro que el destino ponga esa solución en las mentes y las manos de unos pocos hombres buenos. Esto me excita.

Nadie, ni siquiera Scott Landsdale, le respondió.

—Unos pocos detalles operativos más. Primero, debéis tenerlo todo preparado para marcharos en algún momento. El resto de los miembros del club se irán el lunes, tal como estaba planeado. He preparado el transporte para los servicios religiosos de mañana por la mañana...

—Yo también quiero ir a la iglesia —lo interrumpió Harry.

—Usted dormirá hasta tarde —replicó Madox—. Huelga decir que ninguno de los aquí presentes discutirá el contenido de esta sesión de la junta ejecutiva con los demás miembros. Debéis comportaros con la normalidad de siempre. Como sabéis,

Steve Davis vive en San Francisco y Jack Harlow y Walt Bauer en la zona de Los Ángeles. No los miréis como si estuviesen a punto de morir. Ninguno de nosotros sabe todavía cuáles son las dos ciudades que hemos escogido, así que eso os debería ayudar.

Todos permanecieron en silencio.

—Si no confiáis en vuestra capacidad de disimulo —prosiguió Madox—, decid que hemos hablado de la inminente guerra contra Irak, algo de verdad preocupante. Ah, y cuidado con la bebida. ¿Entendido?

Todos asintieron.

—En cuanto a las comunicaciones, todos disponemos de móviles que no se pueden rastrear, como los de los traficantes de droga; sólo utilizaremos esos teléfonos. Además, como sabéis, tengo mi propio repetidor con un codificador de voz. Pero llamad sólo cuando yo necesite saber de vosotros. La mayor parte de lo que necesito saber del Proyecto Verde lo veré en cualquier canal de noticias. —Meditó durante un instante, y añadió—: En algún momento, alrededor de la hora de la cena, todas las emisoras de radio y televisión del país, excepto las de las dos ciudades, entrarán a formar parte del Emergency Broadcast System. —Esperó un momento y, al ver que nadie decía nada, continuó—: Alrededor de una hora más tarde espero ver un avance informativo sobre la respuesta atómica norteamericana un ataque nuclear contra nuestro país. ¿Es correcto? ¿Paul? ¿Ed?

—Sí, el Wild Fire será anunciado a la nación y al mundo —respondió Ed Wolffer—. No hay ninguna razón para mantenerlo en secreto, dado que no es muy fácil ocultar un lanzamiento de misiles masivo y ciento veintidós detonaciones nucleares durante mucho tiempo. En algún momento de la noche, el presidente se dirigirá a la nación desde su lugar seguro y comunicará la existencia del Wild Fire. Con un poco de suerte, eso servirá para calmar al país. Si más no, será bueno para la moral.

—Desde luego, es bueno para mi moral —afirmó Madox—. Después del 11-S, todo el mundo se sintió deprimido cuando no respondimos inmediatamente, pero esta vez los norteamericanos no podrán acusar al gobierno de ser demasiado cauteloso.

—Es verdad, pero esta vez creo que recibiremos muchas críticas por reaccionar de una manera exagerada —señaló el general Hawkins.

—Esta vez, Jim, el mundo y los medios de comunicación se quedarán muy calladitos —lo contradijo Madox—. Nadie dirá ni pío. Ni un puñetero pío.

Los miembros de la junta asintieron, y también lo hizo Harry.

—Será una noche interesante —aseguró Madox—. Obviamente, yo me quedaré aquí para enviar la señal ELF que detonará los artefactos. —Una vez más, se acercó a la maleta y apoyó las manos en el cuero negro. Miró a cada uno de los presentes—. Yo, caballeros, apretaré el botón nuclear que arrasará dos ciudades norteamericanas mediante cuatro artefactos nucleares, y, cuando lo haga, pediré a Dios que me perdone. Vosotros os ocuparéis de que se active el Wild Fire para lanzar la represalia.

—¿Durante cuánto tiempo más después del martes te quedarás aquí, Bain? —

preguntó el general.

Madox volvió a su asiento antes de responder a la pregunta.

—No lo sé. ¿Por qué?

—Piensa en que, cuando los artefactos estallen, cundirá el pánico por todo el país. La gente se dirá que si el enemigo tiene unas cuantas bombas atómicas, quizá tenga más. Comenzará la evacuación de las ciudades, algo que causará el pánico y, desafortunadamente, heridos y muertos. Nuestros familiares y amigos se verán en peligro, y no puedo ni quiero llamar a las personas que conozco por todo el país para decirles que permanezcan donde están y se tranquilicen. Sólo podemos confiar en que la represalia, la exterminación del islam, calme a la gente. Pero mientras tanto...

—Jim, ¿qué quieres decir?

—Verás... ahora que ha llegado el momento... creo que todos pensamos en lo que realmente pasará.

—Sé que todo esto es muy repentino, Jim, pero eso tendrías que haberlo tenido en cuenta después del 11-S, cuando comenzamos a planear el Proyecto Verde.

—Sí, lo sé. Pero ahora pienso en que tú te quedarás aquí, en este bendito lugar, mientras que nosotros cuatro estaremos en Washington, y nuestros familiares y amigos estarán dispersos por todo el país, en pleno caos. ¿Dónde estará tu familia?

—Me da igual dónde esté. No pienso llamar a nadie. De todas maneras, mis hijos nunca me devuelven las llamadas.

—Ésa es tu decisión. Pero creo que debes volver a Nueva York lo antes posible después de que esto ocurra.

—¿Por qué?

—Para que compartas la experiencia, Bain.

—De acuerdo... procuraré estar en Nueva York. Pero antes necesito destruir y hacer desaparecer todo rastro del transmisor ELF, por si acaso aparece alguien por aquí con una orden de registro. Ése es mi trabajo. El vuestro, caballeros, es quedarse en Washington, o en los lugares seguros designados, para influir en los acontecimientos, ¿entendido?

Todos asintieron.

Harry miró de nuevo los rostros de los presentes. Al parecer, la realidad comenzaba a calar. Una vez más, le recordaron a los grupos radicales que había investigado a lo largo de los años. No hacían más que soltarte rollos hasta aburrirte, porque, en lo más profundo, la mayoría de ellos no querían arriesgar sus vidas para poner una bomba, matar a un poli, robar un banco o secuestrar a nadie. De vez en cuando —si tenían a un Bain Madox a la cabeza— una parte del rollo se convertía en acción, y en la mitad de esos casos, alguien del grupo le soplabá el plan a la poli o se entregaba después de cometido el delito para hacer un trato.

Tal vez ahora que había llegado el momento, uno de esos tipos podía recuperar la sensatez antes del martes. El consejero del presidente, Dunn, parecía algo inquieto, quizá fuese él quien diese el chivatazo. El general tampoco parecía tenerlas todas

consigo, pero Harry conocía al tipo: seguiría adelante y luego puede que se volase la tapa de los sesos. El tipo de la defensa, Wolffer, estaba absolutamente comprometido con el proyecto y no se echaría atrás.

Después estaba Landsdale. Harry recordó a Ted Nash, el agente de la CIA, ahora muerto, que había sido la némesis de Corey. Éste había comentado una vez de Nash: «Lo mejor que puedes decir de un agente de la CIA es que miente a todo el mundo por igual». Si Landsdale hubiese asentido a todo, Harry hubiese sospechado que era un agente doble. Pero Landsdale le había puesto unas cuantas pegas a Madox, así que probablemente era leal al proyecto, incluso aunque no fuese leal a Madox. Harry se dijo que Madox lo comprendía, pero debía de confiar en Landsdale o el tipo no hubiese estado allí. De hecho, Harry percibía que Landsdale estaba en realidad más unido a Madox que todos los demás.

Por último, estaba el propio Madox. Era alguien que lo tenía todo, pero algo lo impulsaba también a arriesgarlo todo. Y ese algo no estaba relacionado con el petróleo, el dinero o el poder, sino con el odio. Como siempre pasaba con estos tipos; era lo mismo con Bin Laden, Hitler, Stalin y todas las personas a las que Harry había interrogado y detenido desde que trabajaba en antiterrorismo. También había algo de locura, que conducía al odio. ¿O era a la inversa?

Madox miró a Harry como si supiese que éste estaba pensando cosas desagradables de él.

—¿Quiere decir alguna otra cosa, aparte de «¡Que te follen!»? —preguntó.

—Sí. Como agente federal, quiero recordarles a todos que conspirar para cometer asesinato es un delito...

—Hablamos de la guerra, detective Muller, no de un asesinato —lo interrumpió Madox—. Los generales a veces sacrifican a sus tropas, e incluso a civiles, para que otras tropas vivan y puedan continuar con la lucha.

—Y una mierda.

Madox descartó la respuesta con un gesto y volvió su atención a los demás miembros de la junta.

—Caballeros, el once de septiembre de dos mil uno diecinueve secuestradores islamistas que no tenían ningún motivo para hacernos daño, y que no tenían la talla de ninguno de los que está sentado a esta mesa, llevaron a cabo su plan. Ninguno de ellos desertó ni delató a los demás, y fueron voluntariamente a la muerte. No estoy pidiendo que sacrifiquemos nuestras vidas; sólo pido que nosotros, como patriotas norteamericanos, no les hagamos menos a nuestros enemigos de lo que ellos nos hicieron a nosotros. Si ellos pudieron hacerlo, nosotros debemos hacerlo.

Algunos asintieron.

—Me gustaría que cada uno de vosotros, en este momento, diga sí o no al Proyecto Verde. —Madox se volvió hacia el secretario adjunto de Defensa—. ¿Ed?

Ed Wolffer se levantó.

—Señores, lo que vamos a hacer requiere coraje y decisión, cosas que aquí

abundan. Creo que, en el fondo de su corazón, cada uno de nosotros sabe que está haciendo lo necesario y lo correcto. —Hizo una muy breve pausa—. Éste no es momento de pensar en sí mismo y en los riesgos personales que se afrontan. Es el momento de jugarnos el pellejo por nuestro país, de la misma manera que nuestros hombres y mujeres que visten uniforme lo hacen cada día. Voto a favor del Proyecto Verde.

El general Hawkins siguió a Wolffer.

—Como militar, juré cumplir y defender la Constitución, igual que vosotros. También juré obedecer al comandante en jefe. Me tomo muy en serio estos juramentos, y, después de mucha reflexión, he decidido que, en conciencia, puedo votar para que se siga adelante con el Proyecto Verde.

El siguiente que se levantó fue Paul Dunn.

—Hubiese preferido no vernos forzados a actuar con tan poco tiempo para ajustar nuestro plan, pero debemos jugar con las cartas que nos han dado. Voto por seguir adelante.

Scott Landsdale no se levantó.

—Tengo la nítida impresión de que ésta será la única oportunidad que vamos a tener. A Harry Muller no lo enviaron aquí a observar pájaros. Nuestra mejor defensa contra cualquier nuevo interés gubernamental en nuestras actividades, y posibles acusaciones de conspiración, es pasar a la ofensiva. Si no utilizamos los artefactos nucleares, perderemos. Voto sí.

Bain Madox se levantó y, por unos momentos, permaneció en silencio, abstraído en sus pensamientos. Luego miró a los reunidos.

—Gracias por vuestro coraje y lealtad. Todos sois soldados al servicio de la civilización.

—Los buenos soldados no asesinan a civiles —dijo Harry—. ¿Asesinó a civiles en Vietnam? ¿Por eso le dieron la Estrella de Plata?

Madox miró fijamente a Harry y, por primera vez, se mostró enfadado.

—Siéntese. No debe hablar a menos que se dirijan a usted, ¿entendido?

—Una cosa más. Que lo follen.

Bain Madox no le prestó atención y comenzó otro discurso.

—Caballeros, nosotros somos el pequeño ejército que puede y derrotará la expansión del fundamentalismo islámico. Somos los más recientes y quizá los últimos de una larga línea de buenos hombres y mujeres cristianos que han defendido la fe y la civilización occidental contra el islam. Por favor, sentaos.

Madox tecleó, y en la pantalla apareció un mapa de Europa y Oriente Medio.

—Los españoles y los franceses, antes de quedarse sin cojones, lucharon contra los musulmanes en el oeste. Los cruzados llevaron la guerra a las tierras musulmanas. En los Balcanes, los cristianos se enfrentaron a los turcos durante quinientos años. Quizá conozcáis la historia del rey polaco Juan, que, en el siglo XVII, cuando las hordas musulmanas estaban preparadas para atacar el corazón de la Europa cristiana,

sin que nadie se lo pidiese, marchó con su ejército desde Polonia y combatió contra los turcos a las puertas de Viena. —Miró a los reunidos alrededor de la mesa para asegurarse de que todos le prestaban atención—. Tampoco a nosotros nadie nos ha pedido que salvemos la civilización occidental, pero vemos el peligro y haremos lo que se debe hacer. Creo que el Espíritu Santo guía nuestros pensamientos y nuestras acciones, de la misma manera que Dios guió al rey Juan, que tenía muy poco que ganar y todo que perder al acudir en ayuda de sus hermanos cristianos de Viena. Porque el rey Juan, caballeros, sabía que si no frenaba a los turcos en Viena toda Europa caería en manos del islam. Hay que tener presente que nadie más de toda Europa movió un dedo para socorrer a la ciudad asediada; toda Europa prefirió esconder la cabeza bajo el ala y rezar para no ser ellos los siguientes. ¿Os suena? Pero el Espíritu Santo, caballeros, entró en la mente y el corazón del rey Juan y le dijo qué debía hacer, le dijo lo que era correcto y necesario, y que su victoria sobre el islam complacería a Dios. Armado con la presencia del Espíritu Santo, con menos hombres y armas, el rey Juan de Polonia derrotó a los turcos musulmanes y salvó a la Europa cristiana. Este hombre no pidió ni recibió agradecimiento o recompensa alguna por lo que hizo.

—¿Ni siquiera una concesión petrolífera?

Bain Madox hizo como si no lo hubiese oído.

—Nosotros, caballeros, somos como el rey Juan. Somos la única barrera entre la civilización occidental y el enemigo apostado a sus puertas. Dios nos ha traído a este lugar en este momento con un propósito. Con el sacrificio de dos ciudades norteamericanas, que, de todas maneras, como Sodoma y Gomorra, valen muy poco, podemos evitar que el enemigo destruya otras ciudades norteamericanas cuando ellos quieran. Estamos, en efecto, salvando Washington, Nueva York, Seattle, Chicago, Dallas... Palm Beach... Quiero que todos lo comprendáis y creáis así para que esta noche podáis dormir tranquilos, sin ninguna preocupación en vuestros corazones, mentes y espíritus. —Miró de nuevo a cada uno—. Si Jesucristo en persona estuviese aquí, diría: «Chicos, apretad los dientes y a por ellos».

Los otros cuatro hombres se miraron furtivamente unos a otros, pero ninguno comentó el discurso de Madox, ni su imaginario mensaje de Jesús.

Madox bebió un sorbo de agua que Harry comenzaba a sospechar que era vodka puro.

—Muy bien, ya he dicho lo que quería decir. Ahora, os pido que inclinéis la cabeza en silenciosa plegaria y le roguéis a Dios que os dé fuerza, guía y quizá un poco de absolución, por si acaso El tiene algún problema con nuestros planes. Usted, también, Harry, rece con nosotros.

Bain Madox agachó la cabeza, y los demás lo imitaron sin mucho entusiasmo.

Harry Muller rezó para que alguno de aquellos tipos recuperase la cordura, o se acobardase, o quizá recibiese un mensaje divino más sensato que el de Madox.

—Amén —dijo éste transcurrido un minuto—. Los cócteles se servirán en el bar a

partir de las cinco, indumentaria informal. En la sala de juegos, por si a alguien le interesa, habrá una partida de póquer. Tenemos una diana de dardos nueva con el rostro de Saddam Hussein. La cena se servirá a las siete y media. Chaqueta y corbata, por favor. Utilizad la chimenea para quemar las notas cuando salgáis. Se clausura la reunión de la junta ejecutiva. Gracias por la asistencia.

Los cuatro hombres recogieron sus cosas y se marcharon en silencio.

Bain Madox y Harry Muller se miraron a través de la mesa.

—Ahora sólo quedamos usted y yo, Harry —comentó Madox.

Harry Muller evaluó la situación. Si conseguía dominar a Madox, la ventana era su mejor oportunidad. Pero si pudiera hablar con los dos gorilas del otro lado de la puerta e informarles del asunto, eso quizá sería mejor aún que intentar la huida.

—¿En qué piensa? —preguntó Madox.

—Pienso en que me gusta el plan.

—Tonterías. ¿Qué tal lo he hecho?

—Bien.

—¿Sólo bien?

—Me he perdido con toda esa parte del rey Juan. —Harry calculó que podría estar encima de Madox en menos de tres segundos, incluso con los grilletes puestos.

—Me preocupa que no lo entienda —señaló Madox—. ¿Quiere que esta mierda de guerra contra el terrorismo continúe hasta que sus nietos sean unos ancianos?

—Escuche, compañero, nos han dado y se lo hemos devuelto. No van a emplear armas atómicas, así que nosotros tampoco las necesitamos. Usted sí que no entiende la función del Wild Fire.

—No es verdad. Lo entiendo a la perfección.

—Sí, ése es el maldito problema.

—A ver si se lo explico bien, Harry. Es como aquello que si la montaña no viene a Mahoma, etcétera, ¿correcto?

—Sí, lo que usted diga. —Cogió el pesado cenicero de metal que había utilizado Landsdale y se lo arrojó a Madox, al tiempo que se levantaba de un salto mientras éste se agachaba para esquivar el cenicero.

Harry recorrió los tres metros en menos de dos segundos, pero Madox ya se había levantado y retrocedía hacia la pared. Harry se movió lo más rápido que pudo con los grilletes, pero el otro fue incluso más rápido y sacó un arma de debajo de la chaqueta.

Harry saltó sobre Madox, que le disparó a quemarropa. Harry se detuvo, confuso al no sentir el impacto de la bala y consciente de que el arma apenas había hecho ruido.

Bain Madox se apartó un poco más y ambos hombres se miraron. Harry dio un paso hacia él, pero le pesaban las piernas y la habitación había comenzado a girar.

—Necesita calmarse —dijo Madox.

Harry notó que se le doblaban las piernas y cayó de rodillas. Advirtió algo que sobresalía de su pecho, lo tocó.

—Un dardo tranquilizador —le explicó Madox—, de los que usamos con los osos negros. Está prohibido matarlos fuera de temporada.

Harry se arrancó el dardo del pecho y vio la sangre en la aguja.

—Tampoco está permitido matar a un agente federal, así que deberá morir de otra manera. Probablemente un accidente de caza.

Se abrió la puerta y uno de los guardias preguntó:

—¿Todo en orden, señor Madox?

—Sí, Carl. Por favor, lleve al señor Muller a su habitación.

Apareció otro guardia, y él y Carl se acercaron a Harry.

Éste apenas conseguía sostenerse sobre las rodillas, y la habitación se oscurecía cada vez más, pero respiró profundamente y dijo:

—Nuclear... —Sabía que debía permanecer inmóvil para que el sedante no actuase con tanta rapidez en el torrente sanguíneo—. Van a... detonar... la maleta...

Los guardias lo pusieron de pie, y Carl se agachó para cargarlo al estilo de los bomberos. Luego se encaminaron hacia la puerta. En el momento de salir, Bain Madox comentó:

—Me cae usted bien. Tiene pelotas, y me ha prestado un gran servicio. Por lo tanto, nada de rencores.

Harry apenas entendió las palabras de Madox, pero consiguió susurrar:

—Que te follen.

—No lo creo. Manténgalo sedado —le ordenó a Carl—. Bajaré a verlo más tarde.

Se marcharon y Bain Madox cerró la puerta. Le fastidió ver las colillas en la alfombra persa y las recogió.

Luego se acercó a la maleta negra y pasó las manos por el brillante y suave cuero.

—Por favor, Dios, que esto funcione —rezó.

Séptima parte

Domingo

North Fork, Long Island, y Nueva York

Tenemos derecho a matar a cuatro millones de norteamericanos —dos millones de ellos niños—, exiliar al doble y a herir y mutilar a cientos de miles.

SULEIMAN ABU GHAITH

Portavoz de Osama bin Laden,

mayo de 2002

Capítulo 15

Kate y yo bajamos a desayunar el domingo por la mañana, y los demás huéspedes no resultaron ser ninguna sorpresa: la habitual colección de pijos enófilos de Manhattan; en este caso, tres parejas de género indeterminado que se lo tomaban todo muy en serio, como si estuviesen pasando una prueba para la Radio Pública Nacional. No podía decir si ya se conocían entre sí, quién estaba con quién o si habían entablado relación recientemente en una manifestación antitestículos.

Charlaban y se pasaban las secciones del *Times* dominical como si se tratase de textos sagrados que hubiesen encontrado enrollados en los servilleteros.

Hicimos las presentaciones correspondientes y Kate y yo nos sentamos en las dos sillas desocupadas. La celadora de la prisión nos trajo café y zumo de naranja y nos recomendó las gachas calientes.

—¿Tiene rosquillas?

—No.

—No puedo leer el *Times* sin una rosquilla. Las gachas calientes van bien con el *Wall Street Journal*. ¿Tiene el *Wall Street Journal*?

—Las gachas calientes ya están bien, gracias —me interrumpió Kate.

Mis compañeros de desayuno comentaban las pequeñas gemas de las diversas secciones del *Times*: arte, ocio, libros, viajes y demás.

La noche anterior Kate y yo nos habíamos acabado una botella de vino *après le sex*, y yo tenía una ligera resaca que me volvía irritable, por lo que no contribuía a la conversación, aunque Kate aguantaba el tipo.

Yo tenía encima el pequeño Smith & Wesson que siempre llevo en la pistolera de tobillo cuando estoy fuera de servicio, y pensaba en dejar caer la servilleta, desenfundar el arma y gritar: «¡Quietos todos! ¡Soy un filisteo! ¡Callaos y comeos las gachas!» Pero sé cómo se pone Kate cuando hago el payaso.

En cualquier caso, la conversación abordó el titular del *Times* —«Rumsfeld ordena nuevos planes de guerra para la acción inmediata»—, y mis compañeros de mesa estuvieron de acuerdo en que la guerra contra Irak era inevitable, dada la disposición belicista de la presente administración.

Si yo fuese un jugador —cosa que en realidad soy— apostararía por enero, o quizá febrero. Pero probablemente conseguiría una apuesta más ventajosa si me decidía por marzo.

Uno de los hombres, Owen, intuyó que no prestaba demasiada atención, así que me preguntó:

—¿Qué opinas, John? ¿Por qué crees que esta administración quiere ir a la guerra contra un país que no nos ha hecho ningún daño?

Parecía ser una pregunta con segundas, como las que yo les hago a los sospechosos, tipo: «¿Cuándo dejó de pegar a su esposa y comenzó a trabajar para Al Qaeda?»

Le respondí con la mayor sinceridad.

—Creo que podríamos evitar la guerra si nos cargásemos a Saddam y a sus psicopáticos hijos con un equipo de francotiradores o unos pocos misiles de crucero.

Se hizo un momentáneo silencio que rompió otro de los hombres, Mark.

—¿Así que... no estás a favor de la guerra... pero crees que deberíamos matar a Saddam Hussein?

—Así es como yo lo haría. Deberíamos reservarnos las guerras para cuando las necesitemos.

Una de las mujeres, Mia, preguntó con un tono a mi parecer melodramático:

—¿Alguna vez es necesaria la guerra?

—¿Qué hubieses hecho tú después del ataque al World Trade Center y el Pentágono? —repliqué—. ¿Hubieses enviado a las Dixie Chicks a Afganistán en una gira de paz?

—A John le gusta hacer declaraciones provocativas —los informó Kate.

Para mí era el momento de acabar la conversación, pero Mark parecía interesado en mi persona.

—¿En qué trabajas, John?

Por lo general respondo que soy inspector de termitas, pero decidí cortar por lo sano, y contesté:

—Soy agente federal de la Anti-Terrorist Task Force.

Después de un instante de silencio, Mark preguntó:

—¿Va en serio?

—Sí. Y Kate es agente especial del FBI.

—Trabajamos juntos —añadió ella.

—Qué interesante —comentó Alison, una de las damas.

El tercer tipo, Jason, me preguntó:

—¿Tú crees que el nivel de amenaza es real o está siendo manipulado por razones políticas?

—Jo, no lo sé, Jason. ¿Qué dice el *Times*?

—¿Hasta qué punto es real la amenaza en este momento? —insistió él.

—La amenaza terrorista contra Estados Unidos es muy real —replicó Kate—. Sin embargo, sin revelar ninguna información clasificada, puedo decir que no tenemos ninguna información específica sobre un ataque inminente.

—Entonces, ¿por qué estamos en alerta naranja, que indica un alto riesgo de ataque terrorista? —preguntó Jason.

—No es más que una medida de precaución debida al primer aniversario del 11-S —contestó Kate.

—Éste ya ha pasado —le recordó Mark—. Yo creo que sólo es una manera de

mantener al país sumido en el miedo para que así la administración pueda imponer sus medidas de seguridad interior, que en realidad no son más que una restricción de las libertades civiles. —Me miró—. ¿Estás de acuerdo, John?

—Absolutamente. De hecho, Mark, la agente especial Mayfield y yo nos encontramos aquí para informar de los subversivos antigubernamentales, y debo advertirte que cualquier cosa que digas puede ser utilizada en tu contra en un tribunal militar.

Mark consiguió esbozar una sonrisa.

—Creo que vuelves a provocar —manifestó Alison.

—Será por mi loción para después del afeitado.

Alison se rió. Creo que le gustaba. También tenía la muy firme sospecha de que ella era la que había gritado de placer la noche del viernes.

La tercera mujer, Pam, nos preguntó a ambos:

—¿Alguna vez habéis arrestado a un terrorista?

Parecía una pregunta normal, pero por el tono de voz con que la hizo, y el contexto general, podía ser interpretada de otra manera, que es como la interpretó Kate.

—Si te refieres a un terrorista islámico, no, pero... —Se levantó el jersey para dejar a la vista una larga cicatriz blanca que le comenzaba debajo de las costillas del costado izquierdo y le continuaba hasta la nalga—. Un caballero libio llamado Asad Jalil me alcanzó con uno de sus disparos. También hirió a John.

Mi cicatriz la tenía en la cadera derecha, y a menos que me bajase los calzoncillos, no veía cómo podía exhibirla en presencia de aquella compañía mixta.

Kate se bajó el jersey.

—Así que no, nunca he arrestado a un terrorista, pero uno me disparó. También me encontraba en las Torres Gemelas cuando se produjo el ataque.

Se hizo el silencio, y me dije que quizá estaban esperando ver mi cicatriz. Tengo tres agujeros de bala por gentileza de un caballero hispano que acabó con mi carrera en el DPNY. Dos de los agujeros están en lugares indecentes, pero el del pecho podría decir que era del libio, porque en realidad me moría de ganas de desabrocharme la camisa y mostrarle a Alison mi herida.

—¿John?

—¿Eh?

—Acabo de decirte que estoy preparada para irnos.

—Huelo a salchichas asadas.

—Quiero salir temprano.

—Vale. —Me levanté y les dije a los demás—: Nos vamos a Plum Island. Ya sabéis, el laboratorio de investigaciones de guerra biológica. Al parecer, han desaparecido unos ocho litros de ántrax, y debemos averiguar adonde han ido a parar. Podría resultar muy desagradable si alguien los utiliza para rociar los viñedos, o... —Tosí dos veces—. Perdón. Que paséis un buen día.

Salimos del primoroso hostalillo y fuimos hasta el *jeep*.

—Se supone que no debes decir cosas como ésas —dijo Kate.

—¿Qué?

—Ya sabes qué. —Se rió, cosa que no hubiese hecho antes del 11-S ni seis meses después. Ahora, como he dicho antes, es una mujer diferente, se ha relajado mucho, y al fin aprecia mi agudo ingenio y mi sofisticado humor—. Eres tan agilipolladamente inmaduro.

Eso no era exactamente lo que yo pensaba. Subimos al *jeep* y emprendimos la marcha.

Me habló con una profunda voz de bajo, que creo que pretendía ser una imitación de la mía.

—Han desaparecido unos ocho litros de ántrax.

—¿Te has resfriado?

—Podría resultar muy desagradable si alguien los utiliza para rociar los viñedos. —Tosió dos veces—. Perdón, creo que he respirado ántrax.

—Yo no he dicho eso.

—¿De dónde sacas esas ideas?

—No lo sé. Sencillamente se me ocurren.

—Terrorífico.

—El ántrax es terrorífico.

—Me refiero a tu cabeza.

—Vale. ¿Adónde vamos? —pregunté.

—Hay una fantástica casa de antigüedades en Southold.

—Vayamos a la iglesia. Es más barato.

—Southold. Gira aquí, a la izquierda.

Así que dedicamos la mañana del domingo a las antigüedades. Yo no soy un gran partidario de éstas, que me parecen trozos de madera plagados de carcoma y antihigiénicos trozos de tela infestados de gérmenes. Prefiero enfrentarme al ántrax antes que a las antigüedades.

No es necesario decir que no compramos nada. Como comentó Kate: «¿Para qué necesito comprar una antigüedad? Estoy casada con una».

Comimos en una cafetería, donde finalmente me sirvieron la rosquilla, junto con las salchichas y los huevos que me había perdido en el desayuno.

Después de comer, visitamos unas cuantas bodegas, en las que compramos una docena de botellas de vino que lo mismo podríamos haber adquirido en Manhattan por el mismo precio, y luego nos detuvimos en un puesto de verduras.

Casi nunca comemos en casa —Kate no sabe cocinar y yo tampoco, y además no como frutas ni verduras—, pero, a pesar de eso, compramos una tonelada de cosas con hojas y tierra, además de una bolsa de veinticinco kilos de patatas de Long Island.

—¿Qué haremos con toda esta mierda?

—Tú atropella a un venado y yo preparé un estofado a la cazadora.

Una muy buena réplica. ¿Cómo es que no se me había ocurrido?

Recogimos nuestras cosas en el hostel, pagué la cuenta y emprendimos el viaje de regreso a la ciudad.

—¿Has pasado un buen fin de semana? —me preguntó Kate.

—Sí. Excepto por el desayuno.

—Necesitas hablar con personas que tengan otros puntos de vista.

—Ya lo hago. Estoy casado.

—Qué gracioso. ¿Por qué no volvemos el próximo fin de semana?

—Buena idea. —Eso me recordó otra cosa—. ¿Qué sabes del Club Custer Hill?

No me tragué tu última respuesta.

Kate consideró la pregunta y la afirmación antes de responderme.

—Sé que estuviste a punto de pasar allí el fin de semana.

—¿Y eso qué significa?

—Verás..., Tom Walsh me preguntó si yo tenía alguna objeción a que te enviase allí para un servicio de vigilancia.

—¿Eso preguntó? ¿Y tú qué le contestaste?

—Le respondí que sí, que tenía una objeción. ¿Cómo sabías lo del Club Custer Hill?

—Por Harry Muller, a quien encargaron la misión.

—¿Qué te dijo?

—Soy yo quien pregunta. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Tom me pidió que no lo hiciese. Pero iba a decírtelo.

—¿Cuándo?

—Ahora. En el viaje de regreso.

—Vale. De acuerdo. ¿Por qué no querías que fuese?

—Tenía muchas ganas de pasar contigo el fin de semana.

—Pues a mí no me lo dijiste hasta el viernes a las cuatro y media.

—Pero llevaba tiempo pensándolo.

—No es verdad. Andabas loca buscando a última hora un lugar donde alojarnos —repliqué—. Estás hablando conmigo, cariño. No puedes contarle trolas al rey de los troleros que además es un brillante detective.

Se lo pensó.

—Verás, la misión me olió mal, así que le contesté a Tom que teníamos planes y, después me vi obligada a hacerlos.

Digerí todo esto y le pregunté:

—¿Qué quieres decir con lo de que te olió mal?

—No lo sé... instinto. Algo en la actitud de Tom...

—¿Puedes ser un poco más específica?

—No, no puedo, y pensándolo bien, puede que viese en sus palabras más de lo que realmente había. Tampoco quería pasar sola el fin de semana.

—¿Por qué no te ofreciste a acompañarme?

—John, déjalo. Lamento haberte mentido y lamento no habértelo dicho antes.

—Acepto las disculpas si me dices qué es el Club Custer Hill.

—No estoy segura. Tom dijo que era un club social y recreativo compuesto por hombres ricos y poderosos.

—Quizá podría haberlo pasado bien.

—Se suponía que debías hacer fotos de...

—Todo eso ya lo sé. Lo que no sé es por qué había que vigilar a esos hombres.

—No te puedo contestar porque yo tampoco lo sé. Tom no estaba dispuesto a darme más información. Puedes suponer que deben de ser políticamente conservadores y quizá radicales.

—Eso no es un crimen.

—Es todo lo que sé.

Ahora circulábamos por la autopista de Long Island, en dirección oeste, hacia el sol que se ponía. El *jeep* olía como una verdulería coreana, y las botellas chocaban entre sí detrás de mi asiento.

Pensé en lo que Kate había dicho, pero no tenía datos suficientes para sacar conclusiones. Sin embargo, destacaban algunas cosas, como la orientación política del Club Custer Hill y la importancia de sus miembros. Los locos de extrema derecha que de verdad se meten en actividades delictivas casi siempre son de clase baja. Su sede social, si es que la tienen, suele ser una gasolinera o una choza en el bosque. Ese grupo al parecer era muy diferente.

Aquello era todo lo que tenía por el momento y, si era listo, todo lo que necesitaba saber. Si quería saber algo más, siempre podía preguntárselo a Harry por la mañana.

—Creo que estás enfadado conmigo por no mencionarte que Tom y yo hablamos de si debías o no ir a la misión.

—En absoluto. Me hace muy feliz saber que mi carrera está en tan buenas manos. La verdad es que resulta un tanto conmovedor que tú y Walsh debatieseis si el pequeño John podía ir de fin de semana.

—John...

—Quizá deberías haberle dicho que a ti te parecía bien, pero que él tendría que consultar primero con su esposa para saber si ella estaba de acuerdo.

—Deja de comportarte como un idiota.

—Sólo estaba empezando.

—Déjalo. No tiene importancia. Si tanto te molesta, ve y le dices a Walsh que te lo he comentado, y que no te gusta nada su estilo.

—Eso es exactamente lo que haré.

—No busques enfrentamientos, John. Intenta ser diplomático.

—Seré muy diplomático. ¿Puedo machacarle la cabeza? —pregunté.

Permanecimos en silencio durante unos minutos. Comprendí que debía hablar con

Harry antes de enfrentarme a Walsh por la mañana. Marqué el número del móvil de Harry en mi teléfono sin manos.

—¿A quién llamas? —preguntó Kate.

—A mi consultor de estrés emocional.

Después de seis timbrazos, sonó la voz de Harry. «Soy el detective Harry Muller. Deje su mensaje y un número de teléfono al que lo pueda llamar después de oír la señal». Bip.

—Harry, soy Corey. Kate quiere preparar un estofado a la cazadora. Tengo las patatas, las verduras y el vino tinto. Uno de nosotros tiene que atropellar a un venado para completar la receta. Llámame lo antes posible. —Colgué y le dije a Kate—: Esa vigilancia podría haber sido un galardón en mi carrera, si antes no me devoraba un oso.

—Quizá por eso Tom quería que fueses.

—¿Para promocionar mi carrera o para que me devorase un oso?

—¿Te hace falta preguntarlo?

Sonreí. Nos cogimos de la mano, y ella buscó una emisora que transmitiese música. Charlamos de esto y lo otro mientras regresábamos a la ciudad.

Al acercarnos al Midtown Tunnel apareció en el horizonte el perfil iluminado de Manhattan. Ninguno de los dos comentamos la ausencia de las Torres Gemelas, pero ambos sabíamos en qué estábamos pensando.

Recuerdo que uno de mis primeros pensamientos coherentes después del impacto de los aviones contra las torres fue que el hombre que te amenaza con una navaja no tiene una pistola, y recuerdo haberle dicho al poli que estaba a mi lado: «Demos gracias a Dios. Esto significa que no tienen una bomba atómica».

El poli replicó: «Todavía no».

Octava parte

Lunes
Nueva York

En América hay facciones, pero no conspiraciones.

ALEXIS DE TOCQUEVILLE
Democracy in America (1835)

Capítulo 16

Era Columbus Day, un día especial para celebrar que un varón blanco agotado había tropezado con un continente en su camino a alguna otra parte. Yo he tenido experiencias similares al salir del bar de Dresner.

Kate y yo nos habíamos vestido informalmente: yo con unos cómodos mocasines, vaqueros negros, una camisa *sport* y americana de cuero; ella, con vaqueros, botas, un jersey de cuello alto y americana de ante.

—El bolso no te hace juego con la pistolera —comenté.

—En ese caso, hoy me compraré un bolso nuevo.

Tendría que aprender a no ser tan bocazas.

Kate y yo salimos de nuestro edificio en la calle 72 Este, y Alfred, el conserje, detuvo a un taxi.

El tráfico en Manhattan era escaso, y circulábamos a buen ritmo hacia el 26 Federal Plaza.

Hacía un precioso día de otoño, y tararé unas notas de *Autumn in New York*.

—¿Sabes si Tom Walsh estará hoy en el despacho? —preguntó Kate.

—No, pero si tarareas unas notas, quizá las reconozca.

—Eres un imbécil.

—Creo que eso está sobradamente confirmado.

El conductor, un tipo llamado Ziad Al-Shehhi, hablaba en árabe por el móvil.

Me llevé un dedo a los labios y me incliné hacia adelante. Le susurré a Kate:

—Habla con el jefe de su célula de Al Qaeda... le está diciendo algo de las rebajas de hoy en Bergdorfs.

Kate soltó un suspiro.

El señor Al-Shehhi acabó la conversación, y le pregunté:

—¿Sabe quién es Cristóbal Colón?

Me miró por el espejo retrovisor.

—¿Columbus Circle? ¿Columbus Avenue? ¿Adónde quiere ir? Me ha dicho Federal Plaza.

—¿Nunca ha oído hablar de la *Niña*, la *Pinta* y la *Santa María*?

—¿Perdón?

—¿Tampoco de Isabel la Católica? ¿Marchará en el desfile?

—¿Perdón?

—John. Déjalo.

—Sólo intento ayudarlo con el examen de ciudadanía.

—Déjalo.

Me recliné en el asiento y tararé *Autumn in New York*.

Por ser un festivo nacional, la Federal Anti-Terrorist Task Force sólo funcionaba a medio gas, pero Kate había decidido ir de todas maneras para hacerme compañía y acabar con el papeleo atrasado. Comeríamos juntos, y después ella se iría de tiendas para aprovechar las rebajas.

Incluso si trabajamos en el mismo turno, no siempre vamos juntos al trabajo. Algunas veces, uno de nosotros tarda demasiado en maquillarse, y el otro se impacienta y se va.

Kate tenía el *Times* en el maletín, y le pedí que me diese la sección de «Deportes», pero ella me dio la primera página.

El titular decía: «Rumsfeld en favor de acciones de fuerza para impedir un ataque». El artículo explicaba que Estados Unidos debía actuar rápidamente durante el «período de precrisis» para impedir un ataque contra la nación. A mí me pareció que si Saddam estaba leyendo el *Times*, llamaría a su corredor de apuestas y apostaría por una invasión a finales de enero.

La otra gran noticia era el estallido de un coche bomba en un club nocturno frecuentado por occidentales en Bali. Éste parecía ser un nuevo frente en la guerra global contra el terrorismo. El número de muertos era de ciento ochenta y cuatro y había más de trescientos heridos, la pérdida de vidas más grande desde el 11 de septiembre de 2001.

El *Times* admitía que el ataque era probablemente obra de los «extremistas» islámicos. Muy listos. Además, un muy buen hallazgo del *New York Times*. ¿Por qué llamarlos terroristas o asesinos? Eso sería ser demasiado tendencioso. Adolf Hitler era un extremista.

No íbamos a ganar la guerra contra el terrorismo hasta que ganásemos la guerra de las palabras.

Busqué el crucigrama y le pregunté a Kate:

—¿Cuál es la definición de árabe moderado?

—No lo sé.

—Un tipo que se ha quedado sin municiones.

Kate sacudió la cabeza, pero Ziad se rió.

Es muy cierto que el humor tiende un puente entre las diferentes culturas.

—Éste promete ser un día muy largo —observó Kate. No se equivocó ni un ápice.

Capítulo 17

Harry no estaba en su mesa cuando llegamos al 26 Federal Plaza a las nueve menos cinco, y tampoco estaba allí a las nueve y cuarto ni a las nueve y media. Según mi última conversación con él, se suponía que ese día debía ver a Walsh. Walsh estaba, pero Harry no.

Para variar, en la oficina reinaba la calma; conté a tres del DPNY en sus mesas, y un FBI, Kate. Y en alguna otra parte del piso veintiséis habría también por lo menos un agente de servicio para encargarse de los teléfonos, las radios e Internet. Con un poco de suerte, durante ese largo fin de semana, los terroristas estarían contemplando cómo caían las hojas en Nueva Inglaterra.

Llamé al móvil de Harry Muller a las nueve y cuarenta y cinco y dejé un mensaje, luego llamé a su casa en Queens y dejé otro mensaje en el contestador automático. Después llamé a su *busca*, que en este trabajo es oficial.

A las diez menos cinco, Kate cruzó la sala y me dijo:

—Tom Walsh quiere vernos.

—¿Por qué?

—No tengo idea. ¿Ya has hablado con él?

—No. —Kate y yo fuimos hasta el despacho de Walsh, en una esquina. La puerta estaba abierta y entramos.

Walsh se levantó y se acercó a recibirnos a medio camino, una señal de que no estábamos con el agua al cuello. Nos señaló la mesa redonda cerca de la ventana y nos sentamos. La mesa estaba llena de papeles y carpetas, algo que nunca se veía cuando Jack Koenig ocupaba ese despacho.

En la gran ventana panorámica, más o menos en el lugar donde antes estaban las Torres Gemelas, había una calcomanía con la silueta de las torres y la inscripción:

11-S

¡NUNCA LO OLVIDES!

Como he dicho, hacía un bonito día de otoño, lo mismo que un año y un mes atrás, cuando se produjo el ataque. De no haber sido por la reunión en el Windows on the World, Jack probablemente hubiese estado allí y lo hubiese visto ocurrir. David Stein también lo hubiese visto desde su despacho, en la otra esquina. Pero resultó ser que lo vieron desde mucho más cerca.

—John —comenzó Walsh—, los tipos de seguridad informática me informan que utilizaste tu contraseña el viernes en un intento por acceder a un archivo restringido.

—Así es. —Miré a Walsh. Era joven para ser el agente especial al mando, de unos

cuarenta y tantos, un irlandés moreno, apuesto y soltero. Tenía fama de ser un mujeriego, y también abstemio, lo que lo convertía en un marica según parámetros irlandeses: un tipo que prefería las mujeres al *whisky*.

—¿Cuál era tu interés por el archivo?

—Oh, no lo sé, Tom. No pude acceder al mismo, así que no puedo saber si me interesaba.

Creo que me miró con cierta impaciencia.

Antes estaba convencido de que no me gustaba el estilo teutón de Jack Koenig, y creí que me gustaría Walsh por ser yo mismo medio irlandés, pero aquél era uno de esos casos en los que el trabajo hace al hombre; la formación por encima de la naturaleza, o lo que fuese.

—¿Qué demonios es el Iraquí Camel Club de Destrucción Masiva?

—Sólo yo haciendo el imbécil—. Miré a Kate, pero no pareció que le hubiese hecho gracia. Parecía confusa.

—Ya lo entiendo. —Miró a Kate, su leal colega, y le preguntó—: ¿Le has hablado a John de la vigilancia?

—Sí, pero no lo hice hasta el domingo.

—Por lo tanto, Harry Muller te lo mencionó —me dijo.

Nunca traicionas a un hermano poli, así que repliqué:

—¿Harry Muller? ¿Qué tiene él que ver con... cómo se llama?

—De acuerdo. De todas maneras, es irrelevante.

—Estoy de acuerdo, y ya que estoy aquí, ¿puedo presentar una queja formal contra ti por haberle pedido permiso a mi esposa para enviarme a una misión al norte del estado?

—No le pedí permiso. Sólo fue una cortesía para ambos. Estás casado, y quería saber si podía interferir con cualquier plan personal que tuvieseis para el fin de semana largo.

—La próxima vez pregúntamelo a mí.

—Bien. Comprendido.

—¿Por qué se te ocurrió mi nombre?

Tom no parecía dispuesto a muchos comentarios, pero respondió:

—Obviamente, creí que eras el más adecuado para el trabajo.

—Tom, como quizá sabes, la última vigilancia rural que hice fue en Central Park, y estuve perdido durante dos días.

Sonrió cortésmente.

—Verás, yo pensaba en términos de otros aspectos de la vigilancia.

—¿Que son?

—Para empezar, esa vigilancia suponía entrar en una propiedad privada sin una orden, cosa que es lo tuyo. Además, ese lugar, el Club Custer Hill, tiene un muy buen servicio de seguridad, y existía la posibilidad de que el agente fuese detenido e interrogado, y sabía que eso no sería un problema para ti. Por otra parte —añadió—,

los miembros de este club son personas con una cierta influencia política en Washington.

Comenzaba a ver por qué nadie había querido pedirle a un juez una orden de registro. Aparte de eso, parecía haber una desconexión entre lo que Harry Muller me había dicho —vigilancia de rutina, redacción de informes y cosas así— y lo que Tom Walsh acababa de decir. Dado que Harry no me mentiría, llegué a la conclusión de que Walsh no se lo había contado todo.

—Es decir, que necesitabas a un poli para que cargase con el muerto si algo salía mal, ¿no?

—Eso no es del todo cierto. Prosigamos. —Tom Walsh nos miró—. No tenemos noticias de Harry Muller.

Yo ya me suponía que era por eso por lo que estábamos todos en su despacho, pero había deseado que no lo fuese.

—¿Debíamos tenerlas?

—Sólo si había algún problema.

—Algunas veces, Tom, cuando hay un problema es cuando no tienes noticias.

—Gracias por tu aclaración. Muy bien, os diré lo que tengo. Como sabéis, Harry Muller salió de aquí antes de las cinco de la tarde del viernes. Fue a Soporte Técnico, recogió lo que necesitaba y se dirigió al garaje, donde tenía la caravana, que había traído al trabajo precisamente para encargarse de esta misión. Jennifer Lupo lo vio en el garaje, intercambiaron unas cuantas palabras y ella fue la última persona que lo vio. La próxima vez que se sabe de él es a través de una llamada de móvil que le hizo a su novia, Lori Bahnik, a las siete y cuarenta y ocho de la mañana del sábado.

Había un magnetófono en la mesa, y Walsh oprimió un botón. Se oyó la voz de Harry: «Hola, nena. Soy yo. Estoy en las montañas, así que quizá no tenga cobertura durante un buen rato. Pero quería decirte hola. Llegué aquí hacia medianoche, he dormido en la caravana y ahora estoy de servicio, cerca de la casa de esos locos fachas. Así que no me llames. Ya te llamaré yo desde un teléfono fijo si no puedo comunicarme con el móvil, ¿vale? Todavía me quedará algo por hacer en el aeropuerto hoy a última hora o mañana por la mañana, así que quizá tenga que pasar la noche aquí. Te lo diré cuando lo sepa. Te llamaré más tarde. Te quiero».

—Por lo tanto, sabemos que llegó allí, y sabemos que estaba cerca de la propiedad objeto de vigilancia —comentó Walsh—. A las nueve y dieciséis, ella le devolvió la llamada y dejó un mensaje en el buzón de voz del móvil. Lo recuperamos de la compañía telefónica. —Apretó de nuevo el botón y la voz de Lori Bahnik dijo: «Hola, cariño. Recibí tu mensaje. Estaba durmiendo. Hoy iré de compras con tu hermana y Anne. Llámame más tarde. Llevaré el móvil conmigo, ¿vale? Avísame si tienes que quedarte. Te quiero, y te extraño. Ten cuidado con esos chiflados. Les gustan las armas. Cuídate».

—Obviamente, habrás hablado con ella —le dije a Walsh.

—Sí. Esta mañana. Me ha dicho que sobre las cuatro de la tarde del sábado

recibió un mensaje de texto de Harry que decía... —Miró una hoja de papel que tenía en la mesa y leyó—: «Lamento haberme perdido tu llamada; por aquí hay poca cobertura; me he encontrado con unos amigos de caza y excursión; te veré el lunes».

Ninguno de nosotros dijo algo tan obvio como que el mensaje de texto lo podría haber mandado cualquiera que no fuese Harry. Pero aparentemente Lori creyó que era de él, porque Walsh nos informó:

—Se enfadó. Lo llamó después de recibir el mensaje y él no le respondió. Continuó llamándolo y dejándole mensajes y también lo llamó al *busca* cuatro o cinco veces. El último mensaje se lo envió a última hora del domingo. Me dijo que estaba cada vez más furiosa y alterada. Le decía que si no le devolvía las llamadas habían terminado.

—¿En qué momento su furia se transformó en preocupación?

—Alrededor de las diez de la noche del domingo. Tenía el número de aquí y llamó. Habló con el agente del FBI de turno, Ken Reilly, y le manifestó su preocupación.

Asentí. Yo he recibido llamadas de ese estilo de novias, novios, maridos y esposas. Haces lo posible para determinar si realmente hay un motivo de preocupación. En un cien por cien de los casos, el amado no está muerto, pero tiene muchas probabilidades de estarlo cuando vuelva a casa.

—Ken intentó tranquilizarla —prosiguió Walsh—, pero las novias no reciben el mismo trato que una esposa o un miembro de la familia, así que no le ofreció mucha ayuda. Le pidió su número y le dijo que la llamaría si tenía alguna noticia. Llamó al móvil y el *busca* de Harry sin obtener respuesta. No se preocupó —señaló Walsh.

En realidad, no había ningún motivo para preocuparse, más allá de que Harry no hubiese respondido al *busca*. Por otro lado, era fin de semana y a más de un agente se le olvida el *busca*, o está en un bar muy ruidoso, o en una muy agradable cama donde el *busca* quizá no se oye o no se atiende. Claro que Harry estaba de servicio.

—Quizá el problema no sea más que la falta de cobertura.

—Cuando he llegado hoy aquí a las ocho —continuó Walsh tras asentir—, he leído los informes de los agentes de guardia durante el fin de semana y he visto la entrada de Ken Reilly referente a Lori Bahnik y Harry Muller. No me he preocupado, pero he llamado a Harry al móvil, a su casa y al *busca*. Luego he llamado a la señorita Bahnik y he hablado con ella. A continuación, he hecho algunas llamadas más, incluida una a la delegación del FBI en Albany. Le he pedido al responsable de Albany, Gary Melius, que iniciase una búsqueda de agente desaparecido, y me ha contestado que lo haría, aunque me ha parecido que no tenía muy claro si el detective Muller había desaparecido en acción o por voluntad propia. En cualquier caso, se lo ha notificado a la policía estatal y ellos, a su vez, a la policía local, que conoce la zona pero va escasa de personal. Están llamando a los hospitales locales, pero hasta ahora no hay ninguna admisión con ese nombre, ni ninguna admisión no identificada.

Nos miró, en un intento por determinar, creo, cómo nos sonaba y, por extensión,

cómo sonaría cuando relatase sus gestiones a las personas que estaban por encima de él en la cadena de mando.

—La policía estatal ha buscado a Harry Muller en el registro de vehículos —prosiguió—, y tienen la marca, el modelo, el color y el número de matrícula de su caravana. Hace quince minutos, el vehículo aún no había aparecido... pero aquello es una selva, y puede que tarden, incluso aunque el vehículo todavía esté en la zona.

—¿El móvil o el *busca* emiten alguna señal? —preguntó Kate.

—La compañía telefónica lo está averiguando. Hasta ahora, la respuesta era no.

Por mi conversación con Harry, sabía que esa mañana debía estar allí, pero Walsh no lo había mencionado, así que se lo pregunté:

—¿Harry debía presentarse hoy para darte su informe?

—Sí, tenía que estar aquí no más tarde de las nueve para devolver el equipo y los discos de la cámara digital a Soporte Técnico, y luego darme su informe.

—Sin embargo, todavía no has llegado al punto de sentirte preocupado.

—Me preocupa. Pero no me sorprendería si llamase ahora mismo o entrase en este despacho.

—A mí sí. Harry Muller no faltaría a una reunión con un superior.

Walsh no respondió.

Yo no estaba muy entusiasmado con el estilo de jefatura de Tom Walsh, que aceptaba las cosas sin intentar hacer nada por cambiarlas, pero los tipos nuevos en un cargo han de tener cuidado de no llamar al director del FBI a las primeras de cambio.

Además, por supuesto, había otra dimensión de ese problema, y ésta era el propio Club Custer Hill. Si Harry Muller hubiese estado siguiendo a Abdul Salami por el bosque y hubiese desaparecido, la respuesta habría sido muy diferente.

También, puestos a ser cínicos, si Harry Muller hubiese sido del FBI y no del DPNY, la respuesta quizá hubiese sido un poco más rápida, a pesar del largo fin de semana. El agente del FBI Ken Reilly tal vez hubiese llamado a Tom Walsh el domingo por la noche. No es que la seguridad de un poli sea menos importante que la de un agente del FBI; tiene más que ver con la desafortunada y en parte merecida reputación de espíritus libres que tienen los Mejores de Nueva York.

—¿Crees que la desaparición de Harry está directamente relacionada con la vigilancia? —pregunté.

Walsh tenía la respuesta a punto.

—No quiero conjeturar sobre la naturaleza de su desaparición, pero si lo hiciese, diría que es posible que Harry Muller tuviese un accidente. Hay miles de hectáreas de bosques y zonas agrestes en esa región, y es posible que esté perdido o herido. Quizá se ha roto una pierna, ha pisado una trampa para osos o incluso ha sido atacado por un oso. Por lo que me ha dicho el responsable de Albany, la gente de por allí a veces caza fuera de temporada, por lo que también es posible que Harry vistiese ropa de camuflaje y que le disparase algún cazador. En los bosques salvajes hay toda clase de peligros. Por eso se los llama salvajes.

—Por eso mismo no parece una buena idea haber mandado allí a alguien solo — señaló Kate—. Tendría que haber ido con un compañero.

—En retrospectiva, quizá tengas razón —admitió Walsh—, pero he dispuesto docenas de vigilancias rurales con un solo agente. Los Adirondack no son la selva africana.

—Pero acabas de decir... —comenzó Kate.

—Ése es el procedimiento habitual, y no pusiste ninguna pega cuando hablamos de enviar a John. Vamos a ocuparnos del problema inmediato.

Me dije que Walsh era el problema inmediato, así que le pregunté:

—¿Tom, qué es exactamente el Club Custer Hill?

Lo pensó durante unos segundos.

—No veo qué relación puede tener con encontrar a Harry, pero si quieres una respuesta... por lo que sé, que no es mucho, se trata de un club de caza y pesca muy privado y exclusivo, cuyos miembros son en su mayoría ricos, o poderosos, o ambas cosas.

—También tienen influencia política.

—Eso es lo que me dijeron. Yo diría que mitad Washington y mitad Wall Street.

—¿De dónde sacaste la información?

—Se me informó. No preguntes. Estoy seguro de que la lista actual y completa de los miembros del club no es de dominio público, y por esa razón alguien del Departamento de Justicia quiso que se vigilase esa reunión.

—¿Quién te llamó?

—Eso no es asunto tuyo.

—Buena respuesta. —Respecto al mensaje de Harry a su novia, le pregunté—: ¿Qué debía hacer Harry en el aeropuerto? ¿Qué aeropuerto?

Walsh titubeó, pero acabó por responderme.

—El aeropuerto local de los Adirondack. Algunas de las personas que debían participar en esa reunión probablemente llegaron en vuelos comerciales; allí hay un servicio de puente aéreo. Harry debía ir al aeropuerto el sábado o primera hora del domingo y pedir fotocopias de las listas de pasajeros.

Asentí. A Walsh se le había olvidado mencionar que se puede acceder a las listas de pasajeros de los aviones desde cualquier parte donde la compañía tenga un ordenador, o incluso directamente desde donde estábamos con la cooperación de las aerolíneas. Por lo tanto, la verdadera misión de Harry en el aeropuerto era averiguar quiénes habían llegado en aviones privados o de alquiler. Después estaban los coches de alquiler, y las copias de los contratos de los mismos podrían ser muy útiles a la hora de averiguar quiénes habían asistido a la reunión. Comenzaba a pensar que quizá me interesara ocuparme de ese asunto.

En cualquier caso, Tom Walsh cambió de tema.

—La policía estatal tiene aviones de búsqueda equipados con sensores de infrarrojos para localizar grandes organismos, vivos o muertos recientemente. Son

personas muy bien preparadas y equipadas para encontrar a gente perdida en el bosque.

—Eso está muy bien.

Era mi turno de cambiar de tema, y le dije:

—Pareces sugerir que ésta era una misión rutinaria, y, sin embargo, has venido aquí en un festivo para reunirte con Harry y recibir su informe. Aparentemente también hay alguien en Soporte Técnico para recibir los discos de su cámara digital y los vídeos, que deduzco serán transmitidos inmediatamente a Washington junto con lo que pudiese haber encontrado en el aeropuerto.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Cuál es la urgencia de esta vigilancia?

—No tengo idea. Cumplo órdenes, igual que tú... Bueno, en realidad, tú no cumples las órdenes, pero yo sí. —Añadió—: Sólo haces las preguntas que necesitas para llevar a cabo el trabajo. Hacemos una determinada cosa. —También me explicó—: El nuestro es un trabajo de servicio de inteligencia. Algunas veces sabemos por qué. Otras no. Algunas veces nos dicen que actuemos según los datos encontrados; en otras lo hace algún otro.

—¿Cuánto tiempo lleva esto en marcha?

—Desde hace bastante tiempo.

Como siempre, había un leve choque de métodos entre el FBI y la policía que, estoy seguro, resulta frustrante para todos.

—Tom, he trabajado con muchos del DPNY desde que estoy en la Task Force —señaló Kate—, y he aprendido mucho de ellos y ellos han aprendido mucho de nosotros.

La verdad es que yo he aprendido poco o nada del FBI, aunque la CIA es interesante.

—Desde el 11-S —añadió Kate—, necesitamos pensar de otra manera, formular cualquier pregunta que deseemos hacer y enfrentarnos a nuestros superiores cuando no estemos satisfechos con lo que nos dicen.

Walsh la observó durante unos momentos antes de contestar.

—Creo que alguien te está dando un mal ejemplo.

—No. Lo que sucedió hace un año es lo que ha cambiado mi modo de pensar.

Walsh prefirió no responder a eso.

—Volvamos al tema del agente...

Kate lo interrumpió, y esta vez adoptó su tono de abogada.

—Tom, todavía no entiendo por qué ese grupo está bajo vigilancia. ¿Cuál es la actividad ilícita o el delito federal que se sospecha que han cometido?

—Por qué se sospecha de ellos no tiene nada que ver con la aparente desaparición de Harry Muller, y por tanto no necesitas saberlo.

Me sumé a la discusión.

—Ése es un grupo reaccionario, ¿no es así? Una casa de radicales de extrema

derecha.

Walsh asintió.

—Por consiguiente, teniendo en cuenta eso, y el alto nivel político y financiero de los socios de ese supuesto club de caza y pesca, quizá estemos hablando de una conspiración para hacerse con el gobierno.

—Creo que eso ya lo hicieron el día de las elecciones —replicó con una sonrisa.

—Tienes razón. Mientras tanto, de verdad, estaría bien saber qué te dijeron en el cuartel general.

Walsh lo consideró durante unos momentos.

—Vale. No creo que os vaya a servir de mucho, pero me dijeron que esto estaba relacionado con una conspiración para amañar los precios del crudo. El tipo que por lo visto preside el club es Bain Madox. Quizá os suene el nombre. Es el dueño y presidente ejecutivo de Global Oil Corporation GOCO. Y esto ya es más de lo que necesitáis saber.

Lo pensé. El nombre me era conocido, y lo de amañar los precios del crudo no era ninguna novedad. Sin embargo, no acababa de explicar del todo la existencia del Club Custer Hill, o incluso a sus miembros. Allí había algo que no cuadraba, y Tom Walsh no iba a mover un dedo al respecto, aunque pudiese. Así y todo, le dije:

—Leí tu nota.

—Eso es alentador.

—Creía que los iraquíes eran nuestra principal preocupación.

—Así es.

—Entonces, ¿qué tiene que ver el Club Custer Hill con los iraquíes o la guerra en ciernes?

—Hasta donde yo sé, nada. La misión de Harry surgió a causa de la reunión del fin de semana en el club, algo poco frecuente. ¿Tienes alguna dificultad para entenderlo?

—Lo siento. Me había mentalizado para actuar según tu nota, y ya me había buscado un mantel a cuadros para envolverme la cabeza y pasarme el día delante de un café iraquí.

—Olvídalo. Volvamos al problema de ahora. Aún no he comunicado al cuartel general la desaparición del agente, pero muy pronto alguien de allá comenzará a preguntar por la información que solicitaron. Cuando eso ocurra, deberé explicar que el agente designado para la tarea está temporalmente fuera de contacto. No será una conversación agradable, pero si conseguimos averiguar algo entre ahora y entonces, quizá pueda darles algunas noticias positivas.

—A Kate y a mí nos gustaría ir hacia allí para ayudar en la búsqueda.

Estoy seguro de que yo no había sido la primera elección de Tom Walsh para ese trabajo, pero estaba de guardia, y además sabía que Harry y yo éramos amigos. También necesitaba tener a un agente del FBI en el lugar, y Kate había cometido el error de presentarse en un festivo. Así que *voilà*. Walsh podría decirle a Washington

que ya tenía de camino un equipo.

—Me pareció que querríais hacerlo —nos dijo Walsh—, así que ya está todo arreglado.

—Bien. Nos marcharemos cuanto antes.

Walsh consultó su reloj.

—Os vais dentro de cinco minutos. Abajo hay un coche que os llevará hasta el Downtown Manhattan Heliport. Desde allí, un helicóptero del FBI os llevará al aeropuerto local de los Adirondack. El tiempo estimado de viaje es de unas dos horas. Habrá un coche de Hertz en el aeropuerto alquilado a nombre de John. Llamadme cuando llegéis allí y os daré nuevas instrucciones.

—¿Tenemos a alguna persona de contacto en el lugar? —preguntó Kate.

—Quizá. Los agentes de Albany y de aquí se reunirán con vosotros esta noche o mañana.

—¿Tenemos una orden de registro para el Club Custer Hill? —pregunté.

—La última noticia de nuestra oficina en Albany es que intentan dar con un fiscal federal en festivo, que a su vez necesita encontrar a un juez federal que quiera trabajar hoy.

—¿Han probado en los bares?

—El fiscal deberá convencer al juez de que éste es un caso federal y de que, por tanto, él o ella deben autorizar una orden de registro para la propiedad del Club Custer Hill, que tiene una superficie de unos cuarenta kilómetros cuadrados sin incluir la casa. No la conseguiremos sin una causa probable, y no tenemos razones para creer que Harry Muller se encuentre en la casa.

—No necesitamos una orden si hay riesgo inminente de que la vida de una persona esté en peligro —le recordó Kate.

—Estoy seguro de que el propietario, el señor Madox, consentirá la búsqueda de una persona que puede estar extraviada o herida en su propiedad, y primero probaremos esa vía —replicó Walsh—. Pero si Madox rehúsa cooperar, o sencillamente no está allí, y hay un empleado del club que no sabe qué hacer, entonces utilizaremos la orden de registro.

—¿Cómo le explicas al señor Madox que quizá tienes a un agente federal perdido en su propiedad? —pregunté.

—No necesita saber que es un agente federal. Dejaremos que la búsqueda en la propiedad la haga la policía del estado. Obviamente, estamos intentando hacer lo máximo posible, sin alertar a Madox de que está bajo vigilancia.

—Si Harry fue detenido por los guardas del club, entonces Madox ya sabe que está bajo vigilancia, Tom —dije.

—En primer lugar, no hay ninguna prueba ni razón para creer que Harry fuese detenido en el Club Custer Hill. Pero si lo fue, se habrá aferrado a su tapadera.

—¿Qué es?

—Un observador de pájaros que se ha perdido.

—No creo que eso dé para muchos vuelos, y perdona el chiste. ¿Qué pasa si los guardas lo cachearon? ¿Iba limpio al entrar?

Walsh vaciló un momento antes de responder.

—No. Pero ¿qué probabilidades hay de que unos guardas privados cacheen a un intruso o de que Harry se lo permitiera?

—No lo sé. Tom. Pero no me gustaría descubrirlo por las malas. Si yo hubiese ido allí, nunca lo habría hecho con mis credenciales federales y con una Glock. Los polis que se hacen pasar por traficantes de drogas nunca llevan el arma y la placa —le recordé.

Walsh no pareció agradecer la lección.

—En primer lugar —manifestó—, el Club Custer Hill no es un antro de drogadictos, así que no emplees tus analogías de poli cuando no son apropiadas. Además, vamos a suponer que Harry no fue sorprendido, detenido o cacheado por los guardas privados del Club Custer Hill.

—Vale, entonces asumiremos que está perdido o herido en la propiedad. La policía estatal y local estará realizando una búsqueda terrestre y aérea ahora mismo. ¿A qué estamos esperando?

—No estamos esperando, John. Damos un paso cada vez, y ellos están buscando en la zona boscosa fuera de la propiedad del club. —Nos miró—. Personalmente, no creo que vayamos a encontrar a Harry en la casa, y tampoco tú, si lo piensas un poco. Seamos racionales y procuremos mantener un equilibrio entre nuestra preocupación por Harry y la necesidad de mantener al señor Madox a oscuras.

—Yo tampoco veo mucha luz aquí —repliqué.

—Ésta no es diferente de cualquier otra misión. Recibes toda la luz que necesitas para dar el siguiente paso en la oscuridad.

—Eso me suena a rollo patatero.

—Es la política oficial.

—John, tenemos que irnos —dijo Kate.

Walsh se levantó, y nosotros lo imitamos.

—Si hay alguna novedad, llamaré al helicóptero —prometió. Nos dimos la mano—. Si tenéis que quedaros a pasar la noche, buscad un alojamiento.

—No esperes vernos por aquí hasta que encontremos a Harry.

—Buena suerte.

Salimos del despacho de Walsh, fuimos a nuestras mesas, apagamos los ordenadores, recogimos nuestras cosas y bajamos al vestíbulo en el ascensor.

Un coche y el conductor nos esperaban en la puerta, y en el viaje al helipuerto, Kate me preguntó:

—¿Qué crees?

—Creo que nunca hay que ir a la oficina en tu día libre. Ninguna buena obra se salva de su castigo.

—He tenido suerte de estar aquí. ¿Qué crees que le puede haber pasado a Harry?

—Según mi experiencia y las estadísticas, la explicación más probable para cualquier desaparición, especialmente la de un varón adulto, es un accidente del que aún no se tiene noticias, un suicidio o una desaparición voluntaria. En contadas ocasiones hay juego sucio de por medio.

Kate se lo pensó un momento.

—¿Crees que ha podido tener un accidente?

—No.

—¿Suicidio?

—Imposible.

—¿Que sencillamente se ha ido de juerga a algún lugar?

—No.

—¿Entonces...?

—Sí.

No hablamos durante lo que quedaba de trayecto.

Capítulo 18

Había una media docena de helicópteros en la pista, y el nuestro fue fácil de encontrar porque llevaba las insignias del FBI, cosa que no llevan la mayor parte de los aparatos del FBI. Prefiero viajar y llegar en transportes sin identificar, pero el piloto nos explicó que ése era el único helicóptero que había disponible. Menuda novedad.

Subimos al helicóptero —un Bell Jet Ranger— y despegamos de la pista en el East River para seguir el río hacia el norte. A la izquierda nos quedaba el imponente perfil de Manhattan, y a la derecha, los misteriosos llanos de Brooklyn y Queens, donde rara vez me aventuro.

Continuamos con rumbo norte por encima del Hudson y atravesamos su majestuoso valle.

En menos de diez minutos dejamos atrás el puente de Tappan Zee y, unos pocos minutos más tarde, volábamos sobre campo abierto.

No soy un entusiasta de los grandes espacios abiertos, pero desde allí arriba se disfrutaba de un espectacular panorama de pequeñas ciudades, granjas y árboles cuyas hojas otoñales resplandecían bajo la intensa luz del sol.

—Tendríamos que comprarnos una casa de fin de semana por aquí —dijo Kate.

Lo esperaba. Vayamos donde vayamos, ella quiere una casa de fin de semana, una casa en la playa, una casa en el campo, una casa en la montaña o lo que sea. Si no me equivoco, ya llevamos unas catorce casas. Respondí lo mismo de siempre.

—Una gran idea.

El río Hudson, el Rin de Estados Unidos, relucía al sol, y vetamos las mansiones y los castillos a lo largo de sus riberas.

—Ahí hay un bonito castillo con un cartel de «Se vende» —comenté.

Kate hizo caso omiso de la observación, y siguió a lo suyo.

—Hay veces en las que tengo muy claro que voy a pasar de todo esto, buscarme un lugar en el campo y llevar una vida normal. ¿Alguna vez te lo has planteado?

Eso era algo que llevaba oyendo con frecuencia después del 11-S, y no sólo en boca de Kate, sino de otras personas. Los medios lo explicaban como estrés postraumático, angustia bélica, miedo a otro ataque, la amenaza del ántrax y cosas por el estilo.

—Como recordarás, yo estaba dispuesto a recoger los bártulos, pero después de los ataques comprendí que no iría a ninguna parte. Estoy motivado.

—Lo comprendo. Pero no dejo de pensar que ocurrirá de nuevo, y la próxima vez puede ser peor. Quizá el ántrax, un gas venenoso, un artefacto radiactivo...

No respondí.

—Hay gente que se ha marchado de la ciudad, John.

—Lo sé. Ahora es mucho más fácil conseguir un taxi y reservar una mesa para cenar.

—Eso no es divertido.

—No, no lo es. —De hecho, conocía a personas que, desde el 11-S, se habían comprado casas en el campo, embarcaciones para una evacuación rápida o, sencillamente, se habían trasladado a Dubuque. Eso no les garantizaba seguridad pero tampoco era ninguna tontería.

—Soy mayor que tú —dije—, y recuerdo una época en que todo era diferente. No me gusta la manera como estos malnacidos nos hacen vivir. Me gustaría vivir los años necesarios para ver que mejoran las cosas, y me gustaría haber formado parte de la mejora. No voy a salir corriendo.

Se quedó sin respuesta, y ambos contemplamos a través de las ventanillas el bello paisaje otoñal.

—Las cosas no mejorarán en lo que te queda de vida a ti ni en la mía —señaló Kate luego.

—Nunca se sabe. Mientras tanto, haremos todo lo posible.

—Este asunto de Harry —dijo al cabo de un momento— no tiene nada que ver con el terrorismo islámico, pero todo forma parte del mismo problema.

—¿Cómo es eso?

—Esto va de personas que están metidas en algo así como una lucha de poder. La religión, la política, la guerra, el petróleo, el terrorismo... El mundo va hacia algo sin punto de comparación con lo que hemos visto hasta el presente.

—Es probable. Mientras tanto, busquemos a Harry.

Ella miró a través de la ventanilla.

Kate tiene coraje físico, algo que pude comprobar cuando el señor Jalil nos utilizó para sus prácticas de tiro, pero el año que habíamos pasado se dejaba notar en su salud emocional.

Además, para todos los que estamos metidos en este asunto, poco ayudan a nuestro equilibrio mental los informes clasificados que recibimos todos los días en los que se nos avisa de esta o aquella amenaza doméstica. Eso, sumado a la inminente guerra contra Irak, empezaba a poner mal de los nervios a algunas de las personas con las que trabajaba.

Kate tiene días buenos y malos, como todo el mundo. Aquél no era un buen día. En realidad, el 10 de septiembre de 2001 había sido el último bueno.

Novena parte

Lunes. Norte del estado de Nueva York

Dada la magnitud de una respuesta federal a un presunto incidente con armas de destrucción masiva, los primeros en responder puede que duden a la hora de iniciar los mecanismos que pongan en marcha dicha respuesta.

Terrorism in the United States
FBI Publications, 1997

Capítulo 19

Dos horas y quince minutos después de salir del helipuerto, volamos sobre la ciudad de Saranac Lake, en el norte del estado. Al cabo de unos minutos aparecieron tres largas pistas que formaban un triángulo, rodeado de bosque. Me pareció ver a unos osos que acechaban al borde del claro.

Mientras descendíamos, observé unos cuantos elegantes aviones privados aparcados allí, aunque sólo uno llevaba un logo en la cola. En el caso de los aviones de empresa, no es bueno identificarse; en parte por razones de seguridad, y en parte porque cabrea a los accionistas. Así y todo, busqué alguno en el que pusiera GOCO, pero no vi ninguno.

El piloto habló por radio con alguien y después aterrizó detrás de un edificio de madera que parecía una de las típicas casas de los Adirondack. La construcción resultaba un tanto incongruente para un aeropuerto, pero por mis infrecuentes viajes a esas montañas sabía que los lugareños se tomaban muy en serio todo su falso estilo rústico, por lo que me sorprendió que los hangares no pareciesen cabañas de troncos.

Fuera como fuese, el piloto apagó el motor del helicóptero y el nivel de ruido bajó sensiblemente.

El copiloto saltó a tierra, abrió la puerta de la cabina y le dio a Kate la mano para ayudarla a bajar. Yo la seguí sin aceptar la mano del tipo, y le pregunté por encima del ruido de las palas:

—¿Ha visto algún oso?

—¿Eh?

—No importa. ¿Se quedan?

—No. Repostamos y emprendemos el regreso a Nueva York. —Mientras estábamos hablando, un camión cisterna venía hacia nosotros; un servicio mucho más rápido del que recibo en mi gasolinera. Debía de tener algo que ver con el logo del FBI en el helicóptero.

Me volví para echar una ojeada a las pistas casi vacías. Los aviones privados estaban aparcados en hilera en un tramo de asfalto, y más lejos había unas cuantas avionetas. No se apreciaba ninguna actividad visible.

Allí hacía mucho más frío, y veía cómo se condensaba mi aliento, que no es precisamente lo que uno quisiera ver a la una y media de la tarde de un soleado día de principios de octubre.

—Huele el aire —dijo Kate.

—No huelo nada.

—El aire de la montaña, John. Mira esos árboles, y aquellas montañas.

—¿Dónde demonios estamos?

—En la tierra de Dios.

—Bien, pues tengo que hacerle unas cuantas preguntas.

Al parecer, el edificio de madera era la terminal de pasajeros, y lo rodeamos para llegar a la entrada principal, que tenía un porche con una balaustrada rústica. En ese porche había una mesa, una máquina de Pepsi y un tipo de seguridad que fumaba un cigarrillo. Nadie podría confundir ese lugar con el aeropuerto internacional JFK.

—Llamaré a Tom —dijo Kate.

—¿Por qué?

—Quizá alguien tiene que encontrarse con nosotros aquí.

—Pues no se me ocurre cómo pueden no vernos. —La verdad es que no había nadie más, y apenas una docena de vehículos en el aparcamiento, la mitad de los cuales probablemente habían sido abandonados por personas que sólo tenían pasaje de ida para marcharse de aquella enorme y salvaje espesura.

Entramos en la terminal, donde se estaba mucho más caliente que en el gélido valle alpino de fuera. El interior era recogido, funcional y tranquilo.

Pese a ser un lugar pequeño y aislado había un control de seguridad con su arco detector de metales y un escáner de equipajes. No había ningún guardia en el control, ni tampoco pasajeros, y asumí que no debían de esperar ningún vuelo inminente. Kate echó una ojeada a la desierta terminal.

—No veo a nadie que pueda estar esperándonos.

—¿Cómo puedes saberlo en medio de toda esta multitud?

No hizo caso de mi comentario, y añadió:

—Hay mostradores de alquiler de coches, un restaurante y los servicios. ¿Por dónde quieres empezar?

—Por allí. —Me volví hacia el único mostrador de venta de billetes, que lucía un cartel de «Continental CommutAir».

—¿Qué haces? —preguntó Kate.

—Vamos a ver qué se suponía que Harry debía averiguar aquí.

—Eso no fue lo que Tom...

—Que le den por culo a Tom.

Ella lo consideró y estuvo de acuerdo.

—Sí, que le den por culo.

Me acerqué al pequeño mostrador, donde una imponente mujer de mediana edad y un joven sentados en taburetes nos miraban. Parecían ser hermanos y, desafortunadamente, creo que sus padres también lo eran. La mujer, con una placa que decía «Betty», nos saludó.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Quiero un billete a París —contesté.

—¿Quiere ir vía Albany o vía Boston?

—¿Qué tal por ninguna de las dos?

—Señor, no hay vuelos directos desde aquí a ninguna parte —me informó Betty

—, excepto a Albany y Boston.

—¿Bromea? ¿Qué pasa con los vuelos de llegada?

—Pues lo mismo. Albany o Boston. Continental CommutAir. Dos vuelos al día. Acaba de perder el último a Boston. —Me señaló con el pulgar los horarios de llegada y salida que estaban en la pared detrás de ella—. Volamos a Albany a las tres.

Una única línea aérea, dos ciudades, dos vuelos a cada ciudad. Eso hacía que mi trabajo fuese más rápido y fácil.

—Quiero hablar con el gerente.

—Está hablando con ella.

—Creía que usted se encargaba de la venta de pasajes.

—Así es.

—Espero que no sea también el piloto.

Kate pareció impacientarse con mis tonterías y sacó sus credenciales.

—FBI, señora. Soy la agente especial Mayfield y él es el detective Corey, mi ayudante. ¿Podemos hablar con usted en privado?

Betty nos miró con más atención.

—Ah... ustedes son las personas que acaban de llegar en el helicóptero.

Comprendí que allí las grandes noticias viajaban rápido.

—Sí, señora. ¿Adónde podemos ir para revisar las listas de pasajeros?

Betty se bajó del taburete, le pidió a su ayudante, Randy, que vigilase el fuerte y luego nos dijo:

—Sígueme.

Pasamos al otro lado del mostrador y entramos en un pequeño despacho vacío con mesas, ordenadores, máquinas de fax y más cosas electrónicas.

La mujer se sentó a una de las mesas. Creo que yo no le caía bien, porque le preguntó a Kate:

—¿Qué necesita?

—Necesito las listas de los pasajeros que llegaron aquí el jueves, viernes, sábado, domingo y hoy. También los pasajeros de salida de los mismos días y de mañana.

—Muy bien.

—¿Alguien ha estado aquí o la ha llamado en los últimos días para preguntar por las listas de pasajeros? —pregunté.

—No —contestó, y sacudió la cabeza.

—¿Si alguien hubiese llamado o estado aquí durante su ausencia, lo sabría?

—Por supuesto. Jake, Harriet o Randy me lo hubiesen dicho.

Quizá Kate tenía razón, y yo debía hacer lo que habían hecho muchos de mis colegas: buscarme un empleo como jefe de policía en un pueblo donde todos saben lo que hacen los demás. Kate podía conseguir trabajo como encargada de controlar el cruce de la calle de los niños a la entrada y salida de la escuela. Yo me pasaría todas las horas de trabajo en el bar, y ella tendría una aventura con un guarda forestal.

—Bien. ¿Puede imprimir las listas de pasajeros?

Betty hizo girar la silla y tecleó la orden.

Mientras la impresora funcionaba, eché un vistazo a las dos primeras hojas.

—No hay mucha gente en estos vuelos.

—Son aviones de enlace —replicó Betty mientras tecleaba—. Tienen una capacidad máxima de dieciocho pasajeros.

Eso era una muy buena noticia.

—¿Éstos son todos los pasajeros que llegaron y salieron en los días citados?

—Es lo que hay ahora mismo. No les puedo decir quiénes viajarán en el vuelo de las tres a Albany o en los vuelos de mañana, pero les estoy buscando las reservas para dichos vuelos.

—Bien. ¿Tiene también el registro de las llegadas y salidas de los aviones privados? —pregunté.

—No, ésta es una aerolínea. Los aviones privados son cosa de aviación general, y de ellos se encarga la oficina de operaciones de la rampa.

—Por supuesto. ¿En qué estaría yo pensando? ¿Dónde está la oficina de operaciones de la rampa?

—Al otro extremo de la terminal.

Antes de que pudiese decir que aquel lugar no era lo bastante grande como para tener otro extremo, Betty añadió:

—Llevan un registro de los aviones que entran o salen sólo si pasan aquí la noche y cargan combustible.

Eso es lo que más me gusta de este trabajo; todos los días aprendes algo nuevo que no te servirá nunca más durante el resto de tu vida.

—¿Puede conseguirmos los registros? —le pidió Kate.

—Enviaré a Randy para que les traiga una copia. —Cogió el teléfono y le dijo a su ayudante—: Hazme un favor, cariño, y ve a la rampa de operaciones. —Le explicó lo que necesitaba, colgó y nos dijo—: ¿Puedo preguntar por qué necesitan estas listas?

—Información confidencial, y debo pedirle que no se lo mencione a nadie —respondió Kate.

—Ni siquiera a Jake, Harriet o Randy —añadí.

Betty asintió con expresión distraída mientras mentalmente hacía una lista de las personas a las que les comentaría la visita del FBI.

Randy apareció al cabo de unos pocos minutos con unas cuantas hojas que le entregó a Betty y que ella a su vez le dio a Kate. Ambos las leímos. Había un par de docenas de aviones privados que habían estado en el aeropuerto en los días que nos interesaban, pero la única información era la marca, el modelo y el número de registro de los aparatos.

—¿Sabe si hay alguna información referente a quiénes son los propietarios de estos aviones? —pregunté.

—No, pero puede averiguarlo por los números de registro.

—Bien. ¿Y puedo saber quiénes viajaban a bordo?

—No. Aviación general no lleva un registro de los pasajeros de los vuelos privados. Por eso se llaman privados.

—Estupendo. Dios bendiga a América. —Mientras tanto, Osama bin Laden podía estar a bordo de un avión privado y nadie se enteraría. Todavía entonces, un año después del 11-S, la seguridad de la aviación general era inexistente, mientras los pasajeros de la aviación comercial, incluidos los bebés, las tripulaciones y las encantadoras ancianitas, tenían que soportar cacheos incluso en los vuelos de enlace. Que alguien me lo explique.

Kate recogió las hojas y las guardó en el maletín.

Yo le formulé a Betty la pregunta de rigor.

—¿Ha visto algo fuera de lo normal durante el fin de semana?

Giró la silla para mirarnos.

—¿Cómo qué?

¿Por qué siempre preguntan lo mismo?

—Fuera de lo normal, inusual.

Betty sacudió la cabeza.

—Nada que yo recuerde.

—¿Más pasajeros de llegada que de costumbre?

—Bueno, sí, viene mucha más gente cuando es un fin de semana largo. En verano e invierno es cuando tenemos más visitantes. Pero también se nota un aumento de la actividad en otoño, con los que vienen a mirar las hojas. Después comienza la temporada de caza, y luego llega el puente de Acción de Gracias, Navidad, el esquí y...

La interrumpí antes de que llegásemos al Día de la Marmota.

—¿Le llamó la atención alguno de los pasajeros?

—No. Pero ¿sabe qué?

—¿Qué?

—Un tipo importante vino de Washington.

—¿Se había perdido?

Miró a Kate como si le preguntase: «¿Quién es este imbécil que la acompaña?»

Kate se hizo cargo.

—¿Quién era?

—No lo recuerdo. Secretario de algo. Su nombre tiene que constar en la lista de pasajeros.

—¿Cómo llegó?

—CommutAir desde Boston. Creo que fue el sábado. Sí, el sábado. Llegó en el vuelo de las once, y uno de nuestros guardias de seguridad lo reconoció.

—¿Alquiló un coche? —preguntó Kate.

—No. Recuerdo que lo esperaba un tipo del Club Custer Hill; es un club privado que está a unos cincuenta kilómetros de aquí. En aquel vuelo había otros tres tipos, y

parecían ir juntos.

—¿Cómo sabe que el tipo que recibió al secretario de algo era del club? — pregunté.

—El conductor vestía el uniforme del personal del Club Custer Hill. Vienen de vez en cuando a buscar o traer pasajeros. Los cuatro recogieron sus equipajes y subieron a la furgoneta que los esperaba.

Asentí. Muy pocas cosas se pasaban por alto en los lugares pequeños.

—¿La furgoneta del Club Custer Hill recogió a algún otro pasajero que hubiese llegado en otro vuelo?

—No lo sé. Puede que yo no estuviese de servicio.

—¿La furgoneta trajo a algún pasajero de salida?

—No lo sé. No siempre alcanzo a ver lo que sucede en el exterior.

—De acuerdo. —No quería mostrar más interés por el Club Custer Hill, así que pasé a nuestra tapadera—. Lo que necesitamos saber es si usted o algún otro vio a alguien de aspecto... ¿cómo puedo decirlo sin que parezca que es una manifestación racista? ¿Cualquiera que pareciese de algún país donde hay muchos camellos?

Betty asintió para decir que me había entendido, pensó unos segundos y respondió:

—No, creo que una persona así destacaría.

Yo no tenía la menor duda al respecto.

—¿Podría hacernos el favor de preguntarle a los demás cuando tenga un momento?

—Claro que sí —manifestó, entusiasmada—. ¿Quiere que lo llame?

—Ya la llamaré yo, o me pasaré por aquí.

—Muy bien. Lo preguntaré. —Hizo una pausa y nos miró—. ¿De qué va todo esto? ¿Creen que va a pasar algo?

Me acerqué a Betty y le dije en voz baja:

—Es algo relacionado con las Olimpiadas de Invierno en Lake Placid, pero no se lo comente a nadie.

Betty procesó la información.

—Las Olimpiadas de Invierno fueron en 1980 —señaló.

—¡Maldita sea! ¡Hemos llegado demasiado tarde! —le dije a Kate. Luego le pregunté a Betty—: ¿Eh, y pasó algo?

Kate me dirigió una mirada de advertencia y después le comentó a Betty:

—Ésta es la manera que tiene el detective Corey de decir que no podemos dar más explicaciones. Pero nos vendría bien su ayuda.

Normalmente, ahí es cuando le das tu tarjeta al buen ciudadano, pero ahora estábamos con el rollo de la tapadera, y Kate llevaba la voz cantante, así que le pidió a Betty su tarjeta.

—Nosotros la llamaremos —le repitió—. Gracias por su ayuda.

—Si necesitan lo que sea, no tienen más que decirlo. Si esas personas intentan

hacer algo por aquí, sabemos cómo manejarlos.

—Ése es nuestro trabajo, señora —repliqué con mi mejor acento a lo John Wayne—. No se tome la justicia por su mano.

Soltó un sonido que me pareció despectivo y después nos dijo:

—Ya que están por aquí, quizá les interese echarle un vistazo al Club Custer Hill.

—¿Por qué?

—Allí pasan cosas extrañas.

Me sentí como si estuviese en una película de serie B, donde el tipo de la ciudad es advertido por un lugareño de que no se acerque a la siniestra mansión en lo alto de la colina, pero no hace caso del consejo; algo que yo haría en el segundo acto. Le respondí, como si no fuese conmigo:

—Gracias. ¿Qué tal se come en el restaurante?

—Bastante bien, aunque es un poco caro. Pruebe la hamburguesa con queso y doble de beicon.

Betty tenía todo el aspecto de haberse comido unas cuantas. Nos acompañó hasta la puerta y nos despedimos.

—Haga lo que haga, señorita —le dije luego a Kate con un tono siniestro—, no vaya al Club Custer Hill.

—Y tú no pidas la hamburguesa con queso y doble de beicon —respondió ella con una sonrisa.

Pues ésa precisamente sería la primera cosa arriesgada que haría antes de ir al Club Custer Hill.

Capítulo 20

—Voy al lavabo —le dije a Kate.

—Debes. Estás lleno de mierda.

—Correcto. Nos vemos en el mostrador de alquiler de coches.

Nos separamos, fui al lavabo y al cabo de cuatro minutos estaba en los mostradores. Las mujeres tardan un poco más.

Había dos mostradores, Enterprise y Hertz, uno detrás del otro en un pequeño sector a un costado de la terminal. El joven sentado detrás del mostrador de Enterprise leía un libro. De pie, detrás del mostrador de Hertz, una joven jugaba con el ordenador. La placa de identificación sobre su considerable busto ponía «Max», y deduje que ése era su nombre y no la talla de su sujetador.

—Hola, Max. Tengo una reserva a nombre de Corey.

—Sí, señor. —Encontró mi reserva y nos ocupamos del papeleo, que sólo fue cuestión de minutos. Me entregó las llaves de un Ford Taurus, me dijo dónde estaba el aparcamiento y luego preguntó—: ¿Necesita alguna orientación?

—¿Se refiere en mi vida?

—No —replicó con una risita—. Me refiero a la hora de conducir. ¿Quiere un mapa?

—Claro. —Cogí el mapa—. Lo que necesito es un lugar donde alojarme.

—Allí tiene todos los folletos que quiera. Alojamientos, restaurantes, excursiones, compras.

—Fantástico. ¿Cuál es el mejor lugar de por aquí?

—The Point.

—¿Qué es The Point?

—No lo sé, John. —Sonrió.

—¿Cuál es el punto^[2]? —Se rió.

—Nunca falla. Todos caen.

—No lo dudo. Me has pillado. ¿Cuál es el lugar que me recomiendas?

—The Point.

—Vale...

—Es un lugar caro de verdad.

—¿Como cuánto? ¿Cien dólares?

—No, como mil dólares.

—¿Al año?

—La noche.

—Bromeas.

—No, es verdad. Es muy exclusivo.

—Ya puede serlo. —No creí que consiguiera colarlo como dieta de viaje, pero estaba dispuesto a arriesgarme—. ¿Cómo llego a The Point?

—Deja de dar vueltas y ve al grano. —Soltó una sonora carcajada y descargó una palmada en el mostrador—. Te pillé.

—Eh, eres muy buena. —¿Qué había hecho para merecer aquello?

Max consiguió controlarse.

—¿De verdad irás allí?

—¿Por qué no? Tengo un tío rico.

—Más te vale. ¿Eres rico?

—Soy John.

Se rió cortésmente.

—Es bueno.

Max me dio un mapa en el que se veían muchas carreteras sinuosas a través de espacios abiertos y muy pocas ciudades. Pensé en Harry, a quien le gustaban los Adirondack, y le pedí a Dios no equivocarme esa vez. La muchacha marcó una X en el mapa.

—The Point está en Upper Saranac Lake, más o menos por aquí. Tendrás que llamar para pedir indicaciones. También para preguntar si tienen habitaciones. Casi siempre está lleno.

—¿A mil dólares la noche?

—Sí. ¿Te lo puedes creer? —Sacó la guía de teléfonos de debajo del mostrador, buscó el número de The Point y lo escribió en el mapa—. No encontrarás un folleto de ese lugar en la estantería.

Me guardé el mapa en el bolsillo.

—¿Eres de Nueva York? —preguntó Max.

—Sí.

—Me encanta Nueva York. ¿Qué te ha traído aquí?

—Un helicóptero.

Comenzó a sonreír, luego, una pequeña luz se encendió en su cabeza y dijo:

—Ah, eres el tipo que ha venido en el helicóptero del FBI.

—Correcto. Fuller Brush Incorporated.

Se echó a reír.

—No... FBI. Como de Federal Bureau of Investigation.

Apareció Kate con dos tazas de café y me preguntó:

—¿Te lo pasas bien aquí?

—Estoy alquilando un coche.

—Te oía reír desde el restaurante. ¿Cuál es el chiste?

—¿Cuál es el punto?

Max se rió. Kate no.

—Es una larga historia —respondí.

—Resúmela.

—Vale, hay un lugar... un hotel o algo...

—Un complejo —me ayudó Max.

—Eso. Un complejo llamado The Point. Así que Max, que es esta joven... no, primero he preguntado «¿Cuál es el mejor lugar para alojarse?» y ella me ha contestado «¿Cuál es el punto?», y...

—No —me interrumpió Max—. Yo he dicho «The Point» y tú has preguntado «¿Cuál es el punto?», y entonces yo he dicho...

—De acuerdo —la cortó Kate—. Ya lo he entendido. —Dejó mi café en el mostrador—. ¿En qué punto estamos ahora?

—Me disponía a identificarme como agente federal —respondí con un tono muy profesional.

Kate fue más rápida y mostró sus credenciales primero. Le dijo a Max:

—Necesito las fotocopias de todos los contratos de alquiler de coches desde el jueves hasta hoy, incluidos los vehículos que han sido devueltos. A ver si los puede tener para dentro de diez minutos. Estaremos en el restaurante.

Kate fue al otro mostrador, Enterprise Rent-A-Car, y habló con el joven que lo atendía.

—Es mi esposa —le expliqué a Max.

—Caray, nunca lo hubiese adivinado.

Cogí mi café y fui al restaurante, que en realidad no era más que un pequeño café. Las paredes y el techo estaban pintados de un horrendo color azul cielo con nubes blancas que no se parecían a ninguna de este planeta. Aviones biplanos de plástico colgaban del techo, y fotos de diversos modelos de aeronaves completaban la decoración. Había un mostrador con cuatro taburetes vacíos y una docena de mesas desocupadas para escoger. Me decidí por una junto al ventanal que me permitía ver la pista.

Una atractiva camarera se acercó con la carta y me preguntó:

—¿Cómo está usted esta tarde?

—Muy bien. Estoy felizmente casado. ¿Puede traer otra carta? Mi esposa vendrá en un momento.

—Por supuesto... —Dejó la carta en la mesa y fue a buscar otra.

Sonó mi móvil, y la identificación de la llamada decía «Privado», lo que en el 90 por ciento de las veces es la oficina, así que dejé que atendiese el buzón de voz.

Kate entró en el café.

—Acaba de sonar mi móvil.

—Probablemente Bergdorfs te esté buscando.

Se sentó y escuchó el buzón de voz.

—Tom Walsh. Quiere que lo llame.

—Espera unos minutos.

—De acuerdo. —Sacó la pila de hojas de CommutAir del maletín y la dejó sobre

la mesa. Cogí la mitad y comencé a echarles una ojeada mientras marcaba un número en el móvil.

—¿A quién llamas?

—A The Point.

Me atendió un hombre llamado Charles.

—Quiero hacer una reserva para esta noche.

—Sí, señor. Tenemos disponibilidad.

—¿También tienen habitaciones?

—Sí, señor. Tenemos la Mohawk Room en el edificio principal, la Lookout en el Nido de Águilas, la Weatherwatch en la Casa de Invitados...

—Espacio, Charles, ¿qué puedo conseguir por mil dólares?

—Nada.

—¿Nada? ¿Ni siquiera un catre en la cocina?

Me recitó algunas de las tarifas de las habitaciones disponibles, y me despellejó con la Mohawk por mil doscientos dólares, que era la más barata de las disponibles.

—¿El lugar tiene calefacción y electricidad?

—Sí, señor. ¿Cuántas noches se quedará con nosotros?

—No estoy muy seguro, Charles. Comenzaremos con dos.

—Sí, señor. Si está aquí la noche del miércoles se requiere pajarita para la cena.

—¿Me está diciendo que necesito un esmoquin para cenar en el bosque?

—Sí, señor. —Me lo explicó—. William Avery Rockefeller, que era el anterior dueño de esta propiedad, siempre cenaba con sus invitados con pajarita. Intentamos recrear la experiencia todos los miércoles y sábados.

—Quizá necesite perderme la experiencia. ¿Puedo pedir el servicio de habitaciones en calzoncillos?

—Sí, señor. ¿Cómo asegurará la reserva?

Le di mi nombre y el número de mi tarjeta de crédito del gobierno, arreglamos unos cuantos detalles y le pregunté:

—¿Tienen osos por ahí?

—Sí, señor. Hay algunos osos en la zona, pero...

—Deles de comer esta noche, Charles. Nos vemos. —Colgué.

—¿Te he oído correctamente?

—Sí, condenados osos.

—El precio de la habitación.

—Sí, estamos en la Mohawk Room. La Weatherwatch a dos mil dólares la noche me ha parecido pasarse un poco.

—¿Estás loco?

—¿Por qué lo preguntas? Eh, después de dos noches en aquella covacha que reservaste nos merecemos un lugar bonito.

—Creo que en el área de Albany tenemos unas dietas de cien dólares por cabeza —me recordó—. Nosotros... tú tendrás que pagar la diferencia.

—Ya lo veremos.

Sonó el *busca* de Kate, y ella miró la pantalla.

—Tom.

—Deja que espere un poco más.

—Quizá han encontrado a Harry.

—Eso estaría bien. —Comencé a leer las hojas para ver si algo me llamaba la atención.

Kate también se dedicó a las suyas, y casi en el acto dijo:

—Aquí tengo el CommutAir que llegó de Boston el sábado a las once de la mañana... ¡Caray!

—¿Caray, qué?

—Edward Wolffer. ¿Sabes quién es?

—Sí, jugaba de centro para el...

—Es el secretario adjunto de Defensa. Todo un halcón, partidario acérrimo de la guerra contra Irak. Muy cercano al presidente. Sale mucho en la tele.

—Probablemente es el tipo que reconoció alguien de aquí.

—Sí, y aquí hay otro en el mismo vuelo: Paul Dunn. Es consejero presidencial...

—... en asuntos de seguridad nacional y miembro del Consejo Nacional de Seguridad.

—Exacto. ¿Cómo es que lo sabes?

—Es una de las preguntas fijas en el concurso Jeopardy.

—¿Por qué siempre quieres parecer estúpido?

—Es una buena tapadera para cuando lo soy de verdad. Así que Wolffer y Dunn llegaron el sábado, junto con otros dos tipos, según Betty, y todos subieron a una furgoneta del Club Custer Hill.

Kate volvió a repasar la lista de pasajeros del vuelo de las once procedente de Boston.

—Había otros nueve hombres en aquel vuelo, pero ninguno de sus nombres me suena, así que no sabemos quiénes eran los otros dos tipos que subieron a la furgoneta.

—Exacto. —Continué pasando hojas—. Wolffer y Dunn se marcharon ayer en el primer vuelo a Boston, para hacer transbordo a Washington.

Kate asintió pensativamente.

—¿Eso significa algo?

—Bueno, a primera vista no significa mucho. Algunos tipos ricos y poderosos se reúnen un fin de semana largo en una casa de montaña propiedad de un multimillonario del petróleo. Es como uno de aquellos fines de semana renacentistas, o una reunión del grupo Carlyle, donde según algunos, y los medios, creen que suceden toda clase de cosas siniestras: trampas en el precio del crudo, artimañas financieras y políticas, conspiraciones para dominar el planeta y cosas por el estilo. Pero a menudo no es más que un grupo de tipos ricos que se juntan para relajarse,

jugar a las cartas, hablar de mujeres y contar chistes obscenos.

Kate lo pensó.

—Algunas veces así es —admitió—. Pero alguien en el Departamento de Justicia ordenó la vigilancia de esta reunión.

—Ése es el punto.

—No todos los días el Departamento de Justicia quiere estar ojo avizor a lo que hacen el secretario adjunto de Defensa, un consejero presidencial y quién sabe quién más en ese club.

—Esto mejora —comenté. Miré de nuevo las listas de pasajeros—. Necesitamos investigar a todos los que llegaron aquí en vuelos comerciales en los últimos días, ver qué conexión, si la hay, tienen los unos con los otros y luego intentar descubrir lo que se suponía que debía encontrar Harry con la vigilancia: quién fue desde aquí al Club Custer Hill.

—No creo que ése sea nuestro trabajo —replicó Kate—. Tom no lo mencionó.

—Es bueno demostrar que tienes iniciativa. Tom lo valora y, por cierto, que le den por culo a Tom.

Apareció la camarera y uno de nosotros pidió una hamburguesa con queso y doble de beicon y el otro una ensalada Cobb; a saber qué demonios era eso.

Sonó mi *busca*, y miré el número. Para variar, Tom Walsh.

—Yo lo llamaré.

—No, ya lo llamaré yo —propuso Kate.

—Deja que me ocupe yo de esto. Le caigo bien y me respeta. —Marqué el número del móvil de Tom y respondió en el acto—. ¿Me has llamado? —le pregunté.

—Sí, he llamado a tu busca y al de Kate, y os he llamado a los dos a los móviles. Teníais que decirme algo cuando llegais.

—Acabamos de llegar. Viento de cara.

—Según el piloto, lleváis ahí casi una hora.

—Había una cola muy larga en el mostrador de alquiler de coches. A lo que importa, ¿qué se sabe de Harry?

—Todavía nada. —No me informó de nada más pero añadió—: Quiero que vayáis al cuartel regional de la policía del estado, en Ray Brook. Está a unos pocos kilómetros de Saranac Lake. Hablad con el mayor Hank Schaeffer, comandante de la tropa B, y coordinad las operaciones de búsqueda con él. Puedes ofrecerle tus servicios y tu experiencia para la búsqueda.

—De acuerdo. ¿Ya está?

—Por ahora. Mientras tanto, a través de los canales reglamentarios, estamos gestionando el envío de unos cuantos centenares de soldados desde Fort Drum para participar en el rastreo. Eso lo acelerará considerablemente. Dile a Schaeffer que todavía estamos trabajando en ello.

—Hecho.

—Llámame después de hablar con Schaeffer.

—Hecho.

—Bien. ¿Está Kate ahí?

—Está en el lavabo de señoras.

—Dile que me llame.

—Hecho.

—¿Qué haces ahora?

—Espero que me sirvan una hamburguesa con queso y doble de beicon.

—Vale... no te quedes en el aeropuerto demasiado tiempo y no le hagas preguntas a nadie.

—¿A qué te refieres?

—Ve al cuartel de la policía del estado lo más rápido posible, y ni se te ocurra ir al Club...

—Entendido.

—De acuerdo. Nada más.

Colgué y Kate me preguntó:

—¿Qué ha dicho?

Bebí un sorbo de café y continué con la lectura de las listas.

—Quiere que vayamos al Club Custer Hill y veamos si está allí Bain Madox, que hablemos con él y que averigüemos quién más está allí.

—¿Eso ha dicho?

—No con tantas palabras.

—¿Quiere que lo llame?

—Cuando te vaya bien.

Comenzó a impacientarse un poco y preguntó:

—¿John, qué demonios...?

—Esto es lo que hay. Siguen sin noticias de Harry. Walsh quiere que nos pongamos en contacto con la policía del estado, que ayudemos en la búsqueda y que no hagamos preguntas en el aeropuerto. Demasiado tarde para eso —señalé.

—No he oído nada sobre lo de ir al Club Custer Hill.

—¿Por qué no vas tú a ver a la policía del estado y yo voy al Club Custer Hill?

No respondió.

—Kate, nos han mandado aquí como una respuesta proforma a la desaparición de uno de nuestros compañeros de la Task Force. Estamos aquí para recibir la mala noticia, o la buena, una vez encuentren a Harry. Todo esto es puro protocolo. Lo sabes. La pregunta que debes hacerte es: ¿quieres tener un papel activo o pasivo en este asunto?

—Tienes una manera de plantear las cosas... Déjame que lo piense.

—Hazlo.

Trajeron la comida, y la hamburguesa con queso y doble de beicon tenía el aspecto de ser capaz de provocarte un infarto con sólo tocarla. Las patatas fritas Libertad (expatatas francesas) tenían banderitas norteamericanas pinchadas.

—¿Quieres un poco de ensalada? —me preguntó Kate.

—Una vez encontré una babosa en la ensalada.

—Gracias.

Antes de que pudiese ingerir la cantidad mínima de grasa recomendada, el tipo de Enterprise entró en el café y le entregó a Kate las fotocopias de los contratos de alquiler de coches.

—Salgo de trabajar a las cuatro —le dijo—, si quiere que la lleve a dar un paseo por la zona. Quizá podríamos cenar juntos. Tiene apuntado mi número de móvil en la tarjeta.

—Gracias, Larry. Le llamaré más tarde.

Y se marchó.

—Eso es obra tuya —comenté.

—¿De qué hablas?

No le respondí y pedí la cuenta para poder marcharnos en cuanto apareciese Max.

Comí otro bocado de mi hamburguesa y entonces entró Max. Nos vio y se acercó a la mesa.

—Aquí tiene todos los contratos desde el jueves hasta mañana, incluidas las devoluciones. Hay algo así como veintiséis. Ha sido un fin de semana movido.

—Gracias —contestó Kate—. Por favor, no le comente nada de todo esto a nadie.

—Por supuesto. —Me miró—. Tienes mucha suerte de tener un esposa como ella. Tenía la boca llena de hamburguesa y me limité a gruñir.

Max se marchó, y yo tragué.

—Eso es obra tuya.

—¿De qué hablas?

Me metí unas cuantas patatas Libertad en la boca, y me levanté.

—Venga, vamos.

Kate guardó las fotocopias en el maletín, yo dejé veinte dólares en la mesa y salimos del café.

—Si no vas a venir conmigo —dije—, ve a Hertz y alquila otro coche. El cuartel de la policía del estado está en un lugar llamado Ray Brook, no muy lejos de aquí. Pregunta por el mayor Schaeffer. Te llamaré más tarde.

Vaciló durante unos momentos entre seguir las órdenes de Walsh y su afirmación de que el mundo había cambiado. Finalmente, dijo:

—Iré contigo al Club Custer Hill. Luego podemos ir al cuartel de la policía del estado.

Salimos de la terminal, nos encaminamos al aparcamiento de los coches de alquiler y dimos con el Taurus azul. Conduje hasta el lado del edificio de la terminal donde estaba el despacho de aviación general y aparqué.

—Quiero averiguar si GOCO tiene un avión privado y si utilizan este aeropuerto. —Le entregué el mapa a Kate—. Mientras, llama a la policía del condado y pregúntales cómo se llega al Club Custer Hill.

Entré en el edificio, donde había un tipo sentado a una mesa, entretenido en jugar con el ordenador.

—¿Puedo conseguir aquí un pasaje a París?

El tipo apartó la mirada de la pantalla y respondió:

—Puede ir al lugar que quiera si es propietario, alquila o contrata un avión lo bastante grande, y ni siquiera necesitará un pasaje.

—Creo que estoy en el lugar correcto. —Le mostré mis credenciales—. John Corey, de la Federal Anti-Terrorist Task Force. Necesito hacerle unas pocas preguntas.

Se levantó, se acercó al mostrador y comprobó mis credenciales.

—¿Qué pasa?

—¿Con quién hablo?

—Soy Chad Rickman, encargado de operaciones.

—Muy bien, Chad. Necesito saber si hay un avión privado que utilice este aeropuerto, y que esté registrado a nombre de la Global Oil Corporation, GOCO.

—Sí, tienen dos Cessna Citation último modelo. ¿Algún problema?

—¿Alguno de esos aviones está aquí?

—No. Llegaron ayer por la mañana, con una hora de diferencia, repostaron y volvieron a despegar al cabo de unas pocas horas.

—¿Cuántos pasajeros iban a bordo?

—Creo que ninguno. Solemos enviar un coche al avión, y estoy seguro de que sólo iba la tripulación.

—¿Subió algún pasajero después de la carga de combustible?

—No lo creo. Llegaron, llenaron los tanques y se marcharon pocas horas después.

—De acuerdo. ¿Adónde fueron?

—No tienen que decirme adónde van. Tienen que decírselo a la FAA.

—Vale. ¿Cómo se lo dicen a la FAA? ¿Por radio?

—No, por teléfono. Desde aquí. Oía a ambos pilotos comunicar el plan de vuelo a Kansas City, con treinta minutos de diferencia en el despegue.

Consideré la información antes de preguntarle:

—¿Por qué irían a Kansas City sin nadie a bordo?

—Quizá sólo llevaban carga —respondió Chad—. Antes vinieron dos *jeeps* y cargaron algo a bordo.

—¿Qué era?

—No lo vi.

—Son aviones de pasajeros, ¿no? No de carga.

—Así es. Pero en la cabina hay un pequeño espacio para la carga.

—Sigo sin entender por qué dos aviones aterrizaron de vacío, despegaron al cabo de unas horas con una carga pequeña y fueron ambos al mismo sitio.

—Eh, el tipo que es dueño de los aviones, Bain Madox, es dueño de pozos de petróleo. Puede gastar todo el combustible que quiera.

—Es verdad. ¿Kansas City era el destino final?

—No lo sé. Ése es el plan de vuelo que les oí comunicar por teléfono. Es más o menos el máximo de su autonomía de vuelo, así que quizá iban a alguna otra parte desde allí. También puede que vuelvan aquí.

—Ya... ¿Así que puedo llamar a la FAA y pedir que me digan su plan de vuelo?

—Sí, si está autorizado y si tiene sus números de registro.

—Estoy autorizado, Chad. —Saqué la hoja que Randy me había traído de aquella oficina y la dejé sobre el mostrador—. ¿Cuáles son los aviones de GOCO?

Leyó el listado y marcó dos números: N2730G y N2731G.

—Números de registro secuenciales —explicó Chad—. Muchas compañías que tienen aviones los piden así.

—Lo sé.

—¿Qué pasa?

—La típica trampa a Hacienda. Los ricos no son como nosotros.

—No me diga.

—Muy bien, gracias, Chad. Piense un poco más en esto. Pregunte por ahí a ver si alguien recuerda algo. ¿Tiene un número de móvil?

—Claro. —Lo escribió en su tarjeta comercial.

—¿Qué es exactamente lo que busca?

—Ya se lo he dicho; evasión de impuestos. Bolsas con dinero. No le comente a nadie que hay una investigación federal en marcha.

—Seré una tumba.

Salí de la oficina de operaciones y volví al coche.

—Hay dos aviones de la GOCO que utilizan este aeropuerto —le informé a Kate. Le di los detalles mientras me dirigía hacia la salida. Le dije que debíamos llamar a la oficina de la FAA en Washington para averiguar cuáles eran los planes de vuelo que se habían presentado para los dos aparatos.

—¿Por qué queremos saberlo? —preguntó Kate.

—Todavía no lo sé. Me interesa el tal Madox, y nunca se sabe qué es importante hasta que se relaciona con alguna otra cosa. En el trabajo del detective nunca existe eso que se llama demasiada información.

—¿Debo tomar notas?

—No, te daré copia de una de las conferencias que di en John Jay.

—Gracias.

Cuando llegamos a la salida del aeropuerto, le pregunté:

—¿Tienes las indicaciones?

—Más o menos. El sargento de guardia ha dicho que fuésemos por la Carretera 3 oeste hasta la 56 norte, y que allí preguntásemos.

—Los hombres de verdad no piden indicaciones. ¿Por dónde se va a la Carretera 3?

—Sí lo preguntas, gira a la izquierda.

Al cabo de unos minutos estábamos en la Carretera 3, marcada como una carretera de vistas panorámicas, y nos dirigíamos hacia el oeste.

—Estate ojo avizor a la presencia de osos —le pedí a Kate—. ¿Crees que una Glock de 9 mm detendrá a un oso?

—No lo creo, pero le ruego a Dios que tengas la oportunidad de averiguarlo.

—Eso no es muy cariñoso.

Se reclinó en el asiento y cerró los ojos.

—Cada minuto que pasa sin tener noticias de Harry me lleva a creer que está muerto.

No respondí. Ella permaneció en silencio unos minutos y luego dijo:

—Podrías haber sido tú.

Podría, pero si hubiese sido yo quien hubiese estado en el bosque alrededor del Club Custer Hill, las cosas quizá hubiesen sido algo diferentes, o tal vez no.

Capítulo 21

Continuamos en dirección oeste por la Carretera 3, una vía que no parecía tener más razón de existir que ofrecer la posibilidad de contemplar árboles mientras ibas de la nada a ninguna parte.

Kate había recogido unos cuantos folletos en el aeropuerto y estaba leyéndolos. Es algo que hace siempre allí donde vamos, para poder disfrutar más de la experiencia; luego, me regurgita todo lo que ha leído, como si fuera una guía de turismo.

Me informó que Saranac Lake, la ciudad, el aeropuerto y aquella carretera, estaban dentro de los límites del Parque Nacional de los Adirondack.

También me informó de que aquella zona era conocida como North Country, un nombre que encontraba romántico.

—Aquí puedes morir congelado en abril —comenté.

—Se ha dispuesto que grandes extensiones del parque permanezcan en estado virgen.

—Eso es bastante deprimente.

—La zona marcada como parque es tan grande como el estado de New Hampshire.

—¿Qué es New Hampshire?

—Gran parte del parque está deshabitado.

—Eso es obvio.

Y así todo el rato. Viendo aquellas extensiones arboladas comprendí que alguien se pudiese perder allí durante días, semanas o el resto de sus vidas, pero también vi que alguien que conociera un poco el bosque sobreviviría.

La carretera era buena, con dos carriles; de vez en cuando, pasaba por una ciudad pequeña, pero había tramos selváticos que despertaban mi agorafobia y mi zoofobia. Entendía por qué ese tipo, Bain Madox, podía tener una casa allí si es que tenía malas intenciones.

—Esto es tan hermoso —afirmó Kate.

—Lo es. —Apeataba.

Había señales amarillas con negras siluetas de venados saltando, que interpreté como un aviso de que los venados se apartaban de los coches de la carretera.

Más allá de una curva había una señal más grande con la silueta de un oso y la palabra «Precaución».

—¿Lo has visto? ¿Has visto la señal del oso?

—Sí. Eso significa que hay osos en la zona.

—¡Mierda! ¿Están las puertas bloqueadas?

—John, deja de comportarte como un idiota. Los osos no te molestarán si tú no los molestas.

—Famosas últimas palabras. ¿Cómo sabes qué le molesta a un oso?

—Deja de incordiar con los puñeteros osos.

Continuamos. No había mucho tráfico que fuese en nuestro mismo sentido, y sólo pasaron unos pocos coches que iban hacia Saranac Lake.

—Dime por qué vamos al Club Custer Hill.

—Es el procedimiento normal de la policía. Tienes que ir al lugar donde se vio por última vez al sujeto perdido.

—Éste es un caso algo más complejo que el de una persona desaparecida.

—En realidad no lo es. El problema con el FBI y la CIA es que siempre complican las cosas más de lo necesario.

—¿Es un hecho?

—Sí, lo es.

—¿Necesito recordarte que no queremos alertar a Madox o nadie más de allí de que un agente federal estuvo en su propiedad?

—Creo que ya lo hemos discutido antes. ¿Si tú estuvieses en los terrenos del Club Custer Hill con una pierna rota, sin cobertura en el móvil y un oso mordisqueándote los pies, querrías que siguiese las órdenes y esperase a tener una orden de registro para ir a buscarte?

Lo pensó durante unos momentos.

—Sé que un poli arriesgará su vida y su carrera para ayudar a otro poli, y sé que tú harías lo mismo por mí, aunque quizá te enfrentes a un conflicto de intereses debido a mi doble papel como tu esposa y agente del FBI.

—Un punto interesante.

—Pero creo que tienes otra intención, y es ver de qué va lo del Club Custer Hill.

—¿Cuál ha sido la primera pista que te ha llevado a pensar eso?

—Para empezar, las listas de pasajeros y los contratos de alquiler de coches que tengo en el maletín. Otra, tus averiguaciones sobre los aviones de la Global Oil Corporation.

—Veo que no consigo engañarte.

—John, acepté que debíamos hacer lo posible por encontrar a Harry, pero más allá de eso, creo que te estás metiendo en algo mucho más grande de lo que te imaginas. El Departamento de Justicia está interesado en ese hombre, en el club y sus invitados. No vayamos a estropearles la investigación.

—¿Hablas como mi colega, como mi esposa o como mi abogada?

—Todas. —Hizo una pausa—. Vale, lo he dicho porque debía decirlo y porque algunas veces me preocupas. Eres un bala perdida.

—Gracias.

—También eres extraordinariamente brillante e inteligente, y confío en tu juicio y tus instintos.

—¿De verdad?

—De verdad. Así que, incluso aunque técnicamente soy tu superior, dejaré que me guíes en esto.

—No te defraudaré.

—Más te vale. También te recuerdo que nada tiene más éxito que el éxito. Si tú... nosotros... nos saltamos las órdenes, entonces más vale que encontremos algo que lo justifique.

—Kate, si no creyese que aquí hay algo más que el tamaño de los precios del crudo, ahora mismo estaríamos tomándonos un café en el cuartel de la policía del estado.

Me apretó la mano y continuamos nuestro camino.

Unos cuarenta minutos después de salir del aeropuerto vi la señal de la Carretera 56 norte, y Kate dijo:

—*Bear*^[3] a la derecha.

Pisé el freno a fondo y eché mano a mi Glock.

—¿Dónde?

—Aquí. *Bear* a la derecha. Venga.

—*Bear*... oh... *bear* a la derecha. No uses esa palabra.

—Gira de una puñetera vez a la derecha. Aquí.

Tomé la Carretera 56 norte y continuamos. Ese tramo sí que atravesaba un territorio verdaderamente salvaje, y se lo comenté a Kate.

—Esto tiene todo el aspecto de ser territorio indio. ¿Qué dice el prospecto de los indios? ¿Son amigos?

—Dice que el tratado de paz con la población aborígen norteamericana expira el Columbus Day de 2002.

—Muy graciosa.

Recorrimos unos treinta kilómetros, y un cartel marrón nos informó de que salíamos del parque nacional.

—El sargento ha dicho que el Club Custer Hill es una propiedad privada dentro del parque, así que nos lo hemos pasado. —Consultó el mapa de Hertz—. Hay una ciudad llamada South Colton a unos pocos kilómetros más adelante. Pararemos allí y pediremos indicaciones.

Continué hasta que llegamos a un pequeño grupo de casas. Un cartel decía:

SOUTH COLTON
UNA PEQUEÑA CIUDAD CON UN GRAN CABREO

o algo por el estilo.

Al final del villorrio había una gasolinera, entré y aparqué.

—Ve a preguntar por dónde se va.

—John, mueve el culo y pregúntalo tú.

—De acuerdo, pero tú me acompañas.

Nos bajamos del coche, nos desperezamos y entramos en un pequeño local rústico.

Un viejo enjuto recién llegado de una agencia de actores, vestido con vaqueros y con una camisa a cuadros, estaba sentado a una mesa desvencijada, mirando un programa de pesca con mosca en un televisor colocado en el mostrador, mientras fumaba un cigarrillo. La imagen distaba mucho de ser óptima, así que moví los cuernos de la antena hasta que me dijo:

—Ahí mismo. Perfecto.

Pero en cuanto aparté las manos de la antena, de nuevo se perdió la conexión. Uno de mis trabajos durante la infancia era servir de antena para el televisor de la familia, pero de aquello había pasado mucho tiempo.

—Necesitamos unas indicaciones.

—Yo necesito una parabólica.

—No es mala idea. Puede hablar directamente con la nave capitana. Buscamos...

—¿De dónde vienen?

—De Saranac Lake.

—¿Sí? —Nos miró atentamente por primera vez, miró el Taurus aparcado en el exterior y preguntó—: ¿De dónde son?

—De la Tierra. Escuche, se nos hace tarde...

—¿Necesitan gasolina?

—Sí. Pero primero...

—¿La señora necesita ir al lavabo?

—Gracias —le respondió Kate—. Vamos al Club Custer Hill.

Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Sí?

—¿Sabe usted dónde queda?

—Claro. Cargan gasolina aquí. No atienden sus coches. Los llevan al concesionario, en Potsdam. Diablos, he olvidado más cosas en cuanto a reparación de coches de lo que esos idiotas del concesionario sabrán jamás. Pero si se quedan atascados en la nieve o el fango, ¿a quién cree que llaman? ¿Al concesionario? ¡Qué va! Lllaman a Rudy. Ése soy yo. Precisamente en enero pasado, o quizá fue en febrero... sí, cuando cayó aquella gran nevada a mitad de mes. ¿La recuerda?

—Puede que entonces estuviese en Barbados. Escuche, Rudy...

—Tengo una máquina con chokolatinas y otra de Coca-Cola. ¿Necesita cambio?

Me rendí.

—Sí, por favor.

Así que conseguimos cambio, compramos unas chokolatinas petrificadas de la máquina, más dos Coca-Colas, utilizamos los lavabos y llenamos el depósito de

gasolina.

De nuevo en el minúsculo local, pagué la gasolina con una de mis tarjetas de crédito del gobierno. Los agentes llevamos dos tarjetas: una para la comida, el alojamiento y gastos varios y otra exclusivamente para gasolina. Mi tarjeta para la gasolina decía: «Corporate» y «R and I Associates», que no significa nada, pero el curioso de Rudy preguntó:

—¿Qué es «R and I Associates»?

—*Refrigerators and Ice Makers.*

—¿Sí?

Cambié de tema y le pregunté:

—¿Tiene un mapa local?

—No. Pero le puedo dibujar uno.

—¿Gratis?

Se echó a reír, buscó entre una montaña de correo comercial hasta dar con el anuncio de una exhibición pugilística de renos o algo así y comenzó a dibujar en el reverso con un lápiz.

—Primero tiene que buscar Stark Road y girar a la izquierda, pero no hay indicadores, después llegará a Joe Indian Road...

—¿Perdón?

—Joe Indian. —Lo repitió por si acaso yo era estúpido y concluyó—: Se mete por aquí en este camino de leñadores sin nombre y lo sigue unos quince kilómetros. Ahora, tiene que buscar McCuen Pond Road a la izquierda, y por allí llegará directamente a la propiedad del Club Custer Hill. No puede equivocarse, porque si no lo detendrán.

—¿Quién me detendrá?

—Los guardas. Tienen una garita y una verja. Toda la propiedad está vallada.

—Muy bien, gracias, Rudy.

—¿Por qué van allí?

—Nos llamaron para reparar una de la máquinas de hacer cubitos.

—¿Sí? —Nos miró—. ¿Los esperan?

—Por supuesto. No podrán preparar un cóctel hasta que no les solucionemos el problema del hielo.

—¿Y no les dieron indicaciones de cómo llegar?

—Sí, pero mi perro se las comió. Bueno, gracias por...

—Eh, ¿quiere un consejo?

—Claro.

—No se vaya sin cobrar. Son lentos a la hora de pagar. Así son los ricos. Tardan en pagarles a los trabajadores.

—Gracias por el aviso.

—Estábamos en la cámara oculta, ¿no? —le dije a Kate.

—Comenzaba a creerlo.

Subimos al coche y volvimos a la Carretera 56 para hacer el camino a la inversa. Entramos en el parque y estuvimos ojo avizor para no pasarnos Stark Road.

Lo encontré y seguí la estrecha carretera, que pasaba por un túnel de árboles.

—¿Quieres un poco de tasajo?

—No, gracias, y no tires basura.

Tenía tanta hambre que hubiese podido comerme un oso, pero me conformé con el tasajo, que era correoso. Tiré los envoltorios de celofán al asiento trasero, mi contribución a la ecología.

Nos encontrábamos cerca del Club Custer Hill y, según Walsh, se suponía que en esos mismos momentos se estaba realizando una búsqueda por aire y tierra alrededor de la propiedad del club, pero no oí ruido de helicópteros ni de aviones, ni vi ningún vehículo de la policía por el lugar. Aquello no era una buena señal, o bien una muy buena señal.

Kate miró si su móvil funcionaba.

—Tengo cobertura, y también un mensaje.

Comenzó a recuperar el mensaje, pero yo le dije:

—No tenemos cobertura. Nada de mensajes ni llamadas.

—¿Qué pasa si han encontrado a Harry?

—No quiero saberlo. Vamos a ver a Bain Madox.

Se guardó el móvil en el bolsillo, entonces sonó su *busca*, y el mío un minuto más tarde.

Seguimos las indicaciones de Rudy y, al cabo de veinte minutos, giramos para tomar por McCuen Pond Road, que era estrecha pero bien pavimentada.

Encima de la carretera había un gran cartel sujeto a unos postes de tres metros de altura y focos en los extremos. El cartel decía:

ÉSTA ES UNA PROPIEDAD PRIVADA
NO ENTRAR
DETÉNGASE EN LA VERJA O DÉ LA VUELTA.

Pasamos por debajo del cartel, y más adelante vi un claro donde había una casa de troncos detrás de una verja de acero.

Dos hombres con prendas de camuflaje salieron de la casa como si hubiesen sabido que veníamos desde mucho antes de que llegásemos a la verja.

—Detectores de sonido o movimiento —le comenté a Kate—. Quizá también cámaras de vídeo.

—Para no mencionar que estos tipos llevan pistolas, y uno de ellos nos mira con unos prismáticos.

—Dios, cómo odio a los seguratas. Les das un arma y un poco de poder y...

—Aquella señal dice que circulemos a diez kilómetros por hora.

Aminoré la marcha y me acerqué a la verja cerrada. A tres metros de ésta había una banda sonora y un cartel que decía: «Pare aquí». Me paré.

La verja, que era eléctrica, se abrió un metro, y uno de los tipos caminó hacia nuestro coche. Bajé el cristal de la ventanilla cuando se acercó.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó.

El tipo tendría unos treinta años, vestido con prendas de camuflaje, sombrero, botas y pistola. También procuraba dar la impresión de que era muy listo y probablemente peligroso si lo provocaban. Lo único que le faltaba en el atuendo eran las gafas de sol y un brazalete con la esvástica.

—Soy el agente federal John Corey y ella es la agente federal Kate Mayfield. Estamos aquí para ver al señor Bain Madox.

Eso pareció agrietar su rostro de piedra.

—¿Los esperan?

—Si fuese así, usted lo sabría, ¿no?

—Yo... ¿Puedo ver su identificación?

Yo hubiese preferido mostrarle primero mi Glock para hacerle saber que no era el único que llevaba un arma, pero, para ser amable, le entregué mis credenciales, y lo mismo hizo Kate.

Las miró con mucha atención, y tuve la sensación de que o bien las reconocía como legítimas o estaba fingiendo ser muy versado en el reconocimiento de credenciales.

Interrumpí su estudio pericial.

—Devuélvanoslas.

Vaciló un momento y luego nos las devolvió.

—Estamos aquí para ver al señor Madox por un asunto oficial.

—¿Cuál es la naturaleza de la visita?

—¿Es usted el señor Madox?

—No... pero...

—Escuche, amigo, tiene unos diez segundos para hacer algo brillante. Llame si necesita hacerlo, y después abra la puta puerta.

Pareció un poco mosca, pero optó por mantener la calma.

—Espere —dijo.

Volvió a la verja, se coló por la abertura y habló con el otro tipo. Luego ambos desaparecieron en la garita de troncos.

—¿Por qué siempre necesitas ser agresivo? —preguntó Kate.

—Agresivo es cuando saco mi arma. Discutidor es cuando aprieto el gatillo.

—A los agentes federales se les enseña a ser corteses.

—Me perdí esa clase.

—¿Qué pasa si no nos dejan entrar? Pueden negarnos el acceso a una propiedad privada si no tenemos una orden de registro.

—¿Dónde se dice eso?

—Pues está en la Constitución.

—Diez dólares a que entramos.

—Vale.

El neofascista se acercó de nuevo a nuestro coche.

—Voy a pedirle que cruce la verja y aparque el coche a la derecha. Un *jeep* los llevará hasta la casa.

—¿Por qué no puedo ir en mi coche?

—Es por su propia seguridad, señor, y por nuestra póliza de seguro.

—Bien, no queremos que tengan problemas con su compañía de seguros. ¿Eh, hay osos en este terreno?

—Sí, señor. Por favor, cruce la verja y permanezca en su vehículo hasta que llegue el *jeep*.

¿Aquel idiota creía que saldría habiendo osos por los alrededores?

Le hizo una seña al tipo de la garita y la verja de acero se abrió.

Entré el coche en la propiedad y seguimos por un camino de gravilla. La verja se cerró detrás de nosotros.

—Bienvenida al Club Custer Hill. Me debes diez dólares.

—Veinte a que no salimos de aquí con vida —replicó.

Apareció un *jeep* negro con las ventanillas tintadas. Se detuvo y dos tipos con ropas de camuflaje y pistola se apearon y vinieron hacia nosotros.

—Que sea a pares o nones.

Uno de los tipos se acercó a mi ventanilla.

—Por favor, salgan y síganme.

Aquél parecía el lugar donde alguien podía poner un rastreador o un micro en tu coche, así que no tenía la intención de dejarlo allí.

—Se me ocurre algo mejor. Usted guía y yo lo sigo.

Respondió después de un momentáneo titubeo:

—Sígame de cerca y no se salga de la carretera.

—Si usted se mantiene en la carretera, yo me mantendré en la carretera.

Volvió a su *jeep*, dio la vuelta y yo lo seguí colina arriba por un campo despejado con grandes afloraciones rocosas.

—Deduzco que no querías que instalasen algunos extras no solicitados en el coche —comentó Kate.

—Cuando te encuentras con este nivel de seguridad, tienes que ser tan paranoico como ellos.

—Siempre sabes cómo manejar las situaciones peligrosas en las que nos metes.

—Gracias... eso creo.

A ambos lados de la carretera había postes con focos y también vi más postes que iban desde el linde de los árboles y cruzaban el campo para llegar al otro linde. Los travesaños de los postes soportaban cinco cables, y cuando pasamos por debajo, vi que tres de los cables eran muy gruesos; seguramente líneas de alto voltaje.

A medio camino de la subida se distinguía ya una gran casa, del tamaño de un hotel pequeño. Delante había un mástil muy alto en el que ondeaba la bandera

norteamericana, y debajo de la enseña un pendón amarillo.

Más allá de la casa, en lo alto de la colina, se levantaba una torre elevada que parecía ser un repetidor de móviles, la explicación de que allí tuviésemos cobertura; por tanto, Harry también la tendría si estaba sano y salvo. Me pregunté si la torre pertenecía a la compañía telefónica o a Bain Madox.

Llegamos a la casa. Delante había un aparcamiento de grava donde estaba estacionado otro *jeep* negro, junto con un Ford Taurus azul, como el que yo conducía. Pero ése tenía un adhesivo con la letra E en el parachoques trasero, lo que significaba que era un coche de alquiler de Enterprise. Así que quizá aún estuviesen allí algunos de los huéspedes del fin de semana. Había también una furgoneta azul oscuro, probablemente la misma que había mencionado Betty.

Nos detuvimos debajo del gran pórtico y los dos tipos se bajaron y nos abrieron las puertas. Kate y yo salimos del coche, ella con el maletín lleno con las listas de pasajeros y los contratos de alquiler de coches. Me aprendí el número de matrícula del otro Taurus y después cerré las puertas y miré alrededor.

Toda la zona que rodeaba la casa estaba despejada, cosa buena para las vistas panorámicas y excelente para la seguridad. Harry seguramente lo había tenido muy difícil para acercarse a este aparcamiento y fotografiar las matrículas y los visitantes, incluso aunque hubiese utilizado los afloramientos rocosos para ocultarse.

Además, había contado hasta el momento cuatro guardas de seguridad, y tenía el presentimiento de que había más. El lugar estaba blindado, y ahora tenía la certeza de que Harry se había encontrado en una pésima situación.

—Por favor, síganme —dijo el conductor del *jeep*.

—Nadie debe tocar este coche —le advertí—. Si descubro que alguien le ha añadido un extra, ese alguien irá a la cárcel. ¿Entendido?

No respondió, pero comprendió el aviso.

Subimos unos pocos escalones hasta el porche, donde una hilera de sillas y mecedoras Adirondack miraban hacia el amplio panorama colina abajo. Dejando aparte a los payasos de seguridad, aquél era un lugar muy agradable y acogedor. Vi que en el pendón amarillo había un número siete.

—Por favor, esperen aquí —pidió el guarda, y desapareció en el interior de la casa.

Kate y yo nos quedamos en el porche.

—Quizá este lugar está a la venta. El precio incluye un pequeño ejército.

Ella no me respondió, pero en cambio me miró.

—¿Debo comprobar mis mensajes?

—No.

—¿John, qué pasa si...?

—No. Ésta será una de las escasas veces en que no quiero ninguna información nueva. Vamos a ver a Bain Madox.

Me miró y asintió.

La puerta se abrió y asomó el guarda.
—Pasen.
Habíamos entrado en el Club Custer Hill.

Capítulo 22

Nos encontramos en un gran vestíbulo con una balconada y un enorme candelabro hecho con astas de ciervo. Las paredes estaban revestidas de pino amarillo y todo decorado en un estilo rústico, con alfombras de ganchillo, litografías con escenas de caza y pesca y unos pocos muebles confeccionados con troncos de árboles. Tuve la impresión de que la señora Madox, si es que había una, no tenía nada que ver con aquella casa.

—Bonito lugar —le dije a Kate.

—Estoy segura de que en alguna parte hay una cabeza de reno —afirmó.

Oímos unas pisadas que se acercaban por un pasillo a la izquierda, y otro guarda, un hombre de mediana edad vestido de azul, entró en el vestíbulo. Ése debía de ser uno de los guardas de palacio, y se presentó como Carl.

—¿Puedo guardar sus abrigos?

Le respondimos que nos los quedaríamos, y luego él le preguntó a Kate:

—¿Puedo guardar su maletín en el guardarropa?

—Lo conservaré conmigo.

—Por razones de seguridad necesito mirar en su maletín —le dijo Carl.

—Olvídelo.

Eso pareció descolocararlo, y nos preguntó:

—¿Cuál es el motivo por el que desean ver al señor Madox?

—Escuche, Carl —manifesté—, somos agentes federales y no nos sometemos a cacheos, ni entregamos nada, incluidas nuestras armas, y tampoco contestamos preguntas sino que las hacemos. Puede llevarnos a ver a Bain Madox ahora o volveremos con una orden de registro, otros diez agentes federales y la policía del estado. ¿Cómo quiere hacer esto?

Carl pareció inseguro, así que replicó:

—Deje que lo averigüe. —Se marchó.

—Diez dólares a que veremos al mago —me susurró Kate al oído.

—Ni hablar, no le he dejado más que una alternativa.

Saqué el móvil del bolsillo, desenganché el *busca* del cinturón y los apagué.

—Estas cosas a veces espantan al sujeto o interrumpen una entrevista en el momento crítico —comenté—. Es una de esas veces en que se nos permite apagar el *busca*.

—No estoy muy segura de eso, pero... —A regañadientes, Kate apagó también el móvil y el *busca*.

Vi un gran cuadro al óleo en la pared más lejana. Era una escena de la batalla de Little Big Horn, con el general George Armstrong Custer y sus hombres, rodeados

por indios pintados con colores de guerra a caballo, y parecía que los indios todavía estuviesen ganando.

—¿Alguna vez has visto aquella pintura de la última batalla de Custer en el Museo de Arte Moderno?

—No. ¿Tú sí?

—Sí. Es un cuadro como abstracto, y me recuerda a Magritte o Dalí.

Kate no replicó, y estoy seguro de que se preguntaba cómo conocía yo a Magritte y cómo era que había estado alguna vez en un museo.

—El cuadro muestra un pescado con un ojo enorme y un halo que flota en el aire, y debajo del pescado están todos estos americanos nativos follando —expliqué.

—¿Qué? ¿Qué tiene eso que ver con la última batalla de Custer?

—Verás, el cuadro se titula *Holy Mackerel*, mira a todos esos puñeteros indios.^[4]
Ninguna respuesta.

—¿Lo pillas? Pescado, ojo grande, halo, *Holy Mackerel*, mira a...

—Es el chiste más estúpido de la historia.

En ese momento reapareció Carl.

—Por favor, síganme.

Lo seguimos por un pasillo que parecía una biblioteca, y bajamos unos escalones que nos llevaron a una enorme habitación con el techo como el de una catedral.

En el extremo más apartado había una gran chimenea de piedra donde ardía un buen fuego y una enorme cabeza de reno encima de la campana.

—Eh, ahí tienes tu cabeza de reno —le dije a Kate—. ¿Cómo lo sabías?

En un sillón de orejas cerca del fuego había un hombre. Se levantó y cruzó la habitación. Vi que vestía una chaqueta azul, pantalón beige y una camisa a cuadros verde.

Nos encontramos a medio camino, y él le tendió la mano a Kate, que la aceptó.

—Soy Bain Madox, presidente y dueño de este club, y usted debe de ser la señora Mayfield. Bienvenida.

—Gracias.

Luego se volvió hacia mí, me ofreció asimismo la mano y dijo:

—Usted es el señor Corey. —Nos estrechamos la mano—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Recordé mi clase de buenos modales.

—Ante todo, quiero darle las gracias por recibirnos sin una cita previa.

Esbozó una sonrisa.

—¿Cuáles eran mis alternativas?

—La verdad que muy pocas.

Observé al señor Bain Madox. Tendría unos cincuenta y tantos, alto, en buena forma física y no mal parecido. Llevaba el pelo canoso largo y peinado hacia atrás. Tenía la frente ancha, una prominente nariz ganchuda y unos fríos ojos grises que apenas parpadeaban. Me recordaba a un halcón, o a una águila, y, de hecho, de vez en

cuando movía la cabeza atrás y adelante, como un pájaro.

También tenía una voz cultivada, como cabía esperar, y más allá de la apariencia exterior, intuí a un hombre muy audaz y seguro de sí mismo.

Nos miramos el uno al otro, en un intento, estaba seguro, de saber cuál era el verdadero macho alfa con la polla más larga.

—Necesitamos unos diez minutos de su tiempo —manifesté. Quizá serían un poco más, pero siempre se dice diez. Hice un gesto hacia los sillones junto al fuego.

—Bueno, seguramente estarán cansados de un viaje tan largo —dijo tras un titubeo—. Por favor, siéntense.

Lo seguimos a través de la habitación, y Carl nos acompañó.

Vi muchas cabeza de animales muertos en las paredes y pájaros disecados, cosa que no es políticamente correcta en estos días, pero posiblemente a Bain Madox le importaba un carajo. Casi esperé ver a un demócrata disecado en la pared.

También advertí que había un gran armero de madera de puertas de cristal, donde conté una docena de fusiles y escopetas.

Madox nos señaló dos sillones de orejas tapizados en cuero que miraban al suyo, al otro lado de una mesa de centro. Impelido ahora a comportarse como un buen anfitrión, preguntó:

—¿Puedo decirle a Carl que les traiga algo? ¿Café? ¿Té? —Señaló la copa llena de un líquido ámbar que estaba en la mesa—. ¿Algo más fuerte?

Kate, fiel al procedimiento de mantener a alguien sentado más tiempo del que desea y obligarlo a charlar, respondió:

—Café, por favor.

Yo quería un *whisky*, olía el de la copa de Madox, que lo bebía solo; así que quizá de verdad tenían un problema con la máquina de hielo.

—¿Señor Corey?

—Ahora mismo lo que más me apetece es un *latte*. ¿Puede conseguirlo?

—Eh... —Miró a Carl—. Pregunte en la cocina si pueden servirnos un *latte*.

—Si no un capuccino. Incluso un americano estaría bien. Quizá un moca con hielo.

Yo no bebo estas mierdas, por supuesto, pero necesitábamos estar más tiempo con el señor Madox.

Carl se marchó, y entonces vi a un perro tumbado entre el sillón de Madox y la chimenea, dormido o muerto.

—Es *Kaiser Wilhelm* —me informó Madox.

—Parece un perro.

Sonrió.

—Es un dóberman. Muy inteligente, leal, fuerte y rápido.

—Cuesta de creer. —El estúpido perro no hacía más que estar allí tumbado, babeando la alfombra, roncando y pedorreándose.

—Es un hermoso animal —afirmó Kate.

Oh, vi que encima tenía una erección. Me pregunté en qué estaría soñando. Por otra parte, la señora Mayfield no cree que yo sea hermoso cuando ronco, babeo o me tiro pedos.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —repitió Madox.

Normalmente, Kate y yo ya hubiésemos decidido quién llevaría la voz cantante y qué buscábamos. Sin embargo, lo que buscábamos —Harry Muller— alertaría al señor Madox de que estaba bajo vigilancia, así que eso limitaba nuestras preguntas al tiempo y la liga de baloncesto. Por el otro lado, quizá Madox ya sabía que estaba bajo vigilancia.

—¿Señor Corey? ¿Señora Mayfield?

Tomé la decisión de seguir el ejemplo del general Custer y lanzarme a la carga, con la ilusión de conseguir mejores resultados que éste.

—Nos ha llegado información de que un agente federal llamado Harry Muller desapareció en las cercanías de este club, y creemos que puede estar perdido o herido en los terrenos de su propiedad. —Permanecí atento a su rostro para ver alguna reacción, pero sólo vi algo que podía ser preocupación.

—¿Aquí? ¿En esta propiedad?

—Posiblemente.

Parecía realmente sorprendido o era muy buen actor.

—Como ustedes han visto, no es fácil entrar aquí.

—Iba a pie.

—Ah. Pero esta propiedad está rodeada por una valla de seguridad y vigilada.

Ahora fue mi turno de fingir sorpresa.

—¿Una valla? ¿De verdad? Bueno, quizá atravesó la valla.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

Buena pregunta.

—Es un fanático de la observación de pájaros.

—Comprendo. Así que usted cree que pudo cruzar la valla y acabar en esta finca.

—Posiblemente.

Madox mantuvo su expresión de preocupación y perplejidad.

—¿Por qué cree que lo haría? Hay miles de hectáreas de bosque alrededor. Yo sólo tengo unas sesenta hectáreas.

—¿Nada más? Mire, señor Madox, actuamos sobre una información específica que necesitamos comprobar. La pregunta que le hago es: ¿usted o su personal han visto o encontrado a alguien en la propiedad?

Sacudió la cabeza.

—Me hubiesen informado. ¿Cuánto tiempo lleva desaparecida esta persona?

—Desde el sábado. Pero hasta ahora no lo hemos sabido.

Asintió pensativamente y bebió un sorbo de *whisky*.

—Este fin de semana he tenido unos dieciséis invitados, muchos de los cuales fueron de excursión o a mirar los pájaros, además del personal de seguridad, y por lo

tanto es poco probable que esa persona hubiese podido perderse en mi propiedad sin que alguien se cruzase con él.

Kate decidió intervenir en la conversación.

—Sesenta hectáreas divididas por dieciséis personas nos da casi cuatro hectáreas por persona. En tanto terreno se podría ocultar todo un regimiento.

El señor Madox pensó en el cálculo.

—Supongo que, si estaba herido e incapacitado para moverse, podía ser que no fuese descubierto.

—Muy posible —asintió Kate.

Madox encendió un cigarrillo y expulsó anillos de humo en el aire.

—¿Qué quieren que haga? ¿En qué puedo ayudarlos?

Miré a Bain Madox, que bebía y fumaba cómodamente sentado en su sillón de orejas, en su gran casa. Parecía mucho más tranquilo que el sospechoso medio. En realidad, parecía inocente.

Sin embargo, tenía la sensación de que, incluso si tenía algo que ver con la desaparición de Harry, ese hombre mantendría la calma. No le hubiese costado nada ordenarle a sus lacayos que nos dijese que no estaba o que no podía atendernos; en cambio, había decidido enfrentarse a nosotros cara a cara.

Mis breves incursiones en el campo de la psicología criminal y mis años en la calle me habían enseñado cómo eran los sociópatas y los narcisistas: personas increíblemente arrogantes y egocéntricas que creían poder salirse con la suya a base de mentiras.

Era muy posible que Bain Madox tuviese algo que ocultar, y creyese que podía ocultarlo delante de mis narices. Pero eso no iba a suceder.

—¿En qué puedo ayudarlos? —repitió.

—Quisiéramos que nos dé su permiso para realizar una búsqueda en su propiedad.

Parecía estar preparado para la petición.

—Puedo realizar mi propia búsqueda, ahora que sé que puede haber alguien perdido en mi propiedad —respondió—. Dispongo de unas quince personas, además de vehículos todoterreno y seis *jeeps*.

—Ustedes tardarían un mes en recorrer todo este terreno. Yo hablo de la policía estatal y local, agentes federales, y quizá tropas de Fort Drum.

No pareció gustarle mucho la idea, pero no tenía otra salida, así que me preguntó:

—Explíqueme de nuevo por qué cree que ese hombre está en mi propiedad y no en los bosques de los alrededores.

Aquella era una muy buena pregunta, pero yo tenía la respuesta habitual de la policía.

—Actuamos a partir de la información y la creencia, y eso es todo lo que puedo decir. —Para presionarlo un poco más añadí—: Con la información de que disponemos podríamos pedir una orden de registro, pero eso lleva tiempo.

Preferiríamos tener su cooperación voluntaria. ¿Hay algún problema para ello?

—No, ninguno, pero le sugiero que comience con una búsqueda aérea, que puede hacer el mismo trabajo mucho más rápido y con la misma eficacia.

—Gracias, eso ya lo sabemos —dijo Kate—. Hemos comenzado ya una búsqueda aérea. Estamos aquí para conseguir su permiso y entrar en la propiedad con los equipos de rastreo.

—Desde luego no me interpondré en el camino de la búsqueda de una persona desaparecida. Pero necesitaré una garantía que me exima de cualquier responsabilidad.

Kate comenzaba a irritarse.

—Nos ocuparemos que le envíen una por fax lo antes posible.

—Gracias. No quiero parecer un mal ciudadano, pero desafortunadamente vivimos en tiempos litigiosos.

Una afirmación que yo no podía rebatir, y se lo dije.

—El país se está yendo al demonio. Demasiados abogados.

Asintió y me ofreció su opinión.

—Los abogados están llevando este país a la ruina. Acaban con la confianza, asustan a las personas que quieren ser buenas samaritanas, promueven la cultura de la victimización y participan en la extorsión legalizada.

Me gustaba el tipo y estuve de acuerdo con él.

—Apestan.

—Apestan —confirmó él con una sonrisa.

Consideré que debía decírselo.

—La señora Mayfield es abogada.

—Oh... vaya, me disculpo si...

—No ejerzo.

—Bien. Es demasiado bonita para ser abogada.

La señora Mayfield miró al señor Madox.

—Supongo que comenzarán la búsqueda por la mañana —comentó Madox—. Pronto será demasiado oscuro para enviar gente al bosque.

Era evidente que con todas esas pamplinas de la garantía y todo lo demás buscaba ganar tiempo.

—Creo que aún nos quedan unas tres horas de luz —le informé.

—Mandaré a mi personal que comience la búsqueda inmediatamente. Ellos conocen bien el terreno.

Nos miramos el uno al otro, y aquellos extraños ojos grises no parpadearon ni una sola vez.

Sin desviar la mirada, me preguntó:

—Señor Corey, por favor, dígame por qué un agente federal estaba en mi propiedad.

Yo ya tenía una respuesta preparada.

—El hecho de que el señor Muller sea un agente federal es en realidad irrelevante.

—¿Irrelevante?

—Sí. Estaba de excursión. Fuera de servicio. ¿No se lo he explicado con claridad?

—Quizá le he entendido mal.

—Quizá. Dado que es un agente federal, el gobierno federal colabora en la búsqueda.

—Comprendo. Por lo tanto, no debo darle importancia a que usted y la señora Mayfield pertenezcan a la Anti-Terrorist Task Force.

—No debe darle importancia ni sacar ninguna conclusión. También debo mencionar que el señor Muller es un colega, así que estamos aquí por un interés personal además del estrictamente profesional.

Se tomó su tiempo antes de señalar:

—No he visto esa clase de camaradería desde que dejé el ejército. Si yo estuviese desaparecido, no se me ocurre ni una sola persona que fuese más allá de hacer unas pocas llamadas para encontrarme.

—¿Ni siquiera su madre?

—Bueno, quizá ella. —Sonrió—. Quizá también mis hijos en algún momento. Desde luego, Hacienda sí saldría en mi búsqueda si no les pagase la liquidación trimestral.

No hicimos ningún comentario.

Madox encendió otro cigarrillo y exhaló más anillos de humo.

—Es un arte perdido —dijo—. ¿Puedo ofrecerles un cigarrillo?

Ambos rehusamos la invitación.

Miré alrededor y vi algo en un rincón oscuro que me miraba con ojos brillantes. Era un enorme oso negro erguido sobre las patas traseras y con las garras delanteras alzadas en un gesto de amenaza. Sabía que estaba muerto y disecado, pero me sobresaltó.

—¿Lo cazó usted?

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí, en mi propiedad. Algunas veces consiguen atravesar la cerca.

—¿Usted los mata?

—Si es fuera de temporada, sólo los dormimos con un sedante y los trasladamos al bosque. ¿Por qué lo pregunta?

—No me agradan los osos.

—¿Tuvo una mala experiencia?

—No, pero intento no tenerla. ¿Cree que una Glock 9 mm detendría a un oso?

—No lo creo, y rezaría para que no tuviera que averiguarlo.

—Yo, también. ¿Hay trampas para osos en la propiedad?

—Por supuesto que no. Aquí vienen invitados, y no quiero que pisen una trampa. Tampoco los intrusos —señaló—. Podrían demandarme. —Consultó su reloj—. Bien...

—Sólo unas pocas preguntas más mientras esperamos el *latte*. —No replicó, y le pregunté—: ¿Es usted cazador?

—Cazo.

—¿Estos trofeos son suyos?

—Sí. No los compro, como hacen algunas personas.

—Entonces, ¿es usted un buen tirador?

—Fui tirador de primera en el ejército, y todavía puedo abatir a un venado a doscientos metros.

—Eso está muy bien. ¿A qué distancia estaba el oso?

—Cerca. Dejo que los depredadores se acerquen. —Me miró, y tuve la sensación de que estaba siendo sutilmente poco sutil con un servidor—. Eso es lo que lo hace excitante. ¿Tiene eso algo que ver con la desaparición del señor Muller?

—En absoluto.

Nos miramos el uno al otro mientras él esperaba una explicación del interrogatorio.

—Es sólo por conversar. ¿Éste es un club privado?

—En efecto.

—¿Podría asociarme? Soy blanco, irlandés e inglés, católico, como Cristóbal Colón, pero podría cambiar. Me casé en una iglesia metodista.

—No tenemos tales requerimientos o exclusiones —me informó el señor Madox—, pero lamentablemente nuestro cupo está completo en estos momentos.

—¿Aceptan mujeres? —preguntó Kate.

—Personalmente, sí. —Madox sonrió—. Pero la pertenencia es sólo para hombres.

—¿Por qué?

—Porque es así como lo quiero.

Carl apareció con una bandeja que dejó en la mesa de centro.

—¿Un café con leche está bien? —me preguntó.

—Perfecto.

Le señaló la pequeña cafetera de plata a la señora Mayfield, y preguntó:

—¿Eso es todo?

Asentimos, y Carl desapareció.

El señor Madox se acercó al mueble bar para servirse más *whisky*.

—Tomaré uno pequeño —dije.

—Tendrá que tomarlo solo —respondió por encima del hombro. Sirvió dos copas y, al volverse, comentó—: Al parecer tengo un problema con la máquina de hielo. —Sonrió.

«Rudy, viejo cabrón, te meteré los cuernos por el culo».

Todavía más importante era que Madox estaba advertido de que alguien iba de camino para verlo, y sin embargo no había hecho ningún intento por evitar a sus desconocidos visitantes, incluso después de que los monos de la garita le comunicaran que éramos agentes federales. Obviamente, había decidido ver qué queríamos mientras nosotros intentábamos sonsacarle información.

Madox me dio la copa de cristal.

—Feliz Columbus Day. —Chocamos las copas, y luego se sentó, cruzó las piernas, bebió un sorbo y contempló el fuego.

Kaiser Wilhelm se despertó y se acercó al sillón de su amo para que le rascase las orejas. El estúpido perro me miró y le devolví la mirada. Él fue el primero en bajarla, así que gané.

Kate bebió un sorbo de café y después rompió el silencio.

—Ha dicho usted que ha tenido dieciséis invitados este fin de semana.

—Así es. —Madox consultó de nuevo su reloj—. Creo que ya todos se han marchado.

—Quizá tengamos que hablar con ellos —manifestó Kate—, así que necesitaré sus nombres y la información para contactar con ellos.

Madox no había previsto eso y por un momento se quedó mudo, algo que seguramente no era habitual en él.

—¿Por qué...?

—Ante la posibilidad de que hubiesen visto u oído algo relacionado con la desaparición del señor Muller. Es un procedimiento habitual —añadió.

A Madox no pareció agradaarle ese procedimiento habitual.

—Me parece del todo innecesario. Nadie vio u oyó nada. Además, le ruego que entienda que éste es un club privado cuyos miembros desean preservar su intimidad.

—Puedo asegurar su intimidad —replicó Kate—, y nos toca a nosotros determinar si alguien vio u oyó algo.

Madox bebió un buen trago.

—No soy abogado, como usted, pero tengo entendido que si no es éste un procedimiento criminal, que no lo es, o un caso civil, que no lo es, entonces no tengo por qué darle los nombres de mis invitados, de la misma manera que usted no está obligada a decirme los nombres de sus invitados.

No pude resistirme.

—Yo este fin de semana tuve en casa a mis tíos, Joe y Agnes O’Leary. ¿A quiénes tuvo usted?

Me miró y no pude saber si me apreciaba o no. Por curioso que fuese, me gustaba el tipo, todo ese rollo de los chicos con los chicos; creo que en otras circunstancias hubiésemos podido ser camaradas. Quizá si todo aquel asunto resultaba ser un error y Harry aparecía en algún motel o cualquier otra parte el señor Madox me invitara a pasar un fin de semana con los muchachos, o pudiera ser que no.

—Es verdad que no tiene ninguna obligación legal de dar a conocer los nombres

de sus invitados —dijo Kate—, al menos en estos momentos, pero ahora deseáramos su cooperación voluntaria, dado que la vida de un hombre puede estar en peligro.

Madox se lo pensó.

—Tendré que llamar a mi abogado.

—No le gustan los abogados —le recordó Kate.

Madox se forzó a dedicarle una sonrisa.

—No me gustan, pero tampoco me gusta mi proctólogo. Llamaré a los hombres que estuvieron aquí para saber si están de acuerdo en que dé sus nombres.

—Por favor, hágalo cuanto antes. Ya puestos, necesitaré también los nombres y la información de contacto de sus empleados —añadió Kate—. Llámeme esta noche. El señor Corey y yo nos alojamos en The Point.

Madox enarcó las cejas.

—¿Tienen problemas para gastar el presupuesto antiterrorista?

Muy bueno. Me gustaba aquel tipo.

—Compartimos habitación para ahorrar dinero al contribuyente —comenté.

Enarcó las cejas de nuevo.

—De ese asunto preferiría no hablar. —Consultó su reloj una tercera vez—. Bien, si quiero hacer las llamadas...

—Por cierto —dije—. Veo que aquí tenemos buena cobertura en los móviles, y he visto una torre en la colina. ¿Es una antena de telefonía móvil?

—Así es.

—Debe usted de tener influencia.

—¿Se refiere a...?

—Me refiero a que la población de esta zona es probablemente menor que el público que va a Central Park los domingos, y no creo que muchas de estas personas tengan teléfonos móviles, y sin embargo usted dispone de una muy grande y cara torre en su propiedad.

—Le sorprendería saber cuántas personas que viven en el campo tienen teléfonos móviles. La mandé construir.

—¿Para usted?

—Para todos los que tienen teléfono móvil. Mis vecinos me lo agradecen.

—No he visto ningún vecino.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—El caso es que el agente Muller tiene un móvil, que hizo y recibió algunas llamadas desde esta zona, y que en cambio ahora no llama ni recibe. Por eso nos preocupa que pueda estar herido o algo peor.

—Algunas veces, debido a la distancia entre los repetidores, se pierde la cobertura. En ocasiones, las personas pierden o dañan sus teléfonos. A veces, una compañía telefónica tiene mal servicio en la zona, o el móvil es defectuoso, o bien se agota la batería. Yo no le daría mucha importancia a un móvil que no responde. Si lo hiciese, creería que a mis hijos los han raptado los marcianos.

—Tiene toda la razón. —Sonreí—. No le damos mucha importancia.

—Bien. —Descruzó las piernas y se inclinó hacia adelante—. ¿Algo más?

—Sí, ¿qué *whisky* es éste?

—Etiqueta privada, pura malta. ¿Quiere una botella al marcharse?

—Es muy generoso de su parte, pero no puedo aceptar un regalo. En cambio, puedo beberme toda una botella aquí y no violar en absoluto el código ético.

—¿Quiere tomarse una copa para el camino?

—Con estas carreteras, creo que tendré dificultades para encontrar el The Point sobrio. La señora Mayfield y yo querríamos sumarnos a su gente en la búsqueda. En ese caso, quizá podríamos quedarnos a pasar la noche aquí. ¿Es posible?

—No. Va contra las normas del club. Además, el personal de la casa se marcha para un muy merecido descanso después del fin de semana largo.

—No necesito mucho personal, y la señora Mayfield y yo podemos compartir una habitación.

Me sorprendió al decirme:

—Es usted divertido. Lo siento, pero no puedo invitarlo a pasar la noche. Sin embargo, si quiere alojarse en un motel local, haré que alguien lo guíe hasta South Colton. Quizá hayan pasado por ahí cuando venían hacia aquí.

—Sí, eso creo. —Me di cuenta de que la bebida lo había aflojado un poco, motivo por el que me encontraba divertido, así que le dije—: No quiero impedirle hacer las llamadas, pero si tiene un minuto, me gustaría saber algo más de este club.

No respondió.

—No tiene nada que ver con la desaparición. Éste es un lugar fantástico. ¿Cuándo se creó? ¿Qué hace aquí? ¿Caza? ¿Pesca?

Bain Madox encendió otro cigarrillo, se sentó y de nuevo cruzó las piernas.

—Primero el nombre —dijo—. En 1968 me gradué como subteniente del ejército de Estados Unidos, y estuve destinado en Fort Benning, Georgia, a la espera de ser enviado a Vietnam. Había muchos clubes de oficiales en Benning; pequeños clubes satélite donde se reunían los oficiales de menor rango, lejos de los jefes en el club principal.

—Una gran idea. Yo fui poli antes de unirme al ATTF, y le puedo decir que nunca íbamos a los mismos bares que frecuentaban los jefes.

—Exactamente. Había un club ubicado en el bosque, en un lugar llamado Custer Hill, y que se llamaba Club Oficial Custer Hill. El edificio era un tanto primitivo, parecía un pabellón de caza.

—Ah, ya veo cómo acabará.

—Sí. Así que varias noches a la semana unas docenas de jóvenes oficiales se reunían allí para beber cerveza y comer una *pizza* infame, discutir de la vida, de la guerra, de las mujeres y, de vez en cuando, de política.

El señor Madox pareció salir de la habitación y viajar a aquel lugar y tiempo. El crepitar del fuego que se apagaba era el único sonido que se oía. Regresó de su viaje

al pasado y añadió:

—Era una época muy mala para el país y el ejército. La disciplina se había ido al demonio, la nación estaba muy dividida, había disturbios en las ciudades, asesinatos, malas noticias del frente y los compañeros de curso, personas que conocíamos, morían en Vietnam, o regresaban a casa con terribles heridas... físicas, mentales y espirituales. De eso era de lo que hablábamos. —Se acabó la bebida y encendió otro cigarrillo—. Nos sentíamos traicionados. Sentíamos que nuestros sacrificios, nuestro patriotismo, nuestro servicio y nuestras creencias se habían vuelto irrelevantes y detestables para una gran parte del país. —Nos miró—. Esto no es nuevo en la historia del mundo, pero era algo absolutamente nuevo en Estados Unidos.

Kate y yo nos abstuvimos de cualquier comentario.

—Nos convertimos en personas resentidas, luego radicales, diría usted, y juramos que... que si sobrevivíamos, dedicaríamos nuestras vidas a enmendar muchos errores.

No creí que aquélla fuese la verdadera naturaleza del juramento. La palabra «venganza» acudió a mi mente.

—Nos enviaron al frente, algunos de nosotros regresamos y nos mantuvimos en contacto. Algunos, como yo, permanecemos en el ejército, pero la mayoría se marcharon cuando acabaron sus obligaciones. Muchos de nosotros tuvimos éxito en nuestras empresas, y a menudo ayudábamos a aquellos a los que nos les había ido tan bien, que necesitan un empujón en sus carreras o una recomendación para un empleo. La clásica red de viejos compañeros, pero ésta nacida en el caldero de tiempos turbulentos, endurecida por la sangre y la guerra y puesta a prueba por años de vagar a través de la selva en que se había convertido el país. Después, a medida que nos hacíamos mayores y más ricos, y mientras nuestra... influencia crecía, y Estados Unidos comenzaba a recuperar el vigor y a encontrar de nuevo su camino, vimos que contábamos.

De nuevo calló y miró a su alrededor, como si estuviese pensando en cómo había llegado a aquella enorme casa, tan lejana del pequeño club de oficiales del bosque de Georgia.

—Construí esta casa como un lugar de reunión hace unos veinte años.

—Así que ustedes no vienen aquí sólo a cazar y pescar —señalé—. Me refiero a que también hay algo económico de por medio, y quizá también un poco de política.

Meditó su respuesta.

—Estábamos empeñados en la guerra contra el comunismo, y puedo decir sinceramente y con cierto orgullo que muchos miembros de este club fueron fundamentales en la victoria sobre aquella ideología abominable y el final de la Guerra Fría. —Nos miró—. Ahora... bueno, tenemos un nuevo enemigo. Siempre habrá un nuevo enemigo.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Está usted involucrado?

—No en la misma medida en que estuvimos involucrados en la Guerra Fría. —Se encogió de hombros—. Ahora somos más viejos, ya libramos una buena guerra y nos

merecemos un retiro tranquilo. —Nos miró—. A las personas de su edad es a quienes les toca librar ésta.

—¿Así que los miembros de este club son todos veteranos del ejército que pertenecían al Club Custer Hill original?

—No, no todos. Algunos han muerto, y otros se han dado de baja. Añadimos nuevos miembros con el paso de los años, hombres que comparten nuestros ideales y que también vivieron aquellos tiempos. Los hemos hecho socios honorarios del Club Oficial Custer Hill, de Fort Benning, Georgia, 1968.

Pensé en eso, y en los hombres ricos, y los hombres poderosos reunidos durante un fin de semana largo en una mansión remota, y me dije que quizá no había nada raro en todo esto, y que quizá el Departamento de Justicia pasaba por uno de sus muchos momentos de paranoia.

Por el otro lado...

—Gracias por contarnos todo esto —dije—. Es realmente muy interesante, y quizá todos ustedes deberían escribir sus memorias.

—Iríamos todos a la cárcel —respondió con una sonrisa.

—¿Perdón?

—Por algunas de nuestras actividades durante la Guerra Fría. Nos pasamos un poco. —¿Sí?

—Pero bien está lo que bien acaba. ¿No está de acuerdo en que para luchar contra los monstruos algunas veces hay que convertirse en uno?

—No, no lo estoy —contesté.

Kate me secundó.

—Tenemos que luchar dentro de las reglas. Eso es lo que nos hace diferentes de ellos.

—Cuando alguien te está apuntando con un misil nuclear —replicó Madox—, está plenamente justificado que le des una patada en los cojones.

Entendía su postura, pero las discusiones de ese tipo podían durar semanas, y me dije que él ya las había tenido y que había respondido a esas preguntas muchos años atrás, mientras bebía cerveza y comía *pizza*.

Siempre he creído que las personas de aquella generación que llegaron a la mayoría de edad en los sesenta eran algo diferentes, que quizá estaban marcadas, y que tal vez todavía guardaban rencor. Pero no me pagan para pensar cosas como ésta, o para ofrecer consejos gratuitos. Así y todo, le comenté a Madox:

—Por lo tanto, sí tiene camaradas que irían a buscarlo si desapareciese.

Me miró, o quizá miró a través de mí durante unos momentos.

—¿Los tengo? Los tuve. Cuando era joven y vestía el uniforme... Creo que ahora se han ido todos... excepto Carl... Sirvió bajo mis órdenes en Vietnam. Carl y *Kaiser Wilhelm* son leales.

Bueno, si hubiese encontrado por aquí un trineo llamado Rosebud, lo hubiese arrojado al fuego y fundido a negro. En cambio, me levanté y dije:

—Gracias por su tiempo.

Kate también se levantó y recogió el maletín.

Madox pareció casi sorprendido al ver que se libraba de nosotros, y por un momento creí que se sentía desilusionado.

—¿Van a reunirse con mi personal en la búsqueda? —preguntó.

No creía que Kate y yo consiguiéramos nada acompañando a los guardas de Madox por el bosque hasta el anochecer.

—¿Señor Corey?

Por otro lado, no me hubiese importado echar una ojeada a la propiedad. Pero se suponía que Kate y yo no debíamos estar allí, y que ya se nos había hecho tarde para nuestro encuentro con el comandante Schaeffer, en el cuartel de la policía del estado. Miré a Kate antes de responderle.

—Dejaremos que su personal efectúe la búsqueda. Pero volveremos por la mañana con los equipos.

—De acuerdo —asintió—. Mandaré a mi gente que comience ahora mismo. También me ocuparé de que los equipos que vengan mañana tengan mapas del lugar y que puedan utilizar mis vehículos y mi personal.

—¿No ha dicho que su personal se tomaría unos días de descanso?

—Me refería al personal doméstico. Los guardas estarán aquí.

—¿Puedo preguntarle por qué tiene tantos guardas?

—En realidad no son muchos si considera que trabajan en turnos durante los siete días de la semana, veinticuatro horas al día, todos los días del año.

—¿Por qué necesita tanta seguridad?

—Una casa como ésta llama mucho la atención. Además, la policía local va escasa de personal y la policía del estado está a cierta distancia. Prefiero tener mi propia seguridad.

Kate optó por no insistir, y Bain Madox añadió:

—Los acompañaré hasta la salida.

Caminamos hacia la puerta, y por el camino le pregunté:

—¿Estará usted aquí mañana?

—Quizá. —Hizo una pausa—. Mis planes están en el aire.

También lo estaban sus aviones.

—¿Dónde vive habitualmente?

—En Nueva York.

—¿Alguna otra casa?

—Unas cuantas.

—¿Cómo sale de aquí? ¿En coche? ¿Avión?

—Por lo general alguien me lleva hasta el aeropuerto local de Saranac Lake. ¿Por qué lo pregunta?

—Sólo quiero estar seguro de que vamos a encontrarlo mañana. ¿Tiene un móvil?

—No doy el número, pero si llama al número de seguridad hay alguien que

contesta las veinticuatro horas; ellos me localizarán. Si descubrimos algo, los llamaremos a The Point. —Me dio el número de seguridad—. Pero probablemente nos veremos por la mañana.

—Nos verá. ¿Tiene un avión privado?

Titubeó, y luego respondió:

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Se le puede llamar al avión?

—Casi siempre. ¿Por...?

—¿Tiene planeado algún vuelo dentro o fuera del país?

—Voy donde me requieran mis negocios. No estoy muy seguro de por qué necesita saberlo.

—Sólo necesito saber dónde encontrarlo si surge algún problema o malentendido con su personal de seguridad, que parecen ser muy protectores y bastante difíciles de tratar.

—Para eso se les paga, pero me ocuparé de que entiendan claramente que usted y la señora Mayfield pueden ponerse en contacto conmigo y que los equipos de búsqueda pueden recorrer la propiedad libremente.

—Perfecto. Es todo lo que necesitamos.

Pasamos por la biblioteca y llegamos al vestíbulo.

—Así que usted construyó este lugar.

—Sí. En 1982. De chico, siempre admiré las grandes casas que había aquí, y también lo que llamaban los Great Camps, construidos por millonarios a finales y principios del siglo pasado. The Point, donde ustedes se alojan, era el Great Camp de Rockefeller.

—Sí, lo sé. ¿Me puede prestar un esmoquin?

—Yo optaría por el servicio de habitaciones. —Sonrió.

—Yo, también. ¿Por qué no compró una de las viejas mansiones, probablemente están todas a la venta?

Tardó unos instantes en responder.

—Miré algunas, pero esta parcela privada estaba disponible en el parque, y la compré por trescientos mil dólares. Eso son menos de sesenta dólares la hectárea. La mejor inversión que he hecho.

—¿Mejor que el petróleo?

Nos miramos.

—Supongo que sabe quién soy.

—Bueno, no es precisamente un desconocido.

—Intento ser discreto, pero no siempre es posible. De ahí, toda esta seguridad.

—Buena idea. Aquí nadie vendrá a por usted.

—No creo que haya nadie que quiera venir a por mí.

—Nunca se sabe. —Él no hizo caso—. ¿Eh, qué pasa con el precio del petróleo? ¿Sube o baja?

—Usted sabe tanto como yo.

—Eso asusta un poco.

—Yo apostaría por cincuenta dólares el barril a medida que nos acerquemos a la guerra contra Irak —manifestó con una sonrisa—. Pero usted no se ha enterado por mí.

—Entendido.

Parecía dispuesto a la charla, cosa que me convenía, y nos señaló una pared en la que había un par de docenas de placas de bronce, cada una con un nombre y una fecha.

—Éstos son algunos de los hombres con los que serví y la fecha de su fallecimiento. Las primeras corresponden a los que murieron en Vietnam, los posteriores murieron en una guerra u otra, y otros de muerte natural. —Se acercó a las placas—. En parte construí este lugar como un monumento a su memoria, en parte como un recuerdo al Club Oficial Custer Hill y en parte como un lugar de reunión el Día del Veterano y el Día del Soldado Desconocido para aquellos que todavía quedamos.

—Eso es muy bonito —opinó Kate tras unos segundos de silencio.

Bain Madox continuó mirando las placas, y luego se volvió hacia nosotros.

—También, cuando construí este lugar, estábamos en los momentos más peligrosos de la Guerra Fría, y quizá recuerden que los medios intentaban provocar la histeria con todo aquello de que Reagan nos llevaba al Armagedón nuclear.

—Sí, lo recuerdo. Por un tiempo me convencieron. Compraba latas de chili y cerveza por cajas.

Madox sonrió cortésmente.

—Nunca creí que fuésemos a llegar a una guerra nuclear, con el MAD en vigor, pero los idiotas de los medios y Hollywood nos daban a todos por muertos y enterrados. No son más que un montón de viejas cobardicas.

—Ése es un insulto a las señoras mayores.

—El caso es que supongo que estaba en mi mente cuando decidí construir este lugar. Sé que lo estaba en la mente de mi esposa.

—¿Está casado?

—Ya no.

—¿Ella es demócrata o algo así?

—Es una consumidora con una tarjeta.

—¿Así que aquí tiene un refugio contra la lluvia ácida?

—Sí. Es un gasto totalmente inútil, pero es lo que ella quería.

—La lluvia ácida es algo peligroso.

—Está sobrevalorada.

Nunca había escuchado describir la lluvia ácida de esa manera, y por un momento pensé que hablaba con el doctor Strangelove.

Madox consultó el reloj de cucú colgado en la pared.

—Les enseñaría la casa, pero estoy seguro de que tienen otros compromisos pendientes.

—Volveremos mañana al amanecer —le recordé.

Asintió y fue hacia la puerta.

—Muy bonito el cuadro de Little Bighorn —comenté.

—Gracias. Es muy antiguo, obra de un pintor desconocido, y no creo que sea una representación muy acertada de los últimos momentos de aquella batalla.

—¿Quién sabe? Murieron todos.

—Los indios no.

Quería contarle mi chiste, pero notaba la mirada de Kate fija en mí.

—Eran temerarios, pero valientes.

—Más temerarios que valientes, me temo. Yo pertencí al Séptimo de Caballería. El regimiento de Custer.

—No parece usted tan viejo, o... —Señalé la pintura.

—En Vietnam, señor Corey. El regimiento todavía existe.

—Ah... vale.

Se detuvo junto a la puerta y hubo un momento de silencio algo incómodo. Ése es el momento en que yo generalmente le suelto algo al sospechoso, para que él o ella no puedan dormir de intranquilidad. Pero la verdad era que no tenía más flechas en mi aljaba, para utilizar una metáfora adecuada, y tampoco tenía la plena seguridad de que Bain Madox tuviese algo que ver con la desaparición de Harry.

—Gracias por su tiempo y ayuda —dije.

—Enviaré a mis hombres inmediatamente —prometió—. Mientras tanto, si la búsqueda aérea da con algo, dígame a la policía del estado que llame al número de seguridad, para que pueda enviar a algunos al lugar iluminado por el helicóptero. Si tenemos suerte, quizá encontremos al hombre esta noche.

—Creo que unas cuantas oraciones también podrían ayudar.

—Mientras las temperaturas se mantengan sobre cero, una persona puede sobrevivir durante semanas en el bosque si no está malherido —explicó.

Abrió la puerta y salimos al porche. Vi que el coche de alquiler de Enterprise ya no estaba.

—Quiero darle las gracias por su servicio a nuestro país.

Él asintió.

—Sí, gracias —añadió Kate.

—Ustedes dos están sirviendo de otra manera, en una guerra diferente. Yo les doy las gracias por ello. Ésta quizá sea la batalla más dura que nos tocará librar. Adelante y no cedan. Venceremos.

—Ganaremos —dijo Kate.

—Ganaremos —afirmó el señor Madox—. Espero vivir lo suficiente como para ver un permanente nivel Verde.

Capítulo 23

Subimos a nuestro Taurus y seguimos al *jeep* negro colina abajo hacia la verja.

No hablamos mientras estuvimos dentro de la propiedad ante la posibilidad de que tuviesen equipos de escucha direccionales, pero sí encendimos los móviles y los buscas. Kate tenía dos mensajes y yo ninguno.

El reloj del tablero marcaba las 16.58, así que Tom Walsh estaría aún en su despacho, ocupado defendiendo la civilización occidental durante otros dos minutos.

En la garita, el *jeep* se detuvo a un costado y se abrió la verja. Al salir, vi a dos guardas a través de la ventana del edificio, y uno de ellos nos estaba filmando con una cámara de vídeo. Me incliné hacia la ventanilla de Kate y saludé con el dedo medio.

McCuen Pond Road estaba en sombras, y encendí los faros para ver si había osos.

—Bueno, ¿qué opinas? —le pregunté a Kate.

Ella permaneció en silencio durante unos momentos, y luego respondió:

—Es encantador de una manera un tanto inquietante.

Una de las cosas más interesantes en la vida es escuchar la opinión de una mujer sobre un hombre al que ambos acaban de conocer. A los hombres que encuentro feos, ella los ve guapos; los que me parecen babosos, ella los ve sociables; y todo por un estilo. En ese caso, sin embargo, casi coincidí con Kate.

—Creo que le has caído bien —añadió—. No me interpretes mal, pero me recuerda un poco a ti.

—¿Cómo es eso, cariño?

—Bueno, la confianza en sí mismo, y el... a falta de una expresión mejor, rollo machista.

—Una buena expresión. Lo más importante es preguntarse: ¿sabe más de Harry de lo que nos ha dicho?

—No lo sé... Su actitud parecía casi indiferente.

—Típico de un sociópata y un narcisista —señalé.

—Sí, pero algunas veces el comportamiento de una persona que no tiene nada que ocultar.

—Pero sí tiene algo que ocultar, aunque sólo sea el tamaño del precio del petróleo. Por eso el Departamento de Justicia está interesado en él.

—Es verdad, pero...

—Sin embargo, nos ha invitado a entrar sin que estuviera presente su abogado.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere saber qué sabemos, y eso puede descubrirlo a través de las preguntas que le hemos hecho.

—Es una manera de verlo.

—¿Qué me dices de la historia del Club Custer Hill?

—Vaya historia. Es sorprendente si lo piensas un poco... Jóvenes oficiales que se mantienen en contacto, algunos de ellos convertidos en ricos y poderosos... y Bain Madox construyendo esa casa.

—Sí. Lo que es más sorprendente es que ha llegado a admitir que el grupo es o era algo así como una sociedad secreta que, de alguna manera, influyó en los acontecimientos en la escena mundial durante la Guerra Fría. Incluso que participaron en actividades ilegales.

—Quería parecer importante y poderoso —respondió Kate tras un momento de reflexión—. Los tíos lo hacen... pero si hay algo de verdad en todo eso, entonces coloca al Club Custer Hill en una óptica del todo diferente. Ha despertado algunas sospechas que no necesitaba despertar —añadió.

—Podía pensar que conocíamos la historia del club.

—Por lo menos su historia pasada, de la que está tan orgulloso, de la misma manera que lo está de su servicio en Vietnam. No lo sé... pero después ha añadido que está algo involucrado en la guerra contra el terrorismo.

—Exacto. Eso es como estar un poco embarazado —señalé—. Tal como sospechaba, hay más en ese grupo de lo que salta a la vista. Aquí hay un elemento político, y en el mundo actual, el petróleo del señor Madox combina bien con la política.

—Siempre ha sido así.

Volví a nuestra preocupación inmediata.

—¿Ha tenido Madox algo que ver con la desaparición de Harry?

—Lo que me ha preocupado —dijo Kate después de una pausa— es su intención de darnos largas... como si estuviese esperando a que Harry... apareciese.

—Eso lo apartaría de la presión. Tengo el mal presentimiento de que Harry no tardará en aparecer, y no precisamente en la propiedad de Bain Madox.

Kate asintió.

—Tengo que escuchar mis mensajes. —Los escuchó—. Tom, las dos veces. Dice que debo llamarlo cuanto antes.

Me pregunté por qué Walsh la había llamado a ella y no también a mí.

Kate miró la pantalla del *busca*.

—Tom, dos veces.

—Es un tipejo persistente, ¿no?

—No es... ¿Cuál es tu problema con la autoridad?

—Mi problema es con los superiores que me sueltan rollos y esperan a cambio mi lealtad. La esencia de la lealtad es la reciprocidad. Si tú me eres leal, yo te seré leal. Si tú me vienes con rollos, yo también. Ése es el trato.

—Gracias por explicármelo. Ahora llamaré a nuestro superior mientras tú pones toda tu atención en la carretera. Conduce despacio para que no nos quedemos fuera

del radio de cobertura.

Levanté el pie del acelerador.

—Conecta el altavoz.

Kate marcó el número, y se oyó la voz de Walsh a través del teléfono.

—¿Dónde demonios te has metido? —preguntó.

Kate respondió sin andarse por las ramas:

—Hemos entrevistado a Bain Madox en el Club Custer Hill.

—¿Qué? Te dije muy claramente... ¿fue idea del idiota de tu marido?

—Hola, Tom. Aquí el idiota de su marido.

Un silencio, seguido por:

—Corey, esta vez la has jodido a base de bien.

—Eso mismo dijiste la última vez.

No era un hombre feliz y casi gritó:

—Has desobedecido mis órdenes. Eres historia, tío.

Kate pareció alterarse un tanto al escucharlo.

—Tom, hemos obtenido el permiso de Madox para realizar una búsqueda en su propiedad mañana a primera hora. Mientras tanto, nos ha prometido que enviaría a su gente a llevar a cabo un rastreo inmediatamente.

No hubo respuesta, y pensé que se había cortado la comunicación, o que Tom había tenido un ataque o algo así. Le pregunté a Kate:

—¿Quieres ganchitos de queso?

—¿Tom? ¿Estás ahí? —preguntó Kate.

Su voz sonó en el teléfono.

—Me temo que no necesitamos continuar la búsqueda.

Ninguno de los dos respondió, y noté que se me cerraba la boca del estómago. Ya sabía lo que diría, pero no quería escucharlo.

—La policía del estado ha encontrado el cadáver de un hombre al que han identificado presuntamente por el contenido del billetero y la foto de su credencial como Harry Muller —nos informó Tom. Tampoco esta vez dijimos nada—. Lamento ser el que os dé las malas noticias —concluyó Walsh.

Aparqué a un lado de la carretera, respiré profundamente un par de veces y le pregunté:

—¿Cuáles son los detalles?

—Alrededor de las tres y cuarto de la tarde, en el cuartel regional de la policía del estado, en Ray Brook, donde se suponía que debíais estar, se recibió la llamada anónima de un hombre que dijo que, mientras caminaba por el bosque, había visto un cuerpo caído en un sendero. Añadió que se había acercado y comprobado que el hombre estaba muerto, aparentemente de un disparo, luego corrió de regreso a su vehículo, fue hasta uno de los teléfonos de emergencia del parque y llamó a la policía. El denunciante no quiso dar su nombre.

Pensé en eso, y me dije que sabía el nombre del tipo. «Fui tirador de primera en el

ejército».

—El hombre nos dio una descripción bastante precisa del lugar y, al cabo de media hora, la policía del estado y la local, con la ayuda de los perros, encontraron el cuerpo. Una búsqueda posterior descubrió la caravana de Harry unos cinco kilómetros al sur del lugar de donde hallaron el cadáver. Por lo tanto, parece como si Harry se dirigiera al Club Custer Hill, unos cinco kilómetros más al norte del sendero.

—Eso no cuadra con la llamada de Harry a su novia —señalé.

—He escuchado ese mensaje de nuevo, y Harry dice, y citó: «Estoy de servicio, cerca de la casa de esos locos fachas». No puedes interpretar eso como que estaba a la vista o muy cerca de la propiedad del Club Custer Hill.

Aquel hombre obviamente no era un detective.

—Tom, no tiene sentido que aparcase la caravana a diez kilómetros de distancia, luego llamase a su novia a las siete y cuarenta y ocho y a continuación trotase a través del bosque. Tardaría casi dos horas sólo para llegar hasta la valla, y yo deduzco que debía de estar en o cerca del Club Custer Hill con la primera luz del alba. Pero si nos creemos ese montaje, entonces no hubiese llegado allí hasta casi las diez. ¿Me sigues, Tom?

Tardó unos segundos en responder.

—Sí, pero...

—Bien. Ya puestos, consigue una triangulación de la llamada de Harry a su novia. Eso te dirá dónde se encontraba cuando llamó.

—Gracias, lo sé. La compañía de teléfonos está en ello. Pero aparte de la torre del Club Custer Hill, puede que no haya más torres lo bastante cerca como para conseguir una triangulación.

—¿Cómo sabes que hay una torre de telefonía móvil en la propiedad del Club Custer Hill?

Otra vez silencio.

—Acabo de saberlo por la compañía de teléfonos. Sabremos algo más dentro de una hora, pero debo decir que, incluso si se encontraba cerca de la propiedad del Custer Hill cuando llamó a su novia, eso no significa que hubiese entrado en su terreno. Probablemente lo asustó alguna cosa y caminaba de regreso a la caravana cuando le dispararon. Siempre hay dos o más maneras de interpretar las pruebas.

—¿De verdad? Procuraré no olvidarlo. Por cierto, a veces un poco de sentido común te lleva muy lejos.

—A los fiscales generales no les interesa el sentido común. Quieren pruebas que hablen por sí solas. Éste no es el caso.

—Entonces, necesitamos más pruebas. Háblame de la herida de bala.

—El proyectil entró en el torso superior, por detrás, y me dicen que probablemente le seccionó la columna vertebral y salió a través del corazón. La bala aún no se ha recuperado. La muerte fue probablemente instantánea... He hablado con

el comandante Schaeffer, y me asegura que no hay ningún indicio de que Harry agonizara... Aparentemente murió donde cayó. Había dinero en el billetero, y tenía el reloj, el arma, las credenciales, la cámara de vídeo, la cámara digital, así que, según la policía del estado, parece haber sido un accidente de caza.

«Todavía puedo abatir a un venado a doscientos metros». Eso es lo que se supone que debe parecer.

Walsh no comentó nada.

—Obviamente, necesitamos mirar lo que hay en sus cámaras.

—Ya se ha hecho. No hay nada en la cinta de vídeo ni en la cámara digital.

—Manda la cinta y los discos a nuestro laboratorio para ver si han borrado algo.

—También se ha hecho.

—¿Cuánto tardaremos en recibir el informe de la autopsia? —preguntó Kate.

—Están transportando el cuerpo a la morgue del condado, en Potsdam, para una identificación positiva con las fotos y las huellas dactilares de los archivos de la central del FBI. He dado instrucciones para que la autopsia no se haga allí; esto es demasiado importante como para dejarlo en manos de un forense local. Haré que trasladen el cuerpo aquí por vía aérea para se haga en Bellevue esta noche o mañana.

—Bien hecho. Envíanos por fax una copia del informe de la autopsia y toxicología.

—Toxicología puede tardar entre cuatro y seis días.

—Dos o tres, si es urgente. También avisa a Bellevue para que estén atentos a cualquier cosa sospechosa. Drogas, morados, marcas de ligaduras o esposas en la piel, y cualquier otro trauma aparte de la herida de bala. La hora de la muerte también es muy importante.

—Quizá te cueste creer, pero el forense de la ciudad de Nueva York, la policía del estado y el FBI se ganan la vida con esto.

No hice el menor caso.

—Ocúpate de mandar a un investigador de la policía del estado a la morgue lo antes posible para que presencie cuando le quiten la ropa y los efectos personales. Él o ella tendrá que buscar cualquier indicio de que las prendas o los efectos personales han sido alterados de alguna manera.

—Hay alguien del State Bureau of Investigation que va de camino a la morgue. Además tenemos a dos agentes que van desde Albany. Vamos a participar en esta investigación porque han matado a un agente federal mientras cumplía una misión.

—Bien. También asegúrate de que la policía del estado y el FBI hagan una investigación completa de la escena del crimen y busquen testigos. Debes asumir que se ha cometido un homicidio.

—Lo comprendo, pero también podría resultar ser lo que parece: un accidente. Esto es algo que ocurre con frecuencia por allá arriba. Mientras tanto, si tú estuvieses donde se supone que deberías estar, estarías donde necesitarías estar para ofrecer tu consejo de experto sobre cómo llevar la autopsia y la investigación.

—Tom, que te follen.

—Sé que estás alterado, así que lo dejaré correr por esta vez.

—Que te follen.

Lo dejó correr una segunda vez y preguntó:

—¿Dónde estáis ahora?

—Acabamos de salir del Club Custer Hill —respondió Kate.

—Vaya, no sólo habéis desperdiciado vuestro tiempo, sino que también habéis alertado a Bain Madox de que está bajo vigilancia.

Kate salió en mi defensa.

—John lo ha llevado muy bien. Si Madox no sabía que estaba bajo vigilancia, sigue sin saberlo. Si ya lo sabía, ya no tiene ninguna importancia.

—La cuestión es que no deberíais haber ido allí bajo ningún concepto —afirmó Walsh—. ¿Qué has conseguido de bueno con ir allí, John?

—He ido en misión de caridad, Tom —contesté—. He conseguido lo que quería: el permiso para realizar una búsqueda. Vale que ya no lo necesitamos, aunque estoy dispuesto a hacerla de todas maneras, sólo para incordiar a Bain Madox.

—Eso no ocurrirá. Ahora que le has hecho una visita, estamos obligados por ley a informarle de que la persona en cuestión ha sido encontrada fuera de su propiedad.

—No tengas tanta prisa en darle esa información.

—John, no quiero buscarme problemas. Ese tipo no es un ciudadano cualquiera. Será informado por una llamada telefónica de un agente de la policía local o del estado dentro de una hora.

—Déjame que lo hable primero con el comandante Schaeffer.

—¿Por qué?

—Acabo de pasar cuarenta minutos con Madox, y he recibido extrañas vibraciones. Creo que ese hijo de puta tuvo a Harry en su casa, le apretó las clavijas y después lo asesinó.

—Eso... es toda una acusación. Piensa en lo que estás diciendo.

—Piénsalo tú.

—¿Kate? —dijo Walsh.

Kate respiró profundamente y respondió:

—Es posible. Quiero decir que es posible.

—¿Cuál sería el motivo de Madox? —preguntó Walsh.

—No lo sé, pero lo averiguaré —repliqué.

Permaneció en silencio durante unos segundos.

—De acuerdo. Desde luego procederemos como si fuese un homicidio. Mientras tanto, tengo que llamar a la novia de Harry, Lori, y tengo a Washington por la otra línea, así que...

—Envía a alguien, a un poli de la Task Force, para que vea a Lori Bahnik en persona, y que lo acompañe un capellán de la policía. Además, Harry tiene hijo y una exesposa. Tendrás que enviar a alguien a quien la familia conozca para que se lo

notifique, como su antiguo jefe de división o algún compañero. Habla con Vince Paresi. Él sabrá cómo hacerse cargo.

—Entendido. Mientras tanto, ve al aeropuerto y espera al helicóptero que irá a recogeros. Un policía del estado estará allí con las cámaras de Harry, que traerás al 26 Fed...

—Para el carro. No nos marcharemos de aquí hasta que se acabe la investigación.

—Os volveréis a Manhattan esta noche. Estaré aquí...

—Tom, perdona, pero necesitas a tu gente en la escena del crimen.

—Gracias, lo sé. Dos personas de esta oficina viajarán en el helicóptero. Tú, detective Corey, estás fuera del caso, y también lo está Kate. Regresad inmediatamente. Mientras tanto, tengo al cuartel general a la espera, y no tengo tiempo ni paciencia para...

—Yo tampoco. Te lo diré con toda claridad, Tom. Uno, Harry Muller era mi amigo. Dos, querías verme en esta misión, y ahora yo podría estar en esa morgue en su lugar. Tres, creo que fue asesinado, y cuatro, si me sacas de este caso, voy a armar tal follón que lo oirán desde el Departamento de Justicia.

—¿Me estás amenazando?

—Sí. Cinco, enviaste al hombre a una fortaleza sin el menor indicio de lo que se iba a encontrar; demonios, acabo de salir de allí y ni siquiera un equipo Delta podría entrar, y tú lo sabías, o deberías haberlo sabido. Seis, Harry Muller fue allí con sus credenciales y sin una tapadera verosímil. ¿Desde cuándo haces esto para ganarte la vida?

Se cabreó de verdad y gritó:

—Deja que te diga una cosa...

—No, te la diré yo, Einstein. La has cagado. Pero ¿sabes qué? Batearé por ti cuando la mierda llegue al ventilador. ¿Por qué? ¿Porque me caes bien? No, porque ahora mismo me dirás que me quede aquí y siga en el caso. Si no lo haces, mi próxima parada después del 26 Fed será Washington. ¿Lo has entendido?

Tardó unos cuatro segundos en entenderlo.

—Has hecho un alegato muy bueno para continuar en el caso. Pero Corey, juro por Dios que si...

—Lo estabas haciendo muy bien hasta el «Pero juro por Dios». Déjalo mientras estás a la par.

—Ya tendré ocasión de ponerme a la par.

—Tendrás suerte si no te envían a Wichita. Dejaré que tú y Kate tengáis unas últimas palabras.

Kate estaba realmente muy perturbada, y le dijo a Walsh:

—Estoy de acuerdo con John en que la misión de Harry no estuvo bien planeada ni bien dirigida. Podría haber sido mi esposo quien estuviese ahora en aquella morgue.

Walsh prefirió no comentar nada, y replicó:

—Tengo que hablar con el cuartel general. ¿Algo más?

—No —dijo Kate.

—Ve al cuartel de la policía del estado en Ray Brook y llámame desde allí.

Colgó, y ambos permanecimos en silencio durante un rato, aparcados a un costado de la carretera. Escuchaba el canto de los pájaros en el bosque y el sonido del motor al ralentí.

—Temía que recibiésemos esa noticia.

No respondí; pensaba en Harry Muller, que se había sentado a la mesa de delante de la mía durante unos tres años; dos antiguos polis que trabajaban como extraños en una tierra extraña llamada 26 Federal Plaza. El cadáver transportado de regreso a Nueva York para la autopsia, el funeral el jueves y viernes y misa y entierro el sábado.

—No me lo acabo de creer —dijo Kate, y me cogió la mano.

Durante meses después del 11-S, asistí a velatorios, funerales, misas y servicios, día y noche, a veces tres al día. Todos los que conocía estaban metidos en esa rueda de locura que te entumecía el alma y, a medida que pasaban las semanas, me encontraba a las mismas personas en las funerarias, en las iglesias, en las sinagogas y en los cementerios, y todos nos limitábamos a mirarnos los unos a los otros con ojos que estaban más allá de cualquier expresión; la conmoción y el trauma estaban frescos, pero los funerales comenzaban a confundirse, y la única diferencia era la afligida familia que nunca parecía la misma que la última afligida familia, y después las viudas y los niños aparecían en el funeral de algún otro poli a presentar sus respetos, y se convertían en parte de la comitiva fúnebre. Fue un tiempo desgarrador y surrealista, unos meses negros, con ataúdes negros y mortajas negras, y negras bandas de música con resplandecientes placas, y mañanas negras después de noches de mucho beber.

Todavía recuerdo el lamento agudo de las gaitas, el último saludo y el féretro... que muchas veces no contenía más que una parte del cuerpo, bajando a la tumba.

—John, déjame conducir a mí.

Harry y yo habíamos ido juntos a algunos de los funerales, y recuerdo que en la misa por Dom Fanelli, en los escalones de la iglesia, Harry me había dicho: «Cuando un poli piensa en que lo pueden matar en el trabajo, se imagina que puede hacerlo algún idiota pringado que tiene un día de suerte. ¿Quién podía pensar que algo como esto podía pasar aquí?»

—¿John? ¿Estás bien? —preguntó Kate.

Recordé también a la madre de Dom, Marion Fanelli, comportándose con gran dignidad, casi desapercibida en la multitud mientras todos se centraban en la esposa e hijos de Dom, y las palabras de Harry: «Vamos a hablar con ella. Está sola».

Eso me recordó que la madre de Harry aún vivía, y tomé nota para añadirla a la lista de personas a las que se les debía notificar oficialmente la muerte con la presencia de un capellán.

Kate se había bajado del coche y había abierto mi puerta. Me cogió del brazo.

—Yo conduzco.

Me bajé y cambiamos de sitio.

Kate arrancó el coche y continuamos el viaje en silencio.

Aún había luz en el cielo, pero la carretera estaba sumida en las sombras, y el bosque a ambos lados era negro. De vez en cuando, veía unos ojos que brillaban en la oscuridad, o algún animal pequeño que cruzaba la carretera. Al pasar por una curva, un venado sorprendido por la luz de los faros se quedó en mitad del camino, medio petrificado, medio tembloroso por el miedo antes de escapar de un salto.

—Tendríamos que estar en el cuartel de la policía del estado dentro de una hora —dijo Kate.

—La misión de Harry no tiene sentido —afirmé pasados unos diez minutos.

—John, no pienses en ello.

—Podría haber visto y fotografiado los coches en esta carretera. Un carril de ida, un carril de vuelta. No tenía necesidad de entrar en la propiedad.

—Por favor, déjalo. Ahora ya no puedes hacer nada al respecto.

—Por eso mismo, tengo que pensar en ello.

Me miró.

—¿De verdad crees que fue Bain Madox?

—Las pruebas circunstanciales y mis instintos dicen sí, pero necesito algo más que eso antes de matarlo.

Capítulo 24

Llegamos a la Carretera 56, que iba al sur, de regreso a Saranac Lake y el cuartel de la policía del estado en Ray Brook, y hacia el norte, a Potsdam y la morgue donde a esas horas ya debían de haber llevado a Harry.

Kate fue a doblar hacia Ray Brook, pero le dije:

—Dobla a la derecha. Vamos a ver a Harry.

—Tom ha dicho que fuéramos... —comenzó.

—No puedes equivocarte mucho si haces lo opuesto a lo que Tom Walsh dice.

Dudó un momento y luego dobló hacia Potsdam.

Al cabo de diez minutos, dejamos atrás el cartel donde se avisaba que salíamos del Parque Estatal de los Adirondack.

Unos pocos kilómetros más adelante estábamos en South Colton, donde vi a Rudy hablando con alguien que llenaba su propio depósito.

—Para aquí —le pedí a Kate.

Entró con el coche en la gasolinera. Yo me asomé por la ventanilla.

—¡Eh, Rudy!

Se acercó al coche.

—Eh, ¿qué tal le fue? —preguntó.

—La máquina de hacer cubitos ya está arreglada. Le comenté al señor Madox lo que me dijo de cobrar en el acto y me pagó al contado.

—Estee... no tenía que...

—Está muy cabreado con usted, Rudy.

—Ay, madre, usted no tenía que...

—Quiere verlo... esta noche.

—Ay, Dios...

—Tengo que ir al hospital del condado, en Potsdam.

—Eh... sí... no tiene más que seguir la 56 norte. —Me indicó cómo llegar al hospital.

—Cuando vea a Madox —le pedí—, dígame que John Corey también es muy bueno con un arma.

—Vale.

Kate salió de la gasolinera y continuamos hacia Potsdam.

—Eso ha sonado como una amenaza —comentó.

—Para un hombre culpable lo es. Para un hombre inocente es una afirmación extraña.

No replicó.

El terreno era despejado, y ahora veía casas y pequeñas granjas. El sol de última

hora de la tarde proyectaba unas sombras muy largas sobre las ondulantes colinas.

Continuaba pensando en Harry Muller, y me resultaba difícil creer que estuviese muerto. Recordé mi última conversación con él, y me pregunté si había tenido un mal presentimiento sobre su misión o si lo que había ocurrido desde entonces me hacía creer que lo había tenido. Nunca se sabe. Pero sí sabía que, hubiese tenido o no ese mal presentimiento el viernes, ahora sí lo tenía.

Transcurridos otros veinte minutos, entramos en la bonita ciudad universitaria de Potsdam, donde encontramos el Canton-Potsdam Hospital en el extremo norte.

Aparcamos y entramos en el pequeño edificio de obra vista por la puerta principal.

Había un mostrador de información en el vestíbulo. Me identifiqué y le pregunté a la recepcionista dónde estaba la morgue. Nos envió a la unidad de cirugía que, dijo, también servía como depósito. Eso no decía mucho en favor de los cirujanos de la casa, y de haber estado de mejor humor hubiese hecho algún chiste al respecto.

Recorrimos unos cuantos pasillos y encontramos el puesto de las enfermeras de la unidad de cirugía.

Había dos policías del estado de Cháchara con ellas. Kate y yo mostramos nuestras credenciales.

—Estamos aquí para ver a Harry Muller —les dije—. ¿Están a cargo de la custodia del cadáver?

—Sí, señor. Acompañamos a la ambulancia —respondió uno de ellos.

—¿Hay alguien más aquí?

—No, señor. Ustedes son los primeros.

—¿A quiénes más esperan?

—A unos tipos del FBI que vienen de Albany y a unos del State Bureau of Investigation.

No íbamos a disponer de mucho tiempo a solas con el cadáver antes de que llegase compañía.

—¿El médico forense está aquí?

—Sí, señor. Ha hecho un examen preliminar del cadáver y ha catalogado los efectos personales. Espera la llegada de la policía del estado y del FBI.

—Muy bien. Quisiéramos ver el cuerpo.

—Necesitaré que ambos firmen la entrada.

Yo no quería firmar, así que repliqué:

—No estamos aquí oficialmente. El muerto era nuestro colega y amigo. Venimos a presentar nuestros respetos.

—Oh... lo siento... claro.

Nos llevó hasta la gran puerta de acero de la sala de operaciones.

Un homicidio se considera como un crimen, de ahí que sea necesario asegurar el cadáver y mantener la cadena de pruebas; por eso la presencia de los dos policías y la hoja de registro de entradas. Eso me llevó a pensar que alguien más aparte de Kate y

yo pensaba que no se trataba de un accidente de caza.

El agente abrió la puerta y dijo:

—Ustedes primero.

—Quisiéramos quedarnos a solas con él.

—Lo siento. No es posible. Debo estar presente...

—Lo comprendo. ¿Puede hacerme un favor y pedirle al forense que se reúna con nosotros aquí? Esperaremos.

—Por supuesto.

Desapareció por una esquina y abrí la puerta. Entramos en la morgue.

La gran sala de operaciones estaba brillantemente iluminada y en el centro había una mesa de acero donde yacía un cuerpo cubierto con una sábana azul.

A cada lado de la mesa había una camilla. En una estaban las prendas de Harry, dispuestas en orden de uso: botas, calcetines, ropa interior térmica, pantalones, camisa, chaqueta y gorro.

En la otra, sus objetos personales: las cámaras, los prismáticos, los mapas, el teléfono móvil, el billetero, el reloj, unos alicates y más cosas. En el llavero estaban las llaves de su vehículo oficial, un Pontiac Gran Am, y de su coche particular, un Toyota. Pero no vi la llave correspondiente a la caravana que había conducido. Deduje que la tendría la policía del estado o el equipo del CSI para poner en marcha la caravana. El arma y las credenciales las tendrían los polis de guardia.

La sala olía a desinfectante, formaldehído y otras cosas desagradables, así que me acerqué a un armario y busqué un tubo de Vicks, algo que suele haber en un lugar donde descuartizan cadáveres. Puse un poco de la gelatina mentolada en el dedo de Kate y le dije:

—Úntate el labio.

Se untó el labio superior y respiró profundamente. Normalmente yo no uso esa cosa, pero hacía tiempo que no estaba cerca de un cadáver, así que yo también me puse un poco debajo de la nariz.

Busqué una caja de guantes de látex, nos los pusimos y le dije a Kate:

—Echaremos una mirada, ¿vale?

Asintió.

Me acerqué a la mesa y aparté la sábana azul de la cara.

Harry Muller.

«Lo siento, compañero», pensé.

Tenía el rostro sucio, porque había caído de cara en el sendero, y los labios ligeramente separados, pero no vi ninguna mueca o cualquier otro indicio de que hubiese sufrido una agonía terrible, así que la muerte, en efecto, había sido rápida. Todos tendríamos que ser así de afortunados cuando nos tocase pasar por aquello.

Tenía los ojos abiertos, de modo que le cerré los párpados.

Bajé la sábana hasta la cintura y vi la abultada compresa pegada sobre el corazón. Había muy poca sangre en el cuerpo, señal de que la bala había detenido el corazón

casi en el acto.

Advertí la lividez de la piel; la acumulación de la sangre en la parte delantera confirmaba que había caído de bruces y muerto en esa posición.

Le levanté el brazo izquierdo. Por lo general, la rigidez aparece entre las ocho y doce horas, y casi no había flexibilidad en los músculos, pero tampoco tenía el brazo completamente rígido. Además, por el aspecto de la piel y el estado general del cuerpo, calculé que la muerte se habría producido entre doce y veinticuatro horas antes. Si se trataba de un asesinato premeditado, probablemente había sido cometido durante la noche para reducir las posibilidades de ser descubiertos durante la ejecución del mismo. Por lo tanto, lo más probable es que lo hubieran matado la noche pasada.

Si Madox lo había hecho, en su fuero interno esperaba que alguien encontrase el cadáver y lo comunicase a la policía. Cuando tal cosa no había sucedido, esa misma tarde él o un cómplice habían llamado desde un teléfono del parque, para así quitarse la presión antes de que comenzase el registro de su propiedad.

De hecho, mientras Kate y yo estábamos con él, probablemente se preguntaba por qué la denuncia anónima no había conseguido aún que encontrasen el cadáver, y comenzaba a ponerse nervioso.

Observé la muñeca y el pulgar de Harry, sin ver prueba alguna de ligaduras, aunque a menudo no hay marcas.

Sujeté la mano izquierda de Harry y miré la palma, las uñas y los nudillos. Las manos a veces pueden decirte cosas que en ocasiones al forense, por lo general más interesado en los órganos y el trauma, se le escapan, pero no vi nada extraño, sólo tierra.

Miré a Kate, que parecía llevarlo bastante bien, y luego pasé al otro lado de la mesa. Levanté la mano derecha de Harry.

—¿Puedo prestarle mi bisturí? —preguntó una voz femenina.

Kate y yo nos volvimos. En la puerta había una mujer vestida con las prendas de los cirujanos. Tendría unos treinta años, pequeña, con el cabello pelirrojo cortado muy corto. Cuando se acercó, vi que tenía los ojos azules y pecas. Era mona, a pesar de la holgada vestimenta.

—Soy Patty Gleason, la forense del condado. Supongo que ustedes son los del FBI.

Me quité el guante y le tendí la mano.

—Detective John Corey, de la Anti-Terrorist Task Force.

Nos estrechamos las manos, y le presenté a la agente especial del FBI Kate Mayfield, sin olvidarme de añadir:

—Kate también es la señora Corey.

—Y la superior del detective Corey —puntualizó Kate.

—Entonces quizá pueda usted decirle que no debe tocar el cadáver sin la presencia del médico forense —sugirió la doctora Gleason—, o que no lo toque en

absoluto.

Me disculpé y le dije:

—He estado haciendo esto mismo durante veinte años en Nueva York.

—Ahora no está en Nueva York.

Habíamos empezado con el pie cambiado, pero entonces Kate dijo:

—El difunto era amigo nuestro.

La doctora Gleason se ablandó.

—Lo siento. —Miró a Kate—. ¿Qué tiene que ver esto con el terrorismo?

—Nada. Harry era un colega en la Task Force. Estaba por aquí de excursión, y nosotros hemos venido a identificar el cuerpo.

—Entendido. ¿Han hecho una identificación positiva?

—Así es —contestó Kate—. ¿Cuál es su informe preliminar?

—Por lo que he visto de las heridas externas, una bala le atravesó la columna vertebral y luego le perforó el corazón. La muerte tuvo que ser instantánea. Probablemente no sintió nada, y si lo hizo, fue un segundo o dos. Básicamente ya estaba muerto antes de caer al suelo.

—En todos mis años como poli —señalé— nunca he visto un disparo perfecto a través de la columna y el corazón que fuese un accidente.

La doctora Gleason tardó unos segundos en dar su réplica.

—Como cirujana y forense, he visto alrededor de un centenar de heridas de accidentes de caza, y tampoco he visto ninguna como ésta. Pero puede suceder. ¿Está pensando en un homicidio?

—No descartamos nada —contesté.

—Eso es lo que he oído.

A algunos de los médicos forenses les gusta jugar a detectives, como en la tele, pero la mayoría se atienen a los hechos. Como no conocía a Patty Gleason, le pregunté:

—¿Ha encontrado algo que pueda indicar que se trata de un homicidio?

—Les enseñaré lo que he encontrado y ustedes podrán sacar sus conclusiones.

Se acercó al armario, se puso los guantes, me dio otro a mí y comentó:

—Veo que ya han encontrado el Vicks. —Señaló las dos camillas—. Lo he dispuesto y catalogado todo para que el FBI lo guarde en las bolsas de pruebas. ¿Quieren que repasemos el inventario y firmar la recepción?

—Hay otros agentes que vienen de camino que necesitarán inventariarlo todo en la llamada hoja verde —respondió Kate.

—Echemos una ojeada al cadáver —le propuse a la doctora Gleason.

Se colocó junto a la camilla y arrancó la compresa del pecho de Harry; con la gasa salieron unos cuantos pelos y quedó a la vista un gran agujero.

—Como ven, éste es el orificio de salida. Utilicé una lupa de siete aumentos y observé trocitos de hueso, tejidos blandos y sangre, todo en cantidades minúsculas y coherentes con el paso de un proyectil de alta velocidad y de calibre grande o medio a

través de las vértebras, el corazón y el esternón. —Continuó con la descripción clínica del fin de una vida humana, y concluyó—: Como saben, no realizaré la autopsia, pero dudo que lo que puedan encontrar difiera mucho respecto a la causa de la muerte.

—Nos interesan más los acontecimientos previos al momento de la muerte. ¿Ha encontrado algo fuera de lo normal? —pregunté.

—La verdad es que sí. —Apoyó un dedo en el pecho de Harry, unos tres centímetros por debajo del orificio de salida—. Advertí esto... ¿puede verlo?

—No.

—Es la herida de un pinchazo. Obviamente producida antes de la muerte. La medí, y penetra profundamente en el tejido muscular. También examiné la camisa y la camiseta térmica, y parecen tener los agujeros correspondientes y lo que parece ser una pequeña mancha de sangre, así que ese objeto, posiblemente una aguja hipodérmica, fue clavado con fuerza a través de las prendas en el músculo pectoral. No puedo decir si le inyectaron algo, pero toxicología sí nos lo podrá decir.

La doctora Gleason señaló el brazo.

—Hay otros dos pinchazos en el antebrazo derecho. No hay sangre ni agujeros correspondientes en las prendas. Tampoco encontré una aguja hipodérmica en su posesión, por lo que deduzco que no se medicaba a sí mismo a través de la camisa.

—¿Cómo interpreta los pinchazos? —pregunté.

—Usted es el detective.

—Correcto. —Pensé que el primer pinchazo era el del pecho, a través de la ropa, lo que indicaba probablemente un sedante administrado mientras se resistía o quizá con un arma tranquilizadora para animales. «Si es fuera de temporada, nos limitamos a sedarlos y los llevamos a otro lugar». Los otros dos, en la piel desnuda, eran inyecciones aplicadas para mantenerlo sedado. Me pregunté si no sería pentotal sódico, el suero de la verdad, pero me callé mis pensamientos, y manifesté—: Lo pensaré.

—Quiero mostrarle otras dos cosas que me llevan a creer que pueden haberse dado otros acontecimientos o incidentes inusuales en las circunstancias que condujeron a su muerte.

La observamos caminar alrededor de la mesa hacia la cabeza de Harry. La pequeña Patty Gleason metió las manos por debajo de los hombros de Harry y levantó su gran torso para sentarlo, cosa que provocó un pequeño escape de gas. Kate dio un respingo. Tengo comprobado que los forenses no son amables con los muertos, y no hay ninguna razón para que lo sean, aunque siempre me sorprende ver cómo manipulan un cuerpo.

Ahora veía el orificio de entrada, en el centro mismo de la columna vertebral y en línea con el corazón. Intenté imaginarme cómo había ocurrido: una o varias personas habían colocado a Harry probablemente todavía sedado, de pie o arrodillado en el sendero mientras el tirador se situaba lo bastante cerca como para realizar un disparo

perfecto, pero no lo bastante como para que el fogonazo produjese quemaduras o dejase restos de pólvora. También podía ser que Harry hubiese estado tendido en el suelo en alguna otra parte cuando le dispararon y después transportado al sendero. Pero eso hubiese sido algo muy de aficionados, y cualquier equipo del CSI lo hubiese descubierto.

En cualquier caso, le habían disparado por la espalda, y sólo podía rezar para que él no lo hubiese visto venir.

La doctora Gleason llamaba nuestra atención respecto a otra cosa.

—Aquí. Miren esto. —Apoyó el dedo en el omóplato derecho de Harry—. Se trata de una decoloración de la piel difícil de identificar. No es una contusión ni una quemadura por calor. Podría ser eléctrica.

Kate y yo nos acercamos para ver mejor el punto descolorido, que tenía el tamaño y la forma de una moneda. No la había hecho un arma paralizante, pero sí algo parecido a una porra eléctrica.

La doctora Gleason me miraba mientras yo observaba la marca en el hombro de Harry.

—No sé lo que es —dije.

Se movió a un lado de la mesa y, sin ninguna ceremonia, quitó la sábana azul para dejar a la vista el cuerpo desnudo de Harry.

Comenzó a decir algo, pero la interrumpí.

—¿Le importaría bajar el cuerpo?

—Oh. Lo siento. —Empujó el torso rígido de Harry contra la mesa mientras yo le sujetaba las piernas. Estoy acostumbrado a ver cadáveres, pero deben estar tumbados, no sentados. Vi que a Kate le costaba cada vez más soportar todo aquello.

La doctora Gleason fue hasta el extremo de la mesa.

—Un varón caucasiiano bien alimentado, en buen estado físico, de piel normal, excepto lo que se ha señalado; también se observa que no se ha bañado o afeitado en un par de días, lo que concuerda con un tiempo pasado al aire libre y con las prendas sucias. Nada de lo que veo es destacable excepto hasta que llegamos a los pies y los tobillos.

Los tres miramos los pies desnudos de Harry, y la doctora Gleason dijo:

—Las plantas de los pies están sucias, como si hubiese caminado descalzo, pero no es tierra o vegetación exterior lo que veo.

Asentí.

—Encontré unas pocas fibras que parecen ser de una alfombra o moqueta y, además, como ven, lo que parece ser el polvo o la tierra que se encuentran en un suelo. Tengo entendido que tenía una caravana, y deben averiguar si allí tenía una alfombra o moqueta y recoger muestras de fibras y tierra.

Yo sabía de otro lugar donde podía recoger muestras de fibras y tierra, pero conseguir una orden de registro para el Club Custer Hill no parecía algo factible en aquellos momentos.

Me acerqué un poco más a la mesa.

—Hay contusiones en ambos tobillos —señalé.

—Sí, las hay, además de laceraciones. Como pueden apreciar son muy visibles, y sólo se me ocurre pensar que llevaba unas sujeciones en los tobillos, algo metálico y no una cinta adhesiva, una cuerda o algo flexible, y que forcejeó para quitárselas o intentó correr con ellas. Por eso las contusiones son tan marcadas y abundantes. La piel está cortada en dos lugares. Creo que le pusieron los calcetines y las botas después de que le quitaran los grilletes... y que estaba descalzo mientras los llevaba. Fíjense dónde están las laceraciones y las contusiones.

Lo que fuese que le hubiera pasado a Harry en las horas previas a su muerte no era agradable. Como lo conocía muy bien, estaba seguro de que no había sido un prisionero modelo, y de ahí la porra eléctrica, las inyecciones y los grilletes. «Lo hiciste bien, compañero».

—Después de ver las fibras en los pies —continuó la doctora Gleason—, busqué en todo el resto del cuerpo y encontré algunas otras fibras en el cabello y en el rostro. Podrían haber sido de la gorra de lana, pero ésta es azul oscuro, y estas fibras son multicolores.

No hice ningún comentario, pero, al parecer, Harry había estado tendido sobre una alfombra o una manta.

—Asimismo hay fibras en los pantalones, la camisa y la ropa interior térmica, y éstas también parecen ser ajenas a cualquier cosa que llevase puesta cuando lo trajeron aquí. Encontré cuatro pelos negros, de unos cinco centímetros de largo. Uno en la camisa, uno en los pantalones y dos en la ropa interior. Los he enganchado con celo en la tela donde los encontré.

Asentí, con expresión neutra. Cuanto menos dijese, más creería la doctora Gleason en la necesidad de darnos explicaciones.

—No son pelos del difunto —señaló—. De hecho, esos pelos, bajo el aumento, no parecen humanos.

—¿Pelos de perro? —preguntó Kate.

—Quizá.

¿Kaiser Wilhelm?

—Esto es todo lo que encontré en el cuerpo que puede ser considerado anormal.

—¿Puede estimar la hora de la muerte? —inquirió Kate.

—Basado en lo que veo, palpo y huelo, creo que el fallecimiento ocurrió hará unas veinticuatro horas. Quizá menos. El equipo del CSI puede que encuentre algo que permita reducir el margen, y también el forense cuando realice la autopsia.

—¿Le quitó usted la ropa y los efectos personales?

—Sí, con un ayudante.

—Aparte de los pelos de animal y las fibras, ¿advirtió alguna otra cosa inusual?

—¿Cómo qué?

—Bueno, inusual.

—No... pero si huele sus ropas, sobre todo la camisa, quizá aún pueda percibir un leve olor a humo.

—¿Qué clase de humo?

—Huele a humo de tabaco. No encontré ningún tipo de tabaco entre sus efectos personales.

«Éste es un arte perdido».

Es un artículo de fe entre los detectives de homicidios, especialistas y médicos forenses que el cuerpo revelará sus secretos. Las fibras, los cabellos, el semen, la saliva, las marcas de mordiscos, las rozaduras de las sogas, las colillas, el humo y las cenizas de cigarrillos, el ADN, las huellas dactilares y más cosas. Casi siempre hay una transferencia entre el asesino y la víctima y entre la víctima y el asesino. No hay más que encontrarla, analizarla y compararla con el sospechoso. El truco está en encontrar al sospechoso.

—¿Alguna cosa más?

—No. Pero sólo he llevado a cabo un examen superficial de las prendas y los efectos personales. He tenido a un ayudante presente en todo momento, y he grabado en vídeo y audio el examen del cuerpo y los efectos personales. Pueden tener una copia de la cinta si la quieren.

—Gracias. —Al parecer ella sabía que ése era un caso muy importante.

—¿De qué va todo esto?

—¿De verdad quiere saberlo?

—No —respondió después de pensarlo un momento.

—Buena respuesta —dije—. Nos ha ayudado mucho y le damos las gracias por su tiempo, doctora Gleason.

—¿Se quedan con el cuerpo?

—Sí.

—Por favor, no lo toquen. —Miró a Harry Muller—. Si lo asesinaron, espero y deseo que encuentren al que lo hizo.

—Lo encontraremos.

La doctora Gleason nos dijo adiós y salió.

—¿Por qué una mujer joven como ella quiere trabajar en una morgue?

—Quizá espera a que aparezca el señor Perfecto. Vamos a trabajar.

Kate y yo nos acercamos a la camilla donde estaban los efectos personales de Harry y, sin quitarnos los guantes de látex, comenzamos a examinarlo todo: el billetero, el reloj, el *busca*, los prismáticos, la cámara de vídeo, la cámara digital, la brújula, los alicates, la guía de aves y un mapa de la zona donde la propiedad del Club Custer Hill aparecía señalada con rotulador rojo, además de la casa principal y varios edificios anexos. Incluso con los guantes tuvimos mucho cuidado al manipularlo para no estropear ninguna huella.

Revisé el contenido del billetero y vi que había una llave de recambio de su casa en el monedero, además de la llave de su Toyota, y la del Gran Am, propiedad del

gobierno; pero en cambio no había ninguna llave de recambio para la caravana. Si la había habido, alguien se la había llevado, y no había sido la policía estatal, que ya tenía la llave que habían sacado del llavero. Por lo tanto, un tercero podía haber sacado la llave del monedero con el propósito de llevarse la caravana lejos de la propiedad del Club Custer Hill. ¿Quién podría ser esa persona?

—Aquí no hay nada que parezca inusual, fuera de lugar o manipulado, pero apostaría a que borraron lo que fuese de las cámaras —comentó Kate.

—Lo más probable es que sacasen el disco, la cinta y la memoria y los reemplazasen con los recambios que Harry llevaba.

—Por lo tanto, el laboratorio no podrá recuperar ninguna imagen borrada —dijo Kate.

—Creo que no.

Cogí el móvil de Harry, lo conecté y después repasé la lista de llamadas recibidas.

Estaba la de su novia Lori Bahnik, a las 9.16 del sábado en respuesta a la llamada de Harry a las 7.48, seguida de otras diez llamadas de Lori que comenzaban el sábado por la tarde, después de recibir el mensaje de texto a las 16.02, y luego todo el domingo, e incluso ese mismo día, lunes.

Después aparecía la llamada del agente de guardia Ken Reilly a Harry a las 22.17 del domingo en respuesta a la llamada de Lori al despacho de la ATTF.

La siguiente llamada al móvil de Harry era a las 10.28 del domingo desde un número de Nueva Jersey.

—¿No es éste el número de la casa de Tom Walsh? —le pregunté a Kate.

—Lo es.

—Pero él dice que no llamó a Harry hasta que llegó a su despacho esta mañana.

—Al parecer, mintió.

—Exacto... Y aquí está la llamada de Walsh a Harry de esta mañana... y antes de eso, Ken Reilly continuó llamando toda la noche desde el 26 Fed.

Tardó unos momentos en responder.

—Parece como si hubiese habido un nivel de preocupación mayor del que Tom Walsh nos ha hecho creer.

—Eso es quedarse corto —añadí—. El hecho de que Walsh nos haya estado mintiendo me lleva a pensar que no se trataba de una vigilancia de rutina.

—Creo que eso ya lo sabíamos.

Miré de nuevo la pantalla del móvil de Harry y vi mi llamada del domingo por la tarde, cuando le propuse hacer un estofado del cazador, y luego mi última llamada a las 9.45 de aquella misma mañana. Después de eso, había unas pocas llamadas más de Lori.

Kate miraba el móvil.

—Esto es tan triste...

Asentí. No tenía la contraseña de Harry, así que no podía escuchar sus mensajes, pero sabía que los técnicos sí que podrían hacerlo.

Busqué las llamadas hechas por Harry. Me apareció la llamada a Lori Bahnik a las 7.48 del sábado, y luego el mensaje de texto a las 16.02 del sábado. Nada más.

Me disponía a apagar el teléfono cuando éste sonó y ambos dimos un respingo.

Miré el identificador y vi que era Lori Bahnik. Miré a Kate, y me di cuenta de que estaba inquieta.

Pensé en responder, pero no estaba preparado para darle la noticia con el cadáver de Harry a metro y medio. Apagué el móvil y lo dejé de nuevo en la camilla.

Consulté mi reloj. No faltaría mucho para que apareciesen los agentes de la policía estatal y el FBI de Albany. Además, los dos de la Task Force ya debían de haber aterrizado en el aeropuerto de Saranac Lake. Me pregunté a quiénes habría enviado Walsh para reemplazarnos. Probablemente a tipos que cumplían las órdenes.

—Echemos una ojeada a sus ropas antes de que lleguen los demás.

Kate fue al lavabo y se quitó la gelatina mentolada del labio superior mientras yo aprovechaba la oportunidad para guardarme el mapa. Llevarse pruebas de la escena del crimen es un delito, pero pensé que quizá podría necesitarlo, y lo justifiqué con el hecho de que Walsh me había mentido, y que yo podía haber estado tendido en aquella mesa en lugar de Harry.

Kate estaba ahora junto a la segunda camilla, ocupada en oler la camisa de Harry.

—No estoy muy segura... esto podría ser humo de tabaco.

Yo no podía oler nada excepto el mentol debajo de mi nariz, pero dije:

—¿A quién conocemos que fuma?

Kate asintió.

Revisamos las prendas una a una y observamos el celo que la doctora Gleason había utilizado para pegar los cuatro pelos de animal. No estábamos haciendo nada que no nos estuviese permitido, pero, por otro lado, se suponía que no debíamos estar allí; debíamos estar en el cuartel de la policía del estado, en Ray Brook. Además, estaba eso de la cadena de pruebas, y cualquiera que manipula las pruebas necesita registrarse, cosa que nosotros no habíamos hecho. También estaban los investigadores del FBI y la policía del estado, a los que quizá no les haría ninguna gracia vernos cuando llegasen. En otras palabras, estábamos en algo así como una zona gris, que es donde yo suelo pasar la mayor parte de mi tiempo. Habíamos conseguido una apreciable ventaja, pero ahora era el momento de largarse.

—Vámonos —le dije a Kate.

—Mira esto —replicó ella.

Me acerqué. Sostenía los pantalones de camuflaje de Harry, y había vuelto del revés el bolsillo derecho.

—¿Lo ves?

Observé la tela blanca y vi unas marcas azules que parecían haber sido hechas con un bolígrafo.

—Podrían ser letras —opinó Kate.

Desde luego, podían serlo. Como si Harry hubiese escrito en la tela blanca con la

mano en el bolsillo. Claro que si Harry era tan descuidado como yo, quizá sencillamente había metido el bolígrafo en el bolsillo sin el capuchón.

Kate extendió el pantalón en la camilla y ambos nos inclinamos, en un intento por descifrar las marcas azules, que eran claramente de tinta y no parecían casuales.

—Tú primero —dije.

—Vale... hay tres grupos de marcas... la más legible dice M-A-P (DMA). El siguiente grupo parece ser una N, quizá una U o una V, luego un asterisco, no, una K... y el último grupo algo así como E-L-F... —Me miró—. ¿ELF?

Fue mi turno de leer las marcas.

—M-A-P podría ser M-A-D. Escribía esto a ciegas con la mano en el bolsillo. ¿Correcto?

—Probablemente...

—Luego, NUK, y aquí hay otra marca casi oculta en la costura, así que quizá NUKE.^[5]

Nos miramos el uno al otro.

—¿Nuke? ¿Cómo nuclear?

—Espero que no. El último es claro. ELF.

—Sí... ¿Qué intentaba decimos? ¿Madox? ¿Nuclear? ¿Elf? ¿Qué es elf? ¿Quizá intentaba escribir HELP?

—No. Está muy claro. E-L-F.

Consulté de nuevo mi reloj, y después miré hacia la puerta.

—Tenemos que irnos. —Metí el bolsillo dentro de la pernera—. Dejemos que ellos se encarguen de averiguarlo.

Nos quitamos los guantes de látex y los echamos al cubo de desperdicios. Luego me acerqué al cadáver de Harry y lo miré. Kate se me acercó y me cogió del brazo. La próxima vez que viera a Harry sería en su funeral, vestido con su viejo uniforme. Le dije:

—Gracias por la pista, compañero. La seguiremos.

Lo cubrí con la sábana azul y fuimos hacia la puerta.

Salimos de la sala de operaciones y caminamos rápidamente por el pasillo hacia el puesto de las enfermeras. Les pregunté a los agentes:

—¿Tienen el arma y las credenciales del muerto?

—Sí, señor.

—Necesito llevarme la placa del DPNY para entregársela a la familia.

El tipo que estaba al cargo vaciló, y luego respondió:

—Me temo que no puedo hacerlo. Ya sabe... es...

—Todavía no está en el inventario. ¿Quién se va a enterar?

—Yo estoy de acuerdo —le dijo el otro agente a su jefe.

El hombre al mando abrió la bolsa de pruebas que estaba en el mostrador, sacó la placa de la caja de credenciales y la deslizó hacia mí.

—Gracias —dije, y me guardé la placa de Harry.

—¿Cree que fue un homicidio? —me preguntó el segundo agente.

—¿Usted qué cree?

—Vi el cuerpo en el sendero antes de que lo cargasen en la ambulancia, y la única manera de que a este tipo, su amigo, pudiesen dispararle directamente por la espalda en aquel bosque tan espeso es que el tirador estuviese directamente detrás de él en el sendero. ¿Lo comprende?

—Sí.

—Por lo tanto, no fue un accidente, a menos que ocurriese durante la noche y el tirador creyese haber visto un venado en el sendero... Claro que su amigo debería haber llevado algo reflectante o naranja. Ya sabe.

—Sí, pero no es aún temporada de caza.

—Vale. Pero, así y todo, por aquí hay tipos que no esperan a que la abran.

—Comprendo.

—Sí. Bueno, lo siento.

—Gracias.

El otro agente también nos ofreció sus condolencias, y lo mismo hicieron las dos enfermeras del otro lado del mostrador. Supongo que los apenaba el accidente de caza fuera de temporada, o quizá la posibilidad de que hubiesen asesinado a un turista en su bonito y tranquilo rincón del mundo.

Kate y yo llegamos al vestíbulo al mismo tiempo que dos tipos trajeados entraban por la puerta. Olían a polis —FBI o SBI— y fueron directamente a la recepción, donde mostraron sus credenciales.

Mientras los dos tipos hablaban con ella, la enfermera vio que Kate y yo nos marchábamos. Parecía dispuesta a comunicarle a aquellos dos que sus colegas se iban, pero llegamos a la puerta antes de que pudiese hacer las presentaciones.

Nos dimos prisa en llegar a nuestro coche. Me senté al volante y nos largamos pitando.

Capítulo 25

Nos dirigimos de vuelta al centro de la ciudad, y a partir de allí seguimos los indicadores para ir a la Carretera 56 sur. La palabra «Nuke» destacaba en mi mente.

—Cada vez que trabajo en un caso contigo —comentó Kate— tengo la sensación de ir un paso por delante de la ley en lugar de ser la ley.

—Algunas veces, la ley se interpone en el camino de la verdad y la justicia —respondí filosóficamente.

—¿Enseñas eso en tus clases en John Jay?

—Para tu información, desde el 11-S, muchas personas de las fuerzas del orden han adoptado el método Corey: el fin justifica los medios.

—Después del 11-S, todos hemos hecho un poco de eso. Pero este caso no tiene nada que ver con el terrorismo islámico.

—¿Cómo puedes saberlo en este momento?

—Vamos, John. No veo ninguna vinculación.

—Pues piensa en esto: Madox tiene una autoproclamada historia de combatir a los enemigos de Estados Unidos como empresa privada, ¿no?

—Sí, pero...

—El comunismo ha desaparecido, pero ahora aparece el islam. Nos ha dicho que no está muy involucrado en la guerra contra el terrorismo, lo que significa que está involucrado. ¿Correcto?

Permaneció en silencio durante un par de minutos y luego respondió:

—Sí.

—Muy bien. Además, por supuesto, está todo ese rollo del petróleo, que se une a todo lo anterior.

—¿Cuál es la conexión?

—No estoy seguro. —Pero un esquema comenzaba a formarse en mi mente, y tenía que ver con Bain Madox, las armas nucleares y el terrorismo; no era una buena combinación. Kate, sin embargo, no estaba preparada para enfrentarse a esa información, así que le dije—: Harry creyó que alguien lo comprendería, así que cuando nos pongamos a ello lo sabremos.

Kate asintió y después cambió de tema.

—Una cosa de la que estoy segura es de que Madox mató a Harry, o mandó que lo asesinasen.

—Lo hizo él mismo. Quizá con Carl.

—Puede que eso no sea fácil de demostrar en un juicio.

Los asesinos de polis no siempre comparecen delante de un tribunal, pero eso no lo dije.

En cualquier caso, Kate me leyó el pensamiento.

—Por favor, no cometas ninguna estupidez. El fin no siempre justifica los medios.

No respondí.

Salimos de Potsdam y nos dirigimos al sur por la Carretera 56. Eran las seis y comenzaba a anochecer. Las ventanas de las casas dispersas estaban iluminadas, y vi el humo que salía de las chimeneas. La fiesta del Columbus Day llegaba a su fin; la cena estaba preparada. El día siguiente era jornada de trabajo y escuela. La gente normal estaría reunida delante del televisor, de la chimenea o de donde fuese que se reunía la gente normal.

Kate pareció volver a adivinarme el pensamiento.

—Podríamos comprar una casa de fin de semana y, cuando nos retiremos, podría ser nuestro hogar.

—La mayoría de las personas no se retiran a la nieve y el frío.

—Podríamos esquiar y patinar sobre hielo. Tú podrías aprender a cazar y matar osos.

Sonreí, y nos cogimos de la mano.

Sonó su móvil, y ella miró la pantalla.

—Privado. Probablemente sea Walsh.

—Contesta.

Lo hizo, escuchó y luego dijo:

—Vamos de camino para ahí, Tom. —Escuchó de nuevo, y respondió—: Hemos estado en el hospital y hemos identificado el cadáver de Harry.

Fuera lo que fuese lo que manifestó Walsh, no fue agradable, y Kate se apartó el teléfono de la oreja con un gesto teatral. Oí los gritos de Walsh.

No me gusta que alguien le grite a mi esposa, así que cogí el teléfono de Kate y escuché cómo Walsh concluía:

—Tú eres su superior, así que eres responsable si no cumple mis órdenes. Te mantuve en este caso aunque no lo deseaba, y te dije que fueses directamente al cuartel de la policía del estado. ¿Eres un agente del FBI o una mujercita obediente?

—Hola, Tom. Aquí el marido de Kate.

—Oh... ¿también atiendes sus llamadas? Estoy hablando con Kate.

—No, hablas conmigo. Si alguna vez le vuelves a levantar de nuevo la voz a mi esposa, te partiré la cara, ¿entendido?

No respondió inmediatamente.

—Estás cayendo en picado, compañero —dijo.

—Pues tú caerás conmigo.

—No lo creo.

—Yo sí. Por cierto, miré las llamadas en el móvil de Harry, y olvidaste decirnos que lo llamaste la noche del domingo, y que el agente de guardia estuvo haciendo lo mismo hasta acabar el turno.

Eso lo mantuvo callado un segundo, luego replicó:

—¿Y qué?

Sentí que nuestra relación profesional se deterioraba, y que estaba pensando en la mejor manera de involucrarme en algún error en mi carrera que hiciera que me cesasen.

—A pesar de tus esfuerzos, llegaré al fondo de este asunto.

Me sorprendió su respuesta.

—Si lo haces, hazme saber lo que has encontrado.

Deduje que eso significaba que Washington no había sido del todo sincero con él, algo que podía o no ser cierto. En cualquier caso, Walsh obedecía órdenes y yo no, cosa que le causaba al agente especial al cargo Thomas Walsh algunos problemas.

—Llegaré el momento en que me darás las gracias por mi extraordinaria iniciativa.

—Tu puñetera iniciativa se parece más a la insubordinación y la incapacidad de obedecer órdenes. Además, dedicas demasiado tiempo y energías a investigar al FBI en lugar de hacer tu trabajo.

—¿Y cuál es mi trabajo?

—Tu trabajo era encontrar a Harry. Ya lo han encontrado. Puedes volver a casa.

—No, ahora tengo que encontrar a su asesino.

—¿Tienes que encontrar a su asesino? ¿Tú? ¿Por qué siempre tienes que ser tú?

—Porque no confío en ti ni en la gente para la que trabajas.

—Entonces renuncia.

—Te diré lo que haremos. Si no consigo nada en este caso, tendrás mi renuncia sobre tu mesa.

—¿Cuándo?

—Una semana.

—Hecho. Me ahorrará la molestia de rellenar un montón de papeles para echarte.

—No quiero oír más toda esa mierda de sacarnos del caso.

—Una semana.

Le devolví el teléfono a Kate.

—Tom, por favor, llama al comandante Schaeffer y dile que somos los agentes investigadores designados para este caso, que nos brinde las facilidades requeridas y todo lo demás. —Walsh dijo algo, y Kate contestó—: No, no tenemos ninguna nueva información o pistas, pero si las encontramos, por supuesto que te las diremos.

Creo que se le olvidó mencionar lo de aquellas palabras escritas en el bolsillo de Harry, y que habíamos hablado con la médico forense. La memoria selectiva forma parte del método Corey a la hora de tratar con los jefes.

Escuchó un rato más.

—Comprendido —respondió, y cuando fue a decir algo más se dio cuenta de que Walsh había colgado. Apagó el móvil.

—¿Qué es lo que has comprendido?

—He comprendido que tenemos siete días para obrar un milagro, y que si no lo hacemos somos historia.

—Ningún problema.

—Más vale que sea un gran milagro. Nada pequeño, como encontrar a un cazador idiota que admita haber matado a Harry por accidente.

—Vale. Eso es razonable.

—Otra cosa. Si vamos a ir a por el señor Bain Madox como autor de un asesinato y fracasamos, Walsh se ocupará de que ambos acabemos como guardas de seguridad.

—Esto comienza a ser todo un desafío.

—Correcto. Fuiste tú quien abrió la boca.

—Gracias por recordármelo. ¿Qué más?

—Bueno... ha dicho que nuestra investigación se limita al presunto homicidio. No a nada que concierna a Madox. Eso es algo que compete al Departamento de Justicia.

—Por supuesto. Lo entiendo.

Me miró para saber si estaba siendo sarcástico. Se podría haber evitado la mirada.

—Has sido un poco áspero con él. Una vez más.

—Me cabrea.

—No te lo tomes como algo personal. Y no libres mis batallas. Puedo hacerlo yo misma donde y cuando quiera.

—Sí, señora.

Me cogió de nuevo de la mano.

—Pero gracias. Te has olvidado de decirle: «Que te follen».

—Estaba implícito.

—John, creo que está asustado.

Lo medité.

—Creo que tienes razón. Tú te has olvidado de decirle lo que hemos encontrado en la morgue.

—Estaba a punto cuando me ha colgado. Que lo follen.

Seguimos en silencio por la Carretera 56 durante un rato.

Mi mente volvía una y otra vez a Harry muerto y desnudo en el depósito y me entraban náuseas. Una buena vida acabada sin más, sólo por haber visto u oído algo que no debía ver ni oír.

Me sentía más allá de la rabia; estaba lleno de una furia homicida contra la persona que le había hecho aquello a Harry. Pero debía mantener la calma y trabajar en el caso hasta estar seguro de tener al asesino. Entonces, el castigo.

Pasamos por Colton, luego South Colton. La gasolinera de Rudy estaba cerrada, y confié en que estuviese de camino a la mansión de su amo, meándose en los pantalones.

Vi el cartel que nos daba la bienvenida al Parque Estatal de los Adirondack, y muy pronto los árboles se hicieron más altos y gruesos y la carretera más oscura.

Al cabo de unos minutos le comenté a Kate:

—El asesinato es lo que vemos. Pero aquí hay algo más que no vemos.

Se tomó su tiempo para preguntar:

—¿Y qué puede ser?

—Lo único que consiguió Madox con montar un accidente de caza fuera de su propiedad fue ganar tiempo.

—Tiempo para ocultar pruebas.

—No. Al final todo acabará apuntando de nuevo hacia Madox. Si conseguir algo más de tiempo es lo que consiguió, entonces es que eso es todo lo que quería.

—Vale, ¿pero por qué?

—Bain Madox no comete actos estúpidos o temerarios. La única manera de que tenga sentido el asesinato de un agente federal que el FBI sabe que se encontraba en o cerca de su propiedad es que ese asesinato y la posterior investigación no le preocupen. La única manera de que eso tenga sentido es que muy pronto vaya a pasar algo mucho más importante para Bain Madox que ser sospechoso de asesinato. —La miré—. ¿Qué podría ser?

—De acuerdo... lo he entendido.

—Sé que lo has entendido. Dilo.

—Nuke.

—Sí. Creo que este tipo tiene un arma nuclear. Eso es lo que decía Harry y es lo que creo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué...?

—No lo sé. Quizá quiera bombardear Bagdad, Damasco, Teherán.

—Creo que eso es mucho suponer, John. Necesitamos más información. Más pruebas.

—Exacto. Quizá las consigamos más pronto de lo que creemos.

Kate no respondió.

Capítulo 26

Estaba ya oscuro cuando llegamos a Ray Brook, cerca del aeropuerto donde habíamos aterrizado por la mañana.

Cercano como estaba, habíamos tomado el camino más largo para llegar allí y en el trayecto habíamos descubierto cosas que ni siquiera habían aparecido en nuestra pantalla de radar a las nueve de la mañana, cuando entramos en el 26 Federal Plaza.

Así eran algunos días en este trabajo. Muchos no pasaba nada; en otros, como el 11 de septiembre de 2001, se te caía el mundo encima.

Ese otro, el Columbus Day, había perdido a un amigo, me había metido en una trifulca con mi jefe y había conocido a un loco que quizá planeaba una sorpresa nuclear.

El próximo Columbus Day, si es que lo había, me iría al estadio de los Yankees a ver los *play-off*.

Encontramos el cuartel general de la policía del estado y los barracones de la tropa al otro extremo de la ciudad y entramos en el aparcamiento.

—¿Somos oficiales, visitantes o moralmente minusválidos? —le pregunté a Kate.

—Busca persona non grata.

No conseguí encontrarlo, así que aparqué en una plaza oficial. Dejamos el coche y caminamos hacia un grande y moderno edificio de ladrillos y madera. Un cartel encima de la puerta decía: «Tropa “B” Cuartel General de la Policía».

Entramos en el vestíbulo y mostramos nuestras credenciales al sargento de guardia, que parecía estar esperándonos; probablemente llevaba esperándonos todo el día.

Llamó al comandante Schaeffer por el intercomunicador y nos pidió que aguardásemos.

Vimos a unos cuantos agentes que iban y venían, vestidos con sus uniformes grises con cinturones que llevaban una correa adicional que les pasaba por el hombro derecho y sombreros de ala ancha. Esos uniformes no habían cambiado desde los tiempos en que Teddy Roosevelt era gobernador del estado.

También advertí que todos aquellos tipos, incluidas las mujeres, eran altos.

—¿Crees que los crían para esto? —le pregunté a Kate.

El lugar tenía todo el aspecto de la organización paramilitar que era, y la única cosa en común con una comisaría del DPNY era un cartel de «Prohibido fumar».

En una mesa había una pila de folletos, y Kate, que no puede resistirse a los folletos, cogió uno y me leyó en voz alta:

—«La tropa B es la compañía situada más al norte, y vigila la zona geográfica más grande de todas (veinte mil novecientos kilómetros cuadrados), lo que incluye

los condados de menor población, caracterizados por las grandes distancias y los largos inviernos».

—¿Se vanaglorian o se quejan?

—«La vigilancia de la zona norte genera un tipo particular de confianza en sí mismo, y los agentes de la tropa B son famosos por su capacidad de enfrentarse a cualquier situación con una asistencia minimalista».

—La palabra es mínima. Asistencia mínima. ¿Eso significa que no somos bienvenidos?

—Si les vas a corregir la gramática probablemente. —Continuó con la lectura—. «Además de las tareas normales como investigar accidentes y delitos, la vigilancia interior y vigilancias especiales en la frontera canadiense, a menudo se los llama para búsqueda de excursionistas perdidos, evacuación de campistas heridos, rescate de viajeros aislados por las tormentas, para investigar infracciones de las leyes de caza y pesca y para atender las disputas domésticas y denuncias de delitos en lugares remotos».

—Pero ¿son capaces de hacer una ronda en el South Bronx?

Antes de que a Kate se le pudiese ocurrir una respuesta ingeniosa, un tipo alto y de aspecto curtido, vestido con un traje gris, entró en el vestíbulo y se presentó.

—Hank Schaeffer. —Nos estrechamos la mano, y añadió—: Lamento lo del detective Muller. Tengo entendido que eran amigos.

—Lo éramos —respondí.

—Lo siento mucho.

No parecía tener mucho más que decir, y tomé nota del detalle que Schaeffer no nos hubiese recibido en su despacho. Siempre existe ese problema de invasión de territorio, jurisdicción, de quién es más fuerte y todo el rollo, pero Kate lo resolvió bien al manifestar:

—Nuestras instrucciones son ayudarlo en todo lo posible. ¿Hay algo que podamos hacer?

—El tal Walsh de Nueva York parece creer que están ustedes fuera del caso —nos informó.

—El agente especial del FBI al cargo Walsh se lo ha replanteado. Tendría que haberlo llamado para comunicárselo. —«El muy cabronazo»—. Así que puede telefonarle o creernos.

—Bueno, dejaré que lo resuelvan entre ustedes. Si quieren, puedo ordenar a un agente que los lleve a la morgue.

No parecía saber que habíamos estado allí.

—Escuche, comandante. Comprendo que éste es su espectáculo y que no le hace gracia tener a un agente federal muerto entre manos, que probablemente haya escuchado más de lo que quisiera de Nueva York, Albany y quizá Washington, pero no estamos aquí para complicarle más las cosas; estamos aquí para ayudar. También para intercambiar información —añadí—. En la morgue tenemos a un amigo muerto.

Schaeffer reflexionó un momento.

—Creo que les vendría bien una taza de café. Síganme.

Recorrimos un largo pasillo y entramos en la cafetería. Había una docena de hombres y mujeres de uniforme y de paisano. Schaeffer encontró una mesa vacía en un rincón.

—Esto es extraoficial —manifestó mientras nos sentábamos—. En presencia de todos, café, cortesías, condolencias y nada de papeles en la mesa.

—Entendido.

Schaeffer parecía un tío legal, capaz de una amplia cortesía profesional, aunque sólo fuese para ver qué podía conseguir a cambio.

Fui directamente al grano.

—Tiene todo el aspecto de un accidente, pero huele como un homicidio.

—¿Quién querría matar a ese hombre? —preguntó.

—Pienso en Bain Madox. ¿Lo conoce?

Como no podía ser menos, se mostró sorprendido, y luego inquirió:

—Sí... pero ¿por qué?

—Usted sabe que el detective Muller estaba aquí para cumplir una misión en el Club Custer Hill.

—Sí. Me enteré después de que desapareciese y los federales necesitaran ayuda para encontrarlo. —Prosiguió—: Estaría bien saber esas cosas por anticipado. Ya saben, un detalle de cortesía. Ésta es mi jurisdicción.

—Es algo que no pienso discutirle —repliqué.

—Mire, ustedes no son las personas a las que debo quejarme. Pero cada vez que me veo mezclado con el FBI —miró a Kate— tengo la sensación de que me están engañando.

—A mí me pasa lo mismo. Detrás de mis credenciales federales soy un poli hasta la médula.

—Sí, pero deje que le diga una cosa, los polis de DPNY con los que he trabajado tampoco son una joya.

Mi leal esposa intervino con una sonrisa.

—John y yo estamos casados, así que se lo confirmo.

Schaeffer casi le devolvió la sonrisa.

—Díganme qué era exactamente lo que Harry Muller debía hacer en la propiedad del Club Custer Hill.

—Vigilancia —respondí—. Ha habido allí una reunión este fin de semana, y se suponía que tenía que fotografiar a los participantes y conseguir los números de las matrículas.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero le puedo decir que el Departamento de Justicia está interesado en el señor Madox y sus amigos. ¿Alguien le ha mencionado algo al respecto?

—No mucho. Sólo las patrañas de seguridad nacional.

¿Patrañas? ¿Eso significaba «la mierda habitual»? Quizá aquel tipo no decía palabrotas. Tendría que vigilar mi lenguaje.

—A los federales se les dan muy bien las patrañas, y son fantásticos con los engaños, pero, entre usted y yo, en este asunto sí puede haber algo relacionado con la seguridad nacional.

—¿Sí? ¿Cómo qué?

—No tengo ni idea. Para ser sinceros, esto es lo que llamaríamos material sensible y, a menos que necesite saberlo, no se lo puedo decir.

No estaba seguro de que si Schaeffer agradecía la sinceridad o no, así que me dediqué a darle un poco de coba.

—Comprendo que su tropa tiene que vigilar una zona inmensa, algo así como veinte mil kilómetros cuadrados, y que son capaces de enfrentarse a cualquier situación con un mínimo de asistencia exterior...

Kate me pateó por debajo de la mesa mientras yo continuaba, y acabé con:

—Estamos aquí para ayudar si es que necesita de nuestra ayuda, cosa que no creo. Pero nosotros sí necesitamos la suya, su experiencia y sus recursos.

Tenía más rollo preparado, pero el comandante Schaeffer pareció intuir que lo estaba lisonjeando. Sin embargo, dijo:

—De acuerdo. ¿Café?

—No estaría mal.

Hizo un gesto para que nos quedásemos sentados y fue a la barra.

—Menudo rollo le has soltado —afirmó Kate.

—No es verdad. He hablado con el corazón.

—Has repetido las palabras del folleto que te acabo de leer, además, burlándote.

—Ah... ¿fuiste tú quien me lo leyó?

Kate puso los ojos en blanco.

—No parece saber gran cosa, y si lo sabe, no lo comparte —comentó.

—Sólo está algo enfadado porque el FBI lo engaña. Por cierto, es de los que no dicen tacos, así que cuida tu lenguaje.

—¿Mi lenguaje?

—O quizá no los dice en presencia de mujeres. Tengo una idea; quizá se abra un poco más sin la presencia de una dama del FBI. ¿Por qué no te excusas?

—¿Por qué no te excusas tú?

—Vamos...

Schaeffer volvió con una bandeja y se sentó.

—Tengo que hacer unas llamadas —dijo Kate a regañadientes y se levantó—. Vuelvo en diez minutos.

Schaeffer cogió la cafetera y sirvió dos cafés en las tazas de loza.

—Muy bien. Dígame por qué cree que Bain Madox, un buen ciudadano con millones de dólares en el banco, y que probablemente sea un republicano declarado, mató a un agente federal.

Presentí que el comandante Schaeffer no compartía mis sospechas.

—En realidad, sólo es una corazonada.

—¿No tiene nada mejor?

La verdad era que no.

—Baso esta sospecha en mi creencia de que Madox fue la última persona en ver a Harry vivo.

—Yo fui la última persona en ver a mi suegra viva antes de que resbalase en el hielo y se partiese el cráneo —me informó.

Deseé interrogarlo un poco más al respecto, pero dije:

—Fui detective de homicidios, y sencillamente desarrollas una intuición para esas cosas. Kate y yo hemos estado en el Club Custer Hill y hemos hablado con el tal Madox.

—¿Sí? ¿Y?

—Es escurridizo. ¿Lo conoce personalmente?

—Lo he visto unas cuantas veces. Incluso una vez fuimos juntos de cacería.

—No me diga.

—Quiere mantener una buena relación con la policía del estado y la local. Como mucha de la gente rica de por aquí. Hace que sus vidas sean más cómodas y seguras.

—De acuerdo. Pero ese tipo tiene su propio ejército.

—Sí, y no contrata a ningún poli pluriempleado o retirado, como hacen la mayoría de los ricos. Sus hombres no son de aquí, y no pertenecen ni han pertenecido a las fuerzas del orden. Eso es poco habitual en alguien que quiere mantener un estrecho contacto con la policía.

—Todo el lugar parece un poco inusual —comenté.

—Sí... pero no causan ningún problema y hacen su vida. La policía local recibe unas pocas llamadas al año para que vayan a recoger a algún intruso o cazador furtivo que ha cortado la valla y ha sido descubierto. Pero Madox nunca ha presentado cargos.

—Un tipo agradable. —Pensando en Harry añadí—: Quizá mata a las personas que ven algo que no deberían ver. ¿Alguna persona desaparecida? ¿Accidentes sospechosos?

—¿Va en serio?

—Sí.

Meditó la respuesta.

—Siempre hay casos de personas desaparecidas, y accidentes de caza que en ocasiones parecen haber sido otra cosa... pero nada que se pudiese relacionar con Madox o su club. Le diré a alguien que lo compruebe.

—Bien. ¿Ha conseguido una orden de registro para el Club Custer Hill?

—Así es.

—Pues entonces vamos a utilizarla.

—No es posible. La orden era para la búsqueda de una persona desaparecida, y

esa persona ha sido encontrada fuera de la propiedad citada en la orden.

—¿Madox lo sabe?

—¿Cómo podría ni siquiera saber que había una orden, o que había alguien desaparecido en su finca? —Hizo una pausa—. Me disponía a llamarlo para pedirle su cooperación voluntaria cuando recibimos la llamada anónima que nos condujo hasta el cuerpo. ¿Le mencionó usted que había una persona desaparecida?

—Lo hice. Utilicemos la orden.

—La persona ha sido encontrada —me recordó el comandante.

Me dije que quizá se mostraría de acuerdo con mi filosofía, así que declaré:

—La ley a veces se interpone en el camino de la verdad y la justicia.

—No bajo mi mando, detective. Dado que usted le ha mencionado lo de la persona desaparecida, mandaré que alguien lo llame para comunicarle que esa persona ha sido hallada.

Estaba seguro de que aquel tipo había sido una vez un niño explorador de primera, y yo no quería resaltar las diferencias entre un poli de la ciudad de Nueva York y un agente de la policía del estado, así que mi respuesta fue:

—Entonces necesitamos pensar qué otra cosa le podemos decir a un juez para que nos dé otra orden de registro.

—Lo que necesitamos es un vínculo entre el cadáver hallado en el Parque Estatal y el Club Custer Hill. Sin dicho vínculo, no le puedo pedir al fiscal que solicite a un juez una orden de registro. ¿Tiene alguna prueba de que el detective Muller estuvo en la propiedad?

—Bueno... nada concluyente.

—En ese caso, no hay vínculo.

—Tenemos la llamada anónima que comunicó dónde estaba el cadáver. Anónima equivale a sospechosa. También hay claras pruebas circunstanciales de que Harry estuvo en la propiedad.

—¿Sí, cuáles?

—Para empezar, que ésa era su misión. —Le hablé de la llamada a las 7.48 del sábado, la proximidad de Harry a la propiedad, la sospechosa ubicación distante de la caravana respecto a la finca y otras cosas que exageré un poco.

Schaeffer le escuchó atentamente, y luego se encogió de hombros.

—No es bastante para considerar a Madox como sospechoso y tampoco me basta para pedir una orden de registro.

—Piénselo —insistí. No dudaba de que el FBI acabaría por conseguir que un juez federal firmase una orden, pero para entonces quizá sería demasiado tarde. Pensé que tal vez tenía que autorizarme a mí mismo una orden nocturna, o sea cortar la cerca y entrar. Llevaba tiempo sin hacerlo, y podía resultar divertido, excepto por el ejército privado de Madox, la seguridad electrónica y los perros guardianes.

—¿Qué cree que encontrará allí? —preguntó Schaeffer.

—No lo sé.

—A los jueces no les gusta que se vaya de pesca. Piense en algo que quiera encontrar. ¿Vio algo en la finca o en la casa que yo le pueda llevar al fiscal?

—Vi más seguridad de la que tiene el presidente en su rancho.

—Eso no es ilegal.

—Vale. Creo que sólo necesitamos trabajar el caso. ¿Por qué no vigila la propiedad? —sugerí.

—¿Qué busco?

—Personas que vayan y vengan, incluido Madox. No necesita un permiso para disponer una vigilancia, sólo una sospecha —le recordé.

—Gracias por el consejo. Verá, la única sospecha que tengo es lo que usted me dice. —Lo pensó un momento, y preguntó—: ¿Quiere asustar a ese tipo? ¿Quiere una vigilancia abierta o clandestina?

—Clandestina. Algo así como unos leñadores que vigilen la carretera y el perímetro.

—Muy bien, pero necesito notificar y coordinar todo esto con la policía del condado, y le diré una cosa: creo que Madox tiene amigos en la oficina del *sheriff*.

Lo medité, y me pareció que el señor Bain Madox, señor de la casa, tenía sus tentáculos bien extendidos por la región, como daba fe la llamada de Rudy al Club Custer Hill.

—¿Madox también tiene amigos en esta oficina?

—No bajo mi mando —respondió sin vacilar.

—De acuerdo. —Pero ¿cómo podía saberlo?—. Si usted cree que alguien en la oficina del *sheriff* es muy amiguete de Madox, a mí me parece que en buena ley puede ordenar la vigilancia sin notificárselo al *sheriff*.

—No. Lo que necesito es resolver el problema con el *sheriff* y no complicar más las cosas.

—Tiene toda la razón. —Ni siquiera estábamos en el mismo planeta. El comandante Schaeffer tenía una nave como Dios manda, lo que no estaba mal, pero resultaba poco conveniente en aquellos momentos—. De verdad que necesitamos la vigilancia.

—Veré lo que puedo hacer.

—Fantástico. —A continuación le informé—: Kate y yo hemos ido a la morgue antes de venir aquí.

Pareció sorprenderse.

—¿Han descubierto algo nuevo?

—He hablado con la forense, la doctora Gleason. Tendría que hablar usted con ella.

—Tengo pensado hacerlo. Mientras tanto, ¿qué le ha dicho?

—Al parecer, el detective Muller fue sometido a algunos abusos físicos antes de morir.

Lo pensó y luego preguntó:

—¿Qué clase de abusos físicos?

—No soy médico —contesté—. Sólo he ido allí para identificar el cadáver y despedirme.

—Hablaré con ella esta noche.

—Ha encontrado lo que parecen ser fibras de una moqueta y pelos de perro. —Le expliqué lo que la doctora Gleason había descubierto—. Si no coinciden con la moqueta de su caravana, quizá coincidan con alguna de la casa del Club Custer Hill. Harry no tenía perro.

—De acuerdo. Si conseguimos una orden de registro, lo comprobaremos.

El comandante Schaeffer tenía planes a demasiado plazo para lo que para él iba a ser una investigación muy corta, así que le informé:

—Acabará compartiendo este caso con el FBI, y a ellos no les gusta compartir; no saben jugar en equipo.

—El asesinato, incluso de un agente federal, es un crimen estatal, no un crimen federal —me recordó.

—Lo sé, comandante. Puede que en última instancia se celebre un juicio estatal por asesinato. Pero será el FBI el que investigue el asalto a un agente, que es un delito federal. El resultado final es el mismo: rondarán por aquí como moscas, y también por el caso.

—Sigue siendo mi caso —afirmó el comandante Schaeffer.

—Correcto. —Aquello era como el barón local diciéndole al ejército invasor que se estaban metiendo en su tierra—. Un ejemplo. La doctora Gleason no hará la autopsia. Se llevan el cuerpo a Nueva York.

—No pueden hacerlo.

—Comandante, pueden hacer lo que quieran. Tienen dos palabras mágicas: seguridad nacional. Cuando las utilizan, tanto la policía del estado como la local se convierten en... —Iba a decir perritos falderos pero eso lo cabrearía, así que dije—: Piedra.

—Eso ya lo veremos —replicó.

—Muy bien. Buena suerte.

—¿Cuál es su papel en este caso? —preguntó.

—Tengo siete días para resolverlo.

—¿Cómo ha conseguido siete días completos?

—He hecho una apuesta con Tom Walsh.

—¿Cuál ha sido?

—He apostado mi empleo.

—¿Y su esposa?

—No, a ella no la he apostado.

—Me refiero a si ella también ha apostado su empleo.

—No, es personal de plantilla del FBI. Tendría que matar a un superior para que se plantearan despedirla.

Consiguió sonreír.

—No creo que logre resolver este caso en siete días, a menos que aparezca alguien con información.

—Probablemente no. ¿Usted me contrataría?

Sonrió de nuevo.

—Creo que ya no tiene edad para que lo contrate la policía del estado. Pero la policía local siempre busca gente de la ciudad con experiencia. Esto le encantará —añadió.

—Oh, lo sé. Ahora mismo ya me siento como un hombre nuevo. —Cambie de tema—. ¿Adónde fue a cazar con Madox?

—A su finca.

—¿Vio algo?

—Sí. Árboles. Nos reunimos en su casa. Un lugar grande. Después fuimos a por venados. Seis tipos. Él, yo, uno de mis sargentos y tres de sus amigos de la ciudad. Sirvieron la comida en el bosque; las copas, en la casa.

—¿Vio algo fuera de lo normal?

—No. ¿Usted sí?

—No —respondí—, excepto toda aquella seguridad. ¿Vio la cerca? —pregunté.

—Sólo un atisbo. En todo el perímetro tiene focos, como si fuese un campo de prisioneros, excepto que esos focos están controlados por sensores de movimiento. Además, Madox tiene su propia antena de telefonía móvil.

—¿Por qué?

—Es rico.

—Así es. ¿Cuándo fue la cacería? —pregunté.

—Hace dos temporadas.

—¿Temporadas de caza?

—Sí. Aquí tenemos temporada de caza; temporada de esquí; temporada de fango, de inundación, y después temporada de pesca.

Cuando salí de la ciudad era la temporada de ópera y *ballet*.

—Aquí la gente puede estar muy ocupada —comenté.

—Sí, si le gusta vivir al aire libre.

—A mí me encanta. Por cierto, vi un mapa de la propiedad del Club Custer Hill en el que se ven unas construcciones auxiliares aparte de la casa. ¿Qué son esos edificios?

—Sé que uno de ellos es un cuartel —respondió después de hacer memoria—. Ya sabe, para los guardas. También hay uno muy grande que parece un garaje para todos sus vehículos. Luego está el edificio del generador.

—¿Un generador eléctrico?

—Sí. Tres generadores eléctricos diésel.

—¿De qué va eso?

—Con las tormentas de hielo es fácil quedarse sin electricidad. La mayoría de la

gente de por aquí tiene un generador de reserva.

—Vale. ¿Ha visto los generadores?

—No. Están en un edificio de piedra. El tipo de Potsdam que atiende nuestro generador de emergencia también atiende los del Club Custer Hill —me informó.

Recordé los tres gruesos cables en los postes de la propiedad de Madox.

—¿Por qué la casa necesita tanta electricidad?

—No sé muy bien cuánta energía suministra cada generador. Y supongo que uno o dos son de reserva, por si uno falla. Pero ha planteado un punto interesante. Averiguaré cuántos kilovatios consumen.

—De acuerdo.

—¿En qué está pensando?

—Con toda sinceridad, no lo sé. —Pero eso de los generadores me llevó a preguntarle—: ¿Qué dicen los cotilleos sobre el Club Custer Hill?

Me miró.

—¿Investiga este homicidio o está siguiendo donde su amigo lo dejó?

—Soy un poli de homicidios. Pero también soy curioso. Me gustan los cotilleos.

—Circulan los chismes habituales. De todo, desde orgías salvajes hasta que es un multimillonario excéntrico que se entretiene mirando cómo le crecen las uñas de los pies.

—De acuerdo. ¿Madox viene alguna vez a la ciudad?

—Casi nunca. Pero de vez en cuando se lo ve fugazmente en Saranac Lake o Lake Placid.

—¿Alguna vez alguien ha visto a la exseñora Madox?

—No lo sé. Lleva mucho tiempo fuera de escena.

—¿Alguna novia?

—No, que yo sepa.

—¿Novios?

—Me pareció un caballero refinado, pero tiene una faceta de macho. ¿Usted qué cree?

—Lo mismo. Creo que está en nuestro equipo. ¿Sabe con qué frecuencia abandona su club? —inquirí.

—No tengo idea. Por lo general, la policía del estado o la local reciben un aviso cuando los residentes de la casa, o de algún Great Camp, se marchan para que vigilen el lugar, pero Madox tiene una tropa que presta servicio permanente las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. Que yo sepa, el lugar nunca queda sin vigilancia.

Lo había deducido por lo que el propio Madox nos había dicho a Kate y a mí, y ahora lo había confirmado.

—¿Alguien ha sugerido alguna vez que el Club Custer Hill fuese algo más que un club de caza y pesca?

Bebió un sorbo de café pensativamente.

—Cuando construyeron ese lugar, hará unos veinte años, diez años antes de que

yo llegase aquí, oí decir que no habían encargado la obra a los contratistas locales. El rumor era que en la construcción se habían incluido un refugio atómico y veinticinco kilómetros de cerca, lo que era cierto, y antenas de radio y equipos de seguridad electrónicos, lo que también era cierto. Supongo que fue entonces también cuando instalaron los generadores. Se decía que personas desconocidas iban y venían, que llegaban camiones en mitad de la noche y cosas por el estilo. Ya sabe, la gente que vive en el campo tiene mucho tiempo libre y una imaginación muy fértil. Pero algo de lo que se decía era verdad.

—¿Qué pensaba la gente que estaba pasando allí?

—Sólo son cosas que he oído, pero ese club fue construido durante la Guerra Fría, de modo que mucha gente creyó que se trataba de una instalación secreta del gobierno. A mi juicio era una suposición lógica dada la escala del proyecto y lo que la gente pensaba entonces.

—Tiene razón. Pero ¿alguien preguntó?

—Hasta donde yo sé, no había a quién preguntarle. Todo era muy reservado. Además, no hubiesen cambiado mucho las cosas que alguien del proyecto negase que era una instalación del gobierno. Los de aquí suelen ser muy patriotas, así que, mientras creyesen que el lugar era una instalación secreta del gobierno, superarían la curiosidad y se mantendrían apartados.

Asentí. Una interesante observación. Supongo que si eres un multimillonario que busca seguridad y que no te molesten, quizá te interesa difundir la idea de que la tuya es una instalación secreta del gobierno disfrazada de club privado. Eso era tan bueno como los veinticinco kilómetros de valla.

—Pero ahora yo diría que todos piensan que se trata de un club de caza y pesca privado.

—Todavía quedan unos cuantos que creen que es una instalación secreta del gobierno.

Comprendí la ventaja para Madox de mantener viva la leyenda.

—Escuche —añadió el comandante Schaeffer—, no es ilegal rodear una propiedad con una valla y equipos de seguridad, alquilar guardas privados o incluso celebrar una orgía romana. Los ricos hacen cosas más raras que éstas. La paranoia y las rarezas no son ilegales.

—La paranoia y las rarezas —señalé— nunca son el final del juego.

—Estoy de acuerdo. Pero si Bain Madox está involucrado en alguna actividad delictiva, no sé nada al respecto. —Me miró—. Si usted sabe más de lo que me cuenta, ahora es el momento de decírmelo.

—Lo único que me dijeron es que está relacionado con el tamaño de los precios del petróleo.

Lo pensó durante unos momentos y vi que tenía los mismos problemas que había tenido yo para creerme ese rollo cuando Walsh me lo había soltado.

—¿Cree que Bain Madox, un petrolero multimillonario, asesinó a un agente

federal porque éste estaba llevando a cabo una vigilancia rutinaria de sus visitantes, gente que quizá estaba involucrada en una conspiración para amañar los precios del petróleo? Eso suena como algo extraño, ¿no? —preguntó.

—Bueno..., visto de esa manera...

—¿Qué otra manera hay? ¿De qué va eso de la seguridad nacional?

Me alegró ver que prestaba atención, pero lamenté la pregunta. Aquel tipo estaba hambriento, y necesitaba algo que masticar, pero yo desde luego no iba a ofrecerle huesos nucleares, así que me enrollé.

—Escuche, comandante, el petróleo es algo más que una cosa negra y pegajosa. Me refiero a que Bain Madox no está en el negocio de la ropa. Cuando se trata de petróleo, cualquier cosa es posible. Incluso el asesinato.

No replicó y siguió mirándome.

—Vamos a concentrarnos en el homicidio —dije—. Si podemos implicar a Madox, quizá eso nos lleve a otras cosas.

—De acuerdo. ¿Algo más? Tengo que ocuparme de esto.

Consulté mi reloj.

—Me gustaría ir a la escena del crimen.

—Está demasiado oscuro. Lo llevaré por la mañana.

—¿No podemos iluminarla esta noche?

—Tengo la escena asegurada, tampoco hay ningún equipo CSI, y no se espera lluvia ni nevadas. Llámeme aquí a las siete de la mañana y organizaremos una visita.

—Quizá sólo un vistazo rápido...

—Es de ideas fijas, ¿eh, detective? Lleve a su esposa a cenar. ¿Tienen dónde alojarse?

—Sí. En The Point.

—¿Se alojan en The Point?

—Pues sí.

—¿Les sobra dinero federal? Lo único que yo conseguí de Washington fueron unas cuantas radios nuevas y un perro rastreador de explosivos que resulta que es alérgico.

Sonreí.

—No creo que el terrorismo sea un problema grave por aquí.

—Quizá no lo sea el terrorismo árabe, pero tenemos a unos cuantos locos de cosecha local.

No respondí.

—¿Era eso lo que estaba haciendo aquí su amigo? ¿Vigilar a los chalados de la extrema derecha?

—No se lo puedo decir.

Schaeffer lo interpretó como un sí y me informó tardíamente:

—Hará cosa de unos diez años atrás, cuando me destinaron aquí, aparecieron unos tipos del FBI interesados en Bain Madox.

Eso era interesante.

—¿Qué querían saber?

—Dijeron que realizaban una investigación de sus antecedentes porque quizá nombraran al señor Madox para un cargo en el gobierno.

Ése era el rollo habitual cuando investigabas a alguien por presuntas actividades delictivas, aunque también podía ser verdad. En el caso del señor Bain Madox era verosímil que lo considerasen para una designación gubernamental, y también que lo investigasen por actividades delictivas. En estos días, una cosa no necesariamente eliminaba la otra.

—¿Consiguió el trabajo? —pregunté.

—No que yo sepa. Creo que tenían otra cosa en mente. ¿Qué cree que pretende este tipo?

—Creo que está buscando que lo nombren para la comisión del calentamiento global en las Naciones Unidas.

—¿Está a favor o en contra?

—Lo que es bueno para Bain Madox es bueno para el planeta —contesté, y sonreí cortésmente.

El comandante Schaeffer se levantó.

—Vayamos a buscar a su esposa —propuso.

Me levanté también, salimos de la cafetería y nos encaminamos hacia el vestíbulo. Se me ocurrió una idea y le pregunté:

—Respecto a los viejos rumores, ¿alguien llegó a decir exactamente qué clase de instalación secreta del gobierno estaban construyendo aquí?

—¿Volvemos al Club Custer Hill?

—Sólo por un momento.

—¿Eso ayudará a la investigación del asesinato?

—Posiblemente. Nunca se sabe.

—Se aventuraron varias hipótesis sobre lo que construía el gobierno.

—¿Como cuáles?

—Déjeme que lo piense: campo de entrenamiento de supervivencia, casa franca, silo de misiles, escuela de comunicaciones o estación de escucha. Esto último debido a las antenas y los equipos electrónicos.

—¿Tienen mucha interferencia electrónica por aquí?

—No. En absoluto. Creo que los equipos están estropeados o nunca los usan, o que funcionan a una frecuencia que no podemos captar.

Me pregunté si la Agencia de Seguridad Nacional había hecho alguna vez un escaneo electrónico del Club Custer Hill. Seguramente sí si el Departamento de Justicia sospechaba algo.

Kate estaba sentada en el vestíbulo, hablando por teléfono, y antes de que llegásemos hasta ella, Schaeffer comentó:

—Ahora recuerdo a un veterano de la marina que vivía por aquí. Le decía a todo

el mundo que él sabía lo que pasaba en el Club Custer Hill, pero que no le estaba permitido decirlo.

Me sonó a cuento chino, pero pregunté:

—¿Recuerda el nombre del tipo?

—No, pero intentaré averiguarlo. Alguien lo recordará.

—Hágamelo saber.

—Sí, creo que se llamaba Fred. Sí, Fred. Decía que lo que pasaba aquí estaba relacionado con los submarinos.

—¿Submarinos? ¿Exactamente qué profundidad tienen los lagos de por aquí?

—Sólo le digo lo que recuerdo. Suena a historia de viejo marinero que quiere darse importancia.

Kate acabó con el teléfono y se levantó.

—Lo siento, he estado esperando una llamada.

Había más personas en el vestíbulo, incluido el sargento de guardia, así que Schaeffer dijo para consumo general:

—Les reitero mi pesar por lo ocurrido al detective Muller. Pueden estar seguros de que haremos todo lo posible por llegar al fondo de esta tragedia.

—Se lo agradecemos —respondí—. Gracias por el café.

—¿Necesita indicaciones para ir a The Point?

—Eso estaría bien.

Nos explicó cómo llegar y luego preguntó:

—¿Cuánto tiempo estarán allí?

—Hasta que nos echen.

—No tardarán mucho, a mil dólares la noche. Si hay alguna otra cosa en la que les puedo ayudar, díganmelo.

—Ya que lo dice... ¿por aquí tienen problemas con los osos?

Kate puso los ojos en blanco.

—La región de los Adirondack es el hogar de la mayor población de osos negros del este del país —me informó el comandante Schaeffer—. Es muy probable que se encuentre a un oso en el bosque.

—¿Sí? ¿Y luego qué?

—Los osos negros son extremadamente agresivos, sin embargo, son curiosos e inteligentes, y quizá se acerquen. El problema es que identifican a las personas con comida.

—Estoy seguro de que lo hacen cuando te comen.

—Me refiero a que la gente, los excursionistas, llevan comida, y los osos lo saben. Pero prefieren comerse las provisiones y no al dueño. Ni se le ocurra acercarse a los cachorros. Las hembras son muy protectoras de sus crías.

—¿Cómo sabré si estoy cerca de sus cachorros?

—Lo sabrá. Otra cosa, los osos son muy activos después de las cinco de la tarde.

—¿Cómo saben qué hora es?

—No lo sé. Sólo tenga mucho cuidado después de las cinco. Es cuando salen a buscar comida.

—Vale. La pregunta es: ¿mi Glock de 9 mm detendrá a un oso?

—No dispare a los osos, detective —me avisó el comandante Schaeffer—. Usted es un intruso en su territorio. Sea amable con ellos. Disfrute de los osos.

—Excelente consejo —afirmó Kate.

A mí no me lo pareció.

Schaeffer concluyó su charla sobre osos con:

—No he tenido que ocuparme de un ataque fatal de oso en años; sólo algunas magulladuras.

—Eso es un consuelo.

—Hay un folleto sobre los osos en aquella mesa —dijo Schaeffer—. Debería leerlo.

Si los condenados osos eran tan inteligentes y curiosos también tendrían que leerlo ellos, ¿no?

Kate encontró el folleto y luego le dio su tarjeta al comandante Schaeffer.

—Aquí tiene mi número de móvil.

Nos estrechamos las manos, y Kate y yo salimos del edificio y fuimos al aparcamiento iluminado.

—No quiero oír ni una sola palabra más sobre osos —dijo Kate—. Nunca.

—Léeme el folleto.

—Léelo tú. —Me lo metió en el bolsillo—. ¿Schaeffer ha dicho algo interesante?

—Sí... el Club Custer Hill es una instalación secreta de submarinos de la armada.

—¿Submarinos? ¿Eso ha dicho Schaeffer?

—No, eso es lo que dijo Fred.

—¿Quién es Fred?

—No lo sé. Pero sabe más que nosotros.

Capítulo 27

Llegamos al coche, me senté al volante, arranqué y salimos a la carretera.

Mientras conducía a través de Ray Brook, Kate dijo:

—Cuéntame qué te ha dicho el comandante Schaeffer.

—Te lo diré. Pero ahora estoy pensando.

—¿En qué?

—En algo que ha comentado Schaeffer.

—¿Qué?

—Eso es lo que intento recordar... Ha sido algo que me ha hecho pensar en otra cosa.

—¿Qué? —repitió Kate.

—No lo recuerdo. Aquí hay un cruce.

—Gira a la izquierda. ¿Quieres que conduzca yo mientras tú piensas?

—No, deja de incordiarme. No tendría que haber dicho nada. Siempre haces lo mismo.

—No, no lo hago. Si me cuentas lo que hablasteis Schaeffer y tú lo recordarás.

—De acuerdo. —Tomé la Carretera 86, que estaba oscura y vacía y, mientras conducía, le relaté a Kate mi conversación con Schaeffer. Es una buena oyente, y yo sé contar bien las cosas cuando quiero. Pero las cosas y la lógica no son lo mismo, y no conseguía recordar la asociación de palabras que había iluminado algo en mi cerebro.

Cuando acabé, Kate preguntó:

—¿Te has acordado?

—No. Cambia de tema.

—Vale. Quizá esto te ayude. ¿Crees que el Club Custer Hill es o ha sido alguna vez una instalación del gobierno?

—No. Es la obra de Bain Madox de principio al fin. Piensa en el doctor No.

—Muy bien, señor Bond. ¿Tú crees que es más que un club de caza, e incluso más que el lugar de reunión de unos presuntos conspiradores?

—Sí. Aquí parece haber todo un... algo así como un nivel tecnológico que no es coherente con el propósito declarado del lugar. A menos que sea un refugio para el caso de que hubiese una guerra atómica, como nos ha dicho Madox que quería su esposa.

—Creo que eso sólo forma parte de su cortina de humo; una explicación lógica para lo que sabía que acabaríamos oyendo sobre la construcción del lugar hace veinte años —manifestó Kate—. Es muy inteligente.

—Pues tú pareces especialmente lúcida y brillante esta noche.

—Gracias, John. Y tú pareces inusualmente obtuso y apagado.

—Este aire puro me nubla el cerebro.

—Eso parece. Tendrías que haber presionado un poco más al comandante Schaeffer en algunos de estos puntos.

Respondí con un poco de enfado en la voz:

—He hecho todo lo posible por conseguir su cooperación voluntaria, pero no es fácil interrogar a otro poli.

—Cuando me has mandado salir de la cafetería, creía que ibais a contarnos hasta los secretos más íntimos.

Las palabras «que te zurzan» acudieron a mi mente, pero así es como comienzan las peleas.

—Tú y yo lo apretaremos un poco más mañana, cariño.

—Quizá tendrías que haberle dicho lo que encontramos escrito en el bolsillo de Harry.

—¿Por qué?

—Primero, porque es lo correcto, y, segundo, quizá sabe lo que significa *elf*.

—Lo dudo.

—¿Cuándo vamos a transmitir esa información?

—No necesitamos hacerlo. Tus colegas del FBI son tan puñeteramente brillantes que lo descubrirán por sí solos. Si no lo hacen, lo hará la policía del estado. Si ellos tampoco, entonces, sencillamente, le preguntaremos a Bain Madox qué significan *mad*, *nuke* y *elf*.

—Quizá deberíamos. Él lo sabe.

—Por supuesto... ¡Espera! ¡Ya lo tengo!

Kate se volvió en su asiento.

—¿Qué? ¿Ya sabes lo que significa?

—Sí. Sí, lo sé. Las otras palabras, *mad* y *nuke*, son obviamente abreviaturas de Madox y nuclear. Pero *elf* es un acrónimo.

—¿De qué?

—De lo que Harry creía que era Bain Madox: Estúpido Ladino Follonero.

—Tonto —dijo Kate, y se reclinó en el asiento.

Durante un rato seguimos en silencio, cada uno absorto en sus pensamientos.

—Hay un grupo que se llama Earth Liberation Front —comentó Kate finalmente—. ELF.

—¿Sí?

—Nuestra sección doméstica se ocupa de ellos.

—¿Sí? —repetí.

—ELF practica lo que llamamos ecoterrorismo. Han incendiado obras en construcción para salvar la tierra, han puesto clavos de acero en los árboles para destrozar las sierras e incluso han colocado bombas en los cascotes de los buques cisterna.

—Correcto. ¿Así que tú crees que Madox colocará una bomba nuclear en la próxima asamblea de ELF?

—No lo sé... pero puede que haya alguna conexión... ELF... petróleo... Madox...

—Te dejas *nuke*.

—Lo sé. Sólo intento establecer una conexión. Ayúdame con esto, John.

—No creo que el señor Bain Madox, que se vanagloria de haber ayudado a la derrota del imperio soviético, se conforme con luchar ahora contra un puñado de amantes de los árboles y mujeres con las piernas peludas.

Tardó unos segundos en responderme.

—Bueno, siempre es mejor que Estúpido Ladino Follonero.

—No mucho.

Unas cuantas nubes dispersas desfilaron por delante de la resplandeciente media luna naranja, y las hojas se movían a la luz de los faros.

Aún nos encontrábamos dentro de los límites del parque, pero aquella zona parecía ser una mezcla de terreno público y privado, y había casas dispersas a lo largo de la carretera. Vi un montón de exhibiciones estacionales en los jardines: mazorcas, calabazas y cosas así. También había adornos de Halloween: brujas, esqueletos, vampiros y otros elementos siniestros. El otoño era hermosamente austero y deliciosamente severo.

—¿Te gusta el otoño? —le pregunté a Kate.

—No. El otoño es oscuridad y muerte. Me gusta la primavera.

—A mí me gusta el otoño. ¿Necesito ayuda?

—Sí, pero eso ya lo sabes.

—Correcto. Eh, aprendí un poema en el instituto. ¿Quieres escucharlo?

—Claro.

—Vale... —Carraspeé y recité de corrido—: Ahora es otoño y los frutos caen y comienza el largo viaje hacia el olvido... ¿Has construido tu nave mortuoria, lo has hecho?

—Eso es morboso —opinó al cabo de unos segundos.

—Me gusta.

—Ve a ver a alguien cuando volvamos.

Seguimos circulando, entonces Kate encendió la radio que estaba sintonizada en una emisora de *country-western*. Alguna vaquera de voz nasal cantaba: «*How can I miss you if you don't leave?*»

—¿Te importaría apagarla? —dije—. Intento pensar.

No me contestó.

—¿Kate? ¿Cariño? ¿Hola?

—John... la radiocomunicación.

—¿Qué?

—La UHF es la *ultra high frequency*; la VLF, la *very low frequency*... y así. ¿No

hay una *extremely low frequency*? ¿ELF?

—¡Mierda! —La miré—. Eso es, eso es lo que intentaba recordar. Las antenas de radio en el Club Custer Hill...

—¿Crees que eso significa que Madox se comunica con alguien en una frecuencia ELF?

—Sí... creo que Harry decía: «Sintonizad en ELF».

—Pero ¿por qué ELF? ¿Quién utiliza la banda ELF? ¿Los militares? ¿La aviación?

—La verdad es que no lo sé. Pero quienquiera que la use es posible captarla.

—Estoy segura de que, si Madox recibe o transmite, no será en abierto. Tiene que ser con un mezclador de voz o encriptado.

—Así es. Pero la ASN tendría que ser capaz de romper cualquier código.

—¿Con quién se estará comunicando y por qué?

—No lo sé. Mientras tanto, necesitamos averiguarlo todo de las ondas de radio ELF. Eh, quizá por eso todo el mundo de por aquí parece estar un poco pirado. Las ondas ELF. Oigo voces en mi cabeza. Alguien me dice que mate a Tom Walsh.

—Eso no tiene gracia, John.

Circulamos un rato más en silencio, hasta que dije:

—Bain Madox, nuclear, frecuencia extremadamente baja. Creo que todo lo que necesitamos saber está contenido en esas palabras.

—Eso espero. No tenemos mucho más.

—¿Por qué no vamos al Club Custer Hill y torturamos a Madox hasta que nos dé la información? —propuse.

—No estoy muy segura de que el director del FBI lo aprobase.

—Lo digo en serio. ¿Qué pasa si ese gilipollas está planeando un atentado nuclear? ¿Eso no justificaría que le diese de tortas hasta que hablase?

—No es el «qué pasa» lo que me preocupa. Incluso siuviésemos una certeza del noventa y nueve por ciento. Nosotros no hacemos las cosas de esa manera. No lo haremos.

—Sí lo haremos. La próxima vez que nos ataquen, especialmente si es un ataque nuclear, comenzaremos a darles de tortas a los sospechosos.

—Dios, espero que no. —Hizo una breve pausa—. Necesitamos informar de todo lo que hemos escuchado, averiguado y deducido. Que el FBI se ocupe de esto a partir de ahora. No es necesario que lo hagamos nosotros.

—De acuerdo, pero necesitamos más tiempo para acabar de perfilarlo.

—Muy bien. Digamos que mañana a la noche a esta hora iremos a Tom Walsh con todo lo que tengamos. ¿Sí?

Ya no confiaba en Walsh, así que pensé que podía saltarme las reglas e ir directamente a mi jefe del DPNY en la Task Force, el capitán Paresi.

—¿John?

—Tenemos una semana —le recordé.

—John, no sabemos si el planeta tiene una semana.

Interesante observación.

—Veamos qué pasa mañana —dije.

Capítulo 28

Había unos treinta kilómetros hasta The Point, pero era un lugar tan aislado que, pese a las indicaciones de Schaeffer y el mapa de Max, Kate tuvo que llamar al hotel para que nos guiasen por la carretera sin indicadores.

Encendí las luces largas y avancé lentamente por un estrecho camino flanqueado de árboles que parecía un sendero indio apenas mejorado.

—Esto es tan bonito —comentó Kate.

Lo único que yo veía era un túnel de árboles iluminado por los faros, pero con espíritu positivo, y dado que yo había reservado la habitación, manifesté:

—Me siento muy cercano a la naturaleza. —Para ser exactos la tenía a un metro veinte de cada lado del coche.

Llegamos a una reja rústica con un arco hecho de ramas que habían retorcido para formar el nombre del hotel.

La verja estaba cerrada, pero había un portero eléctrico. Bajé mi ventanilla, apreté el botón y una voz distorsionada preguntó:

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Una hamburguesa con queso y doble de beicon, dos raciones de patatas fritas y una Coca-Cola *Light*.

—¿Perdón?

—El señor y la señora Corey. Tenemos una reserva.

—Sí, señor. Bien venidos a The Point. —Se abrió la reja—. Por favor, vayan al primer edificio a su izquierda.

Atravesé la verja.

—Son un poco más amables que en el Club Custer Hill —comentó Kate.

—Más les vale, a mil doscientos dólares la noche.

—Este lio ha sido idea mía.

—Lo sé.

A la izquierda había una gran estructura de madera, y abandoné la carretera. Nos bajamos y, mientras caminábamos por el sendero, se abrió la puerta y un joven nos hizo un gesto y dijo:

—Bien venidos. ¿Han tenido un buen viaje?

—Sí, gracias —respondió Kate.

Subimos la escalinata del edificio rústico, y el joven, vestido con un atuendo informal, se presentó:

—Soy Jim. —Nos estrechamos la mano para fijar el tono de nuestra estancia en el lugar, que supuse que sería amistoso, familiar y probablemente ridículo—. Por favor, pasen.

Entramos en el edificio, que era la recepción y también una tienda de regalos que vendía artesanía de la región y algunos vestidos con pinta de ser caros que llamaron la atención de Kate.

He observado que las mujeres se distraen fácilmente con las tiendas de ropa, y estoy seguro de que las damas a bordo del *Titanic* se detuvieron en la tienda de ropa para aprovechar las rebajas por hundimiento cuando iban de camino a los botes salvavidas.

Fuera como fuese, superamos el escollo de los vestidos, y todos nos sentamos en unas cómodas sillas alrededor de una mesa. Jim abrió nuestra carpeta.

—Hay un mensaje para ambos. —Me entregó una tarjeta en la que habían escrito con una estilográfica: «Llamada del señor Walsh. Hora: 19.17».

Dado que no recordaba que Kate o yo le hubiésemos dicho a Tom Walsh dónde nos alojábamos, llegué a la conclusión de que Walsh debía de haberse enterado recientemente de ello a través del comandante Schaeffer. No era como para montar un escándalo, pero debía recordarme a mí mismo que Walsh y Schaeffer estaban en contacto.

Le pasé la tarjeta a Kate, luego miré mi móvil y vi que no había cobertura.

—¿Están fuera del área de cobertura? —le pregunté a Jim.

—Va y viene. La mejor cobertura se tiene en el centro del campo de *croquet*. — Le pareció divertido, y soltó una risita. Me informó—: Algunas veces se tiene servicio si se sitúa en el punto.

No me pude resistir.

—¿Cuál es el punto, Jim?

Él puso las cosas en su sitio al responderme:

—Whitney Point, en Upper Saranac Lake. Está aquí, en los terrenos del hotel. — Jim nos explicó—: Procuramos desalentar el uso de los teléfonos móviles aquí.

—¿Y eso por qué, Jim?

—No va con el ambiente.

—Lógico. ¿Hay teléfonos en la habitación?

—Los hay, pero no conseguirá línea exterior.

—¿Y para qué están entonces, Jim?

—Para comunicarse dentro de la propiedad.

—¿O sea que estamos aislados del mundo?

—No, señor. Hay un teléfono exterior en esta oficina, y otro en la cocina de la casa principal, que está a su disposición. Si alguien llama aquí, como ha hecho el señor Walsh, le enviaremos un mensaje.

—¿Cómo? ¿Con señales de humo?

—Por nota o al teléfono de su habitación.

—Vale. —Ésa era una ventaja inesperada, pero también una desventaja teniendo en cuenta todas las llamadas que necesitaríamos hacer en los próximos dos días.

Jim continuó con el trámite de ingreso.

—Dos noches. ¿Correcto?

—Correcto. ¿Dónde está el bar?

—Llegaré a esa parte en un momento. —Siguió con el rollo, nos dio información impresa junto con un libro de fotos de The Point, un mapa de la finca y otras cosas.

—¿Cómo saldrá su cuenta? —quiso saber Jim.

—¿Qué tal un duelo?

—¿Perdón?

—Tarjeta de crédito —respondió Kate, y después me preguntó—: ¿John, por qué no utilizas tu tarjeta personal en lugar de la tarjeta de la compañía?

—Me la robaron.

—¿Cuándo?

—Hará cosa de unos cuatro años.

—¿Por qué no pediste otra?

—Porque el ladrón gastaba menos que mi exesposa.

A nadie le pareció gracioso. Le di a Jim la tarjeta de *R and I Associates* y él tomó nota del número y fecha de caducidad. Luego marcó nuestro mapa con un rotulador.

—Si siguen esta carretera, pasarán por delante de la cabaña caliente y el campo de *croquet* y llegarán a la casa principal. Charles los estará esperando.

—¿Dónde está el bar?

—Directamente enfrente de la casa principal, en el Eagle's Nest. Aquí. —Marcó el lugar con una gran X—. Que disfruten de su estancia con nosotros.

—Usted también.

Salimos de la oficina y Kate preguntó:

—¿Por qué tienes que ser tan plasta?

—Lo siento.

—No, no lo sientes. ¿Vamos a llamar a Walsh?

—Claro. ¿Dónde está el campo de *croquet*?

Subimos al coche y seguimos por la carretera, pasamos por delante de la cabaña caliente, o lo que diantres fuese eso, y luego nos acercamos al campo de *croquet*, momento en el cual pregunté:

—¿Quieres que corra hasta allí y llame a Walsh?

—No. Charles nos espera.

Al final del camino había una gran casa de troncos con un porche delantero —la casa principal— desde donde otro joven caballero vestido con chaqueta y corbata nos hacía señas. Aparqué y salimos del coche.

El joven se apresuró a bajar los escalones, nos saludó, se presentó como Charles y comentó:

—Creo que he hablado antes con el señor Corey.

—Así es.

—Le hemos dado de comer a los osos —dijo con tono risueño.

—Fantástico. ¿Puede darnos de comer a nosotros?

Creo que Charles hubiese preferido que los osos me comiesen, pero respondió:

—En estos momentos se está sirviendo la cena y tienen dispuestos sus lugares. —
Me miró—. Se exige chaqueta y corbata.

—No tengo ninguna de las dos cosas, Charles.

—Oh... vaya... podemos prestarle una chaqueta y una corbata.

Curioso que los vaqueros negros de Kate no suscitasen ninguna pega, pero que en cambio yo necesitase chaqueta y corbata.

—No será necesario —respondí—. ¿Dónde está el bar?

Señaló otro edificio rústico que estaba a unos treinta metros.

—El *pub* está allí mismo, señor. Hay varios bares de autoservicio en el complejo, y todo el personal es también camarero, pero si no ve a nadie en alguno de los bares, por favor, sírvase usted mismo.

—Quizá me agrade este lugar.

—Por favor, síganme.

Lo seguimos escalones arriba y entramos en una estancia redonda, toda ella decorada al estilo Adirondack, que comenzaba a ponerme de los nervios.

—Éste es el vestíbulo de entrada a la casa principal, que era el hogar de William Avery Rockefeller.

Un nanosegundo antes de que pudiese soltar algo, Kate dijo:

—Es un sitio precioso.

—Es absolutamente original —explicó Charles con una sonrisa.

Evidentemente, Charles disfrutaba con las cosas buenas de la vida. En el centro de la habitación había una mesa redonda con un jarrón de flores frescas, una botella de champán en un cubo de plata y tres copas. Charles descorchó la botella, sirvió las copas, nos dio una a cada uno y levantó la suya.

—Bien venidos —brindó.

La verdad es que detesto ese brebaje, pero para ser cortés —y porque necesitaba el alcohol— choqué mi copa y todos bebimos.

Charles nos señaló una pequeña sala vecina a la redonda.

—Ahí tienen un bar de autoservicio que está abierto día y noche para su conveniencia. —Era conveniente en ese mismo momento, pero Charles continuó—: Aquí —dijo, al tiempo que nos indicaba una arcada— está el Gran Salón.

Eché una ojeada al Gran Salón, que me recordó al gran salón donde nos habíamos sentado con Bain Madox. Excepto que al fondo de este Gran Salón había dos grandes mesas redondas delante de la chimenea, donde ardía una inmensa hoguera. Cada mesa la ocupaban unas diez damas y caballeros comiendo y bebiendo y, aunque no podía escuchar lo que decían, estaba seguro de que sostenían unas ingeniosas conversaciones sobre temas absolutamente banales.

—Pueden acceder a su habitación, la Mohawh, que, dicho sea de paso, era el dormitorio principal de William Avery Rockefeller, a través del Gran Salón, pero como ahora están sirviendo la cena, quizá quieran entrar por la entrada exterior, que

les enseñaré en un momento.

—Creo que primero necesitamos una copa —sugerí.

—Por supuesto. Si me da usted las llaves, nos ocuparemos de su coche y de colocar el equipaje en la habitación.

—No tenemos equipaje —respondió Kate, y, aparentemente preocupada de que Charles creyese que nos acabábamos de conocer en un bar de camioneros o algo así, añadió—: El viaje ha sido un tanto precipitado y el equipaje llegará mañana. Mientras tanto, ¿podrían proveernos de algunos artículos? ¿Cepillos de dientes, maquinilla de afeitar y todo lo demás?

—Por supuesto. Haré que los lleven a su habitación.

Las mujeres son muy prácticas, por no hablar de la preocupación que les causa lo que puedan pensar los demás remotos desconocidos, así que, para ser un marido bueno y leal, le comenté a Charles:

—Estamos celebrando nuestro aniversario de bodas, y estábamos tan entusiasmados que cargamos todo el equipaje en el Bentley y luego nos vinimos en el Ford sin darnos cuenta.

Charles lo procesó, y luego nos ofreció más champán, que yo decliné por los dos.

—Estaremos en el *pub*. ¿Puede hacer que nos sirvan algo de comer allí?

—Desde luego. Si necesitan cualquier otra cosa sólo tienen que pedirlo a alguien del personal.

—¿Qué tal una llave de la habitación?

—No hay llaves.

—¿Y cómo entramos en la habitación?

—No hay cerraduras.

—¿Y cómo evitamos que entren los osos?

—Las puertas tienen cerrojos.

—¿Un oso puede...?

—John. Vamos a tomar una copa.

—De acuerdo. Mi coche sí tiene llave —le dije a Charles—. Aquí la tiene. Necesito que me llamen a las seis.

—Sí, señor. ¿Desayunarán en la habitación o en el Gran Salón?

—En la habitación —respondió Kate.

Siempre tenemos ese desacuerdo con el servicio de habitaciones; a mí no me gusta comer donde duermo, pero he visto que a las mujeres el servicio de habitaciones les encanta.

—¿Quieren un masaje en la habitación?

—¿Durante el desayuno? —repliqué.

—Antes debemos consultar nuestra agenda de la mañana —dijo Kate.

—¿Puedo ayudarlos en algo más?

—No por ahora —contestó Kate—. Gracias, Charles, ha sido muy amable.

—¿Tienen salchichas de Frankfurt? —le pregunté.

—¿Perdón?

—Para el bar.

—Se lo... preguntaré al cocinero.

—Con mostaza. Me gustan un poco tostadas.

—Se lo haré saber.

—Ciao.

Salimos de la casa principal y le comenté a Kate:

—¿A que he estado encantador?

—No exactamente.

Abrió el coche, cogió el maletín y caminamos los treinta metros hasta el edificio llamado Eagle's Nest, donde estaba el lugar llamado *pub*.

El *pub* era otro salón rústico, y que no estaba nada mal. Acogedor, con un buen fuego en la chimenea y una sala de juegos con una mesa de billar, estanterías con libros y un equipo de música. Vi que no había televisor. El bar consistía en una larga barra y, detrás de ésta, estantes con las más hermosas botellas de licor; y sin camarero. Es más, el lugar estaba desierto porque los huéspedes se encontraban en el comedor. Aquello era como morirse y acabar en el paraíso. Pasé al otro lado de la barra.

—Buenas noches, señora. ¿Puedo ofrecerle un cóctel?

Me siguió la corriente.

—Creo que tomaré una copita de jerez. No, que sea una Stoli doble, con unas gotas de limón y dos cubitos.

—Excelente, señora.

Puse dos vasos en la barra, encontré el hielo, el limón, el Dewar's y el Stoli y, con una botella en cada mano, llené los vasos hasta el borde. Brindamos y Kate dijo:

—Por Harry.

—Descansa en paz, compañero.

Ninguno de los dos dijo nada mientras nos descomprimíamos después de un día muy largo, plagado de acontecimientos y muy triste. Kate fue la primera en romper el silencio.

—¿Debemos llamar a Tom?

Miré de nuevo mi móvil y vi que teníamos cobertura.

—El uso de los móviles no está bien visto en The Point, señora.

—¿Qué pasa si es importante?

—En ese caso, llamaré de nuevo.

Llené de nuevo las copas.

—¿Si la bebida es gratis, cómo piensan ganar dinero con nosotros a mil doscientos dólares la noche?

—Quizá esperan que te vayas a la cama temprano. —Sonrió—. Por cierto, no tendrías que haber pagado con la tarjeta de crédito del gobierno.

—Míralo de esta manera: si el mundo se va a acabar, ¿qué más da?

Lo pensó durante un momento, pero no respondió.

—Si salvamos al mundo —añadí—, ¿crees que el gobierno hará que le reembolsemos el dinero que hemos pagado por esto?

—Sí.

—¿De verdad?

—Afirmativo.

—Entonces, ¿cuál es mi incentivo para salvar el planeta?

—Es tu misión de la semana. —Kate bebió un sorbo y miró el fuego—. Bueno, si el mundo llega a su final, éste es un buen lugar para esperar que suceda.

—Correcto. También lo es el Club Custer Hill.

Kate asintió.

—¿Juegas al billar? —pregunté.

—Jugaba. Pero no soy muy buena.

—Suen a engañifa. —Salí de detrás de la barra y me acerqué a la mesa de billar, donde las bolas ya estaban dispuestas. Dejé la copa, me quité la chaqueta de cuero, me saqué los faldones de la camisa para ocultar la pistola y luego escogí un taco—. Venga. Vamos a jugar.

Kate se bajó del taburete, se quitó la chaqueta de ante y se tapó la pistola con el jersey. Se subió las mangas y escogió otro taco.

Quitó el marco de las bolas y le dije a Kate:

—Después de usted, señora.

Frotó la punta del taco con la tiza, se inclinó sobre la mesa y dio una tacada. Empezó bien, pero ninguna de las bolas acabó en las troneras.

Yo metí tres bolas y fallé una fácil. Decidí que el *whisky* comenzaba a afectarme a la coordinación mano-ojo, o quizá necesitaba otra copa.

Kate también metió tres, y vi que ella ya había jugado a aquello antes. Fallé otro tiro fácil.

—¿Estás borracho o pretendes timarme?

—Me falla un poco la concentración.

Embocó otras cuatro, y le concedí el juego. Acomodé las bolas.

—Juguemos a cinco pavos la bola.

—Acabamos de hacerlo.

Sonreí.

—¿Dónde aprendiste a jugar?

—No te gustará saberlo —respondió con una sonrisa pícaro.

La segunda partida resultó más equilibrada, porque ella comenzaba a estar borracha.

Yo me divertí. Me encantaba jugar al billar con mi esposa, que se veía muy bien inclinada sobre la mesa, y escuchar el siseo de los troncos en la chimenea en una acogedora habitación con barra libre en el bosque.

Una joven entró en el *pub* cargada con una bandeja de aperitivos que la ayudé a

dejar sobre la barra.

—Hola, soy Amy. Bienvenidos a The Point. ¿Puedo prepararles una copa?

—No, gracias —respondí—, pero sírvase usted una.

Amy declinó la invitación.

—Aquí tienen la carta del desayuno. Elijan lo que deseen, y la hora a lo que lo quieren en la habitación, y luego llamen a la cocina.

Miré la bandeja con la mariconada de aperitivos y le pregunté a Amy:

—¿Dónde están mis frankfurts?

—El cocinero... es francés; dice que nunca ha oído hablar de eso —respondió Amy un tanto avergonzada—. Ni siquiera creo que tengamos perritos calientes.

—Amy, esto es Estados Unidos. Dígale a Pierre...

Kate me interrumpió.

—Amy, dígale al cocinero que utilice las salchichas de desayuno —dijo, y añadió con muy buena voluntad—: *Saucisses en croûte*. Con mostaza. ¿De acuerdo?

Amy repitió las palabras francesas con un acento muy yanqui, prometió volver y se marchó.

—Este país se está yendo al infierno —le dije a Kate.

—John, dale un respiro. Prueba uno de éstos. Me ofreció algo con salmón ahumado que rechacé.

—Esperaba encontrar aquí comida de verdad. Diablos, estamos en el bosque. Ya sabes, un bistec de búfalo o un estofado a la cazadora... —Recordé mi mensaje telefónico a Harry y me serví otro *whisky*.

—Sé que éste ha sido un día muy duro para ti, John. Así que descárgate, bebe, haz lo que sea que te haga sentir mejor.

No repliqué, pero asentí.

Nos llevamos las copas de nuevo a la sala de juego. Me senté a la mesa de cartas y Kate se sentó enfrente de mí. Abrí una baraja nueva y le pregunté si sabía jugar al póquer.

—Jugaba. Pero no muy bien.

—Las fichas rojas valen un dólar —expliqué con una sonrisa—. Las azules, cinco. Tú eres la banca.

Barajé mientras ella nos daba a cada uno doscientos dólares en fichas.

Coloqué la baraja delante de ella.

—Corta.

Lo hizo, y yo repartí cinco cartas para cada uno.

Jugamos unas cuantas manos y me iba mejor con las cartas que con el billar. Quizá había perdido la coordinación mano-ojo, pero puedo jugar al póquer dormido.

Kate echó un vistazo a la pantalla del móvil.

—Tengo cobertura. La barra...

—Aquella —la interrumpí, y señalé la barra de caoba con el pulgar— es la única barra que me interesa esta noche.

—Creo que debemos llamar a Tom. En serio.

—Quien pierda esta mano lo llama.

Ella perdió la mano y veintidós pavos, pero se ganó el derecho a llamar a Tom Walsh.

Marcó el número, él contestó y Kate le dijo:

—Te devuelvo la llamada. —Conectó el altavoz y luego dejó el teléfono sobre la mesa mientras recogía los naipes.

—¿Dónde estás? —oí que le preguntaba Tom.

—En The Point. ¿Dónde estás tú?

—En la oficina —respondió, cosa que me pareció interesante e inusitada a esa hora—. ¿Puedes hablar?

—No muy bien. —Kate soltó una risita—. Me he tomado cuatro Stoli.

Barajó cerca del teléfono y Walsh se quejó:

—Oigo un ruido.

—Estoy barajando.

—¿Dónde está John? —preguntó, un tanto impaciente.

—Está aquí.

—Tú abres —dije.

—¿Qué...?

Kate puso una ficha de dólar.

—¿Vas?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Walsh.

—Juego al póquer —le informó Kate.

—¿Juegas sola?

Repartió las cinco cartas.

—No. Eso es el solitario.

—Me refiero —dijo Tom con una afectada paciencia— a que si hay alguien más contigo aparte de John.

—No. Tú hablas.

Eché una ficha azul en el bote.

—Abro con cinco.

Ella puso dos azules.

—Los veo y subo cinco.

—¿Tienes conectado el altavoz? —quiso saber Walsh.

—Sí. ¿Cuántas quieres?

—Dos.

Me dio las dos cartas y dijo:

—Más te vale tener algo mejor que un trío, chico. La banca está servida.

—Es un farol.

—Perdona. ¿Te importaría detener el juego un momento para ocuparnos del trabajo?

Kate puso las cartas boca abajo en la mesa y me susurró:

—Tú hablas.

—Tú has subido la apuesta. Vas tú.

—¿Estás seguro?

—Vas tú, Kate —intervino Walsh—. Pero antes de que apuestes, quizá John quiera decirme cómo le fue con el comandante Schaeffer.

Dejé mis cartas boca abajo, bebí un sorbo de *whisky* y dije:

—Dado que sabes que estamos en The Point, deduzco que has hablado con él. ¿Qué ha dicho?

—Que Kate no estuvo presente en la reunión.

—Correcto. Mantuvimos una charla de poli a poli.

—Es lo que me temía. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué te ha dicho? —repliqué.

—Me ha comentado que tú le habías hablado de nuestra apuesta. Creo que hoy te ha dado por las apuestas.

Eso era la máxima agudeza a la que podía aspirar Tom Walsh, y quise animarlo para que siguiese en esa dirección, así que me reí.

—¿Has estado bebiendo? —preguntó.

—No, señor. Continuamos haciéndolo.

—Comprendo... bueno...

—¿No se suponía que debías llamar a Schaeffer antes de que nosotros llegásemos allí para decirle que Kate y yo somos los investigadores designados?

—Al parecer, ni siquiera borracho olvidas una omisión por mi parte.

—Tom, aunque estuviese muerto, no olvidaría que intentas joderme.

—Tienes que aprender a controlar tu ira —me aconsejó el señor Walsh.

—¿Por qué? Es la única cosa que me motiva para ir al trabajo.

Walsh prefirió no hacer caso.

—¿Schaeffer ha sido de alguna ayuda? ¿Te has enterado de alguna cosa?

—Tom, cualquier cosa que me haya dicho a mí Schaeffer, te la contará a ti. Adora al FBI.

—Creo que debemos continuar esta discusión cuando estés menos fatigado.

—Estoy bien.

—De acuerdo. Exclusivamente para tu información. Traen el cadáver de Harry a Nueva York en un helicóptero para la autopsia. Tengo entendido que hay señales de violencia física en el cuerpo —añadió.

No respondí.

—Eso obviamente no es un accidente de caza —prosiguió—. El FBI lo considera un homicidio.

—¿Cuál fue tu primera pista? Envíame un fax con todo el informe de la autopsia a nombre de Schaeffer.

Tampoco hizo caso de esto.

—Un equipo de agentes han llegado ahí desde Nueva York y Washington, y querrían hablar con vosotros mañana.

—Mientras no estén aquí para arrestarnos, hablaremos con ellos.

—No seas paranoico. Sólo quieren un informe completo.

—Correcto. Mientras tanto, necesitas encontrar a un juez federal para que te dé una orden de registro para los terrenos y la casa del Club Custer Hill lo antes posible.

—Eso se está discutiendo.

—Tom, John y yo creemos que Bain Madox está conspirando para hacer algo que va más allá de amañar los precios del petróleo —intervino Kate.

Hubo unos segundos de silencio, y luego Walsh preguntó:

—¿Cómo qué?

—No lo sabemos. —Me miró y sus labios formaron las palabras: *MAD, NUKE* y *ELF*.

Sacudí la cabeza.

—¿Cómo qué?

—No lo sé —contestó Kate.

—Entonces, ¿por qué lo crees?

—Nosotros...

—Discutiremos esto cuando esté sobrio, Tom —dije.

—Llamadme por la mañana. Sé que ese lugar no tiene teléfonos en las habitaciones y que la cobertura de los móviles es deficiente, pero no intentéis hacerme la puñeta. —Casi en el acto añadió—: Y ni se os ocurra presentar la factura de ese hotel. —Colgó.

—Hablas tú —le dije a Kate.

Eché tres fichas azules en el bote.

—No se te ocurra subir. Incluso te recomiendo que no veas.

—Quince y otros quince.

Kate agregó tres fichas azules.

—Por esta vez te perdono. —Mostró una escalera al as y barrió las fichas hacia ella—. ¿Qué tenías?

—No es asunto tuyo.

Recogió las cartas y barajó.

—Eres un mal perdedor.

—Los buenos perdedores son perdedores.

—Macho, macho.

—Te encanta.

Jugamos unas cuantas manos más y gané algo, pero aún no había recuperado las pérdidas del billar.

—Juguemos a los dardos —propuse—. A un dólar el punto.

Se echó a reír.

—Ni siquiera puedes llevarte el vaso a la boca. No voy a permanecer en la misma

habitación que tú con un dardo en la mano.

—Vamos. —Me levanté algo tambaleante—. Esto es como un triatlón en pista cubierta: póquer, billar y dardos.

Encontré los dardos, me alejé unos tres metros del tablero y los lancé. Uno dio en el tablero y los otros, desafortunadamente, se desviaron; el último clavó la cortina en la pared.

A Kate le resultó gracioso.

—A ver cómo lo haces tú —la desafié.

—No juego a los dardos —replicó—. Pero puedes intentarlo de nuevo. —Se rió otra vez.

Amy reapareció con una bandeja cubierta con una servilleta que dejó en la barra.

—Aquí están. Tenía salchichas de pavo ahumadas.

Antes de que pudiese decirle lo que Pierre podía hacer con las salchichas de pavo, intervino Kate.

—Gracias —dijo.

Amy miró los dardos en la pared pero no hizo ningún comentario, sólo se limitó a preguntar:

—¿Qué tomarán para desayunar?

Echamos una ojeada a la carta y encargamos el desayuno, algo que ni siquiera un cocinero francés puede estropear.

Yo quería ver las noticias de la noche.

—¿Dónde está el televisor? —le pregunté a Amy.

—No hay televisores en The Point.

—¿Qué pasa si el mundo se acaba? No podremos verlo por televisión.

Sonrió, de la manera en que lo hace la gente cuando sabe que está tratando con un borracho. Se dirigió a Kate, ante la suposición de que ella estaba sobria.

—Sí, tuvimos ese problema cuando el 11-S. Entonces instalaron un televisor aquí en el bar para que todo el mundo pudiese ver lo de las torres. Fue realmente horrible.

Kate y yo nos abstuvimos de cualquier comentario. Amy nos deseó buenas noches, miró los dardos de reojo y se marchó.

Yo destapé la bandeja y observé las salchichas de pavo envueltas en una especie de pasta hilada.

—¿Qué es esta porquería?

—Mañana nos vamos de aquí —dijo Kate.

—A mí me gusta este lugar.

—Pues entonces deja de quejarte y cómete las putas salchichas.

—¿Dónde está la mostaza? No hay mostaza.

—Es hora de irse a la cama, John.

Me alcanzó la chaqueta, se puso la suya, recogió el bolso y el maletín y me llevó hacia la puerta.

Yo me coloqué la Glock en la cintura por si acaso nos encontrábamos con algún

oso y le sugerí a Kate que hiciese lo mismo, pero pasó de mi prudente consejo.

El aire era frío, y veía mi aliento; en el cielo brillaban millones de estrellas contra el fondo negro. Se olían los pinos, el humo que salía de la chimenea de la casa principal, y reinaba un silencio absoluto.

Me gusta el ruido de la ciudad, pisar el cemento, y no echo de menos ver las estrellas por la noche, porque las luces de Manhattan crean su propio universo, y ocho millones de personas son más interesantes que ocho millones de árboles.

Así y todo, no se podía negar que aquello era hermoso y, que en otras circunstancias, quizá allí hubiese podido relajarme y estar en paz conmigo mismo mientras comía platos franceses junto a veinte extraños que probablemente ganaban su dinero a costa del público norteamericano.

—Esto es tan sereno —comentó Kate—. ¿No sientes cómo la tensión y el estrés abandonan tu cuerpo?

—Noto que va y viene.

—Tienes que dejarte ir y que la naturaleza se haga cargo.

—De acuerdo. La verdad es que comienzo a tomar contacto con mi parte primitiva.

—John, esto puede que te resulte una sorpresa, pero tú ya estás muy en contacto con tu parte primitiva. Yo diría incluso que aún no he conocido la otra parte de ti.

No estaba muy seguro de si era un cumplido o una crítica, así que opté por callarme.

Rodeamos la casa principal y llegamos a una terraza a la que daban los ventanales del Gran Salón. Miré a los huéspedes sentados alrededor de las dos mesas, muy aplicados al juego del comportamiento civilizado en la cena. Ninguno de ellos era de por allí, por supuesto, y de donde fuese que vinieran, eran triunfadores.

Pensé en Bain Madox sentado en su gran salón: la chimenea, el perro, los trofeos de caza, el *whisky* añejo, el mayordomo y probablemente una o dos novias en alguna parte. Para el 99 por ciento de la humanidad, eso hubiese sido suficiente. Sin embargo, el señor Bain Madox, a pesar de que hubiese tenido que darse por muy satisfecho con sus logros, estaba siendo dirigido por una voz interior hacia un lugar oscuro.

Me refiero a que, al pensar en nuestro encuentro, veía algo en sus ojos y en su comportamiento que me llevaba a creer que era un hombre con una misión, un hombre providencial, muy por encima del resto de la humanidad.

Estoy seguro de que tenía sus razones para lo que planeaba, razones que consideraba buenas y que había insinuado mientras tomábamos el café y el *whisky*. Pero no me importaban sus razones, sus demonios interiores, sus voces divinas o su obvia megalomanía; a mí lo que me interesaba era su aparente implicación en un hecho delictivo, y que muy probablemente había asesinado a un amigo mío en su camino hacia una meta mayor, que en sí misma sin duda iba más allá de lo delictivo.

—¿En qué piensas? —preguntó Kate.

—En Madox, Harry. *Nukes*. Señales de radio. Cosas por el estilo.

—Sé que acabaremos por resolverlo.

—Lo bueno de este misterio, Kate, es que incluso si no lo aclaramos, no tardaremos en saber qué es lo que no pudimos aclarar.

—Creo que más nos vale aclararlo antes de que suceda.

Llegamos al final de la casa principal sin encontrarnos con ningún ejemplar carnívoro, y vi una puerta con un cartel de madera que decía: «Mohawk».

Entramos y eché el cerrojo, aunque no tenía muy claro si la puerta resistiría el ataque de un oso. Quizá debía colocar el tocador como barrera.

—Oh, esto es precioso —exclamó Kate.

—¿Qué?

—La habitación. Mírala.

—Vale. —Miré. Era una habitación enorme, con el techo alto como el de una catedral y las paredes forradas con tablas de pino. Había una cama inmensa que parecía cómoda, pero tan alta que más valía no caerse de ella. Sobre la cama habían dejado un cesto de mimbre con artículos de tocador.

Había muebles por todas partes, y montones de cojines y mantas, cosa que a las mujeres les encanta.

Mientras Kate se entretenía en tocar las telas y oler las flores, inspeccioné el baño. Soy un maniático de los baños y aquél parecía estar bien. Me gusta que sean grandes. Me lavé la cara en el lavabo y volví a la habitación.

La pared más apartada tenía una gran chimenea de piedra y, en el hogar, la leña y las astillas preparadas. Kate acercó una cerilla y el fuego se encendió en el acto.

—Esto es absolutamente romántico —comentó.

Encima de la repisa de la chimenea había una gran cornamenta.

—Estoy caliente —dije.

—¿No podemos sencillamente disfrutar de la habitación?

—Tú has dicho que es romántica, ¿no?

—El romance y el sexo no son la misma cosa.

Sabía que si se lo discutía no conseguiría nada, así que respondí:

—Soy muy consciente de que es así. Deja que ponga un poco de música. —Había un reproductor de CD en una mesa de escritorio y una pila de discos.

No tardé en encontrar un CD de Etta James, que a ella le gustaba, y lo puse. Etta comenzó a cantar *Ai Last*.

Kate encontró una botella de vino tinto en la mesa de la salita. La descorchó, sirvió dos copas y me dio una.

—Por nosotros.

Brindamos, bebimos un sorbo y nos besamos suavemente en los labios. No soy un gran bebedor de vino, pero he descubierto que vino es igual a romance, y que el romance conduce a... lo que sea.

Kate se encargó de apagar las luces. Nos quitamos los zapatos y nos sentamos en

las cómodas butacas delante del fuego.

—Ésta ha sido una gran idea, excepto por el precio.

—Eh, tengo un soplo de Madox. Mañana por la mañana compraremos petróleo en el mercado de futuros en cuanto lo abran. Después llamaré a mi corredor de apuestas para apostar por la fecha del comienzo de la guerra. ¿Crees que esa guerra tiene algo que ver con lo que trama Madox?

—Posiblemente.

—Sí... quizá Madox piensa bombardear Bagdad con armas nucleares y así evitar la guerra. ¿Podría ser ése su juego?

—No lo sé. ¿Para qué hacer especulaciones?

—A esto se le llama análisis. Para esto nos pagan.

—Estoy fuera de servicio.

—¿Bombardear Bagdad hará que suba o baje el precio del petróleo? ¿Cómo puedo apostar por la fecha del comienzo de la guerra si se evita con un estallido nuclear? ¿Tú qué piensas?

—Creo que esta noche deberías despreocuparte del tema.

Eché una ojeada a la habitación iluminada sólo con la luz del fuego. El reflejo de las llamas resplandecía en los cuadros al óleo colgados en las paredes. Había aumentado la fuerza del viento. Lo oía aullar en la chimenea y veía volar las hojas a través de las ventanas.

—Sí, es romántico —afirmé—. Ahora veo la diferencia.

—Vas por buen camino —contestó Kate con una sonrisa.

—Bien. ¿Eh, te das cuenta de que William Avery Rockefeller follaba en esta misma habitación?

—¿Es en lo único que piensas? Estamos en uno de los Great Camps históricos de los Adirondack, y a ti lo único que se te ocurre pensar es que algún Rockefeller hizo el amor en esta habitación.

—No es verdad. Estaba a punto de comentar el movimiento pastoril entre los ricos de principios del siglo pasado, que llevó a la construcción de todas estas casas rurales como sencillos refugios contra las complejidades de la vida urbana, con su ruido, su polución y el apretujamiento humano.

—Eso es interesante.

—Además, los Rockefeller eran unos salidos. Mira lo que le pasó al pobre Nelson Rockefeller. Después, tienes las ostras Rockefeller. Ostras. ¿Lo pillas? Así que, para mí, mencionar a William Avery...

—John, estás perdiendo puntos.

—Vale. —Así que escuchamos a Etta James, contemplamos el fuego y bebimos vino. El calor comenzó a amodorrarme y bostecé.

Kate se levantó, fue hasta la cama, cogió la colcha y una almohada y las colocó delante de la chimenea.

Luego se puso algo más cómodo, o sea nada, y yo la observé mientras se

desnudaba a la luz del fuego. Cuando estuvo desnuda, se acostó en la colcha y me miró.

Interpreté que era la señal para unirme a ella, así que me levanté y me desvestí lentamente —unos cinco segundos—, me acosté a su lado y nos abrazamos.

Me empujó para tumbarme de espaldas y se colocó encima.

Aquél había sido un día horrible, y el siguiente, si es que había alguno, no sería mucho mejor. Pero por el momento no podía pedir nada mejor.

Décima parte

Martes

Norte del estado de Nueva York

El poder desencadenado del átomo lo ha cambiado todo salvo nuestro modo de pensar, y, en consecuencia, vamos hacia una catástrofe sin precedentes.

ALBERT EINSTEIN

Capítulo 29

El toque de diana sonó puntualmente a las 6.00, y me pregunté en qué demonios había estado pensando cuando pedí que me llamasen. Unos enanitos escoceses se divertían tirando piedras en mi cabeza.

Kate se volvió, murmuró algo y enterró la cabeza debajo de la almohada.

Encontré el baño en la oscuridad y utilicé los artículos provistos, luego me metí en la ducha, que me supo a gloria, o por lo menos a los mil doscientos dólares que había soltado.

Volví al dormitorio y me vestí a oscuras para no molestar a la belleza durmiente.

La verdad es que ambos habíamos pasado una noche intranquila después de aquella larga jornada de sobreexcitación. Por primera vez en mucho tiempo soñé que estaba al pie de las torres incendiadas mientras las personas saltaban por las ventanas. También soñé que Harry y yo asistíamos a un funeral.

Abrí la otra puerta de entrada a nuestro dormitorio. Daba a un corto pasillo que acababa en el Gran Salón.

Entré en el salón, donde estaban preparando las dos mesas redondas para el desayuno, y el fuego ardía en las chimeneas a cada lado de la habitación. Si no fuese poli, creo que me hubiese gustado ser un Rockefeller.

La puerta de la cocina estaba abierta, y oí los sonidos de las personas ocupadas en preparar el desayuno.

Me pareció distinguir una voz con acento francés que decía «¿Cerrados en mantas?», seguida por una risa. Pero quizá lo imaginé.

En una mesa auxiliar había café y bollos. Me serví una taza de café solo, salí al exterior por una de las puerta-ventanas y respiré una buena cantidad de aire de la montaña.

Aún no había amanecido, pero vi que el cielo estaba claro, y que ése sería otro magnífico día en el país de Dios.

Entre las fuerzas del orden existe la creencia, reforzada por la experiencia y las estadísticas, de que las primeras cuarenta y ocho horas de una investigación criminal son las más críticas. El trabajo de inteligencia y las operaciones contraterroristas, en cambio, se mueven a un ritmo más lento. Hay muy buenas razones para que sea así, pero mis instintos y mis años como poli me decían que casi todo lo que necesitas saber, y casi todo lo que vas a descubrir, lo tendrás en los próximos dos días, quizá tres como mucho.

Lo que se hace con ese tiempo e información establece la diferencia entre un caso solucionado con éxito o un embrollo de jefes tocanarices, fiscales idiotas, sospechosos con abogados listillos y jueces medio lelos. Si les das a todas estas

personas tiempo para pensar, terminas sumido en el marasmo a consecuencia de sus análisis.

Mientras en mi cabeza daban vueltas todos estos estimulantes pensamientos, Kate salió a la terraza vestida con el albornoz y las zapatillas del hotel y con una taza de café. Bostezó, sonrió, Y dijo:

—Buenos días.

—Buenos días, señora Rockefeller. —Casado o no, el protocolo matutino *après le sex* era un beso, un cumplido y una referencia al acto amoroso que fuese romántica sin sonar cursi y explícita sin parecer grosera.

Conseguí hacerlo y nos quedamos los dos en la terraza, cogidos del brazo, entretenidos tomándonos el café y contemplando los pinos y las hojas del otoño.

Comenzaba a salir el sol, y la niebla baja se movía lentamente hacia Upper Saranac Lake, que parecía muy tranquilo. Reinaba el silencio, y el aire olía a tierra húmeda y a humo de leña. Comprendí por qué a Harry le gustaba aquello, y me lo imaginé despertándose en su caravana el sábado por la mañana y viendo una escena muy parecida a ésta antes de salir con rumbo al Club Custer Hill.

—Quizá cuando acabemos aquí podríamos tomarnos una semana libre y alquilar una cabaña en un lago —dijo Kate—. ¿Te gustaría?

Pensé que, si el caso acababa mal, no tendríamos que limitarnos a una semana; dispondríamos de todo el tiempo libre que quisiéramos.

—Creo que sería un buen homenaje a Harry —añadió Kate.

—Sí, estaría bien.

Kate tenía frío, así que volvimos al Gran Salón. Había otra pareja sentada en un sofá, cerca de la chimenea. Nos servimos más café y nos sentamos en el sofá delante de ellos. Mi lenguaje corporal señalaba claramente que no estaba dispuesto a entablar conversación. El tipo —un hombre con barba y de mediana edad— me transmitió las mismas señales. Pero su esposa, novia, o lo que fuese, sonrió y dijo:

—Hola. Soy Cindy. Él es mi prometido, Sonny.

Sonny parecía cabreado. Quizá acababan de darle la factura. Cindy, en cambio, se veía alegre y bien dispuesta, y probablemente le hubiese hablado hasta a las tortugas.

Kate y Cindy iniciaron una charla sobre The Point, los Adirondack y lo que fuese. Cabreado y yo permanecemos en silencio. Era agradable estar junto al fuego.

Cindy y Cabreado eran de Long Island, y él, según Cindy, estaba en el «negocio editorial». Cindy trabajaba en relaciones públicas y era así cómo se habían conocido. Gracias a Dios no relató el encuentro, pero estoy seguro de que uno de los dos debía de estar borracho.

Kate dijo que era abogada, cosa que en parte es verdad, y que yo era un asistente social que trabajaba con la comunidad de inmigrantes musulmanes, algo que era divertido, pero Cabreado emitió unos sonidos de desaprobación.

No sé cómo la charla pasó al tema de las compras, y Cindy le informó a Kate que había algunas tiendas muy buenas en el centro comercial de Lake Placid. Se me

vidriaron los ojos, y creí que lo mismo sucedería con los ojos de Cabreado, pero advertí que éste miraba a Kate, cuyo albornoz se le había abierto un poco en el pecho. El tipo era claramente un cerdo.

Ya en la misma línea, no pude dejar de observar que Cindy también era muy bonita, con una larga cabellera rubia y ojos color avellana. Facciones nórdicas, y realmente una gran... presencia y lo que hiciese falta. Parecía unos veinte años más joven que su presunto prometido, y no pude imaginar qué le encontraba de atractivo, más allá de quizá el bulto de sus pantalones. Me refiero a la cartera.

Cabreado se decidió a romper el silencio, y me informó:

—Yo tengo una idea muy clara y buena respecto a la inmigración. Donde sea que hayas nacido, quédate allí. —Se levantó, le echó una última mirada al escote de Kate desde un mejor ángulo y le dijo a ella, no a mí—: Encantado de conocerla.

Cindy también se levantó.

—Ya nos veremos a la hora de la cena. Esta noche el cocinero servirá polla.

«¿Polla?» Me levanté.

—Sí, me han comentado que su polla es firme y húmeda —dije.

Cindy consiguió esbozar un sonrisa.

—John —intervino Kate, y luego se volvió hacia nuestros nuevos amigos—. Que paséis un buen día.

—Tengo otros planes —replicó Cabreado.

Se marcharon.

—Una pareja absolutamente desacertada —comentó Kate.

—¿Ellos o nosotros?

Cabreado se había dejado el *New York Times* en el sofá y le eché una ojeada a la primera plana. Un titular decía: «Se acentúan las diferencias entre EE.UU y Francia por el tema de Irak».

—¿Lo ves? —le dije a Kate—. Si estos tipos comiesen comida de verdad, como los irlandeses y los ingleses, tendrían más cojones. Y encima comen caracoles. Aquí hay otra noticias: los fuegos de artificio en Disneyland, en las afueras de París, hace que un regimiento francés acuartelado en la zona entregue las armas y se rinda a un grupo de turistas suecos.

—John, de verdad que es demasiado temprano para eso.

—Polla. —Leí el titular principal, que decía: «Bush atribuye el atentado en Bali a Al Qaeda». Leí la noticia y encontré el siguiente párrafo: «Algunos militantes islámicos insisten en la teoría de que Estados Unidos está detrás del ataque del sábado, como una manera de manipular al gobierno indonesio y fortalecer sus razones para una guerra contra el islam».

Los militantes islámicos habían dicho lo mismo de los ataques del 11-S. Era una teoría interesante, con la plausibilidad suficiente como para sembrar la duda en algunas personas. Yo no soy un loco de las conspiraciones, pero podía imaginar que hubiese personas en este país, dentro y fuera del gobierno, que buscaban una excusa

para ampliar la guerra contra el terrorismo y poder incluir a determinados países islámicos. Como Irak. Pensé en algo que uno de los tipos más siniestros de la CIA en la ATTF había dicho una vez: «Lo que necesitamos es otro buen ataque».

Creo que podemos pasar sin eso, gracias, pero comprendí lo que decía.

—Voy a la habitación a ducharme —dijo Kate—. ¿Tú qué vas a hacer?

Miré la pantalla del móvil y vi que no tenía cobertura.

—Tengo que llamar a Schaeffer para ir a la escena del crimen, así que usaré el teléfono de la cocina. Nos vemos en la habitación.

—Sé amable con Pierre.

—Oui, oui.

Se marchó, y yo entré en la cocina. El lugar era una colmena, y nadie pareció advertir o importarle que yo estuviese allí, así que busqué el teléfono, uno de pared, y marqué el número del cuartel de la policía del estado. Me atendió el sargento de guardia, que me puso a la espera. La cocina olía a productos de cerdo fritos y mi estómago comenzó a protestar.

Abrí el *Times* en la página de las esquelas, pero no vi a Harry Muller. Quizá fuese demasiado pronto para una esquela, o quizá no la publicaran en el *Times*. Busqué en la sección metropolitana para ver si había alguna noticia sobre su muerte, pero no la encontré. Un accidente de caza en la parte norte del estado no era una noticia, sin embargo, el asesinato de un agente federal sí lo era.

Por lo tanto, el FBI y la policía local emitirían un comunicado conjunto en el que dirían que la muerte parecía accidental, pero que continuaban las investigaciones. A cualquier agencia de noticias que llamase para pedir más información le dirían que retuviesen la noticia para no perturbar más a la familia o alertar a un posible sospechoso. Con eso se pueden ganar unos días.

Entró una camarera y le dije:

—Hágame un favor, añada una cosa al desayuno para Corey. Habitación Mohawk. Me vendría de perlas un sándwich de pan de centeno y beicon.

—¿Ahora? ¿Aquí?

—Por favor. Con café.

Se alejó deprisa, y el comandante Schaeffer se puso al teléfono.

—Buenos días.

Apenas podía oírlo con todo el ruido de la cocina, y casi grité:

—Buenos días. ¿Cuál es una buena hora para ir a la escena del crimen?

—Esté aquí a las ocho. Nos encontraremos en el vestíbulo.

—Gracias. ¿Alguna novedad?

—Anoche hablé con la doctora Gleason.

—Una dama encantadora.

—Dijo que usted había ido un poco más allá de identificar el cadáver y presentar sus respetos.

—Le dije a usted que nos había mostrado las señales de abuso físico.

—Sí. ¿Tocó usted alguno de sus efectos personales?

—Absolutamente no. —Todos.

—¿Encontró algo, detective?

—No. —Sólo las palabras escritas en el bolsillo de Harry y las llamadas en el móvil.

—¿Se llevó alguna cosa?

—No. —Sólo el mapa de la propiedad del Club Custer Hill.

—Mis hombres dicen que usted y su esposa no firmaron la entrada ni la salida.

—Comandante, ¿por qué no vamos usted y yo a la morgue después de la visita a la escena del crimen?

—Demasiado tarde. Los federales se llevaron el cadáver anoche.

—Se lo dije. Tenía que actuar deprisa.

—Gracias.

La camarera dejó la bandeja en el mostrador.

—Le servirán el desayuno a las siete —dijo.

—Gracias. Por favor, añada unos cuantos de aquellos bollos que acaban de sacar del horno.

—¿Qué tal The Point? —preguntó Schaeffer.

—Fenomenal. Toda la bebida es gratis. ¿Qué tal vamos con la orden de registro y la vigilancia? —Le di un mordisco al sándwich de beicon. Delicioso.

—Olvídese por ahora de la orden de registro. Pero anoche comenzamos con la vigilancia.

—¿Alguna novedad?

—Sí. A las ocho y tres minutos de la noche, dos vehículos salieron de la propiedad del sujeto. Uno era una furgoneta Ford registrada a nombre del Club Custer Hill. El otro, un Ford Taurus de la Enterprise Rent-A-Car.

Bajé el beicon con un trago de café.

—¿Adónde fueron?

—Al aeropuerto local de los Adirondack. A esa hora, la terminal está cerrada. Dejaron el Taurus en el aparcamiento de la Enterprise y las llaves en el buzón. Después, ambos conductores, dos hombres, subieron a la furgoneta y regresaron al Club Custer Hill.

—¿Cómo lo interpreta?

—Sospecho que fueron a devolver un coche de alquiler. ¿A usted qué le parece?

El comandante Schaeffer tenía un sentido del humor un tanto retorcido.

—Mire en el maletero a ver si hay algún cadáver. ¿Cuál era la matrícula del Taurus?

—No la tengo aquí —respondió. Una manera amable de decirme: «¿Qué ha hecho por mí últimamente?»

—Vi un Taurus azul de la Enterprise delante de la casa del Custer Hill cuando estuve allí. —Le recité el número de matrícula y pregunté—: ¿Es ése?

—Me suena. Llamaré a Enterprise y les preguntaré quién lo alquiló.

Pensé que probablemente yo tenía ya esa información gracias a Larry, el amigo de Kate en Enterprise, pero contesté:

—Bien. ¿Alguna otra cosa en cuanto a la vigilancia?

—No. ¿Qué es lo que buscamos?

—Nunca se sabe. Pero sí me gustaría saber si Madox sigue en la casa.

—De acuerdo.

—Así que alguien tendrá que llamarme en el momento que sea si se ve cualquier movimiento... Un momento. —Un chico con un uniforme de cocinero psicodélico intentaba llamar mi atención—. ¿Qué quiere? —le pregunté.

—Necesito usar el teléfono. Tengo que hacer un pedido.

—¿Qué tiene que pedir? ¿Pollas? Soy un experto en pollas. ¿Cuántas necesita?

—Necesito el teléfono, señor.

—Eh, que estoy intentando salvar al mundo, compañero. Espere. —Volví a dirigirme a Schaeffer—. Es que estoy hablando desde el teléfono de la cocina. Nos vemos a las ocho.

Corté y le cedí el teléfono al muchacho.

—Si el mundo se acaba, será por culpa suya.

Un tipo apuesto, con un uniforme de cocinero hecho a medida, que deduje que no podía ser otro que el chef francés, se me acercó y me tendió la mano.

—Buenos días —saludó con un fuerte acento. Nos estrechamos la mano—. Usted es, por supuesto, el señor Corey.

—Oui.

—Ah, habla usted francés.

—Oui.

—*Bon*. Yo soy Henry, el jefe de cocina, y me disculpo profusamente por los frankfurts.

Acertó en la pronunciación, pero erró la receta.

—Eh, no se preocupe, Henry.

—Sí me preocupo. Así que, para usted, he encargado los ingredientes, y esta noche serviremos los frankfurts a la hora del cóctel.

—Fantástico. Me gustan un poco tostados.

—Sí, por supuesto. —Se inclinó hacia mí y susurró—: A mí también me gustan esas cositas.

Ahora tenía claro que me tiraba los tejos.

—No se lo diré a nadie. Ah, no se olvide de la mostaza. Nos veremos más tarde.

—¿Puedo enseñarle mi cocina?

Miré en derredor.

—Tiene buena pinta.

—Si quiere pedir algo especial para cualquiera de las comidas, no tiene más que decirlo.

—Muy agradecido. Algo que lleva tiempo apeteciéndome son las pollas.

—Ah, sorprendente. Esta noche tenemos polla.

—¿No me diga? Vaya, hoy tendría que jugar a la lotería.

—¿Sí? Ah, ya lo entiendo.

Consulté mi reloj.

—Yo...

—Un momento... —Sacó un trozo de papel del bolsillo—. Aquí tengo el menú de esta noche. Comenzaremos con un ragú de setas del bosque, seguido de filete de trucha ártica a la plancha con pimientos y *beurre rouge*. Creo, quizá, que le iría bien un chardonnay de California. ¿Sí? Luego, la polla, que serviré con *étuvéé* de verduras locales y una salsa al oporto. Estoy considerando un cabernet sauvignon francés con la polla. ¿Usted qué opina, señor Corey?

—Eeh... me parece estupendo.

—Bien. Acabaremos con una exploración de chocolate.

—Un final perfecto.

—Con un sauterne, por supuesto.

—No hace falta decirlo. Bueno...

—¿Usted y su esposa vendrán a comer?

—No, tenemos que ir a una carrera de ardillas. Gracias por...

—En ese caso, debo prepararles algo para llevar. ¿Cuándo se marchan?

—Dentro de veinte minutos. No se preocupe...

—Insisto. Encontrará una cesta con la comida en el coche. —Me tendió la mano. Se la estreché—. Podemos tener nuestras diferencias, pero seguimos siendo amigos. ¿Sí?

Demonios, comenzaba a lamentar mi actitud antifrancesa, así que respondí:

—Juntos podremos darles unos cuantos puntapiés en el culo a los iraquíes.

Henry no pareció tenerlo muy claro, pero sonrió.

—Quizá.

—Claro que sí. Nos veremos más tarde.

Mientras salía de la cocina oí a Henry disponer que nos preparasen una cesta de comida. «Ni se te ocurra ponernos caracoles, Henry».

Volví a la habitación y le dije a Kate, que se estaba maquillando delante del tocador:

—Tenemos que darnos prisa. Hay que estar en el cuartel de la policía del estado a las ocho.

—El desayuno está en la mesa. ¿Qué ha dicho el comandante Schaeffer?

—Te lo contaré por el camino. ¿Dónde tienes el maletín?

—Debajo de la cama.

Metí la mano debajo de la cama, saqué el maletín y comencé a buscar entre las hojas de los contratos de alquiler de Enterprise mientras me acercaba a la mesa y destapaba el cesto de bollos calientes.

—¿Qué buscas?

—La mantequilla.

—John...

—Ah, aquí está.

—¿Qué?

—El contrato de Enterprise con el número de matrícula del coche que vimos aparcado en el Club Custer Hill. —Dejé el contrato en la mesa y unté un bollo con la mantequilla.

—¿Quién alquiló el coche?

—Esto puede ser interesante.

—¿Qué?

—El nombre del tipo. Es ruso. Mijaíl Putyov.

Kate lo pensó un momento.

—A mí no me suena a miembro del club.

—A mí tampoco. Quizá Madox invita también a los viejos enemigos de la Guerra Fría para compartir sus recuerdos. —Comí un trozo de tortilla a la francesa—. ¿Quieres desayunar o vas a seguir maquillándote?

Sin respuesta.

—Tenemos que irnos.

Sin respuesta.

—¿Cariño, puedo servirte el zumo, el café y una tostada?

—Sí, por favor.

Todavía no estoy bien enseñado, pero voy aprendiendo. Le llevé el zumo, la tostada con mantequilla y el café al tocador.

—¿Tienes cobertura en el móvil? —pregunté.

—No.

—Tendré que hacer otra llamada desde el teléfono de la cocina.

—¿A quién vas a llamar?

—A un tipo que pueda darnos información del ruso.

—Llama a la oficina.

—Prefiero no hacerlo.

—Ya tenemos bastantes problemas, John —me informó—. Eres consciente de eso, ¿no?

—Te diré cómo funciona este mundo. La información es poder. Si entregas tu información, pierdes el poder para negociar y salir del lío en que estás metido.

—Pues yo te diré cómo funciona mi mundo —replicó Kate—. No te metas en problemas.

—Creo que ya es demasiado tarde para eso, cariño.

Capítulo 30

Entré de nuevo en el Gran Salón, donde una docena de personas, incluidos Cindy y Sonny, repartidas en las dos mesas tomaban el desayuno. Cindy me saludó con una sonrisa. Sonny buscó a Kate.

Fui a la cocina, y el mismo chico de antes estaba de nuevo al teléfono, ocupado en hacer otro pedido.

—Henry quiere verlo —le dije—. Ahora.

—¿Eh?

—Necesito el teléfono. Ahora.

Me miró contrariado pero colgó y se fue mosqueado. Los jóvenes necesitan aprender a tener paciencia y respeto a los demás.

Busqué el número que necesitaba en el directorio de mi móvil y marqué.

—Kearns Investigative Service —respondió una voz amiga.

—Creo que mi perro es un espía iraquí. ¿Puede investigar sus antecedentes?

—¿Quién es...? ¿Corey?

—Hola, Dick. Tengo un chucho francés que todos los viernes por la noche se vuelve hacia La Meca y comienza a aullar.

Soltó una carcajada.

—Mata al chucho. ¿Eh, qué tal estás?

—De coña. ¿Y tú?

—De fábula. ¿Desde dónde llamas? ¿Qué es The Point?

—¿Que qué es...? Ah, es el lugar donde me alojo. Saranac Lake.

—¿Vacaciones?

—Trabajo. ¿Qué tal está Mo?

—Loca, como siempre. ¿Cómo está Kate?

—Muy bien. Estamos trabajando juntos.

Charlamos un minuto más. Dick Kearns es un antiguo detective de homicidios del DPNY, y parte de mi red azul, que me daba cuenta de que, con el paso de los años, era cada vez más pequeña. Los muchachos se jubilaban, morían de muerte natural o, como Dom Fanelli y otros seis a los que conocía, fallecieron en acto de servicio el 11-S.

Dick también había estado trabajando durante un tiempo en la ATTF, donde tenía autorización de seguridad máxima y había aprendido cómo trabajaban los federales, así que, cuando se retiró, había conseguido un trabajo de *freelance* con el FBI para investigar antecedentes. Desde el 11-S, su negocio va al alza, y está ganando mucho más de lo que ganaba como poli y con la mitad del estrés. Bien por Dick.

Acabadas las amenidades, fui al grano.

—Dick, necesito información de un tipo.

—Vale, pero ahora mismo estoy a tope de trabajo. ¿Cuándo la necesitas?

—Para el mediodía.

Se echó a reír.

—Tengo que hacer diez informes para el FBI y voy retrasado en todos.

—Otórgales el máximo nivel de seguridad y pásales la factura. Escucha, ahora mismo sólo necesito cosas de conocimiento público y quizá unas pocas llamadas de comprobación.

—¿Para el mediodía?

Advertí que algunos del personal parecían interesados en mi conversación, así que bajé la voz.

—Puede que sea un asunto de seguridad nacional —dije.

—¿Y para eso me llamas a mí? ¿Por qué no le dices a tu gente que se ocupe de ello?

—Se lo pedí, y ellos me enviaron a ti. Eres el mejor.

—John, ¿estás metiendo la nariz donde no corresponde?

Por lo visto, Dick recordaba que me había ayudado, extraoficialmente, en el caso del TWA 800, y ahora creía que volvía a las andadas. Y así era, pero ¿por qué preocuparlo con tonterías?

—Te deberé uno muy grande.

—Ya me lo debes de la última vez. ¿Qué pasó con todo aquello del TWA 800?

—Nada. ¿Tienes con qué escribir?

—John, me gano la vida con esto. Si te ayudo, podría acabar arruinado, encontrarme en la puta calle o acabar entre rejas.

—Nombre de pila, Mijaíl. —Se lo deletreé.

Exhaló un suspiro, y me lo deletreó.

—¿Ruso? —preguntó.

—Probablemente. Apellido, Putyov. —Lo deletreé y él lo confirmó.

—Espero que tengas algo más.

—Te lo pondré fácil. Tengo un contrato de alquiler de coche, y a menos que este tipo use una identificación falsa, es todo lo que necesitas.

—Vale. Canta.

Le leí toda la información pertinente del contrato, incluida la dirección de Putyov, que estaba en Cambridge, Massachusetts.

—De acuerdo, esto tendría que ser sencillo. ¿En qué se ha metido el tipo? ¿Por qué te interesa?

—No sé en qué está metido, pero creo que necesito saber cómo se gana la vida.

—Eso viene con el paquete básico. ¿A quién le mando la factura?

—A mi exesposa. —Dick no necesitaba más razón para hacer aquello que la de ayudar a un antiguo compañero, pero para asegurarme de que se sintiese más allá del tema de la seguridad nacional, añadí—: ¿Recuerdas al tipo con quien trabajaba en el

26 Fed, Harry Muller?

—Sí... se retiró del trabajo... me lo comentaste.

—Así es. Pues está muerto. Murió aquí, en los alrededores de Saranac Lake. Quizá veas una necrológica o una noticia en los periódicos que diga que murió en un accidente de caza. Pero lo asesinaron.

—Caray... ¿Harry Muller? ¿Qué pasó?

—Eso es lo que intento averiguar.

—¿Este ruso está involucrado?

—Está involucrado con el tipo que creo que cometió el asesinato.

—Muy bien... así que... a mediodía, ¿no? ¿Dónde te llamo?

—Aquí hay mala cobertura. Ya te llamaré yo. Procura estar localizable.

—Descuida.

—Gracias. Saludos a Mo.

—Saludos a Kate de mi parte.

Colgué y salí de la cocina. Necesitaba encontrar otro sitio más adecuado para todo aquello.

Atravesé el Gran Salón, la habitación redonda y salí al exterior. Vi mi coche con Kate al volante.

Me senté en el asiento del acompañante.

—Todo en orden. Sabremos algo más de Mijaíl Putyov al mediodía.

Kate puso el Taurus en marcha. Yo miré el reloj del salpicadero.

—¿Crees que podrás llegar allí en treinta minutos?

—Por eso conduzco yo, John.

—¿Debo recordarte tu pánico cervical al tráfico de Manhattan?

—No es pánico... Practico las técnicas de evasión táctica.

—Lo mismo hacen todos los demás que te rodean.

—Muy gracioso. ¿Eh, qué es eso que hay en el asiento trasero?

Miré por encima del hombro.

—Ah. Se me ocurrió pedirle al cocinero que nos preparase una cesta con el almuerzo.

—Buena idea. ¿Lo has conocido?

—Sí. Henry. Henry. Lo que sea.

—¿Has sido horrible?

—Por supuesto que no. Te diré más. Servirá frankfurts con los cócteles. Sólo para mí.

No creo que me creyese.

Cruzamos la verja, seguimos por el estrecho sendero entre los árboles y salimos a la carretera. Kate pisó el acelerador, y partimos a ver a la policía del estado, a menos que nos viesan ellos primero y nos detuviesen por conducción temeraria.

—¿Algo nuevo del comandante Schaeffer? —preguntó Kate.

—Sí. Siguió mi consejo y comenzó la vigilancia del Club Custer Hill.

—¿Algún resultado?

—El coche de alquiler de Enterprise que vimos allí, y que alquiló Putyov, lo devolvieron anoche en el aeropuerto.

—¿Putyov se ha ido?

—Si lo hizo, no fue desde el aeropuerto. Él, o quizá algún otro que conducía su coche, regresó al Club Custer Hill en una furgoneta. —Mientras circulábamos, le di la información, luego saqué el contrato del bolsillo y le eché una ojeada—. Este tipo alquiló el coche el domingo por la mañana. Eso significa que llegó ese día en el vuelo de Boston o Albany...

—Boston —dijo Kate—. Leí las listas de pasajeros. Mijaíl Putyov llegó al aeropuerto local de los Adirondack, Saranac Lake, a las nueve y veinticinco de la mañana del domingo.

—Correcto. Vive en Cambridge. —Consulté de nuevo el contrato—. Putyov alquiló el coche por dos días, así que debía devolverlo hoy. En cambio, lo devolvieron al aparcamiento de la compañía anoche. ¿Has comprobado las reservas que nos dio Betty?

—Sí. Putyov tiene una reserva para hoy en el vuelo a Boston de las doce cuarenta y cinco.

—Vale. Lo comprobaremos. —Pensé durante unos momentos—. Me pregunto por qué Putyov acudió a esa reunión más tarde que los demás y por qué aparentemente continúa allí cuando todos los demás se han marchado.

—Eso depende de por qué está allí. Quizá tenga negocios con Madox.

—El señor Madox es un hombre ocupado y polifacético. Un agradable fin de semana con sus viejos y poderosos amigos, luego asesina a un agente federal y a continuación remata el largo puente con un ruso de Cambridge, Massachusetts. No sé cómo encaja el ruso en su agenda.

—No creo que Harry formase parte de sus planes de fin de semana —comentó Kate.

Pero quizá sí acabó siéndolo.

Fuimos hacia el este por la Carretera 86, y Kate parecía divertirse cambiando de carril cuando unos camiones enormes se abalanzaban sobre nosotros.

—Afloja un poco —le dije.

—No puedo. El pedal del acelerador está atascado y no funcionan los frenos. Así que cierra los ojos y duerme un rato.

Kate, criada en el campo, conoce un montón de estos comentarios idiotas sobre la conducción, ninguno de los cuales encuentro gracioso.

Mantuve los ojos bien abiertos y miré a través del parabrisas.

—Necesito llamar a John Nasseff —me dijo Kate—. ¿Lo conoces?

—No, pero tiene un bonito nombre de pila.

—Es DNIC, agregado a la ATTF.

—¿Q-U-É? —repliqué.

—División Naval de Investigación Criminal, John. Es un tipo de comunicaciones.

—Pregúntale qué pasa con mi móvil.

No me hizo caso.

—Pensaba en Fred, el veterano de la marina —continuó—. Así que, si esa pista tiene alguna relevancia, entonces deberíamos preguntarle a un tipo de comunicaciones de la marina sobre ELF y ver si conseguimos algo.

No tenía muy claro haber seguido del todo su razonamiento, pero quizá Kate había dado en la tecla. Por otro lado, no quería llamar al 26 Federal Plaza para hacer esa clase de preguntas.

—Preferiría no llamar a la oficina.

—¿Por qué no? Es allí donde trabajamos.

—Sí, pero ya sabes lo cotillas que son todos.

—No son cotillas. Intercambian y proporcionan información. La información es poder. ¿Correcto?

—Sólo cuando te la guardas para ti. Entremos en la red a ver qué averiguamos de ELF.

—Tú entra en la red. Yo llamaré al experto.

—Vale, pero hagamos que parezca un juego de salón, algo así como: «Hola, John, estamos discutiendo una cosa de las ondas de baja frecuencia extrema. Mi hermana dice que pueden cocer un huevo, y mi marido afirma que te fríen el cerebro». ¿Qué te parece?

—¿Quieres que nos tome por idiotas?

—Exactamente.

—A mí no se me da tan bien como a ti hacerme la tonta.

—Entonces lo llamaré yo.

—Lo llamaremos los dos.

Llegamos a Ray Brook, y Kate aminoró la marcha. Dos segundos más tarde entramos en el aparcamiento del cuartel de la policía del estado. Eran las ocho y cinco.

Kate cogió el maletín, nos bajamos del Taurus y comenzamos a caminar hacia el edificio, pero, de pronto, un coche salió de una de las plazas y se detuvo directamente delante de nosotros.

No estaba muy seguro de qué iba aquello, pero me puse en guardia.

Se bajó la ventanilla del conductor, y Hank Schaeffer asomó la cabeza.

—Suban.

Subimos a su coche, un Crown Victoria sin identificación, yo delante, Kate detrás.

Me pregunté por qué nos había esperado en el aparcamiento y no en el vestíbulo, pero él nos ofreció la explicación.

—Esta mañana tengo visitas.

No necesité preguntar.

Aparcó a un lado de la carretera.

—Seis. Tres de la oficina de Nueva York, dos de Washington y uno de los suyos.

—Son del gobierno y están aquí para ayudarlo.

—Por ahora lo que hacen es ayudarse a sí mismos con mis archivos.

—Perdón. Yo soy del FBI —protestó Kate desde el asiento trasero.

Me volví hacia ella.

—No estamos criticando al FBI, cariño.

Ninguna respuesta.

—¿Quién ha venido de la ATTF? —le pregunté al comandante.

—Un tipo llamado Liam Griffith. ¿Lo conoce?

—Por supuesto. Es de la Oficina de Responsabilidad Profesional.

—¿Qué demonios es eso?

—Es como llaman los federales a Asuntos Internos.

—¿Ah, sí? Pues los busca a los dos.

Miré a Kate, que parecía un tanto inquieta.

Algunos llaman a Liam Griffith *el Ejecutor*, pero los más jóvenes, que han visto *Matrix* demasiadas veces, lo llaman el Agente de Negro. Yo lo llamo gilipollas.

Recordé que Griffith era uno de los que debía haber asistido a aquella reunión en *Windows on the World*, pero que había llegado tarde, o no lo habían invitado. En cualquier caso, se había librado de acabar como todos los demás que habían estado allí aquella mañana.

Además, ya había tenido problemas unas cuantas veces con el señor Griffith durante el caso del TWA 800, y las últimas palabras que le había dicho habían sido: «Aparta de mi vista ahora mismo, gilipollas».

Él aceptó la sugerencia, pero no se lo había tomado muy bien.

Ahora, había regresado.

—¿Qué le dijo usted? —le preguntó a Schaeffer.

—Que probablemente pasarían por aquí en algún momento. Comentó que le gustaría verlos a los dos cuando llegasen. —Hizo una pausa—. Supuse que querían postergar el encuentro.

—Gracias —dije.

No hizo caso.

—Su jefe, Tom Walsh, llamó inmediatamente después de que se hubiesen marchado. Me preguntó de qué habíamos hablado y lo remití a usted.

—Bien —declaré—. Yo lo remití a usted. ¿Le comentó que estábamos alojados en The Point?

—No. ¿Por qué?

Miré a Kate antes de responder.

—Nos dejó un mensaje allí.

—Yo no se lo mencioné —se reafirmó Schaeffer.

«Quizá —pensé— los tipos del FBI que habían venido de la ciudad, o Liam

Griffith, habían entrevistado a mi amiga Max en Hertz».

—¿Walsh le dijo que estábamos asignados a este caso?

—No. Pero tampoco dijo que Griffith estuviese aquí para sacarlos del caso. Aunque creo que así es.

Si Kate y yo hubiésemos podido hablar libremente en aquellos momentos, probablemente hubiésemos estado de acuerdo en que Tom Walsh nos había hecho una jugarreta. La verdad es que no pude contenerme, y le dije a Kate:

—Tom ha renegado de nuestro trato.

—Eso no lo sabemos... —replicó ella—. Quizá Liam Griffith sólo quiera... hacernos comprender los términos de nuestra misión aquí.

—No creo que ésa sea la razón por la que Walsh llamó a la Oficina de Responsabilidad Profesional o de que Griffith haya volado hasta aquí.

Kate no respondió, pero Schaeffer señaló:

—Según las últimas noticias que tenía, disponen de siete días para resolver el caso, y hasta que no me comuniquen lo contrario, ustedes son el equipo investigador.

—Correcto —dije.

Mientras tanto, necesitaba mantenerme un paso por delante de Liam Griffith.

Capítulo 31

Menos de una hora después de haber salido de Ray Brook dejamos la Carretera 56 para seguir por Stark Road.

Nuestros móviles y buscas habían mantenido un silencio poco habitual durante toda la mañana, algo de agradecer de no haber sido una muy mala señal.

Nuestro habitual compañero de charlas telefónicas, Tom Walsh, se mantenía en un muy discreto segundo plano ahora que el Ejecutor, Liam Griffith, estaba suelto. A estas alturas, Walsh y Griffith habrían hablado varias veces del mismo tema: del detective Corey y de la agente especial Mayfield, también conocidos como los agentes renegados.

No tenía ninguna duda de que Griffith le había asegurado a Walsh que los herejes no tardarían en aparecer y que, antes de que hubiesen podido cruzar el vestíbulo del cuartel de la policía del estado, ya los tendría bajo su custodia y camino del aeropuerto, donde los esperaba el helicóptero del FBI para llevarlos de regreso a Manhattan.

Pues eso no pasaría.

Apagué el móvil y el *busca* y le indiqué a Kate que hiciese lo mismo.

Schaeffer tomó el mismo camino que nos había indicado Rudy y, al cabo de quince minutos, llegamos al cruce donde McCuen Pond Road conducía hasta la verja del Club Custer Hill.

Muy cerca del cruce vi una camioneta naranja con el escudo del estado en la puerta aparcada en el arcén. Dos hombres vestidos con monos quitaban la maleza. Schaeffer aminoró la velocidad.

—Policía del estado.

Se detuvo. Los dos tipos reconocieron a su jefe y se acercaron. Parecían dispuestos a saludar, pero estaban en servicio de vigilancia encubierta, así que se limitaron a un gesto y dijeron:

—Buenos días, comandante.

—¿Alguna actividad?

—No, señor —respondió uno de ellos—. No ha entrado ni salido nadie. Todo tranquilo.

—No trabajen demasiado —les recomendó Schaeffer con un tono burlón—. Si se pasan, descubrirán que no son empleados públicos.

Los dos polis celebraron el comentario con grandes carcajadas y nosotros reanudamos la marcha.

—Si ven un vehículo procedente del Club Custer Hill que gire hacia la Carretera 56 —nos explicó el comandante—, avisarán por radio a un coche sin identificación,

que lo seguirá por la autovía, como hicimos anoche con la furgoneta del Club Custer Hill y el coche de Enterprise. En cambio, si el vehículo gira hacia aquí y entra en el bosque, entonces lo seguirá la camioneta. Anoche, utilizamos una furgoneta de la compañía eléctrica. Dentro de un par de días, como mucho, nos habremos quedado sin tapadera para estar en ese cruce en mitad del bosque.

—¿Cree que alguien en la propiedad del Club Custer Hill tiene idea de la presencia de esos vehículos?

—Desde luego. Mis hombres dicen que los guardas de seguridad del Club Custer Hill mandan a un *jeep* a recorrer ese camino al menos dos veces al día. Echan una ojeada y se van. Algo así como un reconocimiento del perímetro.

—Bain Madox fue oficial de infantería —dije.

—Lo sé, y él sabe lo que debe hacer.

Madox, por encima de todo lo demás, era un paranoico, cosa realmente muy útil cuando la gente viene a por ti.

Continuamos recorriendo el camino forestal.

—John, ahora entiendo lo que querías decir sobre la vigilancia de Harry —comentó Kate—. Podría haberla hecho desde fuera de la propiedad, en el mismo lugar donde el comandante Schaeffer tiene a su equipo.

—Correcto. Una entrada, una salida.

Para ocuparse de los visitantes que llegaban en la furgoneta del Club Custer Hill desde el aeropuerto, tendría que haber habido otro servicio de vigilancia en la terminal, para ver quiénes bajaban de los vuelos de Boston y Albany y quiénes subían a la furgoneta.

En cambio, Walsh había enviado a Harry solo, a la finca.

Se trataba de una operación de vigilancia mal concebida, con un presupuesto ínfimo, o bien de alguna otra cosa. Era como si alguien hubiese querido que pillasen a Harry. Bueno, no específicamente a Harry, sino a cualquier otro poli de la ATTF al que le hubiesen encomendado el servicio de vigilar el así llamado terrorismo doméstico. Como yo, sin ir más lejos.

Por interesante que fuese este razonamiento, no tenía mucho sentido. Tendría que ponerlo en una de mis categorías de pésima planificación, estupidez burocrática o mi típica mala leche de los lunes por la mañana. Schaeffer interrumpió mis pensamientos.

—Ni en sueños se me ocurriría criticar cómo planea su gente las misiones, pero su amigo nunca tuvo la más mínima posibilidad de realizar la vigilancia en esta propiedad.

Kate y yo preferimos no comentar, así que Schaeffer añadió:

—De haberme llamado, les habría hablado de la configuración del terreno, puesto a su disposición a algunos de mis hombres y dado también algunos consejos.

—Sí, algunas veces los federales van de arrogantes y no sueltan prenda.

—Sí. Algunas veces.

Para cambiar de tema y al mismo tiempo aprovechar el consejo de Schaeffer de utilizar sus conocimientos, le pregunté:

—¿Ha localizado a Fred?

—¿Quién? Ah, el veterano de la marina. Todavía no. Preguntaré por ahí.

Aparentemente, el comandante Schaeffer no había dedicado mucho tiempo a dar con Fred, el veterano. Por otra parte, estaba seguro, no lo consideraba demasiado importante. Tampoco yo, hasta que Kate sugirió llamar al tipo de comunicaciones navales de la ATTF para preguntarle por ELF. Sencillamente, nunca sabes qué te puede llevar a algo o qué puede vincular dos puntos que ni siquiera están en la misma página. Nos metimos por una pista que apenas era un poco más ancha que el coche.

—Ésta es la pista donde encontramos el cadáver, a casi unos dos kilómetros de aquí —nos explicó Schaeffer—. Luego hallamos la caravana unos cinco kilómetros más adelante. Desde allí son casi nueve kilómetros hasta la valla del Club Custer Hill. Una caminata de hora y media.

Kate y yo guardamos silencio.

—En cambio, ustedes —continuó el comandante Schaeffer— creen que Harry Muller aparcó la caravana mucho más cerca, entró en la propiedad alrededor de las ocho de la mañana del sábado, fue detenido por los guardas del Club Custer Hill, lo interrogaron, luego quizá lo drogaron y, a continuación, los trasladaron a él y la caravana a este sendero, donde fue asesinado. Después de eso, condujeron la caravana hasta unos kilómetros más allá. ¿Más o menos es esto?

—Sí —respondí.

—Podría haber ocurrido de esa manera —admitió Schaeffer, y luego me preguntó, o quizá a sí mismo—: Pero ¿por qué en nombre de Dios asesinarían a un agente federal?

—Eso es lo que hemos venido a averiguar.

—¿Alguien más ha sufrido un accidente de caza en o por los alrededores de este sendero o cerca de la propiedad del Club Custer Hill? —preguntó Kate.

Schaeffer le respondió sin apartar la mirada de la pista.

—He estado pensando en eso desde que el detective Corey lo mencionó ayer, así que pregunté y la respuesta es sí; hará cosa de unos veinte años, cuando estaban construyendo la casa. Sucedió a unos ocho kilómetros al norte de la finca. Uno de mis agentes más antiguos lo recordaba.

—¿Cuál fue la conclusión? —quiso saber Kate.

—Accidente de caza; autor del disparo, desconocido.

—¿Quién era la víctima?

—No identificada. Varón, de unos cuarenta años, bien afeitado, buen estado físico. Un único disparo en la cabeza. Era verano, y la víctima vestía pantalón corto, camiseta y botas. Ninguna identificación. El cuerpo llevaba muerto por lo menos dos semanas cuando lo hallaron; y algunos carroñeros lo habían mordisqueado. Se le tomaron fotografías de la cara pero no se mostraron al público por razones obvias.

También las huellas dactilares, pero no eran muy buenas, y no se encontró ninguna correspondencia en los bancos de datos existentes en aquel entonces.

—¿No es un poco sospechoso? —señaló Kate—. Un único disparo en la cabeza, sin identificación, ninguna denuncia de persona desaparecida, y supongo que no encontraron ningún vehículo en la zona.

—Sí, es sospechoso. Pero según mi hombre, el que lo recordaba, no había ni una sola pista o indicio alguno de que se tratase de un delito, así que, para simplificar las cosas, el *sheriff* y el juez decidieron considerarlo un accidente a la espera de cualquier información en contra. Todavía estamos esperando. —Hizo una pausa—. Incluso ahora, con este presunto homicidio, no se me ocurriría vincular aquella muerte con el Club Custer Hill, que en aquellos años ni siquiera estaba ocupado.

—Vuelva a pasar las huellas por la máquina —le propuse.

Continuamos avanzando en silencio. Yo creía que, por supuesto, podía existir una relación. La víctima, si la habían asesinado, podía ser un excursionista que hubiese visto algo que no debía en las obras de construcción en el Club Custer Hill; o quizá era un tipo que trabajaba en el proyecto y vio o sabía demasiado de algo. Como de ELF, o de alguna otra cosa.

No quería convertir a Bain Madox en el genio del mal y hacerlo responsable de todo lo malo sucedido en el mundo en los últimos veinte años: las inundaciones, las hambrunas, las guerras, las plagas, los terremotos, mis cinco kilos de más y mi divorcio. Pero ese tipo desde luego encajaba en el papel de manipulador global. Me refiero a que la regla es: si parece un pato, camina como un pato y parpa como un pato, entonces es un pato.

Luego, yo mato al pato.

Capítulo 32

El comandante Schaeffer salió de la pista y aparcó en una zona que parecía recientemente despejada.

—Tuvimos que ensanchar el sendero para poder girar.

Nos bajamos y lo seguimos otros veinte metros, hasta donde había un trozo cercado con cinta amarilla. En el sendero habían utilizado un aerosol naranja para trazar la silueta del cuerpo de Harry. En el centro de la figura, un grajo azul picoteaba el terreno.

El sol ya estaba alto. La luz se filtraba entre los árboles e iluminaba la bonita pista. Gorjeaban los pájaros, y las ardillas se movían por las ramas, muy atareadas cortando bellotas. Una suave brisa movía las hojas caídas, que se desprendían en una incesante lluvia. «Ahora es otoño y los frutos caídos...»

No hay ningún lugar bueno para morir, pero supongo que, de no morir en tu cama, aquél era un sitio tan bueno como cualquier otro.

Al otro lado del trozo cercado vi aparcado un todoterreno de la policía.

—Ellos han venido desde la otra dirección —explicó Schaeffer señalando el coche—. Todavía están buscando el casquillo, pero quien hizo esto no dejó casquillo ni ninguna otra cosa. Tampoco hemos encontrado la bala que lo mató.

Asentí. Si el arma homicida era un fusil que disparaba proyectiles de alta velocidad, las probabilidades de encontrar la bala en el bosque eran mínimas. La verdad es que había muchas balas en el bosque, y no había manera de que se pudiese identificar cualquiera de ellas como la que había matado a la víctima. Incluso si la prueba de balística hubiese coincidido con alguno de los fusiles de Madox, eso no probaría absolutamente nada, excepto que Madox, o alguno de sus invitados, había salido a cazar alguna vez por aquella parte del bosque.

Conclusión: el bosque era un buen lugar para cometer un asesinato.

—Continuamos manteniendo la cinta a quince metros, pero voy a ordenar que la acerquen, y mañana ya no habrá motivos para preservar intacta la escena del crimen. Además, anuncian lluvia —añadió—. Creo que el equipo del CSI y nosotros hemos hecho todo lo posible. Aquí no hay nada.

Asentí de nuevo, mientras continuaba mirando la silueta naranja. El grajo azul tenía ahora a un compañero.

—Si miran el sendero —prosiguió Schaeffer—, verán que es bastante recto, así que resulta difícil imaginar que, en este lugar, un cazador confunda a un hombre con un venado. Y si el cazador se hallaba en el bosque, haría falta un milagro para que la bala pasase por entre todos estos árboles sin incrustarse en ninguno.

—Correcto —afirmé—. Parece un asesinato.

—Desafortunadamente, más allá de que es prácticamente imposible que haya sido un accidente, no tenemos la más mínima prueba de que sea un asesinato —me recordó—. No hay robo, y la víctima no tenía vínculos locales que pudiesen sugerir un ajuste de cuentas, algo que ya ha ocurrido otras veces por aquí.

No respondí. El comandante Schaeffer obviamente sospechaba que la muerte de Harry estaba relacionada con su misión, y que el asesino era Bain Madox, pero no iba a reconocerlo hasta tener pruebas concluyentes.

—¿Quiere ver las fotos?

No quería, pero contesté que sí.

Sacó un montón de fotos en color del bolsillo del abrigo y me las dio. Las miré con Kate a mi lado.

Harry había caído de bruces, como yo ya sabía, y con los brazos desplegados por el impacto de la bala, como mostraba la silueta pintada en el suelo.

Apenas se veía la herida de entrada en la espalda, pero en las ampliaciones se distinguía una mancha de sangre en la chaqueta de camuflaje.

Miré el primer plano que mostraba el lado izquierdo del rostro de Harry con los ojos abiertos.

Vi la correa de cuero alrededor del cuello de la que colgaban los prismáticos, que habían caído separados del cuerpo y que yacían cerca del hombro izquierdo y el rostro.

—¿Era ésta la posición de los prismáticos cuando encontraron el cuerpo? —le pregunté al comandante.

—Sí. Éstas son las fotos que se hicieron antes de que tocásemos o moviésemos nada. Puede ser que los estuviese sosteniendo o mirando a través de ellos cuando le dispararon, por eso creo que están separados del cuerpo y no debajo del pecho. También puede ser que el impacto de la bala hiciera que los prismáticos giraran en la correa y se apartasen del cuerpo antes de que la víctima cayese al suelo.

Posible, pero no probable. Primero, Harry no iba a estar mirando a través de los prismáticos antes de ser asesinado por las personas que lo habían llevado hasta allí. Segundo, las leyes de la física dirían que los prismáticos hubiesen vuelto a la posición original, colgando sobre el pecho de Harry, antes de que el cuerpo tocase el suelo. Pero eso no era una certeza.

—Ustedes vieron los efectos personales en la camilla de la morgue. La cámara de vídeo la encontramos en el bolsillo derecho de la chaqueta, y la de fotos, en el izquierdo. En el bolsillo de carga de la pernera derecha llevaba la guía de pájaros y en el izquierdo los alicates.

El comandante consultó sus notas y nos leyó el inventario de lo encontrado: el llavero, el billetero, la Glock, las credenciales y el resto de cosas, y dónde las habían encontrado en el cuerpo.

Mientras Schaeffer hablaba, yo intentaba reconstruir cómo Madox habría hecho aquello, y llegué a la conclusión de que había necesitado por lo menos un cómplice;

probablemente Carl, y quizá algún otro, aunque dudaba que Madox hubiese deseado tener dos testigos.

A Harry lo habían drogado y puesto grilletes en los tobillos. Lo habían tumbado en la cama de la caravana para llevarlo hasta allí. Seguramente había habido un segundo vehículo para luego marcharse del lugar.

Aceptado que Madox no quería más de un cómplice, y que Harry estaba drogado y casi comatoso, Madox había tenido que enfrentarse entonces al problema de cómo mantener erguido a Harry para poder dispararle en la espalda como si hubiese estado caminando.

Un hombre solo no podía sostener de pie a otro drogado mientras el tercero disparaba, así que la solución era poner a Harry de rodillas, mientras Carl —o Madox— sujetaba la correa de los prismáticos bien fuerte alrededor del cuello para mantenerlo arrodillado. Luego, el tirador se arrodilló a su vez y atravesó de un balazo la columna vertebral y el corazón de Harry.

El cómplice soltó los prismáticos mientras Harry se desplomaba, y aquéllos acabaron donde los había visto en la foto. Después, uno o los dos hombres quitaron los grilletes de los tobillos de Harry y le acomodaron los brazos y las piernas para simular la posición de un cuerpo alcanzado por un proyectil de alta velocidad que había caído de bruces desde una posición erguida. A continuación, habían barrido el sendero con ramas de pino. La única cosa que habían olvidado era que los prismáticos tendrían que haber acabado debajo del cuerpo, y que probablemente también hubiesen resultado dañados por el proyectil tras pasar éste por el cuerpo.

Por lo demás, habían hecho un buen trabajo, si se podía usar esa palabra para un asesinato a sangre fría.

—¿Quieren ver la caravana? —nos preguntó Schaeffer.

Asentí. Le devolví las fotos.

Nos hizo pasar por un lado de la zona acotada y caminamos por el bosque.

Salimos de nuevo al sendero cerca del todoterreno, también ampliado por la policía para dar la vuelta. Schaeffer llamó a uno de sus agentes para que nos llevase hasta donde estaba aparcada la caravana, en un pequeño claro.

Nos bajamos y miré la caravana de Harry, que nunca había visto antes. Era una vieja camioneta Chevy, equipada con una cabina en la plataforma de carga. Aun siendo vieja, parecía que la hubiesen mantenido meticulosamente limpia y en perfecto estado.

—Buscamos huellas, aspiramos el interior y recogimos algunas muestras de tierra de las estrías de los neumáticos —nos informó Schaeffer—. Esta tarde la sacaremos de aquí con una grúa y, una vez en la carretera, la cargaremos en un camión para que la transporte al garaje forense en Albany para una inspección a fondo. Obviamente, buscamos pruebas de la presencia de otras personas en el vehículo.

—Suenan como si usted creyese que fue un asesinato premeditado —comenté.

—Digamos que sí.

Me imaginé a Harry dormido y atado en el compartimiento trasero, y a alguien, quizá Carl, al volante. Delante de la caravana debía de ir Madox con alguno de sus otros vehículos: una furgoneta o un todoterreno.

Le pregunté a Schaeffer por las huellas de neumáticos en el sendero.

—Como ve —respondió—, es tierra apisonada, no ha llovido en dos semanas y hay todas estas hojas y ramas. Así que no, no conseguimos ninguna huella de neumáticos.

—¿El empolvado indicó que hubiesen limpiado las superficies? —preguntó Kate.

—No. Cuando hay premeditación, se llevan guantes. Quizá consigamos algunas fibras de tela interesantes, pero de nuevo, con premeditación e inteligencia, los autores debieron de quemar las prendas que vestían. Hay una lata de Coca-Cola abierta en la nevera —añadió—, y buscaremos el ADN, pero no creo que nuestros autores bebiesen Coca-Cola. Si encontramos algún rastro de ADN probablemente será de Harry.

Schaeffer echó un vistazo al claro y luego al camino.

—Muy bien —prosiguió—, aquí tenemos la caravana. Estoy pensando que tuvo que haber al menos dos autores y dos vehículos, la caravana y el de la huida, aunque, como he dicho, no hay huellas claras. Se detuvieron ahí atrás, mataron a la víctima, luego subieron a los vehículos y siguieron, para poner distancia entre ellos y la escena del crimen.

Kate y yo asentimos.

—Si eran de por aquí, conocían este claro, es un lugar donde se detienen muchas caravanas y excursionistas. Si se sigue por este sendero, a poco menos de dos kilómetros, se llega a una carretera pavimentada. Así que un tipo aparcó la caravana aquí, donde la ven, se subió al segundo vehículo y, en cuestión de minutos, ya estaban en el camino pavimentado.

El comandante Schaeffer había hecho una muy verosímil reconstrucción del asesinato, en parte porque había estado más tiempo en la escena del crimen con la gente del CSI y había intercambiado ideas, y en parte porque conocía la zona.

—Supongo que tiene usted la llave de la caravana. No estaba en el llavero de Harry en la morgue.

—Así es. Pero me dijo que no había tocado las pruebas en la morgue —me recordó.

—¿Eso dije? También supongo que confirmó que la llave de la camioneta Chevy que encontró en el llavero era la de esta caravana.

Me miró.

—No somos tan listos como ustedes los de ciudad, detective, pero no somos estúpidos.

Según mi experiencia previa con polis rurales y suburbanos, constaté que esa afirmación se había demorado mucho.

—Sólo era una verificación. ¿Cómo cree que los autores movieron la caravana los

cinco kilómetros desde que se encontró el cuerpo y la llave de contacto?

—Pudieron hacer un puente, remolcarla hasta aquí con el otro vehículo, o incluso haber hecho una copia de la llave antes del crimen. Pero la respuesta más probable es que la víctima tuviese una llave de recambio en su persona o en el vehículo.

—Correcto. —Le comenté que al parecer faltaba la llave de recambio del Chevy del billettero de Harry, y le pregunté—: ¿Vio que faltaba?

No respondió directamente, pero me señaló:

—La ausencia de una llave entre otras llaves no es prueba de que hubiese una llave.

—De acuerdo, sólo era un comentario.

En realidad, ése era el juego entre detectives de a ver quién la tiene más larga que todos practicamos para mantenernos alerta, cosa que es buena para la investigación, para no hablar del ego de los detectives.

Kate pareció darse cuenta y decidió intervenir.

—En cualquier caso, esto se hizo con la intención de que pareciera como si Harry hubiese dejado la caravana aquí y comenzado a caminar hacia el norte, hacia el Club Custer Hill, pero hubiese tenido un accidente a cinco kilómetros de su caravana y unos cuatro de los terrenos del Club Custer Hill. Conclusión, no iba a aparcar a nueve kilómetros de la propiedad que debía vigilar. Además, la llamada a su novia a las siete cuarenta y ocho indica que estaba cerca de la propiedad, sin embargo, no fue allí donde lo encontraron. Por lo tanto, tenemos problemas con la hora, la distancia, la lógica y la plausibilidad, lo que nos lleva a que esto de aquí no es lo que hizo Harry el sábado por la mañana sino lo que alguien le hizo a él un día más tarde.

Sus palabras eran un buen resumen, y tanto el comandante Schaeffer como yo no teníamos nada más que añadir.

De modo que habíamos hecho ya lo que se podía hacer allí, en realidad poca cosa, pero hay que comenzar por la escena del crimen y después retroceder y avanzar a partir de ahí.

El truco consistía en tener siempre presente la meta, que era encontrar al asesino. La buena noticia era que teníamos a un sospechoso, Bain Madox, y también a un posible cómplice, Carl. Pero ninguno de esos nombres aparecía en el informe del homicidio redactado por la policía del estado de Nueva York.

—¿Los agentes del FBI que están en su oficina vendrán aquí? —le pregunté a Schaeffer.

—Se lo pregunté y dijeron que otro equipo se haría cargo; un equipo de recuperación de pruebas. Los tipos que están en mi oficina no parecen especialmente interesados en la escena del crimen.

«No —pensé—, a ellos les interesa más Bain Madox que Harry Muller, y a Liam Griffith sólo le interesan John Corey y Kate Mayfield».

Pero para mí era importante ver dónde había muerto Harry Muller y pensar en cómo había muerto: un prisionero drogado e indefenso, un oficial de policía que

cumplía con su deber, asesinado por persona o personas a las que no les importaba tanto la vida de Harry Muller como sus propios intereses, fuesen éstos cuales fuesen.

Me pregunté si Bain Madox, si es que había sido él, había intentado buscar otra solución al problema que Harry Muller le planteaba. Seguramente debió de haber un momento en que el asesinato no era la mejor solución; en que alguna otra salida más inteligente podría haber resuelto el problema que se le había creado a Madox con la aparición de Harry Muller en el Club Custer Hill.

La mayoría de los criminales —desde el más estúpido al más inteligente— no comprenden las fuerzas que ponen en movimiento cuando se deciden por el asesinato como la solución de un problema. Quienes lo comprenden, a menudo intentan que parezca un accidente, un suicidio o una muerte natural. Y cuando lo hacen, por lo general dejan más pistas que si hubiesen optado por dejarlo como un vulgar asesinato y robo.

La mejor manera de encubrir un asesinato es la completa desaparición del cuerpo, que, junto con la escena del crimen, contiene demasiadas pistas. Pero para Bain Madox, el problema había sido otro: necesitaba llevarse fuera de su propiedad a un agente federal al que había decidido matar, y dejarlo en la propiedad de otro —en este caso, terreno público—, donde el cuerpo pudiese ser encontrado antes de que la policía del estado, la local y los agentes federales se presentasen a buscarlo en la finca de Madox. Por lo tanto, Madox tenía algo allí —aparte de a Harry Muller— que quería mantener oculto a los demás.

Lo que veíamos allí era la solución de Madox, que, dadas las prisas, tampoco era tan mala. Sin embargo, no aguantaría una investigación de homicidio a fondo.

No obstante, si mi otra teoría era correcta, lo único que Madox deseaba antes de convertirse en sospechoso era tiempo. Ese cabrón tenía ya encendida una mecha que ardía mucho más rápido de lo que se tardaría en encontrar la bomba.

Capítulo 33

Volvimos al coche de Schaeffer, dimos la vuelta y regresamos por donde habíamos venido. Nadie tenía mucho que decir.

Nos acercamos al cruce donde los agentes encubiertos continuaban arrancando maleza. Schaeffer se detuvo.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—El *jeep* negro ha hecho un reconocimiento hará cosa de unos diez minutos —respondió uno de los agentes—, y el conductor nos ha preguntado qué hacíamos.

—¿Qué le han contestado?

—Que estábamos quitando la maleza y las hojas, dado que ambas contribuyen enormemente a la propagación de los incendios forestales, originados generalmente por automovilistas que arrojan colillas encendidas por la ventanilla.

—¿Se lo creyó?

—Pareció escéptico. Dijo que nunca lo había visto antes. Le contesté que el riesgo de incendios este año es muy alto.

—De acuerdo. Le diré lo que haremos. Llame al capitán Stoner y dígame que quiero que vengan aquí dos equipos de reparación de carreteras y comiencen a tapar baches. Trabajadores de verdad, con dos agentes vestidos como los demás y apoyados en las palas, como ellos.

—Sí, señor —respondió el agente con una sonrisa.

—Después, ustedes dos ya pueden marcharse.

—Sí, señor.

Schaeffer puso el coche en marcha y seguimos viaje hacia la Carretera 56.

—Creo que, a estas alturas, Madox ya está al tanto de la vigilancia —comentó.

—Sabe que lo está desde el momento en que detuvieron a Harry Muller en su propiedad el sábado por la mañana.

—No sabemos que a Harry Muller lo pillaran ahí —señaló Schaeffer—. ¿Por qué enviaron a su amigo a recoger información de los invitados de Madox?

—No lo sé, y tampoco lo sabía Harry —respondí—. Hablé con él antes de que viniese aquí.

Schaeffer probablemente creía que iba a recibir alguna información de nosotros a cambio de habernos salvado de Liam Griffith y llevarnos a la escena del crimen. Así que, para darle algo que de todas maneras debía tener, le dije:

—Harry también tenía que ir al aeropuerto para hacerse con las listas de pasajeros y los contratos de alquiler de coches. Los federales lo harán si es que no lo han hecho ya. Usted tendría que hacer lo mismo antes de que la información desaparezca.

Como no hizo ningún comentario, añadí:

—Kate y yo sabemos que algunos VIP de Washington llegaron al aeropuerto, y que quizá fueron al Club Custer Hill.

Me miró.

Cuando crees que te pueden sacar de un caso porque le estás pisando los callos a alguien, debes pasarle la información a algún otro que quizá pueda sacarle provecho, o al menos retenerla hasta decidir qué hará con ella. Así que le di otro consejo.

—Tendría que guardarse la información de su vigilancia del Custer Hill durante un tiempo.

Tampoco esta vez abrió la boca. Creo que se hubiese mostrado más charlatán sin un agente del FBI en el asiento trasero. Pero le había dicho lo que le tenía que decir y le había devuelto los favores. Las palabras escritas en el bolsillo de Harry no era una información que el comandante Schaeffer necesitase saber. Había llegado mi turno, así que le pregunté:

—¿Conoce a ese tipo, Carl? Es algo así como la mano derecha de Madox, o quizá su guardaespaldas.

Schaeffer sacudió la cabeza.

—No conozco a nadie en aquella casa. Como le dije, los guardas no son de por aquí. Él tiene su propio cuartel, donde los aloja, y probablemente hacen un turno de una semana, se van a sus casas y vuelven para el siguiente turno. En cuanto al personal doméstico, tengo la impresión de que tampoco son lugareños.

Eso era interesante.

—Hay más densidad de población hacia el norte, fuera del parque, a partir de Potsdam y de Massena. La verdad es que la frontera canadiense está a menos de ochenta kilómetros de donde estamos ahora, y sé que muchos canadienses vienen cada día a trabajar en el sector turístico. Así que, si yo fuese Madox y quisiese tener personal foráneo, iría a buscarlo a otro país para evitar que sus cotilleos llegasen hasta aquí.

No había visto a ningún miembro del personal doméstico, y de todas maneras no sería capaz de distinguir entre un acento canadiense y otro local. En cuanto a los tipos de seguridad, cualquiera que fuese su acento había sido reemplazado por la seca y afectada manera de hablar de los militares.

—Esta mañana he hecho una llamada para investigar la matrícula del coche de Enterprise —nos informó Schaeffer—, y me han dicho que el coche lo alquiló un tipo llamado Mijaíl Putyov. —Guardé silencio—. A mí me suena a ruso, y quizá aún esté en la casa. Desde anoche no ha salido nadie del Club Custer Hill —añadió.

—Exacto. ¿No está contento de haber ordenado la vigilancia?

El comandante Schaeffer prefirió no hacerme caso.

—El tipo de la Enterprise con el que he hablado me ha dicho que dos agentes del FBI, un hombre y una mujer, se presentaron allí ayer y se llevaron copias de todos los contratos de alquiler. ¿Usted sabe algo de eso?

Opté por la evasiva.

—¿Cómo los describió?

—Dijo que el tipo intentaba ligar con Max, la chica de Hertz, y que la mujer era muy bonita.

—¿Quiénes podrían ser? —pregunté en voz alta, consciente de que la ocupante del asiento trasero representaba ahora mismo una amenaza mucho más grave que Liam Griffith—. Gracias, comandante.

—Creo que éramos nosotros —admitió Kate.

—¿No se lo mencioné cuando hablamos? —le pregunté a Schaeffer.

—No.

—Pues pensaba hacerlo.

Miré el reloj del salpicadero y vi que eran las 10.15.

—Por cierto —le dije al comandante Schaeffer—, el tal Putyov tiene reservado un pasaje en el vuelo de las doce y cuarenta y cinco a Boston. Si tiene que estar en el aeropuerto una hora antes de la salida, tal como se requiere, tendría que salir del Club Custer Hill dentro de poco, siempre y cuando esté en el club.

—¿Cómo sabe que Putyov tiene una reserva en el vuelo de las doce y cuarenta y cinco?

—¿No le mencioné que Kate y yo hicimos lo que debía hacer Harry en el aeropuerto? Recoger copias de las listas de pasajeros y de los contratos de alquiler de coches.

—No, no lo hizo. —Eché mano al micro.

—Los tipos de seguridad de Madox seguramente escuchan la radio de la policía —le advertí—. Use el móvil.

Me miró y no supe interpretar si estaba impresionado por mi brillantez o preocupado por mi paranoia. Fuera como fuese, cogió el móvil y llamó al equipo de vigilancia.

—¿Algo de que informar?

Tenía conectado el altavoz, y oímos la respuesta del agente:

—No, señor.

—Muy bien. Puede que un vehículo salga de la finca en dirección al aeropuerto. Comuníquelo al vehículo de vigilancia de la Carretera 56.

—Sí, señor.

Schaeffer colgó, miró el reloj e hizo entonces lo que yo hubiese hecho antes, llamó a Continental Airlines, en el aeropuerto. Lo atendió nuestra amiga Betty.

—Betty, soy Hank Schaeffer.

—Hola, ¿cómo está?

—Bien. ¿Y usted?

Y así un rato. Quiero decir que el rollo de la amabilidad está muy bien, que es encantador que allí todo el mundo se conozca y todos sean parientes de sangre o por matrimonio, pero por favor, tíos, vayamos al grano.

Después de una eternidad, el comandante Schaeffer le dijo:

—¿Podría hacerme un favor y ver si tiene a un tipo llamado Putyov —se lo deletreó— en el vuelo de las doce y cuarenta y cinco a Boston?

—Sin necesidad de mirarlo le puedo decir que lo teníamos. Pero después, cuando busqué la lista confirmada en el ordenador de la compañía, vi que había cancelado su pasaje.

—¿Ha reservado pasaje para otro vuelo?

—No. —Ahora le tocaba a Betty—. ¿Algún problema?

—No, sólo rutina. Llámeme a la oficina si ese tipo, Putyov, reserva billete en algún otro vuelo o se presenta. También háganme fotocopias de todas las listas de pasajeros y reservas de los últimos seis días. Ya las pasaré a recoger.

—Muy bien. Eh, ¿quiere saber una cosa? Ayer aparecieron por aquí un tipo y una señora del FBI y me pidieron fotocopias de todas mis listas de pasajeros y reservas. Llegaron en un helicóptero del FBI, así que sabía que eran de verdad, y además tenían placas. Así que se las di.

Betty continuó enrollándose durante un rato, y luego añadió sin venir a cuento:

—El tipo iba de listillo, pero lo puse en su sitio.

No recuerdo haber sido nada más que cortés, pero incluso si me había pasado de listo con ella, Betty en ningún momento me había puesto en mi sitio. Mentirosa.

El comandante Schaeffer me miró y fue a despedirse.

—Bueno, gracias por...

Pero ella lo interrumpió.

—¿Qué pasa? El hombre dijo que era algo relacionado con los Juegos Olímpicos de Invierno. —Se rió—. Le respondí que habían sido en 1980. La mujer era agradable, y se veía que estaba un poco hasta la coronilla de ese tipo. ¿De qué va todo esto?

—No se lo puedo decir ahora mismo, pero quiero que no lo comente.

—Eso fue lo que dijeron ellos. Le hubiese llamado, pero en aquel momento no le di mucha importancia. Ahora pienso que...

—No hay nada de qué preocuparse. Nos veremos más tarde, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Que tenga un buen día.

—Usted también. —Colgó, y me miró—. Bueno, ya lo ha oído.

—Fui muy amable con ella. ¿Kate? ¿No fui amable con Betty?

Sin respuesta.

—Me refiero a lo de que Putyov cancelase el vuelo —añadió Schaeffer.

—De acuerdo. Así que posiblemente todavía está en la casa.

—Sí. No ha hecho otra reserva. Son aviones pequeños, y los pocos vuelos que hay siempre van llenos. No puedes confiar en ir al aeropuerto y encontrar una plaza.

Schaeffer tenía ahora el plato lleno, y mucho en su mente, pero nada de lo que iba más allá de la investigación de un homicidio. Sin embargo, sí sabía que algo pasaba en el Club Custer Hill que les interesaba a los federales, y que suponía que no era de su interés.

Nos acercábamos a la Carretera 56.

—Háganos un favor y llévenos a Potsdam —le pedí a Schaeffer.

—¿Por qué?

—Necesitamos... La verdad es que intentamos evitar a Liam Griffith.

—No me diga. ¿Y qué saco yo de esto?

—Pues entonces déjenos en la Carretera 56. Haremos autoestop y alguien nos llevará a Potsdam.

—Quizá encuentre un oso antes que un coche.

—¿Sí? Voy armado.

—No le dispare a los osos. Yo lo llevaré.

—Gracias. —Me volví para hablarle a Kate, pero ella parecía no estar de muy buen humor—. Te invitaré a comer en Potsdam.

Sin respuesta.

Entonces, el bocazas de Schaeffer soltó:

—Max es toda una belleza, y muy divertida.

—¿Quién? Ah, la empleada de Hertz. —Una pequeña venganza del buen comandante.

Llegamos al cruce de la Carretera 56. Schaeffer detuvo el coche.

—¿Potsdam?

Tuve la sensación de un *déjà vu*, de cuando la tarde anterior había estado en ese mismo cruce y había tomado la decisión de ir a ver a Harry a la morgue en vez de ir, como me habían ordenado, al cuartel de la policía del estado.

Ahora teníamos que decidir si queríamos enfrentarnos a Griffith antes de meternos en más problemas o irnos a Potsdam y escondernos.

—¿Adónde? —insistió Schaeffer.

Miré por encima del hombro.

—¿Kate? ¿Potsdam o Liam?

—Potsdam —contestó.

Schaeffer giró hacia la derecha y nos encaminamos hacia el norte, en dirección a Potsdam.

Ya es bastante duro trabajar en una investigación de homicidio cuando estás fuera de tu jurisdicción. Pero todavía lo es más cuando estás a malas con las personas para las que trabajas, tu compañero está cabreado contigo y tu principal sospechoso es amiguete de unos tipos que trabajan para el presidente.

¿Cómo había hecho para meterme en semejante lío?

Capítulo 34

Charlamos un poco sobre el caso mientras atravesábamos el parque. Cuando llegamos a South Colton, le pregunté a Schaeffer:

—¿Conoce a Rudy, el dueño de la gasolinera?

—Sí, lo recuerdo de cuando recorría esta zona. ¿Por qué?

—Es el chivato local de Madox. —Le expliqué mi breve relación con Rudy *el Chivato*.

—Este tipo, Madox, está metido en muchas más cosas de lo que creía —comentó Schaeffer—. Pero, como le dije, nunca nos ha causado ningún problema, y no creo que se quede mucho por aquí. Sin embargo, a partir de ahora, lo tendré mucho más vigilado.

Pensé que no iba a haber mucho «a partir de ahora», pero preferí callármelo.

Schaeffer pareció llegar a la misma conclusión.

—Supongo que ahora es sospechoso de asesinato —manifestó.

—Sí, creo que lo es.

—¿Sus colegas que están en mi oficina también lo creen?

—Le comuniqué mis sospechas a Tom Walsh en Nueva York.

—¿Por qué quieren ir a Potsdam?

—Sólo para darnos un respiro.

—¿Sí? ¿Y por qué no a The Point?

—Verá, creo que, ahora mismo, es posible que el señor Griffith esté en nuestra habitación, entretenido en maquillarse con los cosméticos de Kate mientras nos espera.

—¿En resumen, que huye de su propia gente?

—Yo no lo diría de esa manera.

—¿No? ¿Y cómo lo diría?

—Deje que lo piense. Mientras tanto, ¿podemos tener la seguridad de que no le mencionará nada de esto a nadie?

—Deje que lo piense —se burló él.

—Porque si no podemos contar con su discreción, más vale que nos lleve a Ray Brook.

—¿Qué saco yo de esto?

—Habrás hecho lo correcto.

—¿Eso cuándo lo sabré?

—Oh... en un par de días.

—¿Sí? ¿Así que quiere que falte a mi responsabilidad profesional, que no le diga nada a Griffith, que los lleve a la escena del crimen y luego a Potsdam?

—Le diré qué haremos, comandante. Pregúntele a él y a los demás tipos del FBI de qué va todo esto. Si ellos le dan una respuesta satisfactoria, entonces envíelos a que nos busquen en Potsdam. ¿De acuerdo?

—Creo que se lleva la mejor parte del trato, pero de acuerdo. Trato hecho.

—Además le daré las llaves de mi coche de Hertz, que quizá quiera sacar de su aparcamiento ante la remota posibilidad de que el FBI siga el procedimiento policial correcto y recorra su patio, a la búsqueda de nuestro coche alquilado. —Le di las llaves y añadí—: En el asiento trasero hay una cesta con la comida que nos han preparado en The Point. Es para usted.

—Eso está mejor. ¿Qué hay de comer?

—Probablemente caracoles. También, si quiere cubrirse un poco más con el FBI, tendría que llamar a The Point y preguntar por nosotros.

—Usted sería un buen fugitivo —comentó el comandante Schaeffer.

En realidad, eso éramos Kate y yo en esos momentos, pero no había ningún motivo para recordárselo.

Llegamos a las afuera de Potsdam.

—¿Adónde quieren ir? —preguntó Schaeffer.

—Déjenos en la boca del metro.

No estaba muy seguro de que el comandante Schaeffer apreciase o entendiese mi humor, pero dijo:

—Supongo que necesitarán un coche.

—Buena idea. ¿Hay por aquí alguna agencia?

—Está la Enterprise.

Esperé escuchar el resto de la lista, pero al parecer era la única.

Pasamos por el centro de la ciudad, seguimos por la Carretera 56, dejamos atrás el hospital donde habíamos visto a Harry, y unos pocos minutos después llegamos a Enterprise Rent-A-Car.

El comandante Schaeffer aparcó cerca del local.

—No sé por qué quieren evitar a Griffith, o en qué clase de lío están metidos. Pero si no fuese porque perdieron aquí a un amigo y compañero, y que sus colegas me marginan, no estaría arriesgando el cuello por ustedes.

—Se lo agradecemos —respondí—. Su instinto no lo engaña.

—¿Sí? Quiero que me demuestre que es así.

—Lo mantendremos informado.

—Sería un cambio agradable. Muy bien, le diré a Griffith que lo encontré en la escena del crimen y que le di su mensaje.

—Deshágase de nuestro coche —le recordé.

—Deje que yo me encargue, detective.

—Puede estar seguro, comandante, que John y yo asumiremos toda la responsabilidad ante cualquier problema que podamos ocasionarle —declaró Kate.

—El único problema que ahora tengo es atender a seis agentes federales que están

a punto de arrebatarme este caso.

—Y vienen más de camino —le informé—. Le explicaré cómo creo que asesinaron a Harry Muller. —Le relaté mi reconstrucción del asesinato tal como yo creía que había ocurrido, y concluí—: Busque huellas por si Harry hubiese estado lo bastante despierto como para dar puntapiés en los costados o el techo de la caravana.

El comandante Schaeffer permaneció en silencio mientras meditaba sobre mi reconstrucción, y luego señaló:

—Puede haber ocurrido de esa manera. Pero eso no hace que esté más cerca de encontrar al asesino o asesinos.

En realidad, su primer sospechoso seguía siendo Bain Madox, lo quisiera creer o no.

—Pues cuando encuentre a un sospechoso —repliqué—, puede asustarlo con la descripción de cómo lo hizo. También quedará muy bien en su informe.

Asintió y me dio las gracias, pero no me ofreció un empleo.

Nos despedimos con un apretón de manos. Kate y yo nos bajamos del coche y entramos en el local de Enterprise.

—Quiero alquilar un coche —le dije a la mujer de detrás del mostrador.

—Está usted en el lugar adecuado.

—Ya me lo parecía. ¿Qué tal un todoterreno?

—No. Tengo un Hyundai Accent a punto.

—¿Qué clase de acento tiene?

—¿Eh?

—Me lo llevo.

Utilicé mi tarjeta de crédito personal dado que mis empleadores ya habían pagado por un coche de alquiler. Para no mencionar que precisamente huía de ellos, y que tardarían un poco más en rastrear mi tarjeta que la de ellos.

Quince minutos más tarde estaba al volante de un pequeño coche comedor de arroz.

Conduje de regreso al centro de la ciudad y Kate comentó:

—En realidad no lleva tanto tiempo alquilar un coche, ¿o sí?

Creí saber adónde llevaba aquello.

—No, sobre todo si no pido una copia de sus contratos de alquiler de los últimos cuatro días.

—Para no mencionar el tiempo que te ahorrarías si no ligases con la empleada.

Demonios. Allí estábamos, metidos hasta las cejas en problemas, con un megalómano dispuesto a comenzar la tercera guerra mundial, y Kate tocándome las narices porque había tonteado un poco en el mostrador de Hertz hacía una eternidad. Bueno, el día anterior. Me negué a entrar en el juego y permanecí en silencio.

—No sé si lo sabes, pero ya no eres soltero —me informé.

Y siguió con más de lo mismo.

Llegamos al centro y aparqué cerca de un café.

—Necesito un café —dije.

—¿John, estás seguro de saber lo que haces?

—Sí. Voy a pedir un café para llevar. ¿Quieres uno?

—Responde a mi pregunta.

—Sé lo que hago.

—¿Qué haces?

—No lo sé.

—¿Durante cuánto tiempo más seguiremos así?

—Hasta que resolvamos este caso o hasta que nuestros colegas nos atrapen. Lo que suceda primero.

—Pues yo te diré qué será.

—¿Café?

—Solo.

Bajé del coche y entré en el café, uno local, no un Starbucks.

Pedí dos cafés solos a la muchacha de detrás del mostrador y, mientras ella luchaba mentalmente con mi pedido, vi un exhibidor con folletos y guías gratuitos junto a la puerta. Cogí un puñado y me los guardé en los bolsillos.

La cadete espacial intentaba ahora averiguar qué medida de tapa necesitaba para los vasos.

—Tengo que hacer una llamada local —le dije—. ¿Puedo usar su móvil?

—¿Cómo...?

Los cafés costaban un dólar cincuenta. Le di cinco.

—Quédese con el cambio por la llamada.

Me dio el móvil y marqué el número de The Point.

Contestó Jim.

—The Point. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy el señor Corey. ¿Algún mensaje para mí o mi esposa?

—Buenos días, señor Corey. ¿Está disfrutando de su estancia con nosotros?

—Jim, tengo que confesarle algo. Han sido los mil doscientos dólares mejor pagados por una noche, y eso incluye a las coristas de Las Vegas.

Jim se quedó mudo por un momento, y luego dijo:

—Tengo dos mensajes para usted. Ambos del señor Griffith. Que, por favor, lo llame. —Me dio el número de Griffith—. ¿Cenará con nosotros esta noche?

—¿Cree que me perdería la polla de Henry? Hágame un favor y llame a Sonny. Recuérdeme que iba a prestarme una chaqueta y una corbata.

—Sí, señor. Se refiere usted al señor DeMott, del Lookout.

—Correcto. Que lleven las prendas a mi habitación. Muy bien, nos veremos a la hora del cóctel. Henry servirá frankfurts.

—Eso he oído.

Colgué y le devolví el móvil a la señorita Nebulosa. Si no me equivoco, creyó que era un regalo. Al menos no tendría que preocuparme de que recordase nada de todo

aquello si aparecían los federales y se lo preguntaban.

Salí del café, y en la acera tuve dos pensamientos. Uno era que debía abandonar aquella actitud temeraria y egoísta, y pensar en la carrera de Kate, ir a ver a Griffith y contárselo todo, incluido *MAD*, *NUK* y *ELF*, con la esperanza de que el FBI pudiese averiguar qué pretendía Madox antes de que fuese demasiado tarde.

El otro era que no debía hacer ninguna de esas cosas, y la razón era que se trataba de un caso muy extraño y ya no confiaba en nadie. Excepto, por supuesto, en Kate, que era, sin ningún orden especial, mi esposa, mi compañera, mi abogada, mi superior inmediato y una agente del FBI.

Aunque confiaba en ella, nunca se sabía qué Kate aparecería.

Yo apostaba por mi esposa y compañera.

Capítulo 35

Volví al coche y le di a Kate el calé y el montón de folletos y guías de viaje.

—Necesitamos un lugar donde alojarnos fuera de Potsdam.

—Quizá deberíamos ir a Canadá y pedir asilo.

—Me alegra ver que conservas tu sentido del humor.

—No era una broma.

Bebí mi café mientras conducía por el centro de Potsdam y Kate hojeaba el material impreso. Le dije que había llamado a The Point.

—Muy pronto, Griffith le pedirá a la policía del estado y a la local que comiencen una búsqueda de personas desaparecidas, si es que no lo ha hecho ya. Pero creo que podemos mantener la ventaja.

Kate pareció no escucharme y continuó con la lectura de la literatura local.

—Éste podría ser un buen lugar para comprar una casa. El precio medio de una vivienda es de 66.400 dólares.

—Sólo busco alquilar una habitación para pasar la noche, cariño.

—Los ingresos medios son de sólo 30.742 dólares al año. ¿A cuánto asciende tu pensión libre de impuestos por tres cuartos de incapacidad?

—Preciosa, busca un lugar donde alojarnos.

—Vale... —Miró algunos de los folletos—. Aquí hay un bonito hostel...

—Nada de hostales.

—Parece mono y está aislado, si es eso lo que buscamos.

—Lo buscamos.

—Está en las nueve hectáreas que habían sido los establos de la Universidad de Saint Lawrence. Ofrece la privacidad de las grandes fincas campestres.

—¿Cuánto cuesta esa gran finca campestre?

—Sesenta y cinco dólares la noche. Pero puedes alquilar una cabaña por setenta y cinco.

—Eso es lo que pagábamos en The Point por una hora.

—Lo que seguimos pagando.

—Correcto. ¿Por dónde?

Consultó el folleto.

—Tenemos que tomar la Carretera 11.

Comenzaba mi segundo circuito por el centro de Potsdam y ya me conocía el lugar bastante bien. Llegué a un cruce con muchos indicadores, y muy pronto salíamos de la ciudad por la Carretera 11.

—Conozco a unos tipos de la División de Fugitivos que dicen que los fugitivos siempre parecen divertirse evadiendo la captura. Es como si los colocase eso de

utilizar el ingenio, vivir en la carretera...

—Yo no me estoy divirtiendo. ¿Tú sí?

—Bueno, sí. Es un juego. Los juegos son divertidos.

Kate no hizo ningún comentario al respecto.

—El lugar está a unos quince kilómetros de aquí, en las afueras de Cantón.

—Cantón está en Ohio.

—Quizá lo trasladaron, o quizá, John, hay un Cantón en Nueva York.

—Ya lo veremos. —Así que continué en dirección sudoeste por la Carretera 11.

Kate estaba ahora con el folleto de la cámara de comercio.

—Hay montones de facultades en la zona, por eso el porcentaje de personas con estudios superiores supera la media nacional.

—Tu culo universitario se helaría si vivieses aquí.

—La temperatura media en enero es de cinco bajo cero. No está tan mal.

—Eso dímelo en enero.

—Podríamos pasar el invierno con tus padres en Florida.

—Antes preferiría morir congelado. —Miré el reloj en el salpicadero. Las 11.47. Tenía que llamar a Dick Kearns no mucho más tarde de las doce.

Había mucho tráfico en la carretera, que pasaba por zonas con granjas y pueblos. Habíamos salido definitivamente de la región de los Adirondack y nos encontrábamos en las llanuras de los Grandes Lagos. Allá atrás, en la tierra de Dios, donde había más osos que gente y el tráfico era escaso, Kate y yo hubiésemos llamado la atención y nos hubiesen recordado. Donde estábamos, nos confundíamos con el resto de la población. Siempre que yo mantuviese cerrada mi boca.

El pequeño Hyundai se comportaba bien, pero hubiese preferido tener un vehículo de doble tracción, por si en algún momento teníamos necesidad de derribar la valla del Club Custer Hill. Por ejemplo, aquella noche.

—¿Cuánta munición tienes? —le pregunté a Kate.

No me contestó.

—¿Kate?

—Dos cargadores de recambio en el maletín.

Yo tenía un cargador en el bolsillo interior de la chaqueta. Nunca llevaba munición suficiente. Quizá, de haber tenido un maletín o un bolso, llevara más cargadores.

—¿Hay alguna tienda de artículos deportivos en Cantón?

Sin responder, Kate buscó en las páginas de la guía local.

—Aquí hay un anuncio de una tienda de artículos deportivos en Cantón.

—Bien.

Seguimos en silencio, y al cabo de unos diez minutos me avisó:

—Gira aquí, en la Carretera 68. Busca el cartel de hostel Wilma's.

—Quizá podríamos abrir un hostel. Tú cocinarías y limpiarías. Yo le dispararía a los que quisieran alojarse.

Sin respuesta.

Vi el cartel de Wilma's y entré en un camino de grava que atravesaba un ondulado campo salpicado de cipreses. Al final se veía una casa estilo Cabo Cod con un porche acristalado.

Detuve el coche, nos bajamos y subimos la media docena de escalones hasta la puerta. Miré en dirección a la carretera, que apenas se veía.

—¿De acuerdo? —me preguntó Kate.

—Perfecto. Parece uno de esos lugares ideales para Bonnie y Clyde.

Kate tocó el timbre, y un minuto más tarde un hombre de mediana edad nos abrió la puerta.

—¿En qué puedo servirlos?

—Queremos alquilar una habitación para esta noche —contestó Kate.

—Bien, está usted en el lugar adecuado.

Ésa debía de ser la frase local. Probablemente decían lo mismo cuando te presentabas en el hospital para una apendicectomía de urgencia.

Entramos en la minúscula recepción del vestíbulo, donde el propietario, Ned, nos dijo:

—Pueden escoger. Dos habitaciones en la planta alta o dos cabañas.

—Nos quedaremos la cabaña. —Nos enseñó dos fotografías.

—Ésta es Pond House, está junto al estanque, y esta otra es Field House.

Field House se parecía sospechosamente a un remolque para caballos.

—Creo que la Pond House, ¿no, John? —dijo Kate.

—De acuerdo. ¿Hay teléfono con línea exterior en esas cabañas? —le pregunté a Ned.

Se echó a reír.

—Claro que sí. Y también tienen electricidad.

Quería decirle que acabábamos de llegar de un hotel de superlujo sin televisión ni teléfono, pero no me hubiese creído.

—Pond House tiene televisión por cable, reproductor de vídeo y conexión a Internet.

—No me diga. ¿Eh, tendría un portátil para prestarme o alquilar?

—Tengo uno que puede usar gratis, siempre que me lo devuelva a las seis y media. A esa hora es cuando mi parienta se conecta a eBay para ver cómo van las subastas. Mi mujer compra chatarra, y después la vende de nuevo en eBay. Dice que se gana un dinero, pero yo no me lo creo.

De no haber sido porque no quería destacar, le hubiese dicho que su mujer probablemente follaba con el tipo de UPS. Pero me limité a sonreír.

En cualquier caso, le pagué el alquiler en efectivo, cosa que Ned agradeció, y no pareció necesitar ninguna identificación o un depósito de garantía. Me dio su portátil, que valdría unos mil pavos. Ya puestos, pensé en pedirle una caja de media docena de cervezas, pero no quise abusar de su hospitalidad.

Ned nos dio la llave de la cabaña, algunas normas básicas de funcionamiento e indicaciones para llegar a Pond House.

—Sólo siga su nariz.

Eso me hubiese llevado a la cocina, pero creo que quería decir que lo hiciese después de subir al coche.

Kate y yo nos subimos al mismo.

—¿Has visto lo agradable y confiada que es la gente aquí? —dijo Kate.

—Creo que me falta el billetero.

No me hizo caso y continuó:

—Esto se parece mucho al lugar donde me crié, en Minnesota.

—Pues allí hicieron un buen trabajo. Hablaremos del cambio de domicilio más tarde.

Seguí a mi nariz unos cien metros, y llegamos a una pequeña cabaña de madera junto a un estanque.

Kate cogió el maletín y entramos. El lugar no estaba mal, era una combinación de sala, dormitorio y cocina decorado con lo que parecía una estética eBay. Detrás había una galería cerrada que daba al estanque. Con un poco de suerte habría un baño interior.

Kate estaba inspeccionando la cocina.

—¿Qué hay en la nevera? —le pregunté.

Abrió la puerta.

—Una bombilla.

—Llama al servicio de habitaciones.

Cogí el teléfono que estaba en la mesa y llamé a Dick Kearns a cobro revertido. Aceptó la llamada.

—¿Por qué pago esta llamada? —preguntó.

—Estoy en la cárcel, y ya he utilizado mi llamada gratuita para llamar a mi corredor de apuestas.

—¿Dónde estás? ¿Quién es la Wilma que aparece en el identificador?

—La esposa de Ned. ¿Cómo te ha ido?

—¿Con qué? Ah, Pushkin. Escritor ruso. Muerto. No hay más información.

Al parecer, Dick sentía la necesidad de divertirse a mi costa, ya que no me iba a cobrar nada.

—Venga, Dick. Esto es importante.

—Primero tengo que preguntarte lo siguiente: ¿cuánto mides?

—Un metro setenta y ocho.

—Desafortunadamente, detective Corey, la mayor parte de esta información no está disponible para las personas que miden menos de un metro ochenta, pero dejaré constancia de que has solicitado una altura de metro ochenta.

Cumplido el trámite del manido chiste, Dick dijo:

—Muy bien. ¿Preparado para copiar?

—Espera. —Kate había salido del baño y acercó una silla de cocina a la mesa—. Voy a conectar el altavoz. —Apreté el botón del altavoz—. Saluda a Kate.

—Hola, Kate.

—Hola, Dick.

—Me alegra que estés ahí para evitar que este tipo se meta en líos.

—Lo intento.

—¿Alguna vez te hablé de aquella...?

—Dick —lo interrumpí—. Vamos cortos de tiempo.

—Sí, yo, también. Vale, ¿preparado?

Kate cogió su libreta y yo el bloc y el lápiz que había en la mesa.

—Adelante.

—Muy bien. Putyov, Mijaíl. Nacido en Kursk, Rusia, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, 18 de mayo de 1941. Padre fallecido en 1943, capitán del Ejército Rojo, muerto en combate. Madre fallecida, sin más información. El sujeto estudió... Joder, no puedo pronunciar estas puñeteras palabras rusas...

—Deletréelas.

—Vale. —Nos informó de toda la educación de Mijaíl Putyov, y mis ojos comenzaron a velarse hasta que dijo—: Se graduó en el Instituto Politécnico de Leningrado con un título superior en física nuclear, más tarde entró en el... ¿qué demonios? ¿Kurchatov? Sí, el Instituto Kurchatov de Moscú... Aquí dice que era una instalación nuclear soviética de primera categoría, y que este tipo era uno de los investigadores.

No hice ningún comentario, pero Kate y yo intercambiamos una mirada.

—¿Es esto lo que buscabas?

—¿Qué más?

—Después trabajó en una fábrica de *borsch*, donde echaba las patatas en la sopa.

—Dick...

—Trabajó en el programa de armas nucleares soviéticas en algún lugar de Siberia... —Deletréó el nombre de una ciudad o instalación—. Esto parece estar clasificado, y desde 1979 hasta el colapso de la Unión Soviética en 1991 no hay mucha información.

—Vale... ¿Hasta dónde es fiable todo esto?

—Parte la conseguí directamente de un tipo del FBI, Putyov está en su lista de vigilancia. El resto lo saqué del *curriculum* de Putyov, que está en la página web del lugar donde trabaja.

—¿Dónde trabaja?

—En el Massachusetts Institute of Technology. Es catedrático.

—¿Qué enseña?

—Historia rusa no.

—Vale...

—También tengo algo más de información bajada de la red; de las revistas

académicas. Es muy respetado.

—¿Por qué?

—Por todo el rollo nuclear. ¿Quieres que te la lea?

—Ya la buscaré. ¿Qué más?

—Tuve suerte con la oficina del FBI de Boston. Encontré a un tipo que estaba dispuesto a hablar extraoficialmente. Me dijo que a Putyov lo trajeron aquí en 1995 como parte de nuestro programa de reubicación postsoviético, para neutralizar a algunos de estos talentos que iban por libre antes de que se vendiesen al mejor postor. Le dieron este puesto de profesor en el MIT como parte del programa.

—Tendrían que haberlo fusilado sin más.

—Eso hubiese sido más barato. —Dick se rió—. Le compraron un apartamento en Cambridge, y todavía le saca algunos pavos al Tío Sam. Por cierto, hice una rápida investigación de su calificación financiera y el tipo tiene una triple A. Ningún problema de dinero o crédito, algo que, como sabemos, elimina la mitad de los motivos de la mitad de toda esa mierda ilegal que circula por el mundo.

—Correcto. —Era esa otra mitad la que me preocupaba; la clase de motivo para llevar a cabo actividades ilegales que un petrolero multimillonario pudiese encontrar irresistible. Como el poder, la gloria, la venganza.

—¿Por qué está en la lista de vigilancia del FBI? —preguntó Kate.

—El tipo de Boston me dijo que era el procedimiento habitual para esa clase de personas. El FBI no tiene nada en su contra, pero le piden que les notifique cuándo sale del lugar porque, como me comentó el tipo, Putyov es un cerebro ambulante lleno de cosas que no debe compartir con ningún otro país que tenga en marcha un programa de armas nucleares ilegal.

—¿Putyov comunicó a la oficina de Boston que dejaba la ciudad?

—No lo sé, y no lo pregunté. Ya fue mucha suerte encontrar a este tío dispuesto a hablar. Pero mis preguntas se limitaron a los antecedentes.

—¿Esposa? ¿Hijos? —quiso saber Kate.

—Dos hijos mayores que también trajeron como parte del programa de reubicación. Ninguna información sobre ellos. La esposa, Svetlana, no habla mucho inglés.

—¿Hablaste con ella?

—Sí. Llamé al apartamento. Pero antes llamé a su despacho en el MIT. Su secretaria, una tal Crabtree, dijo que él le había enviado un correo electrónico el fin de semana, el sábado, diciéndole que no regresaría hasta el martes, o sea hoy. Pero todavía no ha llegado, y nadie sabe nada de él. Supongo que está donde estáis vosotros, ¿no es así?

—No lo sé. —Era extraño, me dije, que hubiese cancelado su reserva en el vuelo de las 12.45 a Boston en algún momento de la tarde anterior, pero que aún no hubiese llamado a su despacho o a la compañía aérea para reservar otro billete para el siguiente vuelo a Boston, que, si no recordaba mal, era a las 9.55 del día siguiente por

la mañana, y tampoco regresaba por tierra a Boston porque habían devuelto su coche.

—¿La secretaria parecía preocupada? —preguntó Kate.

—No te lo puedo decir. Era una profesional, y yo no tenía motivos para presionarla. Así que llamé a Svetlana, y ella me dijo: «Él no casa». Le pregunté: «¿Cuándo estará en casa?» Ella me respondió: «Muartes» y, yo le dije: «Hoy es muartes» y, ella dijo: «Valva demar» y, colgó.

—¿Valva demar?

—Sí, es vuelva a llamar en ruso. Así que he llamado hará cosa de veinte minutos y he dicho: «Necesito hablar con Mijaíl. Ha ganado un millón de dólares en la lotería del Reader's Digest, y tiene que reclamar el dinero». Y ella me ha contestado: «¿Finero? ¿Qué finero?» En cualquier caso, no creo que esté en casa, o ella lo habría llamado para que reclamara el premio. ¿Qué pasa, el tipo ha desaparecido?

—Quizá. ¿Alguna cosa más?

—No. Eso es el paquete básico gratis.

—¿Has conseguido su número de móvil?

—Se lo pedí a Svetlana y a la secretaria. No me lo quisieron dar, pero estoy seguro de que lo llamaron varias veces.

—Vale. ¿Qué tal si preguntas a la compañía telefónica o a la oficina del FBI en Boston?

—Lo intentaré con la compañía telefónica. Pero no llamaré de nuevo a mi fuente en el FBI. Llegué hasta donde pude con él, y se mostró amable, pero después comenzó a preguntar. Tendremos que dejarlo en paz a menos que quieras remover la mierda.

—Muy bien, déjalo en paz.

—Kate, ¿por qué hago esto? Cuando trabajaba para la ATTF, ellos tenían sus propios ordenadores, teléfonos y archivos.

Ella me miró, y después le contestó a Dick:

—Tu amigo intenta demostrar su propia teoría de no sé qué cosa.

—Vale. ¿Le has dicho que es bueno jugar en equipo?

—Se lo he mencionado varias veces.

Yo ya había puesto los ojos en blanco.

—Cuando cesen a John, necesitaré que alguien me ayude.

—Creo que estará en la lista de indeseables de los federales por tiempo indefinido.

—Ya está bien —los interrumpí—, volvamos al trabajo. Dick, ¿se te ocurre algo más que pueda ser de interés o relevante?

—¿Relevante en qué?

Buena pregunta, y antes que pudiese pensar una respuesta, Dick preguntó:

—¿Qué pasa con todo ese rollo nuclear?

—No creo que sea relevante para la investigación de un homicidio.

—¿Por qué un profesor del MIT se mezclaría en un asesinato?

—Pensé que podría pertenecer a la mafia rusa, pero no lo parece. A ver...

—¿Crees que los árabes secuestraron al tipo?

—No lo creo. Dime los números de teléfono de su casa y del trabajo.

Nos los dio.

—De acuerdo, chicos, la pelota está en vuestro campo. Espero que encontréis a Putyov y al hijo de puta que mató a Harry Muller.

—Lo haremos.

—Gracias, Dick —dijo Kate.

—Cuidaos.

Colgamos y Kate me miró.

—Físico nuclear.

—Correcto.

—¿Qué hacía en el Club Custer Hill?

—¿Reparaba el microondas?

—John, tenemos que volar a Nueva York hoy mismo y hacer que Walsh reúna a la gente adecuada...

—Un momento. Exageras. No tenemos ninguna información extraordinaria más allá de que un físico nuclear estuvo entre los invitados al Club Custer Hill...

—Tenemos MAD, NUKE, ELF y...

—Espero que ya lo hayan encontrado.

—¿Qué pasa si no?

—Entonces es que son idiotas.

—John...

—No podemos admitir que poseemos pruebas que hemos ocultado... bueno, que se nos olvidó mencionar.

—¿Nos? —Se levantó de la silla—. *Tú* no informaste de las pruebas, pero *nosotros* hemos cometido un delito. Soy cómplice.

Yo también me levanté.

—¿Crees que no voy a cubrirte?

—No necesito que me cubras. Tenemos que informar de todo lo que tenemos, incluido Putyov. Ahora.

—Bien, puede ser que el FBI ya sepa todo esto, y no lo estén compartiendo con nosotros; entonces, ¿por qué debemos compartirlo nosotros con ellos?

—Es nuestro trabajo.

—Correcto. Lo compartiremos. Pero no ahora. Piensa en lo que hacemos como si fuese una investigación suplementaria.

—No, lo que estamos haciendo es una investigación no autorizada.

—Error. Walsh nos autorizó...

—Liam Griffith...

—Que lo follen. Por lo que sé, está aquí para traernos una muda de ropa interior.

—Tú sabes por qué está aquí.

—No, no lo sé. Y tú tampoco.

Se acercó.

—¿John, qué te propones?

—Como siempre, alcanzar la verdad y la justicia. Ah, también cumplir con el deber, el honor y la patria.

—Rollo patatero.

—La respuesta verdadera es que necesitamos salvar el culo. Estamos en problemas y la única manera de salir del lío es seguir con el caso hasta...

—No te olvides de tu ego. Éste es John Corey, DPNY, dispuesto a demostrar que es más listo que todo el FBI.

—No necesito demostrarlo. Es un hecho probado.

—Me voy a Nueva York. ¿Vienes conmigo?

—No. Tengo que encontrar al asesino de Harry.

Se sentó en la cama mirando al suelo. Era obvio que estaba alterada.

Esperé más o menos un minuto y después dije:

—Kate. —Le apoyé una mano en el hombro—. Confía en mí.

Permaneció en silencio durante un rato. Luego murmuró, casi para sí misma:

—¿Por qué no podemos regresar sin más a Nueva York y decirle a Tom todo lo que sabemos...? ¿Intentar salvar nuestras carreras...?

—Porque estamos más allá del punto sin retorno. No hay vuelta atrás. Lo siento —añadí.

Continuó sentada un poco más, y a continuación se levantó.

—De acuerdo... ¿Ahora qué?

—*ELF*.

Capítulo 36

Kate parecía haberse calmado un poco y resignado al hecho de que el idiota que la había metido en aquel embrollo probablemente era el único idiota que podía sacarla de él.

Era algo que me presionaba un poco, pero sabía que si me mantenía concentrado y solucionaba ese caso —el asesinato de Harry y el misterio de Madox— entonces nuestros problemas profesionales y personales desaparecerían. Y, ya puestos, quizá también pudiésemos salvar el planeta. Pero como la propia Kate decía: «Nada tiene tanto éxito como el éxito».

La cara opuesta de eso era... bueno, la desgracia, la humillación, el cese, la cola del paro y alguna sorpresa nuclear. Pero ¿por qué ser negativo?

Para hacer que Kate se sintiese parte de la solución, le dije:

—Vale, seguiré tu consejo y llamaremos a John Nasseff.

Kate y yo nos sentamos a la mesa y cogimos nuestras libretas.

Yo hubiese preferido utilizar el portátil de Ned, pero estaba bastante seguro de que John Nasseff, que era un tipo de Soporte Técnico, estaba fuera de la trenza de la ATTF.

Kate utilizó su tarjeta de llamada personal que no mostraría el número de Wilma en la pantalla, se identificó al telefonista de la ATTF y pidió hablar con el comandante Nasseff. Conectó el altavoz, y mientras pasaban la llamada me comentó:

—John Nasseff es un comandante naval en servicio activo, así que quizá debas dirigirte a él por su rango. Es un oficial y un caballero, de manera que vigila tu lenguaje.

—Pues tú ve con cuidado en cómo formulas las preguntas.

—Creo saber cómo se hace. Pero ¿por qué no tomas tú el mando como tienes por costumbre?

—Sí, señora.

El comandante John Nasseff se puso al teléfono.

—Hola, Kate. ¿En qué puedo ayudarte?

—Hola, John. Mi marido, John, que trabaja con... que trabaja conmigo, y yo necesitamos información sobre las frecuencias de radio extremadamente bajas. ¿Puedes ayudarme con el tema?

—Creo que sí... —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Puedo saber de qué se trata?

—Buenas tardes, comandante —dije—. Soy el detective Corey, que trabaja para la agente especial Mayfield.

—Por favor, llámeme John.

—Lo mismo digo. En respuesta a su pregunta, desafortunadamente éste es un tema reservado, y sólo podemos decirle que es urgente.

—Lo comprendo... ¿Qué quieren saber?

—¿Las ondas ELF pueden freír un huevo?

Kate puso cara de cabreo, pero el comandante respondió:

—No lo creo.

John Nasseff sonaba al estirado oficial de marina que probablemente era, así que añadí:

—Sólo era una broma. ¿Puede darnos alguna explicación respecto a esas ondas ELF? Por favor, no sea demasiado técnico. Ni siquiera sé programar la radio del coche.

Conseguí que se riese.

—Está bien... es un tema técnico, pero intentaré explicárselo en los términos más sencillos. No soy un experto en las señales ELF, pero desde luego le puedo ofrecer unos datos básicos de las mismas.

—Somos todo oídos. —Abrí la libreta y cogí el lápiz.

—Para empezar... lo estoy buscando en el ordenador... vale. Las ondas ELF se transmiten en frecuencias extremadamente bajas... —Soltó una risita—. Por eso se llaman así. Sea como sea, son ondas muy largas, así que si está transmitiendo a 82 hercios o a 0,000082 megahercios, que es el equivalente a una longitud de onda de 3.658,5 kilómetros...

Solté el lápiz.

—Un momento, John, un momento. No queremos enviar un mensaje con nuestro transmisor ELF. ¿Quién utiliza esta longitud de onda? ¿Para qué se usa ELF?

—Sólo lo utilizan los militares. En concreto, la marina. Se usan para comunicarse con los submarinos nucleares que operan a gran profundidad.

Kate y yo nos miramos. Quería preguntarle a John si conocía a Fred, pero en cambio dije:

—¿Esas Ondas se pueden sintonizar?

—Claro. Si dispone del equipo adecuado. Pero quizá tenga que esperar mucho tiempo para escuchar una transmisión ELF.

—¿Por qué?

—Tienen un uso muy limitado. Además, cualquier cosa que le llegue estará codificada.

—Vale... hagamos todo el recorrido. ¿Quién, qué, dónde, cuándo, cómo y por qué?

—No creo que nada de lo que diga esté clasificado, pero necesito preguntar si utilizan una línea segura.

Típico de un tío de comunicaciones militares. Quizá Ned escuchaba para pasar el rato, pero no tenía pinta de espía, y Wilma probablemente estaba mirando algún programa de televenta.

—Utilizamos una línea terrestre normal —le informé al comandante Nasseff—, y sólo la usaré una vez en un hotel en los Adirondack. —Ya no estábamos en esa zona, pero allí es donde Walsh y Griffith debían de creer que estábamos por si acaso esta conversación llegaba hasta ellos—. El hotel se llama The Point. El cocinero es francés, pero estoy seguro de que no nos escucha.

—De acuerdo..., tal como he dicho, la mayor parte de esto no está clasificado, así que déjenme que les explique la aplicación práctica de la tecnología ELF. Como saben, tenemos submarinos nucleares que operan a grandes profundidades durante largos períodos de tiempo, en ocasiones durante meses, y la mayor parte de estos submarinos operan en sus zonas de patrulla habituales cerca de... bueno, esto es algo sensible, pero les diré que cerca de estaciones hidroacústicas sumergidas, donde pueden estar en contacto con Operaciones Navales a través de los canales de radio normales. Pero algunos de estos submarinos puede estar en tierra de nadie, demasiado lejos de las estaciones submarinas, así que, en una situación de emergencia, Operaciones Navales en Pearl Harbor, para la flota del Pacífico, o en Norfolk, para la flota del Atlántico, necesitan ponerse en contacto con estos submarinos nucleares que no están cerca de la superficie o de una estación retransmisora submarina. ¿Hasta ahora me siguen?

Miré a Kate, que asintió, y respondí:

—Sí, continúe.

—Verán, las ondas VLF, que son las de muy baja frecuencia, no penetran en las profundidades oceánicas, especialmente si el agua es muy salina. Salada.

—Entiendo, salada.

—Sin embargo, las ondas ELF pueden dar la vuelta al mundo independientemente de las condiciones atmosféricas, y lo penetran todo, incluidas las montañas, los océanos y las capas de hielo polar. Pueden llegar a un submarino sumergido a grandes profundidades en cualquier momento y lugar. En realidad, si no fuese por la existencia de las ondas ELF, no tendríamos ninguna comunicación con algunas de estas naves de nuestra flota de submarinos nucleares, y eso supondría un problema muy grave si subiese el globo.

—¿Qué globo?

—El globo. Es la palabra de argot para guerra atómica.

—Vale. Me gusta más globo. —De nuevo, Kate y yo nos miramos en un intento por comprenderlo. No sabía qué sentía ella, pero yo, al pensar en Bain Madox, me sentía algo preocupado.

El comandante Nasseff hizo un curioso chiste del día del juicio final al decir:

—Si no fuese por ELF, no podríamos disfrutar de una bonita guerra atómica total.

—En ese caso, gracias a Dios por ELF.

Nasseff se rió.

—Es un viejo chiste de los tipos de comunicaciones de la marina.

—Tronchante. ¿Algo más?

—Pues verás, ha pasado mucho tiempo desde la Guerra Fría, pero...

—Así que ése es el único motivo —lo interrumpí—, la única razón para que alguien utilice una radio ELF... Es para hablar con un submarino.

—En realidad no es una radio de voz, es más bien como un transmisor de señales, como un telégrafo, que envía mensajes cifrados.

—¿Sólo a un submarino?

—Correcto. A un submarino sumergido a grandes profundidades. Las ondas ELF son muy largas, y por lo tanto las transmisiones son muy lentas. Pero, como he dicho, lo penetran todo; por consiguiente, su único uso práctico es permitir el contacto con submarinos sumergidos con los que no se puede establecer contacto por medios normales.

—Vale. ¿Las ondas ELF pueden estropear mi móvil?

Se rió de nuevo.

—No. Estas ondas están muy lejos en el espectro como para interferir con cualquier otra onda de radio, microondas, o cualquiera de las que usamos habitualmente.

—Así que las transmisiones ELF son códigos de letras —dijo Kate.

—Conecto.

—¿Sólo pueden ser captadas por los submarinos?

—Bueno, las puede captar cualquiera que tenga un receptor ELF. Pero a menos que se sepan los códigos, que cambian a menudo, no tendrían ningún significado. Sólo se oirían los pulsos transmitidos, que son las letras cifradas. Por lo que tengo entendido, los códigos de tres letras son los más comunes.

—¿Eso le dice a la tripulación del submarino todo lo que necesita saber? —inquirió Kate.

—Por lo general, sólo les dice que deben establecer una comunicación por radio normal. A las transmisiones ELF las llamas campanillas, porque alertan al comandante del submarino de que está sucediendo algo y que debe intentar ponerse en contacto —explicó—. Pero algunas veces el código de tres letras es suficiente. Por ejemplo, podría significar «Emerja» o «Vaya al lugar A», que es una coordenada en una cuadrícula predeterminada. ¿Me siguen?

—Creo que sí —dijo Kate.

—No se puede utilizar ELF para mensajes largos, porque una señal puede tardar media hora en llegar al submarino. Además, éste no puede enviar a su vez una señal o mensaje ELF. Sólo puede recibirlo.

—Algo así como: «No nos llame, lo llamaremos nosotros».

—Correcto.

—¿Por qué un submarino no puede enviar una señal ELF? —preguntó Kate.

—El transmisor y la antena necesitan estar en tierra. Ya lo explicaré más adelante. Pero, mientras tanto, si el submarino necesita responder a ese mensaje, o si el comandante precisa más información, entonces el sumergible tendrá que acercarse a

una estación hidroacústica sumergida, si hay tiempo, o bien a la superficie y soltar una boya de comunicaciones para responder o recibir más información vía VLF, o en estos días vía satélite u otros medios.

—¿Qué quiere decir con «si hay tiempo»? —pregunté.

—Pongamos que el otro bando ya hubiera lanzado sus misiles balísticos intercontinentales contra nosotros, entonces no habría tiempo para establecer una comunicación por radio normal, porque cuando el submarino recibiese la señal ELF, que, como he dicho, puede tardar treinta minutos, en Estados Unidos, todas las formas de comunicación habrían dejado de existir, y ya no habría quién parase la guerra atómica. Si eso fuera lo que estuviera ocurriendo en la superficie —prosiguió—, entonces los submarinos recibirían un único y último mensaje ELF; un código de tres letras que significa... bueno, «Disparen».

Kate pareció un tanto intranquila, pero el comandante Nasseff tenía buenas noticias.

—Sin embargo, las explosiones termonucleares no afectan a las ondas ELF.

—Demos gracias a Dios porque así sea —repliqué—. Pero deje que le pregunte una cosa: ¿qué pasa si el tipo que envía los códigos envía las letras equivocadas. Pongamos que quiere escribir XYZ, que significa «Hora de comer», pero se equivoca y escribe XYV, que significa «Lancen los misiles»?

El comandante Nasseff respondió con un tono risueño:

—Eso no puede pasar.

—¿Por qué no? Mire los *e-mail* que recibe.

—Me refiero —explicó pacientemente— a que hay dispositivos de seguridad, y todas las órdenes de lanzamiento deben ser verificadas.

—¿Por quién? Cuando el submarino recibiese la orden, media hora después de ser enviada, como usted acaba de decir, no quedaría nadie para verificar nada.

—Es verdad. Pero puede estar muy tranquilo de que eso no sucederá.

—¿Por qué no? Sólo estamos hablando de tres miserables letras.

—Para su información, un código de tres letras permite 17.576 posibles combinaciones de letras en el alfabeto inglés. El alfabeto ruso, de treinta y tres letras, dará 35.937 códigos diferentes. Treinta y tres por treinta y tres por treinta y tres equivale a 35.939. Por lo tanto, ¿cuáles son las probabilidades de que un radiooperador naval pueda mandar por error un código a la flota de submarinos que diga que lancen sus misiles a sus objetivos predeterminados?

Teniendo en cuenta el hecho de que si algo puede salir mal lo hará, me dije que las probabilidades no estaban mal.

—Quizá tendríamos que emplear el alfabeto ruso. Ya sabe, más letras, menos probabilidades de comenzar una guerra nuclear por accidente.

Le resultó divertido y me respondió:

—Si está decidido a saber más de lo que necesita saber, le diré que la persona que transmite el mensaje debe repetirlo con un código corrector de errores, seguido por

otro código de verificación de tres letras. Nadie puede equivocarse por accidente.

Formulé la pregunta obvia y más pertinente:

—¿Qué pasa si es intencionadamente? ¿Como algún loco que quisiera empezar una guerra atómica?

Lo pensó durante unos segundos.

—Como le he dicho, los códigos cambian con frecuencia.

—Pero si alguien tiene el código...

—No puedo concebir que nadie no autorizado pueda conseguir los códigos de iniciación y verificación, además de los protocolos de cifrado que estén en uso. Por otra parte, el *software* de cifrado es de una sofisticación increíble. No tendría que preocuparse por esas cosas.

Pensé en Bain Madox y me contuve para no decirle al comandante Nasseff: «Pues usted sí debería».

—¿No hay ningún otro posible uso para este medio de comunicación? —preguntó Kate—. ¿Las ondas ELF sólo sirven para fines militares?

—Bueno, eso era antes. Ahora he oído decir que, desde el final de la Guerra Fría, el transmisor ELF ruso ha sido utilizado para investigaciones geofísicas. Espadas convertidas en rejas de arado. Las ondas ELF pueden penetrar profundamente la corteza terrestre —explicó—, y por lo tanto se pueden usar para sondeos electromagnéticos y controles. Por ejemplo, para estudios sismológicos, predicciones de terremotos y cosas por el estilo. Pero no sé gran cosa al respecto.

—Así que, teóricamente —señaló Kate—, alguien más aparte de los militares podría enviar una transmisión ELF. Los científicos, por citar un caso.

—Teóricamente, pero sólo hay tres transmisores ELF en todo el mundo, y todos son propiedad de los militares. Nosotros tenemos dos —añadió—, y ellos el otro.

Kate lo consideró antes de plantear la siguiente pregunta:

—Entendido... pero, teóricamente, ¿esto es alto secreto, es ilegal construir un transmisor?

—No tengo noticia de que sea ilegal, y no hay nada de alto secreto en la tecnología o la física. El principal problema de una estación transmisora ELF es el coste, y, como he dicho, no tiene ninguna aplicación práctica fuera de ponerse en contacto con los submarinos o, recientemente, en unas pocas investigaciones geofísicas.

No me imaginaba a Bain Madox interesado en las investigaciones geofísicas, pero todo podía ser.

—¿Las ondas ELF pueden utilizarse en la búsqueda de yacimientos de petróleo?

—Podría ser.

—Entonces, los geólogos podrían emplearlas para encontrar petróleo.

—Teóricamente —dijo el comandante—, pero las estaciones ELF sólo se pueden construir en unos pocos lugares en el mundo.

—¿Cómo es eso? —preguntó Kate.

—Ahora que hemos llegado al transmisor lo explicaré. Han preguntado por qué un submarino no puede enviar un mensaje ELF. Una razón es que el transmisor ELF únicamente puede estar en un lugar donde la conductividad del suelo sea muy baja. Sólo hay unos pocos lugares en el planeta donde se cumpla esta condición geológica.

—¿Dónde? —pregunté lógicamente.

—Uno es donde está el transmisor ruso, llamado Zevs, en el noroeste de Murmansk, cerca del Círculo Polar ártico. Otros lugares donde existen las condiciones necesarias están aquí. Nuestros dos transmisores son el Wisconsin Transmitter Facility, WTF, y el Michigan Transmitter Facility, el MTF. Ambos comparten la misma formación geológica llamado piso laurentino.

—¿Es todo?

—Eso en cuanto a los transmisores ELF que hay, pero los británicos casi construyeron uno durante la Guerra Fría para la Royal Navy en un lugar llamado Glengarry Forest, en Escocia. Sin embargo, desistieron por una serie de razones políticas y prácticas.

Kate y yo no dijimos nada por unos momentos, luego Kate recapituló:

—Así que sólo hay tres transmisores ELF en todo el mundo.

El comandante Nasseff aprovechó para hacer un chiste:

—La última vez que los conté.

«Pues cuente de nuevo, comandante», pensé.

Kate y yo nos miramos el uno al otro, pero ninguno de los dos formuló la pregunta obvia sobre otros lugares adecuados y quizá muy cercanos. Teníamos claro que debíamos plantear la pregunta de forma tal que el comandante Nasseff no comentase en la cafetería que Corey y Mayfield preguntaban por transmisores ELF en las montañas Adirondack.

John Nasseff interpretó el silencio como que habíamos acabado y preguntó:

—¿Les ha sido de alguna ayuda?

—Sí, muchas gracias —contestó Kate—. Una pregunta más, porque hay algo que no tengo claro. ¿Dice que es posible que un particular pueda construir un transmisor ELF?

John Nasseff probablemente estaba deseando irse a comer, pero respondió:

—Por supuesto. Cualquiera podría construirlo en su sótano o en su garaje. Es una tecnología relativamente básica, y algunos de los componentes seguro que se pueden comprar en las tiendas del ramo, y lo que no se encuentra se puede hacer o adquirir si tienes el dinero. El verdadero problema es la ubicación de la antena y su tamaño.

—¿Por qué es un problema?

—Porque no se trata de la típica antena vertical. Una antena ELF consta de uno o varios cables muy largos. Estos cables se instalan en postes como los de teléfonos, generalmente formando un gran círculo, y tienen una longitud de kilómetros.

Eso se parecía a algo que había visto recientemente.

—¿Porque eso es difícil... o caro?

—Bueno, desde luego es caro si el gobierno lo hace —replicó Nasseff, y se rió a gusto—, pero, como les he dicho, es básicamente una cuestión de geología y geografía. Primero, hay que encontrar un lugar donde la formación rocosa sea la adecuada, y luego, adquirir una gran cantidad de esa tierra.

—¿Y después?

—Hay que tender los cables, que son los que alimentan la antena. Estos cables pueden tener una longitud de centenares de kilómetros, ya digo, dispuestos en círculo para ahorrar espacio. Si las condiciones geológicas son perfectas, bastaría con unos ochenta kilómetros o quizá menos.

—No acabo de entender del todo la parte geológica —reconoció Kate.

—A ver... déjeme que mire esto... Vale... Una condición necesaria para construir una antena ELF es que sea una zona donde sólo haya unos pocos metros de arena o grava morena. Debajo de eso, se necesita una base de granito ígneo o... ¿qué demonios es esto?

Lo deletreó: G-N-E-I-S metamórfico.

—Espero que eso no sea el código de lanzamiento.

El comandante se rió.

—Supongo que es una clase de roca. Veamos... zonas de viejas cadenas montañosas precámbricas, como el suelo laurentino, donde están nuestras instalaciones ELF, ese lugar en Escocia donde los británicos decidieron no construir la estación ELF, un emplazamiento cerca del mar Báltico... ya ven lo que hay.

No le oí decir «las montañas Adirondack», y eso que escuchaba con atención.

—Así que, si alguien quiere construir una estación ELF, tiene que ir a uno de esos lugares, comprar la tierra que necesita, luego clavar los postes de teléfono en la roca y tender los cables de la antena entre ellos formando un círculo. Cuanto mejores sean las condiciones geológicas, más corto será el cable, que proveerá la misma potencia transmisora. Después, el cable de la antena se conecta a un grueso cable de cobre en tierra, hasta una profundidad de uno o dos postes de teléfono en la roca de baja conductividad. A continuación, se instala un potente generador eléctrico, ése es el gran gasto, para que alimente los cables de la antena, y la corriente pasa por ellos y baja por el cable de cobre hasta la roca. Entonces la Tierra se convierte en antena. ¿Lo entienden?

—Perfectamente —respondí.

No creo que me creyese.

—Esto es un poco técnico para mí también, pero, al parecer, si se tiene la suficiente capacidad de generación eléctrica, miles de kilovatios, y una vez la antena está bien instalada, el radiotransmisor no es difícil de construir, y ya se pueden transmitir todas las ondas ELF que se quiera. Desafortunadamente, nadie estará escuchando.

—Los submarinos sí —le recordé.

—Sólo si están sintonizados en la frecuencia que transmite. Los rusos transmiten

a 82 hercios y nosotros a 76. Incluso si los submarinos escuchasen algo en la frecuencia correcta, el receptor ELF probablemente rechazaría la señal.

—¿Por qué?

—Porque, como he dicho, las señales militares las cifra un ordenador. Se cifran cuando se transmiten, y se descifran en la recepción. De otra manera —explicó—, cualquier loco, como usted parece sugerir, teóricamente podría sembrar el caos en las flotas de submarinos nucleares rusa y norteamericana. Podría iniciar la tercera guerra mundial.

Entendí exactamente lo que quería decir sin el ejemplo explícito.

Kate se levantó.

—¿Alguna vez alguien ha intentado hacer algo así? —preguntó.

El comandante Nasseff guardó silencio, así que repetí la pregunta. Él replicó con otra.

—¿Qué es lo que se traen entre manos?

Tenía claro que acabaría por hacer esa pregunta, y no quería que enviase un código de tres letras al Pentágono que significase: «Investiguen a Corey y Mayfield». Le contesté:

—Supongo que ya sabe que estamos en la sección de Oriente Medio. Es todo lo que puedo decir.

Lo pensó y acabó dándolo por bueno.

—Esas personas —dijo— pueden tener o ser capaces de adquirir esta tecnología... pero no creo que haya una zona geológica adecuada en ninguno de aquellos países.

—Ésa es una buena noticia —afirmé. Pero en realidad aquello no tenía nada que ver con nuestros amigos de Oriente Medio. Le pregunté de nuevo—: ¿Alguien, en el pasado, intentó mandar alguna vez una señal falsa a nuestra flota de submarinos?

—He oído algunos rumores al respecto.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué pasó?

—Si hemos de dar crédito a los rumores, hará unos quince años, nuestra flota de submarinos nucleares recibió mensajes cifrados mediante ELF, pero los ordenadores de a bordo no pudieron verificar la legitimidad de los mismos, así que los rechazaron. Cuando los comandantes de los submarinos se pusieron en contacto con Operaciones Navales en Pearl Harbor y Norfolk por otros medios, se les informó que no se les había enviado mensaje alguno desde Wisconsin; Michigan aún no había sido construido. —Permaneció callado durante unos segundos—. Al parecer, alguien enviaba mensajes falsos, pero funcionaron las barreras y ninguno de los submarinos emprendió ninguna acción basada en esos mensajes.

—¿Qué tipo de acción? ¿Qué decían los mensajes? —pregunté.

—Disparen.

En la habitación reinó el silencio hasta que Kate acabó por preguntar:

—¿Pudieron haber sido los rusos quienes los enviaban?

—No. En primer lugar, los rusos ni siquiera tuvieron estación ELF hasta 1990, e incluso, de haberla tenido, no había ninguna razón lógica para que ordenasen a submarinos norteamericanos que iniciasen un ataque contra la Unión Soviética.

Estuve de acuerdo.

—En ese caso, ¿quién?

—Mire, éste podría ser uno de los muchos cuentos de la Guerra Fría que los submarinistas o el personal de comunicaciones se inventaban para impresionar a las novias o a los amigos en el bar.

—De acuerdo. Es una historia que da para un buen abrazo o una invitación a una cerveza. Pero también podría ser cierta.

—Podría ser.

—Por lo tanto, quizá llevemos mal la cuenta de los transmisores ELF. Si no me equivoco, ahora cuento cuatro.

Tardó un poco más en responder.

—Hace quince o dieciséis años había una única estación ELF en el mundo: la nuestra, en Wisconsin. Como les he dicho, la de Michigan aún no se había construido, y tampoco la Zevs. Por eso creo que esa historia no tenía ninguna base. ¿Quién construiría y emplearía un transmisor ELF con el propósito de iniciar una guerra nuclear?

Me dije que quizá el loco de mi exsuegro, pero era demasiado miserable como para gastar el dinero. Así que sugerí:

—¿Los chinos? Ya sabe cómo son, nos dicen que ataquemos a los rusos, luego se sientan y miran cómo nos destruimos mutuamente.

—Eso es posible. Pero si los pillaran no me sorprendería que los rusos y los norteamericanos se pusiesen de acuerdo para bombardearlos por eso. Es un juego demasiado peligroso.

Lo era, y si tú eras un país que se jugaba el pellejo en la partida, como China o Rusia, te lo pensarías dos veces. Pero si eras un tipo rico y absolutamente loco, sentado en la montaña, quizá te apetecería divertirse con un transmisor ELF.

—Ha dicho que las ondas ELF se pueden sintonizar —le comenté al comandante Nasseff—. Por lo tanto, deduzco que también se podría localizar la fuente de transmisión.

—Es una buena suposición. Pero la verdad es que no. Recuerde, la Tierra se convierte en antena, así que las señales parecen llegar de todas partes.

—¿Como un mensaje cósmico?

—Sería más como un temblor en el suelo debido a un terremoto. La señal parecería llegar desde todos los puntos.

—¿Así que no hay manera de rastrear el origen de una señal ELF?

—No en el sentido que usted piensa. Pero los receptores ELF podrían tener una idea general de la situación de la fuente comparando el poder efectivo radiado que recibían en sus posiciones. Como todas las fuentes de energía, cuanto más lejos está

del origen, más débil es la señal. Así fue cómo nos enteramos del transmisor ruso Zevs. Sospechamos que los rusos tenían un transmisor ELF para comunicarse con sus submarinos, así que instalamos una estación receptora en Groenlandia, y esta estación recibía unas señales muy fuertes. Al cabo de un tiempo pudimos ubicar su posición en la península de Kola, y los satélites espía lo confirmaron. Pero eso sólo porque se dio el caso de que los rusos transmitían continuamente mientras nosotros buscábamos la fuente de la señal.

—¿La marina consiguió alguna vez averiguar de dónde procedían las señales falsas? —pregunté después de pensar en la explicación del comandante.

—No tengo ni idea. Aunque supongo que no, o todos los que estamos en comunicaciones navales nos hubiésemos enterado, oficial o extraoficialmente. Yo nunca lo he oído decir. Claro que quizá nunca existieron esas transmisiones falsas —me recordó.

Yo creía que sí, y sospechaba que el comandante Nasseff también. Yo, además, creía saber la fuente.

El comandante pasó a un tema más alegre.

—Gracias a Dios, la Guerra Fría se ha acabado.

—Puede decirlo todas las veces que quiera.

No lo hizo.

—¿Alguna cosa más? —preguntó.

Pensé en Mijaíl Putyov.

—¿Un físico nuclear podría tener algo que ver con la tecnología de la frecuencia extremadamente baja?

—En absoluto. Probablemente sabría menos que usted.

—Eh, que ahora soy un experto. Nadie podrá venderme un microondas ELF.

El comandante Nasseff no hizo caso del chiste.

—¿Qué pasa con ELF que tanto le interesa a la sección de Oriente Medio de la Anti-Terrorist Task Force?

Kate y yo intercambiamos una mirada, y ella escribió en mi libreta: «Tú eres el de los rollos». Gracias, Kate.

—Pues basándonos en todo lo que nos ha dicho —le respondí al comandante—, quizá estábamos en la longitud de onda equivocada. —Reí mi propia gracia y expliqué—: Estamos trabajando en un caso que involucra a un grupo de terroristas ecológicos llamado Earth Liberation Front, ELF, pero parece ser el ELF erróneo. Lo siento.

El comandante Nasseff, como el oficial y caballero que era, se negó a dignificar este rollo con una respuesta.

Kate, que sabe cómo hacer que la persona interrogada no se dé cuenta de que le está formulando una pregunta, dijo:

—John, estoy consultando mis notas y, si no lo he apuntado mal, ha dicho que el único sitio adecuado en el país para una antena y un transmisor ELF es la zona

geológica de Wisconsin y Michigan llamada suelo laurentino. ¿Es correcto?

Podría haberse mostrado molesto y señalar que qué tenía que ver eso con el Earth Liberation Front, pero respondió:

—Creo que es correcto... Espere... hay otro lugar en Estados Unidos donde puedes instalar un transmisor ELF.

Kate y yo nos abstuvimos de preguntar dónde, pero John Nasseff nos lo dijo:

—Están sentados encima.

Capítulo 37

Salimos a la galería acristalada, calentada por el sol que entraba por los ventanales. Fuera, caían las hojas, los patos nadaban en el estanque y los gordos gansos canadienses se paseaban por la hierba sin sus pasaportes.

Estábamos absortos en nuestros pensamientos, que probablemente eran similares. Kate fue la primera en hablar.

—Madox tiene un gran generador eléctrico y una antena ELF en su propiedad, y probablemente un transmisor en alguna parte de su casa. Quizá en el refugio antiatómico...

Intenté quitarle un poco de hierro al asunto.

—¿Tú crees que Madox busca petróleo?

No estaba de humor para mis ocurrencias, y replicó:

—¿Creemos que Madox fue la persona que envió aquellas transmisiones ELF a la flota de submarinos hace quince años?

—Lo creemos.

—¿Por qué?

—Déjame que lo piense. Eh, intentaba desatar una guerra atómica.

—Sí, eso lo entiendo. Pero ¿por qué?

—Supongo que sencillamente tiraba los dados, cruzaba los dedos y esperaba un final feliz.

—Eso es una locura.

—Correcto. Pero él no lo veía así. Puede que seas demasiado joven para recordarlo, pero en aquellos tiempos había personas en este país, estoy seguro de que el señor Madox era una de ellas, que querían apretar el botón primero y acabar con todo. Creían sinceramente que pillarían a los soviéticos dormidos, que la tecnología y los sistemas de armamentos de los comunistas eran defectuosos y que podríamos sobrevivir a su respuesta. La lluvia ácida está sobrevalorada —añadí.

—Absolutamente demencial.

—Bueno, por suerte nunca lo sabremos. —Pensé por un momento—. Es obvio que Madox consiguió alguna información de los códigos ELF de los militares y decidió usarla. La tecnología para construir el transmisor y la antena, como nos ha dicho Nasseff, no es secreta, y en algún momento, unos veinte años atrás, Madox tuvo claro que necesitaba el lugar adecuado, y antes de que nadie se diese cuenta, compró una finca en las montañas Adirondack. La mejor inversión de su vida.

Kate asintió pensativamente.

—Supongo que eso fue lo que pasó... pero no funcionó.

—No, gracias a Dios no funcionó, o ahora no estaríamos aquí hablando del tema.

—¿Por qué no funcionó?

—Yo creo que subestimó la sofisticación y las complejidades de los ordenadores y el *software*, que obviamente son una parte integral de las transmisiones ELF cifradas —respondí tras un breve análisis—. En algún momento, alguien de dentro lo avisó de que si seguía insistiendo en dar con el código correcto, el gobierno dispondría la búsqueda a fondo de la fuente de las falsas transmisiones, y que el FBI acabaría por echar abajo la puerta del Club Custer Hill. Así que se vio obligado a renunciar a su apasionante pasatiempo.

—Quizá fue la intervención divina.

También analicé eso.

—Estoy seguro de que Madox creía que estaba en el bando de Dios, y que Dios lo estaba en el suyo.

—Bueno, pues no lo estaba.

—Aparentemente no. Mientras tanto, ¿cuál es la relación entre ELF y Mijaíl Putyov, antiguo físico nuclear soviético, ahora profesor en el MIT e invitado del señor Madox?

—Puede... puede ser que esta vez Madox quiera intentar que nuestros submarinos disparen contra objetivos predeterminados en Oriente Medio, China o Corea del Norte.

Lo procesé.

—Eso suena al Bain Madox que conocemos. Una interesante posibilidad, pero sigue sin explicar qué pinta Putyov.

Kate pensó en ello y probablemente en cosas que nunca hubiese imaginado que pensaría. Me preguntó, o quizá se preguntó a sí misma:

—¿Qué diablos pretende ese tipo?

—Creo que está en el plan B, y no tengo idea de lo que puede ser, excepto que es otra versión del plan A, que no le funcionó hace quince años. —Consulté mi reloj y me levanté—. Esto es lo que quiero que hagas, Kate. Conéctate y mira si hay algo más que necesitemos saber de las ondas ELF. También, busca a Mijaíl Putyov en Google y, ya puestos, a Bain Madox...

—Vale.

—Otra cosa muy importante: no olvides devolverle el portátil a Wilma antes de las seis y media.

Kate forzó una sonrisa.

—¿Puedo conectarme con eBay?

—No, deja a eBay en paz. Vale, después llama a la FAA y consigue los planes de vuelo de los dos aviones de Madox. Tienes los números de registro en tu maletín. Puede que te lleve algún tiempo, porque ya sabemos lo que es la burocracia federal, pero sé insistente y encantadora...

—¿Por qué crees que eso es importante?

—En realidad no lo sé. Pero me gustaría saber adónde envió Madox sus aviones

por si sucede que se convierte en importante. Más cosas. Repasa todas las listas de pasajeros, reservas y contratos de alquiler de coches y mira a ver qué puedes encontrar. Llama al despacho y a casa de Putyov y averigua si alguien sabe dónde está.

—De acuerdo. ¿Tú qué harás mientras yo hago todo eso?

—Es la hora de mi siesta.

—Muy gracioso.

—Tengo que hacer algunos recados. Compraré comida y algunas cosas de aseo que no parecen estar incluidas en los setenta y cinco dólares, y lo que sea que quieras.

—No necesitamos comprar nada, John —me comunicó—. En cuanto acabemos de recoger toda esta información nos volvemos a la ciudad. Reservaré un vuelo desde el aeropuerto local de los Adirondack o desde algún otro cercano.

—Kate, no creo que tengamos todavía la información suficiente como para vernos libres de la cárcel.

—Pues yo sí.

—No. Creo que hay personas en Washington que saben al menos tanto como sabemos nosotros ahora mismo.

—Entonces, ¿por qué enviaron a Harry en una misión de vigilancia al Club Custer Hill?

Buena pregunta. Se me ocurrieron varias respuestas.

—Quizá tenía algo que ver con la reunión del fin de semana. Pero más allá de eso no lo sé.

—John, creo que Harry cumplió la misión. Creo que lo enviaron para que lo detuviesen.

Yo ya lo creía, y ahora también Kate.

—Eso parece.

—¿Por qué querían que lo detuviesen?

—Ésa es la gran pregunta. Una posible respuesta sería avisar a Bain Madox de que lo vigilan. Desde luego, no esperaban que Madox asesinase a la persona que había atrapado.

—¿Cuál sería el motivo para que el Departamento de Justicia y el FBI desearan que Madox se enterase de la vigilancia?

—Algunas veces, cuando investigas un caso, te vales de la vigilancia para intimidar al sospechoso. En ocasiones, cuando se trata de personas ricas y poderosas, la usas como cortesía o advertencia. Ya sabes, algo así como cesa y desiste antes de meternos a todos en un compromiso.

Kate se levantó y se acercó a mí.

—Podrías haber sido tú —afirmó.

Para ser sincero, creía que yo hubiese tenido la sensatez de abortar el asunto tan pronto como hubiese visto de cerca la situación. Harry, en cambio, era una alma cándida que siempre había confiado en exceso en sus jefes y que acataba las órdenes.

—¿Si estás en lo cierto, crees que esta vigilancia ha asustado a Madox hasta el punto de hacerle desistir de lo que sea? —preguntó.

—Creo que un hombre como Madox no se asusta tan fácilmente. Es un hombre con una misión, y ya ha cometido por lo menos un asesinato en su camino para cumplirla.

—Uno que nosotros sepamos.

—Correcto. Estoy casi seguro de que lo sucedido esta semana ha tenido el efecto contrario al deseado por Washington. De hecho, el plazo de Bain Madox se ha acortado en unas veinticuatro horas, más o menos.

—Quizá sabe que le han descubierto el juego y sólo se dispone a escapar del país. Eso es lo que haría la mayoría.

—Tengo la certeza de que no es como la mayoría. Pero averigua dónde están sus aviones.

—Vale, pero si de verdad crees que seguirá adelante con sus planes, y no quieres volver a la ciudad, entonces necesitamos ir al fiscal federal más cercano y pedirle una orden de registro para el Club Custer Hill.

—Cariño, creo que la única orden que encontrarás en un juzgado federal será la orden de arresto a nombre de Kate Mayfield y John Corey.

—Entonces vayamos a ver a Schaeffer y averigüemos si él puede pedirle al fiscal local que le dé la orden de registro.

—Kate, nadie nos dará una orden de registro con el nombre de Bain Madox basada en lo que nosotros podamos decirles. Necesitamos tener más pruebas.

—¿Cuáles?

—Pues obviamente algunos cabellos y fibras de la casa del Club Custer Hill que se correspondan con los encontrados en el cuerpo y las ropas de Harry. Ésa es la prueba forense necesaria para relacionar la casa de Madox con Harry y a Harry con Madox, que se encontraba en la casa.

—Muy bien... pero ¿cómo conseguirás las fibras del Club Custer Hill sin una orden de registro?

—De la misma manera que haría si estuviese investigando el asesinato de Fulanito de Tal, que creo que fue visto por última vez con vida en casa de Perico de los Palotes.

—¿A qué te refieres?

—Iré al Club Custer Hill a hacerle una visita al señor Madox.

—No quiero que vayas allí.

—¿Por qué no? Es lo que haría en este momento en cualquier otra investigación de homicidio. Ahora mismo nos estamos quedando sin pistas, así que debo volver al principal sospechoso y hablar con él.

—Iré contigo.

—Ni hablar. Es imprescindible que te quedes aquí y te ocupes de los detalles que necesitamos para solucionar el caso... lo que necesitamos para conseguir una orden

de registro.

—No —replicó con firmeza—. No irás allí solo. —Me miró—. Podría ser peligroso.

—No es peligroso. No se trata de ir al castillo de Drácula. Soy un agente federal que quiere formular algunas preguntas.

—Ya mató a un agente federal.

Un buen recordatorio.

—Probablemente ya lo lamenta —señalé—. Y si no lo hace, lo lamentará tarde o temprano. —Cogí la chaqueta y me la puse.

Kate me imitó.

Ése era uno de esos momentos que requieren la combinación exacta de firmeza y cariño. La tomé en mis brazos.

—Te necesito aquí —declaré—. Hoy estamos un poco escasos de personal. De verdad que puedo encargarme de esto yo solo.

—No.

—Hablaré con el equipo de vigilancia de Schaeffer en el cruce, ¿de acuerdo? Les diré que me den una hora, y que si para entonces no he salido, que envíen a la caballería, ¿vale?

Eso pareció funcionar.

—Mantente en contacto con Schaeffer —añadí—. Llama también a The Point y averigua quién ha preguntado por nosotros. Diles que estamos de compras en Lake Placid, y que si llama el señor Griffith, que se reúna con nosotros en el centro.

Ah, recuérdale a Jim que Sonny DeMott iba a prestarme una chaqueta y una corbata para la cena.

—¿Eso iba a hacer?

—Estoy seguro de que sí. Tú suéltales un rollo. Haz como si fueses yo.

Sonrió.

—Quiero que conectes el móvil —dijo.

—Kate, nada de móviles. Si lo enciendes, tendrás a Liam Griffith en la puerta en menos de una hora.

—John... nosotros no trabajamos de esta manera.

—De vez en cuando, cariño, tienes que forzar un poco las reglas.

—¿De vez en cuando? Hiciste lo mismo en el último caso.

Fuimos hasta la puerta.

—Ten cuidado —me aconsejó Kate.

—Sin anchoas.

Nos dimos un beso, y partí para el castillo de Drácula.

Capítulo 38

Encontré una tienda en las afueras de Cantón, o quizá era el centro de Cantón. Difícil de determinar.

En cualquier caso, entré y compré lo que necesitaba para mi misión, que era un paquete de rosquillas rellenas de crema y uno de esos pequeños rodillos adhesivos que se utilizan para quitar las pelusas.

El tipo de la caja me indicó un atajo para ir a Colton, que estaba a unos cincuenta kilómetros. También le pregunté dónde estaba la tienda de artículos deportivos, y me dio la dirección.

Subí al coche y pensé en el paso siguiente. Era poco más de la una, lo que significaba que llegaría a la verja del Club Custer Hill antes de las dos si no me detenía a comprar una caja de balas del calibre 9 mm y unos cargadores de recambio. Si sólo le volaba los sesos a Madox, tenía munición más que suficiente con las quince balas en el cargador más una en la recámara.

Pero si me veía obligado a abrirme paso a tiros, posiblemente iba un poco escaso de munición. Cuando se trata de ésta, siempre es preferible tener más de la que se necesita, porque si se tiene menos, las cosas no suelen acabar bien.

Por otra parte, probablemente no tendría que haberle preguntado a Kate cuánta munición tenía ella, porque ahora quizá estaría preguntándose si tendría la intención de tomar por asalto el Club Custer Hill. Yo mismo no lo tenía muy claro, pero era una opción.

En cualquier caso, decidí que lo primero de todo era ir al Club Custer Hill y ver, si era el caso, qué se traía Madox entre manos. Si necesitaba más munición, siempre podía recurrir a las muchas armas del arsenal de Madox.

Me puse en marcha. Encendí la radio y escuché un programa de entrevistas en francés, en directo desde Quebec.

No tenía ni idea de lo que decían, pero todos parecían muy inquietos por algo, y entendí las palabras «Irak», «América», «Bush» y «Hussein».

La melodiosa lengua francesa me dio dolor de cabeza, así que busqué una emisora de noticias en la que pudiesen mencionar el accidente de caza, pero sólo encontré DJ y anuncios locales. Sintonicé una emisora de *country-western* en la que Hank Williams cantaba *Your Cheatin' Heart*. Por qué me agrada esta música es un misterio, y un secreto que no comparto con muchas personas.

Aún hacía buen tiempo, la carretera rural estaba bien y poco frecuentada, así que circulaba a buen ritmo.

Abrí el paquete de rosquillas, devoré la primera y saboreé la segunda. Toda una exploración del chocolate y la crema.

Fui recapitulando mientras conducía y escuchaba a Hank cantar: «*Hey, Good Lookin'*».

Primero, Kate estaba segura en el *hostal Wilma's* siempre y cuando no sufriera un ataque de deber, honor y país y llamase a Walsh o a Griffith.

Pero la señorita Mayfield es más sabia de lo que parece, y yo esperaba que siguiese con su mentalidad post 11-S, y comprendiese que alguna cosa muy extraña estaba pasando en Nueva York y Washington, y que no debía llamar a nadie para preguntarlo.

Segundo, la última vez que había hablado con el comandante Schaeffer estaba de nuestra parte. Pero eso podía cambiar en un santiamén. También podía ser que nunca lo hubiese estado. Si un policía del estado me detenía en mi coche alquilado a Enterprise, tendría la respuesta antes de llegar al Club Custer Hill.

Tercero, Tom Walsh. De verdad no tenía idea de lo que pasaba, y ahora probablemente tenía problemas por haber enviado a los agentes menos indicados a trabajar en el caso del desaparecido Harry Muller. Bueno, si estaba con la mierda al cuello, era lo que se merecía. Por otro lado, en un principio había querido enviarme a mí en lugar de a Harry. ¿De qué iba aquello?

Cuarto, Liam Griffith *el Ejecutor*. Recordé que era amigo de mi enemigo, el felizmente desaparecido Ted Nash, agente de la CIA, así que, como dirían los árabes: cualquier amigo de mi enemigo es mi enemigo. Especialmente si ambos son gilipollas. Necesitaba evitar a ese tipo hasta tener el poder de derribarlo.

En último lugar pero no menos importante, el señor Bain Madox, quien aparentemente había intentado desatar una guerra termonuclear para ver cómo resultaba. Esto se apartaba tanto de la lógica que me costaba entenderlo. Pero todas las pequeñas piezas que había visto por mí mismo, incluido conocer al caballero, parecían apuntar en esa dirección. Me dije que quizá Madox había visto demasiadas películas de James Bond durante la adolescencia y se identificaba demasiado con los villanos locos.

Sin embargo, Bain Madox no era un malo de película con acento extranjero, sino el muchacho cien por cien norteamericano, un héroe de guerra y un empresario de éxito. Una especie de Horatio Alger con un deseo de muerte termonuclear.

Pero, como decía mi terapeuta, de haberlo tenido, «John, todo eso de la guerra termonuclear es cosa del pasado, ahora tenemos que seguir adelante». Correcto. El problema ahora consistía en saber qué hacía Bain en aquella gran casa para convertir el fracaso del pasado en un éxito.

Salí de la carretera rural en Colton, tomé dirección sur por la 56 y entré en el somnoliento pueblucho de South Colton. Allí estaba Rudy *el Chivato* pegando la hebra con un tipo en una camioneta.

No pude resistirlo, así que entré en la gasolinera.

—¡Eh, Rudy!

Me vio y se acercó al coche.

—Otra vez me he perdido —dije.

—¿Sí? ¿Eh, cómo está? Tiene un coche nuevo —comentó.

—No, es el mismo.

—¿Seguro? Ayer tenía un Taurus azul.

—¿Sí? ¿Anoche vio al señor Madox?

—Bueno, sí, quería hablar con usted de eso. No quería verme.

—Él me lo dijo.

—¿Está seguro?

—Eso fue lo que dijo. Lamento haberle comentado que usted me dijo que le pidiese el dinero.

—Sí... yo intenté explicárselo, pero no sé por qué le pareció divertido.

—Vaya. ¿Qué más le dijo?

—Dijo que me había gastado una broma, que usted era un listillo y un follonero.

—¿Yo? ¿Así me da las gracias por arreglarle la máquina de hielo?

—Dijo que la máquina no tenía ningún problema.

—¿A quién va a creer? ¿A él o a mí?

—Bueno... no tiene importancia.

—La verdad siempre es importante. ¿Todavía tiene invitados?

Rudy se encogió de hombros.

—No vi a nadie. Pero había un coche aparcado delante de la casa, y creí que era el suyo. Un Taurus azul.

—Yo tengo un Hyundai blanco.

—Sí, lo tiene ahora, pero ayer tenía un Taurus azul.

—Exacto. ¿Ha venido hoy alguien de la casa de Madox a cargar gasolina?

—No. ¿Necesita gasolina?

—No, esta cosa consume vino de arroz. ¿Alguien se ha parado aquí para preguntarle cómo se llegaba a su casa?

—No... Bueno, ha venido un tipo de Potsdam y ha querido mirar mi mapa.

—¿Por qué?

—Tenía unas indicaciones para ir al Club Custer Hill y quería comprobarlas. Le dije que no lo encontraría en mi mapa, así que leí sus indicaciones y le di unas cuantas referencias.

Hay varias maneras de formular preguntas impertinentes. Opté por ésta:

—¿Era un tipo alto, delgado, con bigotazos, que conducía un Corvette rojo?

—No, era un tipo de mantenimiento de Potsdam Diesel.

Eso me pilló por sorpresa y casi me quedé sin palabras.

—Ah..., sí. Charlie, de Potsdam Diesel. El tipo del generador.

—Sí. Pero creo que su nombre era Al... Sí. Ésta es la época del año en que hay que revisar los generadores. El pasado noviembre... quizá diciembre, tuvimos una tormenta de hielo que apareció de la nada. Se cayeron no sé cuántas líneas.

—Vaya. ¿Así que Al todavía está allí?

—No lo sé. Apareció por aquí hará cosa de una hora. No lo he visto pasar de vuelta. ¿Por qué? ¿Busca a ese tipo?

—No... sólo...

—¿Adónde va?

—¿Eh?

—Ha dicho que se había perdido.

—No. ¿Le dio al señor Madox mi mensaje? ¿El de que yo soy un buen tirador?

Rudy pareció un tanto incómodo.

—Sí, y no le pareció muy divertido.

—¿No? ¿Qué dijo?

—Poca cosa. Sólo me pidió que se lo repitiese.

—Vale... bien. Ya nos veremos más tarde.

Volví a la carretera y me dirigí hacia el Club Custer Hill.

Potsdam Diesel.

Estaban a punto de encender los generadores, muy pronto comenzaría a calentarse el transmisor y la antena zumbaría mientras enviaba ondas ELF a las entrañas de la Tierra. En algún lugar de este pobre planeta había un receptor que recogería las señales.

¡Putá mierda!

Capítulo 39

Conducía demasiado rápido por la carretera forestal y el Hyundai se despegó del suelo unas cuantas veces.

Delante veía donde la McCuen Pond Road iba en dirección norte, hacia la garita del Club Custer Hill, pero no vi a nadie apoyado en la pala, ni ningún bache reparado.

Me detuve en el cruce y miré a lo largo de la carretera forestal, y luego por McCuen Pond Road.

Al parecer era el único que estaba allí.

Era como en aquella escena de *El Padrino*, cuando Michael va al hospital para ver qué tal está su padre y descubre que alguien ha retirado a los polis de guardia y los asesinos vienen de camino. *Mamma mia*.

Me quedé allí un minuto, a la espera de que algún tipo de la vigilancia asomase por detrás de un arbusto. Pero estaba absolutamente solo. ¿Qué pasaba con Schaeffer? ¿Hank? ¿Tío? ¿Hola?

Bueno, aquello era una pérdida de tiempo, así que tomé la McCuen Pond Road y fui hacia la garita.

Reduje la velocidad, como indicaba la señal, luego me detuve en la banda sonora, saqué mi Glock y me la guardé en el bolsillo de la chaqueta.

Se abrió la reja y un tipo vestido con un uniforme de camuflaje caminó hacia mí. Cuando se acercó, vi que era el mismo guardia de la vez anterior, algo que era una buena señal, o quizá no. Intenté recordar si lo había cabreado. Kate siempre recuerda a quién he cabreado y me avisa.

Bajé la ventanilla y el tipo pareció reconocerme, a pesar de mi coche nuevo. Repitió la frase de la vez anterior.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Vengo a ver al señor Madox.

—¿Le espera?

—Escucha, chico, no pasemos de nuevo por toda esta mierda. Sabes quién soy y que no me espera. Abre la puta reja.

Ahora no había ninguna duda de que me recordaba; quizá porque llevaba las mismas prendas, pero probablemente por ser un gilipollas arrogante. Me sorprendió con su réplica.

—Continúe hasta la garita —dijo, y luego añadió con una sonrisa—: Lo espera.

Muy amable de su parte, pero aquélla no era una bonita sonrisa. Conduje hacia la reja, y por el espejo lateral vi al pequeño Rambo hablar por el walkie-talkie.

Se abrió la reja y, mientras pasaba, otro tipo salió de la garita y levantó la mano. Le respondí con un saludo italiano, y aceleré por el sinuoso camino hacia la casa.

Me fijé de nuevo en los postes de teléfono y los tres gruesos cables que soportaban, y lo que ayer me pareció un poco extraño, hoy se parecía sospechosamente a una antena ELF. A menos, por supuesto, que yo estuviese muy equivocado. Necesitaba una dosis de Bain Madox para fortalecer mis sospechas y conclusiones.

Vi que en mi dirección venía un *jeep* negro y que el conductor me hacía gestos, algo que me pareció muy cortés de su parte, así que le devolví los saludos y toqué la bocina cuando él se desvió y fue a parar a la cuneta.

Más adelante se alzaba el mástil con las Barras y Estrellas en lo más alto, y debajo el pendón amarillo del Séptimo de Caballería. Por algo que había leído, sabía que el pendón significaba que el comandante estaba presente, o sea que el Supremo estaba en casa.

Di la vuelta a la rotonda del mástil, aparqué debajo del pórtico, me bajé, cerré el coche y luego subí al porche. La puerta principal estaba abierta, así que entré en el vestíbulo y miré hacia la balconada.

No había nadie a la vista, y recordé que el personal doméstico gozaba de asueto después del fin de semana largo, algo que indicaba que el señor Madox era un empleador comprensivo o un hombre que deseaba estar solo.

En la pared, el general Custer continuaba aguantando el ataque a pie firme, y ahora, en el panel de encima del cuadro, advertí una lente gran angular que captaba toda la habitación. Quizá la había advertido la primera vez y había sido el origen de mi estúpida broma del ojo de pescado, o quizá no.

Me acerqué al cuadro como si lo estuviese observando, y luego todavía más, hasta colocarme por debajo del campo de visión de la cámara.

Miré de nuevo hacia la balconada, saqué el pequeño rodillo recogepelusa, le quité el papel, lo dejé caer sobre la alfombra y lo hice rodar con el pie. A continuación lo recogí y me lo guardé en el bolsillo. De haber estado por allí el maldito chucho también le hubiese pasado el rodillo.

Me gustan las pruebas forenses cuando otras personas las recogen, las analizan y me informan de los resultados. Pero hay ocasiones en las que tienes que hacerlo tú mismo. No creía que quedase mucho tiempo para esperar a las pruebas forenses, pero quizá alguien encontraría el recogedor de pelusa si yo acababa sufriendo un accidente de caza.

Oí un sonido a mi espalda y me volví. Era Carl que bajaba la escalera. Nos miramos y no pude adivinar si me había visto pasar el rodillo por la alfombra.

Carl se detuvo en el último escalón y me miró.

—¿Está aquí para ver al señor Madox?

—No he venido para verlo a usted, Carl.

No respondió a eso.

—Tenían que escoltarlo hasta el edificio y al interior de la casa —me recordó.

—Sí, lo sé. El seguro. ¿Quiere que lo intente de nuevo?

No creo que le cayese bien, y probablemente aún estaba cabreado por haber tenido que prepararme *café au lait*.

—Afortunadamente, el señor Madox recibe —dijo.

—¿Recibe qué? ¿Mensajes cósmicos?

—Recibe visitas.

Miré a Carl, quien, como había visto en mi visita anterior, era un tipo grande. No era un muchacho, pero parecía estar en buena forma, y lo que carecía de juventud, estaba seguro de que lo compensaba sobradamente con la experiencia. Podía imaginármelo retorciendo la correa de los prismáticos alrededor del cuello de Harry para sostenerlo erguido sobre las rodillas mientras su jefe le disparaba contra la columna.

He conocido a muchos rudos combatientes veteranos. Esperas que sigan siendo duros y, muy en el fondo, probablemente lo son. Pero en la mayoría de ellos encontré una actitud que parecía decir: «He matado. Pero no quiero matar de nuevo».

Carl, en cambio, me daba la impresión de que añadía una posdata: «A menos que me ordenen hacerlo».

—El señor Madox está en su despacho. Sígame.

Lo seguí escaleras arriba hasta un rellano que daba al vestíbulo inferior. Carl me guió hasta una puerta y me informó:

—El señor Madox dispone de quince minutos.

—Yo le concederé más. —A menos que lo matase antes de que se acabase el tiempo.

Carl llamó a la puerta y la abrió.

—Coronel, el señor Corey desea verle —anunció.

¿Coronel?

—El detective Corey. Inténtelo de nuevo.

Pareció cabrearse de verdad, y pensé en pedirle un helado de café, pero repitió:

—El detective Corey desea verle, señor.

—Gracias, Carl —respondió el coronel.

Entré en el despacho y Carl cerró la puerta. Esperaba ver al coronel Madox vestido de uniforme y con todas las condecoraciones, pero estaba de pie detrás de su escritorio, vestido con tejanos, un polo blanco y americana azul.

—Es un placer inesperado... detective.

—Tuve la impresión en la entrada de que tenía una invitación explícita —repliqué.

—La verdad es que sí. —Sonrió—. Le comuniqué al personal de seguridad que quizá apareciera de nuevo por aquí en relación con la persona desaparecida, un caso que, tengo entendido, ya se ha resuelto.

No hice ningún comentario, así que Madox me tendió la mano, se la estreché y él dijo:

—Bien venido. —Me señaló la silla delante de su mesa y me senté, al tiempo que

me preguntaba si Harry habría estado allí—. ¿Dónde está la señorita Mayfield?

—En clase de canto.

Sonrió.

—¿Están disfrutando de su habitación en The Point?

No respondí.

—Me he alojado allí una cuantas veces para cambiar de entorno. Me gusta el lago, que no tengo aquí. Es un buen lugar, pero la comida me parece demasiado... bueno, continental para mi gusto. Prefiero nuestra sencilla cocina.

Seguí en silencio.

—¿Todavía tienen a aquel cocinero francés? —preguntó—. ¿Henri?

—Así es.

—Es una auténtica *prima donna*, como todos ellos. Pero si hablas con él, te prepara un bistec sin salsas misteriosas y una patata asada.

¿Aquel gilipollas estaba intentando decirme algo? Había tenido la precaución de no mencionar que Kate y yo estábamos casados, pero había roto una de mis otras reglas de oro cuando le dije dónde nos alojábamos, y ahora posiblemente él jugaba con ventaja. Parecía tener ganas de charla, algo que les ocurre con frecuencia a los sospechosos cuando hablan con la pasma.

—Ahora que hablamos de los franceses, ¿cuál es su problema?

—Que son franceses.

—Exacto —afirmó y se rió. Me señaló el periódico que tenía en la mesa, que era el *New York Times*, y me preguntó—: ¿Ha leído ese artículo de portada? Nuestros leales aliados franceses insinúan que nos dejarán solos en el tema de Irak.

—Lo vi.

—Yo tengo la teoría de que perdieron una gran parte de su banco genético en la primera guerra mundial. Un millón de valientes soldados muertos en las trincheras. ¿Quién quedó para procrear? Los minusválidos físicos y mentales, los cobardes y los mariquitas. ¿Usted qué opina?

Opiné que estaba como una puta cabra, pero respondí:

—La genética no es mi fuerte.

—Sólo es una teoría. Por otro lado, tuve a dos antiguos soldados franceses en mi batallón. Uno era legionario, el otro paracaidista. Se alistaron en el ejército norteamericano para luchar, y lo hicieron. Les encantaba matar comunistas. Tíos con un par de cojones.

—Pues eso desmiente su teoría.

—No. Francia no produce bastantes hombres como éstos. O quizá sí, y su sociedad feminizada los aparta. Ya no respetan el genio guerrero. Nosotros sí —declaró enfáticamente—. Esta guerra contra Irak se acabará en menos de treinta días.

—¿Cuándo comienza?

—No lo sé.

—Creía que tenía usted amigos en las altas esferas.

—La verdad es que sí. —Vaciló un momento—. Yo apostaría por mediados de marzo. Alrededor del día de San Patricio.

—Yo digo que para final de enero.

—¿Van cien dólares?

—Claro.

Sellamos la apuesta con un apretón de manos.

—Cuando pierda, iré a buscarlo —dijo.

—En el 26 Federal Plaza. —Nos miramos—. Si pierde, vendré a buscarlo yo.

—Llame a mi oficina de Nueva York. No está lejos del 26 Fed. Duane Street. GOCO. —Hizo una pausa—. Me encontraba en mi despacho cuando los aviones se estrellaron... Nunca olvidaré aquella visión. —Me preguntó—: ¿Estaba usted en su despacho? ¿Lo vio?

—Estaba a punto de entrar en la Torre Norte.

—Dios mío...

—Cambiemos de tema.

—De acuerdo. ¿La señorita Mayfield se reunirá con nosotros?

Curiosa pregunta teniendo en cuenta que ya le había dicho que estaba en clase de canto y que yo sólo disponía de quince minutos con Su Majestad. Quizá le gustaba su aspecto, o quizá quería saber si aquello era un arresto.

—Hoy sólo he venido yo.

—Vaya, y aquí estoy yo, de cháchara, y aún no le he preguntado el motivo de su visita.

El motivo de mi visita era una investigación de homicidio, pero no quería espetárselo así sin más. Por lo general, acaba con la función, y quizá hasta te piden que te marches. Por lo tanto, respondí:

—Sólo he venido para agradecerle su oferta de ayuda en la búsqueda de la persona desaparecida.

—No se merecen. Lamento mucho la mala noticia.

—Sí, yo también. —En ese momento hubiésemos hablado un poco más del caso, yo le hubiese agradecido de nuevo su comportamiento de buen ciudadano y me hubiese marchado. Pero lo dejé correr y le pregunté—: ¿Le importa si contemplo su paisaje? —Señalé la ventana.

Titubeó por un instante y después se encogió de hombros.

—Adelante.

Me levanté y me acerqué a la ventana. La parte de atrás de la casa daba directamente a la ladera de la colina, y en lo alto la torre repetidora, con toda clase de brazos electrónicos; me pregunté si tendría algo que ver con su antena ELF.

A lo lejos vi varios postes de teléfono y los pájaros que se posaban y remontaban el vuelo desde los tres gruesos cables. No parecían resplandecer, humear o volar hacia atrás, así que lo interpreté como una buena señal.

Más allá había un gran granero prefabricado, con las puertas abiertas. En el

interior se veía un *jeep* negro, una furgoneta azul y el tractor cortacésped. Fuera estaban los vehículos todoterreno, que seguramente utilizaban las patrullas para recorrer la propiedad. Había esperado ver unos cuantos tanques Abrams, pero no vi ninguna huella de orugas.

A la derecha, a unos cien metros de la casa, había dos edificios rectangulares. Por el mapa de Harry, que tenía guardado en el bolsillo, identifiqué el edificio de madera blanco como el barracón de los guardas; parecía tener capacidad para unos veinte hombres. El otro tenía el tamaño de una casa, y era de piedra, con techo de planchas de zinc y postigos de acero en las ventanas. Las tres chimeneas lanzaban humo negro, y cerca de la puerta abierta había una furgoneta con el rótulo de «Potsdam Diesel».

Madox se acercó para hacerme compañía.

—No es una vista espectacular. Es mucho mejor la vista desde el frente.

—Creo que ésta es interesante. ¿Por qué tiene todos esos postes de teléfono y cables que recorren la propiedad?

Cruzamos las miradas, y él no parpadeó.

—Los postes y los cables los instalaron para conectar los puestos de llamada alrededor de la finca.

—¿Sí?

—¿Recuerda que cuando usted era un poli y hacía la ronda tenía puestos de llamada?

—Sí. También tenemos coches equipados con radio desde los cincuenta, que son mucho más baratos que unos cuantos centenares de postes de teléfono clavados en la piedra.

El señor Madox no respondió. Probablemente pensaba a toda máquina para intentar distinguir si ésas eran preguntas ociosas o intencionadas.

—Como descubrí en combate, las radios no son de fiar —afirmó—. En cualquier caso, las estaciones ya casi no se usan, porque disponemos de teléfonos móviles y walkie-talkies de última generación. Los postes también sirven para sostener los cables de electricidad y los focos que iluminan la valla.

—Ya. —También las cámaras de vídeo y los aparatos de escucha—. ¿Qué es aquel edificio blanco?

—El barracón.

—Ah, sí. Para su ejército. También veo que dispone de un parque móvil. Esto es fantástico.

—Muchas gracias.

—¿Y aquel otro edificio de piedra?

—Ahí es donde tengo el generador eléctrico.

—Veo tres chimeneas que sueltan humo.

—Sí, tres generadores.

—¿Le venden energía a Potsdam?

—Soy un maniático de la redundancia.

—Redundancia.

—Sí. También lo es Dios. Por eso tenemos dos cojones.

—Pero una sola polla. ¿Cómo se explica?

—A menudo me he formulado la misma pregunta.

—Yo también.

Ahora se suponía que él debía preguntarme por qué hacía todas estas preguntas, pero no lo hizo. En cambio, dijo:

—Bueno, gracias por la visita. Le repito mi pesar, siento mucho lo de... ¿cuál era el nombre?

—Harry Muller.

—Sí. Hay que ser muy precavido en el bosque.

—Ya lo veo.

—¿Algo más?

—Sólo necesito que me conceda unos pocos minutos.

Sonrió cortésmente y me recordó:

—Eso mismo fue lo que dijo la última vez, y se quedó mucho rato.

No hice caso del comentario y me aparté de la ventana. Eché una ojeada al despacho. Era una habitación grande, con revestimiento de pino claro y muebles de roble. Una alfombra oriental cubría el suelo.

Me fijé en las dos fotos enmarcadas detrás del escritorio. Una correspondía a un buque tanque con el nombre *GOCO BASRA* en la proa. La otra mostraba un campo petrolífero en llamas.

—La guerra del Golfo —dijo Madox—, o quizá la primera guerra del Golfo. Detesto ver cómo se quema el petróleo, sobre todo si alguien no me lo paga.

No respondí.

Por lo general, mi rutina de preguntas y respuestas cortas inquieta al sospechoso, pero aquel tipo era más frío que un cadáver en la nevera. Intuí, sin embargo, una muy pequeña inquietud en sus maneras. Encendió un cigarrillo, pero esta vez no sopló anillos de humo.

Ninguno de los dos pronunció una palabra, y yo me acerqué a la pared cubierta con certificados y fotografías enmarcadas.

Todo era militar: condecoraciones, citas, una baja honrosa, su nombramiento como subteniente, los ascensos, y también las fotos, la mayoría de Madox con diversos uniformes, más o menos media docena de ellas tomadas en Vietnam.

Miré una en la que su rostro aparecía en primer plano. Tenía la piel pintada con los colores de camuflaje, además estaba sucio, y tenía un corte encima del ojo derecho del que brotaba un hilillo de sangre. Todo su rostro brillaba de sudor, y sus ojos miraban desde unas facciones ennegrecidas, tan fijos y agudos como los de un halcón.

—Estas fotos me recuerdan lo afortunado que soy al estar aquí.

«Ya veremos lo afortunado que eres», pensé.

—Veo tres Corazones Púrpura —comenté.

—Sí. Dos por heridas menores, pero el tercero fue casi póstumo.

No pedí detalles, y él no me los ofreció, excepto:

—Una bala de AK-47 me atravesó el pecho.

Obviamente, no había tocado ningún órgano vital, pero quizá le había dejado el cerebro sin sangre.

—Fue durante mi tercera gira de servicio y abusé de la suerte.

—Vaya. —Harry no había sido tan afortunado.

—Pero ¿sabe qué? Lo haría de nuevo.

Pensé en que debía recordarle que la definición de loco era hacer la misma cosa una y otra vez y esperar resultados diferentes.

Lo extraño, por supuesto, era que, como la señorita Mayfield había sugerido, Bain y yo habíamos conectado, y de no haber sido porque él presuntamente había matado a un amigo mío, y que ahora intentaba apoderarse o destruir el planeta, probablemente me hubiese gustado. En realidad, yo parecía caerle bien, a pesar de mis preguntas impertinentes. Claro que yo no había matado a ninguno de sus amigos, y aún no había desbaratado sus planes para acabar con el planeta, o lo que fuese que quisiera hacer. Por lo tanto, no tenía motivos para pensar que yo no fuese un tío estupendo.

Mientras yo miraba el resto de las fotos, me preguntó:

—¿Lo han herido alguna vez en cumplimiento del deber?

—Sí.

—¿Como soldado o como policía?

—Policía.

—Entonces, como ya sabe, es traumático. Es algo tan ajeno a las experiencias normales que no acabas de entender del todo lo que ha pasado.

—Creo que yo lo entendí.

—Me refiero a que si estás en combate, o haces tu trabajo de policía, te haces a la idea de que te pueden herir o matar, y crees estar preparado para eso. Pero cuando ocurre de verdad, no puedes creer que te haya pasado a ti. —Me preguntó—: ¿No fue ésa su reacción?

—Creo de verdad que entendí lo ocurrido.

—¿Sí? Bueno, quizá las personas reaccionan de manera diferente. —Se explayó sobre el tema—. Después de comprender lo sucedido, es como si entraras en otro estado mental. Como decía Winston Churchill: «No hay nada más satisfactorio que te disparen y sobrevivir».

—Así es. Porque la alternativa es que te disparen y morir.

—Ahí está. Es la experiencia de haber estado a las puertas de la muerte; si sobrevives, nunca más vuelves a ser el mismo. Pero me refiero en un sentido positivo. Te sientes eufórico... poderoso. Como si fueses inmortal. ¿Fue así su experiencia?

Recordé estar tendido en una cuneta de la 102 Oeste después de que dos caballeros hispanos dispararan lo que debían de ser una docena de balas contra mí,

con la pobre puntuación de tres aciertos a seis metros, y recordé haber visto cómo mi sangre goteaba por la alcantarilla.

—¿Cómo se sintió?

—Creo que me sentí jodido durante unos cuantos meses.

—Pero después, ¿no le cambió la vida?

—Sí. Acabó con mi carrera.

—Un gran cambio. Pero quiero decir, ¿no le cambió su actitud ante la vida? ¿La manera de ver el futuro? Algo así como que Dios tenía planeado algo muy importante para usted.

—¿Cómo qué? ¿Que me disparasen de nuevo?

—No... me refiero...

—Porque me dispararon de nuevo.

—¿En serio? ¿En cumplimiento del deber?

—Pues sí. No estaba de vacaciones.

—Creía que su carrera se había acabado.

—Estoy en mi carrera número dos. Un tipo libio. Todavía lo estoy buscando.

—Comprendo. —Parecía no querer dejar el tema—. Al parecer, se tomó esos ataques como algo personal.

Dejas que el sospechoso hable porque quizá quiere llegar a alguna parte. Incluso si no está revelando algo sobre el crimen, sí está revelando algo de sí mismo.

—Cuando las personas me disparan —repliqué—, tiendo a tomarlo como algo personal, incluso si no me conocen.

—Eso es interesante —manifestó—, porque en combate nunca te lo tomas como algo personal, y nunca piensas en buscar a la persona que te disparó. Es lo último que se te ocurriría pensar.

—¿Así que no se cabreó con el enano que lo atravesó?

—En absoluto. Sólo se ganaba la paga, de la misma manera que yo me ganaba la mía.

—Eso es ser muy clemente, y usted no parece ser de ese tipo.

Lo dejó pasar.

—Quiero decir, que los soldados no ven al enemigo como individuos. El enemigo es una gran amenaza amorfa. Por consiguiente, no importa el individuo que intenta matarte, o al que quieres matar, siempre que vista el mismo uniforme que el que intentó matarte. Disparas al uniforme, no al hombre. ¿Entiende?

—Bueno... nunca vi al libio, pero los dos tipos hispanos que intentaron matarme llevaban pantalones negros muy ceñidos, camisetas lila y zapatos puntiagudos.

—Supongo que no puede ir por ahí disparando contra cualquiera que vista de la misma manera. —Sonrió—. Pero yo dispararía contra cualquiera que se pareciese al enemigo.

—Eso sería jauja.

—La venganza es muy saludable —me informó— aunque no tiene por qué ser

una venganza personal. Sirve cualquier combatiente enemigo.

—Puede que eso no sea tan saludable como cree.

—Perdone que disienta. La venganza marca el final. Desafortunadamente, la guerra acabó antes de que pudiese volver al servicio y nivelar la cuenta.

Tuve el súbito pensamiento de que si conseguía achacarle a ese tipo el crimen de Harry, su abogado alegaría demencia, y el juez diría: «Estoy de acuerdo, abogado. Su cliente está como una puta cabra».

Se me ocurrió que, después de que la Unión Soviética se derrumbase, probablemente había estado perdido en el limbo. Ya no le quedaban enemigos de primera dignos de su atención, o a los que había que matar para que Bain Madox salvase a la nación.

Entonces llegó el 11 de septiembre de 2001, y estaba seguro de que todo tenía que ver con aquello.

Cambió de tema bruscamente.

—¿Ha entrado en el bosque?

—Un poco esta mañana. ¿Por qué?

—Me preguntaba si habría visto a algún oso.

—Todavía no.

—Tiene que intentar ver a uno antes de regresar a la ciudad.

—¿Por qué?

—Es toda una experiencia. Son fascinantes de contemplar.

—No parecen muy interesantes en el canal de National Geographic.

—En la televisión no los puede oler —señaló con una sonrisa—. Experimentar la emoción de encontrarse cara a cara con un animal salvaje que sabes que te puede matar.

—Sí. Debe de ser emocionante.

—Pero si va armado, eso es hacer trampas. Lo interesante de los osos negros es que puedes interactuar con ellos. Son peligrosos, pero no son peligrosos. ¿Me sigue?

—Creo que me he perdido después del primer «peligroso».

—A ver, piense en un león por un lado y en un cordero por el otro. Con estos animales, usted sabe exactamente cómo son las cosas. ¿Correcto?

—Sí.

—Con un oso, un oso negro, es más complejo. Son inteligentes, curiosos y a menudo se acercan a los humanos. El noventa y cinco por ciento de las veces sólo buscan que les den comida. Pero el cinco por ciento restante, y resulta difícil saber cuándo es, lo que quieren es matarte. —Se acercó un paso más—. Eso es lo que lo hace interesante.

—Seguro. Interesante.

—¿Entiende la idea? Existe la posibilidad de la muerte, pero la probabilidad es lo bastante baja como para que se sienta atraído hacia el encuentro por la emoción. El corazón se acelera, la adrenalina le sale por las orejas, pero entre el miedo y la huida

aguanta. ¿Lo ve?

No olía a alcohol en su aliento, pero quizá había bebido una buena cantidad de vodka, había olido algo o simplemente estaba pirado. También podía ser que fuese una parábola de John y Bain.

—Un oso pardo o un oso polar es otra historia. Sabes exactamente qué tienen en la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Y qué indican esos colores? ¿Pardo es...?

—Malo. Grizzly.

—Entonces, negro es...

—No es malo. Los blancos son los osos polares. Te destrozan sin más. Aquí sólo tenemos osos negros.

—Bien. ¿Cómo saben que son negros?

Le resultó gracioso. Consultó su reloj.

—De nuevo le doy las gracias por la visita. Esto... si hay un... fondo para el señor Mullen... por favor, hágamelo saber.

Me puse a cien, pero respiré profundamente y me controlé. De verdad quería dispararle en las tripas y ver cómo agonizaba lentamente mientras le explicaba que dispararle era algo muy personal, en absoluto profesional y que no me pagaban por hacerlo.

Parecía estar esperando que le dijese adiós, pero yo sencillamente seguí mirándolo.

—Por cierto, un amigo común, Rudy, vino aquí anoche —dijo.

Quizá podría explicarle que le había disparado por Dios y la patria. No sabía qué se traía entre manos, pero estaba muy seguro de que debía detenerlo, y que si no lo detenía en ese mismo momento, luego, cualquiera que lo intentase llegaría demasiado tarde. Bain Madox parecía tenerlo claro.

—Rudy —añadió—. El dueño de la gasolinera de South Colton.

Metí las manos en los bolsillos de mi chaqueta de cuero y sentí el contacto de la culata de la Glock en mi mano derecha.

—Parecía algo desconcertado. Creía que yo le había dicho a usted que quería verlo.

—¿Y no quería?

—No. ¿Por qué le dijo tal cosa?

Pero si le disparaba allí y entonces, sólo él sabría el motivo. Quizá eso bastase.

Aunque tal vez necesitaba saber más. Seguramente la policía y el FBI querían saber más.

—¿Detective?

Además, para ser sincero, no podía sacar la pistola y disparar contra un hombre desarmado sin más. Para ser todavía más sincero, el señor Bain Madox me intrigaba..., no, me impresionaba. Le habían disparado, había sobrevivido a una guerra y era, o creía que era, un patriota que continuaba cumpliendo con su deber; si

le decía que en realidad era un psicópata asesino se llevaría un disgusto.

—¿Señor Corey? ¿Hola?

Nos miramos a los ojos y creo que adivinó lo que pasaba por mi mente. Es más, su mirada bajó donde mi mano derecha empuñaba la pistola. Ninguno de los dos habló durante unos momentos. Luego preguntó:

—¿Por qué le pidió que me dijese que era usted un buen tirador?

—¿Quién?

—Rudy.

—¿Rudy? —Respiré de nuevo profundamente y saqué la mano del bolsillo, vacía —. Rudy. Rudy. Rudy. ¿Cómo está Rudy?

Pareció intuir que había pasado un momento crítico, y abandonó el tema.

—Llamaré a Carl para que lo acompañe hasta la salida. —Se acercó a la mesa, cogió un walkie-talkie y apoyó el dedo en el botón de llamada.

—Estoy aquí para investigar un homicidio.

Titubeó, luego dejó el walkie-talkie y me miró.

—¿Qué homicidio?

Me acerqué a la mesa.

—El asesinato de Harry Muller.

Se mostró adecuadamente confuso y sorprendido.

—Oh..., me dijeron que había sido un accidente. Habían encontrado el cuerpo. Lo siento, tendría que haberle dado el pésame. Era un colega suyo.

—Un amigo.

—Lo siento muchísimo. Pero... me llamaron de la oficina del *sheriff* y me dijeron que habían encontrado el cadáver de un hombre en el bosque y que el dictamen había sido accidente de caza.

—Aún no han dictaminado nada.

—Comprendo... así que existe la posibilidad de que no sea tal.

—Así es.

—¿Y...?

—Esperaba que usted pudiese ayudarme.

—No... lo siento. ¿Qué puedo saber yo...?

Me senté en la silla delante de su mesa y lo invité a sentarse con un gesto.

Vaciló, consciente de que no tenía por qué sentarse y hablar de aquello, y que bien podía pedirme que saliese de su silla, de su casa y de su vida. Pero no lo haría. Se sentó. Técnicamente, yo no tenía allí jurisdicción para investigar un homicidio; eso seguía siendo cosa de la policía del estado. Pero Madox no parecía saberlo, y yo no tenía la intención de darle una clase de leyes constitucionales.

Volvimos a cruzar las miradas, y el tipo no parpadeó. Sorprendente. ¿Cómo lo hacía? Hasta los tipos con ojos de cristal parpadean.

—¿En qué puedo ayudarle, detective?

—Verá, se trata de lo siguiente, señor Madox. Harry Muller, como quizá sepa, no

vino aquí para observar a los pájaros.

—Usted dijo que sí.

—Pues no. En realidad, vino aquí para observarlo a usted.

No fingió sorpresa o enfado. Pareció pensarlo, asintió y después dijo:

—Comprendo que el gobierno esté interesado en mí. Un hombre de mi posición se sorprendería si el gobierno no estuviese interesado en él.

—¿Sí? ¿Por qué cree que el gobierno está interesado en usted?

—Por mis tratos con países extranjeros. El precio del petróleo. Soy amigo personal del ministro del petróleo iraquí —me informó.

—¿No me diga? ¿Y cómo se está tomando esto de la guerra?

—No he tenido ocasión de hablar con él recientemente, pero supongo que no tiene una actitud muy positiva ante una inminente invasión de su país.

—Supongo que no. Así que usted cree que el gobierno está interesado en usted, ¿por qué?

—Debido a que mis intereses y los intereses del gobierno de Estados Unidos no siempre coinciden.

—Comprendo. ¿Cuáles predominan?

—Mi país siempre es lo primero —respondió con una sonrisa—, pero mi país no siempre está bien representado por mi gobierno.

—Sí. Eso lo entiendo. Pero digamos, sólo por suponer algo, que al gobierno lo traen al fresco sus tratos con países extranjeros, que usted está en un error. En ese caso, ¿por qué otro motivo podrían estar interesados en usted?

—No tengo idea, señor Corey. ¿Usted sí?

—No.

—¿Qué razones podrían tener para enviar al detective Miller, de la Anti-Terrorist Task Force, a espiarme? ¿Acaso el gobierno cree que soy un terrorista?

—No lo sé. ¿Quién le ha dicho que el detective Muller era de la Anti-Terrorist Task Force?

—Era un colega suyo —contestó tras un leve titubeo—. Usted pertenece a la Task Force.

—Correcto. Muy buena deducción.

Encendió un cigarrillo, pero tampoco esta vez sopló anillos de humo.

—Así que me está diciendo que ese hombre, Miller...

—Muller. Detective Harry Muller.

—Sí. El detective Harry Muller fue enviado aquí... para espiarme.

—Y a sus huéspedes.

—Sí, y a mis huéspedes, y usted no sabe...

—Por cierto, se llama vigilancia. Espiar es una palabra negativa.

Se inclinó hacia mí.

—¿A quién mierda le importa cómo se llame? —Finalmente había perdido la serenidad, dio un manotazo en la mesa, levantó la voz y añadió—: Si a ese hombre, el

detective Muller, lo enviaron aquí para observarme a mí y a mis invitados, entonces estoy muy cabreado. El gobierno no tiene ningún derecho a entrometerse en mi intimidad o en la intimidad de mis invitados, que se reunieron legalmente en una propiedad privada para...

—Correcto. Correcto, correcto, correcto. Ése es otro tema. Del que estamos hablando ahora es de un asesinato.

—Usted dice que lo es. El *sheriff* dice que fue un accidente. Si fue un asesinato, ¿qué tiene eso que ver conmigo?

Si le dices al tipo que es sospechoso, entonces tienes que leerle sus derechos, y no tenía la maldita tarjeta encima, y si la tuviese y se la leyera, entonces él diría: «Se ha equivocado de tipo, detective. Perdóneme un momento mientras llamo a mi abogado». Por lo tanto, respondí:

—No he dicho que tuviese nada que ver con usted.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

—Le seré sincero. —Cosa que por supuesto no tenía intención de ser—. Creo que quizá podría tener algo que ver con uno de sus guardas.

En realidad no se lo creyó, pero era lo bastante bueno para que ambos pudiésemos fingir que sí y continuar un poco más con nuestro juego del gato y el ratón.

Se reclinó en la silla.

—Eso... eso es increíble. ¿Tiene alguna prueba?

—No puedo decirlo.

—De acuerdo. Pero ¿sospecha de alguien en particular?

—No puedo decirlo en este momento —expliqué—. Si nombro a un sospechoso y me equivoco, el trabajo será mío.

—De acuerdo. Pero entonces no sé cómo podría ayudar.

—Verá, el procedimiento habitual es que el FBI le pida todos los expedientes personales, luego comenzaremos a interrogar a todo el personal de seguridad y también al doméstico, con tal de determinar dónde estaba cada uno, sus movimientos y demás a la hora aproximada de la muerte.

Continué con el rollo un poco más y él me escuchó.

—Sigo sin entender por qué cree que alguno de mis empleados pudo haber cometido un asesinato. ¿Cuál sería su motivo?

—No estoy seguro. Quizá un caso de exceso de celo.

No replicó.

—Digamos que fue más allá de lo exigido por el deber. Quizá se produjo un altercado. Puede que lo ocurrido se considere como homicidio involuntario o algún otro delito menor, como un crimen justificado.

Lo meditó unos momentos.

—Detesto pensar que uno de mis hombres pudiese haber hecho algo así. Son gente bien preparada, y nunca hemos tenido un incidente. —Parecía preocupado—. ¿Cree que, como empleador, podrían demandarme?

—No es un tema que domine. Tendrá que preguntárselo a su abogado.

—Lo haré. Como dije ayer —me recordó—, las demandas están llevando a la ruina a este país.

Creía recordar que se había metido con los abogados, pero ahora que necesitaba uno, por lo visto no eran tan malos. Le comenté amablemente:

—Se lo preguntaré a la señorita Mayfield.

Apagó la colilla antes de responderme:

—Le facilitaré todos los expedientes personales a usted o quien sea que los necesite. ¿Para cuándo los quiere?

—Probablemente mañana. Un equipo de Recuperación de Pruebas del FBI viene de camino.

—Muy bien... No estoy seguro de que los expedientes se guarden aquí. Puede que estén en mi oficina de Nueva York.

—Hágamelo saber.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En The Point. ¿Dónde lo encuentro yo a usted?

—Como le dije, a través de mi personal de seguridad.

—Quizá eso no funcione en este caso —le recordé.

—Entonces a través de mi oficina de Nueva York.

—¿Por qué no a través de su móvil?

—Mi oficina tiene un operador las veinticuatro horas. Ellos me llamarán al móvil.

—Vale. ¿Cuánto tiempo se quedará aquí?

—No estoy seguro. ¿Por qué?

—¿Un día, dos días, un año? ¿Cuándo se marcha?

Obviamente no estaba acostumbrado a que lo presionasen, y replicó con tono impaciente:

—Dos o tres días. ¿Cuánto tiempo estará usted aquí?

—Hasta que resuelva el caso. ¿Adónde irá cuando se marche de aquí?

—Yo... probablemente a Nueva York.

—Muy bien. Tengo que pedirle que notifique al FBI en Nueva York si piensa salir del país.

—¿Por qué?

—Puede ser usted un testigo material en una investigación de homicidio.

No respondió.

—También necesito que me facilite una lista de sus invitados del fin de semana.

—¿Por qué?

—Ellos también pueden ser testigos materiales. Ya sabe, quizá oyeron algo, o pueden darnos información sobre el personal de seguridad o doméstico que se comportase de forma extraña. También de los movimientos de los otros invitados. — Para darle ánimos, añadí—: Es como un misterioso caso de asesinato, un fin de semana en una gran mansión campestre. Algo así como si el señor... digamos, Wolf,

que estaba leyendo en la biblioteca, advirtió que... por decir algo, Carl, el mayordomo, estuvo ausente durante dos horas y regresó con sangre en la ropa. Ese tipo de cosas.

Ninguna respuesta.

—Asimismo, necesito todas las cintas de vigilancia que pudieron filmarse en la finca o en esta casa. Y el libro de guardia, que estoy seguro que usted, como antiguo oficial del ejército, insiste en llevar. Quién estaba de guardia, cuándo entró de servicio, cuándo salió, cuántas rondas se hicieron, cualquier incidente, ya sabe. Estoy seguro de que el libro y las cintas existen —reafirmé.

No confirmó ni desmintió la existencia de un libro de guardia o de las cintas de vigilancia.

Saqué mi libreta.

—Me pregunto si podría darme los nombres de sus invitados del fin de semana. Los que recuerde. Creo que me dijo que eran unos dieciséis.

A esas alturas, el señor Bain Madox se sentía un tanto acorralado, algo así como George Custer. No parecía que hubiese manera de que saliera del cerco, pero encontró una.

—Me temo que debo interrumpirle, detective —manifestó—. Necesito hacer algunas llamadas importantes a Oriente Medio y allí ya comienza a ser tarde. Además, tengo que atender otros asuntos urgentes. Dirijo una empresa, y hoy es día de trabajo —me recordó.

—Lo sé. Yo mismo estoy trabajando en un caso de homicidio.

—Me hago cargo, pero... Verá, tengo una idea.

—Bien, ¿cuál es su idea?

—¿Por qué no vuelve más tarde y nos tomamos una copa? Podemos mezclar negocios y placer. Digamos que unos cócteles a las siete, y, si quiere quedarse a cenar, encantado.

—No sé qué decirle respecto a la cena. Esta noche Henry servirá polla.

—Creo que podré ofrecerle algo mejor que eso —replicó él, sonriente—. También le tendré preparada la lista de los invitados del fin de semana.

—Estupendo. —No podía dejar caer el rodillo recoge pelusa en la alfombra sin explicar por qué jugaba con el chisme, así que me quité los zapatos y froté los calcetines en la mullida alfombra oriental, que siempre es más fácil de comparar.

La verdad es que tenía una poderosa sensación de que Harry había estado allí, y en un par de días podría saberlo. Entonces podría regresar con una orden de arresto por asesinato a nombre del señor Bain Madox, o, todavía mejor, dado que era posible que el cargo no prosperase, podría, en buena ley, dispararle en la tripa. A menos, por supuesto, que ya estuviese en Irak o en algún otro lugar jugando al póquer con el ministro del petróleo.

—¿Quién cocinará esta noche?

—Ya encontraré una solución. Yo me encargaré de los cócteles. Para usted,

whisky, ¿correcto?

—Correcto. Bueno, es muy amable por su parte.

—Por supuesto, traiga a la señorita Mayfield.

—Veré si ha vuelto de su clase de canto.

—Bien. Indumentaria informal. Nada de esmoquin. —Sonrió.

—El esmoquin es para la cena de mañana.

—Eso es. Miércoles y sábados. Por favor, convenza a la señorita Mayfield para que venga —insistió—. Dígale que no se preocupe por el atuendo. Ya sabe cómo son las mujeres —me comentó de hombre-a-hombre.

—¿Sí? ¿Cómo es que no me he dado cuenta?

Ambos nos reímos un poco y de nuevo congeniamos. Fantástico. Mientras tanto, me preguntaba si Kate y yo saldríamos de allí vivos.

—¿Alguien más cenará con nosotros?

—Eeh... No estoy seguro todavía. Pero usted y yo podemos retirarnos a la biblioteca si necesitamos ocuparnos de algún tema.

—Bien. Detesto hablar de asesinatos durante la cena. ¿Todavía está por aquí alguno de sus huéspedes del fin de semana?

—No. Todos se marcharon.

Quizá había olvidado a Mijaíl Putyov.

—Muy bien, cócteles a las siete. —Madox se levantó—. Después hablaremos de lo que le interesa, y a continuación la cena, si es que consigue renunciar a la polla.

—Será difícil. —Me calcé los zapatos y me levanté—. Por cierto, ¿qué es un *étuvéé* de verduras?

—No estoy seguro. —Me dio un consejo—: No coma nada que no pueda pronunciar, y nunca coma nada cuyo nombre tenga un acento en cualquiera de las letras.

—Un gran consejo.

—Una vez más, siento mucho lo del detective Muller. Ruego a Dios que no tenga nada que ver con alguien de mi personal, pero si es así, puede estar seguro de contar con mi absoluta cooperación. Me ocuparé de buscarle la información que pidió.

—Gracias. Mientras tanto, la palabra es mutismo. No queremos espantar a nadie.

—Lo comprendo.

Nos dimos la mano. Salí del despacho y ahí estaba Carl, a unos pocos pasos de la puerta.

—Lo acompañaré hasta la salida.

—Gracias. Aquí te puedes perder como si nada.

—Por eso lo acompañaré.

—Correcto. —Imbécil.

Bajamos la escalera.

—¿Dónde está el lavabo? —pregunté.

Me señaló una puerta. Entré, cogí la toalla de manos de la anilla y froté unas

cuantas superficies para recoger cabellos, células epiteliales y cualquier otra muestra de ADN con la que pudiesen jugar los técnicos forenses. Lamenté no haber podido hacerme con la colilla de Madox, pero a menos que se la hubiese pedido como recuerdo, era imposible.

Escondí la toalla debajo de la chaqueta y salí.

Carl me acompañó hasta la puerta principal.

—Nos vemos a las seis —dije.

—A las siete.

No demasiado brillante pero leal. Y peligroso.

Capítulo 40

La reja de acero no se abría mientras me aproximaba a la garita, y comencé a dar bocinazos.

La verja comenzó a abrirse y, al acercarme a la garita, los dos guardas salieron y me dedicaron miradas amenazantes mientras permanecían allí de pie, con los pulgares enganchados en el cinturón. Si eso era lo mejor que sabían hacer, no me molestaría en hacerles ninguna putada. Sin embargo, aceleré, fui directamente hacia ellos y, en el último momento, giré el volante y pasé con el Hyundai por el hueco de la reja.

Por el espejo lateral vi cómo propinaban puntapiés al suelo. Creo que se habían cabreado.

Quizá no tendría que ser tan gilipollas. Pero hay que dejar bien claro quién es el macho alfa desde el principio. A la gente le gusta saber cuál es su lugar en la cola.

Además, no tenía duda de que uno de ellos o los dos habían detenido a Harry en la finca. Y si no habían sido ellos, entonces algunos otros tipos vestidos con el mismo uniforme. ¿Correcto, Bain?

Seguía sin verse ningún equipo de vigilancia, y me pregunté a qué jugaba Schaeffer.

Llegué a la Carretera 56 y me dirigí al norte.

Repasé la conversación con Bain Madox, lo que me sirvió para convocar algunos interesantes pensamientos colaterales. La conclusión fue que Bain y John sabían que Bain y John estaban jugando una partida de ajedrez mental.

En cualquier caso, Madox me había invitado a cenar, y, por supuesto, también a la señorita Mayfield. Al verme con la misma ropa, Madox había deducido que la señorita Mayfield y yo habíamos tenido que viajar apresuradamente, así que se había tomado todas las molestias para que la señorita Mayfield no se preocupase por la indumentaria y se sintiese cómoda en el club. Eso era muy amable de su parte, y confirmaba que era un buen observador. Bain Madox hubiese sido un buen detective.

Sabía que Kate estaba preocupada, y se puede hacer una llamada de móvil de tres minutos antes de que la puedan rastrear, así que encendí el móvil y marqué el número de Pond House. Kate atendió en el acto.

—¿Hola?

—Soy yo.

—Gracias a Dios. Comenzaba a preocuparme...

—Estoy bien. Sólo puedo hablar un minuto. Tengo que hacer unos recados y estaré allí en una hora.

—Vale. ¿Qué tal ha ido?

—Bien. Te informaré cuando llegue. ¿Has hecho algunas de las cosas?

—Sí, yo...

—¿Has hablado con Schaeffer?

—No he dado con él.

—Vale... ¿Has encargado la *pizza*?

—No. Ocúpate tú de traer algo.

—¿Hambrienta?

—Famélica.

—Bien. Nos han invitado a cenar en el Club Custer Hill.

—¿Qué?

—Te lo contaré en persona. El atuendo es informal.

—¿Estás de broma?

—No. Es informal. Los cócteles a las siete.

—Quiero decir...

—Tengo que colgar. Nos vemos.

—John...

—Adiós. Te quiero. —Colgué y apagué el móvil. ¿Había dicho que iríamos a cenar al Club Custer Hill? ¿Soy imbécil?

En cualquier caso, me acercaba a la gasolinera de Rudy, y allí estaba él, de palique con otro cliente que se servía solo. Entré.

—¡Rudy!

Me vio y se acercó.

—¿Ha vuelto? —preguntó.

—¿Vuelto de dónde?

—¿De...? No lo sé. ¿Adónde fue?

—Intenté arreglar las cosas entre usted y el señor Madox.

—¿Sí...? Ya le dije que hablé con él. No pasa nada.

—No, todavía estaba cabreado. Pero tengo una noticia buena y otra mala. ¿Cuál quiere saber primero?

—Eh... la buena.

—La buena es que ya no está cabreado con usted. La mala es que abrirá una gasolinera GOCO al otro lado de la calle.

—¿Eh? ¿Qué hará qué? Oh, joder. No puede hacer eso.

—Puede y lo hará.

Rudy miró el solar vacío del otro lado de la calle, y estoy seguro de que se la imaginó: ocho surtidores resplandecientes, lavabos limpios y mapas del parque.

—La competencia es buena —le recordé—. Y muy norteamericana.

—Mierda.

—Necesito que me haga un favor, Rudy.

—¿Eh...?

—Tengo que recoger un venado. ¿Tiene algo más grande que pueda cambiar por

este cortacésped coreano?

—¿Eh?

—Sólo por esta noche. Añadiré cien pavos por las molestias.

—¿Eh?

—También le llenaré el tanque.

—¿Necesita gasolina?

Llevé el Hyundai a la parte de atrás de la gasolinera, fuera de la vista, y en cinco minutos hice un trato con Rudy, que aún se comportaba como si una mula le hubiese dado una coz en la cabeza. Ni siquiera se dio cuenta de que las llaves del Hyundai no estaban puestas en el contacto, como le había dicho que estaban.

—No le diga nada de esto a Madox —fueron mis palabras de despedida—. Sólo conseguirá empeorar las cosas. Yo hablaré con él.

—No puede hacer eso. Lo demandaré.

El vehículo más grande de Rudy resultó ser una vieja furgoneta Dodge cuyo interior parecía haber sido escenario de una guerra a tomatazos. Pero funcionaba de maravilla.

Seguí, y en Colton pasé de largo el cruce para Canton y tomé el camino largo hacia Potsdam.

Cuando escapas de la partida, necesitas cambiar de caballo a menudo, matar a tu último caballo y no cabalgar nunca dos veces por el mismo sendero.

Llegué a Cantón y encontré la Scheinthal's Sporting Goods, donde compré una caja de balas del calibre 40 para Kate y otra de 9 mm para mí. Todas las fuerzas del orden tendrían que utilizar pistolas del mismo calibre, como hacen los militares, pero ésa es otra historia. También compré cuatro cargadores de recambio para la Glock. La propietaria, la señorita Leslie Scheinthal, me pidió una identificación para la compra de las balas, y le mostré mi carnet de conducir, no mis credenciales federales.

Necesitaba cambiarme los calcetines, que se habían convertido recientemente en pruebas forenses, así que compré un par de calcetines de lana que me servirían para recoger más fibras de alfombra y cabellos en el comedor y la biblioteca del señor Madox.

Por supuesto, toda esta técnica no serviría de nada si Madox nos echaba un narcótico en las bebidas o nos disparaba un dardo tranquilizante y nos despertábamos muertos, como Harry. También cabía la posibilidad de un buen tiroteo a la antigua.

Respecto a este último punto, se me ocurrió qué podría suceder si pretendían quitarnos las armas. No tenía la intención de ceder la mía fácilmente, pero el hecho era que íbamos a un campamento militar, y resulta difícil discutir con diez tipos apuntándote con fusiles de asalto. Estaba seguro de que Harry se había encontrado en una situación similar.

Así que eché una ojeada a la tienda para ver si había algo que no activase un

detector de metales y que pudiese pasar un cacheo, y al mismo tiempo fuese más útil en un apuro que, digamos, un par de calcetines de lana.

La señorita Scheinthal, que era una joven muy bonita, aunque yo no me había dado cuenta, me preguntó:

—¿Puedo ayudarlo en algo más?

—Bueno... es una historia bastante larga... —La verdad era que no quería contarle todo aquello de mi anfitrión y su ejército privado que me apuntaban con sus fusiles y me quitaban mis pistolas, y que necesitaba un arma oculta para matarlos y todo lo demás, así que le respondí—: Yo... necesito un equipo de supervivencia.

—¿Como qué?

—No lo sé, Leslie. ¿Qué tiene?

Me llevó a uno de los pasillos.

—Aquí tiene unas cuantas cosas. Pero todo el equipo de acampada es en realidad equipo de supervivencia.

—No de la manera en que acampa mi exesposa, con una casa rodante y señora de la limpieza.

Leslie sonrió.

Miré el surtido e intenté deducir qué demonios podía meter de matute en la casa sin que sonase el detector de metales. Las granadas de estruendo casi no tienen metal, así que le pregunté:

—¿Tiene granadas de estruendo?

Se echó a reír.

—No. ¿A quién se le ocurriría llevar granadas de estruendo?

—No lo sé. Quizá para pescar. Como pescar con dinamita.

—Eso es ilegal —me informó.

—No me diga. Pues es lo que yo hago en Central Park.

—Venga, John.

Parecía dispuesta a ayudar, pero yo no ponía mucho de mi parte.

—Veamos, va a ir de acampada. ¿Correcto?

—Correcto.

—¿Tiene equipo de invierno?

—¿Qué es eso?

Se rió de nuevo.

—Aquí de noche en el bosque hace mucho frío, John. Esto no es Nueva York.

—Lo sé, por eso he comprado los calcetines de lana.

Eso también le pareció gracioso.

—Necesitará equipo de acampada de invierno.

—La verdad es que no dispongo de mucho dinero, y mi exesposa me robó la tarjeta de crédito.

—¿Tiene al menos un fusil?

—No.

—Pues entonces tendrá que estar atento a los osos. Son imprevisibles en esta época del año.

—Yo también.

—No creo que esté muy protegido con esos tirachinas que lleva. El último tipo que conocí que intentó matar a un oso con una pistola es ahora una alfombra en una osera.

—Muy gracioso.

—No lo es. Si un oso se acerca a su campamento en busca de comida, tiene que hacer sonar las ollas y las sartenes...

—No tengo ollas y sartenes. Por eso necesito las granadas de estruendo.

—No. ¿Sabe lo que necesita?

—No, ¿qué?

—Necesita una bocina de aire comprimido. —Cogió un bote de aerosol de la estantería.

—¿Eso es un bote de chili?

—John, por favor, eso es la bocina. Por lo general los asusta, y también puede emplearla para avisar que tiene problemas. Dos toques largos y uno corto. ¿Vale? Sólo son seis pavos.

—¿Sí?

—También tengo esto. —Cogió una caja—. Es un equipo de Bear Banger.

—¿Eh?

—Es como un lanzabengalas con cartuchos. Mire, aquí dice que la bengala llega a una altura de ciento veinte metros y que se ve desde una distancia de quince kilómetros durante el día y de cuarenta por la noche.

—Ya veo... —Una pequeña bengala destelló en mi cerebro—. Sí... eso podría valer.

—Muy bien. Cuando dispara este cartucho, el estruendo es de ciento quince decibelios. Eso bastará para que el oso se haga ya sabe qué.

—Sí, para que el oso se haga caquita en el bosque.

Se rió.

—Exacto. Aquí tiene. —Me dio la caja.

La abrí. El equipo parecía consistir en un lanzador, no más grande que una linterna lápiz y del mismo aspecto, y seis bengalas Bear Banger del tamaño de las pilas pequeñas. Aquella cosita era un cañón en miniatura.

—No tiene más que colocar el cartucho aquí, apretar el botón y se dispara, ¿vale? Pero intente no apuntar a su cara. —Se rió.

No era a mi cara a lo que apuntaría caso de necesitar disparar aquella cosa.

—Tampoco se le ocurra apuntar al oso. ¿De acuerdo? Podría herirlo o provocar un incendio forestal. Y no querrá que eso pase.

—¿No?

—No. Conseguirá una luz brillante, equivalente a... ¿qué dice aquí? A unas

quince mil bujías. —Sonrió—. Si la veo, o la oigo, acudiré en su ayuda. Son treinta dólares. ¿Vale?

—Vale.

—Así que se lleva la bocina y el Bear Banger. ¿Correcto?

—Sí... Creo que me llevaré dos Bear Banger.

—¿Tiene compañía?

—No, pero sería un bonito regalo de cumpleaños para mi sobrino, que tiene cinco años.

—No, John, no. Esto no es un juguete. Es un artículo exclusivamente para adultos. Es más, tendrá que firmar un formulario de la ATTF para comprarlo.

—¿Que significa los Adultos-También-Firman?

—No. Alcohol, Tobacco and Firearms.

—¿Todo eso? —Cogí otra caja de Bear Banger y, mientras íbamos hacia la caja, agradecí silenciosamente a los puñeteros osos que me hubiesen ayudado a resolver un problema.

Leslie me dio el formulario de la oficina de Alcohol, Tobacco and Firearms donde declaraba que los Bear Banger serían utilizados exclusivamente para el control de animales salvajes.

Como eso se acercaba mucho a mis intenciones, lo firmé.

Había una caja de barritas energéticas en el mostrador y cogí una para Kate. Le hubiese llevado dos, pero quería que tuviese hambre para la cena.

—¿Es todo? —preguntó Leslie.

—Sí.

Sumó la munición, la bocina, los calcetines, los dos Bear Banger y la barrita.

Le pagué con todo el dinero que tenía y me faltaron dos dólares, así que iba a renunciar a la barrita, pero Leslie me dijo:

—Ya me los pagará. —Me dio su tarjeta—. Mañana pase por aquí y dígame si necesita algo más. Aceptaré un talón, hay unos pocos bancos en la ciudad.

—Gracias, Leslie, la veré mañana.

—Eso espero.

Yo, también.

Me senté al volante de la furgoneta de Rudy y emprendí el camino de regreso al Wilma's.

Osos. Madox. Artefacto nuclear. ELF. Putyov. Griffith.

Asad Jalil, el terrorista libio con su fusil de francotirador, me pareció en esos momentos todo un encanto.

Capítulo 41

A las 16.54, entré en el largo camino que llevaba al Wilma's.

Vi a una mujer que miraba a través de una de las ventanas de la casa principal; sin duda sería Wilma esperando a su amante de la UPS, y probablemente preguntándose quién era el tipo de la furgoneta.

Aparqué delante de Pond House, cogí las bolsas de Scheinthal's Sporting Goods, me bajé, llamé y anuncié:

—Es tu hombre de la montaña.

Kate abrió la puerta y entré.

—¿Dónde has conseguido esa furgoneta? —preguntó.

—Es de Rudy. Es importante cambiar de vehículo cuando eres un fugitivo.

No hizo ningún comentario al respecto.

—¿Cómo te ha ido? ¿Qué hay en las bolsas?

—Todo ha ido bien, aunque Bain todavía no toma la medicación adecuada. Deja que te enseñe lo que he comprado.

Vacíé el contenido de las dos bolsas sobre la mesa de la cocina.

—Calcetines nuevos para mí, municiones y cargadores para nosotros.

—¿Por qué...?

—Una bocina y dos Bear Banger.

—¿Dos qué?

—Espantan a los osos, y avisan si tienes problemas. No está nada mal.

—John...

—Tendrías que haber visto la tienda. No sabía que hubiese tantas cosas que vienen camufladas. Aquí tienes una barrita energética para ti.

—¿Has comprado algo de comer?

—Unas galletas de chocolate. ¿O eran unas rosquillas rellenas?

Me senté en la silla, me quité los zapatos y luego los calcetines. Vi las fibras de la alfombra en las plantas y, al menos, un largo cabello oscuro, que rogué que fuese de Bain Madox, de *Kaiser Wilhelm* o de Harry Muller.

—Esto es del despacho de Madox —expliqué—, e intuyo, mejor dicho es una esperanza, que Harry estuvo sentado en la misma silla donde me he sentado yo.

Kate asintió.

Guardé los calcetines en una bolsa de plástico, luego arranqué una hoja de mi libreta y escribí la hora, la fecha, el método y el lugar de la recogida, la firmé y la metí en la bolsa.

Luego me saqué el rodillo recoge pelusa del bolsillo, le quité el cartón protector y corté la primera capa del papel engomado cubierto de fibras.

—Esto es de la moqueta del vestíbulo.

Pegué con mucho cuidado el trozo de papel en el interior de la bolsa.

—Una vez, me llevé el bocadillo de jamón de un sospechoso de asesinato. — Comencé a escribir la descripción del trozo de papel—. Conseguí bastante ADN como para relacionarlo con el asesinato... pero su abogado alegó que la prueba había sido conseguida ilegalmente; robada sin una orden y, por lo tanto, no era admisible, y tuve que jurar que el sospechoso me había ofrecido el bocadillo a medio comer... — Cerré la bolsa y le pregunté a Kate—: ¿Tienes celo?

—No, pero lo buscaré. ¿Qué pasó?

—¿Con qué? Ah, la prueba. El abogado defensor me preguntó por qué el acusado iba a ofrecerme su bocadillo, y me tuvo en el banquillo veinte minutos, explicando cómo había ocurrido y por qué me lo había guardado en el bolsillo en lugar de comérmelo. —Sonreí al recordar el episodio—. El juez se quedó tan impresionado con mi rollo que admitió el bocadillo como prueba. El abogado defensor se puso como una fiera y me acusó de mentir.

—Bueno... era una mentira, ¿no?

—Era una zona gris.

—¿Lo condenaron? —preguntó, sin ningún comentario.

—Se hizo justicia.

Encontré la toalla de mano en el fondo de la segunda bolsa.

—Es del pipí *room* de la planta baja, y la he utilizado para limpiar algunas superficies —continué mientras escribía la descripción—. Esto entra en la categoría del bocadillo de jamón. ¿Me ofrecieron la toalla para quedármela o me la llevé sin una orden de registro? ¿Tú qué dirías?

—No me corresponde a mí decirlo. Lo debes decir tú.

—Correcto... —Escribí en la nota y leí en voz alta—: Me la ofreció Carl, un empleado del sospechoso, cuando advirtió que estaba... ¿dónde? ¿Enganchada en mi bragueta?

—Quizá tengas que pensar algo mejor.

—De acuerdo. Acabaré la nota más tarde. Muy bien, así pues, con un poco de suerte, algunos de estos pelos y fibras del Club Custer Hill coincidirán con los encontrados en Harry, y, de la misma manera, quizá algún cabello de Harry y hebras de sus prendas quedaron en el Club Custer Hill y estén ahora mezcladas con todo esto.

Kate me dijo:

—Buen trabajo, John.

—Gracias. Era un buen detective.

—Todavía lo eres.

—Sí, vale.

—Creo que ahora tenemos suficientes pruebas como para llamar a Tom Walsh y después regresar a Nueva York lo antes posible —dijo.

No hice caso de la sugerencia y le mostré mis calcetines de lana nuevos.

—Tenemos otra oportunidad para recoger más pruebas en la casa. ¿Tú qué clase de calcetines llevas?

No respondió a la pregunta, y en cambio me preguntó:

—¿Va en serio lo de la invitación a cenar?

—Por supuesto. —Me guardé el rodillo recoge pelusa en el bolsillo—. ¿Cuántas veces un sospechoso de asesinato te invita a cenar?

—Los Borgia lo hacían continuamente.

—¿Sí? ¿Quiénes eran...? La familia Gambino. ¿Correcto?

—No, eran unos nobles italianos que acostumbraban a envenenar a sus invitados.

—¿De veras? ¿Y los invitados aceptaban? Eso es ser muy estúpido.

—Tomo nota. —Quitó el envoltorio de la barrita.

—¿Quieres que dé un mordisco para saber si está envenenada?

—No, pero si tienes hambre, la compartiré contigo.

—Me reservo para la cena.

—No pienso ir.

—Cariño, ha insistido en invitarte.

—Tú tampoco irás. Dime de qué habéis hablado tú y Madox.

—De acuerdo, pero, primero, llama a Wilma.

—¿Para qué?

—Dile que le devolverás el portátil antes de las seis y media y pídele un rollo de celo.

—Bueno. —Fue hasta la mesa de escritorio y yo caminé descalzo hasta el sofá, poco dispuesto a contaminar mis calcetines nuevos con el Wilma's.

Kate cogió el teléfono.

—Otra cosa. Dile a Wilma que te avise inmediatamente si aparece tu marido al volante del Hyundai blanco.

Creí que Kate me diría que era un adolescente idiota, pero sonrió.

—Muy bien. —Tenía un extraño sentido del humor.

Kate llamó a Wilma, le dio las gracias por el ordenador portátil y prometió devolvérselo antes de las seis y media. Luego añadió:

—¿Puedo pedirle otros dos favores? Necesito un rollo de celo o cinta adhesiva. Se la pagaré. Gracias. Ah, y si ve que mi marido llega en el Hyundai blanco, ¿podría avisarme inmediatamente? —Kate sonrió al escuchar la respuesta de Wilma—. No, es sólo un amigo, pero... bueno... sí...

—Dile que necesitas un rollo grande para atarte las muñecas y los tobillos, y pregúntale si tiene nata montada.

—Un momento, por favor. —Tapó el micrófono y me reprochó con una risa mal contenida—: John...

—Que nos llame si cualquier otro vehículo viene para Pond House.

Kate me miró de nuevo, asintió y le explicó a Wilma:

—Puede que mi marido conduzca otro vehículo. Así que si ve cualquier vehículo que venga hacia Pond House... Sí, gracias. —Colgó—. Wilma sugiere que mi amigo mueva la furgoneta, y me recordó que hay una puerta trasera que da al porche.

Ambos nos partimos de risa, cosa que nos hacía mucha falta.

—Como si yo no supiese cómo hacer salir a un tipo por la puerta trasera —dijo Kate.

—Eh.

Sonrió.

—Creo que Wilma es ahora nuestra vigía —señaló.

—Está motivada.

—Algunas veces piensas bien —comentó.

—Estoy motivado.

Nos abrazamos y nos dimos unos cuantos besos.

—He reservado billetes en un vuelo a La Guardia desde Siracusa a las ocho y media de mañana por la mañana —me informó—. Es el primer vuelo disponible que he podido conseguir.

No quise ponerme a discutir en ese momento.

—Espero que no hayas pagado con tu tarjeta de crédito.

—No aceptaban cheques por teléfono.

—Cuando llegues al aeropuerto, dale recuerdos a Liam Griffith de mi parte.

—John, no pueden conseguir la información de las tarjetas de crédito en tan poco tiempo. Podríamos ir a Toronto esta noche. Hay muchos vuelos a Nueva York y Newark desde allí.

—No vamos a cruzar una frontera internacional. Muy bien, ¿qué has averiguado?

—Vale. —Abrió la libreta—. Primero, como te he dicho, no he podido hablar con el comandante Schaeffer. Lo he llamado dos veces y le he dejado recado de que volvería a llamar. Pero no creo que quiera hablar conmigo. Quizá tú tengas más suerte.

—Lo llamaré más tarde. —Me tumbé en el sofá—. No había ningún equipo de vigilancia visible en McCuen Pond Road.

—Quizá estaban ocultos.

—Puede. Pero también puede ser que Schaeffer nos haya vendido.

—Sin embargo, tú fuiste de todas maneras.

—Tallé una nota para ti en la corteza de un abedul.

—He repasado las listas de pasajeros, las reservas y los contratos de alquiler de coches —continuó Kate—. No había ningún nombre que me llamase la atención excepto Paul Dunn y Edward Wolffer. Por supuesto, también Mijaíl Putyov. —Consultó sus notas—. Había algunos otros que me han sonado conocidos, pero quizá de haberlos leído varias veces. Por ejemplo, James Hawkins. ¿Te suena? No me digas que jugaba de tercera base para los Yankees.

—No jugaba Hawkins. ¿Lo has buscado en Google?

—Sí. Hay un James Hawkins en la Junta de Jefes de Estado Mayor. General de la fuerza aérea. Pero no puedo decir que sea el mismo tipo.

—Si fue al Club Custer Hill, probablemente lo es. ¿Alquiló un coche?

—No. Llegó de Boston el sábado a las nueve y veinticinco de la mañana y se marchó a las doce y cuarenta y cinco del domingo en el vuelo a Boston que enlaza con el vuelo a Washington.

—Muy bien... si fue al Club Custer Hill, probablemente lo llevaron en la furgoneta. Es interesante que Madox no enviase a sus aviones a buscar a ninguno de esos VIP. Supongo que ninguno quería que apareciese una relación directa entre ellos y Madox. Eso de por sí ya es un tanto sospechoso.

—A menudo sólo es cuestión de que los funcionarios y los miembros del gobierno no aceptan regalos valiosos o favores de la gente rica —señaló Kate—. Es un asunto ético.

—Eso es todavía más sospechoso. Por lo tanto, puede que Madox haya tenido a un miembro de la Junta de Jefes de Estado Mayor en su reunión. Un general de la fuerza aérea.

—Me pregunto si estos invitados sabían que Harry estaba allí y lo que le sucedió...

No podía imaginarme que esas personas pudiesen ser cómplices de un asesinato. Así y todo, si había mucho en juego, cualquier cosa era posible.

—¿Algo más en la información del aeropuerto?

—Esto es todo. En cuanto a las docenas de otros nombres, necesitaremos un equipo para saber quiénes son esas personas, y si existe, qué relación pueda tener cualquiera de ellas con Bain Madox.

—Ruego para que nuestros colegas ya estén trabajando en ello —dije—. Pero nunca sabremos los resultados.

Kate prefirió no comentarlo.

—Después he buscado al señor Bain Madox en Google, y, sorprendentemente, hay muy poco.

—Eso no es tan sorprendente.

—Supongo que no. Casi todo lo que he encontrado corresponde a información empresarial. Su cargo como presidente ejecutivo y principal accionista de la Global Oil Corporation y nada más. Tampoco hay gran cosa en lo que se refiere a biografía; casi nada personal, ninguna mención a su exesposa o hijos. Sólo una media docena de citas de fuentes publicadas, y ninguna cita no publicada o comentario de nadie.

—Aparentemente, tiene el poder de que borren los blogs y la información de terceras personas.

—Aparentemente. —Miró de nuevo las notas—. La única cosa vagamente interesante es que un cincuenta por ciento de sus yacimientos de petróleo y gas, y la mitad de su flota de buques cisterna, son propiedad de intereses anónimos de Oriente Medio.

Pensé en eso y en lo que Madox había dicho de su amiguete el ministro del petróleo iraquí durante nuestra charla. Eso significaba que, como la mayoría de los ejecutivos de las petroleras occidentales, tendría que haber besado unos cuantos culos en Desiertolandia. Pero dado que Bain Madox no parecía ser un lameculos, quizá estaba planeando la manera de eliminar a sus socios de una vez para siempre. Quizá toda la historia iba de eso.

—Después he consultado ELF en la red —me informó—. No he encontrado mucho más de lo que nos ha contado John Nasseff, excepto que los rusos utilizan su sistema ELF de una manera diferente a la nuestra.

—Sí, tienen más letras en su alfabeto. —Bostecé y escuché los gruñidos de mi estómago.

—Hay otra diferencia. —Otra consulta a las notas—. Escucha esto. Estados Unidos, como hemos sabido, envía los mensajes ELF a la flota de submarinos nucleares como una llamada, pero los rusos, en los momentos de crisis, envían a sus submarinos un mensaje continuo que dice: «Todo va bien». Cuando el mensaje positivo se interrumpe, eso significa que va de camino un nuevo mensaje urgente, y si dicho mensaje no llega en el tiempo que tarda normalmente en llegar una señal ELF, entonces el silencio se interpreta como que la estación ha sido destruida, y los submarinos quedan autorizados a iniciar los lanzamientos contra los objetivos predeterminados en nuestro país, China o donde sea.

—Señor, espero que paguen puntualmente las facturas de la electricidad.

—Yo también. Por eso nuestro receptor ELF en Groenlandia pudo localizar la señal ELF rusa en la península de Kola; porque utilizaron la señal continua de «Todo va bien» durante un período de crisis, la cual, según ese artículo, precipitamos nosotros para hacer que los rusos conectasen el sistema de mensaje continuo, lo que a su vez nos permitió dar con su transmisor ELF en la península de Kola.

—¡Caray! ¿No somos listos? Unos artistas de la provocación nuclear. ¿No nos alegramos del fin de la Guerra Fría?

—Sí. Pero eso me hace pensar en que Madox, que una vez consiguió los códigos ELF norteamericanos, pueda haber conseguido también los códigos ELF rusos. Según este artículo escrito por un sueco, el *software* de cifrado ruso no es tan sofisticado e impenetrable como el nuestro. Por lo tanto, podría ser que Madox haya cambiado su frecuencia ELF a la frecuencia utilizada por los rusos, e intente enviar señales falsas a la flota de submarinos rusos para que lancen sus misiles nucleares contra China, Oriente Medio o el lugar que no le guste en estos momentos.

—Admito que puede ser una posibilidad si las claves rusas son más fáciles de romper que las nuestras. El mismo transmisor ELF en el Club Custer Hill pero diferentes submarinos nucleares. ¿Alguna otra cosa ELF interesante?

—Sólo que los indios piensan construir una estación ELF.

Me senté en el sofá.

—¿Para qué demonios la necesitan? —grité—. ¿Para lanzar sus hachas de guerra?

Por amor de Dios, ya tienen los casinos.

—John, los indios de la India.

—Ah...

—Se están haciendo con una flota de submarinos nucleares. También los chinos y los paquistaníes.

—Los próximos serán los empleados de correos. Entonces, que Dios nos pille confesados.

—La verdad es que el mundo se está convirtiendo en un lugar mucho más peligroso de lo que lo era durante la Guerra Fría, cuando sólo éramos nosotros y ellos
—opinó Kate.

—¿Cuál es el precio medio de una casa en Potsdam?

No parecía recordarlo, y se sentó a la mesa, sumida en sus pensamientos. Luego dijo:

—También he descubierto otra cosa... que no es buena.

—¿Algo así como malas noticias?

—Sí.

—¿Qué?

—Todavía estoy intentando entenderlo. Acabemos primero con el resto de lo que necesitamos discutir y así tendremos un contexto.

—¿Tu madre viene a visitarnos?

—Esto no es un chiste.

—De acuerdo. ¿Qué viene después?

—Mijaíl Putyov.

Capítulo 42

—Mijaíl Putyov —repetí—. Ni rastro de él en el Club Custer Hill. ¿Saben algo en el despacho o su casa?

—Primero he llamado a su despacho, y la secretaria, Crabtree, me ha dicho que no estaba. Le he dicho que era su doctora y que se trataba de algo grave referente a su salud.

—Ésa es buena. Nunca la he utilizado.

—Siempre funciona. El caso es que la señorita Crabtree se ha ablandado un poco y me ha dicho que el doctor Putyov no había aparecido por el trabajo, no la había llamado y que sus llamadas al móvil de él habían ido directamente al buzón de voz. También había llamado a la esposa de Putyov, pero la mujer no sabía dónde estaba su marido. Obviamente —añadió Kate—, Putyov no informó a nadie de que se marchaba.

—¿Te has hecho con el número de móvil de Putyov?

—No. La secretaria no ha querido dármelo, pero sí me ha dado el suyo para que la llame fuera del trabajo, y yo le he dado el número del *busca*. La señorita Crabtree parecía preocupada.

—Muy bien. Así que Mijaíl está ausente sin permiso del MIT. ¿Qué hay de su casa?

—Lo mismo. La señora Putyov estaba a punto de echarse a llorar. Ha dicho que, incluso cuando Mijaíl está con su amante, la llama y se inventa alguna excusa para justificar que no vuelve a casa.

—Es un buen marido.

—John, no seas imbécil.

—Sólo era una broma. Por lo tanto, Mijaíl no sólo está ausente sin permiso, sino que ha desaparecido en acción.

—Sí, hasta donde saben su esposa y la secretaria. Probablemente aún esté en el Club Custer Hill.

Sacudí la cabeza muy enfáticamente.

—Si lo estuviese, ya habría llamado. Un hombre en su situación, con carabinas del FBI, no desaparece y pone a su esposa, a su familia o al despacho en la tesitura de pensar en llamar al FBI. Eso es lo que menos le interesa.

—¿Entonces...? —preguntó Kate.

—Pues yo diría que, al parecer, no todos lo que entran en el Club Custer Hill se marchan igual que cuando llegaron.

—Al parecer no. Tú has estado allí dos veces. ¿Quieres intentarlo de nuevo?

—A la tercera va la vencida.

Kate no hizo caso y siguió con lo suyo.

—Así que he buscado «Putyov, Mijaíl» en Google, y he encontrado algunos artículos publicados y otros comentarios que otros físicos han escrito sobre sus trabajos.

—¿Les cae bien?

—Lo respetan. Es una estrella en el mundo de la física nuclear.

—Eso es bonito. Entonces, ¿por qué frecuenta a Bain Madox?

—Podría haber una relación profesional. Aunque, por lo que sabemos hasta ahora, también puede tratarse de una relación personal. Quizá sólo son amigos.

—Si así hiera, ¿por qué no le dijo a su esposa adónde iba?

—Ésa es la pregunta. Por ahora, sólo sabemos a ciencia cierta que un físico nuclear llamado Mijaíl Putyov fue uno de los huéspedes en el Club Custer Hill y que ahora ha desaparecido. Todo lo demás son especulaciones.

—Correcto. ¿Eh, has llamado a The Point?

—Sí. Había dos nuevos mensajes de Liam Griffith diciendo que es urgente que lo llamemos.

—¿Urgente para quién? No para nosotros. ¿Les has dicho que estábamos comprando cabezas de reno en Lake Placid?

—Le he pedido a Jim que si alguien llama le diga que nos esperan en The Point para la cena.

—Bien. Eso mantendrá tranquilo a Griffith hasta que aparezca en The Point y descubra que le hemos dado esquinazo. ¿Walsh no ha llamado?

—No.

—¿Lo ves? Nuestro jefe se ha despreocupado de nosotros. Buen tipo.

—Creo que nosotros nos hemos despreocupado de él, John, y ahora nos devuelve el favor.

—Lo que sea. Que lo follen. ¿Quién más ha llamado?

—El comandante Schaeffer llamó a The Point, como le habías dicho. El mensaje para ti dice: «Su coche ha sido devuelto a The Point. Las llaves en la recepción».

—Es muy amable. Se olvida de mandar el equipo de vigilancia, pero no se olvida de protegerse el culo con el FBI.

—¿Nadie te ha dicho nunca que eres un cínico?

—Cariño, he sido un poli del DPNY durante veinte años. Soy un tipo realista. Creo que ya hemos pasado por esto antes —le recordé—. ¿Qué más?

Kate abandonó su tema favorito y continuó:

—También ha telefoneado un hombre llamado Carl, ¿te suena? Ha dejado el siguiente mensaje: «Cena confirmada». Jim le pidió detalles, pero Carl respondió que el señor Corey ya tenía los detalles y que por favor fuese con la señorita Mayfield, tal como se había acordado. Por lo que parece —añadió—, Madox no quiso dejar su nombre ni nada que pudiese relacionar nuestra desaparición con él o la casa.

—¿Qué desaparición?

—Nuestra desaparición.

—¿Por qué sospechas tanto de las personas?

—John, que te den por el culo. También había tres mensajes de voz en nuestra habitación.

—¿Griffith y quién más?

Kate consultó sus notas.

—Liam Griffith, a las tres y cuarenta y nueve, ha dicho, alegremente: «Hola, chicos. Esperaba veros antes. Llamadme cuando escuchéis esto. Espero que todo vaya bien».

Me eché a reír.

—Menudo gilipollas. ¿Cree que somos tan estúpidos? Lo siento —me apresuré a añadir—. Eso suena cínico...

—El segundo mensaje preguntaba si queríamos un masaje...

—Sí.

—El último es de Henry, que parece encantador. Quería saber qué clase de mostaza prefieres con tus... frankfurts.

—¿Lo ves? Tú no me querías creer.

—John, tenemos asuntos mucho más urgentes que atender como para...

—¿Lo has llamado?

—Sí, para mantener la ficción de que volveríamos a The Point.

—¿Qué le has dicho a Henry? Mostaza Deli, ¿no?

—Sí. Es un encanto.

—Quería mostrarme la polla.

Kate prefirió pasarlo por alto.

—También he reservado una sesión de masajes para mañana por la mañana.

—Bien. Eso me encanta.

—No estaremos allí.

—Es verdad. Lamento mucho tener que desilusionar a Henry después de todas las molestias que se ha tomado, pero no me duele perderme el cóctel con Liam Griffith.

Kate parecía un poco fatigada, o quizá preocupada, y comprendí que necesitaba un estímulo.

—Has hecho un gran trabajo —afirmé—. Eres el mejor compañero que he tenido.

—Soy tu jefe.

—Correcto. El mejor jefe que he tenido. Muy bien, la FAA... —Sonó el teléfono—. ¿Esperas una llamada?

—No.

—Quizá es Wilma. Tu marido que viene para aquí.

Titubeó y luego atendió la llamada.

—¿Hola? —Escuchó y después dijo—: Gracias. Sí... se lo diré. Gracias. —Colgó—. Era Wilma. El rollo de celo está en el umbral. Dice que mi amigo debería mover la furgoneta.

Nos echamos a reír, pero estaba claro que teníamos los nervios a flor de piel. Me acerqué a la ventana y observé el terreno antes de abrir la puerta y recoger el celo.

Me senté a la mesa de la cocina y comencé a cerrar las improvisadas bolsas de pruebas como indican las normas.

—Dime qué has averiguado en la FAA.

No me respondió, en cambio dijo:

—¿Por qué no vamos a buscar el Hyundai a la gasolinera de Rudy, cogemos las bolsas y nos vamos a Nueva York?

—¿Tienes un bolígrafo? Necesito firmar el celo.

—Podríamos estar en 26 Fed alrededor... —consultó su reloj—, alrededor de las tres o las cuatro de la mañana.

—Tú puedes irte. Yo me quedo. Aquí es donde está pasando, y es aquí donde debo estar. Bolígrafo, por favor.

Lo sacó del bolso y me lo dio.

—¿Qué es lo que está pasando?

—No lo sé, pero cuando ocurra, estaré aquí. —Firmé el celo—. La verdad es que deberíamos separarnos por si acaso... Haremos lo siguiente, tú vas en la furgoneta de Rudy a Massena, alquilas otro coche y regresas a Nueva York.

Kate se sentó en la silla, a mi lado, y me sujetó la mano.

—Deja que primero acabe de decirte lo que he averiguado y después decidiremos qué hacer.

Eso me sonó como si tuviese un as en la manga, que probablemente era la mala noticia. Fuera lo que fuese, la inquietaba.

—La FAA. ¿Malas noticias? —pregunté.

—La buena noticia es que pude conseguir información. La mala noticia es la información.

Capítulo 43

—La FAA —comenzó Kate—, como tú dijiste, ha sido un desafío. Pero, finalmente, alguien de allí me ha dicho que llamase a la Flight Service Station regional, la FSS, en Kansas City, adonde los dos aviones de la GOCO llegaron el domingo por la tarde procedentes del aeropuerto local de los Adirondack.

—Bien. ¿Qué ha dicho la FSS en KC?

—Ha dicho que estos aparatos aterrizaron, repostaron, presentaron sus siguientes planes de vuelo y despegaron. —Consultó las notas—. Un Cessna Citation, pilotado por el capitán Tim Black, con número de registro N2730G, voló a Los Ángeles. El otro, pilotado por el capitán Elwood Bellman, y número de registro N2731G, voló a San Francisco.

—¿Sí? —Eso me sorprendió. Estaba seguro de que uno o los dos aviones de Madox volarían de regreso al aeropuerto local de los Adirondack, donde Madox subiría a bordo y se iría donde tuviese que irse urgentemente—. ¿Ésos eran sus destinos finales?

—Hasta hace una hora sí. He llamado al FSS de Los Ángeles y San Francisco y no se habían presentado nuevos planes de vuelo.

—Vale... pero ¿por qué volaron a Los Ángeles y San Francisco?

—Eso es lo que necesitamos averiguar.

—Correcto. También debemos averiguar dónde se alojan los pilotos en esas ciudades para poder hablar con ellos.

—He tenido el mismo pensamiento, y he descubierto que los aviones privados utilizan lo que se llama Base Fija de Operaciones, BFO, para que se ocupe de los aparatos que llegan y se marchan. En el aeropuerto de Los Ángeles, GOCO utiliza la Garrett Aviation Service como su BFO, y en San Francisco, los aviones de GOCO emplean una compañía llamada Signature Flight Support. Así que he llamado a sus BFO y les he preguntado si sabían dónde podían estar los pilotos y los copilotos de la GOCO. Me han contestado que algunas veces los pilotos dejan un número de teléfono local, que suele ser un hotel, donde se los puede llamar en caso necesario, o bien el número de sus móviles. Pero esta vez no. La única información de contacto que las BFO tenían de los pilotos era la sección de vuelos de la GOCO en el aeropuerto internacional Stewart de Newburgh, Nueva York, donde la GOCO tiene su base de operaciones, talleres de mantenimiento y la oficina de despachos.

—¿Y los has llamado?

—Sí. He llamado a la oficina de la GOCO en Stewart, pero por razones obvias no me he identificado como agente del FBI, y nadie ha querido darme ninguna información de las dos tripulaciones.

—¿Les has dicho que eras una doctora y que tanto los pilotos como los copilotos están ciegos?

—No, pero puedo dejar que llames tú para ver qué averiguas.

—Quizá más tarde. ¿Cómo se llaman los copilotos?

—Por extraño que parezca, los planes de vuelo no piden los nombres de los copilotos.

Era obvio que la Federal Aviation Administration no había tomado nuevas medidas de seguridad en lo que se refería a la aviación privada después del 11-S. Pero eso ya lo sabía.

—Pero los planes de vuelo sí consignan el número de personas a bordo —añadió Kate—, y en ambos aviones había dos. Piloto y copiloto.

—Vale... así que esos aviones aterrizaron en Los Ángeles y San Francisco respectivamente, sin pasajeros, llevan aparcados allí desde el domingo por la noche, no se han presentado nuevos planes de vuelo y supongo que los capitanes Black y Bellman, junto con sus copilotos no identificados, disfrutan del paisaje de Los Ángeles y San Francisco mientras esperan nuevas órdenes.

—Eso parece.

Pensé en todo eso y llegué a la conclusión de que no tenía ningún sentido oculto, y que era absolutamente normal. Sólo cuatro pilotos que cruzaban el continente sin pasajeros y gastaban combustible a razón de centenares de litros por hora, mientras su jefe transportaba más combustible al país en sus buques cisterna.

—¿A ti te parece extraño? —pregunté.

—Quizá sí. Pero es un mundo que no conocemos. Uno de los empleados de la BFO de San Francisco sugirió que tal vez los aviones habían sido alquilados por alguien para hacer una recogida.

—¿Crees que un hombre como Madox alquilaría sus aviones particulares para ganarse unos pocos pavos?

—Al parecer algunas personas ricas lo hacen. Pero hay más.

—Eso esperaba.

—Hablé con una tal Carol Ascrizzi, que trabaja para Signature Flight Support en San Francisco, y me ha dicho que le habían pedido que llevase al piloto y copiloto en la furgoneta de cortesía a la parada de taxis de la terminal principal.

Aquello no parecía nada fuera de lo normal ni importante, pero por el tono de voz de la señorita Mayfield comprendí que lo era.

—¿Y?

—La señorita Ascrizzi ha dicho que la GOCO, como la mayoría de las grandes compañías, casi siempre contrata por anticipado un coche con chófer para que lleve a la tripulación a donde éstos quieran ir. Por lo tanto, le pareció extraño que esa tripulación quisiese tomar un taxi en la terminal. De modo que la señorita Ascrizzi, en su deseo de ser amable con los buenos clientes, dice que se ofreció a llevar a los dos tipos a su hotel. Al parecer, las tripulaciones suelen alojarse en algún lugar con

tarifas de empresa cerca del aeropuerto. Pero que el copiloto le dijo que gracias, pero que iban al centro y tomarían un taxi.

—Muy bien. ¿Sabía adónde iban?

—No, no lo dijeron.

Razón por la que, me dije, tomaron un taxi y no aceptaron la furgoneta de cortesía ni había un chófer de librea que los esperase.

—¿Algo más?

—Sí. Me ha dicho que los dos tipos, el piloto y el copiloto, llevaban dos grandes baúles de cuero negro. Los baúles estaban cerrados con candados, tenían ruedas y pesaban mucho. Tuvieron que cargar cada baúl entre los dos para meterlos en la furgoneta.

—Vale. Grandes, pesados, con candados y ruedas. Supongo que es la misma carga que Chad vio en el aeropuerto de aquí. Ahora la han descargado en San Francisco, y es de suponer que también en Los Ángeles. —Kate no parecía sacar nada en limpio de esa información, así que dije para ayudarla—: Quizá esos hombres llevaban a sus esposas o novias a bordo como polizones, y esos dos pesados baúles contienen los vestidos de las damas para dos días.

—¿Cómo consigues introducir un comentario sexista en una conversación sobre la carga de unos aviones? —preguntó.

—Lo siento. —No había sido fácil—. Sólo reflexionaba en voz alta. —Más reflexiones—. ¿Qué podían llevar, oro? ¿Un par de cadáveres? ¿Qué?

—Deberías imaginarlo.

—Vale. ¿Qué ha dicho Carol Ascrizzi? ¿Sospecha algo? ¿El piloto y el copiloto parecían nerviosos o actuaron de manera sospechosa?

—El piloto y el copiloto, según la señorita Ascrizzi, mostraron un comportamiento absolutamente normal, comentaron el peso de los baúles y el hecho de que la GOCO no hubiese enviado un coche con chófer para ellos. El copiloto coqueteó con la señorita Ascrizzi y le dijo que esperaba verla el miércoles, cuando volviesen al aeropuerto para la salida.

—¿La salida hacia dónde?

—El copiloto dijo que el destino final era La Guardia, pero no mencionó las escalas que harían en ruta. El piloto dejó instrucciones en Signature Flight Support para que tuviesen el avión listo para despegar al mediodía del miércoles con los tanques llenos.

—Muy bien... así que el piloto y el copiloto, según la señorita Ascrizzi, parecían normales, pero la carga no. —Lo pensé un momento—. Llevaron la carga a Los Ángeles y San Francisco en dos aviones privados, en lugar de uno, e hicieron dos escalas en esas dos ciudades cercanas.

—Correcto.

—Tampoco había un coche con chófer para llevar a la tripulación y la carga donde fuera que tuviesen que ir.

—Correcto.

—El piloto comunicó a Signature Flight Support en San Francisco que tuviesen el avión preparado para despegar el mediodía del miércoles con destino final en La Guardia, pero, por lo que has dicho, aún no han presentado el plan de vuelo a la FAA.

—Correcto. Pero no es inusual. He descubierto que los planes de vuelo se tienen que presentar poco antes de la hora de salida, para tener en cuenta las condiciones meteorológicas, el tráfico en el aeropuerto y cosas por el estilo.

—Eso es lógico.

—Lamento no poder alimentar tu paranoia.

—Oh, no te preocupes. Me basto solo. Aquí tienes un ejemplo: el destino secreto del piloto y el copiloto en San Francisco.

—¿Por qué secreto?

—No había un coche de alquiler con chófer, cosa que dejaría un rastro de papel, no aprovecharon la oportunidad de ir al centro en la furgoneta de cortesía después de cargar los baúles llenos de ladrillos o lo que sea en la furgoneta, que después tuvieron que descargar en la parada de taxis y a continuación volver a cargarlos en dos taxis, debido al tamaño de los baúles, para el viaje al centro. ¿Eso tiene sentido?

—No. Así que he llamado a Garrett Aviation Service, en el aeropuerto de Los Ángeles, y he hablado con un tipo llamado Scott. He esperado mientras él preguntaba, y me ha contado más o menos la misma historia: dos grandes baúles negros y la furgoneta de cortesía sólo hasta la parada de taxis.

—Ah. Por consiguiente, esos cuatro tipos tenían las mismas órdenes: tomar un taxi para ir donde fuese con los baúles.

—Eso parece.

—Por lo tanto, es del todo obvio que estas dos tripulaciones tienen un destino, o destinos, secreto en Los Ángeles y San Francisco, y por eso cada una tomó un taxi que costaría mucho de encontrar. La pregunta es ésta: ¿todo eso tiene algo que ver con el descabellado plan de Bain Madox de convertirse en emperador de Estados Unidos, o lo que demonios sea que pretenda, o no es relevante?

—Creo que es relevante.

—¿Es ésta la mala noticia?

—Necesitamos más contexto. Ahora te toca a ti hablarme de tu conversación con Madox.

—Vale. ¿Después me enteraré de la mala noticia?

—Sí. A menos que la descubras antes de que acabemos con los demás puntos del orden del día.

—Eso es un desafío. Lo acepto. ¿Tengo todo lo que necesito para deducir cuál es la mala noticia?

—Estás en el mismo punto donde estaba yo cuando la deduje. Después encontré otra información que confirmó lo que me temía.

—Fantástico.

Comencé a pensar, y había algo que empezaba a acomodarse en mi cerebro, pero antes de que pudiese encajar, Kate dijo:

—Adelante. Club Custer Hill. Bain Madox.

Todos los caminos llevaban de nuevo al Club Custer Hill y a Bain Madox.

Capítulo 44

Me senté en el sofá y Kate en la mecedora.

—Muy bien —empecé—. En primer lugar, Bain Madox medio me esperaba. Ya sabes, las grandes mentes piensan de la misma manera.

Me encanta cuando ella pone los ojos en blanco. Es tan encantadora.

—El personal doméstico parece que se ha marchado —añadí—, pero los guardas están allí, y Carl también.

Le hice a Kate un rápido resumen de mi conversación con Madox, incluidas las charlas tangenciales sobre ser herido en el cumplimiento del deber y la extraña obsesión de Madox con los osos.

—Aunque quizá esos temas no eran tangenciales —señalé—. Puede que Madox hablase metafóricamente.

—Pues a mí me suena al típico rollo machista.

—De acuerdo. Eso también. Algo más importante, le comuniqué oficialmente al señor Bain Madox de que era testigo material de un presunto homicidio. —Le expliqué a Kate mis falsas sospechas de que uno de sus guardas de seguridad podía ser el asesino de Harry—. Por lo tanto, está en un brete.

—Asesinar a un agente federal no es un delito federal —me recordó Kate.

—Tendría que serlo.

—Pero no lo es. La jurisdicción la tiene el estado de Nueva York. Eso significa el comandante Schaeffer. ¿No lo enseñaste en tu clase en el John Jay College of Criminal Justice?

—Sí lo enseñé, pero no lo practico. En realidad, me cubrí las espaldas al utilizar la palabra asalto, que es un delito federal. Madox no es abogado. Es un sospechoso.

—Pero tiene un abogado.

—No te preocupes por minucias.

Pareció enfadarse un poco, aunque luego admitió:

—Creo que ha sido una buena jugada. ¿Fue entonces cuando te invitó a cenar?

—Así es. Esta noche me tendrá preparada parte de la información que le pedí.

—Perfecto. Ahora tendrás que comunicar oficialmente al comandante Schaeffer y Tom Walsh lo que has hecho.

—Lo haré.

—¿Cuándo?

—Más tarde. —Le informé un poco más de lo que habíamos hablado Madox y yo, pero no le mencioné que había habido un momento en el que había considerado la clásica y sencilla solución a un problema complejo. Quería decirle a mi esposa y compañera: «De la misma manera que Bain Madox resolvió su problema con Harry

Muller con quince gramos de plomo, yo podría haber resuelto todo el problema de Madox en menos tiempo del que me llevó recoger la pelusa de la alfombra». Pero no lo dije. En cambio, le conté que Madox había expresado sus condolencias por Harry, aunque no podía recordar el nombre.

Kate me miró.

—Madox me ha preguntado si había algún fondo al que pudiese contribuir.

Ella me siguió mirando, y creo que sospechó que yo había pensado en la justicia expeditiva empleada de vez en cuando con los asesinos de policías.

—He llamado a la novia de Harry, Lori Bahnik —dijo.

Me pilló por sorpresa, pero comprendí que a esas alturas ya tendría que haberlo hecho yo.

—Eso ha sido muy amable de tu parte.

—No ha sido una conversación fácil, pero le he asegurado que estábamos haciendo todo lo posible para llegar al fondo de esto.

Asentí.

—Lori me ha pedido que te diese recuerdos. Se ha alegrado al saber que tú estabas en el caso.

—¿Le has dicho que ya no estoy en el caso?

—No, no lo he hecho. La última noticia que tengo es que tú y yo estamos en el caso.

Nos miramos a los ojos y sonreímos. Cambié de tema.

—La conclusión es que Bain Madox se siente ahora presionado, y quizá haga algo estúpido, desesperado o inteligente.

—Creo que ya ha hecho las tres cosas al invitarte a cenar.

—Invitarnos, cariño. Y creo que tienes razón.

—Sé que la tengo. ¿Por qué no te presentas y te pones en sus manos? Claro que también podrías hacer algo más inteligente, como no aparecer. ¿Puedo llamar ahora a Tom Walsh?

No hice caso y continué con mis informes.

—También he echado una buena ojeada al patio trasero de Madox desde la ventana de su despacho en el segundo piso. Hay un barracón lo bastante grande como para alojar a entre veinte y treinta hombres, pero me imagino que no más de la mitad están de servicio en cualquier momento. Además, hay un edificio de piedra con tres chimeneas que echan humo y un camión de mantenimiento de generadores diésel aparcado en la puerta.

Kate asintió y dijo de nuevo:

—Es hora de compartir esta información. Yo llamaré a Tom, tú llama al comandante Schaeffer.

Me levanté y fui hasta la mesa donde estaba el teléfono. Utilicé mi tarjeta de teléfono para llamar al cuartel de la policía del estado, en Ray Brook.

El comandante Schaeffer estaba para el detective Corey.

—¿Dónde está? —preguntó.

Apreté el botón del altavoz.

—No estoy seguro, pero estoy mirando una carta en francés.

Al comandante Schaeffer no le pareció divertido.

—¿Ha recibido mi mensaje de que su coche de Hertz está en The Point?

—Sí, gracias.

—Su amigo, Liam Griffith, no está muy contento con usted.

—Que lo follen.

—¿Debo comunicárselo?

—Lo haré yo mismo. Por cierto, he ido al Club Custer Hill y no había ningún equipo de vigilancia visible.

—Estaban allí. Lo mandé a la Carretera 56 porque el *jeep* negro no dejaba de rondar. Tengo otro equipo en el camino forestal por si acaso alguien entra o sale por detrás.

—De acuerdo. ¿Alguna novedad de su equipo de vigilancia?

—Nadie ha llegado al Club Custer Hill excepto usted en un Hyundai blanco alquilado, y también una furgoneta de mantenimiento de generadores diésel. —Me dio los detalles de mi llegada y salida y me preguntó—: ¿Qué demonios ha ido a hacer allí?

—Ahora se lo explicaré. ¿La furgoneta de mantenimiento se ha marchado?

—Hasta hace cinco minutos seguía allí. Nadie más ha salido de la propiedad, así que supongo que este tipo, Putyov, sigue allí. ¿Lo ha visto?

—No. ¿Me han seguido después de salir del Club Custer Hill?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque he llamado directamente a mi coche de vigilancia y me han comunicado que era un coche de la Enterprise alquilado por el señor John Corey. Les he informado de que usted estaba en el caso.

—Muy bien. —Por lo tanto, si eso era cierto, la policía del estado no había visto el cambio de vehículos en la gasolinera de Rudy. Pero si no era cierto, tenía entre las manos una patata caliente. Claro que eso sólo tenía importancia si yo no confiaba en el comandante Schaeffer, y el jurado aún no había dado su veredicto. En resumen, creo que me hubiese dado cuenta si me hubiesen seguido.

—¿Qué ha estado haciendo allí? —insistió Schaeffer.

—Evaluando al sospechoso y recogiendo pruebas forenses.

—¿Qué clase de pruebas forenses?

—Cabellos y fibras de alfombra. —Le expliqué lo que había hecho.

El comandante Schaeffer me escuchó atentamente.

—¿Dónde están ahora esas pruebas?

—En mi posesión.

—¿Cuándo me las dará?

—Creo que hay pendiente un tema de jurisdicción.

—No, no lo hay. El asesinato es un delito estatal.

—Usted no lo tiene clasificado como asesinato —le recordé.

Hubo un silencio mientras el comandante Schaeffer pensaba en las consecuencias de jugar en dos campos a la vez. Finalmente, dijo:

—Podría arrestarlo por retener pruebas.

—Podría, si me encuentra.

—Puedo encontrarlo.

—No. Soy muy bueno en esto. Pensaré en lo que es mejor para la investigación y para mí y mi compañera.

—No piense demasiado. ¿Qué le ha dicho Madox? —preguntó.

—Hablamos de osos —le informé al comandante Schaeffer—. Le he comunicado que era testigo material en una posible investigación de homicidio. —Le expliqué cómo lo había hecho—. Ahora tendrá que cooperar, voluntaria o involuntariamente, y además eso le pone algo de presión.

—Sí, entiendo cómo funciona eso, detective. Gracias. ¿Desde cuándo el asesinato en el estado de Nueva York es un delito federal?

—¿Desde cuándo la muerte de Harry Muller es un homicidio?

Evidentemente, el comandante Schaeffer estaba un poco harto de mí y de mis métodos, así que no respondió a la pregunta, pero me informó:

—Quizá Madox tenga ahora que cooperar con la investigación, pero nunca más lo volverá a ver sin la presencia de su abogado.

Me pregunté si el abogado de Madox vendría a cenar. Sobre ese tema decidí no decirle a Schaeffer nada de que Madox me había invitado a cenar hasta no estar a más de medio camino del Club Custer Hill. Necesitaba que él supiese dónde estaba por si surgía algún problema. Pero no quería que lo supiese demasiado temprano por si acaso él o Griffith se convertían en parte del problema al detenerme.

—Muy bien. Le he hecho algunos favores, y usted me ha hecho algunos favores —dijo—. Creo que estamos a la par.

—La verdad es que aún tengo que pedirle algunos más.

—Póngalos por escrito.

—Entonces le deberé un favor.

Ninguna respuesta. Creo que estaba cabreado. Así y todo añadí:

—Por cierto, ¿llegó a averiguar cuál es la potencia de los generadores diésel del Club Custer Hill?

—¿Por qué es importante?

—No sé si lo es. Estoy seguro de que no lo es. Pero he visto aquel edificio...

—Sí. Yo también lo vi cuando fui allí a cazar.

Dejé pasar unos segundos.

—Hice que uno de mis hombres llamara a Potsdam Diesel, pero tomó mal la información o la persona del despacho le leyó mal la ficha.

—¿Eso qué significa?

—Mi hombre dijo que le habían informado de que los generadores suministraban dos mil kilovatios. —Hizo una pausa—. Cada uno. Diablos, con eso se podría abastecer a toda una ciudad pequeña. Tienen que ser veinte kilovatios; quizá doscientos, como máximo, o quizá veinte mil vatios.

—¿Cuál es la diferencia?

—La notará si mete la polla en un enchufe. —Dejó el tema y dijo—: Permítame que le dé un consejo.

—De acuerdo.

—Usted no está solo en este caso. Esto es un trabajo de equipo. Vuelva con los demás.

Kate levantó la mano para secundar la moción.

—Es un poco tarde para eso —respondí.

—Usted y su esposa tendrían que venir al cuartel ahora.

Siempre es bonito que te inviten a volver a casa, y tentador, pero ya no confiaba en mi familia.

—Creo que ya tiene ahí a todos los agentes federales que necesita.

—Puedo encontrarme con usted en cualquier otro lugar si eso lo hace sentirse... seguro —ofreció.

—Me parece bien. Ya le diré dónde nos encontraremos más tarde. —Colgué antes de que pudiese responder, y miré a Kate.

—John, creo que deberíamos ir a...

—Fin de la discusión. Siguiendo el paso, Potsdam Diesel. —Cogí el teléfono y llamé a Potsdam Diesel, cuyo número de teléfono recordaba del camión de mantenimiento.

—Potsdam Diesel —dijo una muchacha—. Mi nombre es Lu Ann. ¿En qué puedo ayudarlo?

Apreté el botón del altavoz.

—Hola, Lu Ann, soy Joe, el encargado del Club Custer Hill.

—Sí, señor.

—Tengo a Al aquí ocupado con los generadores.

—¿Hay algún problema?

—No, pero ¿podría buscar la ficha de venta y mantenimiento?

—Un momento.

Comenzó a sonar Muzak en el altavoz y aproveché para preguntarle a Kate:

—No estoy al corriente de los vatios, no es un chiste, pero Schaeffer no se cree los seis mil... ¿cómo los ha llamado? ¿Megavatios?

—Kilovatios. Mil vatios es un kilovatio. Seis mil kilovatios son seis millones de vatios. Una bombilla es normalmente de setenta y cinco vatios.

—Caray. Entonces son...

Lu Ann volvió al teléfono.

—Ya la tengo. ¿Qué necesita?

—Verá, si me quedo sin electricidad y se ponen en marcha los generadores, ¿podría prepararme las tostadas y el café por la mañana?

Se echó a reír.

—Podría preparar las tostadas y el café para todo Potsdam.

—¿Sí? ¿Cuántos kilovatios tengo?

—A ver. Tiene tres motores diésel Detroit de dieciséis cilindros cada uno, con capacidad para hacer que su correspondiente generador suministre dos mil kilovatios.

Kate y yo nos miramos.

—¿En serio? ¿Qué antigüedad tienen los generadores? ¿Ya es el momento de reemplazarlos?

—No. Los instalaron en... 1984... pero deberían durar para siempre con el mantenimiento.

—¿Cuánto cuesta uno nuevo?

—Oh... no estoy segura, pero el coste de éstos en 1984 fue de 245.000 dólares.

—¿Cada uno?

—Sí, cada uno. Hoy... bueno, mucho más. ¿Hay algún problema con el servicio?

—No. Al está haciendo un gran trabajo. Desde aquí veo cómo suda. ¿Cuándo tiene que acabar?

—Verá... sólo tenemos a Al y Kevin... el servicio se pidió el sábado por la tarde y estamos muy atareados... ¿Ya sabe que está pagando la tarifa urgente?

Kate y yo nos miramos de nuevo. Le respondí a Lu Ann.

—Ningún problema. Es más, añade mil dólares a la factura del señor Madox para Al y Kevin.

—Es muy generoso de su parte...

—¿Qué le parece? ¿Una hora más?

—No lo sé. ¿Quiere que los llame, o quiere ir usted a hablar con ellos?

—Llámelos usted. Verá, tenemos una cena importante, así que quizá pudiesen volver en otro momento.

—¿Qué día?

—El treinta y uno de noviembre.

—Bien... oh... aquí veo que sólo hay treinta días en...

—Ya la volveré a llamar para eso. Mientras tanto, péguele un grito a esos tipos y dígalos que se vayan. Esperaré.

—Sí, espere, por favor.

Por alguna razón, en el teléfono comenzó a sonar *El Danubio azul*. Le comenté a Katec.

—Tendría que haber hecho esto hace una hora.

—Mejor tarde que nunca. Seis mil kilovatios.

—Correcto. ¿Por qué estoy escuchando *El Danubio azul*?

—Porque estás en espera.

—¿Quieres bailar?

Lu Ann reapareció en el teléfono.

—Tengo buenas noticias. Ya han terminado y están recogiendo las herramientas.

—Estupendo. —Mierda.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

—Rezar por la paz mundial.

—Vale... es bonito.

—Lu Ann, que disfrute de una buena noche.

—Usted también, Joe.

—En toda la historia de la humanidad —le comenté a Kate después de colgar—, ésta es la primera vez que unos mecánicos terminan antes de hora.

—De todas formas, Madox no iba a dejar que se marchasen. Si no estábamos convencidos de que buscábamos una antena ELF, esta información debería convencernos.

—Yo ya lo estaba. Éste es el broche de oro. Si esta noche ves que fulgura la plata, avísame.

—John, no vamos a ir...

—¿Cuál es el lado malo de ir allí a cenar?

—La muerte, el descuartizamiento, la desaparición y el divorcio.

—Eso lo podemos arreglar.

—Se me ocurre una idea mejor. Subamos a la furgoneta y volvamos a Manhattan. Ahora. Llamaremos a Tom desde la carretera...

—Olvídalo. No voy a estar en la maldita autopista hablando con Tom Walsh con mi móvil mientras aquí la mierda vuela por todas partes. La verdadera razón por la que iremos esta noche al Club Custer Hill no es la cena o reunir más pruebas, sino decidir si podemos y debemos arrestar al señor Bain Madox por el asesinato de... perdón, el asalto al agente federal Harry Muller.

Lo pensó un momento.

—No creo que tengamos bastantes pruebas o una causa probable para...

—A la mierda con más pruebas. Tenemos las pruebas. Están en esas bolsas. La causa probable es la suma de todo lo que hemos visto y oído.

Kate sacudió la cabeza.

—Un arresto por cualquier cargo federal, especialmente cuando se trata de alguien como Bain Madox, sería prematuro, y podría meternos en un grave problema.

—Ya lo estamos. Necesitamos arrestar a ese cabrón esta noche. Antes de que haga lo que sea que cree que hará.

Permaneció en silencio y creí que la había convencido.

—De acuerdo, dime las malas noticias —añadí con un tono más amable—. Entonces podré tomar una decisión racional sobre qué hacer después.

—Creía que ya lo habías deducido.

—Te lo hubiese dicho. Espera. —Pensé durante unos diez segundos, y algo intentó conectarse en mi cerebro, pero tenía demasiadas cosas en la mente, así que le

pregunté—: ¿Animal, mineral o vegetal?

Fue hasta la mesa y, sin sentarse, acercó el ordenador portátil.

—Permíteme que te enseñe algo.

Capítulo 45

Kate tecleó una orden en el portátil, y una página de texto apareció en la pantalla.

—Ésta es una nota no publicada que habla de Mijaíl Putyov, escrita hace diez años.

—¿Sí? ¿Y qué? —pregunté después de mirar la pantalla.

Giró el ordenador hacia mí y añadió:

—El autor es un colega llamado Leonid Chernoff, otro físico nuclear ruso que también vive en Estados Unidos. La escribió en forma de carta a sus colegas físicos, y alaba el genio de Putyov.

No respondí.

—Aquí —Kate avanzó el texto— Chernoff escribió, y cito: «Putyov está ahora muy satisfecho con su plaza de profesor, y siente su trabajo como un reto y muy gratificante. Aunque uno debe preguntarse si se enfrenta a los mismos desafíos que cuando trabajaba en el Instituto Kurchatov, en el programa de miniaturización soviético». —Me miró—. Fin de la cita.

—¿Miniaturización de qué?

—Armas nucleares. Cosas como proyectiles de artillería nuclear o minas terrestres. También bombas nucleares que caben en una maleta.

Tardé medio segundo en comprenderlo, y fue como si me hubiesen dado un puntapié en el estómago.

—Mierda. —Me quedé mirando como un idiota la pantalla iluminada mientras mi mente repasaba todo lo que habíamos escuchado, descubierto, sabido y sospechado.

—John, creo que hay dos maletas con bombas nucleares en Los Ángeles y otras dos en San Francisco.

—Mierda —repetí.

—No sé el destino final de las armas, o si los dos aviones de Madox van a transportar las maletas a su destino o destinos finales, o si las van a cargar en un barco, o...

—Debemos impedir que esos aviones despeguen.

—Ya está hecho. He llamado a mi amigo Doug Sturgis, que es el jefe de la oficina de Los Ángeles, y le he pedido que ponga a los dos aviones bajo vigilancia por si aparecen los pilotos, o que se incautase de los aviones como pruebas en un caso federal urgente y de la máxima prioridad.

Asentí. Su «amigo» Doug era, creo, un antiguo novio de cuando ella había estado destinada en Los Ángeles hacía algunos años. Había tenido el placer de conocer al poli gilipollas cuando Kate y yo habíamos perseguido a Asad Jalil en California, y no dudaba que el muy mariquita se pelaría el culo por su vieja compañera Kate.

Así y todo, seguía sin ver cómo Kate podía poner en marcha un caso mayor con una simple llamada telefónica al agente especial a cargo de la oficina de Los Ángeles. Me refiero a que el funcionamiento del FBI continúa siendo un misterio para mí, pero me pareció recordar que había algo así como una cadena de mando.

Se lo pregunté, y ella me respondió:

—Lo que he hecho, para no tener que pasar por Tom Walsh, ha sido pedirle, suplicarle a Doug que lo tratase como una información anónima sobre una amenaza terrorista. Eso hará que las cosas vayan deprisa si Doug dice que el soplo parecía fiable.

—Entiendo. ¿Lo ha hecho?

—Ha dicho que lo haría. Le he explicado que yo... y tú... teníamos algunos problemas de credibilidad con la ATTF, pero que esa información era absolutamente fiable, que era urgente, que estaba en su jurisdicción y...

—Vale. Entendido. Como es tu amigo, se jugará el cuello por ti.

—Es incapaz de jugarse el cuello por nadie. Pero tiene que responder a una amenaza terrorista plausible.

—Exacto. Supongo que sabe que tú eres fiable.

—¿Podemos seguir?

—Sí. Sólo necesitaba saber si eso está en buenas manos y no metido en una bandeja para que alguien lo vea mañana.

—También le he dado a Doug los nombres de Tim Black y Elwood Bellman, y le he informado de que Black se alojaba probablemente en un hotel de Los Ángeles y Bellman en San Francisco, y que necesitábamos encontrar a estos pilotos cuanto antes. También le he comunicado mi sospecha de que transportaban maletas con bombas nucleares.

Asentí. Había sido obviamente la jugada correcta.

—¿Eso le ha llamado la atención?

No me hizo el más mínimo caso.

—Ha prometido iniciar inmediatamente una búsqueda en Los Ángeles, llamar a la oficina de San Francisco y también comunicarlo a todas las fuerzas del orden locales en ambas ciudades y suburbios. Por otro lado, hablará con su jefe en Los Ángeles, y luego ambos llamarán a los directores de Nueva York y Washington para informarlos del aviso. Doug dirá que cree que es un soplo fiable basado en la naturaleza específica de la información, y describirá las acciones que ha dispuesto.

—Bien. Pero ¿y si después resulta que las cuatro maletas están llenas de revistas porno para los amigos árabes de Madox, Doug cargará con la culpa o mencionará tu nombre?

—¿Crees que me equivoco en esto?

—No. Creo que tienes razón —afirmé tras pensarlo un momento—. Cuatro maletas con bombas nucleares. Estoy contigo.

—Bien. Gracias. Le he dicho a Doug que pidiese un nivel de amenaza terrorista

doméstica elevado.

—Eso conseguirá que los chicos de la oficina de Los Ángeles dejen las tablas de surf. En realidad, no se trata de una amenaza doméstica —le recordé.

—No. Tampoco Bain Madox es un terrorista... bueno, quizá sí lo sea. Pero no se me ha ocurrido cómo se podía clasificar una trama para enviar cuatro maletas con bombas nucleares al extranjero. Así que le he dicho a Doug: «Trátalo como una amenaza doméstica de alto nivel, mientras creamos que las maletas aún están en Los Ángeles y San Francisco».

—Bien hecho.

—El FBI de ambas ciudades está llamando a todas las compañías de taxi locales para ver si alguno de los conductores recuerda haber recogido a un pasajero en la parada de taxis de los aeropuertos de Los Ángeles y San Francisco con un gran baúl de cuero negro. Pero creo que no dará resultado porque, como tú sabes, muchos de los taxistas son extranjeros y no les gusta hablar con la policía o el FBI.

No era una declaración políticamente correcta de una empleada federal, pero cuando se experimenta la presión, incluso los federales tienen que volver a la realidad.

—Tenemos una mejor descripción de los baúles que de los pilotos y copilotos —señaló—. Así que le he pedido a Doug que llamase a la FAA para que le envíen por correo electrónico las fotos de Black y Bellman a las oficinas del FBI de Los Ángeles y San Francisco lo antes posible. Entonces me he enterado, para mi gran asombro, de que las licencias de los pilotos no llevan foto.

—Increíble. Otro increíble ejemplo de la estupidez de la FAA después del 11-S.

—Por lo tanto, he utilizado las direcciones de los pilotos que sí tiene la FAA para conseguir sus carnets de conducir con foto. Black vive en Nueva York. Bellman en Connecticut.

—Veo que has estado muy atareada durante mi ausencia.

—Me he puesto manos a la obra en cuanto he comprendido que podía haber armas nucleares de por medio.

—Lo has hecho muy bien. ¿Cómo está Doug?

—Estaba demasiado ocupado como para preguntárselo. Pero te manda saludos.

—Muy amable. —Gilipollas—. ¿De verdad se ha tomado bien que le dijese cómo hacer su trabajo?

—John, yo disponía de la información, y ya lo tenía pensado, y él... bueno, se ha quedado de piedra. Yo diría que sí, que se lo ha tomado bien.

—Me alegro. —Recordé que Doug parecía medio idiota.

Reflexioné sobre todos esos nuevos y excitantes desarrollos, intentando computar todos los ángulos, las ecuaciones y las posibilidades.

—Si los pilotos fueron a hoteles —comenté—, y si ésta es algo así como una misión secreta de Madox, que es lo que parece, entonces probablemente esos cuatro tipos se hayan registrado con nombres falsos.

—Pero tenemos los nombres verdaderos de los dos pilotos —señaló Kate—, así que muy pronto el FBI dispondrá de las fotos, si no las tiene ya. Doug le ha pedido a la oficina regional de Kingston, en Nueva York, que envíe a un agente a las oficinas de la GOCO en el aeropuerto Stewart para averiguar quiénes eran los copilotos.

—Buena idea. —Parecía que este extremo del problema estaba cubierto, pero me dije que encontrar a los cuatro pilotos no iba a ser fácil, sobre todo si Madox les había ordenado que actuasen con la máxima discreción, permaneciesen en sus habitaciones, no respondiesen a los móviles y utilizarasen identificaciones falsas.

—Desafortunadamente, los baúles con las bombas nucleares, si eso es lo que transportan, podrían estar ahora muy lejos de nuestras manos.

—Son bombas nucleares. Llámalas lo que son.

—Vale, vale. Madox va a enviarlas a algún lugar fuera del país. Yo diría que a Oriente Medio, o a algún otro país islámico. He llamado de nuevo a Garrett Aviation Service y el tipo que se ha puesto al teléfono me ha dicho que el Cessna Citation no puede atravesar el Pacífico a menos que vaya por la Costa Oeste hasta Alaska, luego las islas Aleutianas y Japón. Eso significa muchas escalas para repostar, por no hablar de los controles de aduana en las escalas. Por lo tanto, creo que eso lo podemos descartar.

Asentí, y pasé a procesarlo todo. Los Cessna Citation de Madox habían aterrizado en Los Ángeles y San Francisco el domingo por la noche. Los pilotos y los copilotos no habían dejado ninguna dirección local, pero habían dicho que partirían el miércoles —mañana— de regreso a Nueva York. Estaba seguro de que eso era lo que creían los pilotos, y quizá así era. Mientras tanto, ¿dónde estaba la carga? Muy probablemente ya no la tenían con ellos.

—Creo —le dije a Kate— que Madox utilizará, si no lo ha hecho ya, uno de sus propios buques cisterna para transportar las bombas a algún lugar. Por eso sus aviones aterrizaron en ciudades portuarias.

—Yo también he llegado a la misma conclusión, y le he pedido por tanto a Doug que iniciase una búsqueda en los barcos y contenedores de ambos puertos, y que comenzara por los barcos de la GOCO. Esto es mucho trabajo —señaló innecesariamente—, pero si consiguen poner en marcha sin demora los equipos NEST, y al personal de seguridad portuaria que también tienen detectores de rayos gamma y neutrones, quizá tengamos suerte.

—En efecto... pero necesitarán controlar no sólo los barcos y los contenedores sino también los almacenes y los camiones... y, por lo que sabemos, podría ser que se llevasen las bombas en vuelos comerciales.

—También están buscando en los aeropuertos.

—Vale. Pero desde luego es como buscar una aguja en un pajar.

—Sólo que estas agujas son radiactivas, y tenemos una buena probabilidad de encontrarlas.

—Quizá, si todavía están en Los Ángeles y San Francisco, pero hay otra

probabilidad más plausible: que las bombas ya estén de camino por mar o aire hacia sus destinos finales. Han pasado casi dos días desde que llegaron a la Costa Oeste.

—Puede que estés en lo cierto, pero necesitamos buscar en esas dos ciudades por si acaso todavía están allí. Será más fácil encontrar a los pilotos, sobre todo si aparecen mañana en sus respectivos aeropuertos.

—De acuerdo. Pero te diré lo que pasará con los pilotos. Estará bien encontrarlos, aunque no creo que el FBI los encuentre con las maletas. Así y todo, sabrán dónde las entregaron, o quizá quién fue a recogerlas. Sin embargo, lo más probable es que ahí acabe el rastro. Lamentablemente —le recordé—, llevamos un retraso de casi cuarenta y ocho horas, y la próxima vez que esas maletas se vean será con forma de cuatro hongos en Desiertolandia.

Kate permaneció en silencio e inmóvil durante unos momentos.

—Dios, espero que no.

—Sí. —Bueno, al parecer Kate y como se llamase el de Los Ángeles habían hecho todo lo posible en muy poco tiempo, y habían hecho un buen trabajo; claro que todo aquello no era física nuclear ni ciencias espaciales, sino el trabajo habitual de la policía y el FBI, y darían con los pilotos; quizá incluso con alguna información sobre las bombas. El problema, como siempre sucedía en estos casos, era el tiempo. Madox había comenzado el juego antes de que apareciese el equipo visitante, y tenía ya tantos en el marcador antes de que los rivales pisasen siquiera la cancha.

Pero posiblemente había una buena noticia. Un eslabón débil en esa cadena nuclear.

—El transmisor ELF —le dije a Kate. Así es cómo detonará las bombas.

—Por eso necesitaba un transmisor ELF —convino Kate—. Cada bomba debe de tener un receptor de baja frecuencia extrema conectado al mecanismo detonador. Las ondas ELF, como hemos descubierto, pueden viajar alrededor del mundo y penetrarlo todo. Así que, cuando estén donde Madox quiere que estén, enviará un código desde aquí y, al cabo de media hora, la señal llegará a los receptores de las maletas, en cualquier lugar del mundo donde se encuentren.

—Exacto. Por lo que parece, ese bastardo construyó la estación ELF hace casi veinte años para enviar mensajes falsos a la flota de submarinos nucleares norteamericana con el propósito de iniciar la tercera guerra mundial. Aquello no le funcionó, así que ahora ha buscado otra manera de rentabilizar la inversión.

—Sí, todo encaja —declaró Kate.

—Efectivamente... y Putyov era el tipo que hizo lo que debía hacer con las bombas para que detonasen al recibir una onda ELF.

—También he averiguado en la red que las armas atómicas miniaturizadas necesitan un mantenimiento periódico, así que ése debía de ser también parte del trabajo de Putyov.

—Del difunto doctor Putyov.

Kate asintió.

—¿Dónde demonios consiguió Madox las bombas? —pregunté, y luego yo mismo respondí a mi pregunta—. Supongo que nuestros nuevos amigos de Rusia se han montado un buen negocio, y por eso Madox contrató a un ruso. Mierda, yo no puedo encontrar a un buen mecánico sueco para que repare mi viejo Volvo, y el cabrón de Madox tiene a un físico nuclear ruso para que le ponga a punto sus bombas atómicas. Está claro que todo es cuestión de dinero.

—El dinero y la locura no son una buena combinación.

—Bien dicho. Veamos, yo diría que hay cuatro ciudades del mundo que se verán en problemas dentro de unos pocos días... o unas pocas horas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Qué más tiene sentido?

Pensé en quién podría estar en el punto de mira de Madox. Pero los posibles objetivos eran demasiados para contarlos. Además, en cierta medida dependía de si las bombas las transportaban por mar o aire o alguna combinación de aire, mar y tierra. Aquel tipo era muy capaz de bombardear La Meca o Medina, pero quizá sólo fuera una cuestión de negocios, y hubiese escogido los puertos de embarque de los países productores de petróleo que lo habían cabreado. Claro que, en resumidas cuentas, ¿qué más daba?

—Creo que he hecho todo lo que he podido —dijo Kate—, y Doug hará todo lo que pueda.

—Sí... —Consulté mi reloj—. Esto le dará a la oficina de Los Ángeles algo con lo que entretenerse hasta la hora de las clases de aeróbic.

—John...

—Pero en cuanto a quién sabe qué, yo diría que hay que mirar hacia Washington. Saben algo, sólo que se les olvidó decírnoslo.

Ningún comentario por parte de la agente especial del FBI Mayfield.

—Ésa es la única manera de que a la misión de Harry le vea algún sentido —continué—. El Departamento de Justicia y, por lo tanto, el FBI en Washington saben lo que pretende hacer Madox, ¿no lo crees así?

—No lo sé. Pero, como te dije, esto era algo mucho más grande de lo que tú creías cuando empezaste a meter la nariz en una investigación del Departamento de Justicia.

—Creo que ambos lo sabíamos —repliqué—. Aquí tienes dos teorías de conspiraciones: una, el gobierno sabe lo que está pasando en el Club Custer Hill y envían a Harry al matadero para que el FBI tenga una excusa para echar abajo la puerta de Madox y arrestarlo. Pero aquí tienes otra mejor: el gobierno sabe lo que está pasando en el Club Custer Hill y envían a Harry al matadero para que Madox y sus amigos no se demoren más y hagan explotar las bombas.

Kate sacudió la cabeza.

—Eso es una locura —afirmó.

—¿Sí? ¿Has visto a los equipos SWAT del FBI tomar por asalto el Club Custer Hill?

—No, pero quizá estén esperando el momento oportuno...

—Si eso es cierto, puede que hayan esperado más de la cuenta —le recordé—. Harry estuvo en el Club Custer Hill el sábado por la mañana. La reunión de Madox con sus amigos duró el sábado y domingo. Putyov apareció el domingo por la mañana para poner a punto las bombas. Los aviones de Madox aterrizaron en la Costa Oeste el domingo por la noche. El lunes fue probablemente el día en que las bombas iniciaron el viaje hacia Desiertolandia. Hoy es martes, y Potsdam Diesel acaba de repasar los generadores. En algún momento de esta noche o mañana se producirá la detonación.

Kate no replicó.

—Madox no actúa solo. No fue una coincidencia que entre los invitados de fin de semana aparecieran dos, posiblemente tres y quizá más altos cargos del gobierno. Diablos, hasta los directores del FBI y la CIA podrían estar metidos en esto. Puede que la cosa incluso llegue más arriba.

—Vale... pero en este momento ¿tiene alguna importancia saber quién más puede estar involucrado con Madox o quién está enterado? —preguntó Kate después de pensarlo un momento—. La cuestión es, si esto es lo que parece, que entonces he hecho bien en llamar a la oficina del FBI en Los Ángeles...

—Supongo que no le has hablado a tu amigo de Madox, ELF o le has dicho desde dónde llamabas...

—No porque primero quería hablarlo contigo. ¿Qué pasa si estoy en un error? Quiero decir que, si lo piensas, podría haber otra explicación para todo...

—Kate, no te has equivocado. No estamos equivocados. Harry no se equivocó. Todo está muy claro. Madox. *Nuke*. ELF. Más Putyov.

—Lo sé, lo sé. Vale, así que ahora debemos llamar a Tom Walsh y hacer que notifique oficialmente a la central del FBI cuál es la fuente de esta información, o sea nosotros dos, y que nos basamos en...

—Correcto. —Consulté de nuevo mi reloj y vi que eran las 18.10—. Hazlo. Mientras tanto, yo tengo una cena.

Kate se levantó.

—No. No hay ninguna razón para ir allí.

—Cariño, Madox está calentando su transmisor ELF mientras espera el mensaje de que sus cuatro bombas nucleares están donde se supone que deben estar. Luego, una onda ELF comenzará su lento viaje a través del continente y el océano Pacífico, o hacia el otro lado, a través del Atlántico, hasta que la capten los transmisores ELF instalados en los cuatro baúles. Morirán millones de personas, y una nube radiactiva recorrerá todo el planeta. Lo menos que puedo hacer es intentar evitarlo en la fuente.

—Voy contigo —anunció.

—No. Tú llamarás a la caballería y la enviarás al Club Custer Hill, sin una puta orden de registro, causa probable ni ninguna de esas mierdas, al comunicarles que hay un agente federal en la propiedad y que su vida está en peligro.

—No...

—Llama a Walsh, llama a Schaeffer, llama al *sheriff* local si es necesario, llama a Liam Griffith y dile dónde puede encontrar a John Corey. Pero dame media hora de ventaja.

No respondió.

Fui a la cocina y comencé los preparativos. Guardé los dos cargadores de mi Glock, me enganché dos lanzadores Bear Banger en el bolsillo de la camisa junto a mi estilográfica y finalmente me puse los calcetines nuevos, que ya no me parecían tan importantes. Tampoco se me ocurrió qué uso podía darle a la bocina, pero la cogí de todas maneras por si acaso no funcionaba el claxon de la furgoneta de Rudy.

Mientras yo hacía esto, Kate tecleaba en el ordenador.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Le envió un correo a Tom Walsh para decirle que llame a Doug en Los Ángeles, y de paso le comunico que soy la fuente de la información.

—No lo envíes hasta tener noticias mías. Espero que Walsh abra el correo electrónico esta noche.

—Siempre lo hace.

A este respecto, el FBI todavía tiene únicamente correo electrónico interno «seguro», así que, por increíble que parezca, Kate no podía enviar un *e-mail* a la cuenta oficial de Walsh, ni tampoco enviarlo o copiarlo a nadie más de la oficina, como por ejemplo el agente de guardia. Por lo tanto, se lo enviaba a Walsh a su cuenta personal, con la esperanza de que él lo leyese esa noche. Todo esto después de un año del 11-S.

—Muy bien —dije—. Te llamaré con el móvil cuando esté cerca del Club Custer Hill.

—Espera. Vale, lo he enviado a un servidor con entrega programada a las siete de la tarde. —Desenchufó el ordenador, lo dejó sobre la mesa de la cocina y se puso la chaqueta de ante—. ¿Quién conduce?

—Dado que soy el único que va, supongo que yo.

Guardó la caja de balas del calibre 40 en el bolso junto con los dos cargadores, luego cogió el ordenador y fue hacia la puerta. La sujeté por el brazo.

—¿Adónde crees que vas?

—Has dicho que Madox insistió en invitarme, querido —me recordó—. Y tú querías que fuese. Por lo tanto, voy.

—La situación ha cambiado —le informé.

—Desde luego que sí. Aquí ya he hecho todo lo que he podido. Me has hecho pasar dos días de mierda para llegar donde estamos. Ahora, quiero tomar parte en la acción, y tú estás perdiendo el tiempo. —Se apartó de mí, abrió la puerta y salió. La seguí.

Fuera estaba oscuro y hacía frío. Mientras caminábamos hacia la furgoneta, le comenté a Kate:

—Aprecio tu preocupación por mí, pero...

—Por una vez, esto tiene más que ver conmigo que contigo.

—Oh...

—No trabajo para ti. Tú trabajas para mí.

—Bueno, técnicamente...

—Tú conduces.

Se sentó en el asiento del pasajero, así que me senté al volante y conduje hacia la casa principal.

—También me preocupo por ti —añadió.

—Gracias.

—Necesitas que te supervisen.

—No sé...

—Para aquí. —Me detuve delante de la casa de Wilma y Ned—. Ten. Devuélvele el portátil a Wilma. Aún le quedan diez minutos antes de que cierren su subasta.

No tenía idea de lo que eso significaba, pero parecía importante, así que cogí el ordenador, bajé de la furgoneta y llamé al timbre.

Se abrió la puerta, y en el umbral apareció Wilma. Tenía todo el aspecto de ser una mujer de pelo en pecho, y jamás se me hubiese pasado por la cabeza tener que luchar con ella a brazo partido por el ordenador.

Me echó una ojeada, luego miró la furgoneta y vio a Kate.

—No quiero líos aquí —me informó.

—Yo tampoco. Aquí tiene su portátil. Gracias.

—¿Qué digo si el marido viene a buscarla?

—Dígale la verdad. Hágame un favor. Si no estamos de regreso por la mañana, llame al comandante Schaeffer al cuartel de la policía del estado, en Ray Brook. Schaeffer. ¿Vale? Dígale que John ha dejado unas cosas para él en Pond House. Le deseo suerte con la subasta —añadí.

Wilma consultó su reloj.

—Oh, Dios —exclamó, y cerró la puerta.

Volví a la furgoneta y nos marchamos.

—Esta furgoneta es un asco —comentó Kate mientras llenaba los cargadores.

—¿Tú crees? —Le relaté mi breve conversación con Wilma.

—Estaremos de regreso antes de la mañana —afirmó.

Me pareció demasiado optimismo.

El reloj del salpicadero marcaba las 15.10, pero quizá no era la hora correcta, porque mi reloj marcaba las 18.26. Es decir, llegaríamos elegantemente tarde para los cócteles.

Tenía la sensación de que en algún lugar, en otra parte, corría otro reloj.

Capítulo 46

—¿Qué has escrito en el mensaje para Walsh? —le pregunté a Kate mientras conducía.

—Te lo he dicho.

—Espero que no le hayas mencionado que íbamos de camino al Club Custer Hill para tomar unos cócteles y cenar.

—Lo he hecho.

—Se suponía que no debías hacerlo. Ahora la partida de vigilancia quizá nos intercepte o llegue allí antes que nosotros.

—No, no lo harán. Te lo he dicho. He enviado el mensaje a un servidor que lo retransmitirá más tarde. Envío demorado hasta las siete.

—No sabía que se pudiese hacer.

—Lo inventaron específicamente para situaciones como ésta y para personas como tú.

—¿De verdad? Qué bonito.

—Tú quieres estar en el Club Custer Hill antes de que nadie sepa que vamos allí —me explicó—. A la hora en que Tom Walsh lea mi mensaje ya estaremos, espero, solucionando algunos problemas. ¿Correcto?

—Correcto.

—Seremos los héroes.

—Sí.

—También puede ser que estemos muertos.

—Evita los pensamientos negativos.

—¿Quieres dar la vuelta ahora?

Miré a través del parabrisas.

—¿Por qué? ¿Me he pasado el cruce?

—John, ¿no crees que éste sería un buen momento para que recuperases la cordura?

—No, éste no es un buen momento para hacerlo. ¿Has venido para incordiarne o para ayudarme?

—Para ayudarte. Pero si pusieses rumbo al cuartel de la policía del estado, creería que eres un tipo muy inteligente.

—No, creerías que soy un gallina, un miedica y un mariquita sin cojones.

—Nadie creería nunca eso de ti. Pero en ocasiones, como ahora, la discreción es la mejor parte del valor.

—Seguro que eso se lo inventó algún nena. Escucha, no soy un estúpido. Pero esto es personal, Kate. Esto tiene que ver con Harry. Además, aquí hay un factor

tiempo. La estación ELF está, o estará, en funcionamiento, y no sé si alguien de las fuerzas del orden podrá llegar al Club Custer Hill antes que nosotros, que hemos sido invitados.

—Puede que eso sea cierto o puede que no.

—Lo único cierto es que quiero pillar a ese hijo de puta antes de que cualquier otro lo haga.

—Lo sé. Pero ¿estás dispuesto a arriesgarte a un posible incidente nuclear para satisfacer tu *vendetta* personal?

—Eh, tú has enviado ese mensaje con entrega retardada.

—Puedo llamar al comandante Schaeffer y a Liam Griffith ahora mismo — señaló.

—Lo haremos inmediatamente antes de llegar al Club Custer Hill. Por ahora, lo que necesitamos es llegar allí sin interferencias.

Kate no replicó a eso, pero en cambio me preguntó:

—¿Crees que Madox enviará la señal ELF esta noche?

—No lo sé. Pero debemos creer que nuestra invitación a cenar tiene algo que ver con su horario. Enciende la radio —sugerí—, a ver si escuchamos una noticia urgente sobre estallidos nucleares en alguna parte. Si es así, podré reducir la velocidad sin tener que preocuparnos de llegar tarde a la cena.

Encendió la radio, pero no oímos nada.

—No funciona.

—Quizá las ondas ELF han borrado la AM y la FM. Prueba con el canal ELF.

—No tiene gracia.

Ahora íbamos por la Carretera 56, en dirección a South Colton. Saqué del bolsillo las llaves del Hyundai y se las puse en la mano.

—Pararé en la gasolinera de Rudy, coges el Hyundai y vas al cuartel de la policía del estado.

Kate abrió la ventanilla y arrojó las llaves.

—Eso me costará cincuenta pavos.

—A ver, John, estaremos allí en unos veinte minutos. Aprovechemos la oportunidad para discutir qué nos podemos encontrar y lo que debemos decir y hacer. Además, tendríamos que preparar algún plan de contingencia y fijar cuáles son nuestros objetivos una vez allí.

—¿Te refieres a un esquema de juego?

—Sí, a un esquema de juego.

—Vale. Pues creo que debemos tocar de oído.

—No estoy de acuerdo.

—Vale... Bueno, en primer lugar, no debemos permitir que nos pasen por un detector de metales, y de ninguna manera un cacheo.

—Eso ni que decir tiene.

—Dudo mucho que lo intente, a menos que decida abandonar la farsa de que nos

ha invitado a cenar.

—¿Qué pasará si ocurre? —preguntó Kate.

—Pues si nos piden las armas, entonces les mostraremos nuestras armas y las placas.

—¿Qué pasará si ellos son diez con fusiles?

—Entonces, pasaremos al modo agente federal y les diremos que están todos arrestados. No debemos olvidar decirle a Madox que toda la tropa B de la policía del estado de Nueva York sabe dónde estamos. Ése es nuestro as en la manga.

—Lo sé. Pero en realidad nadie sabe todavía dónde estamos. ¿Qué pasara si a Madox no le importa quién sabe dónde estamos? ¿Qué pasará si Hank Schaeffer está cocinando la cena y el *sheriff* preparando las copas? ¿Qué pasará...?

—No conviertas a Madox en un coloso. Es inteligente, rico, poderoso y despiadado, pero no es Superman, cariño. Yo soy Superman.

—Muy bien, Superman, ¿qué más necesitamos pensar para mantenernos vivos y sanos?

—No pidas un daiquiri helado o nada a lo que puedan echarle un narcótico. Bebe lo que él beba. Lo mismo con la comida. Ten cuidado. Recuerda a los Borgia.

—Recuerda tú a los Borgia. John, estoy segura de que tú comerías chili y perritos calientes incluso a sabiendas de que están envenenados.

—Tampoco hay para tanto. —Continué con las indicaciones—. Muy bien, nuestro comportamiento. Ésta es una ocasión social mezclada con el desagradable tema de una investigación federal. Por lo tanto, actúa en consecuencia.

—¿Eso qué quiere decir?

—Pues la exacta combinación de cortesía y firmeza. A Madox le gusta el *whisky*. Intenta medir su sobriedad. Si no bebe mucho, tómallo como una señal de problemas.

—Comprendo.

Hablamos de algunos otros temas de etiqueta que quizá no consideraría Emily Post, la gran dama del protocolo.

Cuando acabamos con la clase de etiqueta, Kate volvió a la escuela de supervivencia.

—Dime qué son los Bear Banger.

—Eh, son fantásticos. —Le di uno y le expliqué cómo cargarlo y dispararlo, y luego me extendí sobre su posible uso como arma de último recurso si nos quitaban la artillería—. Podría pasar desapercibido en un cacheo porque parece una linterna lápiz. Pero quizá quieras guardarlo en la entrepierna.

—Vale. ¿Puedo decirte dónde te puedes meter tú el tuyo?

—Venga, en serio.

Analizamos algunos posibles escenarios, contingencias y unos cuantos planes B.

—Mi plan original, que todavía me gusta —dije—, era derribar la valla en algún punto, tirar abajo unos cuantos postes de teléfono y destrozar los generadores.

Kate no hizo ningún comentario.

—Ésa era la solución más directa del problema ELF —añadí—, que es el eslabón débil en el plan de Madox para detonar las bombas. ¿Correcto?

—¿Qué pasa si no hay tales bombas? ¿Qué pasa si no es una estación ELF?

—Pedimos perdón por los daños y nos ofrecemos pagar los postes y los generadores.

Dejé que eso calase mientras conducía, pero Kate no dijo ni palabra, así que saqué el mapa de la propiedad del Club Custer Hill y lo puse en su falda.

Me miró.

—¿De dónde lo has sacado?

—Harry me lo dio.

—¿Has cogido esto en la morgue?

—No estaba inventariado.

—¿Te llevaste una prueba?

—Corta el rollo FBI. Lo tomé prestado. Se hace infinidad de veces. —Apoyé un dedo en el mapa—. Hay una vieja pista forestal en el lado este de la propiedad que va directamente hasta la valla y sigue hacia el otro lado. Tomaremos esa pista, atravesaremos la valla y, a cosa de unos cien metros, llegaremos a este camino perimetral que une todos los postes. ¿Lo ves?

Kate no miraba el mapa, sino a mí.

—Seguiremos por el camino, apuntamos al primer poste con la furgoneta y le damos un topetazo. ¿Vale? El poste cae, se cortan los cables y la estación ELF deja de transmitir. ¿Qué te parece?

—Aparte de ser una locura, no creo que esta furgoneta pueda derribar un poste clavado en la piedra.

—Claro que sí. Por eso la pedí prestada.

—John, me crié en el campo. He visto cómo chocaban furgonetas, e incluso camiones, contra un poste y, por lo general, el poste siempre gana.

—¿Sí? Resulta difícil de creer.

—Incluso si el poste se parte, los cables aguantan, y el poste se queda colgado.

—No me digas. Tendría que haber hablado contigo antes de entusiasarme con esto.

—Además, si los cables se cortan y tocan la furgoneta, acabaremos convertidos en tostadas.

—Eso es verdad. Mala idea. Si miras el mapa, verás el edificio de los generadores. ¿Lo ves? Ahí lo tienes.

—Tú mira a la carretera.

—Vale. Ése sí que es un reto, porque el edificio es de piedra, con la puerta y los postigos de acero. Pero el punto débil son las chimeneas...

—¿Eso no es del cuento de los tres cerditos?

—Sí. Pero nosotros no bajaremos por la chimenea. Nos subiremos al tejado desde el techo de esta furgoneta y luego meteremos nuestras chaquetas en la boca de las

chimeneas, que es lo que debería haber hecho aquel lobo idiota; entonces el humo retrocede y los generadores se escacharran.

—Veo tres chimeneas y dos chaquetas.

—Hay una manta en la parte de atrás, y un montón de basura como para llenar otras seis chimeneas. ¿Qué opinas?

—Bueno, técnicamente parece posible. ¿Has tomado en cuenta a los diez o veinte guardas de seguridad con vehículos todoterreno y fusiles de asalto?

—Sí. Por eso he comprado más cargadores.

—Por supuesto. Digamos que esto funciona o no funciona. ¿Seguimos presentándonos en la puerta principal para cenar?

—Eso depende del resultado del tiroteo con los guardas. Lo decidiremos sobre la marcha.

—Parece un plan. ¿Dónde está la pista forestal?

Creo que estaba siendo sarcástica. Hay ventajas y desventajas en tener a una mujer por compañero. Las damas tienden a ser prácticas y cautelosas. Los tipos tienden a ser estúpidos y temerarios, algo que podría explicar por qué hay menos hombres que mujeres en el mundo.

—Sólo era una idea —dije—. Se me ocurrió antes de que nos invitasen a cenar.

—No sé cómo has conseguido vivir lo suficiente como para que te conociese. Confiaba en que la evolución y la selección natural resolviesen el problema de personas como tú.

Desde luego, no respondí al comentario.

—Pero has sacado a la luz un punto importante —prosiguió—. El sistema ELF. El eslabón débil de una estación ELF no está en los postes, los cables o los generadores. Es el transmisor.

—Eso es verdad.

—Por consiguiente, deduzco que está en el interior de la casa.

—Es lo más probable. Allí estará bien protegido y fuera de la vista.

—Correcto. Quizá esté en el sótano. En el refugio antiatómico.

—Probablemente —asentí.

—Por lo tanto, si quieres cerrar la estación ELF de Madox, es ahí donde tenemos que cerrarla.

—Absolutamente de acuerdo. Podrías decir que necesitas ir al baño, cosa que Madox sabe que te ocupará entre quince y veinte minutos, intentas encontrar el transmisor y lo destrozas.

—Vale. Tú puedes cubrirme metiéndote el Bear Banger en el culo y disparándolo.

La señorita Mayfield parecía tener esa noche un curioso sentido del humor. Quizá era su manera de enfrentarse al estrés.

—Como he dicho antes —le recordé—, el verdadero propósito de esta visita no es social, sino arrestar a Bain Madox por... dime algún delito federal que encaje.

—Secuestro. Tuvo que secuestrar a Harry antes de asaltarlo.

—Correcto. Secuestro y asalto, y el estado lo juzga por asesinato.

—Correcto.

La verdad era que si Madox me provocaba de alguna manera, no tendría que preocuparse por ningún juicio.

—Es bueno estar casado con una abogada.

—Tú necesitas un abogado permanente, John.

—Así es.

—Además, para efectuar un arresto, tienes que tener algo más aparte de tus sospechas.

—Si no lo arrestamos esta noche —repliqué—, ¿querrás ser la responsable mañana, u hoy mismo, de cuatro explosiones nucleares?

—No, pero legalidades aparte, un arresto no será cosa fácil en el Club Custer Hill. Sólo somos dos, y ellos muchos.

—Somos la ley.

—Lo sé, John, pero...

—¿Tienes aquella tarjetita para leerle sus derechos?

—Creo que soy capaz de recitarlo de corrido sin la tarjeta.

—Bien. ¿Tienes las esposas?

—No. ¿Tú sí?

—No las llevo encima. Tendríamos que haber traído el celo. Quizá Madox tenga los grilletes que utilizó con Harry. Por otra parte, siempre puedo darle un puntapié en las pelotas.

—Pareces tener mucha confianza.

—Estoy muy motivado.

—Eso es bueno. Por cierto, ¿para qué necesitamos los Bear Banger? Tenemos las armas y las placas, ¿no?

—Bueno...

—Sí, bueno. Vale, John, estoy contigo. Pero no nos metas en algo de lo que después no nos puedas sacar.

Quizá ya lo había hecho, pero respondí:

—Tú permanece alerta, vigilante y preparada como en cualquier otro arresto difícil. Nosotros somos la ley, él es el criminal.

Me dijo tres palabras.

—Recuerda a Harry.

La miré.

—Kate, es por eso por lo que hacemos esto solos. En realidad quería hacerlo por mi exclusiva cuenta. Sólo yo. Y tú, si querías.

Nos miramos a los ojos y Kate asintió.

—Conduce.

Kate parecía un tanto inquieta por la velada, pero también parecía esperarla con ansia. Conozco muy bien la sensación. No estamos en esto por dinero. Estamos por la

excitación y por momentos como éste.

El deber, el honor, la patria, el servicio, la verdad y la justicia están bien. Pero eso lo puedes hacer sentado a una mesa.

Al final, sales al campo con el arma y la placa con el único propósito de enfrentarte a los malos. El enemigo. No hay otra razón para estar en primera línea.

Kate lo entendía. Yo lo entendía y, dentro de una hora, Bain Madox también lo entendería.

Capítulo 47

Pasamos por la gasolinera de Rudy, que estaba cerrada, y seguimos por la carretera del parque estatal.

Nos acercamos a Stark Road cuando vimos un camión de la compañía eléctrica aparcado en el arcén, con los intermitentes encendidos, y supuse que ése debía de ser el vehículo de vigilancia de la policía estatal. Aminoré la marcha para asegurarme de que nos habían visto girar por Stark Road.

Mientras continuábamos por el túnel de árboles, le dije a Kate:

—Muy bien, llama a la policía del estado, diles que necesito hablar con el comandante Schaeffer, y que es urgente.

Kate sacó el móvil del bolso y lo encendió.

—No tengo cobertura —informó.

—¿Cómo que no tienes cobertura? La torre repetidora de Madox está a sólo unos seis o siete kilómetros de aquí.

—Pues no tengo cobertura —insistió.

Saqué mi móvil y lo encendí. Tampoco tenía cobertura.

—Quizá tengamos que acercarnos un poco más. —Le di mi móvil.

Entré en el camino forestal, y Kate, con los dos móviles, dijo:

—Seguimos sin tener cobertura.

—De acuerdo... —Nos acercábamos a McCuen Pond Road. Reduje la velocidad y encendí las largas con la ilusión de ver al vehículo de vigilancia, pero en el cruce no había nadie.

Giré a la izquierda por McCuen Pond Road y consulté mi reloj. Eran las 18.55. Unos pocos minutos más tarde nos acercamos a las luces y carteles de advertencia de la entrada del Club Custer Hill.

—¿Hay cobertura? —pregunté.

—No.

—¿Cómo puede ser?

—No lo sé. Quizá el repetidor de Madox tiene algún problema, o tal vez lo ha desconectado.

—¿Por qué haría eso?

—Déjame pensar.

—Ya está. El tipo es un gilipollas paranoico.

—Un gilipollas paranoico muy listo. ¿Quieres dar la vuelta? —me preguntó.

—No, y deja los teléfonos encendidos.

—Vale, pero nadie podrá captar nuestra señal a menos que la torre en el Club Custer Hill vuelva a funcionar.

—Podría ser un fallo temporal. —Pero lo dudaba. Ahora que queríamos que nos localizaran, padecíamos de afonía electrónica. Estas cosas pasan.

Aminoré al llegar a la banda sonora y frené delante de la señal de *stop*. La verja se abrió un poco y vi a mi guarda de seguridad favorito que salía. Se acercó a nosotros y yo me metí la Glock en la cintura del pantalón.

—Alerta —le dije a Kate.

—Vale. Pregúntale si puedes usar su teléfono para llamar a la policía del estado y avisarlos de que estamos en el Club Custer Hill.

No hice caso del sarcasmo y no perdí de vista al tipo de seguridad, que se acercaba con toda la calma.

—En cualquier caso —comenté—, estoy seguro de que los agentes de la vigilancia nos han visto.

—No me cabe ninguna duda, Rudy.

—Oh... mierda. Menuda estupidez.

Kate podría haberse mostrado enfadada o crítica, pero en cambio me palmeó la mano y dijo con tono tranquilizador:

—Todos tenemos nuestros momentos de estupidez, John. Pero hubiese preferido que no escogieses precisamente éste para tenerlo.

No repliqué, pero me di un par de bofetadas mentalmente.

El neonazi llegó junto a la furgoneta y yo bajé el cristal de la ventanilla. Pareció sorprendido al verme en lo que probablemente sabía que era el vehículo de Rudy. Miró a Kate y luego nos dijo:

—El señor Madox los espera.

—¿Está seguro?

No respondió, y a mí me entraron ganas de machacarle su cara de imbécil. Leí el nombre en su placa. Mamá y papá habían bautizado a su chiquitín Luther. Probablemente no sabían deletrear Lucifer.

—¿Viene alguien más a cenar, Lucifer? —le pregunté.

—Luther. No. Sólo usted.

—Señor.

—Señor.

—Y señora. Probemos de nuevo.

Respiró profundamente para demostrarme que intentaba controlar su temperamento.

—Sólo usted, señor, y usted, señora.

—Bien. Practíquelo.

—Sí, señor. Ya conoce el camino. Señor. Por favor, esta vez conduzca lentamente y con cuidado. Señor.

—Que te follen. —Avancé hacia la verja, que ahora habían abierto del todo.

—¿Qué ha querido decir con «esta vez»? —preguntó Kate.

—Ah, él y su compañero que está ahí —aminoré la marcha al llegar a la garita,

saqué la mano por la ventanilla y le dediqué un toque con la bocina al otro guarda, que pegó un salto tremendo— han intentado arrojarde debajo de las ruedas de mi coche esta tarde.

Seguí adelante.

—¿Por qué has hecho eso? Me has dado un susto de muerte.

—Kate, estos dos cabrones, y sus compañeros, son los tipos que detuvieron a Harry el sábado. Por lo que sé, uno o dos de ellos ayudaron a asesinarlo el domingo.

Kate asintió.

—Los veremos a todos en el juicio —añadí.

—Quizá los veamos a todos en la próxima media hora —me recordó.

—Bien. Les ahorraré algún dinero a los contribuyentes.

—Cálmate.

No respondí.

A medida que circulábamos por la sinuosa carretera, los sensores de movimiento fueron encendiendo las farolas.

Junto a una de ellas vi lo que parecía un gran triturador de madera, cosa que me recordó la expresión mafiosa de pasar a sus enemigos por el triturador de madera. Por alguna razón, siempre me había hecho gracia, y sonreí.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Kate.

—Se me ha olvidado. —Mucho menos divertido era ver que no había árboles ni ramas secas en el césped.

Normalmente, no te metes en situaciones como ésta sin un respaldo. Pero aquella situación no tenía nada de normal. Allí la ironía era que nos habíamos ocultado de la ATTF, de Liam Griffith, del FBI y de la policía del estado, y ahora que quería que todos supiesen dónde estábamos, sólo Bain Madox lo sabía.

Cuando me pongo paranoico a tope, como en ese momento, empiezo a imaginar que la CIA está involucrada. Si considerábamos de qué iba todo aquello, ¿por qué no iban a estarlo?

—¿En qué piensas? —quiso saber Kate.

—En la CIA.

—Vale. Esto, por lo que parece, también los involucrará.

—Así es.

—Sin embargo, pocas veces los ves o escuchas. Por eso los llaman espectros, o fantasmas, y si llegas a verlos, generalmente es al final. Como en ese caso.

—Te diré más. Veo la mano de Ted Nash en todo esto.

Me miró.

—¿Ted Nash? John, Ted Nash está muerto.

—Lo sé. Es que me gusta oírtelo decir.

A ella no le pareció divertido, pero a mí sí.

Delante de la rotonda estaba el mástil con la bandera norteamericana en lo más alto y debajo el banderín del Séptimo de Caballería, iluminado por dos focos.

—Un banderín o pendón significa que el comandante está en la casa.

—Lo sé. ¿Nunca te has fijado en mi pendón en el poste de la cama?

Sonreí y nos cogimos de la mano.

—Me siento un tanto... aprensiva —comentó.

—No estamos solos —le recordé—. Tenemos todo el poder y la autoridad del gobierno de Estados Unidos detrás de nosotros.

Miró por encima del hombro.

—No veo a nadie más aquí, John.

Me alegró ver que mantenía el sentido del humor. Le apreté la mano y aparqué la furgoneta debajo del pórtico.

—¿Hambrienta?

—Famélica.

Bajamos de la furgoneta y subimos los escalones hasta el porche. Toqué el timbre.

Capítulo 48

Carl abrió la puerta.

—El señor Madox los espera —anunció.

—Buenas noches a usted también, Carl —repliqué.

Estoy seguro de que quería decir «Que te zurzan», pero se aguantó y nos hizo pasar al vestíbulo.

—Cogeré sus chaquetas —ofreció.

—No es necesario —respondió Kate.

A Carl no pareció agradecerle, aunque se lo calló.

—Los cócteles se servirán en el bar. Por favor, acompañenme.

Pasamos por la puerta junto a la escalera y caminamos hacia la parte trasera de la casa.

Reinaba el silencio, y no vi oí, o intuí a nadie cerca.

Aún tenía la Glock en la cintura del pantalón, pero estaba tapada por la camisa y la chaqueta. Llevaba mi 38 de fuera de servicio en la funda sujeta al tobillo. Kate se había guardado su Glock en el bolsillo de la chaqueta, y, como casi todos, sino todos los agentes del FBI, no llevaba una segunda arma, excepto el Bear Banger en algún lugar de los vaqueros. Mi Bear Banger lo llevaba en el bolsillo de la camisa como si fuese una linterna lápiz. Mis dos cargadores de recambio los tenía en la chaqueta, y Kate llevaba sus cuatro repartidos entre el bolso y la chaqueta. Íbamos bien pertrechados para enfrentarnos a los osos o a Bain.

No esperaba que pasase nada mientras estuviésemos en movimiento; además, me figuré que, como mínimo, Madox querría decir hola y evaluar la situación antes de hacer su jugada.

En este tema, me pregunté si optaría por actuar a lo macho, es decir, una confrontación armada, o apelar a algo más sutil, como un narcótico en las copas, seguido por un rápido pase a través del triturador de madera.

Si Madox iba a actuar por las malas, cabía suponer que no todos sus guardas de seguridad eran asesinos de confianza, así que tal vez sólo tendríamos que enfrentarnos a Madox, Carl y a dos o tres tipos más.

Una visión más positiva pero en absoluto realista era que no se produciría ningún tiroteo o envenenamiento en el Club Custer Hill y que Bain Madox, al verse confrontado con nuestras pruebas y una vez arrestado, comprendería que se había acabado el juego y admitiría haber asesinado al agente federal Harry Muller, para, a continuación, llevarnos hasta el transmisor ELF. Caso cerrado.

Miré a Kate, que parecía muy calmada y compuesta. Cruzamos una mirada, y yo le sonreí y le guiñé un ojo.

También miré el rostro de Carl. Por lo general, por el rostro y el lenguaje corporal puedes averiguar si un tipo sabe que está a punto de ocurrir algo desagradable. Carl no parecía estar tenso, pero tampoco relajado.

Se detuvo delante de una puerta de dos hojas, en una de las cuales había una placa de latón que decía «Salón bar». Llamó, abrió una de las hojas y nos dijo:

—Después de ustedes.

—No, después de usted —repliqué.

Vaciló, pero acabó por entrar primero y señaló hacia la izquierda, donde el señor Bain Madox estaba detrás de una barra de caoba, con un cigarrillo en una mano y un teléfono en la otra. Vi que era una línea terrestre y no un móvil.

Al otro extremo de la habitación, en penumbra, ardía un buen fuego en la chimenea, y a su derecha había unas cortinas que podían ocultar otra puerta o una ventana.

—Muy bien —oí que decía Madox—. Tengo compañía. Te llamaré más tarde. —Colgó, y nos dirigió una muy cordial sonrisa—. Bien venidos. Pasen.

Kate y yo echamos una rápida ojeada al lugar y luego tomamos caminos diferentes entre los muebles para ir hasta la barra. Oí cómo se cerraba la puerta. Madox apagó su cigarrillo.

—No estaba muy seguro de que hubiesen recibido el mensaje que Carl dejó en The Point, y confiaba en que no hubiese olvidado la invitación.

Kate y yo llegamos a la barra.

—Es algo que esperábamos con gran placer —manifesté.

—Gracias por invitarnos —añadió Kate.

Nos estrechamos las manos, y Madox preguntó:

—¿Qué puedo ofrecerles?

Me alegró que no dijese: «¿Cuál es su veneno preferido?»

—¿Usted qué bebe? —repliqué.

Me señaló una botella en el bar.

—El *whisky* de malta que tanto le gustó ayer.

—Bien. Lo tomaré solo.

«Por si acaso has puesto algo en el sifón o los cubitos».

—Que sean dos —dijo Kate.

Madox sirvió la bebida en dos vasos de cristal, y también se sirvió un poco más en el suyo, que quizá era su manera educada de decirnos que el *whisky* no nos mataría.

Fiel a su palabra, Madox vestía informalmente con las mismas prendas de la tarde: americana azul, polo blanco y vaqueros. Así, Kate y yo no nos sentiríamos incómodos cuando lo arrestásemos.

Levantó la copa y propuso un brindis:

—No es una ocasión feliz, pero por tiempos mejores.

Chocamos las copas y bebimos. Él tragó. Yo tragué. Kate tragó.

Veía la habitación en el espejo detrás de la barra, y había otra puerta en un extremo que daba a lo que podía ser una sala de juego.

Además, detrás del mostrador, a la izquierda de las estanterías de las botellas, había una puerta pequeña que quizá comunicaba con un almacén o bodega. La verdad es que había demasiadas puertas en aquel lugar y demasiadas cortinas que podían ocultar más salidas al exterior. No me gustaba ni un pelo estar en un bar de espaldas a la habitación y con un tipo detrás de la barra que podía desaparecer súbitamente de la vista. Por lo tanto, sugerí:

—¿Por qué no nos sentamos junto al fuego?

—Buena idea —asintió Madox. Salió de detrás de la barra mientras Kate y yo caminábamos hacia un grupo de cuatro butacones de cuero, cerca de la chimenea.

Antes de que él pudiese distribuirnos, Kate y yo nos sentamos en lugares opuestos, y dejamos que Madox se sentase en uno de los butacones que miraban al fuego, dando la espalda a la puerta cerrada. Desde mi posición veía la puerta abierta de la sala de juegos, y Kate controlaba la pequeña puerta del bar.

Tras reclamar mi asiento, me levanté para ir hasta las cortinas a la derecha de la chimenea, y dije «¿Le importa?» mientras las descorría. Efectivamente, había una puerta ventana que daba paso a una terraza a oscuras.

Volví a mi butacón.

—Bonita vista —dije.

Madox no hizo ningún comentario.

Ahora teníamos todas las bases cubiertas, y estaba seguro de que Bain Madox, como antiguo oficial de infantería, apreciaba nuestra preocupación por los campos de tiro.

—¿Quieren quitarse las chaquetas? —preguntó Madox.

—No, gracias. Aún tengo un poco de frío —contestó Kate.

Yo no dije nada, y advertí que él tampoco se quitaba la americana, probablemente por la misma razón que nosotros no nos quitábamos las nuestras. No veía ningún bulto, pero sabía que llevaba algo en alguna parte.

Miré alrededor. La habitación era más del estilo de un club de caballeros que no una casa típica de los Adirondack. Había una alfombra persa de las caras y mucha caoba, cuero verde y latón pulido por todas partes. No había ningún animal muerto a la vista, y recé para que la cosa continuase así.

—Esta habitación es la réplica exacta de una de mi apartamento de Nueva York, que a su vez copié de un club de Londres —explicó Madox.

—¿No despista un poco después de tomarse unas cuantas? —pregunté.

Sonrió cortésmente.

—Vamos a ocuparnos primero de la faena —dijo—. Tengo el listado del personal de seguridad que estuvo de servicio el fin de semana; se lo darán antes de que se marche.

—Bien. ¿El del personal doméstico?

—La lista completa de todos los que trabajaron el fin de semana.

—¿También el libro de guardia y las cintas de seguridad?

—Copia de todo.

—Fantástico. —Eso dejaba pendiente la espinosa pregunta de los huéspedes ricos y famosos.

—¿Qué me dice de la lista de invitados?

—Eso me lo tengo que pensar.

—¿Qué es lo que tiene que pensar?

—Obviamente, los nombres de esas personas no es algo que deba interesarle a nadie. Por eso creo que el gobierno envió aquí al señor Muller, para conseguir los nombres por... métodos sesgados. Ahora usted quiere que se los dé voluntariamente.

—Harry Muller está muerto, y ésta es ahora una investigación de su muerte —le recordé—. Esta tarde ha dicho que nos facilitaría esos nombres.

—Soy muy consciente de ello, y he llamado a mi abogado, que se pondrá en contacto conmigo esta noche. Si me dice que le entregue los nombres, se los daré de inmediato.

—Si no lo hace, podemos obtenerlos con una citación.

—Ésa sería la mejor manera para mí. Me libraría del compromiso con mis invitados.

Básicamente, todo aquello no era más que un rollo para hacernos creer que tenía temas muy serios que considerar. Mientras tanto, sólo pensaba en su señal ELF a Desiertolandia y en la mejor manera de meter a Corey y Mayfield en la trituradora de madera.

—Mi abogado dice que el gobierno federal no tiene jurisdicción en un caso de homicidio estatal.

Dejé que Kate se ocupase de la respuesta.

—Cualquier cargo de asesinato que resulte de esta investigación será presentado por el estado de Nueva York. Mientras tanto, nosotros investigamos la desaparición de un agente federal y su posible secuestro, lo cual es un delito federal, y también un posible asalto criminal al agente muerto. ¿Quiere que hable yo con su abogado?

—No. Estoy seguro de que el gobierno norteamericano podrá encontrar una ley federal que encaje con cualquier delito, incluido cruzar la calle fuera del paso cebra.

—Creo que esto es algo más serio que eso —replicó la agente especial Mayfield.

Madox lo dejó correr, así que cambié de tema para que todos nos relajásemos.

—Buen *whisky*.

—Gracias. Recuérdeme que le dé una botella antes de marcharse. —Miró a Kate—. No muchas mujeres beben *whisky* puro malta.

—En el 26 Fed sólo soy uno de los muchachos.

—Creo que en el 26 Fed necesitan gafas —afirmó con una sonrisa.

Éste era mi Bain. Un hombre entre hombres y un galán. Un verdadero sociópata encantador.

En cualquier caso, Madox había llegado a la conclusión de que habíamos acabado con los temas del día y se dedicó a cautivar a la señorita Mayfield.

—¿Qué tal la clase de *yodel*?

Kate pareció un tanto despistada por la pregunta, así que la ayudé.

—Clase de yoga.

—Oh... —dijo el señor Madox—. Creía que había dicho clase de *yodel*. —Se rió y luego le admitió a Kate—: Mi oído ya no es lo que era.

—No estuvo mal. —Kate me fulminó con la mirada.

—¿Está disfrutando de su estancia en The Point?

—Es muy bonito.

—Espero que se queden a cenar. Le prometí al señor Corey que superaría la oferta de Henri.

—Pensábamos quedarnos a cenar —le informó Kate.

—Bien. Dado que no hay nadie más aquí y nadie lo sabrá, es bien venida a pasar la noche.

No sabía si eso me incluía, pero respondí:

—Quizá le tomemos la palabra.

—Estupendo. El viaje de regreso a The Point es muy largo; sobre todo si ha bebido, cosa que veo que no hacen lo bastante. —Sonrió y amplió el tema—. Tampoco conduce un vehículo con el que esté familiarizado.

No repliqué.

—Veamos —añadió—, ayer tenía un Taurus, esta mañana un Hyundai y esta noche la furgoneta de Rudy. ¿Ha encontrado alguno que le guste?

Detesto a los listillos, exceptuándome a mí.

—Iba a pedirle que me prestase un *jeep*.

No respondió a eso, pero me preguntó:

—¿Por qué cambia de vehículo con tanta frecuencia?

Sólo para confundirlo, contesté la verdad.

—Escapamos de la ley.

Sonrió.

—Hemos tenido problemas con los dos vehículos de alquiler —intervino Kate.

—Ah. Bueno, estoy seguro de que les darán otro; pero ha sido muy amable por parte de Rudy prestarle su camioneta. —Volvió a la investigación—. He hecho algunas averiguaciones, y en la oficina del *sheriff* no saben nada de este presunto homicidio —nos informó—. Todavía les consta como un accidente.

—Esta investigación es federal y estatal, no local —señalé—. ¿Adónde quiere ir a parar?

—A ninguna parte. Sólo era una observación.

—Creo que debería dejar los aspectos jurisdiccionales de este caso a la ley.

No respondió, y tampoco pareció enojarse por el reproche. Obviamente, quería hacernos saber que él sabía más de lo que creíamos, incluido, posiblemente, que el

detective Corey y la agente del FBI Mayfield, que no estaban en estrecho contacto con sus colegas y querían seguir así, cambiando de vehículo cada doce horas.

No tenía claro lo que Bain Madox sabía, pero de lo que sí tenía conocimiento sin lugar a dudas era de que no habíamos podido hacer una llamada con nuestros móviles en un radio de quince o veinte kilómetros de allí.

Así que durante un par de minutos permanecimos callados —el fuego chisporroteaba en la chimenea y el *whisky* y las copas reflejaban la luz de las llamas —, luego, Madox le dijo a Kate:

—Le expresé mis condolencias al señor Corey, y desearía hacer lo mismo con usted. ¿El señor Muller era amigo suyo?

—Era un colega muy cercano —contestó Kate.

—Lo siento mucho, y me inquieta que el señor Corey crea que alguien de mi personal de seguridad pueda estar involucrado en la muerte del señor Muller.

—No me cabe duda, y ya puede imaginarse lo mucho que están sufriendo los hijos del detective Muller tras saber que su padre no sólo está muerto, sino que probablemente lo asesinaron. —Kate miró a nuestro anfitrión.

Madox le devolvió la mirada sin hacer comentarios.

—Lo mismo ocurre con el resto de su familia, amigos y colegas —continuó Kate—. Cuando se trata de un asesinato, el dolor se convierte en furia muy rápidamente. Yo, por ejemplo, estoy muy furiosa —le informó.

Madox asintió lentamente.

—Lo comprendo, y sinceramente espero que nadie de mi personal de seguridad esté involucrado, pero si lo estuviese, también yo quiero que esa persona reciba todo el peso de la justicia.

—Lo recibirá —prometió Kate.

Yo abrí otra posibilidad.

—También podría darse el caso de que fuese alguien de su personal doméstico... o de los invitados.

—Primero creía que era uno de mis guardas —señaló él—. Ahora parece como si estuviese intentando ver qué pesca.

—Qué cazo.

—Lo que sea. ¿Podría ser un poco más preciso respecto a por qué cree que alguien de mi personal, o de mis invitados, puede estar involucrado en lo que usted califica como un homicidio? —preguntó.

Creo que todos sabíamos que en realidad hablábamos de Bain Madox, y no sé por qué, pero me pareció que le importaba un carajo.

Sin embargo, intuí que hacerle una breve demostración de lo que sabíamos del caso podría preocuparlo, así que le dije:

—Vale, uno, tengo pruebas concretas de que el detective Muller estuvo en su propiedad.

Miré a Madox, sin ver en él ninguna reacción.

—Dos, a través de las pruebas forenses, creemos que el detective Muller estuvo en esta casa.

De nuevo, ninguna reacción.

De acuerdo, hijo de puta.

—Tres, debemos asumir que el detective Muller fue detenido por su personal de seguridad. También tenemos pruebas de que su caravana estuvo aparcada primero mucho más cerca de la propiedad y que luego la movieron. —Se lo expliqué con todo detalle.

Siguió sin reaccionar, excepto por un leve gesto de asentimiento, como si le resultase interesante.

Mencioné al señor Bain Madox parte de la reconstrucción que habíamos hecho del caso, como que el asesinato lo habían cometido como mínimo dos personas: una al volante de la caravana de la víctima y la otra en un vehículo aparte que, señalé, podía ser un *jeep* o cualquier coche todoterreno, una presunción avalada por las huellas de neumáticos diferentes, cosa que en realidad no habíamos encontrado, pero que él no podía saber si era así a ciencia cierta.

Le mentí al decir que el informe de toxicología señalaba la presencia de sedantes en la sangre de la víctima, y a continuación le ofrecí mi versión de cómo se había cometido el asesinato con Harry drogado, sostenido de rodillas con la correa de los prismáticos, y el resto.

Madox asintió de nuevo como si eso aún tuviese algún interés, aunque un tanto abstracto.

Si había esperado conseguir alguna reacción —como incredulidad, inquietud o lo que fuese— me quedé con un palmo de narices.

Bebí un sorbo de *whisky* y lo miré.

En la habitación se oyó sólo el crepitar de los leños, hasta que Madox comentó:

—Estoy impresionado de que haya podido reunir tantas pruebas en tan poco tiempo.

—Las primeras cuarenta y ocho horas son el período crítico —le recordé.

—Sí, es lo que he oído decir. ¿Cómo es que las pruebas forenses señalan a esta casa? —preguntó.

—Si de verdad lo quiere saber, recogí muestras de las fibras de las alfombras, además de pelos humanos y animales mientras estaba aquí, y coinciden con las encontradas en las prendas y el cuerpo del detective Muller.

—¿Coinciden? —Me miró—. No recuerdo haberle dado permiso para recoger nada.

—Pero lo hubiese hecho.

Lo dejó correr.

—Veo que en el laboratorio se han dado mucha prisa.

—Ésta es una investigación de homicidio, y la víctima era un agente federal.

—Claro... así que, ¿a partir de estas fibras...?

Le ofrecí un curso rápido de análisis de fibras.

—Las fibras en la víctima coinciden con las recogidas aquí. Los pelos de animal probablemente coincidirán con los de su perro... ¿cuál es el nombre?

—Kaiser Wilhelm.

—Lo que sea. Los cabellos humanos encontrados en el cuerpo del detective Muller, más cualquier otro ADN que aparezca en las prendas o el cuerpo de la víctima, nos conducirán hasta él o los asesinos.

Nos miramos a los ojos, y él siguió sin pestañear.

—Con su ayuda —continué— podremos hacer una lista de todos los que estuvieron aquí durante el fin de semana, y luego obtener muestras de cabellos y ADN de dichas personas, más algunas fibras de prendas, como los uniformes de camuflaje que visten sus guardas. ¿Lo comprende?

Asintió.

—Ya que hablamos de su ejército, ¿dónde y cómo reclutó a esos tipos?

—Todos son antiguos militares.

—Entendido. Por lo tanto, debemos suponer que todos están bien preparados en el manejo de las armas y en el ejercicio de la fuerza.

—Lo más importante —afirmó— es que están muy bien disciplinados. Como le diría cualquier militar, prefiero tener a diez hombres bien disciplinados y preparados que a diez mil soldados indisciplinados y sin entrenar.

—No se olvide de leales, y motivados por una causa noble.

—Eso no hace falta decirlo.

—¿Cuántos guardas hay aquí esta noche? —preguntó Kate.

Madox pareció entender la verdadera intención de la pregunta, y esbozó una sonrisa, de la misma manera que lo hubiese hecho el conde Drácula si sus invitados a cenar le hubiesen preguntado: «¿A qué hora sale el sol por aquí?»

—Creo que esta noche hay diez hombres de servicio.

Llamaron a la puerta, se abrió y entró Carl con una mesa rodante en la que había una fuente grande tapada.

Carl llevó la bandeja hasta la mesa de centro y la destapó.

En ella había docenas de salchichas de Frankfurt ligeramente tostadas, como a mí me gustaban. En el centro de la bandeja había dos boles de cristal: uno con una mostaza espesa y oscura, tipo Deli, y el otro con una mostaza clara de un color amarillo vómito.

—Tengo que hacerles una confesión —dijo Madox—. Llamé a Henry y le pregunté si alguno de ustedes había expresado alguna preferencia en cuestión de comida, y... *voilà!* —Sonrió.

No era la confesión que nosotros esperábamos, y él lo sabía, pero aquello tampoco estaba nada mal.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó Carl.

—No, pero... —Madox consultó su reloj— ocúpese de ver cómo marcha la cena.

—Sí, señor. —Carl se marchó.

—Esta noche nada de pollo —comentó Madox—. Bistec con patatas. —Se volvió hacia mí—. Sírvase.

Crucé una mirada con Kate, que claramente no creía que pudiese resistirme a algo tan absolutamente delicioso, estuviese o no drogado. No se equivocaba. Se me hacía la boca agua con sólo oler el aroma de la corteza y la grasa de las salchichas.

Todos tenían clavados mondadientes —rojo, azul y amarillo—, así que sólo debía adivinar qué color marcaba los seguros. Escogí uno azul, mi color favorito, y luego lo sumergí en la mostaza Deli.

—John, tendrías que reservar tu apetito para la cena —dijo Kate.

—Sólo comeré unos pocos. —Me metí el bocado en la boca. Pura ambrosía; caliente, la corteza firme, la mostaza picante.

—Por favor, sírvase —le pidió Madox a Kate.

—No, gracias. —Me miró con preocupación y le dijo—: Adelante, coma usted.

Madox también cogió uno con el mondadientes azul, sin embargo, escogió la mostaza amarilla. Así que quizá me había equivocado de mostaza.

Como me sentía bien, me comí otro, éste con mostaza amarilla, sólo para ir sobre seguro.

Madox masticó, tragó y comentó:

—No está mal. —Cogió uno con el mondadientes rojo y se lo ofreció a Kate—. ¿Está segura de que no quiere probarlos?

—No, gracias.

Se lo comió él, esta vez con mostaza Deli. Así que repetí.

Los perritos calientes me recordaron a *Kaiser Wilhelm*. Su ausencia al lado de su amo era sospechosa. Los perros alertan a sus amos, y a todos los demás, de que alguien se acerca. Yo tenía la fuerte sensación de que Madox no quería que Kate y yo supiésemos que había alguien al otro lado de las puertas.

Por otra parte, de haber estado allí *Kaiser Wilhelm*, le hubiese dado unas veinte salchichas para ver si la palmaba, o Madox me impedía que se las diese.

Pero también podría ser que estuviese analizando en exceso todo aquello, como tiendo a hacer cuando mis instintos de sabueso funcionan a tope.

Consideré llegado el momento de aumentar el nivel de incomodidad, así que le dije a Madox:

—Yo también tengo que hacer una confesión. Supongo que sabe quiénes son los Borgia, ¿no?

Asintió.

—Pues verá, después de invitarnos a cenar, recibimos el informe de toxicología, donde se dice que Harry Muller tenía una elevada cantidad de sedantes en sangre, y Kate ha estado... bueno, un tanto preocupada por... ya sabe.

Madox me miró, luego a Kate, y otra vez a mí.

—No, no lo sé. Quizá no quiero saberlo —concluyó con tono seco.

—Puede que con esto entre en la categoría de malos invitados, pero a Kate... y supongo que a mí también... nos preocupa que quizá... algún miembro del personal tenga acceso a unos sedantes muy fuertes y que pueda ser la persona que los utilizó con la víctima.

El señor Madox no hizo ningún comentario, pero encendió un cigarrillo sin preguntar si a los demás los molestaba.

Miré a Kate, y me pareció que se sentía más incómoda que Bain, quien en realidad sólo parecía ofendido.

Para hacerle sentir mejor, cogí otra salchicha —mondadientes azul, mostaza amarilla— y me la metí en la boca.

—Por otro lado —continué—, al parecer, el detective Muller fue sedado primero con un dardo tranquilizante, seguido por dos inyecciones para mantenerlo dormido. —Miré a Madox, pero seguí sin ver una reacción—. Por consiguiente, esta noche podemos descartar una pastilla de somnífero en el *whisky* o gotas en la mostaza.

Madox bebió un sorbo, dio una calada y luego me preguntó:

—¿Está sugiriendo que hay alguien aquí que intenta... sedarlo?

—Verá —repliqué—, sólo estoy extrapolando a partir de las pruebas que tenemos. —Hice un chiste para aligerar la tensión—. Son muchos los que opinan que necesito sedación, y es posible que me haga bien, siempre que después no me disparen en la espalda.

Madox se repantigó en su bonito butacón de cuero verde, entretenido en soplar anillos de humo, luego miró a Kate y comentó:

—Si es eso lo que creen, entonces la cena no será muy divertida.

Muy buena, Bain. Me gustaba aquel tipo. Era una pena que tuviese que morir o, si tenía suerte, pasar el resto de su vida en un lugar mucho menos acogedor que aquél.

Kate decidió pasar a la ofensiva.

—Me interesa Carl.

—Carl es mi más antiguo y leal empleado y amigo —manifestó Madox tras mirarla durante unos segundos.

—Por eso mismo me interesa.

—Eso es casi lo mismo que acusarme a mí directamente —respondió vivamente.

—Quizá el detective Corey y yo deberíamos haberle informado de que ninguno de los que se encontraban aquí este fin de semana está libre de sospechas, y eso lo incluye a usted.

En ese momento, Madox tendría que habernos dicho que nos olvidásemos de la cena y nos largásemos de su casa. Pero no lo hizo porque aún no había acabado con nosotros, de la misma manera que nosotros no habíamos acabado con él.

En realidad, ése es el punto donde cruzas el umbral y comienzas la transición desde el sospechoso desconocido a la persona con la que hablar. Con un poco de suerte, el sospechoso ya ha dicho algo que lo incrimina, o lo hará cuando comiences a presionarlo. A falta de eso, debes confiar en las pruebas existentes y en las buenas

corazonadas. Toda esa situación acaba cuando yo digo algo así como: «Señor Madox, queda usted arrestado por el asesinato del agente federal Harry Muller. Por favor, venga con nosotros».

Después, te llevas al tipo a jefatura y lo fichas, aunque, en este caso, tendría que llevarlo al cuartel de la policía del estado, cosa que haría muy feliz al comandante Schaeffer.

A este respecto, comenzaba a creer que el equipo de vigilancia de Schaeffer no nos había visto llegar al Club Custer Hill, o si lo había hecho y comunicado, Schaeffer no estaba haciendo nada. ¿Por qué iba a hacerlo? Todavía más importante, me imaginé a Tom Walsh disfrutando de su cena o delante del televisor en lugar de leer el mensaje que le había enviado Kate. Para ser sincero, tenía la sensación de que la caballería llegaría tarde, si es que llegaba. Por consiguiente, nos tocaría a nosotros hacer el arresto.

Aquel caso, sin embargo, presentaba algunas dificultades únicas, como eran el ejército privado del sospechoso y algún otro elemento más común, como que el tipo era rico y poderoso.

Por supuesto, aparte del homicidio, estaba la sospecha de que estaba involucrado en una conspiración para desatar una guerra nuclear en el planeta. Ésta era mi más inmediata preocupación y se encontraba claramente dentro de la jurisdicción de Kate y mía.

Así que, con eso en mente, era el momento de pasar al asunto de lo nuclear, y le dije a Bain Madox:

—Ya que ha salido el tema de los invitados, tiene usted un huésped que llegó el domingo y que al parecer aún no se ha marchado. ¿Se reunirá con nosotros para cenar?

Madox se levantó bruscamente y fue hasta el bar. Mientras se servía otra copa comentó:

—No estoy muy seguro de saber de qué o quién habla.

No me gustaba tenerlo detrás, así que también yo me levanté y le hice un gesto a Kate para que me imitase. Mientras me volvía hacia la barra le dije a Madox:

—El doctor Mijaíl Putyov. Físico nuclear.

—Ah, Mijaíl. Se ha marchado.

—¿Marchado adónde?

—No tengo ni idea. ¿Por qué?

—Bueno, si no está aquí, entonces es que ha desaparecido.

—¿Desaparecido de dónde?

—De su casa y su trabajo —le informé—. Se supone que Putyov no se puede marchar de donde vive sin comunicarle al FBI adónde va.

—¿De verdad? ¿Cómo es eso?

—Creo que figura en su contrato. ¿Es amigo suyo?

Madox se apoyó en la barra con la copa en la mano y pareció sumirse en sus

pensamientos.

—¿Es una pregunta incómoda?

—No. Sólo estoy pensando la respuesta —dijo con una sonrisa y después nos miró alternativamente—. El doctor Putyov y yo tenemos una relación profesional.

Me sorprendió un poco que lo admitiese, pero supongo que todos nos habíamos dado cuenta de que había llegado la hora de ser sinceros, abiertos y sensibles a las necesidades y sentimientos de los demás. Luego nos abrazaríamos y lloraríamos juntos antes de que lo arrestase o le pegase un tiro.

—¿Qué clase de relación profesional? —inquirí.

Hizo un gesto como si quisiese quitarle importancia.

—Verá, John... ¿puedo llamarlo John?

—Por supuesto, Bain.

—Bueno, ¿qué clase de relación profesional? ¿Es ésa la pregunta? Vale, ¿cómo podría describirlo...?

—Podría comenzar con la miniaturización de armas nucleares —le propuse.

Me miró y asintió.

—Es un buen comienzo.

—Estupendo. ¿También puedo proponer baúles bomba?

Sonrió y asintió de nuevo.

Aquello estaba resultando más fácil de lo esperado, cosa que quizá no era muy buena señal, pero continué:

—Otros dos invitados: Paul Dunn, consejero del presidente en temas de seguridad nacional, y Edward Wolffer, secretario adjunto de Defensa.

—¿Qué pasa con ellos?

—Estuvieron aquí... ¿correcto?

—Estuvieron. Ya puede entender por qué no quiero curiosos por aquí.

—Tuvo usted a unos amigos famosos y muy poderosos este fin de semana, Bain.

—Gracias. El caso es que no es asunto que le concierna a nadie.

—Pero en esta ocasión es posible que me concierna a mí.

—Puede que esté en lo cierto, John.

—Lo estoy. También, James Hawkins, general de la fuerza aérea y miembro de la Junta de Jefes de Estado Mayor. Él fue otro de los que estuvo aquí. ¿Correcto?

—Correcto.

—¿Quién más?

—Alrededor de una docena más, ninguno de ellos importante para el tema que nos ocupa. Excepto Scott Landsdale. Es el enlace de la CIA con la Casa Blanca. Ésta es una información secreta —señaló—, así que no puede salir de esta habitación.

—De acuerdo... —No tenía ese nombre, pero me hubiese llevado una desilusión de no haber habido un tipo de la CIA involucrado en... lo que fuese—. Su secreto está seguro con nosotros, Bain.

—Esos cuatro hombres forman mi junta ejecutiva —nos explicó Madox.

—¿Qué junta ejecutiva?

—La de este club.

—Ah. ¿Puedo saber de qué hablaron? —pregunté.

—Del Proyecto Verde y del Wild Fire.

—Estupendo. ¿Y qué tal van ambos?

—Bien. —Consultó su reloj, así que yo consulté el mío. Eran las 19.33. Con un poco de suerte, Walsh se disponía a leer su correo electrónico personal, y, si no era abusar, quizá los polis del estado estuviesen a punto de hacer acto de presencia. Pero no tenía mucha fe en que sucediese.

—Yo también tengo algunas preguntas para usted. ¿Han venido solos?

Solté mi mejor imitación de una risa.

—Por supuesto —contesté.

—La verdad es que a estas alturas no tiene importancia.

No me gustó oír eso.

—¿Cómo lo ha deducido? —preguntó.

Me alegró darle una respuesta.

—Por Harry Muller. Nos escribió una nota en la tela de uno de los bolsillos.

—Vaya. Eso fue muy astuto de su parte.

—Que le den por el culo.

No hizo el menor caso.

—¿Ha oído hablar del Wild Fire? —preguntó, y me dio una pista—. Un protocolo del gobierno de máximo secreto.

—Si quiere saber la verdad, Bain, no leo todos los comunicados de Washington. —Miré a Kate, que estaba de espaldas a la chimenea, con la mano metida en el bolsillo de la pistola, y le pregunté—: Kate, ¿alguna vez has oído hablar del Wild Fire?

—No.

Miré de nuevo a Madox y me encogí de hombros.

—Creo que ambos nos perdimos aquel comunicado. ¿Qué decía?

Pareció impacientarse conmigo.

—No aparecería en un comunicado, John. Creo que tiene casi todo lo que necesita, así que haga un esfuerzo intelectual y no espere a que se lo dé todo servido en bandeja.

—Nos ha tratado de vagos —le dije a Kate—. Después de todo el trabajo que hemos hecho.

—La verdad es que parecen haber resuelto el caso de homicidio —admitió Madox—, y se han aproximado más de lo que creía al otro tema. Pero aún necesitan atar todos los cabos.

—Muy bien. —Me acerqué a la puerta ventana y la abrí.

Hacía una noche bonita, y la brillante media luna que estaba casi en la vertical iluminaba el claro de detrás de la casa.

A lo lejos se veía el techo metálico del edificio de los generadores y las tres chimeneas que lanzaban humo. También había dos vehículos todoterreno y un *jeep* negro que rondaban, como si estuviesen vigilando el edificio.

—Veo que funcionan los motores diésel —le dije a Madox.

—Así es. Los acaban de revisar esta tarde.

Me aparté de la puerta ventana y volví donde Madox estaba apoyado en la barra.

—Seis mil kilovatios.

—Correcto. ¿Quién se lo ha dicho? ¿Potsdam Diesel?

No respondí a la pregunta.

—¿Dónde está el transmisor ELF?

No pareció sorprenderse.

—No me impresiona que haya descubierto que ésta es una estación ELF. Está todo a la vista: los generadores, los cables, la ubicación en los Adirondack.

—¿Dónde está el transmisor, Bain?

—Ya se lo enseñaré más tarde.

—Éste sería un buen momento —repliqué.

No hizo caso, y nos miramos el uno al otro. No parecía ser un hombre con un problema grave.

—¿Qué? ¿Ha llegado a alguna conclusión sorprendente? —Se volvió hacia Kate —. Kate, ¿es el momento de exclamar Eureka?

—Sus dos aviones transportaron cuatro baúles con armas nucleares a Los Ángeles y San Francisco.

—Así es. ¿Qué más?

—Su transmisor ELF enviará una señal que detonará las bombas cuando lleguen a su destino.

—Bueno... caliente.

Comenzaba a aburrirme todo aquel rollo, así que le dije:

—Se acabó el juego, compañero. Lo arresto por el asesinato del agente federal Harry Muller. Dese la vuelta, ponga las manos sobre la barra y separe las piernas. Kate, cúbreme. —Me acerqué a Madox, que no estaba haciendo nada de lo que le había dicho.

Oí que Kate decía:

—John...

Miré atrás y vi a Carl en la puerta, apuntando a Kate con una escopeta.

Al otro extremo de la habitación, en la puerta de la sala de juegos, había otro tipo que apuntaba con un fusil M-16.

Un tercer hombre entró por la puerta ventana y me apuntó con su M-16.

Mientras se acercaban, vi que el tipo de la sala de juegos era Luther, y el de la terraza, el guarda de la garita, al que había espantado con mi bocina.

Cuando miré a Madox vi que me apuntaba a la cara con una Colt 45 automática.

Bueno, no puedo decir que no lo hubiese visto venir, pero me pareció irreal.

—Ya sabían que no saldrían de aquí vivos —nos comentó Madox.

Capítulo 49

Kate y yo cruzamos una mirada. No parecía asustada; más bien tenía cara de estar cabreada con alguien. Quizá conmigo.

—Muy bien. Venga, los dos boca abajo en el suelo —ordenó—. Un movimiento en falso y estarán muertos —añadió de forma totalmente innecesaria. Y, no conforme, dijo—: No va en broma.

Así que nos echamos boca abajo, que es el procedimiento policial y militar correcto para desarmar a los prisioneros. Obviamente, tratábamos con personas que sabían cómo se hacían estas cosas.

Oí decir a Madox:

—Kate, usted primera. Las armas. Lentamente. John, mantenga el rostro pegado a la alfombra y ni siquiera respire.

No podía ver lo que pasaba, pero me pareció percibir lo que parecía el sonido de una bota o un zapato que pateaba la Glock de Kate a través de la alfombra y de nuevo a Madox:

—¿Siempre lleva el arma en el bolsillo? —Kate no respondió—. Pues de poco le ha servido. ¿Más armas?

—No.

—¿Dónde lleva la pistolera?

—En la cintura.

—Quitadle la pistolera, el reloj, los zapatos, los calcetines y la chaqueta y después pasadle el detector —ordenó.

Escuché los sonidos correspondientes a todas estas cosas.

—Cacheadla.

—Quíteme las puñeteras manos de encima —protestó Kate.

—¿Quiere que la desnudemos o se conforma con el detector y el cacheo? —replicó Madox.

Ninguna respuesta. Luego sonó la voz de Luther:

—Limpia.

—Dese la vuelta —ordenó Madox.

La oí hacerlo, y unos segundos más tarde sonó el detector.

—¿Qué es eso? —preguntó Carl.

—La puñetera hebilla del cinturón y la cremallera. ¿Qué quiere que sea?

—Quítele el cinturón —dijo Madox.

No sabía si le habían pasado de nuevo el detector, pero no oí el zumbido, así que no habían detectado el Bear Banger.

—Carl, compruebe.

No vi lo que hizo, pero sí a Kate diciéndole:

—¿Se divierte?

Casi de inmediato, Carl anunció:

—Limpia.

No sabía dónde había ocultado Kate el Bear Banger, pero sólo cabía pensar que había escapado a la detección o bien que ellos lo tenían pero no sabían qué era.

Madox le ordenó al otro tipo de seguridad:

—Derek, póngale los grilletes.

Se oyeron unos sonidos metálicos cuando le pusieron los grilletes a Kate y los cerraron.

—Su turno, John —dijo Madox—. Ya conoce la rutina. Primero el arma.

Siempre boca abajo, deslicé la mano por debajo del pecho como si fuese a coger el arma, pero en realidad saqué el Bear Banger del bolsillo de la camisa y lo dejé en la alfombra, debajo de mi estómago.

Madox se había movido detrás de mí, cerca de mis pies.

—Ni se le ocurra hacerse el héroe o su esposa está muerta. Sí, sé que es su esposa.

—Que lo follen. —Saqué la Glock y la deslicé a través de la alfombra.

—¿Qué más? No me mienta, John, o le disparo en el culo.

—Pistolera en el tobillo. Lado izquierdo.

Alguien me subió la pernera y me quitó la funda y el revólver.

A continuación, dos tipos me quitaron los zapatos y los calcetines, la chaqueta de cuero y el reloj.

—Pásenle el detector —ordenó Madox.

Uno de los tipos, creo que Luther, caminó a mi alrededor con el aparatejo, pero éste no sonó.

—Cachéelo —añadió Madox.

Alguien me palmeó las piernas, me quitó el billetero y después me palmeó la espalda.

—Limpio —informó Luther.

—Bain, Luther me ha apretado el culo —dije.

A Luther no le pareció divertido.

—Cierre su puta boca, señor.

—Se supone que debe palpar, no apretar.

Recibí un soberano puntapié en las costillas del lado derecho, acompañado de un sonoro «¡Gilipollas!».

—No vuelva a hacerlo nunca más sin mi permiso —le advirtió Madox.

En cuanto conseguí recuperar el aliento no pude resistirme.

—Un pelín corto en disciplina, ¿no, Bain?

—Cállese —me ordenó—. No me agradan sus sarcasmos. ¡Dese la vuelta!

Tenía que hacerlo sin dejar a la vista el Bear Banger que estaba en la alfombra

debajo de mí. Así que, en vez de girar sin más hacia un lado, simulé estar muy dolorido por el puntapié en las costillas y realicé una muy aceptable imitación de una ballena varada para acabar en el mismo lugar con el Bear Banger debajo de la espalda.

Ahora veía a Madox cerca de mis pies y a Carl que apuntaba a Kate con la escopeta.

Luther se encontraba a mi derecha, con el detector, que golpeaba contra la palma de su mano, como si fuese la porra con la que deseaba partirme el cráneo.

El otro tipo de seguridad, Derek, se encontraba en algún lugar que no podía ver desde mi posición, pero deduje que se había colocado detrás de mi cabeza y que me apuntaba con su M-16.

La única buena noticia era que Madox, por alguna razón, no nos había disparado.

Pareció haberme leído el pensamiento, porque comentó:

—Si se está preguntando por qué me tomo todo este tiempo y molestias con ustedes dos, la respuesta es que necesito cierta información. Además, no quiero manchar con sangre la alfombra persa.

Me parecieron dos buenas razones.

—Quítese el cinturón.

Me lo desabroché, lo deslicé por las presillas y lo arrojé a un lado.

—Póngale los grilletes —le dijo a Derek, y éste me ordenó—: Levante las piernas.

Lo hice. Derek me puso los grilletes y los cerró. Me sorprendió lo mucho que pesaban. Dejé caer las piernas y las cadenas sonaron.

Luther me quitó la pluma del bolsillo de la camisa y después me pasó el detector. La cremallera no sonó, así que Luther acercó el detector a la entrepierna y dijo:

—No hay pelotas de acero, coronel.

Todos se rieron, excepto Kate y yo.

Se me ocurrió que había cabreado a todos los presentes —quizá incluida la propia Kate— y que, si bien hasta entonces ahora habían sido muy profesionales, las cosas podían volverse muy personales en un santiamén. Así que me dije que, por el bien de mi esposa, intentaría mantener la boca cerrada.

Miré a Kate, que estaba tumbada boca arriba a unos tres metros de mí, con los grilletes puestos. Cruzamos una mirada y le dije:

—Esto se acabará en cuanto lleguen.

—Lo sé.

Por supuesto, no era cuestión de «cuándo» sino de «si».

—Silencio —ordenó Madox—. Sólo hablarán cuando se les diga. —Miró a Luther—. Cachéelo de nuevo.

Luther no se anduvo con miramientos, y llegó al extremo de clavarme el pulgar en los testículos.

—Limpio —anunció.

Madox se acercó a la barra y comenzó a revisar nuestras chaquetas, las credenciales, los zapatos y los cinturones; después vació el contenido del bolso de Kate y buscó entre los objetos.

—Cuento seis cargadores —nos dijo—. ¿Esperaban mantener un tiroteo?

Los otros tres idiotas se rieron.

No lo pude resistir.

—Que te follen.

—Eso es lo mismo que repetía su amigo Harry —me informó Madox—. Que te follen, que te follen. ¿No tiene nada más inteligente que decir?

—Sí. Sigue usted bajo arresto.

Le pareció divertido.

—Usted también —replicó.

Madox continuó curioseando nuestras cosas. Vi cómo quitaba las baterías de los móviles y luego revisaba mi pluma. Aún no había encontrado el Bear Banger de Kate, así que confié en que ella hubiese conseguido ocultarlo.

—Aquí está la placa del detective Muller —dijo—. ¿Por qué la tiene, John?

—Para dársela a su familia.

—Comprendo. ¿Quién le entregará su placa a su familia después de que esté muerto?

—¿Lo pregunta sólo por curiosidad?

—Deseará que así fuese.

Ahora tenía nuestras libretas, y yo sabía que no podría leer mis notas, porque nadie, ni siquiera yo, era capaz de entender mi letra. Pero le comentó a Kate, cuya escritura es muy nítida:

—Veo que tiene una mente lógica. Algo poco habitual en una mujer.

—Que te follen —replicó ella, como no podía ser menos.

Madox no hizo caso y continuó con la lectura.

—Kate, ¿alguien sabe que están aquí?

—Sólo el FBI y la policía del estado, que vienen de camino.

—Si algo así estuviese ocurriendo en el cuartel de la policía del estado, yo lo sabría.

No era eso lo que queríamos escuchar.

—¿John, qué saben en el 26 Fed?

—Todo.

—No lo creo.

—Entonces para qué pregunta.

—Lo vieron hablando con Harry el viernes por la tarde, mientras esperaban el ascensor en el 26 Fed. ¿De qué hablaron?

La verdad es que no quería saber que Bain Madox tenía un chivato en el 26 Federal Plaza.

—¿John?

—No hablamos de trabajo.

—De acuerdo... Voy un poco corto de tiempo, John, así que ya hablaremos de esto más tarde.

—Más tarde me va bien.

—Estupendo, sólo que entonces no me mostraré tan agradable.

—Ya no lo es ahora, Bain.

Se echó a reír.

—Pues aún no ha visto nada, compañero.

—Ve y que te follen —le aconsejé.

Ahora estaba de pie junto a mí, con sus ojos de halcón mirándome como si estuviese volando y hubiese descubierto un animal herido en el suelo.

—Hay dos clases de interrogatorios —me dijo—. No sé usted, John, pero yo en realidad prefiero aquél sin sangre, huesos rotos ni súplicas de piedad. —Miró a Kate—. ¿Usted qué dice, Kate?

Ella no respondió.

Madox continuó con el tema.

—También hay dos maneras de pasar por el triturador de madera: vivo o muerto. Putyov —explicó— pasó muerto, porque matarlo sólo era un trámite necesario. Pero ustedes dos me cabrean. Sin embargo, si cooperan, les doy mi palabra de honor de que tendrán una muerte rápida con un disparo en la cabeza antes de pasar por el triturador de madera y convertirse en comida para osos. ¿Vale? ¿Trato hecho? ¿John? ¿Kate?

No acababa de ver cuál era la ventaja para mí de ese trato, pero, para ganar tiempo, respondí:

—Trato hecho.

—Bien. Han pedido ver mi transmisor ELF, así que se lo enseñaré.

—La verdad es que si me da las listas de los invitados y el personal nos iremos ahora mismo.

—John, esto no es divertido.

Lo dijo Madox, pero bien podría haber sido Kate.

Vi y oí a los cuatro hombres moverse por la habitación, y luego Madox dijo:

—Muy bien, señor y señora Corey, pueden levantarse. Las manos en la cabeza.

Comencé a sentarme y torcí el gesto por el dolor en las costillas, que ya no era imaginario. Apoyé la mano detrás de la espalda para empujarme, cogí el Bear Banger, me lo metí en los calzoncillos y me levanté.

Me volví hacia Kate, que ya se había levantado y me miraba.

—Tendremos que dejar la visita a los osos para más tarde —le dije.

Ella asintió.

—Silencio —me recordó Madox. Consultó su reloj y se dirigió a Carl—: Adelante.

—Síganme —ordenó Carl—. Intervalo de tres metros.

Carl caminó hacia la puerta abierta de la sala de juegos.

—Adelante —dijo Madox—. Las manos en la cabeza.

Seguimos a Carl.

Nunca había caminado con grilletes y, a pesar de que la cadena no era muy corta, no resultaba fácil avanzar, así que me vi arrastrando los pies como los hombres de una cadena de prisioneros. Además, el metal comenzaba a lastimarme los tobillos desnudos.

También se me caía el pantalón, y tuve que subírmelo unas cuantas veces, lo que hizo que Luther me gritara:

—¡Las manos en la cabeza!

Vi que Kate tenía muchas dificultades para caminar, y casi tropezó. Pero los prietos vaqueros aguantaron, y ella no apartó las manos de la cabeza.

No sabía quién tenía detrás, así que miré por encima del hombro y vi a Madox que me escoltaba a unos tres metros, con la Colt 45 en la mano.

Luther protegía la retaguardia con su fusil M-16 preparado. Derek, la víctima del bocinazo, se había quedado en el bar, y se ocupaba de recoger todo lo que nos habían quitado.

—La próxima vez que se vuelva —me advirtió Madox— le aparecerá un tercer ojo en la frente. ¿Está claro?

Creo que entendí lo que me decía.

Así que, después de todo, había resultado que el señor Bain Madox no era en absoluto encantador, cortés o ni siquiera civilizado. Para que después digan. Para ser sincero, creo que me gustaba más de esta manera; a cara descubierta, sin más disimulos, y, lo que era más importante, nos llevaba al transmisor ELF.

Carl se detuvo en el centro de la sala de juegos.

—Alto —dijo Madox.

Kate y yo obedecemos, y miré en derredor. En una de las paredes había un gran tablero de dardos con una foto a todo color de Saddam Hussein en la diana.

—Usted me preguntó cuándo comenzaría la guerra —me recordó Madox—. La fecha fijada es el quince de marzo, los idus de marzo, día más o día menos por si hay alguna pega. Pero yo la comenzaré antes. En menos de una hora.

—¿Nos dará de cenar primero?

Luther, al menos, lo encontró gracioso.

Madox, que ahora estaba por delante de mí, parecía un poco tenso, o quizá preocupado, y no respondió a la pregunta.

En cualquier caso, Carl se había colgado la escopeta del hombro, y pude echarle una buena ojeada. Era una Browning automática, probablemente del calibre 12, que disparaba cinco perdigonadas con la rapidez con que pudieses apretar el gatillo y mantenerte de pie. Para Carl, eso no sería ningún problema.

La Colt 45 de Madox tenía siete balas en el cargador y una en la recámara. Se trataba de un arma muy poco precisa, pero si un proyectil de punta roma te alcanza en

alguna parte, remontas el vuelo, y, como decían mis antiguos camaradas de la policía, «lo que te mata es la caída».

El M-16 de Luther era otra bestia de cuidado. Muy preciso a media distancia, y si Luther llevaba la versión automática, podía disparar veinte proyectiles con funda de acero en menos tiempo del que tardabas en decir: «Me cago en la leche. Estoy muerto».

Al menos habíamos perdido a Derek, el tipo de la bocina, que probablemente se había marchado porque tenía cita con el otorrino, así que ahora Kate y yo sólo teníamos que enfrentarnos a tres tipos. El problema aquí era que éstos no eran la escoria habitual que te encuentras en la calle, como mis amigos hispanos que casi cerraron los ojos cuando me dispararon, o los caballeros de Oriente Medio, que me cuesta creer que intentasen herir a nadie cuando dispararon sus AK-47.

Otro detalle era que estos tipos no sólo eran paramilitares, sino que Kate y yo estábamos descalzos, se nos caían los pantalones, llevábamos grilletes en los tobillos y, por si fuese poco, estábamos metidos en una situación hartamente comprometida.

Conclusión, aquél no era el mejor momento para utilizar nuestros Bear Banger, y esperaba que Kate lo tuviese claro.

Necesitábamos llegar al transmisor ELF.

Vi cómo Carl metía la mano debajo de la gran mesa de juego redonda y luego se apartaba. Mientras miraba, la mesa comenzó a elevarse, y oí el zumbido de un motor eléctrico mientras la mesa continuaba su ascenso junto con la alfombra redonda donde apoyaba las patas y la sección circular del suelo de debajo de la alfombra. Quedó a la vista el pistón hidráulico que lo levantaba todo y, cuando las patas de la mesa, la alfombra y el trozo de suelo llegaron a poco más de un metro cincuenta de altura, se detuvo y dejó a la vista un agujero de un metro veinte de diámetro.

Carl se sentó en el suelo, con las piernas colgando en el agujero, y luego desapareció. Al cabo de unos momentos se encendió una luz en el interior.

—Kate, usted primera.

Ella titubeó, y Madox se le acercó rápidamente, la sujetó de un brazo y la empujó hacia el agujero.

Estuvo a punto de caer debido a los grilletes, y le dije a Madox:

—Cuidado con lo que hace, gilipollas.

—Una palabra más —me avisó—, y ella lo lamentará, ¿entendido?

Asentí.

Madox sujetó el brazo de Kate y la llevó hasta el borde del agujero.

—Es una escalera de caracol. Sujétese al pasamanos y baje rápido.

Kate se sentó en el suelo, cogió una asa de cuerda que colgaba de la parte inferior del suelo elevado y se metió en el agujero.

Madox me señaló la abertura.

—Adelante.

Luther me dio un empujón, y comprendí que el muy imbécil se había acercado en

exceso para su propia seguridad. Madox le gritó:

—¡Apártese, idiota!

—No le haré daño —le aseguré a Madox.

Mientras yo me acercaba al agujero, Madox, que no era idiota, se apartó al tiempo que me apuntaba con la pistola.

—Alto.

Me detuve.

Al cabo de unos segundos sonó la voz de Carl:

—Despejado.

—Kate está en el suelo —me informó Madox—, y Carl le apunta a la cabeza con la escopeta. Así que ya lo sabe. —Señaló la abertura—. Adelante.

Me senté en el borde y me descolgué, con los pies y los grilletes por delante, hasta pisar el primer escalón. Comprendí que, una vez estuviésemos en el subterráneo, nadie en la superficie conseguiría encontrarnos.

—Venga, John. Voy un poco justo de tiempo.

Descendí por la escalera de caracol que tenía como eje el pistón hidráulico. No era fácil bajar con los grilletes, pero tenía las manos libres, así que me sujeté al pasamanos y prácticamente me deslicé hacia abajo.

En cuanto a eso, si Madox pretendía esposarnos en algún momento, entonces tendría que actuar antes de que ocurriese. Sabía que Kate también lo tenía presente.

Había unos seis metros hasta el suelo, la altura de un edificio de dos plantas, y adiviné sin demasiado esfuerzo que aquél era el refugio antiatómico.

Abajo había una habitación redonda, toda de cemento, iluminada con tubos fluorescentes.

En el lado opuesto al último escalón, a unos tres metros, se veía una gran puerta de acero similar a la de las cámaras acorazadas de los bancos.

—Boca abajo —dijo Carl, detrás de mí.

Me volví y vi a Carl al otro lado de la habitación redonda, que apuntaba con la escopeta a Kate, tendida boca abajo en el suelo.

Ése podría haber sido un buen momento para intentar algo, pero antes de que pudiese decidirme, Carl acercó la escopeta a la cabeza de Kate y gritó:

—¡Tres! ¡Dos...!

Me tumbé en el frío suelo de cemento.

—¡Despejado! —avisó Carl.

Escuché que Madox bajaba la escalera de caracol como si tuviese mucha práctica en ello.

—John, creo que uno de ustedes dos tendrá que irse.

No repliqué.

Pasaron unos segundos y oí el ruido de las botas de Luther en los escalones, luego el silbido del pistón hidráulico y, finalmente, el chasquido del trozo de suelo cuando encajó en el hueco.

—Abra la puerta —le ordenó Madox a Luther.

Se oyó el click de la combinación y luego un muy leve chirrido cuando se abrió la pesada hoja.

—John, no importa el movimiento que haga o intente hacer, Kate será la primera en morir —me informó Madox. Después les dijo a Carl y Luther—, ¿está claro? Si Corey hace un movimiento, ustedes matan a Kate. Yo me encargaré del señor Corey.

—Sí, señor —respondieron Carl y Luther al unísono.

—Han abusado de mi paciencia y ya voy con casi diez minutos de retraso —nos advirtió Madox—. Por lo tanto, si no se comportan y hacen lo que se les dice, mataré de inmediato a uno de los dos para que recuperemos el tiempo perdido, ¿entendido?

—Entendido.

—Bien. En cualquier caso, usted nunca ha sido un héroe para su esposa, así que no hace falta que intente serlo ahora.

—Buen consejo.

Lo siguiente que le oír decir a Madox fue:

—Kate. Arriba. Las manos en la cabeza. —Ella se levantó—. Siga a Carl. John. Arriba. Las manos en la cabeza. Sígalos a una distancia de seis metros.

Me levanté, puse las manos en la cabeza y entonces vi una gran bolsa de lona en el suelo. Estaba abierta y vi asomar de ella la manga de mi chaqueta de cuero. Aparentemente, Derek le había dado a Luther todas nuestras cosas, con lo que el último rastro de nuestra presencia en el Club Custer Hill —excepto la furgoneta de Rudy, de la que no tardarían en desprenderse— había desaparecido.

Madox advirtió lo que miraba y me comentó:

—Ni siquiera encontrarán su ADN en la mierda de oso. —Me señaló la puerta—. Adelante.

Crucé la puerta, que estaba encastrada en casi un metro de cemento.

—Bien venido a mi refugio antiatómico —dijo Madox.

Luther vigilaba la retaguardia, y oí cómo se cerraba la puerta y los chasquidos de las cerraduras.

Tuve la sensación de que nos encontrábamos debajo de la terraza trasera, en las profundidades de la roca, y sin conexión con el sótano de la casa. También me pareció que no había nadie en la superficie que viniese a buscarnos.

Capítulo 50

Ahora nos encontrábamos en un ancho pasillo, con las paredes de cemento pintadas de un color verde claro que cambiaba a azul cielo más o menos a un tercio del techo, que tenía una altura de tres metros. Éste estaba cubierto con paneles de vidrio mate detrás de los cuales había unas brillantes luces violeta que debían de ser luces de crecimiento, aunque no vi allí vegetación alguna, a menos que contase el horroroso césped artificial típico de los ochenta que cubría el suelo.

—La idea es que a uno le parezca que está en la superficie —comentó Madox, sin necesidad.

—¿Y no lo estamos? —pregunté.

No respondió a mi pregunta.

—Una idea de la idiota de mi exesposa. Tiene un miedo irracional a una guerra atómica.

—Qué mujer más tonta.

Parecía estar de mejor humor y me señaló una puerta abierta a la derecha. Vi una habitación de juegos infantiles.

—Nuestros hijos eran pequeños, y creyó que aquí se divertirían.

—Las luces de crecimiento quizá ayuden, pero estarán algo escasos de compañeros.

No me prestaba ninguna atención, y en realidad parecía estar hablando consigo mismo.

—Vio *La hora final* y *Dr. Strangelove. Volamos hacia Moscú* como unas veinte veces, y no creo que se diese cuenta de que una era una película seria y la otra puro humor negro. Las películas sobre el Armagedón nuclear la enviaban al terapeuta durante meses.

Tuve la impresión de que Bain Madox tenía algunos problemas con la obsesión de su exesposa con el holocausto nuclear, a los que quizá intentaba poner remedio iniciando una guerra nuclear por su cuenta. Estaba seguro de que la exseñora Madox sería la primera a la que llamaría después de que todo hubiese acabado.

Fuera como fuese, Kate y yo recorrimos lentamente el pasillo con los grilletes, y cada vez que me subía el pantalón, Luther gritaba «¡Las manos en la cabeza!» y yo respondía «Que te follen».

Se oía el zumbido de los extractores, pero el aire olía a humedad y a alguna otra cosa desagradable.

A cada lado del pasillo había puertas abiertas que correspondían a habitaciones amuebladas: dormitorios, una sala, una cocina y un gran comedor con paneles de madera, gruesas cortinas, techo artesonado y mullidas alfombras. De detrás de una

puerta cerrada me llegaron claramente unas voces, luego comprendí que era la radio o la televisión, así que quizá había alguien más allí abajo. Madox continuaba con su monólogo.

—Se gastó una fortuna en la decoración de este lugar. Quería vivir todo el tiempo que durase la lluvia ácida con el estilo al que estaba acostumbrada.

Estaba en vena, así que no hice ningún comentario.

—Por otra parte, yo encontré otros usos para este espacio. Primero, para mi transmisor ELF, y también para almacenar una fortuna en obras de arte, oro y dinero en efectivo. —Hizo un chiste—. El último inspector de Hacienda que tuvo la ocurrencia de aparecer por aquí todavía está encerrado en una de las habitaciones.

Muy bueno, Bain. En realidad, el lugar se parecía mucho al búnker del Führer, pero quizá aquél no era el mejor momento para hacer la comparación.

Llegamos al final del pasillo, que debía de tener unos cincuenta metros de largo. Carl abrió con llave una puerta de acero y encendió las luces.

—Kate, siga a Carl —dijo Madox—. John, alto ahí.

Kate desapareció a través del portal y yo esperé.

—Despejado —avisó Carl.

—John, adelante —indicó Madox.

Comenzaba a cansarme de estas órdenes para perros, pero no valía la pena mencionarlo ahora que estábamos tan cerca... del final.

Entré en la habitación y vi a Kate de nuevo en el suelo y a Carl en la pared más apartada, cubriéndonos a ambos.

—John, abajo —ordenó Madox.

Me tumbé boca abajo en la gruesa alfombra azul. A nivel profesional apreciaba la precisión militar de Carl y Bain y de su manejo de manual de dos prisioneros que, a pesar de tener grilletes, estar desarmados, verse superados en número por tres hombres armados, podían ser potencialmente peligrosos.

El lado malo era que aquellos tipos no me daban ni así para cambiar de papel.

Utilizar los grilletes en lugar de esposas era establecer un orden de prioridades, y comprendía por qué Madox había optado por los grilletes hasta el momento.

El único error que habían cometido hasta el momento era no haber encontrado los Bear Banger, que es la razón por la que la policía desnuda a los detenidos y examina sus cavidades corporales. Aunque ahora que nos tenía en la mazmorra, ése bien podía ser el siguiente paso de Madox, junto con las esposas; ésa sería nuestra señal para actuar.

Mientras tanto, Madox y Carl parecían estar ocupados con otra cosa que no éramos nosotros, sin embargo, atisbé a Luther cerca de la puerta, con el M-16 alzado; lo movía alternativamente entre Kate y yo. No vi la bolsa de lona, que Luther al parecer había guardado a lo largo del camino. Así pues, las únicas armas en la habitación eran las que nos apuntaban.

En lo que se refiere a las armas, la elección por parte de Carl de una escopeta

automática en espacios cerrados era también muy profesional; las balas de los fusiles de gran potencia tienen tendencia a atravesar a las personas y herir a otras a las que no necesariamente quieres herir, y después, además, rebotan, con el consiguiente peligro para el tirador y sus amigos.

La verdad sea dicha, allí abajo, el M-16 de Luther era casi tan peligroso para él como para nosotros. Así y todo, prefería que no nos disparase.

En cuanto a la Colt 45 de Madox no tenía ninguna pega para los espacios cerrados con superficies de mampostería. Te abría un boquete a corta distancia y la velocidad de salida no solía ser fatal para quien estuviese al otro lado de la víctima. Además, si daba contra una pared de cemento, el proyectil de punta roma, más que rebotar, probablemente se aplastaría.

Después de analizar todo esto, mi conclusión fue que Kate y yo estábamos muy pero que muy jodidos. De hecho, los Bear Banger eran cada vez más pequeños en mi mente.

—De rodillas. Las manos en la cabeza —ordenó Madox.

Me puse de rodillas con las manos en la cabeza, y vi que Kate hacía lo mismo. Estábamos a una distancia de unos tres metros en la habitación en penumbra, y nos miramos. Agachó la cabeza hacia dónde tenía el Bear Banger, en algún lugar de los vaqueros o las bragas, probablemente detrás de la cremallera. Me miró y apenas sacudí la cabeza. Quería decirle: «No es el momento adecuado. Ya sabrás cuándo».

Miré alrededor mientras mis ojos se acomodaban a la débil luz.

Madox estaba sentado, de espaldas a nosotros, delante de lo que parecía una consola electrónica en la pared más lejana. No podía ser más que el transmisor ELF. ¿Y ahora qué?

Luther seguía junto a la puerta, ocupado en cubrirnos con su fusil.

A Carl no lo veía, pero lo oía respirar detrás de nosotros.

La habitación se parecía mucho a un despacho; mobiliario mínimo y absolutamente funcional. Aquél, obviamente, era el cuartel general de Madox en caso de una guerra atómica, desde donde se podía pasar el día haciendo llamadas para averiguar si fuera quedaba alguien vivo después del gran estallido. Probablemente también tenía un teletipo para ver cómo iban sus acciones de las compañías de defensa y petroleras.

Nunca entendí por qué, durante las décadas de los setenta y los ochenta, la gente quería sobrevivir a un holocausto nuclear. Me refiero a que, más allá de tener unas cuantas latas de chili y una caja de cervezas, yo nunca hice planes a largo plazo para después de una guerra atómica.

Pero, para ser justos con Bain, aquello era sobre todo una idea de su exesposa. Me pregunté qué habría sido de ella. ¿El triturador de madera?

En cualquier caso, vi también que, en la pared a la derecha de la consola electrónica, había tres pantallas de televisión planas montadas en brazos giratorios. Parecían nuevas y fuera de lugar en aquella cápsula del tiempo de los ochenta.

A la izquierda de la consola había una hilera de televisores del modelo antiguo, y todos estaban encendidos, pero resultaba difícil ver las imágenes en blanco y negro, que cambiaban constantemente. Me di cuenta de que eran los monitores de las cámaras de seguridad. En una de las pantallas conseguí distinguir la garita, luego una imagen de la casa tomada desde la garita, seguida por el edificio de los generadores y el resto de las construcciones.

Por consiguiente, Madox sabría si llegaba la caballería, y también nosotros. Pero, hasta el momento, en la tierra del Club Custer Hill parecía reinar la paz y la tranquilidad.

Un recurrente pensamiento lúgubre era que, aunque la policía estatal y el FBI destrozaran la verja y echaran abajo la puerta de la casa, nadie nos encontraría nunca allí abajo.

Es más, si por una de esas Schaeffer recordaba que había un refugio antiatómico en alguna parte, probablemente lo buscaría en el sótano de la casa, y bien podía ser que confundiera alguna habitación de allí abajo con el refugio.

Por si fuera poco, nunca encontraría el suelo levadizo de debajo de la mesa de juego, o, si por algún milagro lo conseguía, pasarían horas o más hasta que consiguiera un equipo de expertos en explosivos que volasen la puerta acorazada.

Aquello comenzaba a tener muy mala pinta. Sólo había una manera de salir del embrollo, y era la que tenía que haber escogido aquella misma tarde: haberme cargado a aquel hijo de puta y a sus camaradas, entonces, antes de que nos matasen ellos a nosotros, y antes de que Madox detonase las cuatro bombas nucleares en Desiertolandia.

Madox giró la silla y me preguntó:

—¿Comprende lo que está pasando, John?

—Creo que habíamos quedado en que iba a enviar una onda ELF a los cuatro receptores sujetos a los detonadores de las bombas nucleares de los baúles.

—Correcto. Ya he comenzado la transmisión.

Mierda.

—Acérquense. De rodillas. Vamos.

Kate y yo nos movimos sobre las rodillas hacia la consola, hasta que Carl nos ordenó:

—Alto.

Nos detuvimos.

—¿Ven estas tres pequeñas ventanas? —preguntó Madox.

Miramos hacia donde señalaba: una caja negra sobre la consola. En la primera ventana pasaban letras rojas a una velocidad de vértigo.

—Acabo de enviar la primera letra del código de tres que detonará los artefactos —explicó—. Podría haber colocado un reloj en cada uno, pero entonces el tiempo de la detonación hubiese estado predeterminado y fuera de mi control. Así que escogí el método de detonación por control remoto, o sea mi transmisor ELF, que es perfecto

para esta tarea y a prueba de fallos. Finalmente conseguiré recuperar lo invertido en la estación ELF.

—¿Sabe, Bain?, con las ondas ELF podría buscar petróleo.

Sonrió.

—Veo que ha hecho los deberes. No necesito buscar petróleo —me informó—. Sé dónde está, y sus actuales dueños están a punto de ser volatilizados.

—¿Por qué hace esto?

Me miró.

—Ah, la pregunta de «por qué». —Encendió un cigarrillo—. ¿Por qué? Porque estoy harto y cansado de una sucesión de presidentes sin cojones que le besan el culo a los árabes. Ése es el porqué.

Me figuré que también él les habría besado el culo a los árabes, y que aquélla era la revancha. También me figuré que sería bueno seguirle la corriente.

—¿Sabe, Bain? Kate y yo vemos esta misma mierda todos los días en nuestro trabajo. Inmigrantes musulmanes ilegales a los que tratan como senadores, presuntos terroristas con una cohorte de abogados que te amenaza con demandarte por falso arresto. —Continué con mi letanía de los problemas en el trabajo, pero curiosamente Madox no pareció interesado. Así que concluí con—: Comprendo sus frustraciones, pero detonar cuatro armas nucleares en Desiertolandia no resolverá el problema, sino que lo empeorará.

Se echó a reír, cosa que me pareció extraña.

Luego, se volvió de nuevo hacia la consola y escribió algo en el teclado.

—Cada letra necesita estar cifrada en un grupo de cuatro letras.

—Vale. ¿Podemos hablar de esto?

No pareció prestarme atención, y siguió atento a la lectura de los diales y a escuchar algo en los auriculares, que sostuvo por unos momentos contra la oreja.

Advertí que en la primera ventana de la caja negra ya no pasaban las letras, y ahora sólo había una brillante «G» roja.

—Cuando la policía estatal y el FBI lleguen aquí —dijo Kate—, echarán abajo los postes de la antena y destruirán los generadores.

Madox continuaba jugando con sus chismes electrónicos y le respondió sin darse la vuelta:

—Kate, en primer lugar, ni siquiera han salido del cuartel, que está a más de una hora de aquí. Segundo, no tienen ni idea de lo que está pasando aquí. Tercero, aunque llegasen dentro de media hora, ya sería demasiado tarde. Esto se acabará en menos de veinte minutos.

Advertí ahora el paso de las letras rojas por la segunda ventana de la caja negra.

—Acabo de enviar la segunda letra —dijo Madox al tiempo que se volvía hacia nosotros—. Los cuatro receptores la captarán dentro de unos quince minutos.

Me pareció que nos estaba provocando con el tiempo que nos quedaba, así que para demostrarle que no podía engañarnos repliqué:

—Son treinta minutos.

—No, quince. Eso es lo que tardará cada onda ELF en llegar a Los Ángeles y San Francisco y en que el receptor descodifique la señal.

—Oriente Medio —le corrigió—. Treinta minutos.

—No —dijo el señor Madox, impaciente—. Sigue sin entenderlo. Eso es una buena noticia para mí.

—¿Entender qué? —preguntó Kate.

—El Proyecto Verde y el Wild Fire. —Madox se volvió hacia el panel y leyó los diales—. Los generadores continúan suministrando seis mil kilovatios. —Apoyó una mano en el teclado—. Ahora sólo me falta escribir el cifrado de la última letra del código de tres.

Mientras lo decía, las letras que desfilaban por la segunda ventana de la caja negra se detuvieron en la «O». Así que ahora teníamos «G-O».

—Tenemos una G y una O —añadió—. ¿Cuál será la palabra final? No la recuerdo. ¿G-O-B? ¿G-O-T? —Se echó a reír al tiempo que nos miraba por encima del hombro—. ¿G-O-C-O? No, demasiadas letras. Ayúdenme. ¿John? ¿Kate? Por favor, Dios, deja que la recuerde... ¡ah! Ya la tengo. G-O-D.

El tipo se divertía a lo grande mientras se le iba la olla.

Escribió en el teclado, y en la última ventana comenzó también el baile de letras.

—Ahora —continuó y de nuevo se volvió hacia nosotros—, mi *software* de cifrado ha enviado sin fallos las letras G y O a través de la onda ELF a los cuatro receptores. Las letras G y O en la caja negra lo confirman. Pero como ustedes saben, las ondas tardan unos minutos en llegar a los receptores y que éstos las descodifiquen. ¿Lo entienden?

No creía que le importase una mierda si lo entendíamos o no, a menos que pretendiese averiguar qué sabíamos. Por lo tanto, respondí:

—Lo entendemos.

—¿En serio? He utilizado un código repetitivo autocorrector que se transmite continuamente hasta que recibe la secuencia de inicio. En otras palabras, D-O-G no funcionará. Sólo G-O-D puede hacer que exploten. ¿Me siguen?

—No se olvide de activar los isótopos —le recordé.

—¿Que active...? —Me miró como si yo fuese el loco—. Éste es el mismo *software* que utiliza la marina en su flota de submarinos nucleares. Pero quizá ya lo saben. ¿Están enterados de mi experimento en los ochenta?

—Sí —respondió Kate—, y todo el mundo en el FBI.

—¿Ah, sí? Vaya... eso no es bueno. Pero ahora no es relevante. De todas maneras, al cabo de unos quince minutos de que en la caja negra tengamos G-O-D, los cuatro receptores tendrán todo el código de tres letras en la secuencia correcta, GOD. Luego, transcurridos otros dos minutos, si no hay cambios en la transmisión continua de la señal, los cuatro receptores enviarán un pulso electrónico a los cuatro detonadores, que están conectados con los receptores, con lo que obtendremos cuatro

hermosas explosiones nucleares, cortesía del doctor Putyov.

Kate y yo no hicimos ningún comentario al respecto.

Madox encendió otro cigarrillo y miró la caja negra mientras en la última ventanilla continuaban pasando las letras. Al cabo de unos pocos segundos apareció en ella la «D», y quedó formada la palabra «GOD». Madox, convencido de que ése era su propio nombre, prosiguió:

—Ya está. Las tres letras están siendo transmitidas ahora a través del país en una secuencia continua.

Yo seguía sin entender por qué decía «a través del país», pero bien podía ser que lo entendiese, y no quisiera hacerlo.

Madox apretó unos botones en la consola, y cuatro números verdes —15.00— aparecieron en la pantalla grande. Apretó otro botón y los números iniciaron la cuenta atrás.

—Es difícil saber exactamente cuánto tardarán los receptores en descifrar la onda ELF —señaló—, pero yo diría que unos quince minutos es un tiempo bastante ajustado. Después, como les he dicho, los receptores necesitan retener estas letras durante dos minutos para asegurarse de que leen correctamente el código continuo y autocorrector. Y luego —dio una palmada—. ¡Bum!

Yo me lo esperaba, pero el pobre Luther casi se mea en los pantalones.

A Madox le pareció muy gracioso, así que lo repitió tres veces. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! Pero la sorpresa ya había pasado, y nadie se sobresaltó.

El tipo estaba mochales perdido, y yo esperaba que Carl y Luther se dieran cuenta. Estaba seguro de que Harry sí lo había pillado, y quizá Carl y Luther recordaran qué le había pasado a Harry por comprenderlo.

Me fijé en el reloj, que ahora marcaba 13.16, luego .35, y así sucesivamente, camino del éxtasis nuclear para Bain Madox.

Madox encendió un cigarrillo con la colilla del otro, consultó su reloj, luego el de la pantalla, leyó unos cuantos indicadores y después los seis monitores de seguridad.

Parecía estar absolutamente ido, y me daba cuenta de que para él aquél era el momento de la recompensa después de tantos años de trabajo y planificación.

Por mi parte, no tenía nada más que hacer que permanecer allí de rodillas, con las manos en la cabeza, ocupado en escuchar y mirar. No quiero decir que me aburriese ver cómo se preparaba un incidente nuclear, pero soy de los que prefieren la acción.

En cuanto a eso, Carl seguía detrás de nosotros, así que ir a por el Bear Banger, que se había movido un pelín hacia el sur de mis calzoncillos, no era una opción. Quizá llegara a sacarlo, pero estaría muerto antes de que averiguase cuál era el extremo superior y apretara el botón.

Kate lo tenía mejor para meterse la mano en el pantalón y sacar la cosa antes de que Carl o el bobo de Luther se dieran cuenta. Vi que ella se ponía tensa con sólo pensarlo.

Ella miraba a Luther hasta donde podía, pero no podíamos ver a Carl, y yo no

tenía idea de hasta qué punto estaba concentrado en nosotros. Además, precisamente cuando el poco cerebro de Luther parecía ponerse a divagar, a Madox le daba por volverse súbitamente para decirnos algo.

Eso fue lo que hizo entonces.

—Probablemente supongan que estoy loco.

—No, Bain, *sabemos* que está loco —repliqué.

Comenzó a sonreír, pero entonces recordó que sus tropas estaban presentes, y no quiso meterles ninguna idea en la cabeza, de modo que se puso serio, como si estuviese cuerdo, y me dijo:

—No hay ni una sola figura importante en la historia del mundo a la que no hayan tratado de loca. César, Atila, Gengis Kan, Napoleón, Hit... Bueno, puede que él sí estuviese un poco desequilibrado. Pero usted comprende lo que digo.

—Comprendo que, si usted se cree Napoleón, quizá necesite hablar con alguien.

—John, no creo ser nadie más que yo mismo.

—Ése es un buen comienzo, Bain.

—No me parece que aprecien lo que hago.

Nos soltó un rollo sobre los grandes hombres que habían cambiado el curso de la historia, incluido un tipo llamado Juan, rey de Polonia, que había salvado Viena de los turcos sin recibir nada a cambio. ¿A quién mierda le importa, Bain?

Mientras tanto, el reloj marcaba 11.13, y seguía contando.

Kate aprovechó que Madox hizo una pausa para encender un cigarrillo y le preguntó:

—¿Qué es el Wild Fire?

Madox sopló unos cuantos anillos de humo antes de responderle.

—Es un protocolo del gobierno de máximo secreto que se pone en marcha si y cuando Estados Unidos es atacado con armas de destrucción masiva. Es la única cosa buena y sensata que hemos hecho desde el protocolo de Destrucción Mutua Asegurada.

—¿Qué tiene eso que ver con... con lo que pasa ahora? —quiso saber Kate.

Él la miró a través de la cortina de humo.

—Así que entonces no lo saben.

Tuve la impresión de que si respondíamos mal a algunas de esas preguntas —si él creía que realmente no teníamos ni la más remota idea— entonces no tardaríamos ya mucho en reunirnos con Putyov y el tipo de Hacienda. Por lo tanto, manifesté:

—Nos informaron, pero...

—Bien, dígamelo.

—Vale... bueno... El Wild Fire es un protocolo secreto del gobierno que se pone...

—John, corte el rollo. Yo se lo diré. —Comenzó a explicarnos qué era el Wild Fire, algo que me aterrorizó pero que, curiosamente, al mismo tiempo me reconfortó. Lo espantoso era que Bain Madox conociera todos los detalles de un secreto que

pertenecía al *dossier* de los más ocultos secretos nacionales, junto con el lugar donde ocultaban a los alienígenas de Roswell.

El reloj marcó 9.34, y mientras Madox hablaba, señaló 9.00, y 8.59.

Entendía casi todo lo que explicaba, y cuando comenzó a recitar las ciudades del mundo islámico que serían destruidas si el Wild Fire se ponía en marcha alguna vez, creí que el tipo tendría un orgasmo.

Me refiero a que estaba en el más absoluto éxtasis, y anhelé que en una de esas perdiese el conocimiento o le diese algo.

Cuando llegó a la parte del plan del Wild Fire de bombardear la presa de Asuán, se animó aún más, levantó los brazos y exclamó:

—Miles de millones de litros de agua. Todo el lago Nasser y el Nilo inundarán Egipto y arrastrarán sesenta millones de cadáveres al Mediterráneo.

Por Dios, Bain. Dime ahora si no estás loco.

Por apasionante que fuese el relato, advertí dos cosas: una, que Madox había guardado la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta azul, y dos, que Luther parecía un tanto preocupado, como si todo aquello lo pillase de nuevas. Tanto es así que encendió un cigarrillo, algo que no debes hacer si estás de servicio. Máxime cuando eso significa que tienes que colgarte el fusil del hombro para buscar el pitillo y el mechero.

Mientras tanto, la habitación se iba llenando de humo, y pensé en recordar que ser fumador pasivo no era bueno para la salud de nadie, pero me lo callé ante la posibilidad de que Bain nos recordase que Kate y yo no debíamos pensar a largo plazo.

El reloj marcó 7.28.

En alguna parte de la habitación sonó un teléfono, y resultó que era el móvil de Madox. Lo sacó del bolsillo y atendió la llamada.

—Madox —dijo. Escuchó y confirmó—: Proyecto Verde en marcha. —Añadió —: *Kaiser Wilhelm* —que también debía de estar metido en aquello, o, lo que era más probable, sería un código cifrado para decir que todo estaba en orden, y que él (Madox) no estaba arrestado.

Éste escuchó de nuevo y respondió:

—Bien. —Miró la pantalla y dijo—: Dentro de unos cinco o seis minutos más o menos, y luego otros dos minutos para la confirmación. Sí. Eso está bien. ¿Qué están cenando? —Escuchó, se rió y comentó—: Puede que te esté salvando de un destino peor que la muerte. De acuerdo. Bien. Gracias, Paul. Que Dios nos bendiga.

Cortó la comunicación.

—Esto le interesará, John. El presidente y sus invitados disfrutaban de la cocina francesa: trucha al vapor *saumonée* con salsa *relevée*. ¿Por dónde iba?

—Perdone, Bain, seguramente no prestaba atención, pero...

—Oh, lo siento. Era Paul Dunn. El asesor especial del presidente en temas de seguridad nacional. Esta noche tienen una pequeña cena íntima en la Casa Blanca —

explicó—. Esto es bueno, porque así podrán evacuar al presidente y a la primera dama de Washington rápidamente. Junto con Paul.

—¿Tan mala es la comida?

Madox se echó a reír.

—La verdad es que es usted muy gracioso. —Se guardó el móvil en el bolsillo—. Tengo una antena de telefonía móvil aquí abajo, y la torre funciona de nuevo, pero desafortunadamente para mis clientes gratuitos del vecindario el sistema está ahora cifrado. —Me preguntó de nuevo—: ¿Por dónde iba?

—Sesenta millones de cadáveres flotando en el Nilo.

—Correcto. La mayor pérdida de vidas humanas de una tacada en la historia del mundo. Además, no debemos olvidarnos de otros cien millones o más de nuestros amigos musulmanes incinerados en otro centenar de explosiones nucleares.

Seguía sin entenderlo del todo. Comprendía lo que era el Wild Fire —que sonaba como algo un poco extremo, como represalia por que un artefacto nuclear estallase en Estados Unidos, pero ¿quién era yo para juzgar?—. Lo que no entendía era cómo Madox, con el estallido de cuatro artefactos nucleares en cuatro ciudades islámicas, conseguiría poner en marcha el Wild Fire... Y entonces lo entendí. No eran cuatro ciudades islámicas. Eran dos ciudades norteamericanas. Las ciudades donde ahora mismo estaban las bombas: Los Ángeles y San Francisco. ¡Hostia puta! Miré a Kate, que estaba blanca como un fantasma.

Madox cogió un control remoto de la consola y encendió los tres televisores de pantalla plana.

Se iluminó la pantalla del primero, y vi a una meteoróloga que señalaba el mapa meteorológico nacional.

—Washington —dijo Madox, y quitó el sonido en cuanto sonó la voz.

En la segunda pantalla también era la hora del informativo, y un tipo ofrecía el resumen de las noticias de deporte.

—San Francisco. —Luego Madox también lo dejó mudo.

En la tercera pantalla, dos presentadores hablaban delante de una imagen de fondo que era un perfil urbano en pleno día. Tardé unos segundos en identificarlo como el centro de Los Ángeles. Madox escuchó un momento, y luego consultó el reloj.

—Muy bien. Aquí son las siete cincuenta y seis, así que en la Costa Oeste son las cuatro cincuenta y seis. —Miró el reloj de la cuenta atrás: 4.48, .47, .46, .45...

—Faltan unos cinco o seis minutos para que la última letra, D, llegue a los receptores. Luego, otros dos minutos para la confirmación. —Hizo una pausa—. GOD.

Carraspeé para librarme de algo que me ahogaba.

—¿Va usted...? ¿Quiero decir, va usted...?

—Dígalo, John.

—¿Qué coño está haciendo?

—¿Qué cree que estoy haciendo?

No respondí, y tampoco lo hizo Kate.

Se reclinó en la silla giratoria, cruzó las piernas y encendió otro cigarrillo.

—El Proyecto Verde es el nombre de mi plan para activar el Wild Fire. ¿Lo entiende? Cuatro bombas nucleares: dos en Los Ángeles y dos en San Francisco. Me costaron diez millones de dólares, más el mantenimiento.

Miró de nuevo el reloj de la cuenta atrás.

—Estallarán en menos de seis minutos. —Nos miró—. Entonces entrará en funcionamiento la respuesta de represalia del Wild Fire y borraremos de la faz de la Tierra a todos esos hijos de puta islámicos por lo que le hicieron a Los Ángeles y San Francisco... —Se interrumpió bruscamente, como si se le hubiese ocurrido algo, y añadió—: Lo había olvidado. Soy yo quien vuela San Francisco y Los Ángeles. —Se echó a reír.

¡Qué mierda!

—Bain, por el amor de Dios, no puede...

—Cállese, John, ya habla como Harry. Y mientras cierra la boca, piense en lo hermoso que es esto. El Proyecto Verde. Wild Fire. ¿Por qué verde? Porque... —Miró las pantallas planas—. ¿Ve la línea en la parte inferior del canal de Los Ángeles? ¿Qué indica? Alerta nivel naranja. ¿Sabe qué color tendrá en un futuro muy cercano? Verde. Verde permanente. ¿Lo entiende? Nunca más tendrá que pasar por los detectores en un aeropuerto... bueno, en realidad, usted nunca volverá a pisar un aeropuerto. Pero piense en sus compatriotas que sufren tantas molestias en los mismos.

Continuó delirando y yo miré los informativos de Los Ángeles y San Francisco con la ilusión de ver el anuncio de que acababan de desactivar un grave ataque terrorista en ambas ciudades. Pero los presentadores ya se ocupaban de los resúmenes. Deseé, mejor dicho, recé, para que hubiesen encontrado a los pilotos y copilotos en las dos ciudades. Pero las probabilidades de que encontrasen a los cuatro tipos junto con las bombas no eran altas.

—Bain, el gobierno sabrá que ha sido usted y no los terroristas quienes...

—John, incluso si lo descubriesen, sería demasiado tarde. El Wild Fire es un sistema blindado con el gatillo a punto.

—Vendrán aquí a buscarlo...

—¿Sabe qué?, me importa una puta mierda mientras sepa que el mundo del islam es una ruina nuclear. No me importa ser un mártir por mi país, mi fe...

—¿Es que está loco de remate? Asesinará a millones de norteamericanos, a millones de musulmanes inocentes...

—John, cálese de una puta vez. —Dirigió una rápida mirada a Carl y Luther y después me dijo—: El fin justifica los medios.

—No, no es verdad...

—¡Claro que sí! —gritó—. Aquí estamos hablando de un mundo absolutamente

nuevo. ¿Es tan estúpido que no comprende...?

—Tengo que orinar.

Madox miró a Kate.

—¿Qué?

—Tengo que orinar. Por favor, no puedo aguantar más. No quiero... hacérmelo encima.

Madox pareció enfadarse, lo pensó un momento y dijo:

—Yo tampoco quiero que se mee encima a la vista del pésimo trabajo que hicieron los del aire acondicionado. —Le ordenó a Carl—: Vigílela.

—A gatas —le ordenó Carl a Kate—. Vuélvase.

Kate hizo lo que le decía.

—Allí —le indicó Carl.

La perdí de vista, pero oí los pasos de Carl, y luego el ruido de una puerta al abrirse.

Madox los miraba, y también Luther, que de nuevo había sacado el paquete de cigarrillos.

—Adelante —le dijo Carl a Kate—. No voy a cerrar la puerta.

Había llegado el momento. Carl miraba a Kate y me daba la espalda, y Madox dividía su atención entre el reloj, que ahora marcaba 3.26, los monitores de seguridad, donde todo estaba en calma, y los televisores, donde los informativos llegaban a su conclusión.

Luther sólo tenía ojos para la puerta abierta del baño.

Volví la cabeza para mirar por encima del hombro. Carl estaba en la puerta del mismo, con la escopeta apoyada en la cadera y apuntada hacia Kate, a la que vi delante de la taza, desabrochándose el vaquero y bajando la cremallera.

No sé qué esperaba ver Carl, pero estaba a punto de ver otra cosa muy distinta.

—John, no necesita ver cómo orina su esposa —dijo Madox—. Vuélvase.

Di la espalda a lo que iba a ser una luz muy brillante, contuve el aliento y cerré los ojos. Me había preparado, pero cuando ocurrió, casi me meo en los pantalones.

Se oyó un estallido ensordecedor, que llenó la habitación como si el sonido hubiese sido sólido. Simultáneamente, todo se iluminó con una luz cegadora, que llegué a ver a través de los párpados, y oí el aullido de dolor de Carl.

Yo me había tendido en el suelo, con mi Bear Banger en la mano, pero había tanto humo que no veía a Madox o a Luther, y esperaba que ellos tampoco me viesan a mí. Ya había decidido que Luther representaba la mayor amenaza con su M-16, así que apunté el Bear Banger hacia donde veía movimiento cerca de la puerta y disparé.

Otra brutal explosión sacudió la habitación cuando la bengala salió del Bear Banger como un rayo láser rojo y estalló contra la pared o en Luther.

No tenía mayor importancia si le había dado o no, porque ahora todos estábamos medio ciegos, sordos y absolutamente jodidos.

Me volví y me lancé a través del suelo hacia donde Carl yacía tumbado boca

arriba. Busqué la escopeta pero no la encontré.

Kate gritó algo que no entendí.

La miré y vi que ya se había hecho con la escopeta.

Había varios pequeños incendios en la alfombra provocados por las bengalas, y un sofá estaba envuelto en llamas.

Fugazmente vi el rostro de Carl —o lo que había sido su rostro— y luego me agaché y cargué contra Madox, a quien ahora veía cerca de su silla giratoria, moviéndose, obviamente desorientado, pero de ninguna manera fuera de combate. Di un paso demasiado largo para la cadena del grillete y caí de bruces, entonces seguí avanzando a gatas.

Antes de que pudiese alcanzar a Madox, Luther se levantó y se llevó el M-16 al hombro. Estaba a punto de acribillarme cuando se oyó un disparo. Luther pareció desafiar la fuerza de la gravedad cuando despegó y fue a estrellarse contra la pared.

Kate disparó una segunda vez cuando el hombre aún no había caído al suelo, y Luther se quedó sin la mandíbula inferior.

Avancé de nuevo hacia Madox, que ahora estaba apoyado en una rodilla y me miraba con la Colt 45 en la mano.

Comenzó a levantar el arma, y Kate gritó:

—¡Quieto! ¡Quieto! ¡Suéltela o disparo!

Transcurrió un largo momento mientras Bain Madox consideraba sus alternativas. Kate lo ayudó a decidirse abriendo un boquete en el techo por encima de su cabeza. Antes de que los fragmentos de yeso le cayeran encima dejó caer el arma.

El tiempo pareció congelarse durante unos instantes, con Madox y yo de rodillas mirándonos el uno al otro, separados por poco más de metro y medio. Kate estaba a unos tres metros, con la escopeta apuntando a la cabeza de Madox.

La habitación olía a explosivos quemados, y un humo azul flotaba en el aire. Comenzaba a recuperar la visión normal, pero aún veía unos puntos negros allí donde mirase. En cuanto a mi audición, había oído los disparos de la escopeta, pero muy lejanos, y si había algún otro ruido en la habitación no lo captaba.

Me levanté lentamente, luego recogí de la alfombra la 45 de Madox y me acerqué a Luther, que estaba sentado contra la pared cerca de la puerta. No estaba muerto pero desearía estarlo si conseguía sobrevivir sin la mandíbula inferior. El primer disparo de Kate le había destrozado el brazo, y el fusil le colgaba de la correa sobre el pecho, así que se lo quité y moví el selector de tiro de automático a seguro y después me lo colgué del hombro.

Kate había ordenado a Madox que se tumbase boca abajo, donde ahora yacía con el rostro enterrado en la mullida alfombra azul. Me di cuenta de inmediato de que no estaba cómodo.

Miré el reloj de la cuenta atrás. Todavía nos quedaban dos minutos completos antes del 00.00.

Necesitaba hacer aquello según las reglas, para asegurarme de que no quedase

nadie que pudiera representar un peligro para nosotros. Así que me acerqué a Carl, que respiraba y que también tenía algunas partes de la cara en los lugares donde no correspondían.

Comencé a cachearlo, pero sorprendentemente se sentó, como Frankenstein en la mesa del laboratorio, y yo me aparté.

Miré cómo se levantaba. Era obvio que estaba ciego; no temporalmente, sino, a juzgar por las quemaduras alrededor de los ojos, permanentemente. Sin embargo, metió la mano debajo de la chaqueta y sacó una pistola Colt 45.

Iba a decirle «¡Suéltela!», pero entonces él hubiese sabido dónde disparar, así que, corto de tiempo, tomé una decisión difícil y le metí una bala en la frente.

Era demasiado grande como para levantarse del suelo, y cayó hacia atrás, como un enorme árbol talado.

—Cincuenta y ocho segundos —avisó Kate.

Me acerqué a Madox, que miraba el cadáver de Carl, y le pregunté:

—¿Cómo paro esto?

Volvió la cabeza hacia mí y replicó:

—Que te follen.

—¿No tiene nada más inteligente que decir? Venga, Bain. Ayúdeme. ¿Cómo paro esto?

—No puede. ¿Por qué quiere hacerlo, John? Piénselo.

Debo ser sincero y admito que lo había pensado. Que Dios me ayude, pero pensé en dejar que ocurriese.

—Cuarenta segundos —dijo Kate.

Volví a pensar con claridad y recordé lo que Madox había dicho de la onda ELF, y me pareció recordar algo sobre una señal continua y un período de verificación, por lo tanto, pensé que si detenía la onda ELF allí mismo, en el transmisor, los receptores no podrían recibir la confirmación y enviar la señal a los detonadores nucleares. La electrónica no es mi fuerte, pero sí la destrucción, y no había nada que perder, excepto dos ciudades, así que me aparté y le dije a Kate que hiciese lo mismo.

El reloj marcaba 15 segundos, pero recordé que, según Madox, la onda ELF y la decodificación tardarían uno o dos minutos más o menos en llegar a los receptores y, por lo que sabía, los dos minutos de verificación ya podían estar corriendo o acabados.

Miré las tres pantallas de televisión y no vi que pasase nada extraordinario en San Francisco, Los Ángeles o Washington.

—John —dijo Kate.

Miré hacia donde ella miraba, el reloj marcaba 00.00, y en la caja negra centelleaba la palabra «GOD-GOD-GOD».

Levanté la pistola y apunté al transmisor ELF.

Madox se había levantado y ahora estaba de rodillas, delante del transmisor, como si quisiese protegerlo. Levantó las manos y gritó:

—¡John! ¡No lo haga! Deje que ocurra. Se lo ruego. Salve al mundo. Salve a Estados Unidos...

Disparé tres tiros contra el transmisor por encima de la cabeza de Madox, y otros tres en el resto de la consola electrónica, para estar seguro. Luego Kate disparó los dos últimos cartuchos de la escopeta contra los restos humeantes.

Las luces, los diales y los instrumentos se apagaron, y la gran consola de metal comenzó a chisporrotear. La palabra «GOD» desapareció.

Madox había vuelto la cabeza para mirar el moribundo transmisor ELF. Después nos miró alternativamente y dijo casi en un susurro:

—Lo ha arruinado todo. Podría haber dejado que ocurriese. ¿Por qué es tan estúpido?

Tenía unas cuantas réplicas muy buenas sobre el deber, el honor, la patria y también una que decía «Si soy tan estúpido, ¿cómo es que tengo su arma?», pero fui al grano.

—Esto es por Harry Muller —dije, y le disparé la última bala en la cabeza.

Capítulo 51

Encontramos la llave en uno de los bolsillos de Carl y nos quitamos los grilletes. También encontramos en el suelo su Colt 45, y Kate se la guardó en la cintura de los vaqueros.

Ella y yo permanecemos lado a lado en la habitación llena de humo, tan callados como los tres televisores que mirábamos. Mi corazón, y estoy seguro que también el suyo, latía desbocado.

Después de varios minutos de tanda publicitaria —sin ningún boletín de noticias urgente o sin que se apagasen las pantallas en Los Ángeles o San Francisco— le dije a Kate:

—Supongo que todo está en orden.

Asintió.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Estoy bien... sólo un poco... aturdida.

Dejé pasar un par de minutos y luego comenté:

—Has hecho un buen trabajo.

—¿Un buen trabajo? He hecho un trabajo de puta madre.

—De puta madre. ¿Oye, dónde ocultaste el Bear Banger?

—No querrás saberlo.

—Correcto.

Tras otro minuto de silencio, me preguntó:

—¿Tú te crees todo esto? ¿Crees lo que Madox quería hacer?

Miré la consola electrónica.

—En tiempos de desesperación hay quien apela a medidas desesperadas.

—John... —dijo—, hubo un momento... en el que... me ha parecido... que vacilabas.

Lo pensé.

—¿Debo ser sincero?

—No respondas.

Pero tenía que decir algo, así que contesté:

—Ocurrirá de todas maneras.

—No lo digas.

Intenté hacer un chiste.

—¿Por qué no nos quedamos aquí abajo unos años?

No respondió.

Miré a Bain Madox, que continuaba de rodillas, pero ahora con la cabeza echada hacia atrás, apoyada en el borde de su consola electrónica. Los ojos grises de halcón

estaban abiertos, y seguían siendo tan despiadados como siempre. De no haber sido por el agujero rojo en mitad de la frente no hubiese podido decir que estaba muerto, cosa que resultaba un tanto siniestra.

—Has hecho lo que debías —dijo Kate al ver que lo miraba.

Ambos sabíamos que no era verdad. Había hecho lo que quería hacer.

Me olvidé de Madox y miré las pantallas de los seis monitores de seguridad, pero no vi a nadie, excepto una sombra que se movía en la garita, y deduje que era Derek. Luego vi pasar un *jeep* por delante del edificio de los generadores.

—Todavía están ahí afuera —le informé a Kate—, y no ha llegado nadie del cuartel de la policía del estado.

—Vale. Nos quedaremos aquí un poco más.

La verdad es que no me hacía mucha gracia quedarme en aquella habitación con un par de fiambres en el suelo, un sofá y una alfombra humeantes y el hedor de la consola quemada.

Además, Luther jadeaba de una manera inconfundible. Ya no se podía hacer mucho por él, pero pensé que debía intentarlo, así que miré en derredor en busca de un teléfono terrestre para llamar a la policía del estado y decirle que enviasen una ambulancia, además de unos cuantos polis para arrestar a Derek, y a todos los demás a quienes hubiese que arrestar, y para sacarnos de allí de una puñetera vez.

Kate continuaba mirando las pantallas de los tres televisores y un reloj de pared.

—Creo que todo está en orden —dijo.

—Sí. —No encontré ningún teléfono y pensé en ir a buscar uno en otra habitación, lo que me recordó la puerta cerrada donde había oído un televisor.

Sé que estaba un poco aturdido por los Bear Banger, pero así y todo debía haber estado más alerta.

Tampoco había recuperado del todo el oído, y lo mismo le pasaba a Kate, de modo que no oímos que alguien se acercaba por el pasillo, y la primera noticia que tuve de que no estábamos solos fue cuando una voz dijo:

—Bueno, no esperaba encontrarme con esto.

Me volví, y de pie en el umbral estaba el fantasma de Ted Nash. Me quedé mudo.

Kate también se quedó boquiabierta.

En cuanto recuperé la voz dije:

—Estás muerto.

—La verdad es que me encuentro muy bien —replicó—. Lamento sorprenderte.

—No estoy sorprendido. Estoy desilusionado.

—Sé amable, John. —Miró a Kate—. ¿Cómo estás?

Ella no respondió.

Había visto la mano de la CIA en todo aquello, pero ni siquiera en la peor de mis pesadillas había soñado que volvería a ver a Ted Nash; o puede que sí.

Nash echó una ojeada, pero no hizo ningún comentario sobre la destrucción, la sangre por todas partes, Luther que agonizaba a unos pocos pasos de la puerta o Carl

muerto en el suelo. Ted era un tipo tranquilo. En cambio, miró a Bain Madox y dijo:

—Es una verdadera pena.

Al parecer, no opinábamos lo mismo del difunto.

Nash añadió, no para nosotros, sino para sí mismo:

—Bueno, habrá un montón de gente desilusionada en Washington.

Kate y yo tampoco respondimos a eso, pero pensé en empuñar el M-16 y quitarle el seguro.

No estaba siendo absolutamente paranoico, porque Ted Nash probablemente es un asesino, y desde luego no un admirador de John Corey. Además, vestía una americana, y tenía la mano derecha metida en un bolsillo, como esos chicos bonitos que aparecen en los catálogos. Ésta era la despreocupada pose de tengo-una-arma-en-el-bolsillo.

—¿Qué haces aquí? —acabó por preguntarle Kate.

—Estoy trabajando.

—Tú... tú estabas en la Torre Norte...

—Verás, como tú, John, y otros, llegué tarde. ¿No es curioso cómo funciona el destino? —comentó filosóficamente.

—Sí, el destino es una caja de sorpresas a cuál más divertida. ¿De qué va esto, Ted? ¿Vas a decirme que estabas aquí para detener a Madox pero que una vez más llegaste unos minutos tarde?

—No estaba aquí para detener a Madox. —Miró de nuevo al difunto señor Madox—. Pero al parecer tú sí.

—Sólo he venido a cenar.

Entonces, antes de que pudiésemos seguir con más comentarios ingeniosos, sacó su pistola, que era una Glock como la mía, y dijo:

—Esta vez lo habéis jodido todo a base de bien.

—No, Ted. Acabamos de salvar San Francisco y Los Ángeles —respondí, para que lo tuviese muy claro—. Somos los héroes. Los malos están muertos.

Comenzaba a cabrearse, como siempre hace conmigo, y empuñaba una pistola, y todos sabíamos de qué lado estaba en aquel tema.

—No tenéis ni puta idea de cómo habéis jodido las cosas. —Me miró y después miró a Kate—. El mundo tal como lo conocemos estaba a punto de cambiar para siempre. ¿Lo comprendéis o no os entra en la mollera?

Era obvio que comenzaba a excitarse, así que no respondí a su estúpida pregunta.

—Éste era el mejor, más ingenioso, más atrevido y valiente plan que se nos podía ocurrir. En un puto día, en un solo día, John, en un puto día, hubiésemos podido acabar con la mayor amenaza a nuestro país. Tú... tú y esta puta lo habéis jodido todo.

—Eh, lo siento mucho.

Kate respiró profundamente y dijo con voz tajante:

—En primer lugar, Ted, no soy una puta. Segundo, si este gobierno quiere destruir

el islam con armas atómicas, o amenazar con destruirlo, entonces tendrían que tener los cojones de hacerlo sin fingir un puto ataque terrorista en dos ciudades norteamericanas y matar a millones de norteamericanos...

—¡Calla de una puñetera vez! ¿A quién le importan una mierda Los Ángeles y San Francisco? A mí no, y a ti tampoco. No me vengas ahora con el rollo moral, Kate. Aquí teníamos la oportunidad de acabar con toda esta mierda musulmana de una vez para siempre, pero tú y este payaso imbécil con el que estás casada... —Me miró, y por primera vez advertí la correa en mi hombro y la negra boca del M-16 que asomaba por detrás de mi espalda. Me apuntó con la Glock—. Quítate el maldito fusil del hombro. No lo toques. No toques nada. Déjalo caer al suelo. ¡Ahora!

Me incliné hacia la izquierda para que la correa comenzase a deslizarse por mi hombro y a lo largo del brazo, al tiempo que intentaba averiguar cómo hacer para empuñar el fusil, quitarle el seguro, apuntar desde la cadera y disparar.

Al parecer, el señor Nash se hartó de la lentitud de mi respuesta.

—No te molestes —dijo—. Quédate donde estás y muere. —Me apuntó con la Glock al pecho—. Para que lo sepas, moví unos cuantos hilos para que te enviasen aquí y, con un poco de suerte, te matasen en lugar del pobre Harry Muller, con quien te reunirás en unos tres segundos. Además —hizo un gesto hacia Kate—, a ella me la follé...

Oí una tremenda detonación pero no vi el fogonazo en su pistola. En cambio, arrojó el arma al aire, o eso pareció. Su cuerpo retrocedió, como si le hubiesen dado una coz en el pecho, y acabó contra la pared, junto a Luther. Mientras se deslizaba hacia el suelo, Kate vació el cargador de la Colt de Carl en el cuerpo de Ted Nash, que se sacudió violentamente cada vez que lo atravesaba otra bala.

La miré efectuar los últimos tres disparos y no había nada histérico o frenético en la manera en que disparaba. Sostenía la gran pistola con ambas manos en la sujeción correcta, con las rodillas flexionadas, los brazos extendidos, el blanco fijado, apretar, disparar, respirar, contener, apretar, y así sucesivamente. Hasta vaciar el cargador.

Me acerqué para coger la pistola, pero ella la arrojó al suelo.

—Gracias —dije.

Kate continuó mirando el cadáver de Nash, cubierto de sangre y de restos de sesos de una herida en la cabeza.

—No soy una puta, Ted —afirmó.

Tendré que recordar que no debo usar nunca esa palabra cuando discutamos.

Capítulo 52

Encontré un teléfono terrestre y llamé al comandante Schaeffer, que resultó que no tenía ni la más remota idea de dónde estábamos o de qué estaba pasando.

Le hice un resumen de lo imprescindible, mencioné asesinato y mortandad, y solicité agentes, una ambulancia, un equipo CSI y su presencia.

Kate y yo, armados con el M-16 cargado de Luther y la Glock, afortunadamente con el cargador lleno, de Nash, recorrimos y aseguramos las demás habitaciones subterráneas, que bien podían aparecer en una revista de decoración.

Encontramos la bolsa con nuestras prendas y nos vestimos.

No hay nada interesante o educativo en ser un prisionero indefenso, sobre todo si tus carceleros son psicóticos y homicidas, así que nunca he entendido del todo eso del síndrome de Estocolmo, mediante el cual el prisionero comienza a identificarse con su captor y acepta el rollo que el captor utiliza como excusa para su mal comportamiento.

De vez en cuando, sin embargo, lo que el psicópata dice o hace concuerda con lo que el prisionero ya cree o ha pensado en lo más recóndito de su mente.

Vale, ya está bien de reflexiones idiotas.

Kate y yo encontramos el bar del señor Madox, que era una réplica más pequeña del que había en la superficie, y ella se hizo con una botella de Dom Pérignon, cosecha de 1978, que abrió y bebió después de volcar el líquido en una jarra de agua.

Yo encontré unas cuantas botellas de cerveza Carlstadt, que no mejoran con la edad, y que además de tibias se habían enturbiado un poco desde 1984. Pero cumplieron su función.

En cuanto al señor Ted Nash, ése era su segundo y, con un poco de buena fortuna, último regreso de entre los muertos. Conté siete —sí, siete— agujeros en su cuerpo, lo que no estaba nada mal para ocho disparos. La verdad es que me sentí un poco ridículo cuando le busqué el pulso, y Kate me preguntó qué demonios hacía. Pero necesitaba estar realmente seguro.

También respecto a Ted Nash, había conseguido cabrearme del todo en menos de tres minutos. Primero, no soy un payaso, Ted, y mi esposa no es una puta. En cuanto a lo otro... bueno, sucedió. Incluso Kate puede equivocarse con los hombres. Estoy seguro de que no todos sus novios fueron John Corey.

Debió de adivinar mis pensamientos, porque se bebió otra copa de champán y dijo:

—Nunca ocurrió. Mentía.

No podía preguntárselo al muerto, así que lo dejé correr.

—Los tipos de la CIA siempre mienten —señalé.

—Créeme.

Ella tenía la Glock de Ted, así que afirmé:

—Te creo, cariño.

Dado que era abogada y agente del FBI, me informó:

—Puedo explicar el primer y segundo disparo como defensa propia. No puedo explicar los otros seis.

—Digamos que Ted te desafió a que le disparases ocho veces —sugerí—. Si quieres, estoy muy dispuesto a asumir la culpa, o el mérito, de haberlo matado.

—Gracias, pero puedo apañármelas sola.

Volvimos a la habitación ELF para mirar los monitores de seguridad, y vimos a los muchachos de Schaeffer en coches con identificaciones y sin identificar, más una ambulancia, todos en fila en McCuen Pond Road, al otro lado de la verja cerrada.

La verja no se abrió, y el coche de vanguardia la derribó sin más.

Luego, dos agentes entraron en la garita, y en unos pocos minutos más, los dos tipos de la ambulancia salieron de la garita con una camilla donde transportaban un cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Kate.

—Creo que Derek está muerto.

—¿Muerto?

—Sí. Madox necesitaba que limpiase la casa y se librase de la furgoneta que le pedí a Rudy. Pero Madox no quería que Derek hablase de eso, o de que todos estaban en el refugio antiatómico, así que le encargó a alguien que se cargase a Derek.

—Bain Madox parecía pensar en todo —comentó Kate.

—No en todo, y ya no lo hará nunca más.

Dejamos pasar quince minutos para asegurarnos de que arriba estaban las personas correctas, y luego fuimos hasta la escalera de caracol, encontramos el mecanismo para levantarla mesa y subimos a la sala de juegos, donde el aire era fresco.

Teníamos las credenciales bien a la vista, y fuimos pasando de un poli a otro, hasta que nos encontramos en el gran salón, donde el comandante Schaeffer había instalado su puesto de mando con una radio y unos cuantos agentes. *Kaiser Wilhelm* dormía y se pedorreaba cerca de la chimenea.

—¡Por Dios bendito! ¿Qué pasa aquí?

—El asesinato de Harry Muller está aclarado. Los culpables son Bain Madox y Carl el mayordomo.

—¿Sí? ¿Dónde está Madox?

—En el refugio.

—Hemos revisado todo el sótano.

Le expliqué cómo encontrar el refugio, y añadí:

—Abajo tiene a tres tipos muertos y uno gravemente herido.

—¿Quiénes están muertos?

—Madox, Carl y otro.

—¿Madox está muerto? ¿Cómo murió?

Opté por una evasiva.

—Traiga a su equipo CSI y póngalos a trabajar. El tipo herido necesita atención urgente.

Schaeffer cogió el radioteléfono y dio las órdenes pertinentes.

—Tendría que desarmar y detener a los guardas —le aconsejé.

—Están desarmados y confinados en su barracón, bajo vigilancia.

—Bien.

—¿De qué los acusamos?

—De ser cómplices o testigos del asesinato de Harry. Dígales que su jefe está muerto. Quizá eso les haga hablar.

Asintió.

—Los tres motores diésel y los generadores funcionaban a pleno rendimiento. Los apagamos. ¿Ustedes saben algo al respecto?

—Pues resultó ser que Fred tenía razón. Submarinos —respondí.

—¿Qué...?

—Lo siento, comandante —intervino Kate—. Esto entra dentro de la categoría de seguridad nacional.

—¿Sí?

Volví al homicidio.

—No se moleste en buscar a Putyov aquí.

—¿Por qué no?

—Según el difunto señor Madox, asesinó al doctor Putyov y luego metió el cuerpo en el triturador de madera.

—¿Qué?

—Si tiene alguna importancia, Putyov recibió lo que se merecía. Pero no puedo entrar en detalles. Quizá quiera usted que los tipos del CSI presten una atención especial a la trituradora —dije—. Si no encuentran nada, tal vez debería pensar en recoger mierda de oso y ver si consigue encontrar un poco de ADN del doctor Putyov.

—No acabo de entender... —comenzó Schaeffer.

—¿Eh, qué le pasó al tipo de la garita?

—Está muerto.

—Derek, ¿no?

—Eso es lo que ponía en la placa. Los tipos de la ambulancia dicen que parece un envenenamiento. Quizá una neurotoxina. El tipo se sacudía como un epiléptico antes de morir.

—Dios, espero que no estuviese en alguna de las salchichas —le dije a Kate.

—No encontramos ninguna salchicha, pero había una cafetera en la garita, y el tipo había volcado la taza en la mesa. Así que creemos que estaba en el café. Ya nos

lo dirán los de toxicología.

—Madox sí que planea a largo plazo —opinó Kate.

—Ya no.

—¿El FBI está aquí? —le preguntó Kate al comandante.

—Oh, sí. Han montado su propio puesto de mando. —Hizo un gesto hacia el primer piso—. En el despacho de Madox. Su amigo Griffith está allí, y todavía lo busca.

—Vayamos a saludarlos —propuso Kate.

—Vale. Nos vemos más tarde —le dije a Schaeffer.

Nos miró de pies a cabeza.

—Apestan a humo y tienen un aspecto horrible. ¿Qué ha pasado?

—Es una historia muy larga y extraña —respondí—. Recuérdeme que se la cuente.

—Deben permanecer aquí para ayudar en la investigación —me recordó él.

—Nos veremos más tarde.

Cogí a Kate del brazo y salimos del gran salón.

Había un montón de policías de uniforme que recorrían la casa, obviamente sin saber qué debían hacer. Mostré mi credencial y le pregunté a uno de ellos:

—¿Dónde está la cocina?

—¿La cocina? Ah... sí, al final de este pasillo.

—Gracias.

Me dirigí hacia allí, y Kate me dijo:

—Tenemos que ir a ver a Liam Griffith.

—Schaeffer ha dicho que estaba en la cocina.

—En el despacho de Madox.

—¿Qué? —Me toqué la oreja.

Encontramos la cocina, que estaba vacía. Vi que no había señal alguna de que hubiesen preparado la cena, y se lo comenté a Kate.

—Creo que la invitación a cenar era una trampa —replicó Kate.

—¿Sí? ¿Nada de bistec con patatas?

—¿Por qué estamos aquí?

—Porque tengo hambre.

—¿Puedo traerte un café de la garita?

—Claro, y sírvete otro para ti. —Abrí la gran nevera industrial y encontré un poco de queso y carne fría.

—¿Cómo puedes comer? —me preguntó—. Yo tengo el estómago revuelto.

—Tengo hambre. —Dejé el queso y la carne fría en el mostrador y después fui a lavarme en el fregadero. Creo que llevaba encima algo de Madox.

Mientras me aseaba, el señor Liam Griffith entró en la cocina y nos preguntó:

—¿Dónde demonios habéis estado?

Lo miré desde el fregadero.

—¿Podrías alcanzarme aquel paño?

Titubeó, pero acabó por dármelo.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Me sequé la cara.

—Hemos estado salvando al planeta de la destrucción nuclear.

—¿Sí? Cuéntame otro chiste.

Le di el paño a Kate, que fue a lavarse al fregadero.

—Verás, luego hemos matado a un amigo tuyo. —Desenvolví el queso cheddar —. Ted Nash.

No respondió, y vi por su expresión que no me entendía.

—Ted Nash está muerto —dijo.

—Es lo que acabo de decir. ¿No te parece fantástico?

Seguía sin entender lo que decía, así que tuve la seguridad de que Liam Griffith, pese a ser un cabrón, no tenía ni idea de todo aquello.

Kate se secó el rostro y las manos.

—No murió en la Torre Norte. Pero ahora está muerto. Lo he matado yo.

—¿Qué?

—No diremos ni una palabra más del tema en este momento. ¿Quieres un trozo de queso?

—¿Eh? No. —Hizo una pausa y después nos informó—: Como sabéis, ambos estáis metidos en un lío muy gordo. Tengo orden de llevaros de regreso a la ciudad tan pronto como os encuentre, cosa que he hecho. Tengo el placer de informaros que podéis ser objeto de una posible sanción disciplinaria, y, con un poco de suerte, de algo peor.

Siguió con el mismo rollo.

Creo que me comí casi un cuarto de kilo de queso y toda la carne mientras él continuaba, y consulté varias veces el reloj como una insinuación de que debía acabar la perorata.

Cuando acabó, quiso saber:

—¿Exactamente qué ha pasado aquí?

—Kate y yo encontramos al asesino de Harry Muller.

—¿Quién es?

—Bain Madox, el propietario de esta casa —contestó Kate.

—¿Dónde está ahora?

—En el refugio antiatómico. Muerto —respondí—. Lo he matado yo.

Ningún comentario.

—Eso es todo lo que necesitas saber y todo lo que diremos.

—De acuerdo... Ahora necesito que vengáis conmigo.

—¿Adónde vas, Liam?

—Te lo he dicho. Regreso a la ciudad. Nos espera un helicóptero en el aeropuerto.

—No podemos abandonar la escena del crimen —le comuniqué—. El

comandante Schaeffer...

—Muy bien. Los tres pasaremos una hora aquí con la policía del estado para que podáis explicar lo que ha pasado. Luego, insistiré para que la policía os ponga bajo mi custodia.

Miré a Kate, y ella asintió.

—Kate y yo limitaremos nuestras declaraciones al asesinato de Harry Muller. Todo lo demás que tú y la policía estatal veis aquí es un asunto de seguridad nacional que no se puede tratar hasta que estemos de nuevo en el 26 Fed, ¿entendido?

—Quizá puedas darme una pista sobre qué pinta la seguridad nacional en que Kate haya matado a un agente de la CIA.

—Liam —replicó Kate—, no creo que tu nivel de seguridad sea lo bastante alto como para que yo te lo cuente.

Pareció cabrearse un poco, pero soltó una agudeza.

—Ted siempre habló muy bien de ti, Kate.

—No la última vez que hablamos.

Liam Griffith no es idiota, y por lo tanto dijo:

—Ambos estáis metidos en un buen lío, pero si no es así, recibiréis una felicitación. Así que me callaré hasta que me entere de qué será.

—Hoy debe de ser tu día anual de tipo listo —comenté.

Así que pasamos una hora con el comandante Schaeffer, los detectives estatales y los investigadores de la escena del crimen, durante la cual Kate y yo nos dedicamos a marear la perdiz en lo referente al tema central de qué demonios había pasado en el Führerbunker. Después, tras otra competición de a ver quién la tenía más larga entre Schaeffer y Griffith, Kate y yo subimos al coche alquilado de Liam y emprendimos el viaje, que nos llevó a pasar junto al mástil donde todavía ondeaba la bandera norteamericana, iluminada por un foco; y debajo de las barras y estrellas estaba el banderín del Séptimo de Caballería.

Sí, tenía sentimientos contradictorios en cuanto a aquel tipo, la mayor parte negativos, pero... bueno, si no hubiese matado a Harry, y no hubiese estado preparado para matar a otros cuantos millones de americanos, incluidos Kate, yo y cualquier otro que se hubiese cruzado en su camino, más un par de cientos de millones de hombres, mujeres y niños inocentes... En fin, era un hombre complejo, y tardaría un tiempo en entenderlo.

También pasamos por delante del triturador de madera, y eso digamos que me volvió a la realidad. Las cosas grandes —como el Armagedón nuclear— son un tanto abstractas. Son las cosas pequeñas, como el triturador de madera, las que te hacen comprender el mal.

Regresamos a Nueva York en el helicóptero, y cuando llegamos al 26 Federal Plaza había allí una docena de personas de la oficina, incluido, por supuesto, Tom Walsh, y otra docena de Washington, todos esperándonos con las libretas abiertas y los magnetófonos en marcha.

Tom Walsh nos dedicó una muy cálida bienvenida.

—¿En qué coño estaría pensando cuando os envié a vosotros dos allá arriba?

—¿En qué estabas pensando cuando enviaste a Harry? —repliqué.

No supo qué responder, así que le pregunté:

—¿De quién fue la idea de enviarme allí solo en aquella misión?

Ninguna respuesta.

—Yo te lo diré. Fue idea de Ted Nash.

—Nash está muerto.

—Ahora sí, y yo no.

—Pero podría haber sido muy fácilmente de la otra manera —señaló Kate.

Walsh nos miró a los dos, y vi que intentaba decidir si debía mostrarse furioso, inocente o despistado. Como no consiguió aclararse, se fue al servicio de caballeros.

Era evidente que aún nadie tenía claro qué había pasado y cuál era nuestra condición —héroes o felones—, pero también intuí que uno o dos de los tipos de Washington sabían de qué iba todo aquello, pero se lo callaban.

Fuimos entrevistados durante horas en el despacho de Walsh por equipos de dos hombres que se turnaban, pero Kate y yo lo aguantamos bastante bien mientras les ofrecíamos un relato hora-a-hora, golpe-a-golpe de todo lo sucedido desde que habíamos entrado en el 26 Federal Plaza la mañana del Columbus Day y habíamos hablado con Tom Walsh; incluida la conversación con Betty en Continental CommutAir y Max y Larry en los mostradores de alquiler de coches, luego las consultas a la oficina general de aviación sobre los aviones de Madox, la decisión de ir al Club Custer Hill y no al cuartel general de la policía del estado y todo el resto.

Vi que los tipos del FBI estaban en parte impresionados por nuestra iniciativa y excelentes técnicas de investigación y un tanto preocupados por nuestra absoluta incapacidad para acatar las órdenes y habernos convertido en fugitivos. Deseé que aprendieran algo del maestro.

Además, a medida que transcurría la noche, me pareció que Kate y yo éramos los únicos que no parecíamos preocupados por algo.

Otra cosa interesante era que la mayoría de los entrevistadores del FBI parecían lamentar que Bain Madox —la mente maestra y principal testigo de la conspiración— estuviese muerto y que yo lo hubiese matado. Dije, por supuesto, que había sido en defensa propia, aunque en realidad había sido una autogratificación. Me refiero a que había sido una estupidez, y que, al cargármelo, había complicado las pesquisas de la conspiración, y que ojalá pudiese hacerlo de nuevo; por supuesto, volvería a hacer

lo mismo, pero primero me recordaría que no actuaba de manera profesional.

Por otro lado, y a no ser que estuviese imaginando cosas, al menos a dos de los tipos del FBI de Washington, no parecía apenarlos en absoluto que Madox no pudiese hablar.

En cuanto a que Kate hubiese matado al agente de la CIA Ted Nash, ninguno de los del FBI comentó o insistió en las preguntas, cosa que era extraña pero comprensible. No tocarían el tema a menos o hasta que tuviesen noticias de alguien de más arriba.

Me divertí viendo sufrir a Tom Walsh, y todavía más sentado en su despacho, con los pies en su mesa mientras Kate y yo respondíamos a las preguntas. Alrededor de las tres manifesté mi deseo de comer comida china, y un agente del FBI salió y encontró un lugar abierto. Eh, no todos los días eres el centro de atención, y tienes que aprovecharlo un poco.

Aún quedaba mucho por desentrañar, y no tenía ni idea de adonde iría a parar todo aquello, o hasta qué nivel llegaba la conspiración del Proyecto Verde. Por supuesto, era algo que Kate y yo nunca sabríamos.

Con el alba, dos agentes del FBI nos llevaron a nuestro apartamento y nos desearon buenas noches, aunque era de mañana.

Una vez en casa nos asomamos al balcón y contemplamos la salida del sol sobre el bajo Manhattan, y recordamos la mañana del 12 de septiembre de 2001, cuando mirábamos el humo negro que nos tapaba el sol, no sólo a nosotros y Nueva York, sino a todo el país.

—Como bien es sabido en este negocio —le comenté a Kate—, todo acto de violencia y todo asesinato es en venganza de un crimen anterior y la excusa para el crimen que lo seguirá.

—¿Sabes...? —dijo—, quería abandonar este trabajo... irme a alguna otra parte... pero ahora, después de esto, quiero quedarme aquí y hacer lo que pueda...

La miré, y después miré de nuevo Manhattan, donde una vez habíamos visto elevarse hacia el cielo las Torres Gemelas. Le dije, o quizá me dije a mí mismo:

—Me pregunto si alguna vez en lo que nos queda de vida volveremos a ver el color verde en el nivel de alerta.

—Lo dudo. Pero si continuamos trabajando, podremos evitar que pase a rojo.

El colofón: el FBI en Los Ángeles y San Francisco encontró a los pilotos y copilotos y los baúles con los artefactos nucleares en sus habitaciones de hotel. Uno de los copilotos estaba sentado encima, y miraba la televisión, cuando el FBI abrió la puerta de su habitación.

Colofón, colofón. Me encontré con una factura de tres mil dólares de The Point y,

tal como había dicho Kate, la administración no hizo caso de mis explicaciones, además, Walsh no quiso autorizarlo, así que Kate y yo dejaremos de comer fuera durante un tiempo.

Tuvimos que ir al cuartel general del FBI en Washington para ser entrevistados a fondo, hacer declaraciones y escribir informes.

En lo referente a la junta ejecutiva del Club Custer Hill, las únicas noticias hasta ahora —comunicadas en unas pocas líneas en la prensa escrita— dicen que el secretario adjunto de Defensa, Edward Wolffer, está de vacaciones; Paul Dunn, el asesor presidencial en temas de seguridad nacional, ha renunciado al cargo, y el general James Hawkins se ha retirado de la fuerza aérea.

Estos tres hechos, tomados en sí mismos, no parecieron nada extraordinario y no provocaron reacción alguna de los siempre alerta medios de comunicación. Mientras tanto, Kate y yo seguimos esperando noticias más sorprendentes respecto a estos tipos, como podrían ser sus arrestos. Pero, hasta ahora, Dunn, Wolffer y Hawkins continúan sin aparecer en primera plana o en las noticias de las seis, y no me sorprendería que nunca más volviésemos a saber nada de ellos, a pesar de todo lo que Kate y yo le dijimos al FBI. Quizá perdieron las notas.

En cuanto al cuarto miembro de la junta de Madox, el agente de la CIA Scott Landsdale, que no se tenga noticias de él no es necesariamente una buena noticia. Ese tipo todavía ronda por ahí, y si saldrá bien librado o está con la mierda hasta las orejas es algo que nadie sabrá nunca. Me refiero a que ¿cómo podemos confiar en una organización a la que le pagan por mentir?

En otro tema, quizá relacionado, la guerra con Irak parece estar cantada, y me aprovecho de la información confidencial de Madox para apostar por la semana del 17 de marzo, que mi corredor de apuestas dice que es algo arriesgado. Si puedo triplicar los mil dólares, podré pagar la factura de The Point. En lo que se refiere al precio del crudo en el mercado de futuros, mi agente de bolsa dice que el petróleo iraquí inundará el mercado después de la guerra y que los precios bajarán en lugar de subir, como dijo Madox. Tendré que pensar en quién confiar: en mi agente o en Bain Madox. No es cosa fácil.

Una cosa que no tuvimos que hacer en Washington fue explicar cómo o por qué Kate mató a un agente de la CIA. En este punto, el tipo de la CIA de la ATTF nos dijo que el muerto encontrado en el refugio antiatómico del Club Custer Hill seguía sin identificar, y que el agente de la CIA llamado Ted Nash, a quien una vez habíamos conocido, había muerto en la Torre Norte el 11 de septiembre de 2001.

No iba a discutirlo, y tampoco Kate.

Pienso mucho en el Proyecto Verde de Madox, y estoy muy seguro de que aquello que casi sucedió —un ataque a una o más ciudades norteamericanas con armas de destrucción masiva— acabará pasando, pero ahora tendré que preguntarme de dónde vendrá ese ataque.

A este respecto, sin parecer demasiado paranoico, creo que Kate y yo

probablemente vimos y escuchamos más de lo que algunas personas hubiesen preferido. No estoy sugiriendo que la CIA tenga la intención de venir a por nosotros porque sabemos demasiado, porque sabemos lo de Scott Landsdale o porque Kate mató al agente de la CIA Ted Nash. Pero nunca se sabe, así que quizá debemos comprarnos un perro y mirar debajo del capó antes de poner en marcha el coche.

En este negocio nunca se es lo bastante precavido, y necesitas saber quiénes son tus amigos y quiénes tus enemigos, y si no lo puedes averiguar, más te vale tener la pistola aceitada, cargada y a mano.

Agradecimientos

Como en las anteriores novelas, quiero dar las gracias al capitán (retirado) Thomas Block, de US Airways, colaborador de muchas revistas de aviación y coautor conmigo de *Mayday*, además de ser autor de otras seis novelas. La ayuda de Tom con los detalles técnicos y sugerencias editoriales fue, como siempre, de un valor incalculable, aunque él sí lo calculó y me remitió una factura que, por supuesto, pagué con agrado. Tom y yo nos conocimos hace unos cincuenta y cinco años, y es la única persona a la que más conozco aparte de mí mismo.

Gracias también a Sharon Block (la esposa de Tom), antigua auxiliar de vuelo de Braniff International y US Airways, por su atenta lectura del manuscrito y sus excelentes sugerencias.

Quiero darles las gracias a mis buenos amigos Roger y Lori Bahnik por atenderme en los territorios salvajes de North Country y por ser unos guías de primera en los bosques infestados de osos.

Una vez más, mil gracias a mi amigo Kenny Hieb, detective retirado del DPNY Joint Terrorism Task Force, por su ayuda y expertos consejos.

También, gracias de nuevo a mi viejo amigo John Kennedy, comisionado de policía delegado (retirado) del Nassau County Police Department, árbitro laboral y miembro del New York State Bar, por sus consejos y sugerencias.

Allí donde chocan la licencia literaria y la verosimilitud, casi siempre gana la licencia, así que cualquier error en los detalles de procedimientos legales o policiales es exclusivamente mío.

Un agradecimiento especial a Bob Atiyeh, piloto privado con calificación para volar con instrumentos, que compartió conmigo su saber de los procedimientos de la aviación general, los planes de vuelo, los SBO, FBO y todo lo demás que necesitaba saber y de los que no tenía ni idea.

Gracias como siempre a mis magníficas ayudantes, Dianne Francis y Patricia Chichester. Hay un lugar reservado en el paraíso para las ayudantes de los escritores, y de verdad que Dianne y Francis se lo han ganado.

Por último, pero siempre en primer lugar, a mi novia, Sandy Dillingham, a quien le doy las gracias por haberme dado el regalo de una nueva vida.

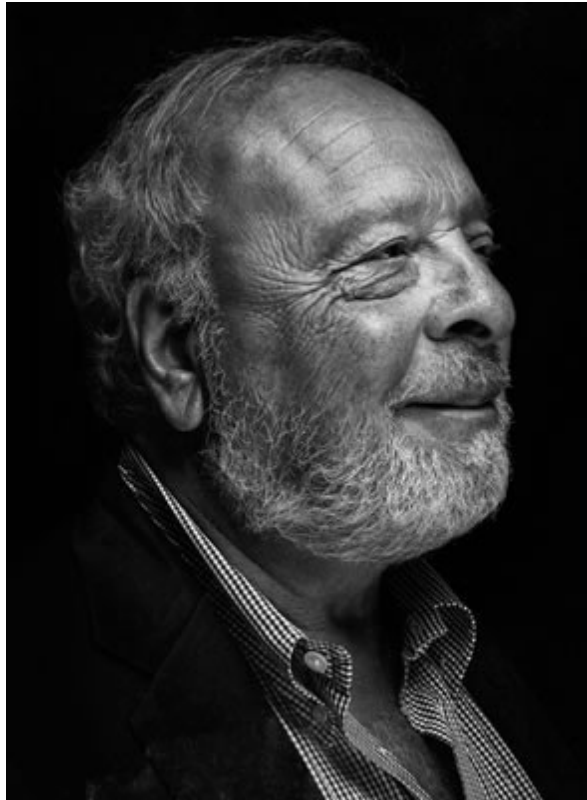
Hay una nueva tendencia entre los autores a dar las gracias a personas muy famosas por la inspiración, la inexistente ayuda y algún comentario casual sobre el trabajo del autor. Los escritores lo hacen para promocionarse. Por lo tanto, ante la remota posibilidad de que pueda servir, deseo darle las gracias a las siguientes personas: al

emperador de Japón y a la reina de Inglaterra por promover la lectura; a William S. Cohen, antiguo secretario de Defensa, por enviarme una nota en la que decía que le gustaban mis libros, así como también hizo su jefe, Bill Clinton; a Bruce Willis, que me llamó un día y dijo: «Eh, eres un buen escritor»; a Albert Einstein, que me inspiró a escribir sobre las armas nucleares; al general George Armstrong Custer, cuya osadía en Little Bighorn me enseñó una lección sobre el sentido común; a Mijaíl Gorbachev, cuyas valientes acciones llevaron indirectamente a que tradujesen mis libros al ruso; a Don DeLillo y Joan Didion, cuyos libros siempre están delante y detrás de los míos en las estanterías, y cuyos nombres siempre aparecen delante y detrás de los míos en los almanaques y listas de escritores norteamericanos; gracias por estar ahí, amigos; a Julio César, por demostrarle al mundo que se puede derrotar a los bárbaros iletrados; a Paris Hilton, cuya cadena de hoteles tiene mis libros en sus tiendas de regalos, y, finalmente, a Alberto II, rey de Bélgica, que una vez me saludó en Bruselas cuando la procesión real fue desde el palacio hasta el edificio del Parlamento, con la consecuencia de provocar un monumental atasco durante media hora, cosa que me obligó a pensar, para matar el tiempo, en una gran conspiración para destronar al rey de los belgas.

Hay muchas más personas a las que podría darles las gracias, pero el tiempo, el espacio y la modestia me impelen a dejarlo aquí.

En un tono más serio, las siguientes personas han hecho generosas contribuciones a instituciones de caridad a cambio de haber permitido el uso de sus nombres para algunos de los personajes de esta novela: James (Jim) R. Hawkins contribuyó a Canine Companions for Independence; Marión Fanelli y Paul Dunn, a Cradle of Aviation Museum; Carol Ascrizzi y Patty Gleason, a Make-A-Wish Foundation; Gary Melius, en representación de su amigo, John Nasseff, y Lori Bahnik, al Boy & Girls Club of Oyster Bay-East Norwich, y Leslie Scheinthal, a Variety Child Learning Center.

Muchas gracias a estos hombres y mujeres patriotas. Espero que hayáis disfrutado con vuestros *alter egos* y que continuéis apoyando las causas nobles.



RICHARD NELSON DEMILLE nació en Nueva York en 1943. Asistió durante tres años a la Universidad de Hofstra, tuvo que abandonar sus estudios para luchar en la guerra de Vietnam, donde fue coronel del ejército. Al regresar a Nueva York se reincorporó a la universidad y se licenció en Ciencias Políticas e Historia.

A partir de entonces, dedicó todo su tiempo a la escritura demostrando su talento narrativo tanto en libros de ficción como en artículos, críticas literarias o relatos breves publicados en diversos diarios y revistas. Una constante en su estilo narrativo es el uso del sarcasmo y el humor seco. No le gustan los finales de película y suele dejar cabos sueltos para que el lector los descifre.

Escribe principalmente novelas de misterio, dos de ellas han sido llevadas al cine: *Palabra de honor* (1985), protagonizada por Don Johnson, y *La hija del general* (1992), protagonizada por John Travolta.

Es doctor *honoris causa* por tres universidades, Hofstra, Long Island y Dowling College.

Notas

[1] En inglés, *elf* significa elfo. (N. del t). <<

[2] Juego de palabras con los varios significados de point, como son «punto» de lugar geográfico y «punto, detalle, sentido». (*N. del t.*) <<

[3] Juego de palabras entre bear (sustantivo), oso, y bear (verbo), girar en una calle o carretera. (*N. del t.*) <<

[4] Holy mackerel es una expresión de sorpresa y mackerel significa también «caballa». De ahí la mención del pescado. (*N. del t.*) <<

[5] Término popular para las armas nucleares. (*N. del t.*) <<